TREBALLS D'ETNOARQUEOLOGIA, 8



La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología

Assumpció Vila y Jordi Estévez
(editores)

La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología

TREBALLS D'ETNOARQUEOLOGIA, 8

CSIC

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

La excepción y la norma:
las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología

Treballs d'etnoarqueologia

Directora

Assumpció Vila Mitjá (IMF, CSIC)

Secretario

Marco Madella (IMF, CSIC)

Comité Editorial

Juan Antonio Barceló Álvarez (Universidad Autónoma de Barcelona)
Ivan Briz Godino (ICREA, IMF-CSIC)
Ignacio Clemente Conte (IMF-CSIC)
Jordi Estévez Escalera (Universidad Autónoma de Barcelona)
Juan José Ibáñez Urquijo (IMF-CSIC)
Raquel Piqué Huerta (Universidad Autónoma de Barcelona)
Xavier Terradas Batlle (IMF-CSIC)

Consejo Asesor

Iain Davidson (University of New England, Australia)
Trinidad Escoriza (Universidad de Almería)
Christine Hastorf (University of California, Berkeley, EEUU)
Claudine Cohen (École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París)
Laura Mameli (Universidad Autónoma de Barcelona)
Yolanda Aixelá (IMF-CSIC)
Anne-Marie Petrequin (Laboratoire de Chrono- Écologie, Université de Franche-Comté UFR Sciences, Besançon, Francia)
Ángeles Querol (Universidad Complutense de Madrid)
Leonor Peña Chocarro (CCHS-CSIC)
José Ramos Muñoz (Universidad de Cádiz)
Karen Hardy (ICREA, Universidad Autónoma de Barcelona)

TREBALLS D' ETNOARQUEOLOGIA, 8

La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología

Assumpció Vila y Jordi Estévez
(editores)

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUCIÓN MILÀ I FONTANALS
MADRID, 2010

La versión electrónica de este libro está disponible en acceso abierto en editorial.csic.es y se distribuye bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución-Non Comercial-No Derivadas 4.0. La información completa sobre dicha licencia puede ser consultada en https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/. Esta licencia afecta solo al material original del libro. El uso del material proveniente de otras fuentes (indicadas en las referencias), como diagramas, ilustraciones, fotografías o fragmentos de textos, requerirá permiso de los titulares del *copyright*.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Imagen de cubierta: J. E. Stevenson 2009, *Deconstructing Myths.*

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado:
https://cpage.mpr.gob.es

EDITORIAL CSIC: *https://editorial.csic.es* (correo: *editorialcsic@csic.es*)

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CIENCIA E INNOVACIÓN
CSIC

© CSIC
© De cada ensayo, su autor

NIPO: 472-10-111-7
eNIPO: 155-26-120-6
ISBN: 978-84-00-09070-8
eISBN: 978-84-00-09082-1
Depósito Legal: M-23727-2010
Impreso en: Gráficas Loureiro, S.L.
Impreso en España. Printed in Spain

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blan-queado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

Perfil biográfico de los autores

Richard Ghia Matson se doctoró en Antropología en la Universidad de California en 1971. Y desde 1972 ejerce como profesor en la University of British Columbia, donde actualmente es profesor emérito de Arqueología. De su extensa bibliografía queremos destacar: *The Glenrose Cannery Site*, 1976, monografía sobre su importante trabajo en el yacimento Glenrose y una de las primeras aplicaciones de la llamada «arqueología ecológica» en la Costa Noroeste; *The Prehistory of the Northwest Coast*, la primera monografía sobre la arqueología de la Costa Noroeste que publicó, con Gary Coupland, en 1992, y finalmente, también con Gary Coupland y Quentin Mackie, edita en 2003 *Emerging from the Mist: Studies in Northwest Coast Culture History.*

Brian Hayden se doctoró en 1976 en Antropología en la Universidad de Toronto y actualmente es profesor de Arqueología en la Simon Fraser University. Sus numerosos trabajos y libros se centran en la conducta prehistórica en relación con la economía y la organización sociopolítica. Sus investigaciones en el yacimiento Keatley Creek (British Columbia) han producido, entre muchas otras, la publicación *The Pithouses of Keatley Creek* en 2005. En 2008 publicó *L'homme et l'inégalité*, síntesis de su pensamiento sobre los orígenes prehistóricos de la estratificación social.

Michael Blake se doctoró en 1985 y en la actualidad es profesor en el Departamento de Antropología en la University of British Columbia y director del Laboratorio de Arqueología del mismo departamento. Después de trabajar varios años en México, su trabajo en la Costa Noroeste se focalizó en la zona sudoeste publicando en el 2000, junto con otros colegas, el artículo «Archaeology of the Scowlitz Site, Southwestern British Columbia», sobre el principal sitio excavado en la zona. Actualmente, su interés se focaliza en la problemática del origen del cultivo del maíz y en cuestiones sobre identidad e interacción.

Bill Angelbeck se doctoró en 2009 en la University of British Columbia, donde disfrutaba de una Borden Fellowship para trabajar en arqueología de la Costa Noroeste. Actualmente, dirige investigaciones arqueológicas y antropológicas en la Costa Noroeste, en el Altiplano interior y también en las Llanuras y Southeastern Woodlands de Norteamérica. Sus intereses científicos se dirigen fundamentalmente hacia la antropología económica, la teoría, la ideología y la política de la arqueología tanto pasada como presente.

Colin Grier es doctor en Antropología desde 2001 por la Universidad de Arizona. Actualmente, es profesor en el Departamento de Antropología de la Washington State University y en la Kyung-Hee University (Seul, Corea). Sus proyectos arqueológicos en la Costa Noroeste se centran en la zona de las Islas del Golfo, especialmente en isla Galiano donde ya excavó y publicó el importante yacimiento *Dionisio Point*: *Household Archaeology at Dionisio Point. A Prehistoric Gulf Islands Village*. En 2006 editó, junto con J. Kim y J. Uchiyama, *Beyond Affluent Foragers: Rethinking Hunter-Gatherer Complexity*. Está convencido de que los arqueólogos tienen cantidad de trabajo que hacer con y por los pueblos de las Primeras Naciones y lo practica en todos sus proyectos.

Madonna Moss se doctoró en 1989 en la Universidad de California y lleva ya más de veinte años de profesora en la Universidad de Oregón. Sus investigaciones, durante más de treinta años, se han centrado en el sudeste de Alaska, en los territorios de los pueblos aborígenes Tlingit y Haida. Su especialidad es la zooarqueología, con interés en la alimentación así como en la gestión de la pesca y de los recursos silvestres: *Changes in Tlingit Food Production after Contact,* en 2000, y con Jon Erlandson *Animal Agency and Coastal Archaeology,* en 2002. Su interés por la práctica feminista en arqueología tiene su reflejo en artículos como «Shellfish, Gender, and Status on the

Northwest Coast of North America: Reconciling Archeological, Ethnographic and Ethnohistorical Records of the Tlingit» de 1993.

Jordi Estévez es doctor por la Universidad de Barcelona en 1979, profesor de Prehistoria en la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1981 y doctor asociado del CSIC. Especialista en arqueozoología ha publicado numerosos trabajos teórico-metodológicos aplicados en este campo. En el 2000, por ejemplo, *Aproximación dialéctica a la Arqueotafonomía* y, en el mismo año, *Muerte en el Canal: Experiencias bioestratinómicas controladas sobre la acción sustractora de cánidos* con L. Mameli; en 2004 *Vanishing carnivores: what can the disappearance of large carnivores tell us about the Neanderthal world?* y en 2005 el libro *Catástrofes en Prehistoria*, sobre los cambios súbitos y la necesidad de no obviarlos en las investigaciones arqueológicas.

Assumpció Vila se doctoró en la Universidad de Barcelona en 1981 y en la actualidad es profesora de investigación del CSIC. Sus primeros trabajos sobre producción y uso de instrumentos líticos prehistóricos introdujeron en España la traceología o análisis funcional. Desde 1988 trabaja desde una perspectiva etnoarqueológica experimental en arqueología de las relaciones sociales, con proyectos desarrollados básicamente en Tierra del Fuego. En 2004 el Departamento de Arqueología y Antropología (IMF-CSIC), que dirigía, organizó el congreso *Etnoarqueología de la prehistoria: más allá de la analogía* y coordinó su posterior publicación. La práctica feminista en arqueología es, desde 1991, con «*La importancia de llamarse hombre en prehistoria*» (con R. Piqué y T. Argelés) otra constante en su investigación.

Introducción: el porqué de este libro y de nuestra ida a la Costa Noroeste

Jordi Estévez y Assumpció Vila

Por qué la Costa Noroeste

El viaje comenzó en Tierra del Fuego (a partir de ahora TdF), a 12.500 km tanto de Bellaterra como de Vancouver, en British Columbia (que abreviaremos como BC) (figura 1).

El equipaje fue la propuesta teórico-metodológica que a finales de los 80 nos había llevado al «final del mundo», una especie de salida estructural de una situación que veíamos estancada: los estudios sobre sociedades cazadoras-recolectoras (CR) de la Prehistoria europea (Estévez y Vila, 2007; Piana *et al*., 1992; Vila, 1998; Vila y Wünsch, 1990). El objetivo primordial de aquel viaje fue realizar una evaluación del método arqueológico en su sentido más estricto, es decir replantear y reevaluar tanto la teoría como la metodología y las técnicas aplicadas en Arqueología prehistórica para finalmente conseguir una «manera arqueológica» de acercarnos a las relaciones sociales que fuera aplicable a la investigación sobre sociedades CR en el continente europeo (Vila, 2006; Vila, 2007 e.p.). Recogiendo enunciados que hemos publicado, podríamos resumir nuestra propuesta inicial como el intento de conseguir una manera (métodos y técnicas) estrictamente arqueológica de acercarnos a una imagen global de las sociedades prehistóricas.

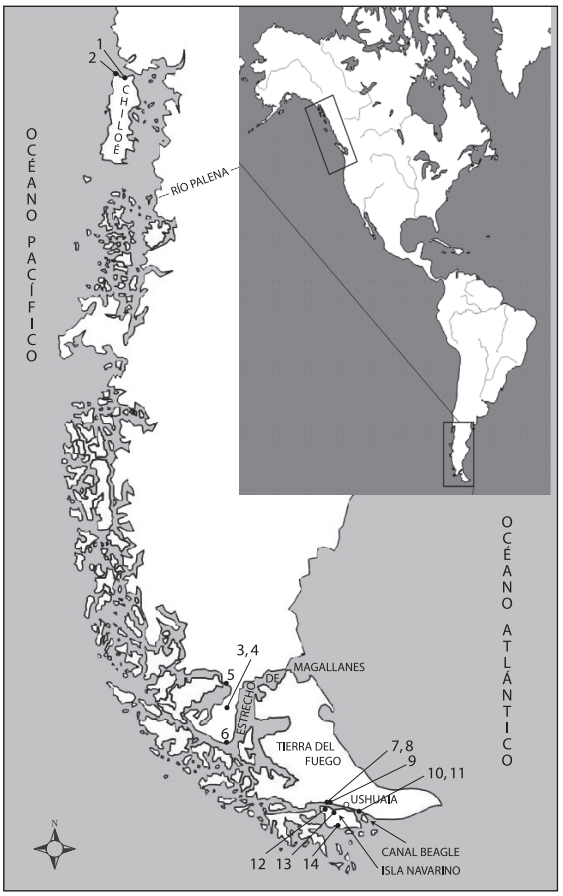


Figura 1. La costa del Pacífico, mapa de la costa del extremo sur americano. La numeración en la figura corresponde a los siguientes sitios mencionados en el texto: 1) Puente Quilo 1; 2) Chepu 005; 3) Englefield; 4) Bahía Colorada; 5) Ponsomby B; 6) Punta Sta. Ana; 7) Túnel VII; 8) Túnel I; 9) Lancha Packewaia; 10) Lanashuaia; 11) Imiwaia; 12) Caleta Segura; 13) Áridos Guerrico; 14) Seno Grandi I.

A finales de los ochenta, partiendo de que para el estudio de las sociedades en la Prehistoria era imprescindible conocer cómo y de qué tipo fueron las relaciones sociales que organizan la producción y la reproducción, cuáles se mantuvieron y cuáles cambiaron y por qué, y que debía-

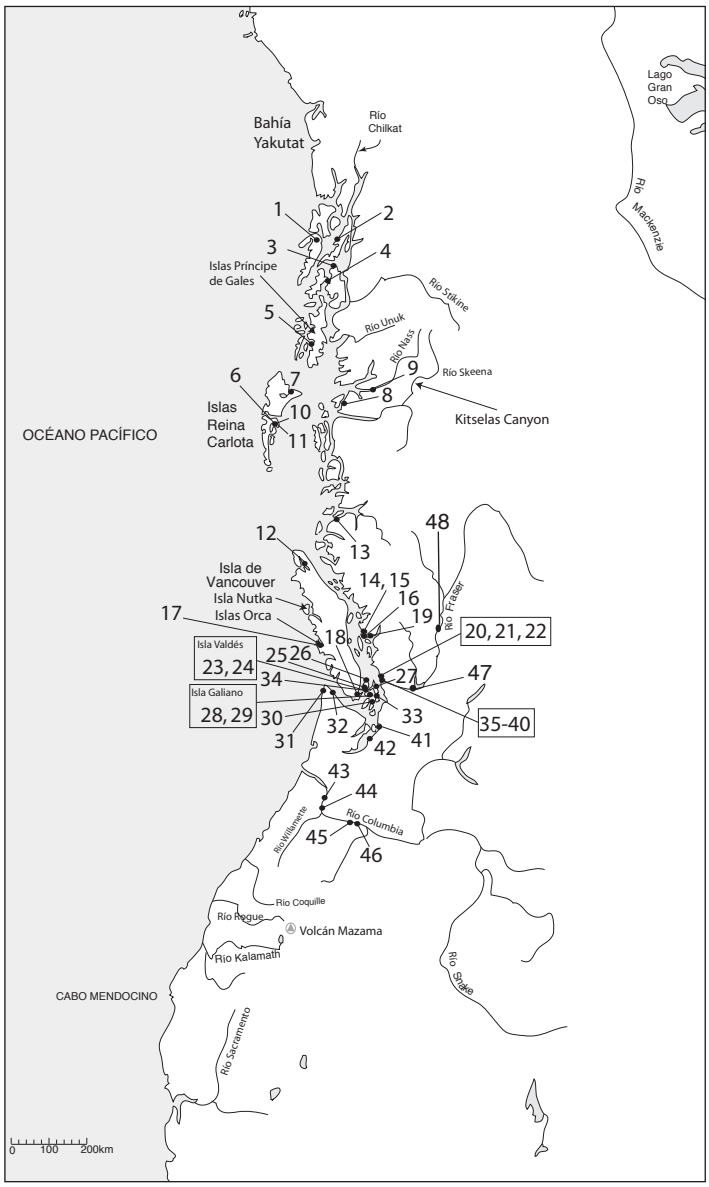


Figura 2. Mapa de la Costa Noroeste (sobre un original de R.G. Matson) con la situación de los sitios mencionados en el libro. Los números corresponden a: 1) Hidden Falls; 2) Killisnoo Picnicground Midden; 3) Coffman Cove; 4) Exchange Cove; 5) Chuck Lake; 6) Paul Mason; 7) Blue Jackets Creek; 8) Pince Rupert; 9) Greenville; 10) Ninstints; 11) Stselax Village; 12) Bear Cove; 13) Namu; 14) Deep Bay; 15) Reserva Sliammon; 16) Glenrose; 17) Ayer Pond; 18) Port Eliza Cave; 19) Saltery Bay; 20) Point Grey; 21) Locarno Beach; 22) Marpole; 23) Shingle Point; 24) Cardle Point; 25) Pirates Cove; 26) False Narrows; 27) Cattle Point; 28) Dionisio Point; 29) Montague Harbour; 30) Helen Point; 31) Ozette; 32) Hoko River; 33) Little Qualicum; 34) Penelabut Spit; 35) St. Mungo; 36) Crescent Beach; 37) Whalen Farm y Beach Grove 38) Fort Langley; 39) Point Grey; 40) Reserva Musqueam; 41) Dupont Southwest site; 42) West Point; 43) Fort Vancouver; 44) Cathlapotle; 45) Dalles; 46) Five Mille Rapids; 47) Scowlitz; 48) Keatle Creek.

mos hacerlo desde la arqueología, formulamos una propuesta teórica tipo ley, y después planteamos las posibilidades metodológicas e instrumentales que precisábamos para probarla, para no quedarnos sólo en la propuesta.

Para esta evaluación de la capacidad teórico-metodológica de la Arqueología propusimos la confrontación dialéctica entre la teoría y la práctica de la Arqueología y de la Etnología en una sociedad concreta conocida. Enunciamos así nuestro concepto de Et-

noarqueología (Estévez y Vila, 1995; Vila, 2000) con los argumentos que nos dirigieron a TdF, donde empezamos a trabajar en 1988 (Estévez y Vila, 1995).

La experiencia de más de veinte años con la Arqueología de tierras fueguinas y los resultados tanto teóricos como técnicos (Departamento Arqueología y Antropología, 2006; Vila *et al.*, 2007) de los trabajos desarrollados con un amplio equipo de investigación aconsejaron seguir probando la validez del acercamiento/de la propuesta, tomando ahora como objeto de estudio otras sociedades CR también estudiadas etnográfica y arqueológicamente (Vila, e.p.).

Cazadores-recolectores ¿típicos o atípicos? Situación en el contexto general de la antropología y la arqueología de CR

Trabajar en la Costa Noroeste (a partir de ahora NWC) de América del Norte con unas sociedades cazadoras-recolectoras que la mayor parte de la literatura ha situado en el otro extremo de la «curva normal» respecto a las fueguinas era una buena opción, un reto. Y era además una oportunidad, ya que analizar lo opuesto, lo más alejado, es la mejor manera de delimitar los elementos de variabilidad coyunturales y aislar los fundamentales para entender lo que puede caracterizar a sociedades que tienen en común «una escasa o limitada incidencia en la reproducción de sus recursos».

Ese denominador común de sociedades que «cazan, pescan, recolectan», y que para hacerlo producen bienes de uso y finalmente alimentos, puede desembocar en estrategias de subsistencia (muy) diferentes, al menos a nivel fenoménico. Identificar lo particular en cada caso, lo que depende de las circunstancias coyunturales e históricas, nos ayudará a desenmarañar lo que parece una compleja madeja. Jerarquizar la incidencia de los diferentes aspectos en la continuidad de las sociedades y distinguirlos en función de esa importancia, nos permitirá trabajar en las recurrencias básicas, intentar entenderlas y explicarlas como contradicción principal definitoria de un Modo de Producción.[1]

La trascendencia del estudio de las sociedades de la NWC ha pasado por una serie de altibajos. En su conjunto esas sociedades presentaban la anomalía más significativa (entre la forma de subsistencia y la organización social). F. Engels (1986 [original 1884], citando a Bancroft, 1874), ya tenía en cuenta esas sociedades nativas de la NWC: las situó como sociedades tribales en el estadio superior del salvajismo pero remarcando que no conocían ni la horticultura más simple, ni la domesticación de animales. Gracias al trabajo fundamental de F. Boas de 1895 a 1942 (Maud, 1982) se convirtieron en el paradigma utilizado en beneficio de posturas teóricas cercanas al particularismo histórico para poner en crisis el evolucionismo unilineal y la caracterización universal de las sociedades cazadoras como las más primitivas asociaciones de bandas igualitarias.

Se puede seguir a través de la bibliografía general la incomodidad producida por la aparente excepcionalidad de estas sociedades de la NWC (unificadas como Área cultural por tener el salmón como base de su economía, y una organización social compleja) en el contexto de las explicaciones de sociedades CR que según el esquema científico evolucionista, debían haber sido «simples»: Daryl Forde (1966 [original 1946]), dentro de lo que podríamos denominar un adaptacionismo funcionalista para el que los patrones económicos y su relación con el medio ambiente son los factores determinantes de la organi-

[1] Modo de Producción entendido como una particular articulación de las relaciones sociales de producción y de reproducción determinada por una Contradicción principal específica (Estévez *et al.*, 1998).

zación social, explicita que estos pueblos pescadores de la actual Columbia Británica por su complejidad social constituyen un caso único, porque la estabilidad de su hábitat y el almacenamiento se lo permiten, pero deja de lado la explicación del esclavismo. Service (1973 [original 1966]: 13 y 115) omite casi completamente la NWC como ejemplo de CR porque, dice, no son bandas.

El giro que se produjo en el congreso *Man the Hunter* (Lee y De Vore, [1966] editado en 1968) hacia las explicaciones adaptacionistas y posiciones nomotéticas supone una cierta forma de marginación de ese caso «excepcional». El peso fundamental se lo llevan los grupos CR de Australia, África meridional y esquimales, con énfasis en la cuestión de la precariedad. En el único artículo referido a esas sociedades norteamericanas, el de Suttles (1968), el autor le da su propio enfoque adaptacionista marcando la paradoja de un ambiente excepcionalmente rico pero desigual y explicando el desarrollo del *potlach* y la búsqueda de prestigio como una adaptación ecualizadora de las irregularidades. Además pronostica que se encontrarán «cazadores prehistóricos complejos» que hayan tenido una organización con equivalentes funcionales a los esclavos y al *potlach*, que hayan almacenado y practicado una redistribución flexible (un rudimento de comercio). También Sahlins (1968b) procuró escaparse de la paradoja y atribuyó el desarrollo «atípico» de clanes, jefes y organización tribal a una naturaleza excepcionalmente rica.

Esta tendencia continuó en las reuniones que trataron el tema de las sociedades CR y así en el libro (correspondiente a la *Third International Conference on Hunter-Gatherers* de Bad Homburg en 1983), editado por Schire en 1984 sólo aparecen Australia, Punan, Luzón y los bosquimanos. En la publicación de la IVª International Conference on Hunter-Gatherers de 1986 en la London School of Economics and Political Science (Ingold *et al.*, 1991) ni tan sólo se cita a Boas en el tomo *Evolución y cambio social* (se tratan los grupos de Tanzania, Sumatra, Papúa y los Mbuti) y sólo una vez en el tomo *Propiedad, ritual e ideología* (en el que se habla de Inuit, Cree, Pintupi, Batek, Chipewyan, Okiek y australianos); sólo un artículo (Palsson) habla de la especificidad de la gente pescadora-recolectora.

Todo esto se produce un poco al margen del desarrollo de la Arqueología en la propia NWC que, como veremos más adelante, precisamente a finales de los setenta y principios de los ochenta pasaba por un momento de gran actividad, con aplicaciones de los postulados de la Nueva Arqueología.

Por otra parte, desde la Antropología algunos autores comenzaban a buscar alternativas explicativas. A. Testart (1982) por ejemplo rechaza la dualidad «cazador-recolector *versus* agricultor» para enfatizar la diferencia entre «almacenadores-no almacenadores» y por tanto toma las sociedades de la NWC como ejemplo paradigmático de sus postulados. F. Bate (1986), en la línea del materialismo histórico, recoge como posible fuente de cambio hacia el Neolítico no sólo el aumento crítico de la precariedad sino la sobreabundancia, como la de la NWC, que rompería la solidaridad, la redistribución y la propiedad colectiva de la fuerza de trabajo.

En la reunión de 1983 publicada por Price y Brown (1985) el pronóstico de Suttles finalmente se había cumplido y la Arqueología aportaba los ejemplos del Natufiense, del Mesolítico de Escandinavia y de la Costa de California, y P. Mellars introduce el Paleolítico superior europeo entre los posibles ejemplos de CR complejos. En este libro ya existe toda una sección dedicada a la NWC con artículos de Ames y Hayden, arqueólogos que trabajaban en la NWC. Y aunque en los artículos de presentación generales (de Cohen, Bender, Price y Brown) no se cita a Boas, sí se menciona a Fried, que ha sido, a partir de esa época, uno de los referentes para las explicaciones de la NWC.

El tema de la dualidad «CR simples/CR complejos» queda ya establecido como un tópico de investigación de sociedades CR. La situación se ha normalizado en los años noventa. Por ejemplo, en el libro de Burch y Ellanna (1994) el apartado de temas clave en relación a la investigación de CR incluye artículos de arqueólogos canadienses (Leland, Mitchell y Hayden) sobre las sociedades de la NWC.

En suma, dentro de la Antropología y sobre todo de la Arqueología nomotéticas (con todos sus matices) existió desde los setenta un notable esfuerzo para definir los rasgos característicos de las sociedades cazadoras-recolectoras. Así se distinguieron simples frente a complejas, *foragers* (Binford, 1980) de amplio espectro y nómadas frente a *collectors* especializadas semisedentarias de alta densidad de población, almacenadoras frente a precarias, de tecnología simple frente a instrumental sofisticado, de unidades sociales pequeñas o con *households* extensas, igualitarias frente a estratificadas... Se trataba de ver si la organización social (la complejidad) era un rasgo independiente de la organización de las estrategias de captación de los alimentos (la caza y recolección) y de buscar la articulación y la explicación de los procesos implicados.[2]

En estas cuestiones las sociedades históricas de la NWC tuvieron un papel fundamental al tratarse de sociedades que fueron descritas como CR muy desarrolladas tecnológicamente, especializadas en la captación de recursos abundantes y concentrados, con almacenamiento, con una división del trabajo que trasciende la de sexo y edad, que comercian con materiales exóticos, con una gran densidad de población concentrada en poblados grandes en régimen semisedentario, con una gran inversión de trabajo en elementos simbólicos y artísticos y que, organizadas en tribus, tienen un elevado nivel de conflictos externos organizados. En inglés se ha dicho que se caracterizaban por las S: *salmon/seal, storage, sedentarism, social complexity, stratification, slavery, sistematic warfare*...

Si las sociedades etnográficas fueguinas han sido en la literatura el referente obligado para ejemplificar las sociedades CR más primitivas, las de la NWC lo han sido para el final de estas sociedades simples, y para explicar/ejemplificar el cambio prehistórico hacia sociedades productoras de alimentos con diferenciación social horizontal (que trasciende la división vertical entre hombres y mujeres).

Qué hicimos en la NWC y qué hacemos en este libro

Nuestra propuesta de trabajo en la NWC tuvo una respuesta favorable por parte del Ministerio de Educación y Ciencia español (Programa «Estancia de profesores e investigadores en centros extranjeros») al que habíamos solicitado sendas becas de estancia en los correspondientes departamentos de las dos universidades de la costa noroeste de Canadá, la University of British Columbia (UBC) y la Simon Fraser University (SFU), ambas en Vancouver. Seis meses fue el tiempo de nuestra estancia.

No pretendemos equiparar nuestros conocimientos al de las personas que han dedicado la mayor parte de su vida al tema de la NWC, ni haber encontrado «la» solución al

[2] Las palabras *collector*, *forager* y *household* no tienen una correspondencia exacta en palabras españolas. Desde que se empezaron a usar en arqueología su significado ha ido derivando, ampliándose y difuminándose como ocurrió con el concepto «cultura». Por ello, en lugar de crear neologismos o de utilizar palabras españolas que tienen cierto parecido ortográfico o de significado, pero que no abarcan esa polisemia (Zurro *et al.*, 2006; Hendon, 1996) hemos preferido dejarlas en inglés. La palabra *household* la hemos puesto en femenino como correspondería a «unidad residencial», «residencia» o «casa».

problema de las sociedades «simples, pero complejas». Sin embargo estos seis meses en los que nos hemos sumergido en esta problemática contando con las facilidades que nos han dado las dos universidades, la amabilidad de nuestros colegas canadienses, las discusiones mantenidas, los sitios arqueológicos a los que nos han acompañado y explicado nos permiten la osadía de ensayar una visión personal que está sin ninguna duda condicionada por nuestra perspectiva, ajena a la discusión académica directa *in situ.* Hemos tenido además la suerte de poder participar en el 61 Congreso anual de Antropología de la NWC celebrado en abril 2008 en Victoria, y el privilegio de asistir a actos de diferente signo de las comunidades nativas, en algunos de ellos como invitados de nuestros colegas de la Universidad. Hemos visto distintas relaciones de la arqueología con las comunidades indígenas: en el trabajo de campo, en la divulgación de los resultados en los propios sitios, en la búsqueda de co-participación, en la demanda de ayuda por parte de la arqueología, y en la demanda de colaboración política por parte de las comunidades en defensa del territorio. De este modo hemos podido hacernos una idea de cómo se van desarrollando las relaciones entre nuestra profesión y las comunidades de las *First Nations.*[3]

¿Es la contradicción principal una explicación válida?

Nuestros trabajos en Paleo-Mesolítico europeo (por ejemplo, Estévez, 1980; Vila, 1985) nos habían mostrado que la dinámica económica en todo este periodo lejos de tener una estabilidad o una direccionalidad unilineal alternaba entre episodios en que se tendía a una «especialización en» o «dominancia de» una especie animal y otros con apertura del espectro de especies cazadas... de la que surgía una nueva especialización basada en especies cada vez de menor tamaño. Este proceso iba dejando una serie de especies extintas en el occidente europeo (Estévez, 1979). La causalidad de esta dinámica la atribuimos a una presión demográfica cada vez mayor y a una sobre-caza, con periodos de crisis. Esa dinámica habría conducido a ciertas sociedades a una salida estructural (la domesticación) que habría supuesto una posibilidad exponencial de desarrollo. Completábamos la explicación con la formulación de la tesis de la Contradicción principal (Estévez *et al.*, 1998).

Según esta tesis, la reproducción social se basa en una fertilidad relativamente alta de la especie humana, resultado de la selección natural para compensar la baja eficiencia reproductiva homínida —afectada originalmente por una probable depredación intensa y una baja eficiencia productiva—. Esa elevada potencialidad de reproducción habría entrado en contradicción con la producción de alimentos (la caza principalmente) una vez las sociedades fueron capaces de frenar de forma eficiente sus pérdidas por depredación y desarrollaron técnicas de captura de animales cada vez más efectivas. Los rendimientos decrecientes resultantes afectarían sucesivamente a grupos que habrían aumentado su eficiencia extractiva especializándose en las presas más rentables a su disposición. Las salidas a las crisis por sobre-explotación habrían tenido dos alternativas: ampliar el espectro de las especies consumidas a costa de aumentar la inversión de trabajo, o implementar sistemas de control de la reproducción.

Finalmente la experiencia acumulada y la selección de las mejores soluciones a lo largo de esas sucesivas crisis —que habrían comenzado ya a principios del Paleolítico

[3] *First Nations* es como se denomina a los pueblos nativos de Canadá (excepto Inuits y Methis).

superior en Europa occidental— habrían llevado a un control social sobre las mujeres (el factor principal de reproducción) mediante su desvalorización (transfiriéndoles un valor subjetivo reducido —desvalorizando su aporte a la producción—) como el medio final más eficaz de control de los nacimientos. La división sexual del trabajo sería un constructo social, que aunque basado en una característica biológica —la capacidad reproductora de las mujeres— se origina por la necesidad de mantener un balance crítico entre la capacidad de producción y la capacidad de reproducción. La combinación de estos dos elementos es la que daría como resultado una elevada eficiencia reproductiva, que de no controlarse (limitarse) puede llevar al sistema productivo a una dinámica fatal de rendimientos decrecientes y arrastrar todo el sistema social a una crisis o al colapso.

Así pues, postulábamos que las sociedades que habían persistido en sus estrategias de explotación de recursos basadas en gran medida en la caza debían haber producido una división sexual del trabajo que facilitaba la desvalorización de las mujeres, división que sería universal como forma de poder seguir en una estrategia de explotación de unos recursos que se reproducen de manera natural sin que una mayor inversión de trabajo incremente «sustantivamente» su rendimiento.[4]

Aunque producción y reproducción constituyen desde nuestra perspectiva una unidad de contrarios, justamente por ello —porque pueden entrar en contradicción interna— no podemos inducir (arqueológicamente) uno del otro, sino que deben poder ser analizados (verificados) separadamente.

Este es el aspecto crítico de la investigación y requería el desarrollo de nuevos instrumentos arqueológicos conceptuales que, según propusimos, podíamos conseguir mediante el análisis de casos de control etnoarqueológicos (Piana *et al.*, 1992).

Eso fue lo que nos había llevado a TdF (Estévez y Vila, 1995, 1998). Allí pudimos verificar ciertos postulados, afinar nuestra perspectiva y llegamos a conclusiones (Estévez y Vila, 2007) que deberán ser verificadas con otros ejemplos de similar metodología. Y llegamos así a la NWC.

Justificación del índice

Como hemos dicho, no pretendíamos dar «una versión más» de las sociedades de la NWC, sino realizar una evaluación de nuestra propuesta, ya desarrollada en TdF, de finalidades generales teórico-metodológicas a través del análisis de unos casos concretos. En este caso confrontándola con un extremo dentro de lo que definimos como un mismo Modo de producción (caracterizado por la contradicción entre la forma de reproducción social dominante y la forma de producción que la ha determinado y que impone unos límites concretos).

No hemos querido presentar el resultado de nuestra confrontación de la teoría con el caso de la NWC exclusivamente a través de un trabajo propio sino en el contexto de un libro en el que participan colegas que llevan años trabajando en la zona. Esto nos permite al mismo tiempo ofrecer a un público interesado hispano leyente un panorama de actualidad respecto a las líneas de investigación, los temas en debate, los problemas y las preocupa-

[4] Se puede definir la caza/recolección como un tipo de trabajo dirigido fundamentalmente a la captación de los recursos y no al manejo de su reproducción. Los «jardines» de almejas o los trasvases de huevas de pescado que realizaban las mujeres de la NWC no entrarían ya en esta definición, mientras que el trabajo de pesca de los hombre sí que se debería considerar caza.

ciones de la arqueología en la NWC, así como las interpretaciones sobre cambio social que se están barajando en aquella zona, crucial para entender la Prehistoria más antigua.

La Introducción sigue básicamente nuestros pasos en la NWC. Comenzaremos con un panorama general actualizado tanto de la Etnografía como de la Arqueología («Panorama general crítico de la Antropología y del patrón NWC» y «Panorama histórico general de la Arqueología de la NWC») resaltando también de manera somera aquellos temas o aspectos que son considerados centrales para la investigación: «Caracterización étnica», «Recursos y propiedad de los medios de producción», «La guerra», «La organización político-social»). La intención de esa Introducción es situar a l@s lectores más allá de los simples y limitados tópicos habitualmente usados como paradigmas, ya que en la NWC no está todo hecho ni existe un paradigma universalmente aceptado sino que hay una investigación dinámica tanto en Antropología como en Arqueología, con teorías en discusión, con trabajos de campo en marcha para consolidar o refutar planteamientos, responder a preguntas nuevas o formuladas de manera distinta, etc. Veremos en esta Introducción que por ejemplo las informaciones etnográficas pueden y están siendo discutidas y analizadas críticamente, que en Arqueología se han formulado distintas teorias explicativas del desarrollo de lo que se ha llamado el patrón (etnográfico) de la NWC, etc.

La potencialidad para la Arqueología de las amplias y diferentes informaciones etnográficas existentes es indiscutible y utilizarlas en ese sentido nos sirve para demostrar una vez más que conseguir a través de «escritos etnográficos» imágenes objetivas de funcionamientos de sociedades desaparecidas es posible.

Como hemos afirmado, este «caso» de la NWC se ha usado muchas veces como *leiv motiv* para discutir los rasgos esenciales de las sociedades tradicionalmente denominadas cazadoras-recolectoras, con clichés poco actualizados. Pero a nuestro entender la historia reciente y la etnografía de la NWC proporcionan un caso de estudio excelente y unas posibilidades de desarrollar un trabajo etnoarqueológico, tal como lo entendemos nosotros (Estévez y Vila, 1996), inigualable para las personas interesadas no sólo en cazadores-recolectores sino también en el desarrollo de la vida aldeana y de la desigualdad de clases, el conflicto bélico en este tipo de comunidades, el inicio de la horticultura, la metalurgia del cobre, en el impacto de las navegaciones y procesos coloniales... entre otros muchos problemas de la Prehistoria.

Después de la Introducción, daremos paso a los trabajos concretos, que comentamos a continuación.

La realización del planteamiento ha sido posible gracias a que las personas a las que lo propusimos, aquellas con las que más pudimos conversar y discutir estos temas estando en Vancouver, respondieron positivamente a nuestra invitación. Representan distintas generaciones de dedicación a la arqueología de la NWC, distintos puntos de vista, interés prioritario por distintos aspectos o trabajo prioritario en distintas zonas geográficas consideradas clave.

Así tanto Richard G. Matson como Brian Hayden al exponer en primera persona la historia de las investigaciones en la NWC —tanto en la zona costera como en el interior—, inseparable de su propia evolución teórica y metodológica, nos ofrecen una posibilidad de entendimiento y evaluación difícilmente asequible en otros sitios. Colin Grier, dentro de las generaciones mas jóvenes, tiene ya un importante trabajo realizado en las islas del Golfo de Georgia que continúa aún con el objetivo de fundamentar arqueológicamente el proceso de desarrollo de la complejidad social. Grier nos ofrece una tercera visión del proceso, a la par que una visión crítica de por dónde cree él que debe seguir avanzando

la disciplina. Con estas aportaciones recogemos las tres líneas teórico-explicativas que aglutinan a la mayor parte de l@s autor@s.

Michael Blake, que ha trabajado yacimientos sobre el río Fraser y el Golfo de Georgia, nos presenta un original análisis de un aspecto poco tratado, la importancia del factor movilidad entre las gentes del litoral en relación al dominio de la tecnología de la navegación. Este es un factor que aunque se ha tenido en cuenta por ejemplo para distinguir las «gentes canoeras» de los «cazadores pedestres» en TdF, no ha sido aún convenientemente ponderado en general en la prehistoria mundial. Bill Angelbeck, a partir de su reciente tesis doctoral sobre el conflicto bélico en la NWC, nos ofrece su perspectiva de una de las características más peculiares de estas agrupaciones desde una visión anarquista, novedosa y nos atreveríamos a decir que única. Los dos trabajos son ejemplos que demuestran que la utilidad de la Etnografía no está ni mucho menos agotada para el desarrollo de la Arqueología.

Madonna Moss, que tiene tras de si un ya extenso bagaje de trabajos en Alaska y en la zona sur de la NWC, nos presenta otra de las actuales preocupaciones principales de la Arqueología en los dos países, la trascendencia de los trabajos arqueológicos para la política actual relacionada con las *First Nations* de aborígenes americanos.

Con el trabajo de todos esos autores y autora podemos asegurar que presentamos un panorama actual y completo de la investigación arqueológica en la NWC y la posibilidad de introducirlo, ahora con conocimiento real, en nuestras propias investigaciones.

El capítulo final recoge nuestra propuesta de funcionamiento de las sociedades precontacto a partir del análisis de las fuentes etnográficas y desde nuestra teoría general. Como conclusión argumentamos la importancia central de la reproducción como ejepivote en las sociedades CR, y en la consecuente necesidad de afrontar su análisis arqueológico. La NWC tiene las condiciones ideales, junto con TdF, para llevar a cabo un proyecto en esta línea.

Panorama general desde nuestra perspectiva de los rasgos más significativos de la antropología y la arqueología de la NWC

Lo que se ha identificado como «área cultural de la Costa Noroeste», que se extendía desde la bahía de Yakutat en Alaska hasta el norte de California, el cabo Mendocino o el río Columbia,[5] era mucho mayor que lo que se entiende como «territorio fueguino»: desde la bahía de Yakuta hasta la desembocadura del río Columbia hay 1800km, el equivalente sería la distancia desde Cabo de Hornos hasta el norte de la isla de Chiloé (figura 1 y 2).

Ambas costas del Pacífico, la costa al norte del estado de Washigton y la costa del litoral magallánico-fueguino al sur del continente, tienen unas características muy parecidas: muy recortadas, con islas, profundos fiordos flanqueados por abruptas cadenas montañosas cubiertas de nieve y glaciares. En ambos extremos extensas superficies de bosque caracterizan las orillas, y también en ambos territorios más allá de las montañas que paran las masas de nubes se abren espacios mucho más secos de estepa.

La costa más meridional del Pacífico y NWC comparten una larga historia de aprovechamiento de recursos litorales y marítimos de manera intensa aunque no exclusiva. El litoral con la franja de algas kelp brinda (Erlandson *et al.*, 2007) algunas posibilidades

[5] El término *North West Coast of America* es de Bereford, 1789, y de Meares, 1790. Es el más adecuado y más aceptado en Antropología. Ver la discusión en Adams, 1981.

semejantes en cuanto a mamíferos marinos (pinnípedos, delfines, cetáceos) y moluscos, y existen artiodáctilos de porte semejante; aunque la ictiofauna meridional es abundante, en cuanto a los ríos no podemos hablar de equivalencia, los ríos grandes de la NWC que ofrecen la posibilidad de explotar la enorme biomasa de las migraciones salmoneras, son mucho más grandes que los de la costa chileno-argentina. Finalmente, los modos de vida originales de ambas zonas comparten un colapso muy parecido, quizás no en intensidad pero si cualitativamente (Yesner, 1993).

Antropología y el patrón NWC

A pesar de esas concomitancias, lo que se ha llamado el «patrón de la Costa NW» (asentamientos de invierno con ocupaciones repetidas compuestos por casas grandes de planchas de madera, arte evolucionado, sociedad de rango y almacenamiento de salmón (Matson y Coupland, 1995: 241) es opuesto a la caracterización tradicional que se ha hecho de las gentes fueguinas: unidades familiares autónomas igualitarias, cabañas perecederas pequeñas y alta movilidad y precariedad (por ejemplo, Forde, 1966; Gusinde, 1937).

Lo que nos interesaba en primera instancia era entender ambos desarrollos en su conjunto, y concretamente poder evaluar las variables que los hacen en parte tan iguales y en parte tan desiguales.

Comenzamos con la recopilación, lectura y análisis crítico de las fuentes etnográficas escritas y gráficas (desde las informaciones de los primeros viajes de los españoles en el siglo XVIII hasta las de F. Boas y sus discípulos y su críticos[6]) a fin de obtener una imagen lo más ajustada posible del tipo de relaciones sociales organizativas de las sociedades etnográficas. Seguimos con la documentación objetual existente en el Museo de Antropología de Vancouver (MOA, adjunto a la University of British Columbia) considerándola como significativa para nuestro propósito (aunque también visitamos el Museum of Northern B.C. en Prince Rupert y el Royal British Columbia Museum en Victoria).

Con la presentación sintética y comentada de estas variadas fuentes de información pretendemos por una parte mostrar aquello con lo que hemos trabajado, una de las bases de nuestro programa, y por otra insistir en la complejidad interpretativa (lejos de las generalizaciones simples con que normalmente se conocen fuera de su ámbito geográfico) y al mismo tiempo en su potencialidad en cuanto generadoras de imágenes de un funcionamiento social de esos grupos que ya no existen.

Fuentes históricas (y etnográficas)

Hemos preferido consultar directamente las fuentes originales (desde las transcripciones de las informaciones españolas a los trabajos de Boas, Barnett, etc.) antes que ir a las reinterpretaciones, perspectivas secundarias o revisiones históricas y epistemológicas de la Antropología cultural y de Historia de la Ciencia. En ciertos puntos hemos llegado felizmente a las mismas conclusiones que otras personas que siguieron el mismo camino y cuyos trabajos hemos leído más tarde (por ejemplo Carretero, 1990b). Pero al enfocar el trabajo de la manera que lo hemos hecho —sin estar sometidos a los condicionantes del

[6] «Boas, his proteges, his students, and his students' students... so much of what we know was collected from an identical theoretical perspective», Adams, 1981.

entorno académico concreto de la NWC— y al hacerlo desde nuestra propia perspectiva teórica posiblemente podamos aportar un punto de originalidad al problema.

A lo largo de este proceso nos ha llamado la atención la desconexión entre las revisiones que se hacen desde la Antropología y las conclusiones que se elaboran desde la Arqueología. Los postulados de una se apoyan presuntamente en los trabajos de la otra disciplina y viceversa sin, parecería, haber conciencia de hasta que punto están suficientemente fundamentadas o aceptadas en la otra disciplina.

Una primera acotación necesaria es nuestra conclusión (y también la de otras personas) respecto a que la Antropología social actual está desarrollando sus trabajos con unas sociedades indígenas radicalmente distintas de las que encontraron los primeros europeos que visitaron estas costas. De la misma forma que la sociedad europea no es la misma ahora que en el siglo XVIII, las sociedades indígenas no eran entidades «fosilizadas» hace cinco mil años, ni tan sólo mil años antes del presente, sino sociedades dinámicas en constante (des)equilibrio... que habían ido cambiando ellas mismas y cambiando el entorno en ese largo proceso histórico propio, antes de que la onda expansiva del capitalismo provocara su cambio catastrófico.

Si en el análisis de la historia moderna de las sociedades nativas de la NWC las distintas autorías enfatizan distintos elementos y establecen periodizaciones ligeramente diferentes (Martindale, 2007 (en prensa); Monge, 2002) sí que hay en cambio consenso en establecer una *fase* anterior al contacto, diferenciando un antes y un después, ya que el contacto significó una ruptura brusca de la trayectoria histórica anterior de estas poblaciones. Y también, aunque evidentemente no hay informaciones escritas pre-contacto con europeos, existe bastante acuerdo en reconocer que la influencia europea es incluso previa al contacto directo y a la primera información recogida por europeos.

Así, pensamos que siguiendo y sintetizando otras autorías (por ejemplo, Duff, 1964 o Carretero, 1990a), se podría hablar de una Prehistoria o momento pre-contacto (sólo alcanzable a través de la Arqueología), una Historia moderna —que se ha llamado Etnohistoria— (que estudia las situaciones en el momento del contacto y el cambio súbito inducido, a través de relatos que se han transmitido oralmente y que han recopilado por escrito básicamente personas externas), y una realidad social actual en la que puede actuar la Antropología social directamente y las historias propias que nos pueden transmitir «hoy» estas comunidades. Carretero (1990a) en una línea parecida define cuatro momentos: «Aculturación, Etnocidio, Occidentalización y Resurgimiento indígena». Aunque nadie puede calificar las comunidades actuales de *no indígenas*, no son lo mismo que lo que fueron sus antepasadas aunque hayan podido conservar, resucitar o reinventar en mayor o menor medida elementos de ese pasado pre-europeo, pre-catastrófico. Su misma situación de resistencia frente a la dominación de origen europea las sitúa en unas coordenadas distintas a las que tuvieron, y consecuentemente con una «hoja de ruta histórica» divergente de la que habrían tenido.

Las informaciones con las que contamos hoy (aparte de la arqueología para el periodo pre-contacto), recogen observaciones de los primeros viajeros, son informes de los primeros europeos que convivieron con los aborígenes (que podrían considerarse como Etnohistoria en un sentido estricto). También tenemos lo que escribieron los etnógrafos a partir de las entrevistas que realizaron (es decir una información filtrada por los informantes, que trasmitían la imagen que más les interesaba en esa interacción, y por lo que filtraban los recopiladores según sus propios intereses y los de la Academia) y finalmente las historias orales tradicionales propias de la gente nativa (información parcializada y sesgada por los intereses de la propia comunidad, aunque sometida a un control colectivo que la avala y la despersonaliza).

Las informaciones de viajeros

Igual que en el extremo sur del Pacífico (la flota de Nassau pasó por el Cabo de Hornos en 1624), la recogida de información en la NWC se remonta a los inicios del siglo XVII con la llegada de cazadores y comerciantes rusos al norte del Pacífico motivada por las enormes ganancias que les proporcionaba la comercialización de pieles finas (Monge, 2002; Monge y Olmo, 1991).

Prácticamente al mismo tiempo los españoles realizan también, desde México, expediciones por esas costas, que consideraban dentro de su radio de dominio, con el fin de tantear los avances de los rusos y para mostrar su presencia y recordar los derechos de la corona española sobre la zona al Norte de sus instalaciones en California (figura 3).

En aquellos años, aunque también realizan trabajos cartográficos y de recopilación de información sobre el terreno y sus habitantes, los contactos fueron básicamente desde los barcos, con no muy prolongadas estancias en tierra y sin ánimos de establecerse de manera permanente ni de cambiar el modo de vida indígena. Las tomas de posesión de los lugares eran más simbólicas que reales y con significado exclusivamente para los europeos.

Las expediciones más importantes se diseñaron en los últimos momentos del reinado de Carlos III y se llevaron a cabo en tiempos de Carlos IV, estableciendo un asentamiento permanente y una pequeña guarnición en Nutka de 1789 a 1795.

Así las noticias y las descripciones más explícitas que existen sobre la costa canadiense sus características físicas, el clima, la vegetación y la vida y costumbres de sus habitantes, proceden de los diarios de navegantes españoles del siglo XVIII. Están por lo tanto condicionadas por el bagaje histórico, filosófico y político de los súbditos de la corona española de finales de aquel siglo. Encontramos personajes (marinos de alto rango) influidos por la Ilustración, marineros de rango medio con una visión popular, y algunos bajo el filtro de su ascendencia en las colonias españolas (particularmente México y Perú). Son una importante fuente de donde obtener informaciones acerca de las sociedades indígenas costeras pues todos los comandantes de expediciones españolas debían escribir un detallado diario oficial. Además, aunque nadie más podía escribir un diario, algunos lo hacían. Es decir que hay escritos oficiales, normativos, y otros más espontáneos. Y son, estos últimos, muy interesantes porque sus autores al no estar sujetos a escribir según las normas oficiales eran mucho más libres, y siendo en general menos instruídos que los comandantes nos ofrecen unas descripciones menos condicionadas o con otros condicionantes.

El contacto prolongado con los pueblos nativos les permitió incluir datos detallados en sus diarios. La actitud de los españoles fue de sorpresa y cierto respeto (y hasta miedo) ante lo elaborado de las sociedades que encontraron y que no se esperaban. Describieron la existencia de una «cultura alta e inteligente», que rompió el concepto general existente entre los españoles que con el avance de la latitud hacia el norte el nivel de civilización era menor. Entre otras cosas reportaron la existencia ya de utensilios y armas de cobre y de hierro entre los nativos (Archer, 1994).

Malaspina y Suría fieles a su época intentan, como en TdF sus contemporáneos (Piana, 1984), encontrar explicaciones sobre el origen de la población y sobre el estado de desarrollo social que atribuyen a las condiciones ambientales. Otro de los puntos que les interesa y describen es el de las relaciones sociales, particularmente se fijan en las relaciones y en el estatus de desigualdad de las mujeres mucho más que en la cuestión de las clases sociales. Es a partir del trato con las mujeres que infieren la existencia de esclavis-

AÑO	PROTAGONISTAS/AFECTADOS	INFORMACION ETNOGRÁFICA, ACONTECIMIENTOS Y ENFERMEDADES
1520	Hernán Cortes	conquista Mexico importa la 1ª epidemia sarampión en el continente americano
1699	cosacos	Cosacos llegan a Kamchatka en busca de pieles para comerciar
1705	galeón español "San Francisco Xavier"	Sale de Manila hacia Acapulco y nunca llegó.Posible naufragio en costa Oregón. Sería 1ªvez europeos en CNW
1728	Vitus Bering	1ªexploración en Kamchatka
1741	Bering y Steller	Steller publica sus impresiones. Avistan Mount S.Elias.
1745	rusos	Comercian en Aleutianas
1764-1769	Louis de Bougainville	Expediciones francesa alrededor del mundo, inauguran exploración científica del Pacífico
1766-1769	Samuel Wallis	Ingles.Viaje circumvalación para localizar Terra Australis.
1769	rusos	solo comerciantes en el extremo norte . Ninguna publicación.
1774	mallorquín Juan Pérez	1ª expedición científica. Indios Haida.Entra en Notka y trata con los nativo y el Jefe Macquina.
1775	Bruno de Hezeta/Bodega y Cuadra	2 fragatas. Llegan a 57ºN. Informaciones sobre indios
1775	fray Benito de la Sierra	escribe sobre el aspecto de los indios
1775		1ªepidemia sarampión.
1778	el capitán inglés Cook	Llega a Nutka en su 3ª expedición de carácter más comercial y política que científica.
1779	Ignacio Arteaga y Bodega Cuadra	Tinglit.Dibujos de Camacho.Mucha informacion sobre indios.Llegan 59º.1ªcompra niños.
1779	fray Antonio García Riobo	describe cuchiilos de trabajar madera usados por mujeres
1783	rusos	establecen una colonia en isla Kodiac
1783	La Perouse	informaciones sobre Pacifico en general
1788-1789	Esteban J.Martínez y López de Haro	Llegan a 59º53'. Informan sobre indios. Encuentro con rusos en Onalaska.
1789	Esteban J.Martínez y Francisco Eliza	formal posesión de puerto Nutka.Tratan con Macquina. Encuentran barcos de Boston, de Macao e ingleses.
1789	F.Eliza, Pere Alberni y voluntarios catalanes	Recalan en Nutka. Reparan. Y siguen hasta Alaska.
1789-1794	Alejandro Malaspina y José Bustamante	Llegan a Puerto Mulgrave (Tinglit). Diario de Tomás de Suría. Diario Malaspina.tratan con Jefe Macquina
1790-1795	1ªCompañía Franca de Voluntarios de Cataluña	establecimiento del fuerte de San Miguel de Nutka, para controlar el comercio de los barcos peleteros de otros paises
1791	el inglés George Vancouver	sale de Inglaterra
1791-1792	Bodega y Cuadra, Maldonado	Manuscrito de Jose Mariano Moziño.Dibujos de Jose Maldonado."Noticias de Nutka" información y breve diccionario.
1792	Jacinto Caamaño	En Nutka establece buenas relaciones con los indios.
1792	George Vancouver	llega a Monterrey, México
1792	Dionisio Alcalá Galiano	Establecimiento en el estrecho de Fuca. Informaciones sobre indios.
1793	Alexander Mackenzie	llega por tierra a las costas del NW
1795		epidemia viruela
1801		epidemia viruela
1802	rusos	conquistan Sitka y los Tinglit la reconquistan.
1804	rusos	vuelven a conquistar Sitka
1823		brote sarampión
1824-1825		brote sarampión
1827	Compañía Bahia de Hudson	Fundación de Fort Langley
1830		la malaria se vuelve endémica
1836-1838		epidemia viruela entre Tinglit, Tsimishian, Bella Bella, Bella Coola, Haisla
1840	Cia Bahia de Hudson	Se acaba el comercio de pieles marítimas y consolida comercio pieles terrestre. Primeros colonos.
1841	Modeste Demers, misionero católico	llega a Fort Langley
1843	Cia Bahia de Hudson	funda Fort Simpson entre Tsimshian. Funda Fort Victoria entre Coast Salish
1844		fiebres tifoideas
1846	Tratado de Washington	división de la CNW entre EEUU y Reino Unido
1853		epidemia viruela
1853	James Deans	Granjero. llega a Fort Victoria.Etnólogo amateur. Entre 1887 y 1889 publica artículos.
1854	el misionero anglicano rev. R.C.P. Baylee	visita Haida y habla de su decadencia
1859	M.Tate, misionero protestante	llega a Fort Langley
1860	salish	empiezan a trabajar como leñadores y estibadores
1862	William Duncan, misionero	funda Metlakatla cerca de Prince Rupert con tsimshian
1876	Rev. WILLIAM H. COLLINSON	llega a Masset, Graham Island (Islands Queen Charlotte), constata enfermedades previas
1878	Cia Bahia de Hudson	funda Fuerte y Misión en Alert Bay
1879	salish	trabajan en las conserveras
1873	William Collinson	1er misionero entre los Haida
1881	iglesia protestante	construye iglesia en Alert Bay
1884	Gobierno	prohibe el potlash a los salish
1885	Aurel Krause	publica "The Tlingit Indians"
1886	Franz Boas	1er viaje a la costa de British Columbia. Después 3 más en 1888, 89 y 90.
1890-1895	Adrian y Fillip Jacobsen	hermanos noruegos escriben para revistas alemanas sobre indios Bella Coola (donde viven).
1891	Hill-Tout	Llega a Vancouver. Gramática y vocabulario de 8 idiomas salish.
1894	James Teit	Año de encuentro con Boas. Casado con Lucy Artko de la tribu Thompson. Escribe muchísimo,
1895	Franz Boas	año de 1ª publicación (en alemán) de mitos y leyendas de la costa NW.
1901	Martha Douglas Harris	publicación leyendas Cowichan que habia compilado.
1912	cowichan	úitimo potlatch
1913	salish	evacuación forzosa de Kitsilano
1913	Edward Curtis con a W.E. Myer	desde este año va publicando los 20 volúmenes de "The North American Indian". Película.
1914	William Beynon	desde 1914 recoge leyendas. Madre Tsimshian. Asistente de Barbeau
1915	misioneros metodistas	abandonan la misión entre los haida
1915-1929	Marius Barbeau	recolecta canciones Tsimshian
1920	misioneros protestantes	abandonan la misión entre los haida
1948	T.F. McIlwraith	publica The Bella Coola Indians. Trabaja mas que nadie en una sola tribu.
1974		últimas infecciones de viruela

Figura 3. Cronología y acontecimientos destacados del contacto europeo.

mo. Los españoles trataron de reconocer y trasponer las categorías sociales a las que ya estaban acostumbrados: reyes, súbditos y esclavos. Sin embargo, no acaban de entender la situación de la jerarquía o del mando, pues a pesar de considerar al jefe Macquina como *rey* no dejan de observar como ese mando es flexible, circunstancial, y que su autoridad no se extiende a todos los ámbitos de la vida ni es permanente.

Del viaje posterior a la zona de Nutka comandado por Bodega y Quadra durante la primavera y el verano de 1792 se ha conservado el manuscrito que escribió Moziño (botánico) a su regreso, en 1793. El manuscrito, titulado *Noticias de Nutka, de su descubrimiento, situación y producciones naturales, sobre las costumbres de sus habitantes, gobierno, ritos, cronología, idioma, música, poesía, pesca, caza, caza y comercio de la peletería, con la relación de los viajes hechos por los europeos especialmente españoles y del convenio ajustado entre estos y los ingleses*, es muy completo y fue publicado (1803 y 1804); incluye *un breve diccionario de los términos que se pudieron aprender del idioma de los naturales de Nutka* (Bernabeu, 1995; Mociño y Lozoya, 1998; Monge y Olmo, 1991).

Otra fuente directa que ha sido muy utilizada (sobre todo muy leída) fue el diario de John R. Jewitt publicado en 1807; en realidad lo más leído fue la reestructurada segunda publicación (en 1815) de este Diario, conocida como *Narración* (Carretero, 1990b; Jewitt, 1987). Jewitt era un joven inglés armero de un barco norteamericano, el *Boston*, que en 1802 fue salvado del ataque al barco pero apresado por los indios de Nutka con los cuales vivió, como esclavo del jefe, durante tres años. En su relato ofrece una detallada descripción de la vida cotidiana y de la organización de esas gentes.

Comerciantes y misioneros

La introducción ya en los primeros contactos de elementos/materiales/objetos europeos pudo tener una influencia decisiva y muy rápida en la transformación de las sociedades indígenas. Igual que en TdF, la gente reconoció la mayor efectividad de los nuevos materiales probablemente incluso antes de la llegada directa de europeos (en 1792 parte de la gente que sale al encuentro del marino español Caamaño, en Nutka, ya viste ropas europeas). Así por ejemplo se ha especulado (Barbeau, 1950) con el incremento de la talla de madera y con la mayor presencia de totems gracias al uso de instrumentos metálicos. Otros elementos tecnológicos son también asimilados rápidamente. Estos aspectos quedan bien reflejados en la misma historia de Jewitt y su compañero, armero y velero respectivamente, que fueron «respetados» para ser utilizados por el jefe Macquina aprovechando su experiencia con los nuevos materiales.

Las nuevas armas de fuego europeas, aunque no implicaron al principio la substitución de las tradicionales supusieron una ventaja notable para quien dispusiera de ellas, quizás exacerbando y agravando los conflictos. Esa influencia ya es constatada por Vancouver, quien señala el exterminio y desplazamiento de grupos comox por parte de kwakiutls (Duff, 1965).

La demanda de alimentos frescos por parte de los primeros barcos españoles empezó con salmón pero se amplió enseguida al intercambio de otros elementos de consumo (el tabaco, por ejemplo); se instalaron huertos alrededor del asentamiento español en la isla de Vancouver (como se puede ver en los primeros grabados de los mismos españoles Bauza y Suría) y se introdujeron animales domésticos que se regalaron a los jefes (ya en 1789). No pasó mucho tiempo antes de que los mismos nativos se pusieran a cultivar patatas para abastecer a los europeos (Turner y Peacock, 2005).

Igual que en TdF también en la NWC surge enseguida la fabricación de elementos específicamente diseñados para el intercambio, como *souvenirs* (tallas de argilita en la NWC, miniaturas de canoas en TdF).

En el siglo XIX debemos destacar la importancia de las informaciones procedentes de las organizaciones dedicadas al comercio de pieles.[7] Los encargados de los numerosos puestos y fuertes que estas Compañías iban instalando en el territorio llevaban al día archivos, diarios, censos y estados de cuentas de donde puede extraerse substancial conocimiento de qué y quienes comerciaban, de los precios de las variadas mercancías, etc. Además, los jefes y algunos empleados de dichos fuertes llevaban también su propia correspondencia oficial y privada. De esta última se pueden obtener retratos de vida cotidiana y opiniones personales difíciles de conocer de otra manera.

La instalación de los fuertes de la Compañía de la Bahía de Hudson entre 1810 y 1840 supuso pues otro factor de cambio primordial: Fort Vancouver en el río Columbia que se fundó en 1824, Fort Langley en el río Fraser en 1827, Fort Simpson entre los ríos Skeena y Nash en 1834 y el fuerte que se convertiría en Victoria, en 1843.

La influencia de esos primeros contactos comerciales estables (con puestos y fuertes) es considerada, casi consensuadamente, como decisiva en el cambio brusco de la organización social tradicional y en la multiplicación de elementos de estatus.

Una primera consecuencia era la concentración de grupos alrededor de estos puestos comerciales-defensivos a fin de tener acceso directo al intercambio con los europeos.

En menos de diez años (entre 1830 y 1840) por ejemplo la población alrededor de Fort Simpson se sedentariza, se va perdiendo la movilidad de primavera y verano y se hace común la permanencia en el asentamiento durante todo el año. Al mismo tiempo se van incorporando los objetos y utensilios europeos. La independencia económica y la continuidad de las casas tradicionales se pudo mantener en parte (tal vez solo en el interior) hasta 1920, cuando se desintegran las unidades de *household* tradicionales y se reorganiza la sociedad en casas pequeñas unifamiliares (Martindale, 2006a).

La concentración de diferentes grupos con sus respectivos líderes en competición por monopolizar el intercambio llevó consigo, según algunos autores, la exacerbación del sistema de festejos y la hipertrofia del *potlach* (Codere 1950; Grumet, 1975). La competencia, unida a la distribución de las nuevas armas, aumentará la frecuencia y sobre todo el alcance de las guerras (Reedy-Maschner, 1999). Estas ya se habían incrementado con el estímulo hacia la rapiña y el secuestro de esclavos, consecuencia del comercio con los europeos. Al mismo tiempo se acrecienta la necesidad de conseguir mano de obra y mujeres para abastecer a los puesteros y para producir materiales para intercambiar, y obtener mercancías europeas que proporcionaban prestigio, mercancías que iban cambiando de importancia y también de precio... En la primera mitad del siglo XIX ya se produce para el comercio. La extinción de los animales de piel demuestra la capacidad que tenían (si había demanda) de agotar los recursos: en 1805 el comercio de piel de nutria se acerca al colapso. En 1830 prácticamente ya se ha extinguido la nutria (en 50 años la han extinguido).

---

[7] La Compañía de la Bahía de Hudson, *Hudson's Bay Company,* fundada e instalada en esa bahía desde 1670 es la compañía más antigua de Canadá y una de las más antiguas del mundo aún en actividad. La corporación controló el comercio de pieles en las colonias británicas de América del Norte por varios siglos. Con el declive del comercio de pieles, pasó a ser vendedora de víveres a los colonos y nativos del oeste de Canadá. Actualmente es una de las mayores redes comerciales, con tiendas por todo el país que venden una gran variedad de productos.

La desintegración se completa con la posibilidad de situarse en posición ventajosa frente a los blancos mediante la «cesión» de mujeres (a las que convierten en factor importante de aspiración al cambio); con la posibilidad de que cualquiera que tuviera pieles para intercambiar escapase al orden social establecido (la movilidad en la escala social se vuelve ahora posible) negociando directa o indirectamente con los comerciantes blancos; con el hecho de que se rompen los sistemas de jerarquía pues ahora hay nuevos jefes nombrados por los europeos; con la posibilidad de rehuir la formación y la disciplina de la educación tradicional, y con la marginación complicada con el comercio de alcohol.

Además, las concentraciones alrededor de los asentamientos europeos supusieron un importante incremento en la propagación de enfermedades —como las que se produjeron alrededor de Fort Vancouver (en Washington) o de Victoria—.

Con los comerciantes, con los puestos y fuertes, aparecen los primeros misioneros (anglicanos y metodistas sobre todo): William Duncan, miembro de la *Church Missionary Society* y fundador de la utopía cristiana de Metlalka, llegó a Port Simpson en 1859 (Usher, 1974; Perry, 2004) y Thomas Crosby, misionero metodista, llegó en 1874. Van con el claro objetivo de substituir el sistema de vida indígena por el sistema de valores cristiano que consideraban más avanzado y civilizado. Sus éxitos no fueron verdaderamente importantes a nivel religioso pero sí lo fueron a nivel de organización social. Dada la situación de desestructuración de las sociedades aborígenes-fueron un factor fundamental por ejemplo en el cambio del sistema de asentamientos, en la imposición del sedentarismo, de la horticultura en vez de la pesca como primera fuente de alimentación, en la introducción de la economía comercial, en las costumbres sociales, etc.

La participación de los misioneros en los grandes cambios sociales en la NWC es incuestionable, como lo fue en TdF (Vila y Estévez, 2002). Escoceses como los anglicanos que se establecieron en 1862 en Ushuaia (TdF) fueron los más destacados, por ejemplo, en el área tsimshian (Garfield *et al.*, 1984). Y en este sentido existieron seguramente las mismas justificaciones y razonamientos, ya que por ejemplo Allen Gardiner, que fue el fundador de la sociedad misionera que se instaló en TdF, procedía originariamente de la misma Sociedad Misionera a la que pertenecía el citado W. Duncan, uno de los más famosos misioneros de la NWC.

Como ocurrió en TdF, su instalación en la costa NW tiene su apogeo en el último cuarto del siglo XIX. La *South America Mission Society*, con Allen Gardiner, llega en 1850 a TdF, en 1859 se produce la reacción y la masacre de Wulaia y en 1870 se instala definitivamente el misionero Thomas Bridges, que una vez cerrada la misión por las epidemias que acaban con las personas a convertir, se quedó como colono. De forma casi sincrónica, las misiones se instalan entre los Haida en 1876 y en 1920 se abandonan, en Alert Bay se instalan en 1881 y se funda la escuela en 1899, y en unos 30 años se acaban como misiones, básicamente por la mortandad que había diezmado a convertidos y convertibles.

Las enfermedades y la des-estructuración de las sociedades

De todo el proceso sorprende la rapidez con que se desencadenaron los hechos. El primer contacto (expedición del español Juan Pérez) se produjo en 1774. Un año después tiene lugar el primer encontronazo bélico con españoles, en el viaje de Bruno de Hezeta. Sólo tres años más tarde se produce el viaje de James Cook, y cuando llegan los españoles a Nutka para establecer el fuerte, en 1789, ya encuentran allí barcos portugueses, ingleses

y norteamericanos comerciando con los nativos e incluso un piloto de Boston que sabe la lengua local y actúa de intérprete.

El ejemplo tsimshian es muy elocuente. Los primeros en informar de contactos son Charles Duncan y James Colnett de la Royal Navy en 1787 que entraron en Kitkalta, pero los indígenas ya debían haber contactado indirectamente con europeos (rusos a través de Tinglit o españoles a través de Haida). Jacinto Caamaño en 1792 intercambia con estas gentes, pero ya se encuentra con otro barco peletero, de Boston.

Toda esta serie de acontecimientos derivó en consecuencias catastróficas para las sociedades indígenas. Provocaron su transformación irreversible, la vida anterior al arribo de los europeos quedó totalmente trastocada, irremisiblemente perdida, antes de tener ocasión real de recoger la información de cómo había sido.

La más trágica de las consecuencias del contacto europeo fueron las epidemias, que se expandieron de forma fulminante. Este hecho es particularmente significativo en relación a la posibilidad de recoger información etnográfica sobre la sociedad pre-contacto si tenemos en cuenta que pudo sucumbir fácilmente un tercio de la población y que se trataba de sociedades estratificadas y con especialistas, en las que no todas las personas tenían igual acceso al conocimiento y por tanto no todas estaban en disposición de trasmitir el conocimiento global de la sociedad.

La discusión sobre el impacto de las enfermedades introducidas a través de estos contactos es una cuestión trascendental para saber hasta qué punto existió continuidad o no en la organización social. El debate sobre si afectó hasta un «punto de no retorno» sigue aún. Para resolverlo se debería conocer la población original, pero este cálculo en realidad se extrapola de los censos posteriores realizados por la Compañía de la Bahía de Hudson (poco fiables hasta el de 1885) y también teniendo como variable significativa diferentes cálculos de tasas de mortandad entre los indios (Ramenofsky, 1987). Esos cálculos pueden ser extremadamente conservadores, por ejemplo Carlson (1997 citando a Borden, 1954: 189) da una cifra de solo 74.400 personas, o doblarse como por ejemplo el cálculo de Hill Tout de 125.000 para el año 1885 (Duff, 1964 y Dobyns, 1966)

Según Boyd (1985) habría habido 188.000 personas calculándolas a partir de la primera mortandad epidémica introducida por europeos que habría matado a un tercio de la población. Cybulski (1994) por su parte estima que una población de 200.000 en la NWC de la cual el 40 por ciento habría estado en BC, 100 años después se había reducido en un 80 por ciento.

Pero según otros autores la cifra debe aumentarse aún más si se estima que la mortalidad fue mucho mayor (de casi un 90 por ciento) y por tanto debía superar un millón de personas (Dobyns, 1966; Dobyns *et al.*, 1983). Hill Tout por ejemplo situó la población *lekwungen* del sureste de la isla de Vancouver en 8.500 personas en 1859 y en sólo 200 en 1905, y la agrupación *cowichan* pasó de 5000 a menos de 400 en cuarenta y cinco años durante la segunda mitad del siglo XIX (Hill-Tout, 1978a: 157) según censos misioneros.

Alrededor de Port Simpson en el área *tsimshian*, entre 1834, fecha en que se instaló el fuerte, y 1860 las enfermedades se habían cobrado dos tercios de la población. La gente *haida*, en los primeros pre-contactos se calculó en 9.800 personas; en 1863 eran aproximadamente 6.700 y en 1870 quedaban entre 1.244 y 1.286 (Henderson, 1974). Las enfermedades como viruela, gripe, tos ferina, disentería, fiebres tifoideas, tifus y malaria (Dobyns, 1966; Dobyns *et al.*, 1983) redujeron entre 1836 y 1864 la población *tinglit* de 9.980 a 1.492 personas, la *nishga* de 2.423 a 828, la *tsimshian* de 4.238 a 1.967, la *bella coola* de 1.940 a 402. En la isla de Vancouver, entre Port Alberni y Renfrew, se pasó entre

los años 1780 y 1830 de una población estimada de 29.000 a menos de 10.000 y llegó a reducirse a 2.000 en 1920 (Arima, 1991). Las últimas infecciones graves se produjeron en 1868 y 1874 y afectan a Nutka y al estrecho de Georgia (figura 4).

Y lo realmente impresionante es que esos escasos primeros contactos ya tuvieron un efecto catastrófico, pues se supone que la primera epidemia de viruela o sarampión se produjo en 1775, después del primerísimo contacto físico en tierra. La segunda referencia en la NWC es de 1801. Aunque se ha discutido si estas enfermedades habían estado presentes previamente, lo más probable es que llegaran o como mínimo se recrudecieran por la llegada de las cepas desde Europa. Los episodios epidémicos se suceden a lo largo de todo el siglo XIX (1823 sarampión, 1830 y años siguientes malaria, 1836-1838 otra epidemia de viruela, 1847 sarampión, 1844 fiebres tifoideas, 1853 y 1862 viruela) (Boyd, 1990).

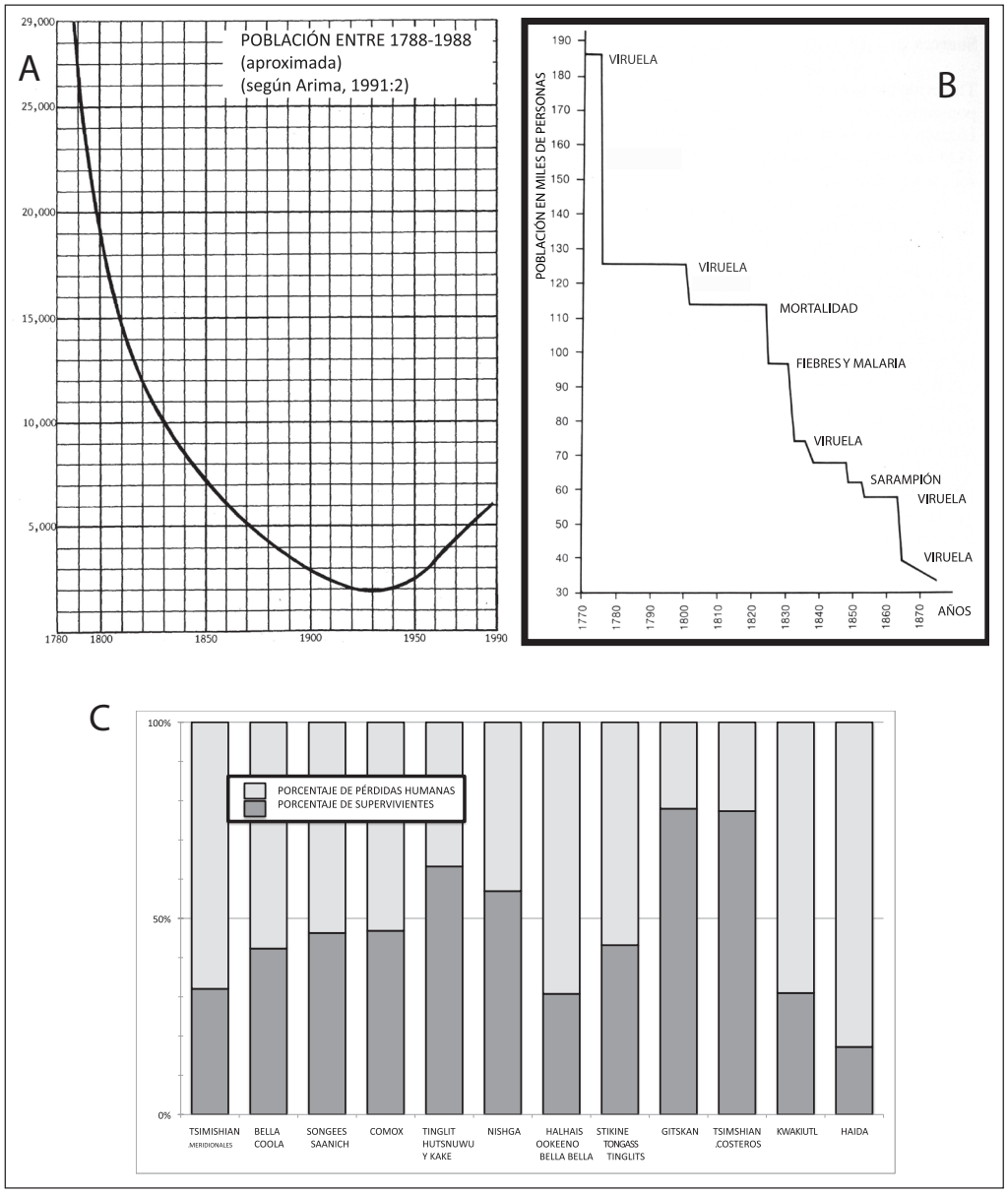


Figura 4. A) caída de la población en la zona entre Alberni y Renfrew, Isla de Vancover (según Arima, 1991: 2); B) secuencia del impacto de las enfermedades (según Boyd 1990); C) porcentaje de pérdidas humanas en diferentes agrupaciones de la NWC a causa de la epidemia de viruela de 1862-1863 (según los datos de Boyd, 1990).

A pesar de la oscilación en las cifras, la dimensión de la catástrofe se ve en cualquier ejemplo o estudio detallado (Codere, 1950; Boyd, 1990). Las consecuencias de esta catástrofe se trasladan a todos los ámbitos con resultados poco previsibles. Su repercusión en la destrucción de la cohesión social, la ideología y el surgimiento de prácticas rituales agonísticas son también claras (Aberle, 1959).

La instalación de colonos y de las canneries*. Vancouver y Victoria*

En 1846 la frontera entre EE.UU. y la de la futura provincia de *British Columbia*, Canadá (fijada en 1858) queda establecida por un tratado y la vida tradicional irreversiblemente truncada (Underhill y Beatty, 1945).

En la segunda mitad del siglo XIX empieza la llegada e instalación de colonos (Victoria 1862; Gastown en Vancouver 1867) que establecerán una demanda de fuerza de trabajo y ocuparán las tierras. Aunque hay episodios de imposición violenta con cañoneras de la Royal Navy por ejemplo en el Skeena, la expropiación de los recursos se va realizando paulatinamente mediante una coacción y violencia más estructurales (Fisher, 1992). En 1860 muchos salish costeros ya trabajan como peones, leñadores, y estibadores o recolectando y pescando para las demandas europeas. Finalmente la instalación de las factorias envasadoras de pescado —*canneries* (empezando en 1876 pasan a 64 en 1900 y llegan a 223)— supondrá la integración de indígenas proletarizados, junto con una gran cantidad de mano de obra importada de Asia, en el sistema de explotación capitalista de los recursos y en la economía monetaria de mercado (Blyth, 1991).

La concentración en reservas y las políticas de represión del gobierno

En 1880 se estableció el sistema de reservas que se completó en 1916, internando a 213 bandas en 1900 reservas. A pesar de que podría parecer o interpretarse como un sistema humanitario, tenía como objetivo principal inmovilizar y desintegrar a los indígenas. Un ejemplo es el traslado forzoso de la tribu Kitsilano a la reserva Squamish el 13 Abril de 1913 (ver foto Catalogue Number: PN08924 de BC Archives). No podían salir de la reserva, ni cambiar de vida o residencia ni tampoco formar asociaciones más grandes. Como consecuencia de esta política desintegradora, en 1960 las 213 agrupaciones se habían reducido a 191.

La política de represión de las costumbres tradicionales se puede ejemplificar con la prohibición del *potlatch* en 1884.

La educación forzosa en internados (*Residential Schools*), entre 1920 y los años setenta, y el desarraigo completaron la política culturicida.

Sólo la movilización política (de la que no están ajenas personas dedicadas a la Antropología y la Arqueología) a partir de los años 1960s logra finalmente acabar con esas prácticas y comienza un proceso de recuperación. En 2008 la condena de este proceso político de educación forzada se vio reflejada en la petición oficial de disculpas por parte del gobierno canadiense.

Recopilación de historias propias

De la realidad pre-contacto en la NWC nos quedan las historias indígenas propias transmitidas oralmente de generación a generación y compiladas por escrito en el siglo pasado. Son una fuente discutida en cuanto a su utilización como información histórica

fiable, pero los relatos orales, llamados *adwax* entre los Tsimshian o *at,oow* en los tinglit, en los que se explican las filiaciones, la genealogía heroica y los derechos sobre las tierras y acontecimientos importantes en la historia de las familias/linajes/poblados, son mejores que los registros etnográficos (que en realidad son la memoria de individuos concretos) porque esas sagas son en realidad relatos públicos que se transmiten frente a testigos que los avalan (Marsden, 2001; Martindale, 2000; Martindale y Marsden, 2003; Martindale, 2006b).

Lo que no hay, como es habitual, son informaciones procedentes directamente de las mujeres que en aquellos momentos participaban, y mucho, del proceso de cambio. Ni las mujeres blancas que llegan ya entrado el siglo XIX y mucho menos las mujeres indígenas, tienen voz directa. El incuestionable papel que jugaron en esos profundos cambios sociales, y cómo les afectó a ellas y a sus relaciones, debe ser extraído de los documentos escritos por hombres. Además de lo que se pueda obtener del tipo de documentos ya citados, hay que recurrir a cartas, diarios o testamentos de comerciantes, de jefes de puesto. A pesar de esas dificultades, no hay duda de que su participación fue decisiva en esas épocas de cambio aunque no fuera como personajes públicos. Por ejemplo, como escribe Sylvia Van Kirk, parece que incluso más que los hombres, las mujeres indias agradecieron la llegada de la tecnología europea: objetos como ollas, cuchillos, punzones y telares aliviaban considerablemente sus responsabilidades domésticas. Los ejemplos de mujeres como aliadas o pacificadoras, traductoras o intermediarias para el avance del comercio son muchos. La posibilidad de ser la esposa de un comerciante en pieles ofrecía a la mujer india la perspectiva de una vida mas fácil físicamente y más rica materialmente. Y está claro que la vida cotidiana de esos colonos y comerciantes o tramperos no hubiera sido posible sin la colaboración de las mujeres indias (no siempre voluntaria). La cruz de estas relaciones fue que la rápida e interesada adopción del «estilo de vida» indígena por parte de los colonos blancos no redundó siempre en beneficios para las mujeres indias, que fueron además «devueltas a su sitio» definitivamente con la llegada de mujeres blancas, consideradas socialmente mejores candidatas a esposas de blancos (Van Kirk, 1999).

Entrada en escena de los etnógrafos

Además de esas informaciones sobre las sociedades indígenas pre-contacto que nos llegan a través de los propios indígenas y de intermediarios europeos de finales del XIX y del siglo XX podemos recurrir a las informaciones indirectas que los primeros etnógrafos europeos pudieron recoger a través de entrevistas con personas que recordaban algunos aspectos de su propia vida en el periodo anterior a las grandes transformaciones o que habían recibido esa información de gente que vivió en aquella época. Los etnógrafos que visitan la Costa con la intención expresa de recoger la información acerca del modo de vida de esas sociedades llegaron con cien años de retraso: como hemos expuesto, primero habían pasado los viajeros, los peleteros, los comerciantes, los políticos, los misioneros a la grupa del cuarto caballo del apocalipsis, y las epidemias que habían diezmado el tejido social.

Se está de acuerdo en afirmar que las recopilaciones sistemáticas empezaron con F. Boas que estudió la zona durante 50 años sobre todo Kwakiutl, con George Hunt, y Tsimshian, que después fueron estudiados por Garfield (1939; Garfield *et al.*, 1984); sin embargo antes de Franz Boas hay ya publicaciones (Maud, 1982): una colección de leyendas *History and Folklore of the Cowichan Indians*, compiladas por Martha Douglas Harris hija del gobernador e india Cree, *The Tlingit Indians* de Aurel Krause publicado en 1885 y traducido por Erna Gunther en 1956, o los trabajos de los hermanos noruegos

PERSONAS QUE COLABORARON CON F. BOAS

- **Marius Barbeau** (1883-1969) famoso por su trabajo sobre las canciones y los postes totémicos.
- **Diamond Jenness** (1886-1969) escribió sobre coast salish y su pensamiento religioso.
- **Georges Hunt** (hijo de escocés y mujer tlingit) escribía un poco por encargo historias poco fiables.
- **William Beynon** (1888-1958) de madre Tsimshian del grupo Gitlan y etnógrafo que fué asistente de Barbeau desde 1914 recogiendo leyendas a través de informantes. Envió escritos a Boas.
- **George M. Dawson**, con tres substanciales trabajos etnográficos: sobre Haida (1880), sobre Kwakiutl (1887) y sobre Shuswap (1891).
- **Alexander Francis Chamberlain** (1865-1914), acaba sustituyendo a Boas en Massachussetts.
- **Hill-Tout**, inmigrante inglés que llegó a Vancouver en 1891 (como profesor) y contó con el Jefe Mischelle de Lytton (intérprete con misioneros y en tribunales) como informante. Quiso establecer contacto con Boas en 1897 pero algo no funcionó y fue rechazado por Boas. Sus escritos no fueron nunca bien publicados y fueron condenados al olvido por muchos años.
- **T.F. Mcilwraith** estuvo y trabajó más que cualquier otro en la CNW con una sola tribu (descrita primero por Mackenzie en 1793): los Bella Coola (publicó en 1948 sobretodo sobre Mitologia, leyendas, canciones, danzas, y rituales potlatch).
- **Edward Sapir** (1884-1939) fue recomendado especialísimamente por Boas para ocupar el puesto de Jefe de la División de Antropologia de Ottawa e hizo dos viajes a BC, siempre a Alberni, Nootka con Alex Thomas como informante nativo.
- **John Reed Swanton** (1905) estudió lingüística con Boas y éste le envió en 1900 a las Queen Charlotte Islands como miembro de la expedición Jesup estudiando los Haida (que habían sido descritos descritos primero por Dixon (1789). Se quedó 10 meses y en 1904 estuvo en Alaska, Sitka i Wrangell, 4 meses.
- **James Teit** (1864-1922) nacido en las Shetland, emigró a Canadá a los 18 o 19 años. Su primera esposa (en 1892 se casaron y ella murió de tuberculosis el 1899) fue Lucy Artko o Atello de la tribu de los Thompson. En 1894 tiene el primer encuentro con Boas y empezó una provechosa relación entre ambos. Boas editó y preparó todo lo que se editó de Teit en vida por lo cual resulta imposible separar las contribuciones de uno y otro. Resulta curioso y hay que señalar la coincidencia con M. Gusinde en el sentido de que ambos escriben en latín (que sólo podían leer los sacerdotes e ilustrados) partes de sus textos, que debían considerar no aptas para todos los públicos. Algunas de esas historias tienen claros referentes europeos.
- **Henry W. Tate** fue un indio de Port Simpson que, desde 1902 hasta su muerte en 1914, mandó textos mitológicos Tsimshian a Boas (que le pagaba pero nunca se encontró con él). Su compilación está bastante discutida, pues parece ser que sólo preguntaba a su propia familia, que oía las historias y después las redactaba de memoria (como por otra parte también hacía Hunt), que de sus historias eliminaba aquello que consideraba ofensivo y tenía tendencia a imitar historias ya publicadas... Acerca de todo ello Boas prefirió escribir que «la mayor parte» era buena.
- **Louis Shotridge** era un indio Chilkat empleado por el Museo de Pennsylvania y alquilado por Boas durante el invierno de 1914-15.

OTRAS CONTRIBUCIONES A LA ETNOGRAFÍA CLÁSICA DE LA CNW

- **Viola Edmundson Garfield** (Garfield, 1939) estudia los Tsimshian.
- **Phillip Drucker** 1951 estudia Nootka y Makah, descritos por los españoles, Cook, Meares (1790), Vancouver (1798) y Jewitt (1815).
- **T. F. McIlwraith** (1948) estudia en 1922-24 los Bella Coola descritos primero por Mackenzie en 1793.
- **Wilson Duff** (1952), **H. G. Barnett** (1939), **Erna Gunther** (1927), **Herman Karl Haeberlin** (1930), **Marian Smith** (1940) y por supuesto **W. Suttles** estudian los salish costeros que habían sidos descritos primero por los españoles y otros viajeros como Jewitt.
- Ejemplos de trabajos más recientes serían: **Geraldine McGeer Appleby** publica (1961) *Tsawwassen Legends,* 12 leyendas contadas por el jefe Joe **Splockton**. El Proyecto *British Columbia Indian Language* de Randy **Bouchard** y Dorothy J. D. **Kennedy** trabaja con indígenas de las reservas que van publicando sus propios relatos. Oliver Wells (1965) publica *A Vocabulary of Native Words in the Halkomelem Language* en 1965. El indio Nootka George **Clutesi** reescribe en 1967 una docena de antiguas historias de su tribu en *Son of Raven, Son of deer* (1968).

Figura 5. Cuadro cronológico de las principales fuentes etnográficas originales: personas que trabajaron con o para F. Boas y otras contribuciones clásicas a la Etnografía de la NWC.

Adrian y Fillip Jacobsen que vivieron en Bella Coola y escribieron para revistas alemanas entre 1890 y 1895.

Franz Boas (Westfalia 1858-NuevaYork 1942), doctor en física y geografía, viajó a Canadá por primera vez en 1886 (más de cien años después de los primeros contactos con españoles) y al año siguiente ya se estableció en EE.UU. dedicándose a partir de en-

tonces a la Antropología. Trabajó básicamente sobre mitologías, instituciones religiosas-sociales, sociedades secretas, *potlach*, arte y linguística. Le interesaba la lengua, no tanto las historias pues pensaba que ya no tenían ningún sentido aunque también creía que eran la única manera de aproximarse a un pasado que ya se había ido (ver por ejemplo Boas y Tate, 1916).

La primera gran publicación de mitos y leyendas de la NWC que publicó Boas fue en alemán, en 1895. Es resultado de sus primeros cuatro viajes a BC (en 1886, 1888, 1889 y 1890). Compilar las informaciones que le transmiten una multitud de informantes que viven o trabajan sobre el terreno, algunos de los cuales tienen raíces indígenas, es una de las mayores «virtudes» de Boas. Trabajó básicamente con esos intermediarios o colaboradores. Entre ellos destacaron James Teit (emigrante de las Shetland) y Henry W. Tate (indio de Port Simpson) (pero también ver figura 5). Su influencia académica directa y a través de sus discípulos, monopolizó durante mucho tiempo la visión que se producía de las poblaciones de la NWC.

En un apartado en que las imágenes tienen un lugar importante hay que citar a Edward Curtis. Sus ya famosas fotos son una combinación de fidelidad etnográfica y *glamour* americano (Maud, 1982), lo mismo que ocurre en su película *In the land of Head-Hunters*. Pero además escribió 20 volúmenes sobre *The North American Indian* (el primer volumen se publica en 1907 y el último en 1930) y en tres de ellos incluye materiales de B.C.: vol. 9 de 1913, Salish y concretamente Cowichan, el vol. 10 de 1915, Kwakiutl y el vol. 11 de 1916, Nootka y Haida. Sus escritos se consideran buenos desde el punto de vista etnográfico, sobre todo debido a W.E. Myers que estuvo trabajando con él durante 20 años.

Los problemas propios del muestreo etnográfico

Según escribe la antropóloga soviética U. P. Averkieva (1966) en su tesis defendida en 1935 (Moscú, 1941), después de su estancia e investigación (1930) en Vancouver participando en la última expedición de Boas entre Kwakiutl, ningún escrito recopilaba en ese momento la totalidad de los aspectos de una sociedad concreta; la característica principal de todos ellos fue que se limitaban a descripciones empíricas de los diferentes aspectos de la vida y costumbres de las tribus. Ni un solo trabajo consigue el nivel de generalización respecto a los diferentes fenómenos de la vida de una u otra tribu, o sobre la mutua interacción y las causas o lo inevitable del desarrollo de las instituciones sociales de las tribus. No existió pues, según esa autora, una obra monumental de recopilación directa, como fue por ejemplo la de M. Gusinde en TdF, que reuniera esos aspectos incluyendo las informaciones precedentes.

La imagen etnográfica resultante de estos estudios es fundamentalmente tardía, post-contacto, y por lo tanto se genera en unas condiciones en las que los grupos ya están diezmados, desestructurados, en condiciones alteradas, totalmente diferentes a las de pre-contacto. La cultura que se recoge corresponde a mediados del XIX (Suttles, 1990c). F. Boas era perfectamente consciente de que estaba analizando una información no contemporánea sino filtrada por la memoria y las consecuencias del primer impacto. Por ello pretende que la mejor imagen pre-contacto sería la adquirida a partir de la mitología (Boas *et al.*, 2002). De ahí su énfasis por recopilar las historias mitológicas/leyendas de un modo de vida extinto, de una población en proceso rápido de desaparición, como única vía para conocer y preservar lo superviviente y poder recomponer una imagen de cómo pudo ser

antes del cambio previo a su propio trabajo. Así se entiende también que en sus escritos sólo haga descripciones generales de la economía y de las características antropológicas de las tribus. Los apriorismos de Boas respecto a lo particular de las diferentes culturas y a la imposibilidad de generalizaciones trans-culturales fueron otras de las causas por las que no se realizaron demasiados estudios comparativos ni hubo voluntad de explicación de los procesos.

A partir de todo ese material de finales del siglo XIX y principios del XX, igual que sucedió con la gente fueguina del extremo sur, los estudiosos posteriores han trabajado, superponiendo otras perspectivas, desde el enfoque de Kroeber (1939a) hasta otro tipo de aproximaciones como el de Anne Cameron (1981) en *Daughters of Copper Woman* en 1981 y realizando a veces un análisis crítico y contextual (Suttles y Maud, 1987). Otros especialistas han continuado recopilando relatos e informaciones de campo, rebuscando y rescatando los recuerdos de gentes (nativas, mestizas o de origen europeo) que podían haber tenido acceso a una transmisión oral sobre el modo de vida extinto.

Analizando críticamente las fuentes existentes es posible comprobar que los etnógrafos eran conscientes de lo rápido que habían cambiado esas sociedades y de cómo las personas que podían haber proporcionado la información relevante habían desaparecido cuando ellos llegan. Paradójicamente vemos también cómo pretendían re-encontrar o describir un «estado cultural» puro del pasado pre-contacto.

Esos cambios son reconocidos por Hill-Tout (1978a: 128) cuando habla de las discrepancias entre sus notas (en 1905) y las que tomara sólo diecisiete años antes Boas. También el propio Boas, con Hill-Tout, expresan por ejemplo (Hill-Tout, 1978a: 102) su duda sobre si la estructura social Kwakiutl es la original y su sospecha de que la organización de sociedades secretas, las subdivisiones clánicas y las complicadas ceremonias invernales sean relativamente recientes.

Otra investigadora, Ruth Underhill (Underhill y Beatty, 1945, capítulo XIX) dice más tarde que prácticamente no hay nada original: algunas personas viejas recuerdan que «cuando eran pequeñas» habían vivido en casas grandes, muy pocos pueden describir los sistemas de pesca ni fabricar canoas, y a veces una persona recuerda el idioma. Mucho de lo que saben de las ceremonias, sigue diciendo, es lo que hace 20 o 30 años alguien que ya no está explicó a los investigadores.

Otra cuestión a tener en cuenta en el análisis crítico es la dificultad que encuentran los descriptores en traducir palabras y conceptos que no tienen un equivalente en las sociedades europeas (ver comentarios a Boas *et al.*, 2002). Así se explica por ejemplo la discrepancia entre Hill-Tout y Boas sobre si definir las particiones de las asociaciones como *sept* o como *gentes* o, como nosotros podríamos añadir «linajes».

A pesar de todo, las descripciones y disquisiciones etnográficas que se recogieron en ambos extremos geográficos, TdF y la NWC, se elevaron a la categoría de caracterizaciones generales o incluso de explicaciones. En realidad estas informaciones son, en su mayoría, hipótesis procedentes de extrapolaciones (o inducciones) a partir de informaciones de personas concretas (muestras puntuales) o de posicionamientos previos (apriorismos, premisas o teorías no siempre explicitadas) cuya significación, representatividad o pertinencia a la hora de la generalización, deberían haberse confirmado.

Algunas reflexiones (reservas) sobre la caracterización tradicional de los grupos de la NWC

La caracterización étnica

Este registro etnográfico a partir de informantes ha tendido a generalizar las descripciones y recuerdos de personas muy concretas, la mayoría de las veces no elegidas al azar. Se enfatizaron después aspectos normativos, elevando al rango de normas la información procedente de unos pocos informantes más que mostrar la variabilidad de los aspectos conductuales. Ese proceso subjetivo generaliza y simplifica las estrategias organizativas reales.[8]

Las normativas así extrapoladas se han atribuido después a un conjunto de población que se ha homogeneizado y delimitado no siempre en consonancia con la existencia real de un auto-reconocimiento de tal entidad por parte de los sujetos estudiados.

En la NWC se ha planteado una dualidad entre una caracterización general regional (desde la NWC de Oregón a Alaska) y una caracterización normativizada a escala de agrupaciones étnicas.[9] De una generalización a nivel local se pasó a una caracterización también generalizada a nivel total. La existencia de divisiones en grupos étnicos como algo dado deriva también de esa imagen etnográfica subjetiva. Sin embargo es posible contrabalancear esa afirmación porque en la literatura etnográfica se expresa claramente la dificultad de aislar unidades discretas (Duff, 1964) y se acaba concluyendo, igual que en TdF, que la única posibilidad de agrupación discreta, por encima de la unidad de reproducción básica (la familia), y con dificultades, es el idioma. Es posible que las distintas agrupaciones tuvieran conciencia de compartir unos idiomas comunes (por ejemplo McMillan, 1999: 7 destaca que los grupos Nuu-Chah-Nulth *have a strong sense of sharing a common culture*). Pero más allá de eso también en la NWC, lo mismo que publicamos para TdF (Vila, 2000) podemos interrogarnos sobre la existencia o el significado de fronteras políticas (Suttles, 1990b; Suttles y Maud, 1987). Las «líneas de fronteras» que se observan en todos los mapas (ver figuras 6 y 7), pueden ser el resultado (por lo menos en parte) de una proyección desde lo propio hacia las sociedades a estudiar, muy característica del particularismo y de la concepción de la geografía política occidental del siglo XIX resultado también de una necesidad de dividir y delimitar el objeto de estudio (no hay que olvidar que además los dos personajes más influyentes en la Etnografía de ambos extremos del Pacífico —Gusinde y Boas— proceden de la Alemania de finales del XIX). Es curioso ver cómo en ese momento se intenta delimitar, poner nombre a las

[8] Así por ejemplo los primeros trabajos de Boas se centraron en las entrevistas con personas que habían acudido desde diferentes partes del territorio hasta Victoria. Más delante se desplazó a puntos concretos de este territorio para entrevistar a personajes singulares. Sólo la contrastación con otros informantes puede dar una idea, a través de las contradicciones, de la variabilidad real original de la evidencia. En general muchas de las recopilaciones etnográficas se realizaron durante periodos muy breves de tiempo, en contextos muy europeizados, en poblaciones desplazadas. Conscientes de esas limitaciones y de las transformaciones sufridas por la población, más que observaciones etnográficas directas se trataba de informaciones históricas, de recuerdos de personas mayores, de recopilaciones de historias, creencias y leyendas.

[9] Según Ames (Ames y Maschner, 1999) habrían existido 29 agrupaciones socio-linguísticas pertenecientes a 11 familias de lenguaje con 39 diferente lenguajes (sólo una de estas familias –la *Nuu-chah-nulth* tiene en realidad más de 20 denominaciones para grupos locales–). La enumeración típica, por ejemplo según Vastokas (Vastokas, 1966), de los grupos es de norte a sur: *Tinglit, Haida, Tsimshian, Kwakiutl, Bella Coola, Nootka, Coast Salish, Quileute, Quinault, Chehalls, Chinook, Til1amook, Coos, Iurok, Karok, Hupa, Tolowa* y *Wiyot*. Pero también se ha tratado de simplificar y clasificarlas en tres grandes agrupaciones: la del norte (*Tsimshian, Haida y Tlingit*), la del centro (entre otros con *Wakashan, Salish, Nuu-Chah-Nulth...* y *Makah*) y la de la costa al sur completamente atomizada (con *Salish, Quileute...*).

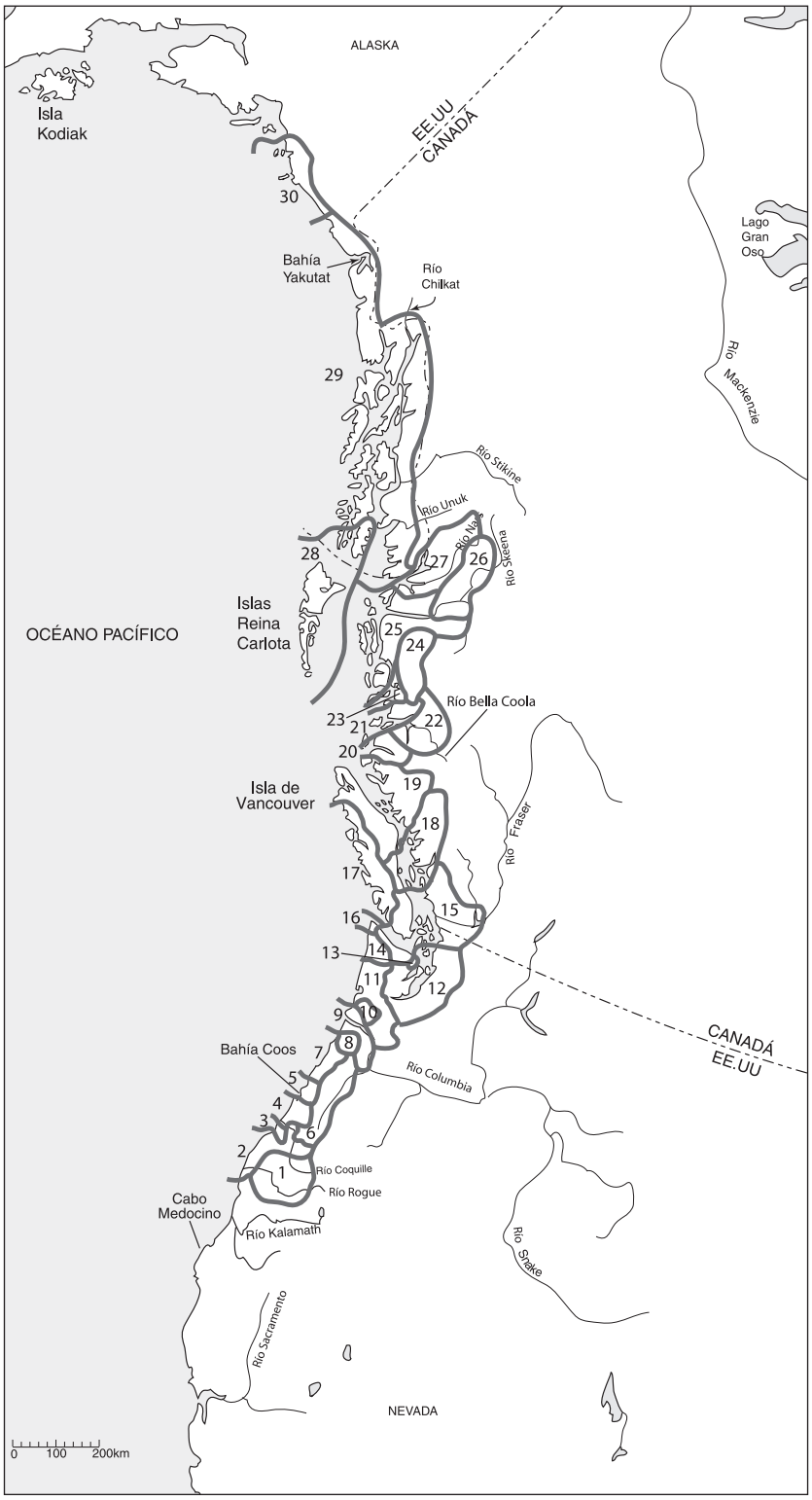


Figura 6. Mapa con la nomenclatura de etnias. Extraído de Suttles (1990) con alguna nomenclatura revisada (en cursiva): 1) Takelma; 2) Athapaskanos; 3) Coosanos; 4) Siuslawanos; 5) Alseanos; 6) Kalapuyanos; 7) Tillamook; 8) Clatskanie; 9) Chinookanos; 10) Kwalhioqua; 11) Salish de la costa Suroeste Semiahmoo; 12) Salish de la costa Sur; 13) Chemakum; 14) Quileute; 15) Salish de la costa Central (incl. *Halq'emeylem y Hul'qumi'num...*); 16) Makah; 17) Nootkanos (Nuu'chah'nulth); 18) Salish de la costa Norte (incl. *Sechelt o Shishalh; Sliammon* y *Comox*. *Homalco, Klahoose*); 19) Kwakiutl (*Kwakwaka'wakw*); 20) Oowekeeno (*Oweekeno*); 21) Bella Bella (*Heiltsuk*); 22) Bella Coola (*Nuxalk*); 23) Haihais; 24) Haisla; 25) Tsimshian; 26) Gitksan (*Gitxan*); 27) Nishga; 28) Haida/*Haida*; 29) Tlingit; 30) Eyak.

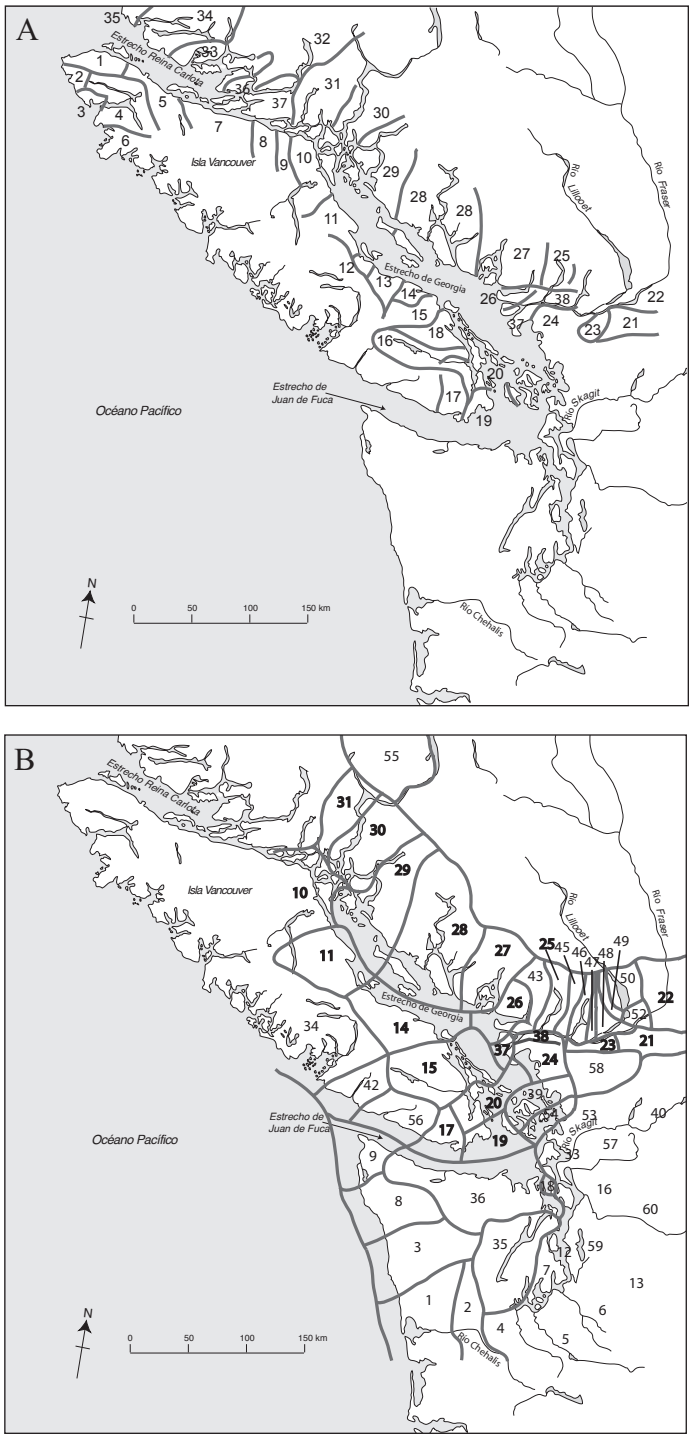


Figura 7. A) Mapa con la nomenclatura de algunas de las etnias (*Stämme*) de la zona del Gofo y la isla de Vancouver. Extraído de Boas (ed.1990). La numeración en el mapa de Boas corresponde a: 1) Tlatlasiqoala; 2) Hayómqilis; 3) Kwatsenoq; 4) Qosquimo; 5) Kwakiutl; 6) Tlatsenoq; 7) Némqisch; 8) Matlipis; 9) Wiweaqam; 10) Catlo; 11) Pentlach; 12) Saamen; 13) Chuachuatl; 14) Snonoos; 15) Snanatmuch; 16) Quaitschin; 17) Saok; 18) Chalaltch; 19) Lqungen; 20) Schasanitsch; 21) Tschilchoiq; 22) Teit; 23) Semac; 24) Semiamo; 26) Chmesqoim; 25) Qeitse; 27) Sqchomisch; 28) Schiatl; 29) Tlaamen; 30) Homaltlqo 31) Lekwungen; 32) Nenachtach; 33) Quauaenoq; 34) Naqoartoq; 35) Qoasila; 36 Chachuamis; 37) Tsauatenoq; 38) Ooaatl; 39) Stauacen; 40) Massechatl .

Compárese con B) el mapa de Mitchell (1971) para las agrupaciones Coast Salish: 1) Chehalis; 2) Satsop; 3) Quinault; 4) Sahewamish; 5) Nisqually; 6) Puyallup; 7) Squaxon; 8) Quileute; 9) Makah; 10) Comox; 11) Pentlatch; 12) Suquamish; 13) Snoqualmie; 14) Nanaimo; 15) Cowichan; 16) Snohomish; 17) Sooke; 18) Chemakum; 19) Songhees; 20) Saanoch; 21) Chilliwack; 22) Tait; 23) Sumas/Matsqui; 24) Semiahmoo; 25) Katzie; 26) Musqueam; 27) Squamish; 28) Sechelt; 29) Sliammon; 30) Klahuse; 31) Homalco; 33) Skagit; 34) Nootka; 35) Twana; 36) Klallam; 37) Tsawassen; 38) Kwantlen; 39) Lummi; 40) Upper Skagit; 42) Nitinat; 43) Coquitlam; 45) Whonnock; 46) Skayuks; 47) Hatzie; 48) Nicomen; 49) Scowlitz; 50) Chehalis; 52) Pilalt; 53) Swinomish; 54) Samish; 55) Chicotin; 56) Pacheena; 57) Stillguamish; 58) Nooksack; 59) Duwamish; 60) Skykomish. Las coincidencias de territorios o grupos se han puesto en negrita.

agrupaciones humanas e incluso buscar correspondencias raciales, mientras que en realidad se recogen y describen datos que parecen demostrar todo lo contrario.[10]

[10] Un ejemplo paradigmático lo puede constituir la descripción de Hill-Tout (Hill-Tout, 1978a) de la agrupación *siciatl* (de lengua *salishan* en Sechelt en la costa al norte de Vancouver). Los informantes podían remontar sus orígenes hasta seis generaciones y toda su información redunda en la flexibilidad y movilidad entre los diferentes grupos. Así dos de las cuatro subdivisiones de la «tribu» de 325 personas atribuyen su origen a gentes venidas de linajes *kwakiutl*, a pesar de que una subdivisión de los *Kwakiutl* —los *Yukeltas*— eran considerados sus peores enemigos. Según el observador esa enemistad era responsable de

Duff también daba ejemplos clarísimos de la confusión que existe a la hora de adjudicar nombres a esas presupuestas agrupaciones: la gente se «adscribía», al ser preguntada, a un área geográfica donde vivía habitualmente o en la que había nacido: por ejemplo el nombre *tsimshian* significa «en el río Skeena» que la gente tsimshian de la costa y los del sur utilizan para denominarse; *gitksan* significa «pueblo del río Skeena» (según Halpin, 1973). En los textos de Boas (ver comentarios a Boas *et al.*, 2002) se pueden notar las inconsistencias y cómo la gente iba cambiando su localización. En la NWC las denominaciones de los grupos en diferentes momentos han ido cambiando, también, hasta la denominación que las agrupaciones actuales han querido darse en los años recientes.[11] Un claro ejemplo es el de *Kwakiutl*. Descritos con ese nombre por Boas, que trabajó en una de las comunidades de habla *Kwak'wala,* la denominación fue utilizada ampliándola a toda la gente que hablaba alguno de sus cinco dialectos. Sólo recientemente las distintas comunidades con esta lengua generan *Kwakwaka'wakw* como nombre de auto-reconocimiento (de legítima autodefensa para su supervivencia) para reconocer la unidad lingüística y cierto patrimonio común de cultura y economía de los 12 grupos sobrevivientes, generando así una seña de identidad étnica que no existía (http: //www.kwakiutl.bc.ca/culture/language.htm).

Aunque en la NWC en tiempos del contacto la agudización de los conflictos y *razzias*, así como las políticas de algunos hombres prominentes para dominar el comercio, pudieron favorecer la fijación de dominios territoriales, no existía exclusividad territorial claramente definida por parte de las distintas agrupaciones indígenas sino, en ciertos casos, la propiedad de algunos medios de producción por parte de determinadas *households* pero sin exclusión total de uso por parte de otras (bajo determinadas circunstancias). Sin embargo era muy conveniente para los interlocutores europeos (y lo sigue siendo hoy) fijar diferencias (y aprovecharse de ellas) entre distintas comunidades y fijarlas en un territorio concreto.[12]

Los relatos históricos propios (por ejemplo, en los *adwax* tsimshian) explican perfectamente los movimientos y cambios de localización, los conflictos cruzados y las mezclas entre distintas comunidades. Los diarios de los puestos comerciales evidencian alianzas cruzadas de personas procedentes de distintas áreas y poblados (por ejemplo las peleas que nos explican los informes de Fort Simpson o Fort Langley). Otras fuentes históricas relatan peleas de diferentes coaliciones que igualmente trascienden las agrupaciones lingüísticas o las cruzan, tal como pasa en la que se ha descrito como la batalla de Maple Bay, en la que *salish-comox* están del lado *kwakiutl* y son atacados por *cowichans* y otras agrupaciones *salish* (Hill-Tout, 1978b: 161; Angelbeck, 2009). Este es un buen ejemplo de la flexibilidad con la que se trazan las alianzas entre unidades sociales autónomas. Fi-

---

cierto aislamiento de esa agrupación respecto a las influencias desde el Norte, pero por otro lado remarca la mezcla y las influencias clarísimas con la agrupación *lillooet* del interior y la forma de organización interna que era la misma que la de otras agrupaciones *salish*.

[11] Dadas las diferencias de transcripciones y los cambios en los nombres o en la extensión de su cobertura hemos decidido dejar el gentilicio que emplea cada autor/a

[12] Con esto queremos decir que antes del asentamiento de los blancos no existía la necesidad de marcar esas distinciones tal como existe ahora y también que ha sido y es muy conveniente para la política de despojo, insistir en ellas. Es una táctica (*divide et imperas*) que los europeos han dominado desde antes de los tiempos de Julio César y que en la NWC sirve para justificar el fraccionamiento de los territorios que «se adjudican» a cada comunidad. Aunque entendemos que hoy puede ser una estrategia conveniente para demostrar un enraizamiento de cara a hacer frente a la legislación impuesta, en realidad el derecho inalienable a la autodeterminación de los pueblos y a gozar *hoy* de la tierra arrebatada ayer, es independiente de la forma de organización y de propiedad que existiera en el momento previo al contacto.

nalmente, ya debido a la influencia europea, se documentan intentos de control de territorios más amplios (que en realidad son más bien intentos de controlar las rutas comerciales que aprovisionan al comercio europeo) (Martindale, 2003) y se produce una escalada en el desarraigo más o menos violento de gentes de un sitio y su ocupación por otras gentes de otros lugares.

El mosaico de lenguas y su genealogía es un claro indicador de esa movilidad, al tiempo que nos ilustra que, igual que en el caso fueguino, las lenguas son paradójicamente una de las características que más se fija, a pesar de ser atravesadas por redes económicas, sociales, ideológicas o territoriales. Aunque parece que existía una conciencia de pertenencia a las diferentes agrupaciones idiomáticas, hay siempre referencias a matrimonios mixtos, tanto en las leyendas de todas las agrupaciones como en la información acerca de linajes de los jefes, y podemos pensar que ocurría en las uniones entre personas de la clase desposeída que —al menos en el caso de esclav@s— podían proceder de poblados con lenguas distintas.[13]

A nivel individual, al igual que se producen cambios de nombre a lo largo de una vida, se documenta, como en TdF, un flujo constante (voluntario o forzado) de gentes y de ítems. Como constatan todas las fuentes etnográficas, vemos incluso flexibilidad y permeabilidad total en lo que se supone que debería definir mejor una adscripción étnica: los elementos de refuerzo ideológico tipo historias y leyendas. La mayor parte de todas esas creencias y leyendas trascienden las agrupaciones geográficas y lingüísticas. Se compartían y traspasaban creencias (incluyendo canciones, leyendas y rituales) entre distintas zonas, a veces provenientes de largas distancias. No es por ejemplo extraño ver aparecer en las leyendas recogidas en algunos lugares, animales que no existen en la zona (por ejemplo la serpiente de cascabel en la Costa salish o alces y cabras en las leyendas de la isla de Vancouver, donde no se ha documentado su existencia desde final del Pleistoceno).

No era anormal tampoco el dominio de varias lenguas (por ejemplo dicen los españoles —1792— que el jefe Tetaku, en el estrecho de Fuca, dominaba muchas lenguas). Existía, además una lengua comercial común de la que se desconoce hasta dónde retrotraerla. Hay incluso referencias de cómo en cuatro generaciones una agrupación cambia de lengua: al final del siglo XIX el grupo *T'e'qulä'tca* pasa de hablar *Nooksack* —el idioma del Sur— a hablar *Lummi* —el idioma del Norte del estrecho— que son mutuamente incomprensibles (Boas *et al.*, 2002: 104, nota 56).

Tampoco hacia el Norte los límites entre la gente de la NWC y los esquimales debían ser extremadamente rígidos. Los primeros españoles (Ignacio Arteaga y Francisco Bodega en 1779) que llegan tan al norte ven en el mismo lugar embarcaciones tipo canoa y tipo kayac.

Y hacia el interior del territorio, al igual que pasa en el archipiélago fueguino, no están tampoco definidos los límites. No hay una clara delimitación de pueblos de la costa y pueblos del interior. A pesar de las dificultades obvias de atravesar algunos lugares puntuales, los ríos constituían «una autopista» hacia y desde el altiplano. El transporte de materiales y bienes con los medios de transporte fluvio-marítimos era fácil. Ambas poblaciones, las costeras y las del interior, compartían los recursos del río, el salmón era un nexo de unión de las estrategias de explotación de recursos.

La facilidad con que la población nativa se integró en la red de intercambio europea, por ejemplo, estaba fundamentada en la existencia previa de todos esos lazos de circulación.

---

[13] La misma clasificación idiomática es dificil y sujeta a controversia (Adams, 1981).

Con todos esos elementos podríamos pensar que efectivamente, a pesar de los estímulos para el incremento de la estanqueidad que se dieron en la NWC, existía allí, al igual que en TdF, una compleja red de interrelaciones que más que unos límites definidos conforman unas isolíneas de frecuencia de relaciones, las cuales difícilmente pueden ser identificadas a través de un análisis objetual unívoco o arqueológico directo (de artefactos o bienes de consumo).

Los registros escritos nos demuestran que las sociedades de la NWC eran dinámicas, flexibles, capaces de asimilar cambios rápidos. Sin cambiar su objeto de trabajo, integraron tan rápidamente la tecnología europea que se hace difícil saber si ya disponían de algunos elementos de esa procedencia, como el hierro, incluso antes de la llegada de los propios navegantes (los españoles encuentran este material en uso y hay demanda de él, igual que pasó en el área del canal Beagle a la cual los ítems europeos llegan siglos antes que los propios barcos). Existen otros elementos cuya incorporación o un extraordinario despegue en su desarrollo (basado en una experiencia previa) pudo ser reciente, casi inmediata a la llegada europea o incluso indirecta, como el uso de velas en las canoas (representadas ya en los grabados españoles), las redes... («There is some doubt as to whether gill nets were used aboriginally by the Coast Salish or are a post-contact introduction» (Barnett, 1955: 86; semejante Suttles, 1951: l38), la plantación de huertas (hay una posible crítica a Boas por haber negado conscientemente la práctica de la horticultura en Deur y Turner (2005)), e incluso algo que se ha considerado tan distintivo como la erección del tipo de totems más conocido (Barbeau, 1950).

Frente al impacto europeo el cambio en la estructura de reproducción social planteó mayor resistencia que la que se ofreció a los cambios tecnológicos y a los de algunas estructuras productivas. Habría que plantearse (como en Yesner, 1993), aunque no pretendemos tratar eso aquí, el porqué de esa asimilación y desaparición final de la estructura social en los dos casos, el de la NWC y el de TdF. Cuál fue la articulación real y jerárquica de causas (pandémicas, económicas, sociales) que actuaron ya que no se produjo una imposición bélica de mayores proporciones como fue el caso de la conquista de México, Perú, Chile o Argentina.

En TdF las alternativas a la presión europea fueron reducidas: dispersarse, agruparse alrededor de las misiones anglicanas (tal vez como medio de asegurarse el abastecimiento ante las condiciones del empobrecimiento que había provocado la sobre-explotación de los recursos por parte de loberos y balleneros europeos) o bien aceptar el confinamiento y la «tutela» de los campos de internamiento regidos por los Salesianos.

En la NWC, con el impacto europeo, se produjo un juego mucho más complejo que en el archipiélago fueguino, debido a los intereses no siempre convergentes de los distintos componentes de la población y de los propios europeos (primero navegantes, luego representantes políticos, tramperos, agentes de las compañías peleteras, misioneros, y después colonos y agentes gubernamentales). Hemos dicho que determinadas partes discriminadas de la población indígena pudieron ver en su alineamiento con europeos una forma de liberación, como puede ser el caso de algunas mujeres. La contratación de mano de obra por parte de los europeos, desarraigó e independizó económicamente a gente que políticamente no era dependiente y generó una dualidad contradictoria entre su posición en la estructura social y en la económica (Suttles, 1987b). Así por ejemplo, alrededor del asentamiento europeo en Victoria, la rígida estructura social de las cuatro clases (jefes, nobles, desposeídos y esclavos) se vio complicada por el surgimiento de una clase de advenedizos (*nitcnanit*), gentes originalmente de la clase baja pero enriquecidos con el juego que daban las transacciones con europeos (Hill-Tout, 1978b: 130).

Tampoco los problemas introducidos por el primer contacto tenían solución sin la intervención de los mismos europeos. Es el caso de las enfermedades, como la viruela por ejemplo; ello hizo que la aceptación del europeo se hiciera «ansiosamente», como se ha visto en otros casos (Larsen y Ruff, 1994) en los que la vida media de una población nativa indígena agrícola se incrementó con la integración de esa población en el sistema productivo europeo (con las misiones jesuíticas), a pesar de la explotación económica y social a la que los someten.

Recursos y propiedad de los medios de producción

Se ha hablado mucho de la propiedad de los medios de producción (incluyendo las áreas-fuente de los recursos) pero esta característica debería matizarse y sobre todo situarse muy concretamente. La variabilidad del salmón es grande a lo largo de los 2.000 kms de costa implicados. Los salmones varían mucho de río a río tanto en cantidad como en calidad. Suelen tener unos picos de frecuencia cada ciertos años y suelen pasar en sólo una semana por cada sitio. Incluso dentro de la misma gente de habla *salishan* entre la cual el salmón constituyó uno de los recursos básicos y se pescaba con redes fijas (que implican gran inversión de trabajo, localización concreta y por son tanto «privatizables»), no existe unanimidad en cuanto a que la propiedad de los lugares de obtención de recursos haya sido general (Hill-Tout, 1978b). Tampoco el salmón era un recurso único; en cada subagrupación existieron otras alternativas que no eran tan fácilmente apropiables: la caza de lobos marinos (entre *chemainus* y algunos *squamish*), la caza colectiva de ballenas entre *clallam* y *quinault*... (Suttles y Maud, 1987).

Si esto lo extendemos a otras comunidades veremos que a pesar de la gran importancia general del salmón existen desviaciones del modelo de dieta salmonera (Morin, 2004) y por tanto de propiedad de los sitios de pesca. En el yacimiento pre-europeo de Ozette los analistas opinan que, dada la diferente composición de los moluscos recolectados, existirían tal vez zonas de explotación reservadas a cada casa y familia, pero aquí el recurso de mayor importancia social era la ballena, cuya captura era una empresa colectiva, aunque estuviera comandada por el mejor especialista (Wessen, 1988).

La apropiación o el uso preferente se podía dar en lo que respecta a recursos de ubicación fija (por ejemplo, los lugares de recolección de tubérculos, bayas o bancos de determinados moluscos) y/o a los medios de producción fabricados con alto valor invertido (canoas, trampas fijas). Y también podía haber habido apropiación de los «jardines» de almejas... y huertas de vegetales.

La importancia de los vegetales y los recursos «menores» ha sido subestimada casi apriorísticamente como elemento de subsistencia siempre que hablamos de sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras (Piqué *et al.*, 2009). Así, la clasificación de estos grupos como CR hace que se haya infravalorado de entrada su dependencia de los vegetales e incluso de estrategias que podríamos alinear con la horticultura, sin prestar demasiada atención a que incluso Boas aludía a jardines de *Potentilla anserina* y *Trifolium wormskjoldii* a lo largo de las zonas intermareales. Y también en otras obras se han recopilado datos sobre ese uso de vegetales (Gunther y Janish, 1973; Suttles, 1951).

Últimamente se ha planteado que tal vez existían estrategias de producción que trascendían la obtención de recursos silvestres ya reproducidos. Por una parte se habían reconocido prácticas de transplante y de estímulo en la reproducción de pescado, se ha visto que en las leyendas se habla, aunque en términos ambiguos, de corrales de pesca (Boas, 1921 en Boas *et al.*, 2002) y se han localizado extensas estructuras en las que se

cultivarían (o se estimularía la reproducción de) almejas. Actualmente se está repensando y reformulando la cuestión del manejo de vegetales (Lepofsky y Lyons, 2003): se ha enfatizado la existencia de cultivo de tabaco, y tal vez de jardinería de quinquefolio *(Potentilla)*, camas (*Camassia quallash*) y wapato (*Sagittaria latifolia*) o como mínimo la manipulación del medio y la quema del bosque para favorecer y producir más productos vegetales interesantes (Boyd, 1986; Turner, 1996; Deur y Turner, 2005).

En la misma descripción que hace Boas de lo *Tsimishian* (Boas, 1902) se reconoce la importancia de la recolección vegetal: por ejemplo en los relatos hay descripciones expresas de cómo cultivar tubérculos («Then she put roots on the grass, sprinkled them with water and covered them with earth. She took them out the next day and gave them to the people to eat» en Boas *et al.*, 2002).

Sin embargo era conveniente para las expectativas de Boas y para la colonización, y probablemente concordaba con el poco valor subjetivo que se le daba en las propias sociedades indígenas, enfatizar el carácter de caza y pesca de las estrategias subsistenciales frente al carácter cultivador de ciertas actividades.

La guerra

El tema de los conflictos armados entre grupos que se consideraban CR, es uno de los que más llamó la atención a la Etnografía. El conflicto bélico entre pueblos vecinos está bien documentado por parte de los primeros viajeros, que además sufren ataques directos (Bruno de Hezeta en 1775) y por el instrumental guerrero que exhiben los Tinglit, que demuestra una tradición bien desarrollada, empleada en ataques bien organizados contra los europeos-rusos. Según Boas, por ejemplo, los Kwakiutl hacían raids contra los Salish del delta del Fraser. Según la ya citada antropóloga soviética J. P. Averkieva, eran raids/incursiones de pillaje para conseguir esclavos y otro «botín». También Curtis (1913) señala que las guerras eran básicamente para «coger esclavos y otras cosas», y que raramente eran batallas planificadas. Casi siempre se producían entre vecinos, pero las había también entre grupos procedentes de lugares distantes. Las grandes expediciones las hacían las alianzas de tribus para conseguir prisioneros jóvenes, mujeres y hombres, especialmente parientes de los jefes.

Muchos relatos de guerras proceden en realidad de las leyendas y su transmisión (por ejemplo, a la antropóloga soviética le cuentan una empezando con «me contó mi padre que...»). Pero está muy claro según todas las autorías que el contacto con europeos cambió drásticamente su frecuencia, escala y naturaleza. Se ha llegado a plantear que el *potlach* (o su exageración) fue un medio impuesto indirectamente por los europeos para ritualizar, y así acabar, con las guerras provocadas por la misma ingerencia europea en la dinámica social (Codere, 1950; Duff, 1964).

Lo cierto es que no hay unanimidad y ha habido muchos ensayos/intentos para situar el origen (Boyd, 1990) y explicar por diferentes mecanismos y causas esta actividad tan característica, desde factores biológicos, los celos, hasta elementos económicos, la rapiña de bienes materiales y personas, hasta entenderlo como intentos de incrementar/combatir el dominio político y el prestigio social, (Ferguson, 1983; Mitchell, 1984; Moss y Erlandson, 1992; Reedy-Maschner y Maschner, 1999. Ver Angelberg en este volumen).

La organización político-social

Otra característica que todos los autores/as señalan es la diversidad en la organización político-social (Suttles, 1990b).

Al llegar los españoles apreciaron que la sociedad estaba dividida en gente notable/rica, gente inferior/pobre, y esclavos (que podían o no vivir en la misma casa que su amo, pero que socialmente eran no-personas). En la mayor parte de las descripciones se habla de una jefatura muy efímera dentro del poblado (es decir durante una parte del año), o para cuestiones muy particulares (guerras, ceremonias...) y en algunas ocasiones se diría que algunos jefes proponen un sucesor escogido dentro de su familia (hijos reconocidos, sobrinos...). En contraste con algunos textos, lo que se desprende de las informaciones españolas permite pensar que esa realidad evolucionó de manera muy rápida y de forma distinta según los casos, por la influencia europea. Es dificil entender qué significaba para los españoles que el jefe Maquina, que decía de sí mismo que había sido un arponeador de ballenas, dijera que tenía 4.000 súbditos, cuando en realidad no acababan de entender la flexibilidad de la jefatura.

Hoy se puede discutir sobre si «existía un sistema incipiente de clases sociales que el proceso aculturador transformó hasta darle una configuración que se ha dado en llamar sistema de rangos» (Carretero, 1990a; también Ruyle, 1973; Drucker, 1939; Codere, 1957; Fried, 1967). Otros autores prefieren hablar de sociedad jerarquizada (Ames y Maschner, 1999) o de clases (Chun, 1980; Kobrinsky, 1975; Rousseau, 1979).

Autores como Suttles (Suttles y Maud, 1987) marcan las diferencias que existían en la composición y en la estructuración de las relaciones entre esos distintos estratos sociales en diferentes agrupaciones de la NWC.

V. Garfield (1966) habla de jefes tribales que estarían por encima de los jefes de linajes que en las comunidades *tsimshian* organizaban los movimientos de su grupo; éste se dividía en las familias que lo conformaban para ir a la pesca del salmón. Esos jefes de linajes distribuyen las tareas y las supervisan, siempre son hombres y sólo recoge tres casos de mujeres que fueron regentes, porque el marido (o la línea masculina) había muerto, mientras el hijo era menor de edad. Aparte de por descendencia del fundador del linaje, un jefe lo era por sus virtudes oratorias y organizativas. Una forma de adquirir más poder era aumentando el número de gente que podía captar y por tanto incrementando la producción y la riqueza de su *household*. Este elemento será según nuestro punto de vista, fundamental para explicar el desarrollo de estas sociedades.

Pero si el sistema de prestigio estaba basado en gran parte en la capacidad del jefe de hacer producir y repartir, con la presencia de europeos su función quedaría comprometida, ya no sería tan necesaria porque cualquier individuo podría cambiar directamente pieles o servicios por objetos europeos (de prestigio). Esto por un lado era un elemento de disolución del sistema, pero por otro pudo incrementar el nivel de violencia como medio extraeconómico para continuar monopolizando el prestigio y la dependencia de los subordinados. También se estimuló el expansionismo y la concentración de poder en una jefatura, como pasó con un exitoso jefe, Ligeex, de una agrupación costera *tsimshian*, quien por medio de matrimonios, alianzas y guerras llegó a controlar el acceso al interior, es decir, a las pieles de nutria del interior cuando se agotaron en el litoral.[14]

Las aldeas, al margen de episodios como ese, eran independientes política y económicamente y solo raramente se montaban alianzas duraderas. Pero dentro de cada aldea, cada *household* tenía un elevado grado de autonomía y dentro de cada *household,* cada unidad familiar tenía también cierta libertad para cambiar de residencia. Así, aunque exis-

[14] Se ha argumentado que la preeminencia de *Ligeex* no era tal, que se ha exagerado y que en realidad era un esbirro de la Compañía que lo había encumbrado vacunándolo y haciendo así que fuera el único jefe superviviente después de la epidemia de 1836.

tían poblados permanentes en determinadas ubicaciones, estos sólo eran usados en una época del año y no siempre por la misma gente.

Las únicas personas que no podían moverse libremente eran l@s esclav@s. La esclavitud es una de las cuestiones más interesantes de la organización político-social. Las fuentes españolas no son muy claras a este respecto, y por ello los datos proceden mayoritariamente de la época post-contacto (informaciones de los fuertes de la HBC). Se podría pensar que la rápida transformación de los objetivos económicos de las elites pudo cambiar muy rápidamente la organización de esta institución. El objetivo principal de la producción pasó de ser «producir alimentos» a «producir para el intercambio». El hecho de que se pase de producir estatus a partir del reparto de comida a producir pieles y otros objetos para obtener objetos para obtener estatus, podría explicar que el comercio de esclav@s adquiriese un gran auge rápidamente. L@s esclav@s servían directamente en el intercambio (Garfield, 1966): a la llegada de los blancos, l@s esclav@s eran cambiad@s por pieles, canoas o caballos o mantas. Además servían para producir la comida y otros ítems que ya no estaba produciendo la gente principal por sí misma, la cual en cambio adquiriría estatus con ell@s (tener esclav@s reflejaba honor y dignidad para sus amos y la influencia de un jefe podía estar en proporción directa con el número de esclav@s que tenía).

Los precios en general aumentaban de Sur a Norte y el comercio se dirigía hacia el interior, lo que nos sugiere una relación con la demanda de mano de obra (como consecuencia de las bajas por enfermedades importadas) para la preparación de las pieles de los animales que se cazaba en el interior y eran vendidas a los europeos en la costa.

En general parece que la fuente de aprovisionamiento de este grupo social eran las deudas o las *razzias*. Una vía hacia la esclavitud eran los servidores/dependientes, gente libre del propio clan que se hipotecan o hipotecan a gente de su familia. Evidentemente esto tiene como fundamento previo la existencia de una privatización del acceso a los recursos y la competencia desbocada y fomentada en los *potlatch*. La otra vía era la captura de gente mediante *razzias* armadas (Mitchell, 1984), que se concentraba en mujeres y criaturas. En un principio el destino principal era laboral: trabajaban en tareas de mujeres y en las ocupaciones de la gente de clase baja, monótonas y pesadas (aunque esas labores, así como las actividades que se les permitía variaban según la época y el grupo). En algunos casos esas capturas tenían como objetivo el cobro de un rescate. Después de la colonización el precio de las mujeres (vendidas como concubinas o prostitutas) aumentó por el auge de la prostitución entre una población de colonos solteros (Averkieva, 1966). Las mujeres esclavas se convertían ellas mismas en reproductoras de esclav@s pues l@s hij@s que tenían eran también esclav@s. Aunque en principio no eran excesivamente maltratados, había episodios o acontecimientos extraordinarios en los que se llegaba a sacrificar a alguno.

Los esclavos (mujeres y hombres) eran pues importantes para la vida de la gente de esta costa. Llegaron a existir mercados permanentes, por ejemplo en The Dalles, que organizaba la tribu Wishram (donde según datos de 1857 se vendieron 56 mujeres y criaturas). Aunque no se pueda hablar de un sistema esclavista basado en el trabajo esclavo (Averkieva, 1971), se ha discutido su alcance (dependiendo de los sitios, la época y las fuentes puede variar del 30 al 2 por ciento) y existen diferentes evaluaciones de cuándo surgió y cómo fue evolucionando hasta su supresión a finales del siglo XIX (Dennis, 1928; Mitchell, 1985; Mitchell y Donald, 1985; Donald, 1984; Donald, 2001; Ames, 2001).

Nosotros pensamos que sobre una base de esclavismo pre-contacto (vinculado a las *razzias* y a las necesidades de mano de obra) el impacto europeo agudizó el sistema al incrementar la demanda de mano de obra y de mujeres, al reducir el número original de

la población, enfocar la producción hacia el intercambio de bienes de importación, incrementar la competencia y fomentar los enfrentamientos armados.

Al margen de esa división de la sociedad en estratos económico-sociales, que variaban entre los diferentes grupos (por ejemplo, ver Donald, 1985), esas relaciones sociales también se cruzaban con otras adscripciones a las que se pertenecía por nacimiento. En la agrupación tsimshian por ejemplo existían fratrías, clanes, aldeas, linajes y familias, y en algunos casos también sociedades secretas.

Finalmente se ha de insistir en la variabilidad que existía dentro de la NWC entre los grupos, que organizaban la filiación de parentesco como descendencia patrilineal, matrilineal o mixta. En realidad las tres modalidades aseguraban la sucesión de nombre y rangos por la vía masculina: de padre-a-hijo o bien padre-hija-nieto (por ejemplo, Halpin y Seguin, 1990b).

Conclusión: balance, problemas y posibilidades del registro etno-histórico

Como conclusión de esta parte recordaremos que la recogida etnográfica más utilizada académicamente se realizó dos generaciones después del mayor impacto europeo, después del asentamiento de colonos blancos y a partir de gentes frecuentemente cristianizadas, desubicadas, diezmadas y re-concentradas alrededor de los asentamientos europeos. Es muy probable que las divisiones territoriales que realizaron los etnógrafos del siglo XIX no tengan más significado que aislar su objeto de estudio sobre la base de unos idiomas más o menos semejantes (pero dentro de los cuales existieron incluso dialectos poco comprensibles entre sí).

Como resumen de una imagen etnográfica tópica se pueden revisar algunas de las características en las que, según J. W. Adams (1981) existiría un consenso respecto al llamado patrón de la NWC:

- La dependencia del almacenamiento de salmón que debía ser capturado y procesado en muy poco tiempo. Hemos visto sin embargo que, aunque es la pieza clave del puzzle por la gran cantidad de biomasa que aporta, no fue la base alimentaria de todas las agrupaciones.
- El pescado se conseguía en lugares específicos, y la fuerza de trabajo debía moverse hacia ellos. El *potlatch* no era sólo para redistribuir alimentos entre la gente, como se esperaría en jefaturas basadas en la agricultura. En realidad también promueve la redistribución de la gente hacia los recursos. Pero existían otra serie de fuentes de alimentos estáticas en cuya explotación se había invertido mucho esfuerzo como los campos de recolección y los «jardines» de almejas y que requerían una presencia recurrente en los mismos sitios. Merecería la pena evaluar hasta qué punto se podría hablar de una sociedad estrictamente cazadora-pescadora o de una sociedad donde estas actividades extractivas coexistían con otras de control y estímulo de la reproducción de los recursos, y en este caso cómo, dónde o por qué se insistió tanto en la pesca-caza en el momento de contacto.

  Vinculada con las estrategias de consecución de alimentos está la cuestión de las aldeas y las casas grandes permanentes (Vastokas, 1966). Es cierto que los grabados de los primeros navegantes muestran aldeas, casas alineadas, en algunos casos con la fachada pintada, e incluso ilustran aldeas con otra fortificada anexa. Pero las fuentes etnográficas y los relatos son muy explícitos en la movilidad unifamilar

y en la existencia de asentamientos muy efímeros, e incluso los mismos grabados iniciales nos muestran sitios abandonados (¿temporalmente?).

– La diferenciación social: tanto la diferencia de estatus**,** como el esclavismo en concreto, fueron flexibles y variables en el tiempo y en el espacio. La estructura social consistía mayoritariamente en unas oligarquías de jefes y sus clientes, oligarquías que eran validadas en el *potlatch*. Se han justificado en base a la organización de las tareas de producción y redistribución de alimentos, ya que debía haber picos en la carga de trabajo y los esclavos podían haber sido una fuerza de trabajo temporal conveniente y fácil de desechar después. Pero con la presencia de los europeos el carácter y magnitud que podía haber tenido la estructura social en época pre-contacto, cambiaron rápidamente ya que se redujo la mano de obra por las epidemias, y por otro lado se aumentó la eficacia de los medios de producción y los mismos objetivos económicos prioritarios. El estrés causado por estos cambios y nuevas necesidades modificaron sin duda el nivel de los conflictos que habían existido previamente.

Aún siendo conscientes de todos esos sesgos y circunstancias que hemos expuesto (precisamente por ser bien conocidos y por tanto perfectamente analizables), la riqueza, cantidad y diversidad de las informaciones y enfoques existentes son inmensas y nos sirven para demostrar que la primera parte de nuestra propuesta metodológica, la posibilidad de conseguir a través de «escritos etnográficos» imágenes objetivas de funcionamientos sociales de sociedades desaparecidas, existe, es de un potencial incuestionable y permite un enfoque objetivo global crítico. Esta globalidad y objetividad son mucho más difíciles de conseguir en la actualidad, conviviendo o siguiendo durante lapsos de tiempo más o menos largos a otros grupos contemporáneos CR, hoy más marginados que tradicionales, que siguen sobreviviendo como pueden.

La discusión se debe centrar a continuación en qué es lo que se sabe acerca del origen y desarrollo de las características de la NWC que encontraron los europeos en la era moderna, en cómo y por qué se desarrollaron. Estas son preguntas que deberían resolverse sólo desde la Arqueología.

La arqueología

Introducirnos en la parte arqueológica fue más fácil dado el contexto en el que estábamos y gracias a los colegas que nos atendieron a los que agradecemos enormemente su colaboración y explicaciones. Pudimos consultar las tesis doctorales presentadas desde los años 80, ver la parte gráfica de las antiguas excavaciones de los yacimientos más significativos, evidentemente leer la producción científica al respecto, ver los materiales y visitar las zonas con los propios investigadores (R. G. Matson en el Delta de Fraser y David Archer en la costa del Skeena) y conocer de primera mano los proyectos en marcha así como los intereses futuros gracias a Colin Grier (en las islas del Golfo de Georgia), Andrew Martindale (en la reserva Musqueam) y Dana Lepofsky (en la reserva Sliammon) que nos los explicaron *in situ*. También gracias a las entrevistas con Brian Hayden y Suzanne Villeneuve sobre el sitio de Keattle Creek.

El panorama real actual en toda su amplitud y variedad de aspectos (desde la docencia al salvamento pasando por la política indígena) se nos ofreció con la oportunidad de asistir a la citada «61st Northwest Anthropological Conference».

Para acercarnos a una panorámica general de la Arqueología de la NWC existen pocos manuales, destacando por ser el más completo y ordenado cronológicamente el de Matson y Coupland (1995) con ya casi catorce años desde su edición. Otro a considerar es el de Ames y Maschner, (1999) también de hace ya 10 años, organizado por temas y por cronología. A pesar del tiempo pasado desde su publicación, ninguno de los dos ha perdido realmente actualidad, pero para poner al día los datos habría que recurrir a una bibliografía ya muy especializada y evidentemente dispersa.

El marco global de la Prehistoria conocida de la NWC comienza con algunas evidencias de ocupación en el Tardiglaciar antes del 10.000AP, pero fundamentalmente comprende desde principios del Holoceno hasta la actualidad.[15] Los estudios paleoclimáticos *grosso modo* han distinguido una fase Hypsitermal del 11.000 al 6.000AP y una Neoglacial del 5.500AP hasta la actualidad.

Hay dos preocupaciones fundamentales que casi podríamos decir que han regido y rigen la investigación arqueológica en la NWC: el origen del poblamiento y el origen del patrón etnográfico (no necesariamente desconectadas).

Siguiendo (y remitiendo a) el primer manual citado, el comienzo de la Arqueología en el área de la NWC está representado por Hill-Tout y por H. Smith. Hill-Tout, empezó excavando sitios en el bajo valle del Fraser en 1896. Él fue quien empezó a trabajar en el sitio Eburne, un gran complejo de montículos de concheros, más tarde conocido como yacimiento Marpole, en la vertiente que da a la desembocadura del Fraser en la ciudad de Vancouver. Su objetivo fundamental era establecer la filiación de la población nativa. Llegó a la conclusión de que la población prehistórica más antigua no era de la misma «raza» ni estaba culturalmente conectada con la población contemporánea, que tal vez había venido de la zona del altiplano interior (Hill-Tout, 1978a; Hill-Tout, 1978b).

H. Smith trabajó como arqueólogo en la *Jesup North Pacific Expedition* organizada por Boas, prospeccionando y excavando en varios sitios de una extensa área, desde Puget Sound hasta la zona del río Skeena. Propuso un modelo de inmigración costa-interior para el origen del poblamiento.

Con estas excepciones, los estudios arqueológicos fueron realizados casi siempre por etnólogos, muy influenciados por Boas (su prestigio académico en la Arqueología ya era notable) quien pensaba que la Arqueología debía estar al servicio de la Antropología y servirle la profundidad cronológica de los pueblos etnográficos investigados y de sus movimientos migratorios y vínculos filéticos (Mitchell, 1971).

Después de estos comienzos hay un cierto decaimiento en las actividades arqueológicas hasta pasada la segunda guerra mundial. Continuarán con los trabajos de Ph. Drucker (en 1938) al norte de Vancouver (en Bella Bella y el área tsimshian) proponiendo una migración *tsimshian* reciente río abajo, y más tarde con los de Charles E. Borden.

Charles E. Borden, norteamericano, llegó a la UBC en 1939 como profesor de alemán y entra en Arqueología en 1945 aunque como profesor de Arqueología oficialmente reconocido sólo en 1968. Desarrolló importantes trabajos en el área de Vancouver: excavó Point Grey, Locarno Beach y Marpole pero también trabajó en el centro e interior de BC. Considerado el fundador-padre de la Arqueología en ese territorio, su sistema universal para designar yacimientos es aún el habitual. Estableció una secuencia de diferentes tipos

[15] En general preferimos utilizar para las fechas el sistema «antes del presente» (AP) dado lo incerto de las calibraciones y por el efecto reservorio en la zona. En algunos casos cuando tomamos algunas fechas de otros autores que las publican originalmente en AD («después de nuestra Era») o AC («antes de nuestra Era») las dejaremos tal cual si desconocemos el valor AP original.

de culturas a nivel regional: periodo Temprano (Locarno Beach I y II, Whalen I), periodo Intermedio (Marpole, Point Grey, Whalen II, Locarno Beach III) y periodo Final (Stselax Village y otros históricos) (Matson y Coupland, 1995).

En el lejano norte, Alaska (Yakuta Bay), trabajaba (1949) Federica de Laguna, también norteamericana, quien formuló la hipótesis de que la cultura NWC empezó por el contacto aleutiano-pacífico esquimal (de Laguna, 1964).

Las cronologías absolutas obtenidas entre 1955 y 1959 cambiaron un poco este esquema pero hasta los años setenta el interés, desde el paradigma de la historia cultural, se centró en saber cuándo y cómo se puebla la costa del Noroeste y en el establecimiento de tipologías cronológicas (por ejemplo, McMurdo, 1972; Mitchell, 1971).

Las bases de la organización y la tesis predominante son las de Borden (1961; 1975; 1979) (ver figura 8) con modificaciones sucesivas de varios autores: unas se han orientado a especificar crono-culturas locales o regionales, mientras que otra tendencia ha preferido establecer grandes periodos más generales.

Según la tesis original (Borden, 1970) habría habido una población anterior al último máximo glaciar al Sur de la masa de hielo en América del Norte. Al liberarse de los hielos la costa de BC, habría habido dos infiltraciones, una migración de gentes desde el norte del Yukón, la parte sin hielo de Alaska, (portadores de la cultura Microblades desde Siberia, preadaptada a la explotación de los recursos marinos porque los habían explotado ya en las costas del Ártico y en los lagos y ríos del Yukón) y otra desde el Sur.[16] Coincidiendo ambas en esta zona, adoptaron la misma estrategia, generándose una síntesis que cristaliza en un periodo intermedio entre 5.000-3.000AP del que surgiría el patrón NWC. Desde una posición histórico-cultural, la explicación, coherentemente, se lleva hacia atrás y se postula una preadaptación en la explotación de recursos litorales fluviales, para finalmente explicar con un funcionalismo somero y una referencia a la Etnología, por ejemplo en Suttles, la importancia de los moluscos, del salmón y del *potlach* como elemento redistributivo.

Frente a esa tendencia crono-cultural, la propuesta de K. R. Fladmark (Fladmark, 1975) tiene un enfoque determinista: la población ya estaba establecida en el Pleistoceno final desde la primera inmigración por esta costa de América. La estabilización de la línea de costa hacia el 5000AP habría permitido el establecimiento del ciclo del salmón al que se adaptaron enseguida los grupos humanos.

Este tema del origen del poblamiento sigue siendo uno de los prioritarios de la investigación, que se centra en la hipótesis de que las evidencias de la entrada por la costa deberían encontrarse justamente en la franja costera, hoy en gran parte sumergida por la transgresión holocena. Los yacimientos tal vez se habrían conservado en las cavidades cársticas de las islas Queen Charlotte (Fedje, 2003) y otras tal vez en las zonas costeras hoy sumergidas pero que estuvieron por encima del nivel del mar en el tardiglaciar. Efectivamente, se han hallado algunas evidencias, aunque discutidas: en las islas Gaadu Din hay un registro de fauna pleistocena y artefactos que se interpreta como un puesto de caza invernal de osos de los ancestros de los *Haida,* datado hace 10.600 años. Se han extraído

[16] Serían gentes que se habrían quedado aisladas de las corrientes progresivas euroasiáticas por el máximo glaciar al Sur de los grandes glaciares. Con la desglaciación avanzarían hacia el Noroeste desde Oregón llegando a la costa del Sur donde seguirían siendo gente cazadora de recursos terrestres, a los que añadirían la explotación de las orillas (se reinvindica la importancia de los moluscos, básicamente de mejillones que sería el equivalente a los moluscos fluviales que habrían explotado ya en el Sur, como elemento de seguridad imprescindible para los tiempos de escasez). Esta ocupación estaría documentada en el nivel inferior del yacimiento de Glenrose, contemporáneo de la ocupación del sitio Milliken.

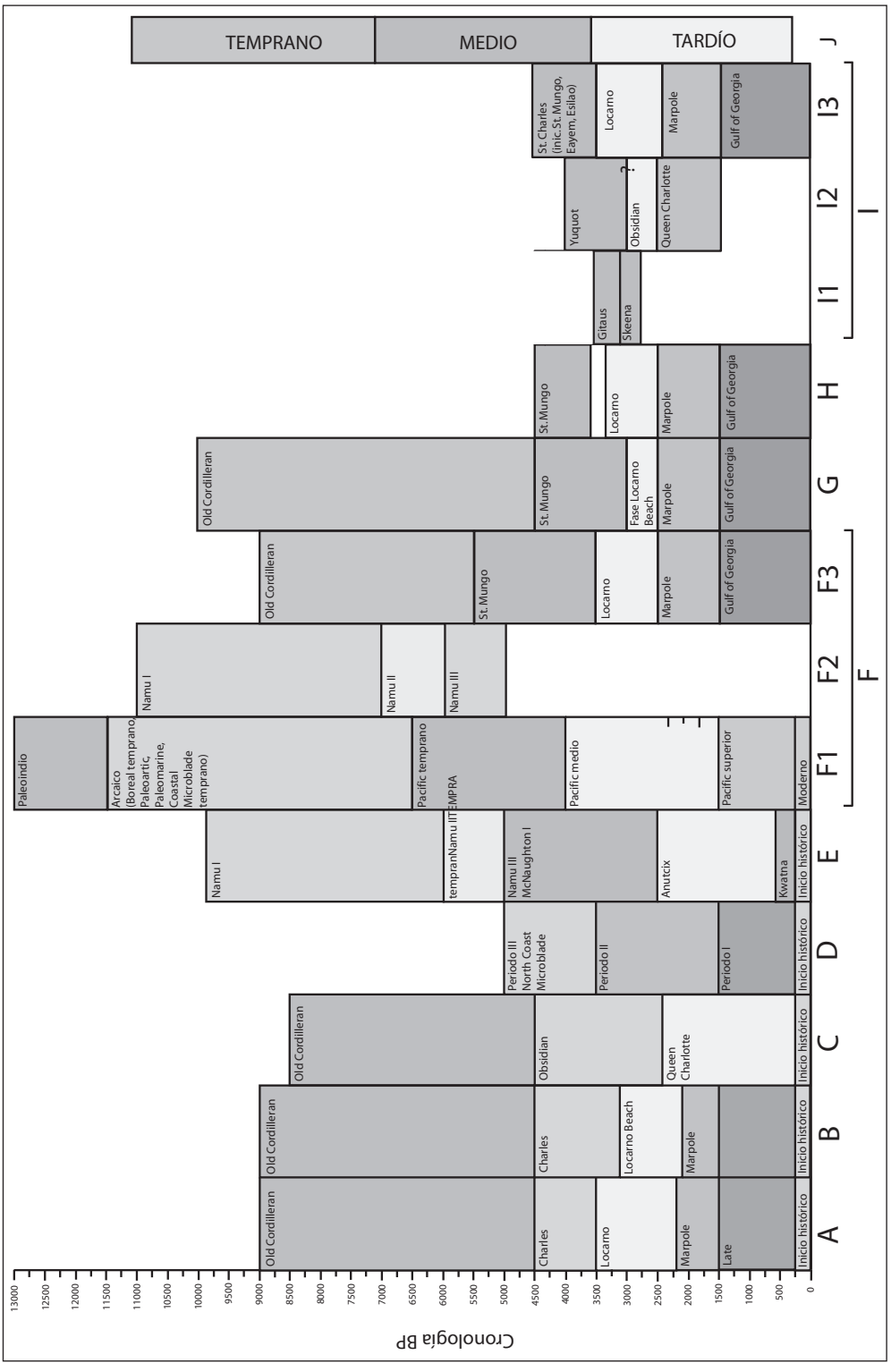


Figura 8. Divisiones cronoculturales para la NWC según: A) Lepofwsky *et al.*, 2000; según Mitchell Donald, 1988 en B) Costa sur y C) Costa norte; D) según MacDonald & Inglis, 1981 en la zona de Prince Rupert; E) según Mitchell Donald 1988 en la zona de Namu; F) según Ames i Maschner 1999: 1. Cronología general, 2. zona de Namu; 3. zona del Golfo; G) según Croes Hackenberger 1988 en zona del Golfo de Georgia; H) Matson 1992 en el Golfo; I) en Gibbon y Ames 1998: 1. zona de Kiselas Canyon, 2. costa norte y 3. zona del Golfo de Georgia; J) según R. Styrd y M. Rosseau en Carlson i Dalla Bona 1996 en la cuenca media del Fraser y del Thompson en el interior.

algunos materiales submarinos o bajo niveles de lagos y se han encontrado algunos materiales líticos fuera de contexto o en una antigua turbera enterrada en una de las islas del Golfo de Georgia (Ward *et al.*, 2003; Fedje *et al.*, 2008).[17]

Las técnicas de excavación se adaptaron a los objetivos crono-culturales realizándose trincheras o pozos estratigráficos que intentaban recuperar los fósiles directores de cada estrato (Mitchell, 1971). En los concheros se excavaba mediante espesos niveles artificiales, a pesar de que en este tipo de yacimientos se reconocía la existencia de subunidades más finas (Mitchell, 1971) y la necesidad de encontrar un sistema para definir los pisos de ocupación (Matson, 1976).

La excavación estratigráfica fina de los concheros fue propuesta por Ham en 1982. La mayoría de los concheros se han excavado por extracciones de grosor arbitrario y hay pocos (*Hoko river rock shelter*, Croes *et al.*, 2005 y *Glenrose Cannery*, Matson, 2009) en los que se ha tenido en cuenta la sedimentación estratigráfica fina, y son menos aún aquellos que se han excavado en una extensión significativa. Esos sistemas de excavación mayoritarios han dificultado la capacidad de determinar el carácter del patrón de asentamiento estacional. No se puede así distinguir una ocupación permanente a lo largo de todo el ciclo anual de una ocupación repetida no permanente (típica de un patron *collector).*

El abrigo Hoko River es una de esas pocas excavaciones ejemplares: se excavó con una combinación de delimitación de niveles naturales y niveles arbitrarios (de 5 cm) según los casos. En las tres zonas excavadas del sito aparecieron más de 1.300 niveles (*layers*) estratigráficos para un lapso de ocupación de 9.000 años. Sin embargo la excavación no afectó más que a 52 m^2 de los 350 m^2 de la extensión del sitio.

Dada la complejidad de la estratigrafía en yacimientos de tipo conchero, el registro de dataciones que se creó hasta los años ochenta contiene bastantes incongruencias. Existen numerosos hiatos sin dataciones radiocarbónicas que no pueden atribuirse sólo a falta de evidencias. Hoy dia se sabe que hay que hilar muy fino en la consideración del material que se está datando. Sabemos del problema, aún no demasiado controlado en BC, del efecto reservorio porque muchos de los elementos datables han tomado su C14 del ciclo marino (moluscos, veterbrados marinos y sus consumidores, humanos incluidos) y además tenemos asociado el problema de los carbones procedentes de árboles centenarios, y la variabilidad estacional de los aportes de aguas continentales de los grandes ríos a las desembocaduras, lo cual complica aún más la calibración. Por ejemplo, en el sitio Scowlitz una completa secuencia continua de 30 dataciones solapadas se podría transformar en dos fases separadas por un hiato de 440 años radiocarbónicos alrededor de un periodo clave de cambios (entre 1.850 y 1.410AP), si sacasemos de la serie sólo una datación obtenida sobre una concha de molusco marino ofrenda en una tumba que contenía un hueso humano datado en 1.370AP (Lepofsky *et al.*, 2000) (figura 9)

Uno de esos hiatos más importantes de la secuencia está entre el 1.500 y 1.000AP. A pesar de ello se ha situado el origen del patrón de la NWC en el periodo Marpole, anterior a ese «agujero negro». Queda pues este vacío en el conocimiento del proceso que da ori-

[17] Como suele suceder en estos casos de «primeras ocupaciones», es difícil superar las dudas tafonómicas sobre la asociación entre los restos de fauna y la actividad humana. En el caso concreto de las cuevas de las islas Queen Charlotte, aunque hay dataciones de restos de fauna de más de 14.000 años AP, las dataciones sobre carbones o materiales claramente antrópicos no van más allá del 10.000AP. La NWC ha sufrido tranformaciones geomorfológicas muy severas durante el último periodo glaciar y las oscilaciones del nivel del mar y la sedimentación en los fondos de los valles y en el delta del Fraser durante el Tardiglaciar e inicios del Holoceno hacen muy difícil que se hayan conservado o se puedan descubrir los sitios más antiguos. Harán falta todavía más análisis paleogeográficos para saber dónde buscar y tal vez buscar bajo el mar.

gen a la realidad que pudieron ver los primeros europeos. Es después de ese momento, ya en nuestra Era, cuando proliferan las fortificaciones. Los fuertes más antiguos existentes se fechan entre 1.450AP y 1.550AP, pero la mayoria está entre 1.000 y 1.200AP (Moss y Erlandson, 1992; Moos y Erlandson 1999). En los cementerios de nuestra Era también hay evidencias de muertes por traumatismo que se han atribuido a *casus belli*, el caso es que en el cementerio de Greenville y en el de Prince Rupert Harbour el 21,7 por ciento de los individuos presenta algún trauma esqueletal o dental (Cybulski *et al.*, 1992).

El sistema de excavación utilizado al principio por cuestiones metodológicas y más modernamente por problemas estratégicos y financieros, hace que las excavaciones en extensión sean poco habituales. Así se hace dificil reconocer arqueológicamente si existieron o no «casas grandes» en yacimientos en concheros, aunque se encuentren asociaciones significativas de elementos estructurales (por ejemplo, en Macdonald y Inglis, 1979). Generalmente se han realizado extrapolaciones sobre el carácter del asentamiento a partir de catas ampliadas o de trincheras y a partir del relieve superficial del terreno. Hay pocos sitios realmente excavados en extensión (Matson *et al.*, 1999; Coupland y Banning, 1996; Martindale, 2006a; Sobel *et al.*, 2006; Samuels, 1991b; Maceachern *et al.*, 1989; Schaepe, 1998).[18]

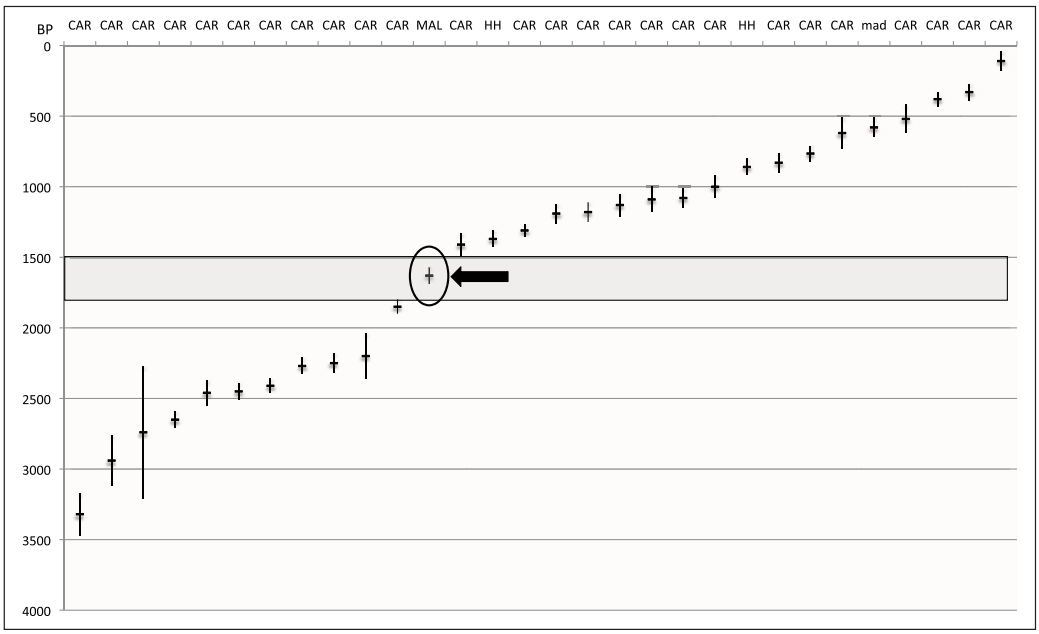


Figura 9. Serie de dataciones radiocarbónicas de Scowlitz (Según Lepowfski, e.a., 2000). La flecha señala un punto con un hiato significativo, cubierto por una datación sobre molusco (MAL) probablemente envejecida por el efecto reservorio. Las rayitas marcan el margen de un sigma. (CAR-dataciones sobre carbón, HH sobre huesos humanos).

Aún así la necesidad de una estrategia de excavación en extensión ha sido una preocupación antigua entre los prehistoriadores (por ejemplo en Matson, 1976: 202: «What is desperately needed, if this kind of study is to be developed, is a metod of distinguishing

[18] Ozette es el único sitio costero en el que se excavaron tres casas enteras (once años de excavaciones). Keatley Creek (ver Hayden en este volumen) es el yacimiento del interior en el que las campañas de excavación han sido más continuadas.

livinig floors from midden and, after that, wide area excavation» y también en Burley, 1980).

Curiosamente en cambio, y a pesar de las dificultades que presenta la excavación de grandes asentamientos con enormes acumulaciones de conchero y estructuras comunes, hay pocas reflexiones sobre los procesos de formación de los sitios (Archer, 2001; Coupland, 1988) (figura 10).

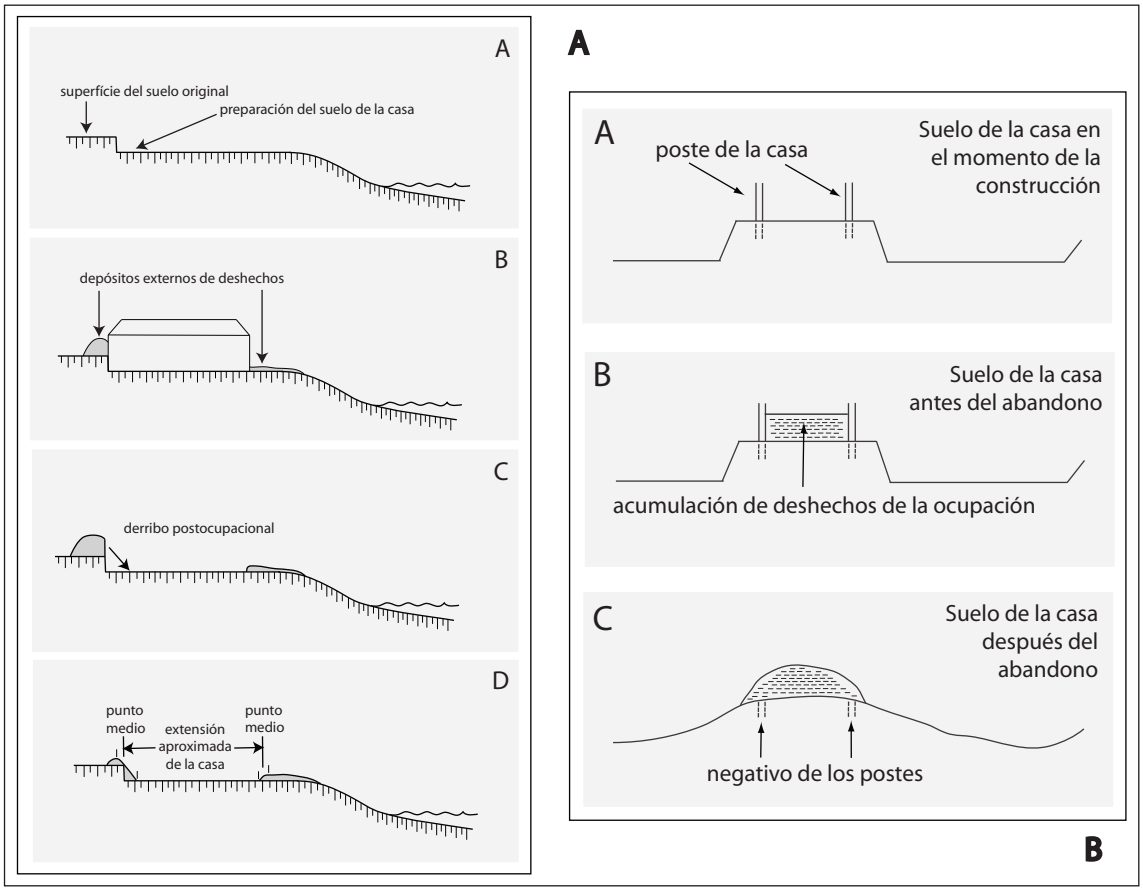


Figura 10. Esquemas del proceso de la formación de sitios A) según Archer (2001) y B) según Coupland (1988, fig 5.5). Nótese la diferencia entre los dos esquemas.

Desde mediados de los años setenta, a pesar de que no se había conseguido un consenso sobre la secuencia crono-cultural (por ejemplo, Borden, 1975 *versus* Matson, 1976) (figura 8) y sin eliminar del todo esa preocupación, los estudios fueron ampliando sus perspectivas o empezando a dirigir el objetivo central hacia explicaciones procesuales.

En 1988 Mitchell y Donald (1988) fijaban una especie de lista de objetivos a conseguir en Arqueología de la NWC que podríamos tomar como una hoja de ruta para la investigación arqueológica que se formulaba desde posiciones procesuales:

– Reconstruir la historia postglaciar de los recursos que fueron importantes en la prehistoria y en la época etnográfica.
– Ver cuándo y cómo se establece el ciclo estacional de subsistencia y ceremonias.
– Hacer arqueología histórica para chequear los estudios de estacionalidad, para caracterizar mejor los indicadores, caracteres y conjuntos de artefactos estacionales

y reconocer sets de artefactos asociados a sitios específicos de procesamiento de recursos, y también para conocer más detalles (por ejemplo el espectro de especies explotadas desde un campamento estacional) sobre el propio periodo etnográfico.
– Ver las diferencias de acceso de unidades residenciales contemporáneas a los distintos recursos específicos y, junto con los estudios de *site catchment*, comprobar si se podrían insinuar territorios de grupos residenciales.
– Hacer análisis de residuos (sangre y cristales de aminoácidos) para conocer la asociación entre los instrumentos y los recursos animales, y también vegetales, trabajados.
– Señalaban también que, aunque no fuera posible aun distinguir entre comercio e intercambio de regalos, los análisis de materias primas permitirían ver las redes de transporte a larga distancia.

Así empezaron a proliferar los estudios de fauna (Monks, 1977; Boehm, 1973; Calvert, 1980; Wigen, 1980; Crockford y Wigen, 1991; Hanson, 1991) y de aplicación de técnicas arqueológicas (estacionalidad de moluscos: Ham, 1976, 1982; Keen, 1979), de isótopos estables (Chisholm, 1986), análisis de materias primas líticas, análisis de residuos (Broderick, 1980), análisis de huellas de uso (el primer Congreso sobre huellas de uso en materiales líticos tuvo lugar en UBC en 1977 y fue editado por Hayden en 1979), y análisis de suelos (Sawbridge y Bell, 1972, por ejemplo). Las conclusiones a las que se iba llegando inciden sobre todo en los factores ambientales locales y en la delimitación de las estrategias de explotación en las diferentes zonas (Calvert, 1980).

Se realizaron estudios de *site catchment* y se incorporaron los «objetivos binfordianos» en relación a definir los patrones de asentamiento. Sobre todo se empezó a buscar explicaciones paleoeconómicas que, al principio, seguían teniendo un fuerte componente histórico-cultural con énfasis en los cambios de población como explicación (Burley, 1980).

La excavación de *wet sites* —yacimientos en turberas, intermareales o sumergidos— (Croes, 1995; Bernick, 1983) proporcionaba nuevas perspectivas sobre los procesos de fabricación de objetos de materiales más perecederos: todo tipo de objetos manufacturados con madera y fibras vegetales, por ejemplo equipamiento para pescar y cazar, cajas, cestos, utensilios para preparar la comida, canoas, cuerdas, vestidos, etc.

Resumen de las principales explicaciones formuladas

En cuanto a las explicaciones (ver Arctic Anthropology, 1998, 35(1); Cybulski, 2001a; Isaac, 1988; Garcia *et al.*, 1985; Nash, 1983) sobre las causas y el proceso que llevaron al patrón cultural de la NWC —definido a partir de la interpretación etnográfica— se han distinguido (Coupland, 1988; 1998) dos tendencias: una funcionalista-adaptativa y otra que insiste en procesos sociales o en pulsiones individuales bien como respuestas a las características del recurso, bien como derivados de un estímulo biológico individualista, de una minoría de egoistas o de una retro-alimentación de una creciente diferenciación de un grupo corporativo en un contexto económico favorable.

Casi se podría decir que la primera hipótesis explicativa del proceso de diferenciación del patrón de la NWC la formula Suría en su propio cuaderno en el siglo XVIII. Suría ve en los habitantes de la NWC rasgos chinescos, considera su situación como la propia de naciones rudas que han de sobrevivir en este caso de la pesca, que carecen de la propiedad privada, pero que habrían estado sometidos a dos causas que hacen acelerar la civilización:

la pesca de la ballena y la defensa del terreno. Para ambas necesitaban reunirse, organizarse, ordenarse y elegir a algunos que los guiasen en esos trances peligrosos. En definitiva, la necesidades económicas y políticas forzarían necesidades de organización social y estimularían el surgimiento de desigualdades sociales (Monge y Olmo, 1991) .

La mayor parte de arqueólog@s (Ames, 1985; Burley, 1979-1980; Chatters, 1989; Chatters y Prentiss, 2005; Coupland, 1998; Fladmark, 1975; Matson, 1983; Schalk,1981) ha señalado el salmón como el elemento clave, siguiendo posicionamientos funcionalistas del tipo de Wayne Suttles (1968). Much@s estarían de acuerdo en que después de un periodo de explotación generalista de amplio espectro (*broad spectrum foraging*) entre hace 11.000 y 5.500/4.000AP, se produce un cambio hacia una explotación especializada. Eso comporta la organización de estrategias de captación logísticas con intensificación en la explotación de ciertos recursos, particularmente el salmón, detonadas por la combinación de varios factores como la estabilización del nivel del mar, el crecimiento de la población y el desarrollo de una tecnología de recolección y de conservación masivas (Butler y Campbell, 2004).

Sin embargo hay muchos matices e incluso otros puntos de vista y teorías que se escapan de esta formulación general (Ames, 1994). Sin pretensión de exhaustividad podemos resumir algunos de estos posicionamientos paradigmáticos.

Para Carlson (1996) el salmón significó tener un abastecimiento estable de excedente que puede ser conservado y almacenado para los meses de escasez en un asentamiento base permanente. El excedente en sí mismo no mejora las condiciones de vida pero requiere alguien con autoridad para su gestión. Eso permitiría la existencia de especialistas liberados para dedicar su energía a la política, religión, guerra, arte y artesanía (figura 11).

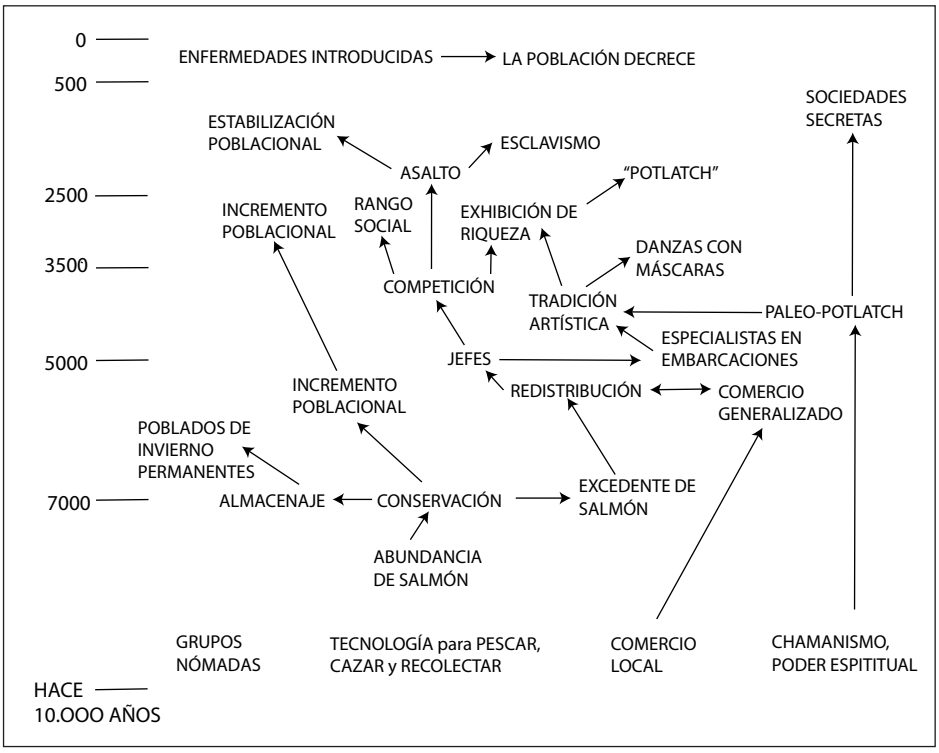


Figura 11. Esquema de la secuencia de relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Carlson (1996).

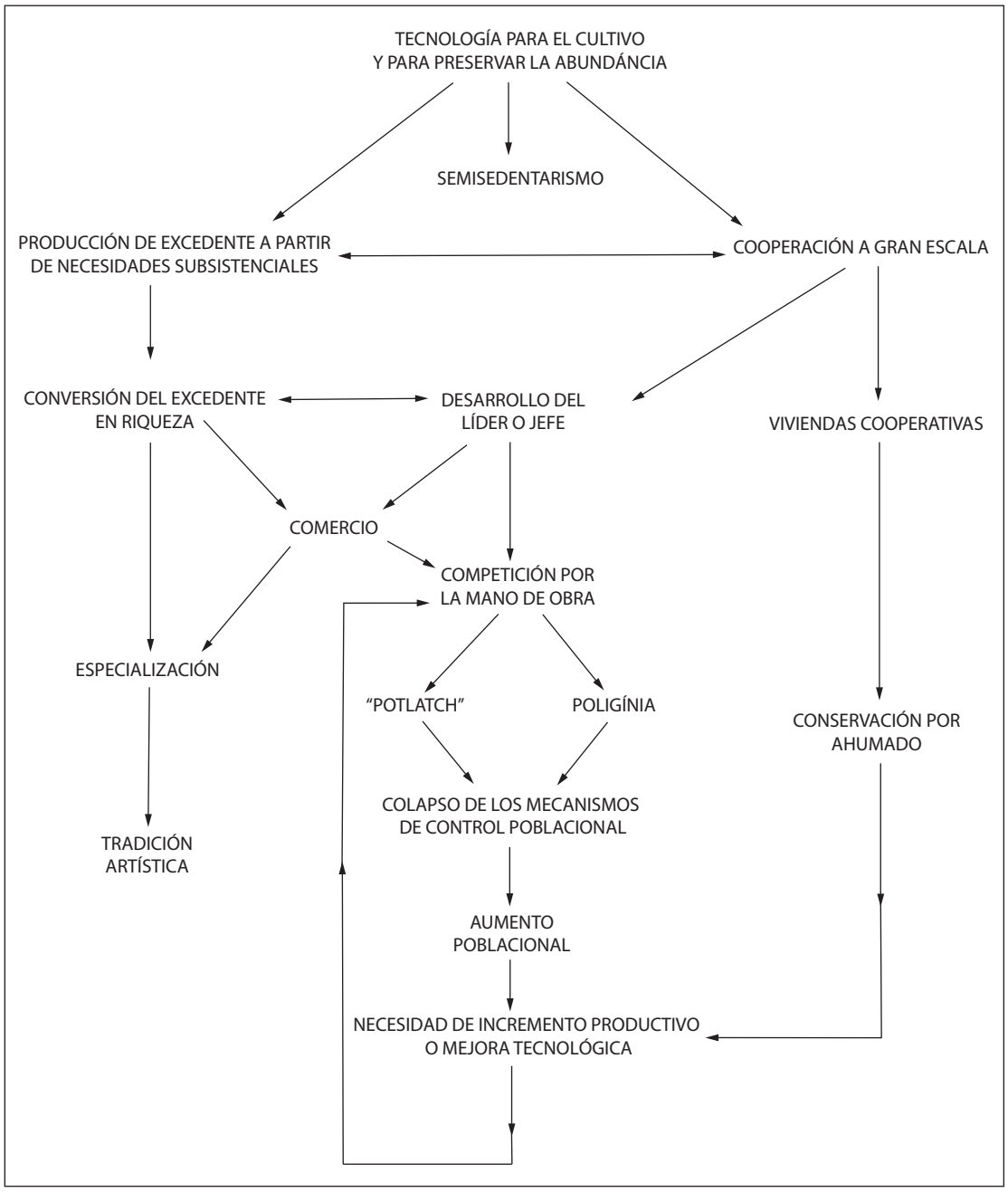


Figura 12. Esquema de las relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Burley (1980, fig. 14).

Según este mismo autor, la guerra y las razzias de esclavos produjeron una integración de las creencias espirituales y una estabilización del crecimiento demográfico y de todo el sistema cultural.

Fladmark (1975) es el primero que propuso una explicación de base ecológico determinista, relacionando el inicio del proceso con la estabilización de la línea de costa hacia el 5.000AP.

Para Burley (1980) todo empezaría con la conservación del salmón desarrollada en la zona donde se inicia el cañón del Fraser. Considera (Burley, 1979) la fase pre-Marpole como igualitaria, en «established density equilibrium» y como un sistema cerrado. Sal-

drían del equilibrio por un aumento poblacional que creó la necesidad de una gestión de recursos más eficiente, y de mejorar la producción. Argumenta que la emergencia de la desigualdad es respuesta directa a la presión demográfica, resultado a su vez del empuje/aumento poblacional desde el área del cañón del río Fraser al principio de la fase Marpole, desde donde se extendería hacia la desembocadura hacia el 2.400AP (dando como consecuencia el complejo Marpole pleno). Es decir, que el rango/desigualdad no es adoptado hasta que surge la necesidad (figura 12)

El desarrollo de la tecnología de conservación impulsada por el crecimiento demográfico y por el liderazgo de las «casas grandes» sería para Schalk (1981) lo que da la peculiaridad a la NWC, independientemente de que antes hubiera habido las mismas condiciones.

Según Ames (1981;1985) sería el resultado combinado de la irregularidad de la sobreabundancia, que favorece la propiedad y el sedentarismo, la creciente especialización en la tecnología pescadora, el crecimiento de la población, el sedentarismo y la promo-

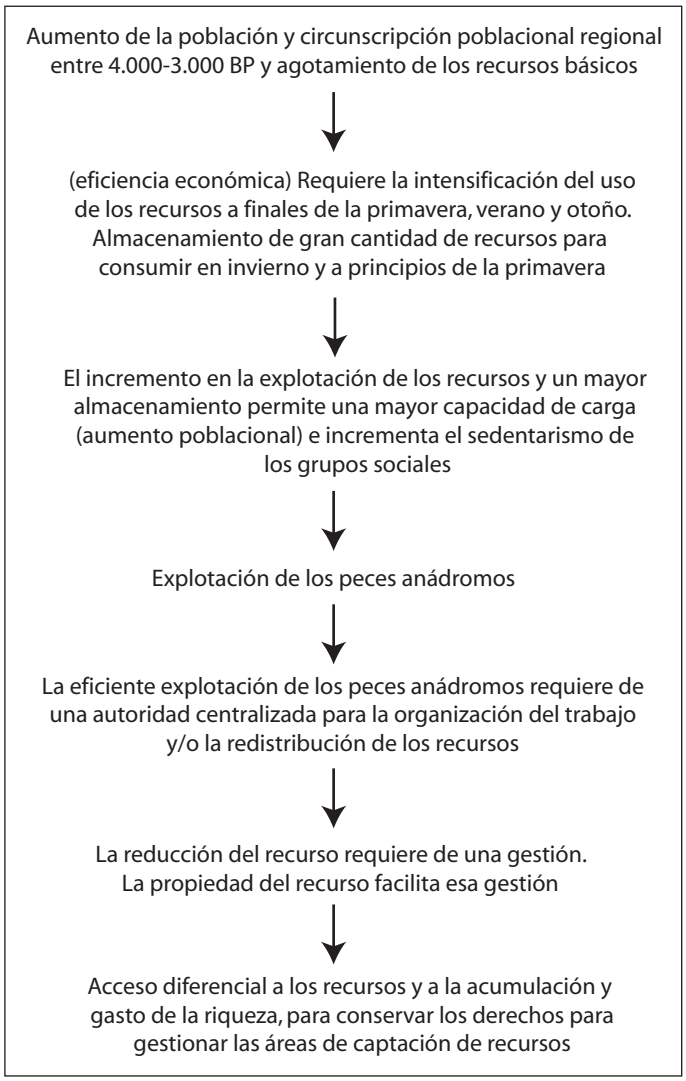


Figura 13. Esquema de la secuencia de relaciones entre los elementos que conformaron el patrón de la NWC según Croes y Hackenberger (1988).

ción ritual de ciertos invidividuos que capitalizan el conocimento sagrado adecuado. Según este autor hubo primero una reestructuración de la organización social (que incluye la guerra) antes de un cambio en las formas de producción. Este criterio desliga la organización social de la económica-subsistencial.

Estos dos últimos autores insisten en la importancia de la movilidad logística y del consumo pospuesto como fuentes de estrés que propician la complejidad.

Croes y Hackenberger (1988; Croes, 1992, 1995) crearon un modelo de simulación que constituye uno de los ensayos mejor formalizados y no superado hasta el momento. Interpretan la secuencia cultural clásica afirmando que las fases tradicionales son mesetas entre momentos de incremento exponencial de la población. El paso al amacenamiento se habría producido en la fase St.Mungo (4.000-3.000AP) y la necesidad de procesar las reservas de salmón habría propiciado, juntamente con las dramáticas oscilaciones que presenta su disponibilidad, la aparición de rankings y la apropiación de los medios de producción. Todo ello se habría producido durante la fase Locarno (figura 13).

Kelly (1991) relaciona la irregularidad de los momentos de abundancia del producto con el sedentarismo y la mediatización del acceso a los recursos por parte de una élite. A partir de esa *tunelización* del acceso a los recursos, aparece la desigualdad.

Para Matson (1983;1992) originalmente sería la irregularidad en la oferta lo que produce un mosaico (*patches*) de recursos que son poseídos por individuos o grupos, insistiendo en la predictibilidad y la productividad (figura 14).

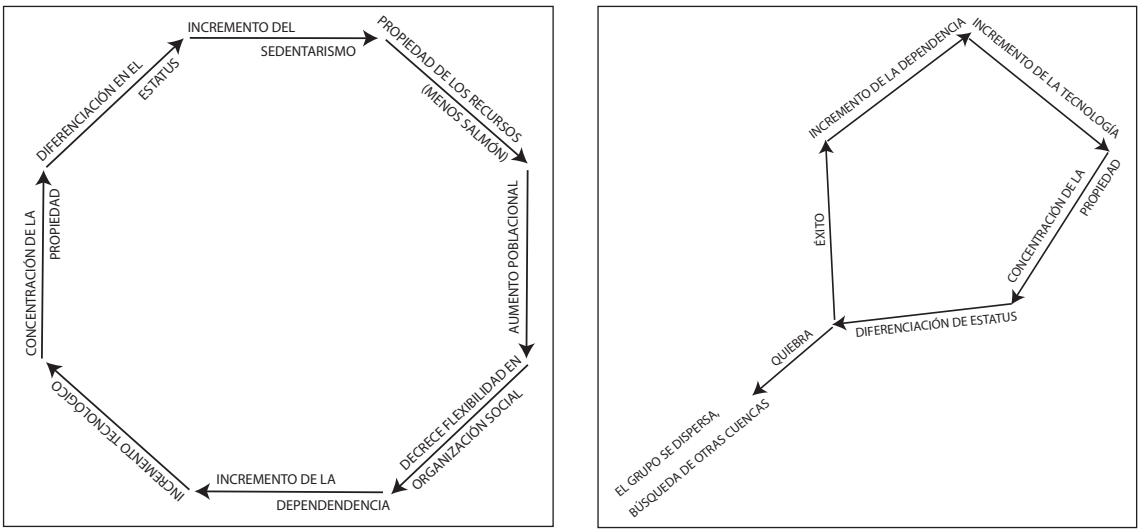


Figura 14. Esquema de las relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Matson (1983).

Erlandson y Moss (1999) para explicar la intensificación de la extracción del salmón y de los conflictos, proponen un modelo de incremento de la población, una expansión territorial desencadenada por lo cambios medioambientales del neoglacial y por un incremento del estrés social (Moss y Erlandson, 1992)

El de Coupland (Coupland, 1985, 1988; Coupland *et al*., 2001), a partir de la evidencia que recupera en los sitios del Kitselas Canyon, es probablemente el modelo no funcionalista mejor desarrollado (figura 15). Aunque el factor principal lo constituye el hecho que el mejor recurso (el salmón) está restringido y es mejor y más abundante en

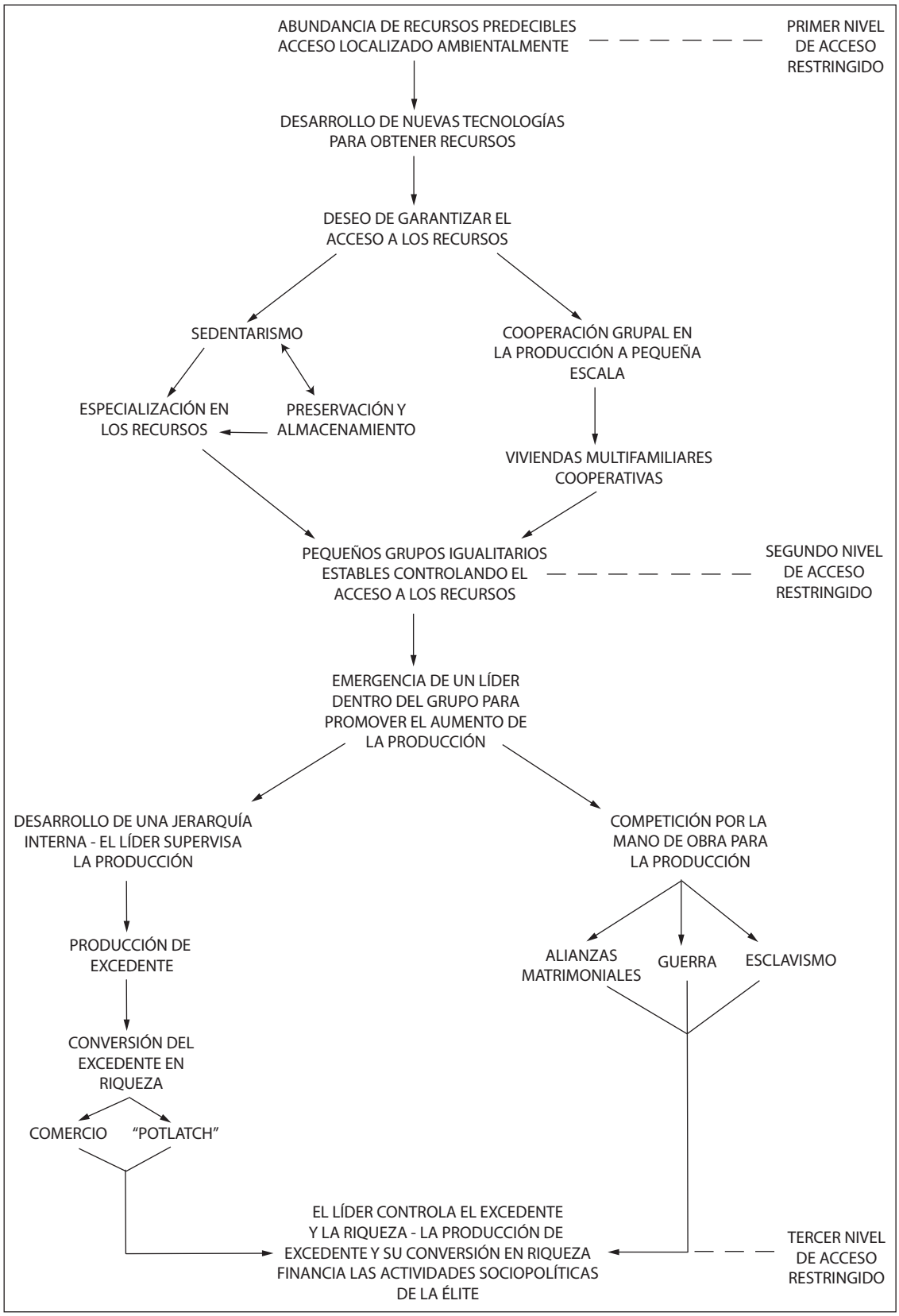


Figura 15. Esquema de las relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Coupland (1988).

las entradas de río que río arriba, establece la teoría de la amplificación y del rango social como derivado de ella. Todo empezaría con un control del acceso a los recursos progresivamente más estricto y restringido a una élite de individuos cada vez más reducida: para ello se forman grupos corporativos (*corporate egalitarian groups*) en el seno de linajes en principio igualitarios y de *households* extendidas como la unidad de producción básica.

A partir de ahí se fueron desarrollando grupos corporativos jerarquizados (*corporate ranked groups*) que empezarían más o menos hacia el 2.500AP en toda la zonas. Así, defiende que la intensificación precedió a la desigualdad y que la desigualdad coincide con el uso de la fuerza coercitiva. Se incrementaría la explotación de recursos locales y esto dio oportunidad a las élites sociales aspirantes de consolidar su posición. Con el sistema de matrimonios consiguen fuerzas complementarias para mantener su posición mediante intimidación o violencia. Las guerras fueron organizadas por jefes para adquirir propiedades y cautivos que fueron esclavizados y se estimula la producción social por encima de la práctica, transformando el excedente en prestigio social. De esta manera, al menos entre *Tsimshian*, acabó existiendo un sistema de explotación de clases.

Esta explicación no dista demasiado de la que propuso Hayden (1995 y en este volumen) según la cual la desigualdad surge en definitiva porque hay individuos que se esfuerzan por controlar el excedente de los recursos en un contexto de abundancia, a través de toda una serie de estrategias de manipulación social.

Allaire (1997) marca de manera poco formalizada la importancia del comercio entre costa e interior, por parte también de individuos emprendedores, como detonante de cambios en la organización social de los pueblos del interior.

En una visión posterior de Matson y Coupland (1995) se insiste en la territorialidad como un producto emergente de la defensa de los recursos desigualmente repartidos. La propiedad de los recursos sería una consecuencia de la intensificación de la territorialidad.

MacDonald (1983) insiste en el aspecto del desarrollo ideológico (tradiciones históricas y mitológicas) como un precedente de la creación de los linajes corporativos.

Según una explicación bastante ecléctica de Ames y Maschner (1999), aunque el tipo de recursos no cambió en 10.000 años y aunque el salmón sólo es una parte de la cuestión (ya que se explotó intensivamente solo en algunas zonas concretas) hubo un cambio de organización social para la explotación de los recursos. La *household* extendida permitió homogeneizar las diferentes ofertas ambientales y desarrollar sistemas complejos de captación, produciéndose así un salto. La sedentarización y la propiedad (tipificadas en las casas grandes) llevaron a un mejor aprovechamiento de los recursos, constituyendo la base de la complejidad social. El crecimiento de la población fue un factor importante. Las casas grandes atraían a la gente porque suponen prestigio y seguridad, que se acrecienta con el almacenamiento. Existía un estrés provocado por la programación temporal de la explotación de recursos que provoca una guerra endémica, al tiempo que surge el sistema de rangos (marcado por deformaciones craneales y por tumbas tumulares singulares) del que saldrá la sociedad estratificada que, ya en nuestra Era, se extiende por la NWC.

Cannon (2000; 2003) interpreta el cambio en términos de la coyuntura y de la estructura: cuando hay una contradicción entre la percepción de la estructura (social) y una coyuntura de escasez de recursos, se desestructuran (se escinden) los grupos sociales y esto llevaría al incremento de asentamientos y por fin a cambios en la organización global.

Otros autores se desmarcan de la dependencia del salmón e insisten en una intensificación de la explotación de diferentes recursos (por ejemplo, Monks, 1987 o Butler *et al.,* 2004). Aunque en una línea similar a la de Matson, sugieren que detrás del desarrollo de la complejidad socio-política, incluyendo el rango, está el incremento de la productividad

en la explotación de los distintos tipos de recursos a través de una economía de escalas que empezaría por emplear tecnologías de captura y procesado masivos, almacenamiento, resolución de conflictos de programación temporal mediante una organización logística del trabajo, e incrementando los «habitats» explotados. El rango social sería el resultado del control del acceso a los recursos (propiedad de las trampas para pescado) y de los bienes almacenables mediante el sistema de banquetes y el comercio.

La hipótesis central de Grier (Grier, 2006a y en este volumen) es que el cambio hacia la complejidad se basa en una intensificación de la economía de amplio espectro, y que esa intensificación comportaba importantes inversiones de trabajo y manipulación de los ecosistemas marinos, costeros y terrestres (no exclusivament del salmón). Define complejidad como una diferenciación e interconexión crecientes entre las esferas económica, de relaciones sociales y de acción política.

La visión de Grier considera el desarollo de los privilegios de propiedad en función de la inversión de trabajo en las infraestructuras y medios de producción que permiten incrementar la productividad de los recursos.

Un modelo (Chatters y Prentiss, 2005) que se autodescribe como darwinista propone que lo que denomina *collector Bauplan* (del alemán «diseño o proyecto de construcción») aparece de forma repentina, al ser selectivamente más ventajoso y sustituir rápidamente los *Baupläne* diversificados anteriores de cada región (que habrían ido desde los *foragers* móviles residuales, a los *foragers seriales* de la costa e islas y hasta los *foragers* sedentarios del interior). Las ventajas selectivas habrían sido básicamente ambientales. Los cambios climáticos del Holoceno, la expansión del bosque, el incremento de precipitaciones y la regularización de los cauces de los ríos, la estacionalidad más marcada y la estabilización de la línea de costa, habrían determinado cambios en las posibilidades de recolección y en las interacciones sociales. Primero habrían provocado una disminución de la movilidad y de las interacciones sociales en poblaciones que habrían tenido dos *Baupläne* diferentes caracterizados por una movilidad residencial y de consumo inmediato, favoreciendo el surgimiento de alternativas regionales, seguido de un incremento de la población con el consiguiente crecimiento posterior de la competencia entre *Baupläne* y la extinción de alguno de ellos. Un nuevo efecto climático, el advenimiento del Neoglacial hacia 4.200 cal AP (con un máximo en 3.450 cal AP y una duración hasta 2.800 cal AP) habría provocado el colapso de las poblaciones *foragers* del interior. Este cambio habría afectado algo más tarde a las poblaciones de la costa (alrededor del Golfo de Georgia) que habrían adoptado (en la fase Locarno Beach) el modelo de conservación de salmón que ya habría existido más al Norte (por ejemplo, en Namu). Este modelo (serían los precedentes de la gente *salish*) se habría expandido hacia el interior por el río Fraser y después habría sido copiado también por la gente del río Snake al Sur.

En principio hay posiciones divergentes en cuanto a la cronología de estos procesos: por un lado están quienes ven en la NWC una población descendiente de gentes pleistocenas originales que se habrían desplazado desde Alaska (Carlson y Hobler, 1993) y que ya estarían previamente adaptadas a la explotación de los mismos recursos hace más de 9.000 años (como demostraría el yacimiento de Namu). Esta posición implica un cierto estancamiento desde aquel momento y una sostenibilidad del sistema con almacenamiento desde hace más de 7.000 años y desigualdades documentadas ya, hacia el 4.000AP, en el cementerio de Blue Jacket (Carlson, 1996). Los diferentes rasgos secundarios se habrían ido desarrollando a partir de ese momento.

Para otros se trata de un complejo mosaico de relaciones con unos tiempos irregulares y con saltos (Ames, 1991). Finalmente hay quienes (Matson y Coupland, 1995; MacDo-

nald y Cybulski, 2001) señalan que habría sido un proceso de adaptación relativamente reciente (fase Marpole hace 2.500 años), en el 100 AD (Archer, 2001) o bien en el 500 AD (Maschner, 1991).

Se siguen utilizando esquemas cronoculturales e insistiendo en fijar el inicio de los distintos rasgos que se aceptan como definitorios del patrón de la NWC. Unos autores utilizan una división en tres periodos, un Arcaico, un Pacífico (subdividido a su vez en inferior, medio y superior) y un Moderno, e intentan establecer las correspondencias regionales (costa norte, central, oeste y sur) (Ames y Maschner, 1999); otros insisten en las dinámicas y fases cronoculturales locales (Matson y Coupland, 1995) siguiendo el proceso desde el primer poblamiento, la emergencia de las culturas regionales distintivas, el origen de la complejidad, su desarrollo y continuación.

Las diferentes subdivisiones cronoculturales no siempre son compatibles. Así por ejemplo el periodo «Pacífico medio» abarcaría desde el *Old Cordilleran,* el *Charles* y el *St. Mungo* de Matson para el Golfo de Georgia. Decir entonces que los bezotes de piedra —inserciones labiales que se interpretan frecuentemente como la evidencia de diferenciación social— comienzan en el «Pacífico inferior» podría hacer pensar que ya existen a partir del 6.300AP, cuando en realidad es más probable que se comenzaran a usar normalmente en el 3.500AP, al final del *St. Mungo*.

Unos autores tenderán a remontar el patrón NWC como un paquete entero hasta hace más de 4.000AP al principio del periodo «Pacífico medio». Para otros el patrón básico se habría instalado del todo sólo desde 2.500AP, y finalmente para otros se habría desarrollado poco a poco surgiendo los diferentes elementos en distintos lugares y no se habría completado hasta avanzada nuestra Era. La mayoría, sin embargo, opina que hay continuidad de la población aunque con cambios o con alguna incorporación de gente venida del interior en algún momento concreto (por ejemplo, en el periodo Marpole en el bajo Fraser).

Reflexión: estado de la contrastación arqueológica del «Patrón NWC»

Es importante señalar, creemos, que los mismos datos arqueológicos pueden, y son, usados como test positivos para diferentes teorías, porque además de una divergencia de enfoques teóricos existen problemas tafonómicos y técnicos sobre cuya resolución no hay todavía suficiente consenso.

Sutherland (2001) realizaba un repaso demoledor a muchas inferencias arqueológicas que se han realizado en la NWC, demostrando que ciertos elementos que se utilizan para «demostrar» la complejidad están también presentes en el grupo inuit Unuvialuit del Ártico canadiense, que siempre se ha considerado como una sociedad igualitaria. Esa demostración de la equifinalidad del registro empleado es un problema todavía no completamente resuelto en algunos aspectos clave de las interpretaciones.

Uno de los pilares de las explicaciones es la sobreabundancia estacional del salmón. Según Ames y Maschner (1999) no existe unanimidad sobre cuándo empieza su captura intensiva. Según algunos autores la evidencia de Five Mile Rapids (excavado en 1952 por Luther Cressman de la University of Oregon y con una datación de 9.800AP), donde había miles de restos de salmón de aportación humana, demostraría que esa especialización ya existía desde casi el principio de la ocupación. Para otros, como Carlson, habría pesca especializada desde los niveles bajos de Namu hace 5000 años, aunque eso podría atribuirse a que hay pocos sitios anteriores a esas fechas. Coherentemente se espera que con

la pesca del salmón haya venido todo el *pack* entero (casas largas, desigualdad...) desde el comienzo.

Las pruebas de isótopos en restos humanos no son concluyentes tampoco, siempre hay *outsiders* que se escapan de los valores normales: los restos de esqueletos estudiados demostrarían una dieta predominantemente marina; aunque un esqueleto de hace 8.000 años mostraba poca ingesta de pescado, en cambio los individuos analizados de menos de 5.000 años demuestran una ingesta de casi el 90 por ciento de pescado.
En la reflexión sobre este tema hay que considerar también que una cosa es el consumo masivo de un recurso que se concentra en un momento concreto, y otra es una especialización en una explotación intensiva de ese recurso que incluiría su consumo diferido. En todo caso las pruebas (basadas en la tafonomía y la representación de las partes del esqueleto) de la conservación del salmón antes del 3.500AP no son definitivas.

Junto a esta discusión ictiofaunística está el problema del contexto arqueológico que cabría esperar de una explotación intensiva de la pesca: los dispositivos de pesca masiva y el almacenamiento con casas semisedentarias. Las primeras posibles trampas de estacas preservadas están fechadas entre 5.300 y 4.420 cal AP, pero una interpretación más segura las situaría hacia los 3.500 años AP (Moss *et al.*, 1990; Moss y Erlandson, 1998; Eldridge y Acheson, 1992).

Pero también hay muchos sitios que no presentan estrictamente hablando una economía basada en salmón (Butler y Campbell, 2004), incluso en sitios como Little Qualicum River (DiSc1) en la isla de Vancouver con dataciones relativamente recientes posteriores al 900AD y donde por número de restos domina la ictiofauna pero por peso son los mamíferos los que aportaron más biomasa (Bernick, 1983).

Otra de las cuestiones clave más controvertidas es cómo se infiere el estatus social. Se han utilizado como indicador fundamental las diferencias entre los ajuares de las tumbas (Burley y Knüsel, 1989), utilizando criterios bastante variables y otros que incluso sabemos que han cambiado su sentido; así se ha dicho que los bezotes marcarían estatus (Cybulski *et al.*, 1992), pero éstos se encuentran al principio en esqueletos masculinos y femeninos en toda la costa y en cambio sólo en mujeres de la zona norte a partir del 500AD.

También se han tomado como atributo de riqueza dos cabezas de perro halladas como ajuar funerario en dos tumbas masculinas. El hecho de encontrar menos mujeres que hombres en los contextos funerarios se ha tomado como posible indicio de la existencia de esclavas (que por serlo no se habrían enterrado como el resto de los habitantes de pleno derecho). En otros casos se ha tomado la presencia de ocre en las tumbas como señal de estatus.

Con esos datos se podría llegar a la conclusión de la diferenciación social, pero es una evidencia como mínimo ambigua y si no tuviéramos el referente etnográfico sería insuficiente. Los enterramientos fueguinos que hemos encontrado (ver también Piana *et al.*, 2006) muestran una serie de prácticas funerarias muy variables, que sólo demuestran que lo único importante era que la persona difunta (probablemente con la excepción de neonatos) recibía una atención especial por parte de los vivos (Vila *et al.*, 2006). Los hay con y sin ajuar, con instrumentos, con adornos, con materia prima para producir puntas, enterrados en conchero, en aleros, en turberas... aislados y en grupo. De interpretar con los mismos parámetros que en la NWC deberíamos haber llegado también a la conclusión que era una sociedad de rango.

Ya en épocas más recientes la práctica del enterramiento de sólo ciertos individuos en túmulos, a veces con algún elemento de ajuar personal hecho en cobre, podría estar marcando diferencias de estatus.

El régimen de esclavitud es dificil de determinar arqueológicamente. Se ha inducido que tal vez habría mujeres esclavas por su ausencia en cementerios, también por cráneos decapitados y escalpados: se habría matado un cautivo al que se ha tenido como esclavo (Cybulski *et al.*, 1992). De nuevo esa evidencia es ambigua ya que podría ser un enemigo muerto en batalla o una persona de alto rango del mismo poblado que es decapitada al morir para venerarla.

Finalmente, como hemos comentado arriba, a partir de excavaciones más extensivas o de muestreos de casas grandes, se ha intentado analizar la distribución espacial de los residuos de consumo en ellas para demostrar posibles variaciones internas que pudieran atribuirse a diferencias sociales.

Desde mediados de los noventa hay publicaciones que recogen resultados de estudios de disciplinas auxiliares y se intenta buscar elementos para contrastar algunas de las hipótesis sobre los procesos sociales formuladas o se matizan esas hipótesis. Trabajos fundamentales son los desarrollados en los yacimientos de Hoko River, publicados en varios interesantes volúmenes (Croes, 1995; Wigen y Stucki, 1988; Croes, 2005), que incluyen análisis bioarqueológicos, tafonómicos, de huellas de uso y, especialmente destacable, la formulación del modelo de dinámica económica.

Desde el punto de vista teórico se incide en revisar los postulados adaptativos macroeconómicos como explicación o en ver cómo se combinan estas explicaciones con otras motivaciones micro-económicas o ideológicas.

De todas maneras, como ya anunciaba Carlson (1983, 2003b) en la actualidad la Arqueología (como en otras partes, por ejemplo en nuestro país) o mejor dicho los fondos para trabajar en Arqueología están básicamente destinados a unos trabajos llamados de rescate, que luego pueden generar otros de gestión de lo obtenido, y así la investigación (pre)-histórica programada ha quedado relegada.

Coherentemente con esta tendencia uno de los temas que empiezan a centrar explicitamente la actuación arqueológica es la colaboración con las comunidades indígenas. Se intenta desarrollar y establecer un tipo de relación mucho más bidireccional que hasta ahora entre la gente académica y los descendientes de las comunidades nativas (Andrew Martindale de la UBC, George Nicholas de la SFU,... ver también Grier y Moss en este volumen).

Conclusiones

Como consecuencia de las excavaciones arqueológicas de todos estos años podríamos decir que existe un muestreo que dividió la costa en tres áreas geográficas: costa norte, central y sur (estado de Washington hasta la cuenca de San Jorge). En las norte y central, correspondientes a BC, se centró el trabajo en áreas concretas: las islas mayores del Golfo de Georgia, el bajo Fraser, la costa alrededor de la desembocadura y el cañón del Skeena, Bella Coola, Haida gwai. Quedan aún por conocer enormes extensiones, áreas intermedias entre aquellas más trabajadas.

En el estado actual de la investigación no se puede afirmar que exista una correlación entre un conjunto discreto de elementos arqueológicos que pueda hacerse corresponder con presuntas agrupaciones étnicas concretas aunque se han realizado ensayos intuitivos

de vincular conjuntos arqueológicos con las presuntas agrupaciones etnográficas (Carlson, 1996), y hasta cluster análisis y clasificaciones en base a métrica multidimensional para generar agrupaciones de base estadística. Algunos interesantes análisis estilísticos en base a elementos muy perecederos como sombreros y anzuelos han dado resultados divergentes, demostrando la dificultad de querer documentar una realidad etnográfica básicamente lingüística a través de un análisis distributivo de elementos arqueológicos. En algún caso se ha llegado a la conclusión de que existe una plétora de variaciones, algunas de las cuales se relacionan con factores ambientales, ecológico-culturales, otras con diferencias étnicas y otras muchas poco comprendidas (Matson y Coupland, 1995: 298).

Como hemos dicho, mucho esfuerzo se ha concentrado en detectar cuándo aparecen las primeras manifestaciones de los elementos definitorios del patrón NWC. Por un lado parece como si la Arqueología buscase una documentación sobre el «desde cuándo» se puede rastrear a los pobladores de época etnográfica, pero por otro lado se han escogido sólo unos determinados rasgos, tal vez los que más nos han llamado la atención por ser los que divergían más de los esperables entre gentes cazadoras-recolectoras.

La Arqueología, dada la aceptación acrítica general de sus limitaciones explicativas, es en todas partes deudora de la Etnografía. Este cuestionable (Vila, 1998, 2006; Vila *et al.*, 2007; Estévez, 1996) rasgo casi intrínseco es en la NWC un lastre muy poderoso como hemos ido viendo. Para nosotros esta dependencia no debería ser necesaria. Y debemos cambiarla desde la Arqueología en favor de otro tipo de relación más dialéctica.

Creemos que la NWC es uno de los pocos lugares en el mundo donde podría darse un paso importante para la ciencia arqueológica dada la información etnográfica existente ya comentada y la potencialidad arqueológica aún no agotada en absoluto (como dice Matson en este volumen sólo llevan 50 años de Arqueología, y concentrada en muy pocos lugares). La complementariedad como contrarios de la Etnografía y la Arqueología ofrece a esta última una oportunidad única para avanzar hacia una ciencia completa, experimentando instrumental y conceptualmente para conseguir no depender de la analogía actualística y poder entender y explicar la historia desde sus inicios.

La propuesta etnoarqueológica que empezamos en TdF podría también aquí ser puesta en marcha con ese mismo objetivo.

Los orígenes de la cultura de la Costa Noroeste

R.G. Matson

Mirando hacia atrás a lo largo del tiempo en el que he estado investigando cómo se había originado el singular patrón etnográfico en la cultura de la NWC, me he apercibido que nuestra comprensión actual está basada en cinco aportaciones clave. El patrón de la NWC basado en la caza, la recolección y la pesca incluye una sociedad socialmente estratificada, grandes poblados de invierno, una elaborada tradición artística y grandes casas multifamiliares, todo ello poco usual para cazadores-recolectores.

Una de las primeras claves es la forma de entender la tan citada sociedad «opulenta original» tal como se presentó en *Man the Hunter* (Lee y De Vore, 1968), que fue completada por la importante contribución de Brian Hayden (1981). Una segunda contribución ha sido la perspectiva que aportó el concepto del «forrajeo óptimo» combinada con una concepción más tradicional de la adaptación ecológica, que juntas explican porqué el salmón no adquirió la importancia que tuvo en la época etnográfica hasta etapas relativamente recientes de la secuencia. Un tercer bloque de esa construcción combina la perspectiva proporcionada por Binford (1980a) en su famosa distinción entre *collectors* frente a *foragers* con el énfasis en el almacenamiento aportado por Schalk (1977), y la capacidad de demostrar la existencia de un almacenamiento de salmón, tal como pudo hacer por primera vez Boehm (1973), y que funciona bajo cualquier tipo de circunstancias como demostró Butler (1990; 1993). Una cuarta contribución es la importancia del salmón, que aunque muy antigua, sólo fue demostrada de manera concreta recientemente por Donald y Mitchell (1975) y Duff (1965). El cómo el almacenamiento del salmón pudo llevar a las diferencias hereditarias en los medios de vida es la quinta piedra angular. Esto puede verse como un subconjunto especial derivado del razonamiento económico defendido por Dyson-Hudson y Smith (1978) o, tal como yo lo presenté: «la propiedad privada de recursos surge cuando el recurso es importante, seguro y localizado y la sociedad es relativamente sedentaria» (Matson, 1983: 138). La importante contribución final es el establecimiento de cómo todas estas cosas interactúan, un enfoque sistémico, una cuestión en la que yo trabajé (Matson, 1983; Matson, 1985; Wood y Matson, 1973), pero que quizás ha sido mejor presentada por Croes y Hackenberger (1988) en tanto fueron capaces de demostrar la importancia del almacenamiento del salmón mediante una modelización económica.

Antes de pasar a detallar la contribución de cada uno de estos campos a nuestro conocimiento, es obligado realizar un comentario teleológico. Cuando uno mira algo de esta manera, desde unos orígenes sencillos a una marcada complejidad, truncada en este caso por el contacto europeo, puede ser acusado de teleológico, esto es, de verlo todo como conducente a un solo resultado posible, ignorando otras posibilidades igualmente probables. Tratando de evitar esta manera de pensar, apuntaré que la evidencia indica que esta

secuencia de desarrollo no fue una progresión lineal. Pero al fin y al cabo, el registro nos revela lo que sucedió, cómo y por qué, y tratamos de entender ese registro en términos de procesos y no de finalidades.

Contribuciones

Contemplando las distintas contribuciones, se puede ver que todas ellas comparten un materialismo básico y eso es todo lo que se necesita para explicar este desarrollo largo, relativamente lento y sinuoso. Esta evolución no puede comprenderse sin esos procesos materiales. Entre las perspectivas materialistas, ninguna es más importante ni ha cambiado tanto como la demografía. Cuando comencé como estudiante en 1962, el tema dominante para CR era que su vida era peligrosa, ruda y corta. Incluso leyendo a personas tales como Julian Steward (1955) —lo cual no creo haber hecho como estudiante— uno quedaba sorprendido por cierta rudeza de la vida y cómo ésta dependía de la generosidad de una naturaleza voluble, siempre bajo la amenaza potencial del hambre. En aquel momento, Richard Lee (1965) estaba haciendo su trabajo de campo para la tesis doctoral en Sudáfrica utilizando su análisis *input/output* para demostrar los relativamente bajos niveles de trabajo necesarios para obtener las calorías que uno necesitaba diariamente. En *Man the Hunter* (Lee y Devore, 1968) un cierto número de investigadores insistieron sobre este tema y aportaron resultados similares, dando lugar a la famosa declaración de Sahlins, llamando a la forma de vida de los CR la «sociedad opulenta original» (Sahlins, 1968a: 85). Aunque no todos estaban convencidos de que el modo de vida de los CR fuese tan edénico (Steward, 1968: 325), este modelo se convirtió rápidamente en un lugar común. Con la contribución de Suttles al volumen *Man the Hunter, Coping with abundance: Subsistence on the Northwest Coast* (Suttles, 1968), la Costa Noroeste fue un miembro fundador de estas sociedades.

En tal escenario, las características poco usuales de la Costa Noroeste, casas grandes, poblados de invierno y estratificación social, se transformaron en «elecciones» culturales supuestamente al alcance de CR en cualquier parte. Sin embargo, este punto de vista fue modificado rápidamente por los mismos investigadores Lee y DeVore (1976) responsables en gran medida de su surgimiento. Truswell y Hansen (1976: 189-191), en su contribución al volumen de Lee y Devore, presentaron el estudio sobre el estado nutricional de los San, quienes para casi todos los estándares estaban muy delgados, demostraban que estaban bajo tensión nutricional durante los tres meses de sequía, incluyendo pérdidas de peso, y según se cita en la intervención de Marshall (1968: 94) tenían verdadera ansiedad por la comida. Opulentos, quizás en horas de trabajo por día pero ni gordos ni sin ansiedad por el alimento, tales eran los San, CR con muchas ventajas que no encontramos en la mayoría de estos grupos. Ni para los San, ni para la mayoría de otros CR era posible alcanzar una gran densidad de población o constituir grupos muy grandes. Esto demostraba la rareza de los grupos que sí tenían esas características, como algunos en California y en los de la NWC.

Revisando el conocimiento convencional de finales de los años setenta sobre CR, se pueden encontrar cosas como ésta: opulencia, en cuanto a que en la mayoría de los días se empleaban pocas horas para obtener alimento, aunque cuando se añadía el tiempo necesario para el procesado el panorama ya no parecía tan halagüeño. Aun cuando había alimento suficiente en la mayoría de las estaciones del año, había momentos en que la cantidad o calidad de los alimentos era insuficiente.

Si esto era un año normal, ¿qué sucedía en un año en que ocasionalmente el recurso vegetal o animal principal era claramente deficiente?. Entonces, la estación baja podía ser en efecto muy difícil de superar, los miembros más ancianos o los muy jóvenes podían morir, con todo el mundo invirtiendo muchas horas en un trabajo con poco rédito. Y es que el punto de vista pre-*Man the Hunter,* mostrando las desventajas de la manera de vivir de cazadores-recolectores tenía un fundamento de razón. Había límites demográficos reales en el modo de vida corriente de los cazadores-recolectores, vidas de relativo ocio, normalmente con gran igualdad, pero limitados en cuanto al tamaño del grupo y densidad de población y en posibilidades de permanencia en un mismo lugar.

En tal escenario, Brian Hayden (1981) ha presentado una explicación muy creíble de cómo podrían haberse producido los cambios en la subsistencia. Como adulto, uno podía saber que estos periodos estacionales bajos podían ocurrir y que eran una amenaza para sus propios hijos y progenitores. Por ello uno estaría buscando maneras de obtener alimento adicional para hacer frente a estos acontecimientos ocasionales. ¿Pero, por qué no mantener la población por debajo del nivel en que esos acontecimientos pudiesen afectarla? Otro de los lugares comunes en *Man the Hunter* era que las sociedades de cazadores-recolectores podían hacerlo. Sin embargo Birdsell (1968: 239) sugería que para ello sería necesaria una tasa de infanticidios del 15-50 por ciento, pero ya en la discusión que acompaña a la publicación del trabajo hay autores (Birdsell, Woodburn y Tumbull) que dudaban de que la densidad de población estuviese limitada por factores económicos. La mención del infanticidio de Birdsell incidía en el coste del control de población. Como Hayden (1981) señaló, todas las medidas de control de la población tienen costes y las mujeres tratarían de evitarlos. Citando sus propias palabras, es cuestión de decidir entre «el coste de sufrimiento físico *cada tantos años* y el coste de mantener el control de población» (Hayden, 1981: 522).

Por lo tanto, la presión para conseguir fuentes adicionales de alimento está siempre presente. Y una vez se consigue añadir una fuente suplementaria de alimentación, la población se incrementa hasta el punto de que se vuelve a la situación de privaciones potenciales. Hayden sostiene que la «Investigación y Desarrollo» es un proceso continuo, la búsqueda de calorías adicionales está siempre en marcha.

En Norteamérica

En Norteamérica este proceso comienza en un escenario bien conocido. Más allá del debate del poblamiento *Clovis* o *Pre-Clovis* de las Américas, está claro que el escenario inicial fue el de la caza mayor, de cazadores descendientes de los del Paleolítico Superior, los grupos paleoindios. Aunque hace tiempo que ha sido aceptado, el interés focalizado sobre los grandes mamíferos terrestres no fue comprendido del todo. De forma similar, está claro que esta adaptación paleoindia fue seguida por el *Arcaico* cuya focalización incluía animales pequeños y plantas, muchos de los cuales sólo se encuentran en nichos limitados, en lugar de las grandes extensiones de tierras relacionadas con la caza mayor.

Probablemente más implícita que explícitamente, se convino que una razón para este cambio fue el que permitía una mayor densidad de población, explicación que yo creo todavía es válida. Ahora pienso, gracias a Hayden, que el proceso para que esto ocurra se puede entender mejor especialmente cuando se compara con la confusión de las explicaciones sobre «crecimiento de la población» de los años setenta. Gracias a unos 25 años de Ecología del comportamiento humano y más especialmente al forrajeo óptimo, conocemos mucho mejor las razones y los procesos por los cuales se produjo la substitución de «paquetes» alimentarios grandes por otros más pequeños y menos ricos.

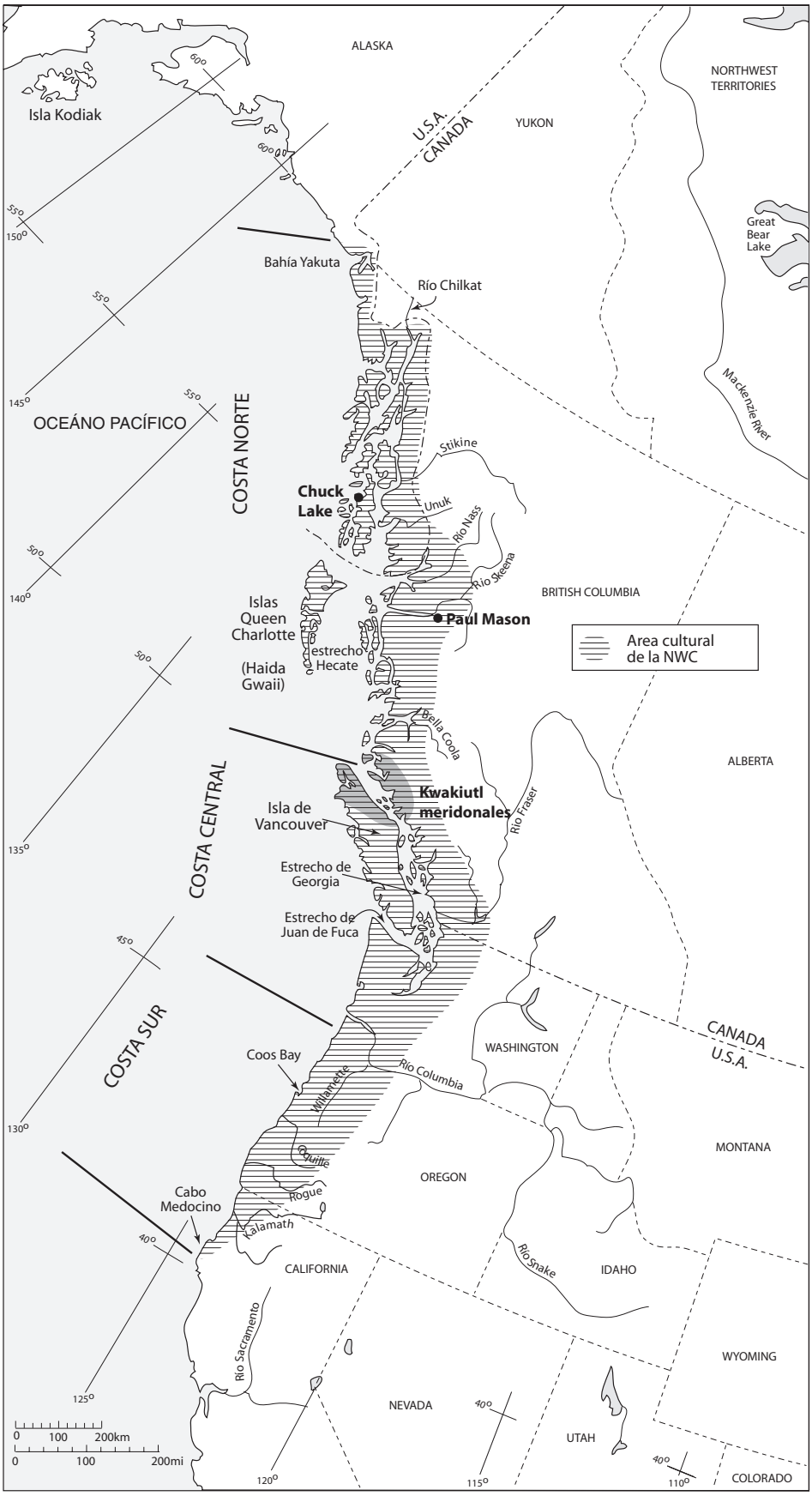


Figura 16. La Costa Noroeste y yacimientos seleccionados.

Desde esta perspectiva, al principio habría habido «paquetes» grandes y muy ricos, por ejemplo grandes mamíferos terrestres. Mientras éstos hayan sido abundantes —en relación con la densidad de la población humana— cazarlos habría sido el medio más económico y eficaz de buscarse la vida. El forrajeo óptimo también señala que aunque se estuviera centrado en esos grandes «paquetes», también se pudieron obtener, al mismo tiempo, otros de rango menor. A medida que se va bajando en el rango de los recursos se llega a los más pequeños, cada vez menos deseables, acabando en la NWC con pequeños peces tales como arenques.

El forrajeo óptimo explica, aparentemente, dos aspectos que han confundido durante mucho tiempo a la arqueología de la NWC. Uno es la idea largamente mantenida, que se remonta a Kroeber (1939b), de que la adaptación de la NWC. era una evolución desde el interior, hacia la costa oceánica y hasta el pelágico, una idea que tendría su epítome en la gente Haida del Haida Gwaii como ejemplo para toda la NWC (figura 16). Dejando aparte los aspectos teleológicos de tal explicación, ésta parece condenar a las culturas de tierra adentro a un papel secundario, algo que ahora reconocemos que no es el caso. El forrajeo óptimo dirige el enfoque hacia la naturaleza de los recursos, más que hacia el lugar donde son obtenidos, una idea más de acuerdo con el registro arqueológico actual.

La segunda confusión tiene que ver con la aparición de adaptaciones muy antiguas, aunque aparentemente muy modernas. El yacimiento de *Chuck Lake*, un conchero pequeño (de no más de 30 centímetros de grosor) datado de entre 7.000 y 8.000AP (Ackerman, 1989; Ackerman *et al.*, 1985, 1989), había sido considerado indicativo de las adaptaciones propias de los últimos 3.500 años (figura 16). De igual forma que la presencia de salmón en el yacimiento hallado junto a la envasadora *Glenrose* a orillas del río Fraser (Matson, 1976, 1981, 1996b) o en *The Dalles* (Oregón) (Butler, 1993; Cressman *et al.*, 1960) no es evidencia de la antigüedad de una «economía basada en el almacenamiento del salmón» sino de un uso a corto plazo de un recurso abundante localmente, dentro de una adaptación centrada en los grandes animales (figura 17).

Los CR, como ha demostrado el trabajo hecho por Lee y DeVore (1976) y sus colaboradores, son buenos conocedores de la historia natural. La gente que vivía en la NWC conocía el salmón y los moluscos y los usaron ocasionalmente como recursos mucho antes de acabar basándose en ellos. El forrajeo óptimo nos muestra cómo calcular las ventajas, en cuanto al coste, de no depender de presas de rango inferior. Las investigaciones más recientes en un yacimiento de esta cronología (figura 17) *Saltery Bay* (Pegg *et al.*, 2007) han confirmado la dependencia de animales grandes, habitualmente terrestres, como parecía evidenciarse ya hace tiempo en *Glenrose*. El yacimiento en *Bear Cove* (Carlson, 1979; 2003a), un sitio similar al de *Glenrose* (cerca de la desembocadura del Fraser) en muchos aspectos (figura 17), incluyendo artefactos muy similares, presenta en cambio un énfasis en mamíferos marinos (marsopa) y en algunos peces pelágicos (fam. *Scorpaenidae*) que contrasta con la fauna de *Glenrose*. Sin embargo se puede decir que en ambos casos existió una adaptación centrada básicamente en la caza de grandes mamíferos. El ciervo canadiense (*wapiti*) que no existe en el norte de la isla de Vancouver ha sido sustituido por la marsopa, que a su vez no está disponible en la desembocadura del Fraser, en cuyo asentamiento abundan el salmón y la platija estrellada (*Platichthys stellatus)* en los niveles con ocupación de primavera. Las canoas deben haber sido un elemento presente en el equipamiento paleoindio y su uso para conseguir marsopas y peces de profundidad en las protegidas aguas del norte de la isla de Vancouver no debería haber sido una sorpresa, aunque lo fue.

El forrajeo óptimo puede combinarse con las antiguas ideas ecológicas a fin de conseguir una mejor comprensión del proceso de cambio del «Paleoindio al Arcaico». Ob-

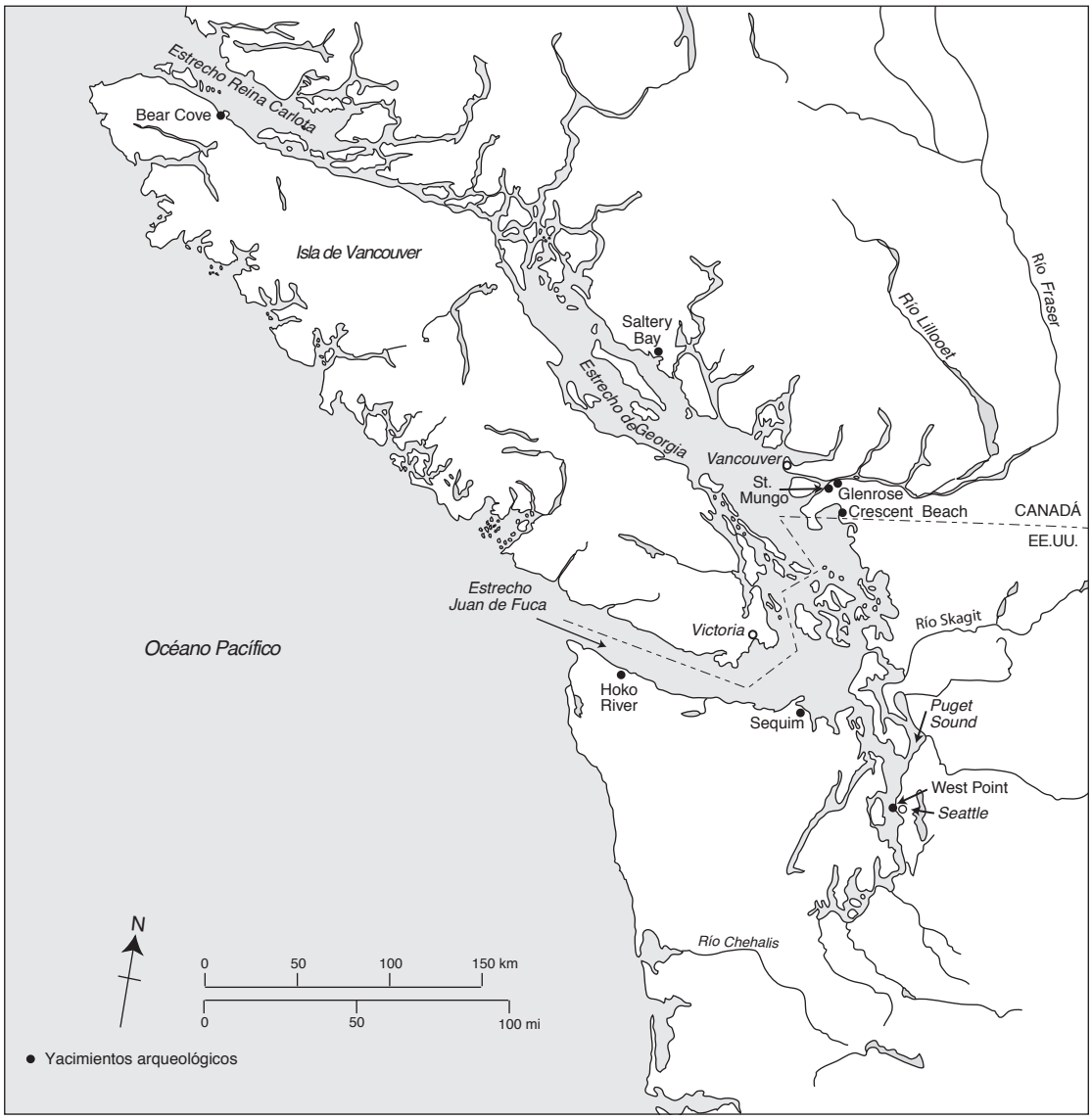


Figura 17. Sitios mencionados en la costa central de la Costa Noroeste.

servando tanto las descripciones etnográficas de CR de Norteamérica como los registros arqueológicos, se observa que la extensión geográfica de las unidades culturales depende de la variabilidad ambiental. Así, el bosque boreal canadiense junto con los de Alaska, contienen solamente dos unidades culturales claras, los Atapascanos y los Algonquinos, mientras que en California está llena de grupos diferentes, reflejando el tamaño relativo y la diversidad de las unidades ambientales. Como las presiones, que tan elocuentemente ha ilustrado Hayden, actúan sobre los grupos en un mismo entorno, o hábitat, los recursos explotados en ese entorno corresponden a un rango similar. Cuando se produce un cambio hacia recursos de rango inferior este se extiende por todo el hábitat, especialmente las innovaciones en los «sistemas de obtención de recursos» (Flannery, 1968) son rápidamente aprendidas por toda la zona.

Podemos ver ahora por qué la NWC es una unidad. A diferencia de lo que ocurre en el bosque boreal, en la NWC hay muchas unidades lingüísticas, pero la similitud del entorno y las presiones demográficas han producido culturas similares. Esto no es solamente una

validación del famoso modelo de Leslie White (1959), en el que la tecnología determina ampliamente lo social, que a su vez determina lo ideológico (aunque White admite importantes lazos de retroalimentación), sino también del modelo stewardiano, más concreto, de Ecología cultural (Steward, 1955). Sin embargo la NWC incluye una gran variabilidad en sus ambientes y culturas. Esto quizás puede explicar su desarrollo algo desigual, al menos tal como lo entendemos, con diferencias en las adaptaciones, que diferencias ambientales pueden efectivamente haber hecho más o menos importantes. En el primer periodo bien conocido, entre hace 8.000 y 6.000 o 5.000AP, hay solo dos culturas bien conocidas (Carlson y Dalla Bona, 1996): la «Tradición de microlaminillas de la Costa Norte» (*North Coast Microblade tradition*) y la de más al sur *Old Cordilleran* o Complejo de cantos tallados (*Pebble Tool Complex*). La focalización en grandes mamíferos, principalmente terrestres, es la misma en toda la zona. En el periodo siguiente, 5.000-3.500AP, ya hay por lo menos una docena de culturas diferentes, incluso aunque existan extensas zonas arqueológicamente desconocidas para este periodo. Pero después de este periodo, la diversidad arqueológica es más reducida, indicando que la variación en términos de adaptación es menor. Estas diferentes tendencias las explicaremos parcialmente en las secciones siguientes.

Hasta ahora mi descripción, hablando estrictamente desde el punto de vista arqueológico, no parece haber contribuido mucho a nuestro conocimiento. A continuación trataré de conceptos fundamentales producidos por dos arqueólogos. Me refiero a la distinción de Binford (1980) entre *collectors* y *foragers* y al enfoque de Schalk (alumno de Binford) sobre la importancia del almacenamiento (Schalk, 1977). Estas ideas tenían una utilidad conceptual, pero la contribución de Sheila Gay Calvert Boehm (1973) al descubrir una manera por la cual puede determinarse el almacenamiento de salmón y la exhaustiva investigación de Virginia Butler (1990, 1993) sobre este proceso, las han hecho operativas.

Binford (1980) diferenció como todo el mundo sabe a *collectors* que tenían movilidad logística, que trasladaban los recursos al lugar de residencia, de *foragers* quienes decidían sobre el terreno mover a los consumidores hacia los recursos. Se esperaba que *collectors* produjesen distintos tipos de asentamientos: campamentos bases residenciales y campamentos provisionales, cazaderos, escondites y localizaciones (*locations*) mientras que de *foragers* se esperaba que produjesen solamente campamentos bases residenciales y localizaciones. Yo pienso que debe ser casualidad el que ese contraste pueda reducirse a que *foragers* produzcan «campamentos base» y *collectors*, que tenían movilidad logística, produzcan «campamentos» base y además una variedad de lugares de actividades especializadas (*L.A.S.*), utilizando la primitiva terminología de Binford (Binford y Binford, 1966). Las «localizaciones» se definen como «lugares donde se realizan exclusivamente tareas extractivas» (Binford, 1980: 9). Las «localizaciones» en los dos tipo diferentes de estrategias difieren en cuanto a que en las de *foragers* se producen solamente pequeñas cantidades de recursos en cada episodio ya que el almacenamiento es inusual entre ellos, mientras en *collectors*, que practican el almacenamiento, se pueden obtener grandes cantidades de recursos lo cual se traduce a su vez en una mayor producción de registro arqueológico. Binford utiliza los grupos esquimales del interior como un ejemplo de grupo tendente al modelo del *collector* y a los San como uno tendente al modelo *foragers*.

La Costa Noroeste

La adaptación de la NWC en los tiempos de contacto europeo es un modelo *collector* arquetípico, con movilidad logística, utilizando sus embarcaciones y llevando grandes cantidades de salmón a sus poblados de invierno para almacenarlo, con una amplia variedad de lugares, incluyendo «localizaciones» donde se obtenían grandes cantidades de salmón. El tipo de pesquería con redes fijas *reef-net* de Suttles (1951) puede ser el ejemplo tipo, con su tecnología muy sofisticada para extracción masiva y un complejo lugar para el procesamiento a gran escala sobre la costa, ocupado estacionalmente. Así pues los modelos de Binford permiten situar la adaptación de la NWC en un contexto amplio y generar una serie de expectativas arqueológicas.

Schalk (1977) se centra en la importancia del almacenamiento. *Glenrose* y *The Dalles* demuestran que desde antiguo se conocía la posibilidad de obtener grandes cantidades de salmón en ciertos lugares de la NWC. Como dice este autor esto pone en evidencia que antes del almacenamiento el salmón no era muy importante aunque indudablemente fue un recurso estacional importante en muchos lugares a lo largo de la NWC. Esto explica por qué durante 5.500 o más años tenemos yacimientos con salmón, pero sin los otros aspectos que hacen de la NWC única y diferente entre los cazadores-recolectores etnográficos. El almacenamiento no solo implica una tecnología que no es precisamente simple para secar el salmón (especialmente a lo largo de la costa húmeda), de manera que sea comestible durante seis meses o más, sino que también incluye movilidad logística lo que significa estar en un lugar donde pueda procesarse el salmón y después trasladarlo a la localidad de invierno. Esa es la clave de la especial adaptación *collector* de la NWC en época etnográfica.

Estas ideas son importantes, pero hasta que no sean implementadas y probadas arqueológicamente continuarán siendo heurísticas. El análisis de Thompson (1978) puede interpretarse en términos de adaptaciones «logísticas» frente a adaptaciones «sobre el terreno». Su análisis de una serie de lugares de la costa central, básicamente a partir de los artefactos, muestra que sitios especializados sólo lo son *Locarno Beach* (3.300AP) y otros más tardíos. Gay Calvert Boehm (1973) desarrolló una manera de comprobar la existencia de almacenamiento de salmón, antes de que Schalk (1977) publicase su importante razonamiento. Lo que sostiene Gay es que en los lugares en los que el salmón había sido consumido fresco había un porcentaje bastante alto de huesos craneales, mientras que en los sitios en que el salmón era consumido después de estar almacenado la mayoría de restos eran vértebras, ya que la cabeza se quitaba durante el procesado de almacenamiento, al menos tal y como lo indican la mayoría de relatos etnográficos.

Esta técnica le sirvió para demostrar (Boehm, 1973) que aunque hubiera grandes cantidades de salmón en el yacimiento encontrado en la factoría envasadora *St. Mungo* (figura 17), durante la fase St. Mungo (4.500 a 3.500AP), no eran restos procedentes de almacenamiento. Su interpretación del yacimiento tiene gran paralelismo con lo que Binford (1980) más tarde definió como una adaptación forrajeadora. No todos (Cannon y Yang, 2006) creen que el procedimiento de Boehm funcione realmente y proponen otras explicaciones para este modelo. Pero Wigen y Stucki (1988) evidenciaron que las explicaciones alternativas a la de Boehm no eran factibles para interpretar el material procedente del yacimiento *Hoko River Rockshelter* (figura 17). Butler (1990, 1993) también investigó varios sitios arqueológicos y depósitos naturales con resultados que apoyan de forma consistente la formulación original de Boehm. Así pues, tenemos una técnica para identificar la introducción del almacenamiento de salmón que ha sido probada bajo varias

circunstancias demostrando que funciona (ver Butler, 1990; Croes, 1992; Matson, 1992; Crockford y Wigen, 1991, 2009; Steifel, 1985; Wigen, 1980; entre otros).

St. Mungo es la cultura mejor conocida del periodo que sucede al *Old Cordilleran* y aparece claramente orientada hacia un modelo de forrajeo (Matson y Coupland, 1995: 114); sólo se conocen campamentos base sin una clara estacionalidad, aunque con una amplia variedad de recursos en cada lugar. Esta orientación «pre-almacenamiento» puede considerarse como el precedente de la «economía de almacenamiento». Esta adaptación pre-almacenamiento se basa en recursos localizados a lo largo de la costa, tanto en el mar como en la tierra adyacente, siendo los peces y moluscos los recursos más importantes (con presencia de grandes concheros) pero sin el énfasis sobre salmón y almacenamiento, que encontramos inmediatamente después.

La aplicación del modelo de Binford parecería ser válida para esa transición en la NWC y sugiere una atractiva progresión lineal. Pero, si retrocedemos un poco, el patrón que se presenta es muy diferente. En el modelo de Binford (1980), él propone como ejemplo para la tendencia al modelo logístico los esquimales del interior. En la NWC lo más similar serían las primeras y bien conocidas adaptaciones llamadas *North Coast Microblade tradition* y la *Old Cordilleran*. Lo esperado era que estas primeras culturas fueran *collectors* logísticos móviles. La evidencia más antigua procedente de *Glenrose* (Matson 1976, 1981, 1996b) lo confirma. Por tanto tenemos un modelo que pasa desde una movilidad logística a forrajeo y de ahí a movilidad logística.

La tendencia evolucionista implícita en el modelo de Binford, desde un patrón de asentamiento sencillo a uno complejo, de baja a alta movilidad, no se cumple a lo largo de toda la secuencia arqueológica de la NWC. Yo sostengo que tendencias similares a la de la Costa Noroeste pueden encontrarse en gran parte de Norteamérica, dentro de la evolución del «Arcaico». ¿Cómo puede entenderse esta tendencia (la inversión y luego la reversión)? Lo primero es que hay que entender los modelos de Binford como adaptaciones no como etapas de una evolución. Son soluciones a una serie concreta de problemas, no líneas conductoras en el juego de la evolución. El motor, tal como lo presenta Hayden (1981) es un crecimiento continuo de la población (aunque hay cierto número de excepciones a corto plazo). La movilidad logística puesta en práctica por *collectors* tempranos de la NWC, era la solución para el procesado de presas de alto rango, los grandes mamíferos, y para el periodo invernal pobre en recursos la solución era los grandes mamíferos, alimento almacenado «en pie». Tal solución limita la población a un factor basado en el tamaño de los rebaños de invierno, un número relativamente bajo.

Al crecer la población (Hayden, 1981) vemos que se aprovechan recursos más pequeños, de rango más bajo, por lo menos estacionalmente. Por el tipo de ambiente estos recursos no están distribuidos ni tan amplia ni tan uniformemente como los grandes mamíferos. La distribución de moluscos y peces es muy variable y por ello requiere un alto grado de conocimiento de las condiciones locales, pero al mismo tiempo permite una explotación mayor y por tanto una densidad de población más alta. Aquí tenemos una estrategia sobre «el terreno» en que la población se desplaza hasta los recursos o hacia aquellos lugares con una amplia variedad de estos recursos de bajo rango disponibles para el forrajeo. Y estos recursos son peces y moluscos, dando lugar a grandes concheros, que se convierten en habituales en la NWC poco después del 5.000AP. No hay evidencia de poblados de invierno en la NWC, como se pensaba hace unos 30 años (Fladmark, 1975: 253).

Estas adaptaciones más regionales, comportaron a su vez más culturas arqueológicas regionales. Con una movilidad estacional más limitada, la comunicación es también más limitada, con más variedad en la adaptación regional y así se desarrollan muchas culturas

arqueológicas en lugar de las dos únicas precedentes. Sin embargo este proceso no explica fácilmente la más corta duración (unos 1.000-1.500 años) de estas culturas.

En esta adaptación la subsistencia invernal parece depender de moluscos y mejillones, en muchos lugares, como sugirió Matson (1981) y resultó del modelo de Croes y Hackenberger (1988). Los lugares donde se inverna también se usan en otras estaciones, patrón clásico de forrajeo, lo que da lugar a una estacionalidad confusa en estos yacimientos (Calvert, 1970; Ham *et al.*, 1986; Matson 1976, 1981). La abundancia de huesos craneales de salmón en estos sitios (Boehm, 1973; Matson, 1976, 1992, 2006) evidencia que no había almacenamiento a gran escala, en contraste con el patrón encontrado un poco más tarde de ausencia de huesos craneales acompañada de un aumento radical de restos de salmón (Matson, 2006) (figura 18).

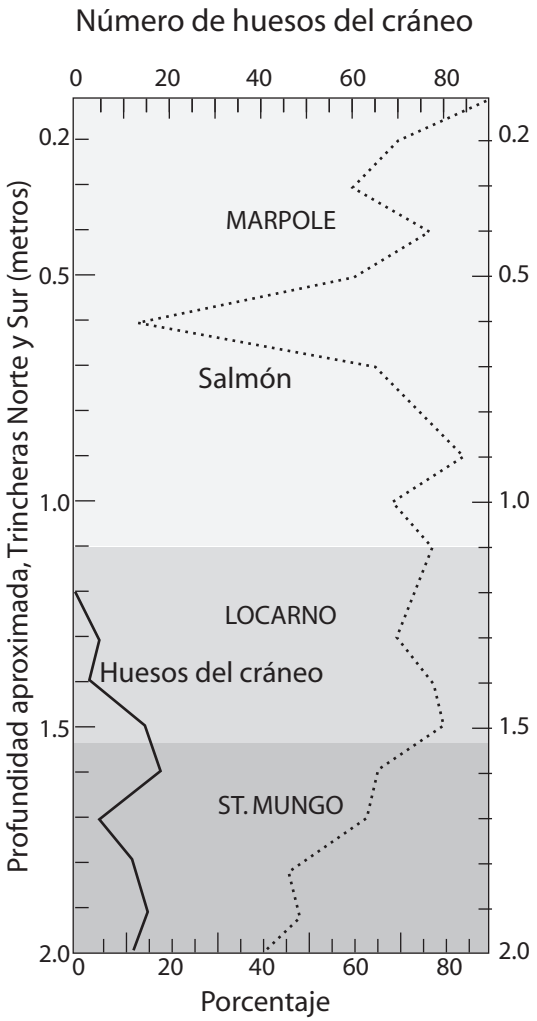


Figura 18. Huesos craneales de salmón en los componentes St. Mungo, Locarno y Marpole del yacimiento de Crescent Beach (línea continua corresponde al porcentaje de huesos craneales de salmón, línea discontinua porcentaje de restos de salmón en la ictiofauna).

La combinación del modelo de movilidad residencial de Binford (1980), el énfasis de Schalk (1977) en la importancia del almacenamiento del salmón, como opuesto a su

obtención, y la demostración de Boehm (1973) y Butler (1990, 1993) de que la presencia del almacenamiento de salmón podía determinarse a partir de los restos de salmón dio, como resultado, el nuevo punto de vista, que he presentado, acerca de cómo se había desarrollado el proceso en la NWC. Primero, la trayectoria evolutiva no es lineal como se deduce de una transición que va desde la movilidad logística a una «sobre el terreno» y un retorno a la movilidad logística. Segundo, la adaptación conocida etnográficamente no aparece como un único acontecimiento, un paquete compacto, que debe ser adoptado de golpe. Los concheros no indican la existencia de esta adaptación, ni la presencia de grandes cantidades de salmón implican que haya sido almacenado.

Cuando la adaptación se centra en el almacenamiento del salmón, creo que estas secuencias se invierten. Ya que el salmón, en una u otra de sus especies, se encuentra a lo largo de muchos segmentos de toda la costa y muchos de los métodos para obtenerlo deben haber sido conocidos de antiguo, no es sorprendente que las técnicas de almacenamiento se extendieran rápidamente, dando como resultado una mayor homogeneidad cultural así como una movilidad logística. Es al salmón a lo que me referiré seguidamente.

El salmón ha sido reconocido como el recurso fundamental de la NWC desde hace mucho tiempo. Fue así ya desde las primeras etapas de la antropología, como en el primer tratado sobre áreas culturales de F. Clark Wissler (1917), *The relation of nature to man in aboriginal America.* Wissler coloca las zonas culturales que actualmente llamamos la Costa Noroeste y el Altiplano juntas en un «Área del salmón», como parte de su razonamiento de que el sistema de obtención del alimento determina en gran medida otros aspectos de la cultura material. La importancia del salmón en el Altiplano y en la NWC, aunque ampliamente reconocida, no era normalmente estudiada en detalle, como un determinante de la densidad o de la localización de la población o determinando otros aspectos de la cultura. De hecho, durante mi carrera, había escuchado que una investigación en detalle sobre el salmón no era posible, o bien porque los huesos de salmón no se conservaban, ya que eran muy blandos (yo creo que se decía esto porque probablemente no se daban cuenta de que las vértebras del salmón enlatado se habían ablandado mucho a causa del proceso de enlatado) o que los huesos de salmón siempre se depositaban en los ríos, como indicaban las ceremonias del primer salmón, de manera que ninguno se habría conservado en los registros arqueológicos. Al principio de mi carrera (1972-1975) en la NWC, esas afirmaciones me parecieron increíbles ya que se habían publicado trabajos como el de Calvert (1970), demostrando que estos huesos se habían conservado en la costa, durante más de 4.000 años, en los concheros y que algunas investigaciones en sitios del Altiplano mostraban cantidad de huesos de salmón en muchos yacimientos al aire libre.

Aunque no recuerdo si estas afirmaciones fueron hechas por algún arqueólogo en activo, algunas provenían de antropólogos culturales con experiencia en la Costa Noroeste. Un informe algo más antiguo de Warren (1968) con argumentos similares, aparentemente hechos por arqueólogos, referentes al desarrollo del Altiplano, indica que estos puntos de vista ya habían sido compartidos anteriormente por arqueólogos. O sea, el salmón había sido visto como un recurso importante en la NWC y el Altiplano, pero aún así muchos antropólogos veían improbable que la cuestión pudiera estudiarse a fondo. En la actualidad esto ha cambiado por completo ya que, gracias a Boehm (1973) y Butler (1990), no solamente recuperamos e informamos de manera rutinaria sobre este material, sino que podemos determinar si fue consumido en fresco o almacenado.

En los primeros años sesenta comenzó a desaparecer esta separación entre una aceptación general pero imprecisa del salmón como recurso importante y el rechazo a la posibilidad de investigaciones de detalle o incluso las relacionadas con patrones de asen-

tamiento. Quizás el primer ejemplo de esto fue la tesis de Baumhoff (1963) publicada como *Ecological determinants of aboriginal California Populations* donde demostraba que la parte de California incluida en el área cultural de la NWC a la que se refería como Provincia del Noroeste, presentaba una alta correlación entre el tamaño y densidad de la población y la cantidad de salmón, calculada en «miles de peces». Es decir que, por lo menos en algunos lugares, la población dependía directamente de la cantidad de salmón.

Independientemente, Duff (1965) publicó un mapa de BC punteando la localización de la población pre-contacto, mostrando que la población del interior estaba concentrada a lo largo de los ríos portadores de salmón. Esto demostraba sin posibilidad de discusión que la población del Altiplano estaba estrechamente ligada a la abundancia de salmón. En 1988 publiqué (Matson, 1988) un artículo con un mapa similar, incluyendo además el estado de Washington, indicando todos los registros arqueológicos de casas pozo que pude encontrar y añadiendo también las aldeas de casas pozo etnográficas. En él se ve claramente la relación entre la población del interior y el salmón (figura 19).

En 1971 Sneed publicó una aplicación de la estimación de Baumhoff basada en «miles de peces» y una estimación sobre las poblaciones pre-contacto al estilo de la de Duff para los grupos del río Fraser. Demostró, una vez más, en este caso para las poblaciones del curso bajo del río Fraser en la NWC, que las dos estimaciones independientes estaban altamente correlacionadas, ya que el tamaño de la población dependía de la población de salmones. De esta manera, gracias a Duff y a Sneed, se podía por fin predecir el tamaño de poblaciones, al menos para algunos grupos locales del Altiplano y la NWC, relacionándolo con la cantidad de salmón.

A pesar de ello, con estas correlaciones entre miles de peces y poblaciones, siempre se puede argumentar que la correlación (o predicción) no es causal, aun en ausencia de cualquier otra explicación plausible. El análisis de isótopos realizado por Chisholm (1986) sobre restos humanos del interior de BC significó un gran paso para poder eliminar cualquier explicación alternativa. Como las proteínas marítimas y terrestres tienen diferentes señales isotópicas (∂13C) en el colágeno humano, a partir del análisis de este colágeno podían determinarse las cantidades de salmón consumidas sabiendo que el salmón tiene una proporción de ∂13C marino de aproximadamente 12d. Los resultados señalaron una estrecha correlación entre el acceso a los ríos salmoneros y el contenido de proteína marina, es decir que la cantidad de salmón consumido también se ajusta a este modelo. En conclusión, la densidad de población en el interior está correlacionada con la disponibilidad de salmón y la cantidad de salmón consumido está también correlacionada con la disponibilidad de salmón, lo cual cierra bastante las puertas a las explicaciones «sin salmón».

El Altiplano es un argumento *proxy* válido para la NWC, ya que los moluscos y otras clases de peces también tienen señales del ∂13C marino. Así en la costa no se pueden utilizar los isótopos (al menos por ahora) ni para demostrar el consumo de salmón ni para la estrecha relación entre el tamaño de población y la abundancia de salmón como relación causal. En 1975, sin embargo, Donald y Mitchell publicaron un detallado estudio tomando en cuenta la abundancia del salmón, el tamaño de la población y el rango de importancia social entre 11-16 de las comunidades kwakiult del sur (figura 16). Fueron capaces de demostrar que las tres variables estaban altamente correlacionadas con la mediana de «escape» de las pesquerías (la estimación del número de peces que no son capturados en las pesquerías para permitir el desove), calculando un índice de correlación de 0’85 entre las estimaciones modernas de abundancia de salmones y la estimación de las poblaciones para 1830. Otro valor de correlación de 0’73 se encuentra entre la misma abundancia de salmón y el rango de la comunidad, demostrando esta relación. Este es el mejor estudio so-

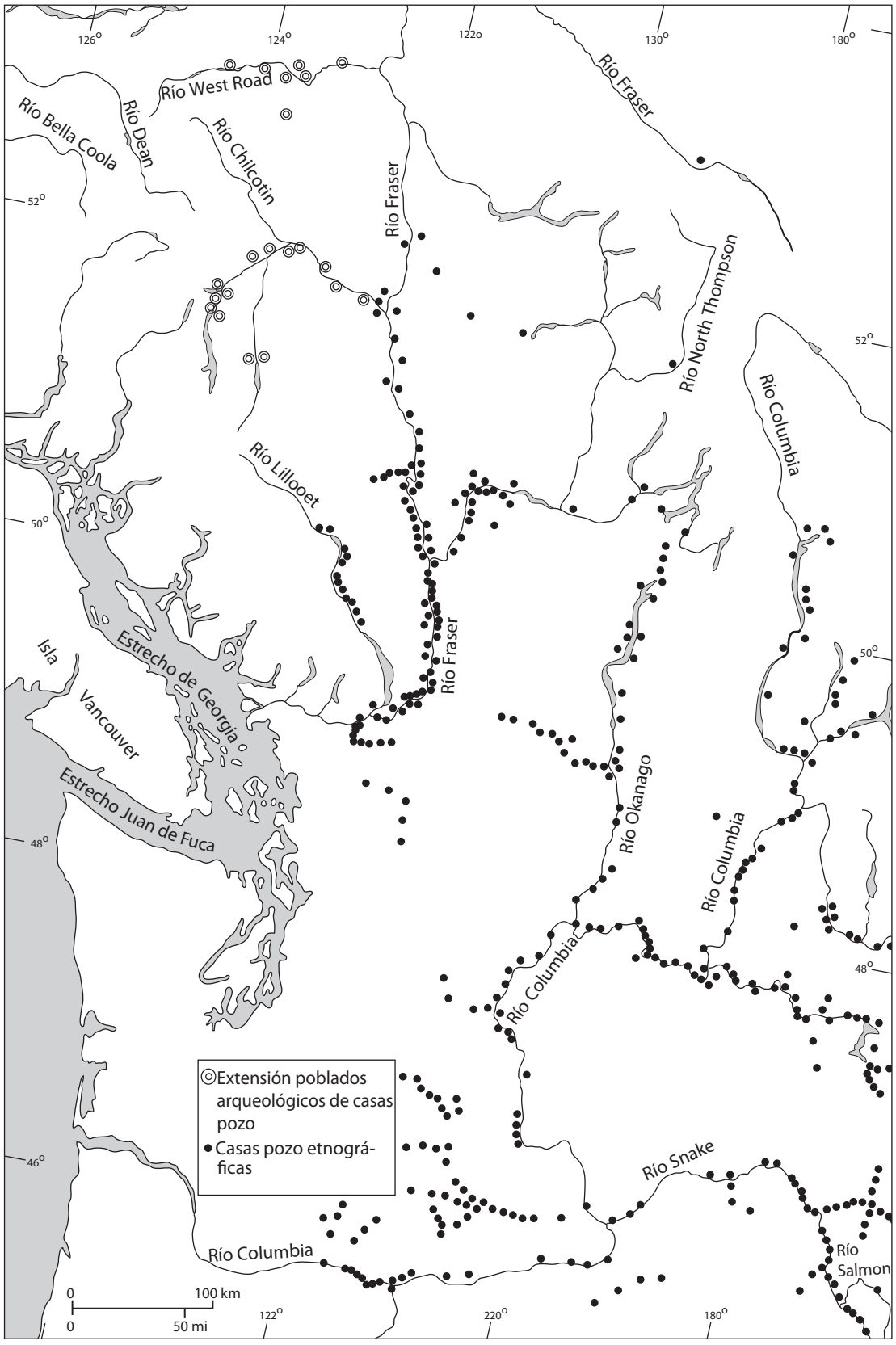


Figura 19. Aldeas de casas pozo del altiplano. Nótese como estas aldeas están concentradas a lo largo de los ríos salmoneros conocidos. Las aldeas etnográficas están tomadas de Teit (1909) y Nelson (1973); el añadido de sitios arqueológicos extraído del inventario *B.C. Archaeological Site Files* (Matson, 1988).

bre esas relaciones en el área cultural de la NWC y el único en el que se aprecia claramente cómo funcionan estas relaciones al nivel interno de un grupo cultural.

No todos los intentos para demostrar tal relación han tenido éxito. Pero, aunque algunos puedan ser ignorados por tener serios problemas metodológicos, la tentativa de Donald y Mitchell (1994) de hacer algo parecido en la costa oeste de la isla de Vancouver debe ser sopesada seriamente. Allí fueron capaces de llegar a relaciones parecidas y no hay duda de sus capacidades. En este caso aunque el salmón era fundamental para algunas comunidades, había otros recursos importantes, como las ballenas, que son difíciles de cuantificar de la misma manera. Por tanto la relación encontrada para los Kwakiutl del Sur no aparece. La lección a extraer sería que el salmón es importante en todas partes y que allí donde es el recurso más importante es probable que funcione la relación encontrada entre las poblaciones Kwakiutl del Sur, pero también hay muchas zonas en las que el salmón no es tan importante y donde existen otros recursos que modifican esta relación.

Esta variabilidad la vemos también claramente en el registro arqueológico. Como expondremos más adelante, durante la fase Marpole en la región del golfo de Georgia, ya había sin duda almacenamiento de salmón, así como otras características propias del patrón etnográfico de la Costa Noroeste. Clark (2000) demostró que las características ya existían en todas partes en este tiempo, pero en cambio no estaban presentes en el sureste de la isla de Vancouver. El autor sugiere que esto es consecuencia de una baja densidad de recursos en salmón, por lo tanto no se produjo una adopción del almacenamiento en toda el área o bien no condujo inmediatamente a los mismos resultados. Esta variabilidad en los hallazgos puede explicarse por los argumentos que exponemos en nuestra última parte, con la aplicación de modelos sistémicos a estos problemas.

La penúltima aportación es nuestra nueva concepción de cómo se desarrollaron las diferencias de estatus hereditarias en la economía de almacenamiento de salmón. Estas diferencias pueden entenderse como un proceso de control (Matson, 1983, 1985) y desarrollo de un recurso defendible (Matson, 1983; Dyson-Hudson y Smith, 1978). Mientras que existan buenas localizaciones para obtener salmón fáciles de conseguir, cualquier familia insatisfecha con la distribución existente puede desplazarse a otra localización. Una vez la población ha crecido hasta el punto en que ya no quedan buenas localizaciones libres, tenemos control. Y como ahora hay lugares que sabemos ofrecen recursos predecibles y abundantes, tenemos justo las características que se necesitan para justificar el coste de «control» o de «propiedad» (Dyson-Hudson y Smith, 1978). Cuando la unidad propietaria de estas localizaciones es de tamaño sub-comunitario, debido a las diferencias naturales entre las localizaciones o a las desarrolladas a través de la intensificación, se tiene de hecho acceso diferencial a los recursos de primera necesidad. Si el acceso a estas localizaciones es hereditario, tenemos entonces diferencias de estatus hereditarias. Las familias que no posean este tipo de localizaciones se convierten en subordinadas de las propietarias, perdiendo su independencia económica y pasando a ser seguidores y miembros de clase inferior de las unidades domésticas multifamiliares (*households*) (Matson, 1996a). Así, las grandes casas de tablas, que no corresponden a unidades familiares nucleares independientes, reflejan simbólica y económicamente esta organización. Los componentes sociales e ideológicos de esta organización se desarrollaron probablemente más tarde. En este tipo de procesos de diferenciación en la historia moderna, primero aparecen los cambios económicos (tecnología) y después le siguen los sociológicos e ideológicos (Brookfield, 1984), una conclusión que habría satisfecho a Julian Steward y Leslie White.

La aportación final a nuestro conocimiento actual sobre desarrollo de la NWC es entenderlo como un todo interconectado. Este es un campo en el que he trabajado, tanto

a nivel teórico (Wood y Matson, 1973) como produciendo los modelos específicos de la NWC (Matson, 1983, 1985, 1992) expuestos anteriormente. Está claro mirando los últimos 40 años que hemos ido desde una explicación por un solo factor, las migraciones, la abundancia de salmón, etc. a explicaciones sistémicas más complejas, aunque la mayoría, con unas pocas excepciones, enfatizaba los niveles tecnológicos o subsistenciales al modo de L.White y J. Steward (Matson y Coupland 1995: 146-154).

El desarrollo de modelos más complejos pudo ser, en gran manera, el resultado del fracaso de los modelos unifactoriales iniciales, ya que hay poca evidencia de migraciones, no se conocen poblados de invierno de antes del 5.000AP (Fladmark, 1975), etc. El mejor ejemplo que conozco de la potencia de esos enfoques sistémicos más complejos para la NWC es el modelo económico de Croes y Hackenberger (1988). Yo había presentado anteriormente varias alternativas, pero siempre como una relación estática, la población dependiendo de la abundancia del salmón, en invierno de los moluscos ¿pero cómo se desarrollaba esto realmente en las condiciones de una zona concreta? Esto es, todo lo contrario a los modelos de Donald y Mitchell que consideran que los recursos locales predicen el tamaño de la población, en vez de tomar el tamaño de la población como una medida constante y correlacionarlo con la cantidad de recursos.

Croes y Hackenberger (1988) utilizaron recientes estudios biológicos sobre la abundancia de varios recursos alrededor de *Hoko River* (figura 17) y desarrollaron diferentes modelos basados en estos datos, teniendo en cuenta la capacidad de reproducción de los recursos. Utilizaron dos series de modelos, una asumiendo cantidades no significativas de almacenamiento y otra suponiendo almacenamiento. El resultado fueron varias conclusiones importantes.

Primera, en el modelo sin almacenamiento, aunque el invierno era obviamente el periodo bajo, fueron capaces de estimar las población reales. Aunque otros autores, como yo mismo, habían sostenido que la recolección invernal de moluscos era un recurso clave y un factor limitante, este modelo lo demostró efectivamente (teniendo en cuenta las varias asunciones del modelo). Este resultado corrobora el modelo que Calvert-Boehm presentó para la cultura *St. Mungo*, una adaptación forrajeadora sobre peces y moluscos, sin almacenamiento de salmón pero con moluscos (mejillones —*Mytilus trossulus*— en la mayoría de los casos) como un recurso invernal clave.

Segunda, el modelo con almacenamiento de salmón permitía una población mucho mayor, alrededor de seis veces más para la ubicación de *Hoko River* según el modelo de Croes y Hackenberger. Esta fue la primera demostración de que la proporción de población puede (y debe, según el argumento de Hayden,1981) crecer cuando comienza la economía de almacenamiento de salmón. Su rápida expansión a expensas de otros grupos sería así inevitable, sea por la expansión de la población de un grupo arrollando a sus vecinos o por la adopción de esta adaptación para autoprotegerse contra la presión creciente de una población que aumenta rápidamente. Aunque esta escalada en el incremento de la población ya es de por sí un importante descubrimiento, durante la investigación se encontraron otros puntos importantes.

En la zona de *Hoko River* se consideró que el salmón no había sido el primer recurso que fue almacenado, sino el halibut. Porque había poco salmón pero cantidades apreciables de halibut en esta zona, y puesto que el halibut era asequible durante un periodo más largo de tiempo los procedimientos para su almacenamiento eran más fáciles de implementar que para el salmón, de aparición mucho más puntual. Sólo más tarde, cuando se desarrolló el sistema para pescar el salmón de aguas profundas, la población pudo aumentar seis veces. Así pues, la economía de almacenamiento no comenzó necesariamente con el

salmón, ni podemos suponer que hubo una disponibilidad constante de salmón como hoy en día en el momento que tuvo lugar el primer almacenamiento. Croes y Hackenberger (1988) están probablemente en lo correcto cuando dicen que inicialmente los únicos lugares en que podía obtenerse salmón en las cantidades necesarias para que el almacenamiento fuese útil eran los ríos relativamente pequeños. Esto puede explicar el que Clark (2000) no encontrara muchas de las características de la temprana cultura Marpole (2700-1000AP) en el sudeste de la isla de Vancouver, aunque sus habitantes en la época etnográfica fueran buenos representantes del patrón etnográfico de la NWC. Probablemente sólo fue después de que se desarrollasen las técnicas de pesca en aguas profundas y con redes fijas, cuando estos grupos de la isla de Vancouver pudieron obtener suficiente salmón como para darles la base económica necesaria para adoptar el patrón completo de la NWC. De igual manera, como yo sostuve antes (Matson, 1983: 136), añadir al salmón otros nuevos recursos almacenables es algo implícito una vez ya se había implementado una economía de almacenamiento. Al ser normales estos desarrollos se hace difícil demostrar las correlaciones entre el salmón y el tamaño de la población discutidas antes, y según parece eso es lo que les pudo ocurrir a Donald y Mitchell (1994) al analizar la costa oeste de la isla de Vancouver.

En resumen, un mejor conocimiento de la demografía de cazadores-recolectores, la introducción del tema del forrajeo óptimo en humanos, los modelos de movilidad de cazadores-recolectores de Binford (1980), junto con la perspicacia de Schalk (1977) acerca de la importancia del almacenamiento y el método de Boehm (1973) y Butler (1990, 1993) para determinar el almacenamiento del salmón, todo ello incrementó irreversiblemente el conocimiento de la importancia del salmón en la NWC, y el poner todo esto en un contexto sistémico, ha aumentado grandemente nuestro conocimiento acerca del desarrollo de la NWC. Voy a exponer a continuación las líneas maestras de la secuencia de estos eventos.

Cómo se ensambla todo el conjunto

El registro arqueológico del área cultural de la NWC, como el de otros lugares, es una historia a partir de la entrada de los humanos hasta el día de hoy. Aquí yo trataré solamente el desarrollo hasta la primera cultura reconocida en general como la equivalente a la encontrada etnográficamente, la cultura *Marpole*, más o menos hasta hace 2.000AP. Como muchas secuencias evolutivas ésta va de sencillo a complejo. Comenzamos con una densidad de población baja, probablemente con sólo dos idiomas, a lo largo de la costa y con pequeñas sociedades relativamente simples en cuanto a número de roles, estatus y rituales, llegando a una situación con muchos idiomas, probablemente con una densidad de cien veces superior a la de los primeros miles de años y muchos roles, estatus y rituales. Y lo que hubiese sucedido si las culturas europeas no hubiesen tenido las ventajas tecnológicas que poseían en el momento de contacto, sigue siendo solo conjetura. Sin embargo, como ya hemos visto cuando tratábamos los patrones de movilidad residencial, no es un desarrollo fácil en línea recta, y mucho menos teleológico, sino uno con giros inesperados, aunque la complejidad (en sentido amplio) y la densidad de población parecen haber aumentado siempre.

La primera adaptación bien documentada en Norteamérica es la de Paleoindios, cazadores de caza mayor. No hay realmente buena evidencia de *Clovis* en la costa pero sí se encuentran indudables restos *clovis* en el oeste del estado de Washington, en Wenatchee (Matson y Coupland, 1995) y en el norte de California. Parece casi seguro que la costa

fue como mínimo visitada en esos tiempos; de hecho en las islas del Canal de Santa Bárbara, junto a la costa de California, hay buenas dataciones aproximadamente del periodo Clovis. Hallazgos recientes en las islas Queen Charlotte, Haida Gwaii, indican que estaban ocupadas alrededor del 10.000 años radiocarbónicos AP. A partir de hace 9.000 años radiocarbónicos AP en la costa norte y hace algo menos en la parte sur, ya hay suficientes restos arqueológicos, incluyendo restos de fauna, para conocer el tipo de adaptaciones y culturas que existieron. El material de más de 8.600 años radiocarbónicos AP de antigüedad en el norte solo es conocido en Haida Gwaii y presenta algunas similitudes con los materiales de más al sur del *Old Cordilleran*, pero estas similitudes o semejanzas en la adaptación podrían ser solo casuales. Alrededor del 8.600 años radiocarbónicos AP en la costa norte, esta cultura es reemplazada, tanto en las islas costeras como en el continente, por la *North Coast Microblade tradition,* que continúa hasta alrededor de hace 5.000 años radiocarbónicos AP. Aunque las fechas para la *Old Cordilleran* llegan hasta los 9.000 años radiocarbónicos AP, no hay restos de fauna tan antiguos. Así, toda la información sobre la subsistencia procede de momentos más tardíos de esta cultura, que continuó hasta hace aproximadamente 5.000 años radiocarbónicos AP.

Estas culturas se extendieron por zonas muy amplias y duraron mucho tiempo. Ambas presentan un énfasis en la obtención de grandes mamíferos, principalmente grandes mamíferos terrestres. La cultura *Old Cordilleran* se extiende tanto por el interior como por la costa. Esto puede ser o no cierto para la *North Coast Microblade tradition*, pues la arqueología del interior referente a esta época (Magne y Matson, 2008) no es bien conocida. Los últimos descubrimientos en *Saltery Bay* para la ocupación costera (Pegg *et al*., 2007) apoyan este énfasis sobre grandes mamíferos. Como hemos dicho anteriormente existen muchas adaptaciones secundarias diferentes, al menos durante parte de este largo periodo. Estas incluyen la captura de marsopas en *Bear Cove* (Carlson, 1979, 2003) junto con peces de roca, espinosos (fam. *Gasterosteidae*) y mejillones en *Glenrose* y una serie de peces y moluscos en *Chuck Lake* en la isla de Hecata en Alaska (Ackerman, 1989; Ackerman *et al.*, 1985, 1989). *Chuck Lake*, datado en más de 7.000 años radiocarbónicos AP, también incluye restos de muchas especies de peces —especialmente bacalao, león marino de Steller y dos restos de ciervo o caribú—. Los restos parecen evidenciar una ocupación primaveral. La mayoría de los lugares de este periodo inicial son bastante pequeños y muy variables, lo cual es indicativo de pequeños grupos y, como era esperable, de recolectores logísticos móviles para quienes el recurso clave eran los grandes mamíferos. El yacimiento de *Chuck Lake* parece corresponder a un campamento provisional o un *L.A.S.* de primavera según la tipología de 1980 de Binford.

Reconociendo que la gente siempre está pendiente de incorporar recursos adicionales, por las razones presentadas por Hayden, no es sorprendente que encontremos una amplia variedad de recursos en este periodo, contrastando con la presencia casi constante de grandes mamíferos. Una de las grandes diferencias entre este periodo y el siguiente es la escasez de lugares fechados en este largo periodo, una consecuencia de una densidad de población muy baja. Los grandes mamíferos terrestres no eran muy abundantes a lo largo de la NWC, ni lo era la gente cuyo sustento dependía de ellos.

El cambio de esta adaptación a una de forrajeo, centrada en los recursos costeros, es aparentemente el de una nueva reorganización del asentamiento y de la movilidad estacional, y no de nuevas tecnologías o nuevos recursos. Hasta donde puede determinarse todos los recursos encontrados en esta adaptación costera de «forrajeo» estaban ya presentes en las últimas fases de la adaptación previa focalizada en grandes mamíferos. Este periodo es mejor conocido en la región de Puget Sound y Golfo de Georgia, donde se han reali-

zado numerosas investigaciones en yacimientos de la cultura *St. Mungo* que han proporcionado restos faunísticos (Calvert, 1970; Boehm, 1973; Ham *et al.* 1986; Matson, 1976, 1981, 1992; Matson, 2009; Matson *et al.*, 1991; Percy, 1974; Pratt, 1992) y hay materiales similares procedentes de *Seattle* (Larson y Lewarch, 1995) y otros estrechamente relacionados hallados en la isla Pender (Carlson y Hobler, 1993; Hanson, 1991). Es importante señalar que los grandes mamíferos eran cazados aún, y probablemente en mayor cantidad que antes, pero en un número *per capita* menor en relación a la población humana.

Desde hace 5.000 años radiocarbónicos AP o poco después, los yacimientos se convierten en concheros, demostrando la importancia de los moluscos, y contienen grandes cantidades de peces locales, así como mamíferos y aves (Boehm, 1973; Calvert, 1970; Matson, 1976, 1981, 1992, 2006). Está claro que los peces y moluscos proporcionaban el grueso de las calorías. Es importante el hecho de que se no se han encontrado depósitos estacionales discretos, lo que significa que eran «campamentos residenciales base» probablemente ocupados con regularidad durante algunas semanas o meses a lo largo de los años, pero sin un especial énfasis estacional. Con una sola excepción (Ham *et al*., 1986) nadie ha pretendido que hayan existido estructuras residenciales en este momento, aunque se han trabajado zonas relativamente extensas de estos yacimientos. En muchos de ellos hay un pobre desarrollo estratigráfico, indicando quizás que no era habitual abandonarlos el tiempo suficiente como para que se formasen estratos claros.

En el modelo de forrajeo el campamento base debe estar situado en un lugar con buen acceso a una variedad de recursos que puedan ser recolectados dentro del radio de un día de camino. Como los diferentes recursos estarían disponibles en diferentes estaciones, la estacionalidad indefinida puede ser consecuencia no de una larga duración del asentamiento sino de un uso diferente de año en año.

En los primeros concheros dominan los mejillones (Matson, 1976: 1992; Calvert, 1970; Larson y Lewarch, 1995; Rankin, 2009) que se encuentran en las zonas intermareales rocosas. Durante mucho tiempo se ha mantenido que estos mejillones eran críticos para la subsistencia en invierno (Matson, 1981), pero no fue hasta el modelo de Croes y Hackenberger (1988) que eso se demostró sin lugar a dudas. Otras formas de moluscos, además de percebes que probablemente llegaron accidentalmente con los mejillones, son un constituyente menor (figura 20). Entre los peces dominan el salmón y la platija estrellada aunque normalmente hay una amplia variedad de especies (figura 21). Creo que este patrón es probablemente el resultado del entorno protegido de estos lugares del Golfo de Georgia y Puget Sound. En otras partes se podría esperar encontrar especies muy diferentes.

En cuanto a restos de artefactos hay más continuidades que diferencias entre *St. Mungo* y la cultura *Old Cordilleran* (Matson y Coupland, 1995: 100-107). Aumentan los instrumentos de hueso y asta y por primera vez hay cantidades importantes de piedra pulida. La piedra pulida era sólo para hacer bifaces, y no fue realmente tan común. La relación entre la *North Coast Microblade tradition* y las culturas siguientes no es tan clara, pero parece ser un fenómeno similar (Coupland, 1988; Matson y Coupland, 1995: 131). Estas similitudes en recursos obtenidos, tecnología utilizada y las características de los artefactos, indican que no hubo remplazo de población.

Lo que es importante son las ausencias, de salmón almacenado y de estructuras residenciales. Solamente Ham *et al.* (1986) dicen haber descubierto alguna estructura. Si su interpretación es válida, las estructuras encontradas son de tipo temporal, muy poco parecidas a las estructuras que más tarde serán ocupadas durante varios meses en invierno. La ausencia de evidencia de almacenamiento de salmón (que según Boehm, 1973, está clara en el sitio *St. Mungo*, lo cual añade más dudas a la interpretación de estructuras residen-

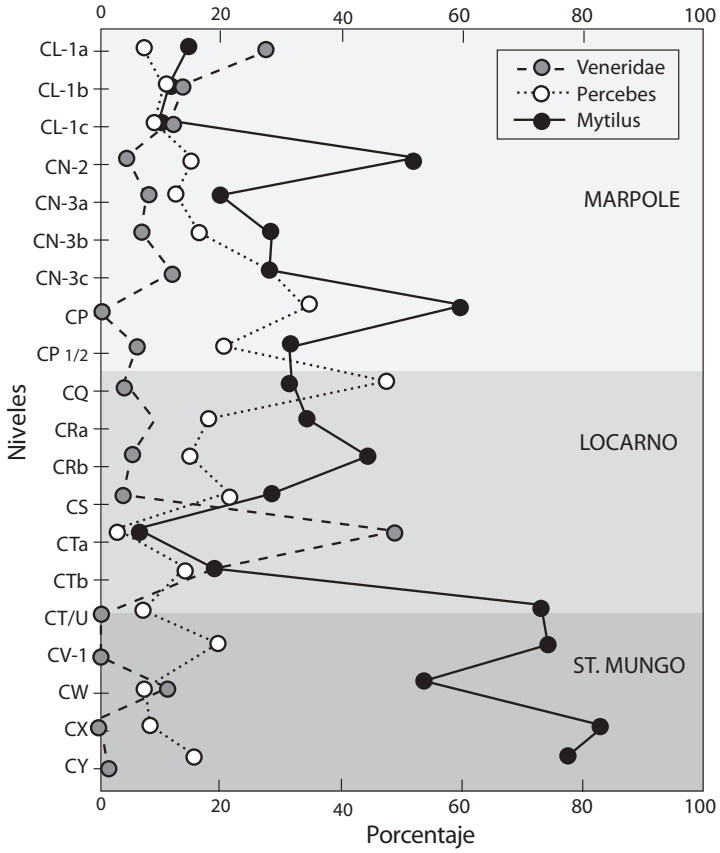


Figura 20. Mejillones (*Mytilus trossulus*), percebes y bivalvos no determinados (*Veneridae*) en los componentes St. Mungo, Locarno y Marpole del yacimiento de Crescent Beach.

ciales) es crítica (figura 21). En las dos investigaciones más recientes, en el yacimiento de *Crescent Beach* (Matson, 2009) y en el de *West Point* en Seattle (Larson y Lewarch, 1995) se encontraron abundantes huesos craneales, lo cual indica que el salmón obtenido era consumido fresco.

En contraste con la larga duración de la etapa cultural/económica anterior (*plateau* de estabilidad en el modelo de Croes y Hackenberger, 1988) esta fase *St. Mungo* duró poco. Probablemente perduró unos 900 años y en ningún lugar más de 1.500 años. Quizás

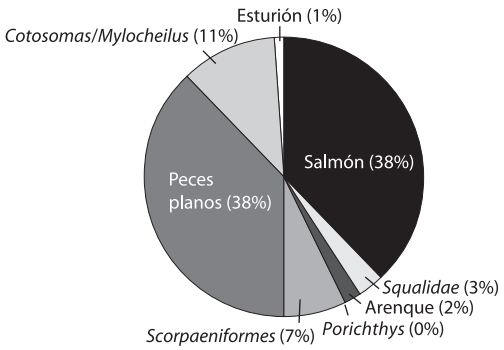


Figura 21. Restos de pescado del componente St. Mungo en el sitio Crescent Beach, trinchera Norte.

porque son muy visibles, se ha descubierto una cantidad considerable de concheros en la zona de Puget Sound y Golfo de Georgia (Matson y Coupland, 1995), pero indudablemente también hay una mayor densidad de población implicada.

El siguiente periodo en la región del Golfo de Georgia es llamado fase *Locarno Beach* (Borden, 1970; Matson y Coupland, 1995: 154-177; Mitchell, 1971, 1990) y data de 3.500-3.300-2.400 años radiocarbónicos AP. Las transformaciones clave de este periodo son el desarrollo del almacenamiento de salmón y un cambio a una movilidad logística. En contraste al periodo anterior, tenemos *L.A.S.* y lugares residenciales. La transición al salmón almacenado (figura 18) parece ser irrebatible (Matson, 2006). Junto con esto hay una disminución en la diversidad (una uniformización de la diversidad) de recursos ícticos (Matson, 1992, 2006). En el Golfo de Georgia las almejas son importantes por primera vez.

En la economía con almacenamiento, siendo el invierno la estación con pocos recursos, uno podría esperar encontrar lugares residenciales de invierno y estructuras. En *Crescent Beach* (Matson, 1992, 2009) encontramos lo que interpretamos como una pequeña vivienda semicircular (de unos 3,5 m de diámetro) de invierno, cuyo registro cultural indicaba una ocupación de invierno a primavera (Matson, 1992, 1996a, 2009). Como tales estructuras no habían sido anteriormente halladas en la costa, incluso los visitantes lo veían con escepticismo. Desde entonces (1990) se han encontrado por lo menos diez pequeñas estructuras similares (redondas o rectangulares) en la región de Puget Sound y Golfo de Georgia, datándose en la fase *Locarno* o ligeramente más tarde (figura 22), en la fase *Marpole* temprana (Matson, 2009). Estas pequeñas estructuras tienen poco que ver con las casas de tablas más grandes, que comienzan a aparecer en la cultura siguiente, aproximadamente en 2.400AP (Lepofsky *et al.*, 2000; Matson, 1996a).

Como notó Mitchell por primera vez (1990), la abundancia de yacimientos *Locarno* significa un aumento considerable respecto a los periodos anteriores y es comparable con la de la cultura siguiente, *Marpole*. En algunos yacimientos se encontraron cuchillos de pizarra que, por los argumentos que propuso por primera vez Hayden (1977, 1989), se han asociado tradicionalmente con el procesado de salmón a gran escala. En otros sitios no hay cuchillos de pizarra pero sí laminitas o microlitos de cristal de cuarzo que según Croes (1995) son muy eficaces para el corte inicial del pescado. Los experimentos realizados por Morin (2004) procesando pescado ponen en duda tanto la utilidad de los cuchillos de pizarra como la de las laminitas para estas finalidades. Es necesario realizar más investigaciones para resolver estas interesantes e importantes cuestiones.

En la fase *Locarno Beach* encontramos ya la presencia inicial de una economía con almacenamiento de salmón y movilidad logística, pero sin las grandes casas ni otros aspectos bien conocidos para el patrón etnográfico de la NWC. El mejor estudio realizado sobre la desigualdad de estatus hereditario (Burley y Knüsel, 1989) no encuentra evidencias de ello en esta época, pero sí en la siguiente cultura, *Marpole*. Al contrario de lo que sostuve al principio (Matson, 1983), la economía con almacenamiento de salmón no aparece simultáneamente con grandes casas ni estatus social en la cultura *Marpole* sino antes, en la cultura *Locarno*.

Aunque este periodo no es bien conocido fuera de la región del Golfo de Georgia, parece ser que hubo adaptaciones similares en el cañón Kitselas, en el río Skeena, donde hay casas relativamente grandes (aproximadamente de 5 por 10 m) durante la fase *Paul Mason*, que comienza alrededor de hace 3.200 años radiocarbónicos AP (Coupland, 1988; Matson y Coupland, 1995: 183-191). En el cañón Kitselas tenemos documentado el primer auténtico poblado de invierno de la NWC, con diez de ese tipo de estructuras (figura 23)

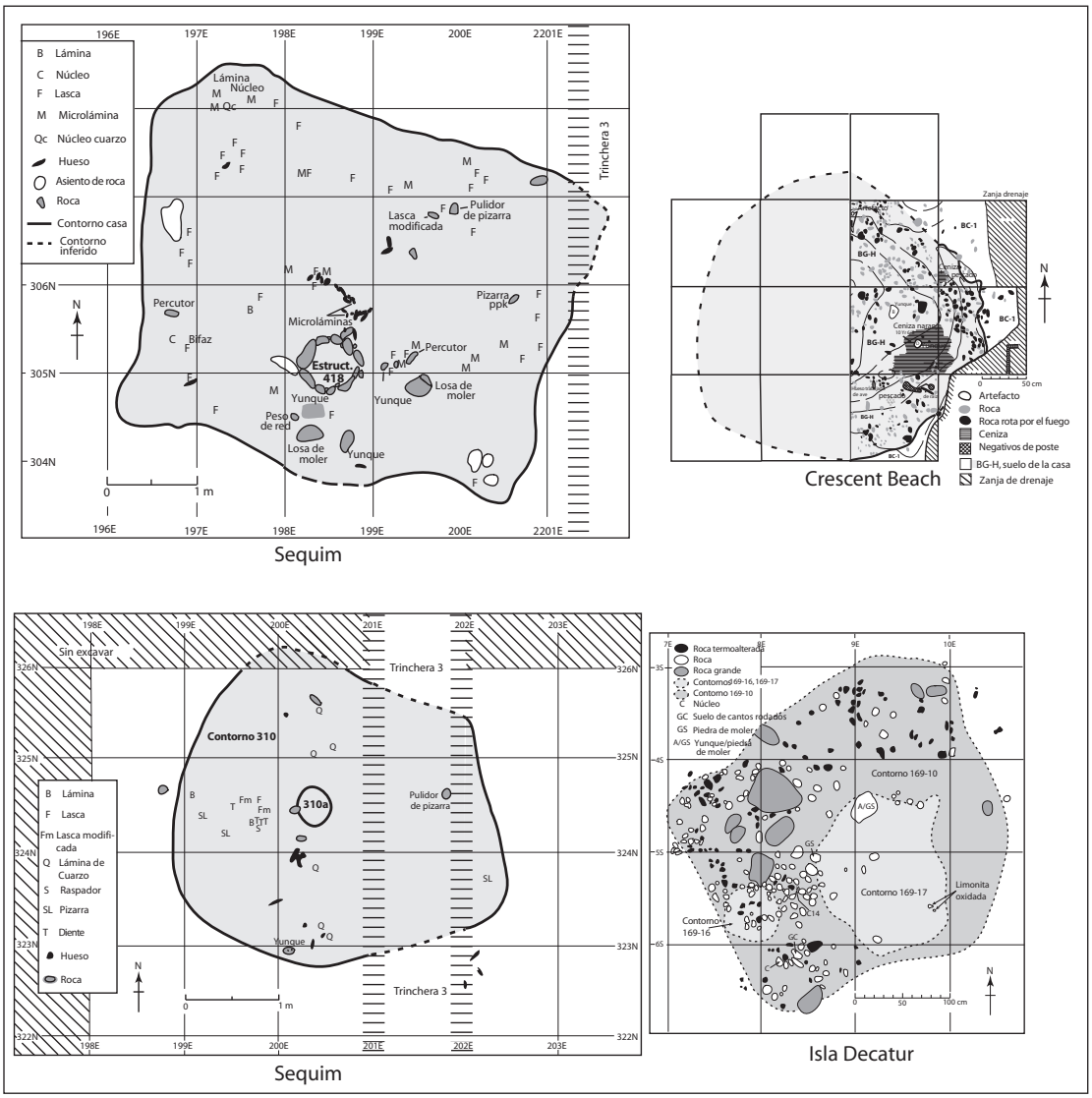


Figura 22. Planta de las casas pequeñas halladas en los componentes Locarno y Marpole temprano en el Golfo de Georgia (no todas las figuras están a la misma escala)

probablemente para dos familias cada una, y con una sociedad básicamente igualitaria según infiere el excavador. Así pues hay algunas diferencias muy importantes dentro de este periodo.

En el Golfo de Georgia, a *Locarno* le sucede *Marpole* que desde hace mucho tiempo ha sido considerada la primera cultura que presenta las características más importantes del patrón etnográfico de la NWC. En esta época ya hay grandes casas de tablas, grandes poblados de invierno y gran cantidad de objetos de arte así como buena evidencia de status social hereditario (Burley y Knusel, 1989), todo ello basado en una economía con almacenamiento de salmón. El desarrollo de todos estos elementos a partir de *Locarno* puede verse como el producto de los estatus hereditarios resultantes de la apropiación de los lugares más productivos. Entre éstos seguramente los más comunes serían los sitios para la obtención de salmón. Es importante señalar que, para que este desarrollo tuviera lugar, estas localizaciones debían ser del tamaño adecuado para que una subunidad de la comunidad local pudiera tener la propiedad y ejercer el control sobre ella.

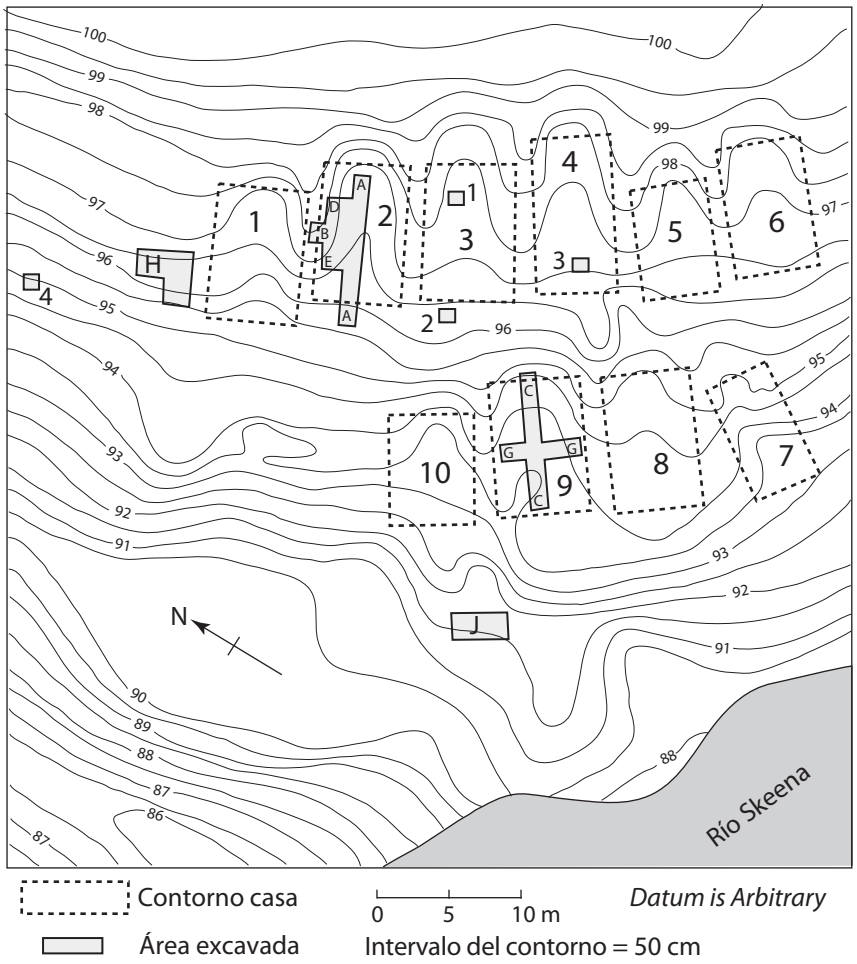


Figura 23. Sitio Paul Mason, en Kitselas Canyon, río Skeena, B.C. Es el poblado de invierno más antiguo conocido de la NWC (datado entre 3200-2700 AP. Según Coupland, 1988: 133)

Para concluir

Parece improcedente terminar aquí la historia sin tratar los desarrollos de los últimos 1.500 años, ni las diferencias muy interesantes entre la costa del norte, centro y sur, que además incluyen historias muy diferentes de guerras (Angelbeck, 2009). Sin siquiera haber abordado el particular desarrollo de este patrón que se dio en de la zona del Golfo de Georgia (Clark, 2000), ni los diferentes desarrollos de la propiedad de recursos, que van desde la propiedad completa de todos los recursos al control de sólo unos pocos, ni explorado la retroacción entre la explotación de recursos y las *households* multifamiliares que incrementan el tamaño de las unidades de producción y de trabajo disponibles. Nuestra tarea, creo, es explicar el desarrollo de este modelo, no la variabilidad interna.

El lector puede tener muchas reservas, pero yo veo una importante, la naturaleza de las culturas parecidas a *St. Mungo*. Uno podría esperar que los estratos en *St. Mungo* reflejasen las diferentes estaciones del año, aunque todas las estaciones estén reflejadas en el componente tal como postula el modelo expuesto. Esto todavía ha de demostrarse. Además como sugieren Croes y Hackenberger (1988) el almacenaje del salmón es improbable que haya sido el primer ejemplo de almacenaje. Nosotros hemos analizado los abundantes restos de platija estrellada en el componente de *St. Mungo* en *Crescent Beach* con este

fin, sin encontrar evidencia de que existiera almacenamiento de estas platijas (Matson, 2009). La situación actual es que la naturaleza del forrajeo de este periodo se basa más en evidencias negativas que en la presencia de elementos positivos predecibles.

Ha sido un privilegio haber estado presente durante el desarrollo de estos conocimientos. Desde la discusión sobre si los huesos de salmón estaban presentes en los yacimientos arqueológicos hasta poder demostrar el contenido real de proteína marina en la dieta de las gentes, desde ver la importancia del almacenamiento a demostrar cuándo se produjo por primera vez, se ha producido un enorme avance en los conocimientos. Esto ha sido posible gracias a los esfuerzos de muchos investigadores.

El surgimiento de cazadores-recolectores complejos. Una visión desde el Northwest Plateau

Brian Hayden

Introducción

Mis perspectivas sobre la dinámica de las comunidades de CR y sobre las condiciones que llevan a un incremento de su complejidad socioeconómica ha cambiado a lo largo de los años. Inicialmente creía que la complejidad socioeconómica o las desigualdades entre CR surgían para resolver problemas comunitarios y era en función de intereses comunes, ahora creo que estos desarrollos fueron debidos fundamentalmente a intereses particulares de individuos ambiciosos. Mi visión actual es sobre todo resultado de mi trabajo etnoarqueológico entre los aborígenes australianos en el Desierto Occidental, los mayas de las Tierras Altas en Mesoamérica y las tribus de las montañas de Tailandia, y por mis excavaciones arqueológicas en *Keatley Creek* —uno de los poblados de invierno prehistóricos más grandes del Altiplano interior de BC—. En las páginas siguientes explicaré algunos de los principales factores que me llevaron a adoptar lo que llamaré el modelo de «Ecología paleo-política» de cambio cultural.

Perspectivas comunitarias

Durante los años de mi formación arqueológica, en los 1960s y 1970s, muchos «nuevos arqueólogos» estaban convencidos de que las culturas prehistóricas eran sistemas integrados con mecanismos internos de regulación que mantenían a las comunidades en equilibrio con su entorno, de forma parecida a cómo un termostato mantiene constante la temperatura dentro de las viviendas a pesar de los cambios exteriores de temperatura. La capacidad de mantener una nutrición adecuada para todos los miembros de la banda a pesar de grandes variaciones estacionales y anuales en el clima y en la disponibilidad de especies (así como la capacidad de mantener la misma estructura social a lo largo del tiempo, a pesar de la variabilidad en el comportamiento individual, las muertes, matrimonios y cambios de ubicación), daban credibilidad a estas teorías de sistemas. Según este modelo de teoría de sistemas, era todo el sistema el que se adaptaba y no los individuos. El cambio en estos «sistemas» culturales solo se consideraba posible cuando las fluctuaciones ambientales eran tan estresantes que a los sistemas no les quedaba otro remedio que transformarse.

Este modelo teórico tenía cierta elegancia y atractivo, especialmente en las versiones de Alfred Kroeber y Leslie White quienes mantenían que la cultura era un medio extrasomático de adaptación que funcionaba como un cuerpo aunque incorpóreo. Los funcionalistas como Malinowski proponían nociones similares, al igual que Julian Steward con el

concepto de adaptación de los «núcleos culturales». Muchos de estos modelos derivaban o estaban influenciados en última instancia por las ideas de K. Marx sobre las relaciones de los medios de producción con los otros aspectos de la sociedad, y por los puntos de vista de Emile Durkheim de una conciencia cultural estructural incorpórea que afecta el comportamiento de las personas. Había pues una larga y respetada tradición de estos modelos.

Mis primeros intereses arqueológicos estuvieron enfocados hacia cazadores/recolectores simples y hacia el Paleolítico debido a mis estudios con François Bordes y porque deseaba comenzar entendiendo las culturas más sencillas antes de intentar entender culturas más complejas. Las nuevas investigaciones etnográficas que se estaban desarrollando durante mis años de formación universitaria (como la ejemplificada en *Man the Hunter* de Richard Lee y Irven DeVore), parecían apoyar claramente la concepción de cultura como sistema, lo que más recientemente se llamó la perspectiva «comunitaria» (ver Saitta, 1999; Saitta y Keene, 1990).

Se podía considerar que casi todas las características sociales básicas de estos cazadores/recolectores estaban relacionadas con una adaptación a unos recursos limitados y fluctuantes. Es decir, la supervivencia para los cazadores/recolectores simples dependía críticamente de compartir los recursos y de la cooperación entre todos los miembros de la comunidad. Todo debía ser prestado sin esperanza de retorno directo. Compartir era obligatorio; la reciprocidad era general. La propiedad individual de recursos estaba generalmente proscrita. El enriquecimiento individual que podía llevar a perseguir intereses particulares y a una falta de cooperación o de compartir era sistemáticamente eliminado. A veces incluso se prohibía a los cazadores coger directamente una parte de los animales que habían matado. Los regalos espléndidos que podrían dar lugar a un sentimiento o a reclamaciones de deuda eran ridiculizados (como descubrió Richard Lee). De hecho, aparte de la parafernalia religiosa comunitaria, no existían objetos de prestigio individual. Los rituales aseguraban la conformidad con los valores comunitarios. Cualquier competición «económica» que pudiese amenazar los inseguros recursos estaba estrictamente prohibida.

Así pues, estas sociedades parecían ajustarse muy bien a los modelos sistémicos de cultura comunitarios. El énfasis principal se ponía sobre el bien común, la supervivencia de la comunidad frente a las tensiones e incertidumbres ambientales.

Los media de aquel tiempo transmitieron un mensaje similar, ilustrándolo en este caso para pueblos agrícolas, con la película de Kurosawa *Los siete samurais* en la cual una comunidad campesina japonesa era amenazada por bandidos. La idea central de la película era que todas las personas de la comunidad iban en el mismo barco. Con el fin de que la mayor parte de ellas pudiese sobrevivir, no podían tolerarse los intereses individuales. Todos debían trabajar juntos como una unidad, como un sistema.

Algunas de mis primeras publicaciones reflejan claramente el punto de vista sistémico para las sociedades cazadoras/recolectoras. En 1972 proponía que las bandas debían ser capaces de regular su población para evitar crecer hasta el punto en que estuvieran sobreexplotando sus recursos crónicamente (Hayden, 1972). Sugería que el mecanismo de regulación que actuaba para mantener la población por debajo de la capacidad de sustentación regional era el duro trabajo y esfuerzo impuesto culturalmente sobre las mujeres en edad fértil. En una línea similar propuse que los rituales «místicos» (y la religión) surgieron tempranamente entre los cazadores/recolectores del Paleolítico como medio de ligar sentimentalmente a los individuos con los valores e identidad del grupo (los antepasados totémicos en particular), esto creaba una devoción casi inquebrantable al grupo y aho-

gaba las tendencias hacia intereses individuales (Hayden, 1987). Durante mi trabajo en Australia, me familiaricé con los escritos de Strehlow (1965) y Yengoyan (1976). Como ellos, sostuve que las alianzas con grupos más lejanos eran aspectos adaptativos críticos de las sociedades recolectoras sencillas que así conseguían acceso a lugares de recursos alternativos en tiempos de sequía o hambre. Así la exogamia, el parentesco extendido, los rituales multi-banda (incluyendo bailes, cantos, música y teatro ritual que afectaban las emociones), la donación de regalos, visitas institucionalizadas y otras clases de conductas, eran consideradas adaptaciones a la necesidad crítica de alianzas entre bandas para mantener la capacidad de adaptación y la autorregulación de los sistemas culturales cazadores/recolectores (Hayden, 1982, 1993, 2003). Otros etnógrafos habían llegado a conclusiones similares (Wiessner, 1977) y me ayudaban a refinar mis propias ideas.

Con respecto a los CR simples (en general) mis ideas no habían cambiado mucho desde mis primeros años de universitario. Seguía considerando que las bandas recolectoras forrajeadoras funcionaban fundamentalmente como grupos comunitarios, defendiendo los intereses de la comunidad contra cualquier amenaza de intentos de promover intereses individuales. Cualquiera que mostrase un comportamiento individualista que amenazase la comunidad era ridiculizado, condenado al ostracismo, expulsado del grupo o asesinado. A pesar de que el egoísmo puede ser el fundamento de la selección darwiniana, bajo estas condiciones de recursos parecería haberse mantenido bajo control.

Cazadores/recolectores complejos

Así, algunos años más tarde, cuando comencé a estar interesado en tipos más complejos de sociedades y en los factores que llevaron a los CR a domesticar plantas y animales, enfoqué estos temas, casi de manera natural, desde una perspectiva sistémica o comunitaria. Además del enfoque sistémico, otra de las «nuevas» aproximaciones de los arqueólogos binfordianos fue apostar por el desarrollo de la «arqueología social» o la documentación y explicación de distintas características de organización social de las sociedades pasadas (por ejemplo, Freeman, 1968: 265-266). Afrontando el desafío de hacer arqueología social, mi trabajo en un poblado prehistórico *Hurón* se centró en el carácter social de las casas largas. Las definí (al igual que a residencias multifamiliares similares) como «grupos corporativos residenciales» (Hayden, 1982). Traté de comprender qué condiciones podían llevar a varias familias a vivir juntas en una sola estructura. Cuando empecé a trabajar en la BC descubrí grupos corporativos residenciales similares en la costa y en el interior y continué centrando mi atención en tratar de comprender cómo estos grupos sociales residenciales notablemente grandes surgían y se mantenían juntos en la región. Mantener la armonía, incluso entre dos personas, es a menudo un gran problema y el potencial conflictivo aumenta geométricamente con cada persona más que se incluye en un acuerdo de vida en común como el de una casa comunal. ¿Cómo podían mantenerse juntos grupos grandes en el pasado?

La constatación de la existencia de «casas pozo» muy grandes en algunos lugares prehistóricos en el Noroeste interior, me llevó a trabajar en *Keatley Creek* (300 km aguas arriba de la desembocadura del río Fraser), yacimiento en el que empezamos las excavaciones en 1986 que han continuado hasta hace muy poco. La finalidad inicial de este proyecto era comprender las dinámicas económica, social y política que habían generado y mantenido juntas estas unidades sociales corporativas-residenciales inusualmente grandes —con casas pozo de 15 a 20 metros de anchura— en ese lugar. Este objetivo pronto

se amplió hacia una investigación general sobre la dinámica subyacente en toda la gran comunidad de *Keatley Creek* —que se estimaba de por lo menos 1.100 personas en el momento álgido, hace unos 1000 a 2000 años—. También me interesé en comprender la dinámica de las desigualdades, que estaban bien documentadas etnográficamente tanto en la costa como en el interior y que parecían estar presentes en la prehistoria de ambas zonas.

Esforzándome en tratar de establecer las condiciones específicas, mecanismos, relaciones y conductas subyacentes a las desigualdades en *Keatley Creek*, encontré que los modelos existentes de sociedades «de rango» o «tribales» eran demasiado imprecisos o generalmente orientados hacia el «estatus» para ser útiles. La sociedad «de rango» se definía como una sociedad en la cual había un determinado número de niveles de estatus por los cuales competía la gente (Ames, 2007: 489). Para mí, como arqueólogo, esto era bastante insatisfactorio. ¿Qué significaba «estatus»? ¿por qué había sido importante? ¿cómo podía motivar a la gente? ¿qué dinámicas comunitarias implica? ¿cómo era posible mantener el valor del estatus? Estas y otras muchas preguntas sencillamente no tenían respuestas claras en la bibliografía que yo consulté.

Entonces centré mi interés en la desigualdad y en la complejidad socioeconómica considerándolas como una parte de un contínuum, reconociendo tres niveles distintos (sociedades igualitarias, transigualitarias y estratificadas) con gradaciones en cada una de las categorías (Hayden, 1995). Aunque está claro que todas las sociedades muestran desigualdades y complejidad en algún aspecto (especialmente en edad, género, arte, ritual y lenguaje), cuando los arqueólogos hablan de desigualdades y complejidad se refieren generalmente a desigualdades económicas y sociales, como las que se expresan a través del poder local, las jerarquías e instituciones. Estos son desarrollos que normalmente están más allá de lo que se encuentra en las sociedades de bandas simples. Comencé a utilizar el término «transigualitarias» para referirme a las sociedades que reconocen la propiedad privada, usan objetos de prestigio, producen algún excedente, generalmente celebran banquetes u otras manifestaciones competitivas y tienen una serie de familias pobres y ricas que no conforman clases permanentes (son diferentes tanto de las sociedades con clases y jerarquías políticas, como de las sociedades igualitarias, en las que compartir es obligatorio y en las que esencialmente no existen o son muy reducidas la propiedad privada o la competencia «basada en la economía»).

Después de varios años de excavar grandes estructuras de grupos corporativos residenciales en *Keatley Creek* (con sus pozos de almacenamiento, objetos de prestigio y propiedad privada de zonas de recursos), sentí que la modelización de la dinámica interna (y de los orígenes) de estos grupos corporativos necesitaba una base interpretativa más firme. Pensé que sería útil demostrar que las élites descritas en los relatos etnográficos realmente funcionaban en provecho de los intereses de la comunidad (en contra de los argumentos sobre élites explotadoras y complejidad que defendían algunos investigadores como Antonio Gilman (1981) que trabajaba en la Península ibérica).

En mis primeros intentos para modelar la dinámica social en *Keatley Creek* seguí el modelo sistémico. Por aquel tiempo se me presentó una oportunidad única de probar las propuestas del modelo sistémico relacionadas con la función comunitaria de las élites. Precisamente esto podía hacerse en algunas de las remotas aldeas mayas de las tierras altas o sus alrededores, donde yo había trabajado desde 1979 a 1985. Pensé que volviendo a los mayas de las tierras altas sería capaz de producir pruebas convincentes de cómo actuaban las élites de sociedades tribales para mantener la estabilidad de la comunidad en condiciones de estrés (tal como pretendía la teoría sistémica). Las comunidades maya

eran aproximadamente del mismo tamaño que el poblado de *Keatley Creek*, habían sido relativamente autónomas políticamente hasta los años 60 (estando muy apartadas de influencias económicas y políticas) y se puede argumentar que presentan algunas similitudes muy generales con el tipo de dinámica que puede esperarse en *Keatley Creek* (al margen de las diferencias en cuanto a la subsistencia: agricultura en vez de caza y recolección).

Por esto en 1988 volví a las tierras altas mayas con un estudiante, para buscar personas ancianas en estos poblados y preguntarles qué habían hecho los líderes y personas ricas en épocas anteriores (antes de que se estableciera el actual sistema de carreteras). Quería documentar cómo las élites habían ayudado a sus comunidades cuando había habido cosechas fallidas, escasez de alimentos y otras calamidades en la comunidad. Yo esperaba que ellos me dirían cómo los líderes o las élites ricas locales habían ayudado a organizar expediciones para obtener alimentos de otros lugares o promovido actividades de redistribución de alimentos para las familias necesitadas a través de banquetes o proyectos de trabajo comunitario, o simplemente entregas de alimentos.

Quedé sorprendido cuando ninguna de estas expectativas se cumplió. Por el contrario, poblado tras poblado nos hablaron de la negativa de los líderes y la gente rica a proporcionar cualquier ayuda a los que más lo necesitaban. De hecho nosotros constatamos muchas ocasiones en que los mejor situados aprovecharon la situación para aumentar sus propios recursos a través de la venta de maíz a los pobres a precios exorbitantes, o cambiando maíz por tierras (Hayden y Gargett, 1990).

Este fue el momento más decisivo en mi carrera. O bien el modelo comunitario, en que había siempre había creído, era deficiente o inexacto o quizás el «caso maya» era algo único, no representativo. Comencé a pensar de nuevo todas mis asunciones y a reexaminar las etnografías. De hecho, al releer muchas etnografías, comprobé pronto que había muchos relatos sobre la naturaleza explotadora de los «grandes hombres», jefes y otras élites, que yo antes había pasado por alto o descartado como comportamientos de idiosincrasia personal. Continué revisando críticamente mis primeras asunciones y modelos. El enigma parecía difícil de resolver. Si las condiciones de estrés en sociedades comunitarias de CR simples daban lugar a que no se tolerase el individualismo ¿por qué las situaciones similares de tensión en sociedades agrícolas simples, como los Mayas, no dan lugar a comportamientos comunitarios? ¿qué había cambiado? Pensé que el establecimiento de la propiedad privada, el abandono de la obligatoriedad de compartir y otros factores, eran probablemente importantes para comprender estas diferencias. Esto cambiaba la pregunta. ¿Qué dinámicas comunitarias posibilitaban el surgimiento de estos aspectos? Ciertamente no existieron ni habían surgido (durante 2’5 millones de años) en un contexto de recursos limitados y fluctuantes.

En aquel tiempo el punto de vista predominante entre los arqueólogos era que la domesticación había sido el resultado de la presión por el crecimiento demográfico, y el mismo modelo se aplicaba en general al desarrollo de la complejidad y la desigualdad sociales durante el Mesolítico y el Neolítico (Cohen, 1977; Rosenberg, 1998). Sin embargo, yo pensé que estos modelos malthusianos eran inadecuados, basándome en parte en mis primeras investigaciones según las cuales parecía que las sociedades de cazadores/recolectores podían controlar su población, y de hecho lo hacían, para mantener un buen equilibrio con los recursos disponibles. No veía ninguna razón por la que esto pudiese cambiar precisamente al final del Pleistoceno, cuando no lo había hecho durante las muchas fluctuaciones climáticas (glaciales) previas. Además, los mecanismos de presión por crecimiento poblacional que se habían propuesto no tenían ningún sentido. Según el modelo de crecimiento de la población, ésta habría estado creciendo en el Viejo Mundo

(especialmente en África con una ruta de escape limitada al istmo de Suez) durante más de dos millones de años. En cambio en el Nuevo Mundo las poblaciones no se habían podido extender durante mucho más allá de 20.000 años. Dado un ritmo presumiblemente constante de crecimiento natural para toda la población humana, ¿cómo pudo la presión de la población ser la misma en el Nuevo Mundo que en el Viejo Mundo, dando lugar a la domesticación —virtualmente al mismo tiempo en la prehistoria con un margen sólo de 5.000 años— tanto en África como en el Nuevo Mundo? ¡Hay un factor de crecimiento de la población cien veces superior en un caso respecto al otro!

Así, me pareció claro que ni la presión de la población ni la limitación y variación de los recursos provocados por el aumento de la población o por variaciones climáticas, podían haber desembocado en la propiedad privada o en otros aspectos de las sociedades complejas. Entonces comencé a considerar la posibilidad de que tuviera sentido el que la complejidad apareciese bajo condiciones de abundancia de recursos, cuando —en condiciones normales— todos tuviesen suficiente comida. Al principio esto parecía extraño e ilógico ¿Cómo podía una situación en que todos tuviesen suficiente para sus necesidades básicas crear desigualdades? Pero a medida que continuaba examinando datos etnográficos y arqueológicos, se hacía más y más patente que no solamente las condiciones de abundancia estaban fuertemente asociadas con la propiedad privada y con la eliminación de la obligación de compartir, sino que muchas otras características de complejidad social estaban también muy relacionadas con la abundancia de recursos. Esta ciertamente parecía ser la situación de *Keatley Creek*, con su proximidad a la pesquería de salmón más productiva en la cuenca interior del río Fraser (figura 24) y por los antiguos relatos históricos sobre muchas decenas de miles de pescados secos excedentes comercializados fuera de esta localidad. Más lejos al sur, en *The Dalles* sobre el río Columbia, los recursos piscícolas eran incluso más ricos y el nivel de complejidad era consecuentemente mayor. Varios investigadores fueron incluso capaces de cuantificar la relación entre la abundancia de recursos y la complejidad en la NWC, demostrando que la complejidad política estaba fuertemente correlacionada con la producción de salmón en los ríos controlados por poblados concretos (Donald y Mitchell, 1975). Diana Alexander también demostró que la complejidad en el *Plateau* decrecía en relación a la distancia desde la desembocadura del río Fraser, reflejando la disminución en la cantidad de salmón disponible cuanto más aguas arriba. Arqueológicamente, Rick Schulting y yo (Hayden y Schulting, 1997) demostramos una fuerte correspondencia entre los lugares ricos en pesca y la presencia de objetos de prestigio a lo largo del *Northwest Plateau*.

Basándome en mis lecturas etnográficas parecía que los bienes de prestigio, las desigualdades sociales (a menudo incluso implicando esclavitud), el sedentarismo, las construcciones monumentales (casas o túmulos o postes), las grandes comunidades, altas densidades de población, la competencia de base económica, los elevados niveles de conflictos, banquetes, el precio de las novias, el culto a los antepasados y las sociedades secretas tendían a presentarse juntos y asociados a la explotación de recursos abundantes, capaces de producir excedente casi todos los años. Si las sociedades que presentan todas o algunas de estas características basan su subsistencia en la caza y recolección, yo las denominaría de «cazadores-recolectores complejos». Sin embargo, estas características también son típicas de muchas comunidades hortícolas y pastoriles (excepto por la gran movilidad de las pastoriles). Por ello utilizo el término «transigualitarias» para referirme a las sociedades que presenten la mayoría de estas características, tanto si su subsistencia está basada en la caza y recolección, la horticultura o en el pastoreo.

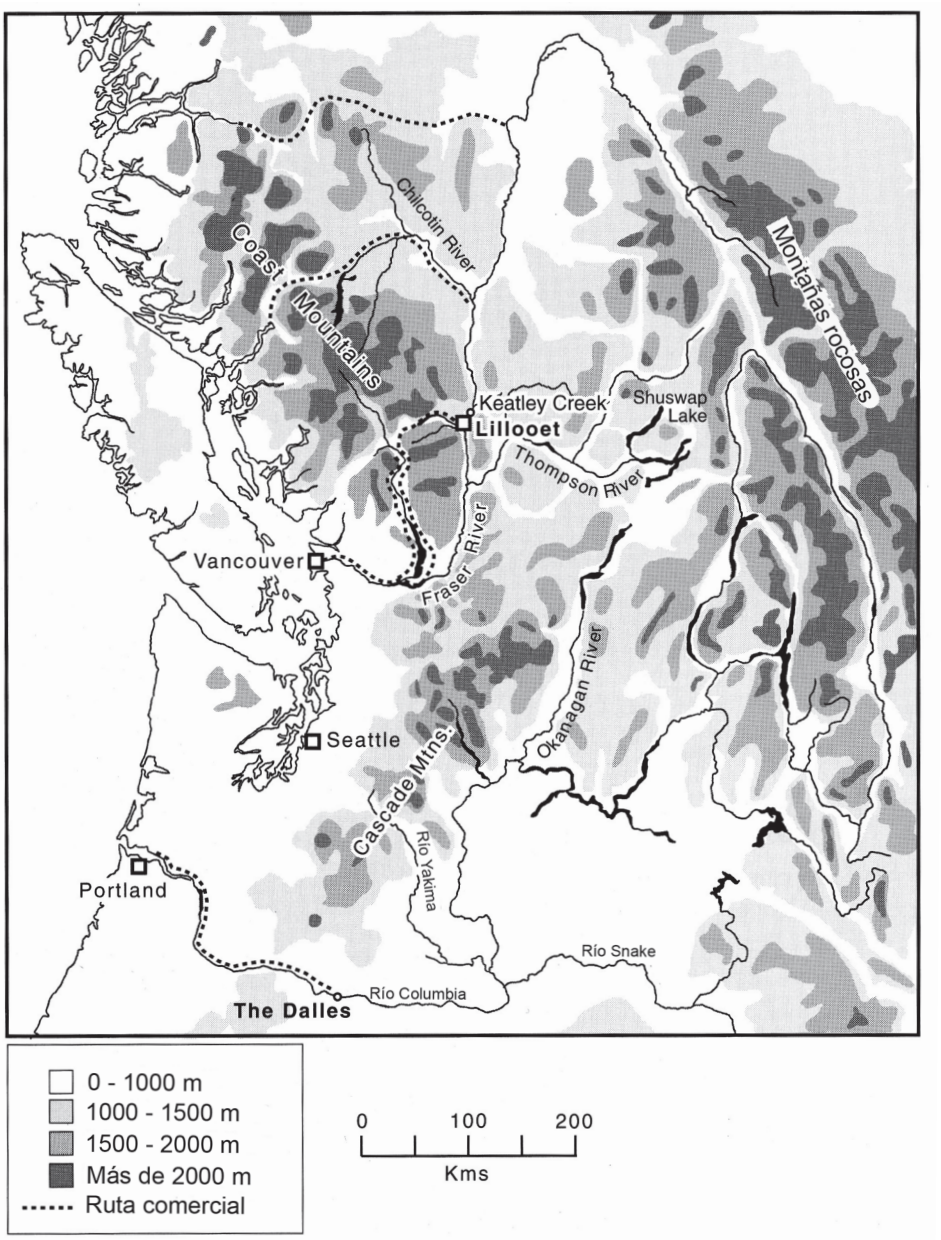


Figura 24. Localización de Keatley Creek sobre el río Fraser en BC. Está cerca de la pesquería más rica en salmón de toda la cuenca interior de este río productor de salmones tan importante.

Tratando de comprender cómo se utilizó la abundancia de recursos para transformar sociedades igualitarias en sociedades transigualitarias desarrollé una aproximación a la que ahora defino como «Ecología política» o más exactamente «Ecología paleo-política» (la Antropología aplicada utiliza el término «Ecología política» en sus análisis de cómo las élites y los políticos modernos explotan el entorno natural en su propio beneficio). En pocas palabras, Ecología paleo-política es el estudio de cómo fueron usados los excedentes en las sociedades tradicionales aldeanas para promocionar los intereses egoístas de ciertos individuos. Con los años he llegado a la conclusión de que hay dos componentes esenciales relacionados con esta cuestión. El primero es la existencia de una tecnología capaz de extraer y almacenar el excedente en un ambiente rico en recursos. El segundo se

refiere a las motivaciones y estrategias utilizadas por los individuos que buscan aumentar sus propios beneficios en términos de reproducción, poder, supervivencia o nivel de vida. Seguidamente explicaré esto con más detalle.

Tecnología y recursos

Es evidente que para producir excedentes debe haber abundancia de recursos, por lo menos estacionalmente. Tales condiciones deben haber existido siempre en distintas partes del mundo en los últimos dos millones de años, pero parece que los CR nunca pudieron aprovechar al máximo tal abundancia, posiblemente por sus limitaciones tecnológicas. Pudieron producirse cuellos de botella tecnológicos en la obtención, en el procesado o en el almacenamiento de los recursos estacionalmente abundantes. Sin embargo, yo sospecho que fue principalmente la falta de buena tecnología de almacenamiento lo que impidió el uso de esos recursos abundantes. Si se tiene que subsistir con recursos muy limitados durante la mayor parte del año, no tiene ninguna importancia el que existan unos pocos meses en los que se dé más alimento del que uno puede comer, a menos que esos alimentos puedan almacenarse para las épocas del año en que hay escasez. Aunque originalmente era escéptico en cuanto a la importancia de la tecnología de almacenamiento para explicar la aparición de sociedades de cazadores-recolectores complejas (como defendía Testart *et al.*, 1982), ahora me inclino a verlo como una clave potencial para comprender el desarrollo inicial de excedentes y la complejidad resultante.

El almacenamiento a largo plazo (de varios meses a varios años) es un fenómeno complejo y poco comprendido que implica muchos riesgos y una considerable inversión de tiempo de trabajo. Se deben construir instalaciones especiales para almacenar los alimentos. Se debe recoger bastante más de lo que se necesita almacenar, para compensar las pérdidas por insectos, deterioro, roedores, pájaros, osos, así como los riesgos de robo. El perfeccionamiento de los procesos para el secado exige conocimientos y habilidad y el corte de carne o pescado en tiras delgadas, para secar, lleva tiempo. Además las pautas de movilidad podían limitar el acceso a los alimentos almacenados cuando se necesitaban. Es decir, había muchos riesgos, problemas y costes implicados en el almacenamiento que no lo convertían inmediatamente en una estrategia atractiva. Sin embargo, si tal tecnología se perfeccionase proporcionaría a los que la usasen importantes ventajas demográficas y de supervivencia. De hecho este factor puede, en definitiva, constituir la diferencia crítica entre las adaptaciones del Paleolítico Medio y las del Superior en Europa.

Hay poca o ninguna evidencia de almacenamiento en el Paleolítico Medio, mientras que hay buenas evidencias de almacenamiento en el Paleolítico Superior, especialmente en Europa oriental y la llanura rusa (Soffer, 1989). Con el almacenamiento fueron posibles mayores densidades de población y mayor tamaño de los grupos. Esto solo ya pudo haber proporcionado ventajas competitivas a las comunidades del Paleolítico Superior en cualquier conflicto con los grupos del Paleolítico Medio. El tamaño grande de los grupos pudo, a su vez, hacer más productiva la estrategia comunal de caza, aumentando así la cantidad y seguridad en el abastecimiento de carne. En un procesado para almacenamiento las tecnologías laminares del Paleolítico Superior también cobran sentido, por la necesidad de cortar la carne en filetes largos y delgados para obtener un óptimo secado y ahumado en los procesos de conservación. El almacenamiento también pudo conducir al sedentarismo estacional, y en ciertos casos tal vez más prolongado, así como favorecer también la noción de propiedad privada ya que los alimentos almacenados representaban

una inversión suplementaria de trabajo y una inversión de cada *household* particular para su propia supervivencia. Además, como se ha dicho antes, cuando era posible, las familias debían tratar de recoger y almacenar, durante los tiempos de abundancia, significativamente más alimento del que necesitasen a fin de poder eliminar los riesgos de pérdidas durante el periodo de almacenamiento. Los alimentos almacenados no consumidos (cosa que debió producirse en muchos años normales) podrían haberse constituido en excedentes, que podían utilizarse en otras estrategias políticas o sociales, creándose así desigualdades políticas y sociales (lo discutiré más adelante).

La falta de tecnología de almacenamiento puede haber sido una limitación inicial en el desarrollo de sociedades más complejas, pero parece ser que también lo fueron las dificultades tecnológicas de obtención y procesado allí donde existían abundantes recursos de pescado y grano. En efecto, no parece haber habido tecnologías eficaces de pesca masiva o de recolección y molienda antes del Mesolítico. Sin embargo, una vez se desarrollaron tecnologías eficaces de obtención y procesado de pescado y grano, junto con la tecnología de almacenamiento, se pudo acceder a una verdadera abundancia de recursos que fueron efectivamente utilizados en muchas zonas del mundo. El porqué se dieron estos cambios tecnológicos es otro tema que necesitará tratarse en el futuro, pero sospecho que surgieron debido a escaseces episódicas de alimento, que lentamente animaron a explotar recursos alternativos. Pero el punto importante es que estos cambios tecnológicos en la subsistencia pueden documentarse fácilmente en el registro arqueológico y siempre preceden o coinciden con la creación de sociedades de CR complejas.

Motivaciones individuales y sus estrategias

El razonamiento hasta aquí es que las nuevas tecnologías de almacenaje, obtención y procesado produjeron abundantes recursos explotables allí donde había abundancia estacional de animales, peces o plantas. Esta combinación de factores daba lugar de forma recurrente a excedentes. Ahora es necesario determinar cómo los excedentes fueron usados para crear desigualdades de poder y riqueza. Respecto a eso, y de acuerdo con el modelo adaptativo de los CR simples, parecería que los individuos no tomaban más alimento que el que podían consumir personalmente; ni podían utilizar los alimentos para crear deudas, porque compartirlos era obligatorio y la reciprocidad estaba generalizada. Sin embargo, a partir de mi propio trabajo etnográfico en México y mis lecturas etnográficas, pronto se hizo patente que la situación era muy diferente entre los CR complejos y otras comunidades transigualitarias. En estas comunidades el excedente de alimento era utilizado para crear deudas y obtener ventajas. Los productos ya no se compartían a nivel de la comunidad. La reciprocidad tampoco era ya general.

Observando una serie de distintos escenarios y posibles caminos desde sistemas sociales de estricto igualitarismo a otros con propiedad privada y almacenamiento, comencé poco a poco a conceptualizar dos aspectos críticos que podían explicar las diferencias entre CR simples igualitarios y comunidades CR más complejas.

El primero es que las condiciones de abundancia conducían lógicamente a la eventual relajación de las prohibiciones contra la expresión y la pretensión de intereses egoístas individuales, «siempre que» tal conducta no afectase adversamente a la supervivencia del resto de la comunidad o a amplios segmentos de ella. Las comunidades estrictamente igualitarias eran costosas y difíciles de mantener debido a los aprovechados, al excesivo tiempo y esfuerzo gastados en inculcar y mantener unos valores de estricto igualitarismo

(a través de rituales penosos y largos, visitas regulares, redes sociales y vigilancia constante sobre casi todos, junto con los castigos contra cualquier transgresor que persiguiese sus propios intereses). Tales opiniones ya habían sido expuestas por otros (Wiessner, 1996; Cashdan, 1980; Ames, 2007) y ahora comenzaban a tener sentido.

El segundo elemento clave era la existencia, en las sociedades igualitarias, de individuos que querían, costase lo que costase, seguir sus intereses egoístas. ¿Pudo el deseo de perseguir sus propios intereses haber estado de alguna manera siempre presente en parte de las sociedades igualitarias, haber sido simplemente suprimido culturalmente para surgir después en condiciones más permisivas y entonces haber actuado transformando estas sociedades en sistemas más complejos, de desigualdad social? Los antropólogos culturales boasianos, sostenían que las personas estaban moldeadas por los valores culturales que se les enseñaba en la infancia. Aunque esto es ciertamente verdad para algunos aspectos de la conducta, yo sostengo que también hay un fuerte componente genético en gran parte del comportamiento humano. Y de todos los imperativos darwinianos para la supervivencia, la búsqueda del propio beneficio es el más importante. El comportamiento altruista es más difícil de justificar en términos de selección natural.

Así, mi razonamiento es que aunque la escasez y la fluctuación en los recursos puede inducir a las comunidades a restringir los comportamientos egoístas (o por lo menos a no dirigirlos hacia la explotación de recursos), las comunidades igualitarias probablemente no fueron capaces de erradicar por completo las expresiones egoístas, ni siquiera con la eliminación sistemática de aquellos individuos que no podían o no querían abstenerse de perseguir abiertamente sus propios intereses «económicos». De hecho hay unos pocos relatos en la literatura etnográfica sobre sociedades igualitarias de cazadores-recolectores acerca de individuos egoístas, que intimidasen y aterrorizasen a otros a fin de conseguir ventajas para sí mismos. Quizás el caso más extremado es el de un chamán inuit que deseaba casarse con una mujer en contra de los deseos de la familia de ésta. Para satisfacer sus deseos mató a la familia de la mujer y a otros que se le oponían (siete en total) y tomó a la mujer (Campbell, 1983: 20, 164-170). No son raros los relatos sobre mujeres huidas para casarse que acababan en pena de muerte o en su asesinato, incluso en el Desierto occidental de Australia (me contaron varios casos mientras estaba en el campo) o en las comunidades *¡Kung* o *Hazda*. Estos son claros ejemplos de individuos que no aceptan los valores del «sistema» que se les ha enseñado y que han escogido opciones que favorecen sus propios intereses emocionales y reproductivos —con riesgo considerable—. Y en el norte de Australia hay incluso un relato antiguo de un aborigen que asesinaba o agredía por pequeñas fruslerías o para robar mujeres (Love, 1936: 103-112). Además de esto, encontré que la vida aborigen, tanto hoy día como en los relatos de la vida pre-contacto, estaba llena de conflictos y quejas constantes presentadas contra individuos por infracciones o vulneraciones sociales. Ciertamente, ésta era la manera predominante de reprimir la búsqueda del propio interés pero estas sociedades estaban lejos de ser pacíficas, las acusaciones de violación de la ética igualitaria eran constantes y era necesaria una vigilancia y represión continuas. Es decir que los individuos que persiguen agresivamente sus propios intereses parecen haber existido en muchas, sino en todas, las sociedades igualitarias de CR, pero su comportamiento era reprimido sistemáticamente, o bien eran eliminados.

También parece claro que estos individuos eran casos excepcionales y que la mayoría de la gente, la mayor parte el tiempo, seguían principios igualitarios de conducta. Así comencé a desarrollar la idea de que en todas las poblaciones humanas grandes aparecía de forma natural una variabilidad respecto a la búsqueda del interés propio. En un extremo de esa variabilidad había el tipo de personalidad que se comportaba de forma extremada-

mente altruista. En las sociedades actuales dedican sus vidas a ayudar a los pobres, dan la mayor parte o todo el dinero de que disponen, e incluso arriesgan sus vidas por los demás trabajando en contextos epidémicos o en áreas de conflicto. Son las Madre Teresa del mundo y los voluntarios de Médicos sin Fronteras. Estoy seguro de que la mayoría de los lectores conocen a alguien con alguna de estas tendencias.

En el otro extremo hay gente con personalidades que sólo piensan en sus propios intereses o sólo piensan en los intereses ajenos cuando son parte de un plan para avanzar en sus propios beneficios y ventajas. A menudo no les importan los efectos que pueda tener sobre otras personas su búsqueda de la riqueza y poder. Así, ha sido corriente que algunos «emprendedores» hayan desarrollado industrias que contaminan o envenenan los ríos con tal de que los negociantes pudieran sacar más provecho, que se hayan eliminado grupos de nativos para que individuos colonizadores pudieran cultivar la tierra o explotar sus minas, endeudar a los trabajadores de fábricas, estafar a los ancianos sus ahorros de toda la vida, prostituir niños y muchos otros comportamientos de esta clase. En el último extremo de este espectro están lo que yo denomino «sociópatas» o «sicópatas»-personalidades que no muestran empatía emocional por otras personas y que parecen no tener moral ni conciencia social. Personas que son frecuentemente agresivas en la busca de su propio provecho. En *Without Conscience,* un trabajo definitivo sobre este tema, Robert Hare (1993) incide en un punto importante: que los tipos de personalidad sociopática se dan en todas las sociedades, en todas las clases sociales y en todo tipo de educación familiar. El concluye, por lo tanto, que hay (y probablemente siempre hubo) un importante y universal componente genético en este tipo de personalidad.

Igual que en otros rasgos influidos por la genética, como la altura y el peso, la distribución de las conductas en una escala de valores desde el altruismo al autointerés parece estar representada por una curva-campana de Gauss, con unos pocos casos extremos en una población grande, pero con una mayoría de gente presentando valores medios. De hecho la mayoría de las personas prefiere dedicar la mayor parte de su tiempo y energía en sus propios objetivos, pero también normalmente son felices estando con otras y ayudándolas. La mayoría de la gente ahorra o gasta sus ingresos para sus propios proyectos y placeres, pero también hacen caridad o hacen préstamos a amigos necesitados o compran regalos para otros. El comportamiento promedio (el punto de equilibrio entre la ayuda comunitaria a otros y la persecución de fines individualistas) puede variar dependiendo de la economía y de otras condiciones, pero el punto clave es que en cualquier población numerosa está siempre representada toda la variabilidad completa de comportamientos. En términos evolucionistas ambos extremos pueden ser adaptativos bajo determinadas condiciones futuras posibles, es por ello que se mantiene toda esa variabilidad, por si es necesario hacer frente a circunstancias imprevistas. Sin embargo, los valores más frecuentes son generalmente los que están adaptados a las circunstancias imperantes.

Algunas críticas a mi enfoque sostienen que yo considero maquiavélica a toda la gente. No es cierto. De hecho, trato de describir «toda la serie» de personalidades de la gente. Sólo mantengo que los individuos que persiguen agresivamente sus propios intereses constituyen una pequeña parte, pero extremadamente poderosa, entre todos los tipos de personalidad existentes en todas las poblaciones. Están altamente motivados para producir cambios que transgreden las restricciones igualitarias, y sugiero que probablemente han sido los responsables de las transformaciones culturales fundamentales de los últimos 40.000 años que ha podido documentar la arqueología.

Así podemos partir de que en todas las poblaciones grandes (incluso en las culturas más igualitarias) existen, por lo menos, unas pocas personas que persiguen incontrola-

damente sus propios intereses y que se arriesgan para lograr beneficios para sí mismos. Estos son los individuos a los que me refiero como tipos de personalidad *aggrandizer* (que buscan agrandar sus riquezas) o «triple A»: personajes ambiciosos, asociales/no empáticos, agresivos, acumuladores, acaparadores. Entre cazadores-recolectores simples, los individuos que no podían controlar estos impulsos a pesar de severas sanciones y a prácticas de aculturación, eran expulsados de la comunidad o muertos. Hoy son encarcelados o confinados en otras instituciones. En tiempos de guerra o de competición económica intensa, su implacabilidad en cambio puede ser valorada mucho más positivamente. Pero, personas con expresiones menos extremas de este tipo de comportamiento a menudo tienen éxito en los negocios y en la política en las sociedades contemporáneas, e impulsan constantemente cambios en las políticas que les benefician principalmente a ellos o a sus asociados. Parece razonable sugerir que, en el pasado, gente de este tipo también presionó para cambiar las sociedades y acomodarlas a sus ansias de procurar por sus propios intereses. Cuando ya no fue necesario forzar rigurosamente a un comportamiento igualitario, estos individuos fueron más libres para encontrar las maneras de conseguir sus propios fines.

Los *aggrandizer* desarrollan muchas estrategias

Así pues sugiero, que cuando las nuevas tecnologías de obtención, procesado y almacenamiento (principalmente en el Mesolítico) hicieron posible asegurar en circunstancias normales (algunos periodos de escasez son inevitables bajo condiciones tradicionales) la satisfacción de las necesidades de subsistencia para la gran mayoría de las familias, los *aggrandizer* ambiciosos comenzaron a explorar las maneras de aumentar sus propias riquezas, poder y otras ventajas, sin provocar reacciones negativas de la comunidad contra ellos. ¿Cuáles fueron las estrategias más corrientes y de éxito que se desarrollaron según la documentación etnográfica? Examinemos primero las estrategias de subsistencia. Como hemos discutido anteriormente, para poder utilizar los recursos alimentarios en cualquier estrategia de promoción de los intereses individuales, es necesario ejercer el control individual sobre los recursos. Así el primer cambio de valores importante que necesitaban estos *aggrandizer* era conseguir «la propiedad privada». El desarrollo de la tecnología de almacenamiento se prestaba admirablemente a reclamar y defender la propiedad privada o familiar, debido al trabajo extra invertido en almacenar alimentos y al deseo de poder disponer en el futuro de lo almacenado.

En el yacimiento *Keatley Creek* todas las grandes residencias están asociadas a pozos de almacenamiento y ambos, residencias y pozos, parecen haber sido propiedad privada de grupos individualizados de hogares, dada su clara asociación con hogares individuales dentro de las estructuras (figura 25). Indudablemente existieron también almacenes elevados, como se documenta en el registro etnográfico (Alexander, 1992), aunque son extremadamente difíciles de detectar arqueológicamente, dadas las modestas dimensiones de los agujeros de los postes y la relativa falta de artefactos u otras características asociadas con las estructuras de almacenamiento. La existencia de objetos de prestigio constituían otros indicadores de propiedad privada ya que, etnográficamente, los ítems altamente valorados que requieren un trabajo intensivo eran considerados en general riqueza de propiedad individual o corporativa. Transculturalmente, tales objetos no son considerados propiedad privada entre cazadores-recolectores igualitarios sino solo objetos rituales raros, de propiedad comunitaria, que suelen esconderse lejos de las áreas residenciales normales (Hayden, 1998).

Las inversiones no habituales en tecnologías extractivas (tales como la construcción de plataformas de pesca o de vallas para la conducción de la caza), pudieron también ser reclamados de forma convincente como propiedad privada personal, familiar o corpora-

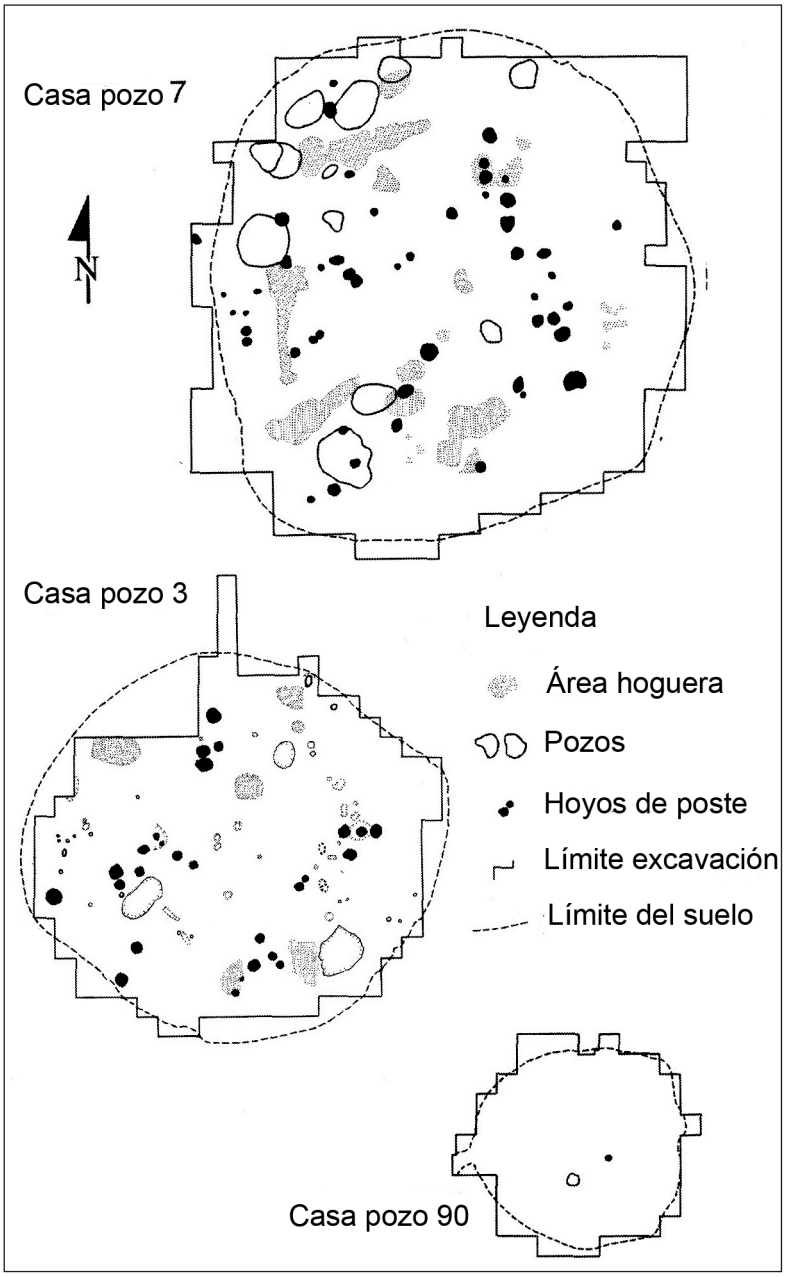


Figura 25. Planta del centro del yacimiento y del piso de ocupación de la casa pozo 7 en Keatley Creek mostrando la localización de los hogares familiares individuales y los grandes silos de almacenamiento en esta gran casa. Casas pozo más pequeñas como la 90 pocas veces tienen silos grandes, lo que indica su productividad e importancia menores.

tiva y convertirse en un argumento para reclamar también la propiedad sobre los lugares con recursos y sobre sus productos (figura 26). En *Keatley Creek*, había diferentes rangos y frecuencias en tamaño y edad de los restos de salmón en diferentes *households* (figura 27) (ver también Speller *et al.*, 2005). La explicación más plausible para estas diferencias

es que algunas familias tenían acceso privilegiado o propiedad sobre las mejores rocas o plataformas de pesca, donde se podían obtener los salmones más grandes y de más edad (Berry, 2000). Un segundo indicador de propiedad sobre zonas de obtención de los recursos utilizados por residentes de *Keatley Creek*, es la presencia diferencial de las distintas variedades de materias primas líticas que se han encontrado en las distintas grandes residencias corporativas. Examinando las distribuciones de objetos líticos procedentes de diferentes áreas-fuente, queda claro una vez más que distintos grupos corporativos residenciales tenían acceso privilegiado a diferentes áreas-fuente líticas de las montañas circundantes. Esto no sólo proporcionó una evidencia del uso relativamente exclusivo de zonas específicas de las tierras altas por parte de diferentes grupos corporativos en el pasado, sino que el hecho de que durante aproximadamente mil años persista la misma composición diferencial de las materias primas líticas procedentes de las diferentes áreas-fuentes en las acumulaciones de basura de las mismas casas, indica que el mismo lugar donde se ubicaban las casas pudo haber sido propiedad del grupo corporativo y que la propiedad de la casa y de los lugares con recursos fue pasando de una generación a la siguiente dentro del mismo grupo corporativo (Hayden *et al.*, 1996). Fue esencialmente el mismo modelo que mis alumnos y yo encontramos entre las residencias corporativas en *Tana Toraja*, donde las residencias corporativas principales eran reconstruidas más o menos cada 50 años durante un periodo de 500 años exactamente en el mismo lugar que las estructuras corporativas residenciales precedentes, según la tradición oral.

Con la adopción de nuevas tecnologías de obtención, procesado y almacenamiento en zonas de abundantes recursos, la única excusa para tener hambre era la pereza, no las vicisitudes del suministro de recursos como ocurría entre CR simples. Si alguien estaba hambriento era sólo por su culpa. En estas circunstancias los *aggrandizer* pudieron disponer de sólidos argumentos para que los productos del trabajo de la familia fueran propiedad de cada familia. Sin embargo, cuando cambiaban las condiciones, como debía suceder inevitablemente de vez en cuando, y había escasez general de alimentos se suspendía, por lo menos temporalmente, la propiedad privada de los recursos críticos para permitir sobrevivir a todos e incluso habría fuertes presiones sobre los que tenían cantidades de alimentos importantes almacenadas para que los compartiesen con los miembros hambrientos de la comunidad —una reversión a comportamientos éticos más igualitarios (Hayden, 1996)—. Pero, cuando las condiciones normales volvían, otra vez habría reclamos y se reconocería la propiedad privada. Así la propiedad privada parece tener sentido sólo bajo condiciones de abundancia y éste es el elemento clave en el modelo de Ecología paleo-política que explica la aparición de desigualdades.

Pero aún existiendo esas capacidades de conservar el control sobre su propia producción y de acumular algún excedente alimenticio ¿cómo pudieron los *aggrandizer* ambiciosos utilizar tales excedente para generar beneficios? Una familia individual puede comer sólo una cantidad limitada de alimento y cualquier cantidad sobrante eventualmente puede estropearse. Yo sugiero que los *aggrandizer* inventaron toda una serie de estrategias para utilizar los excedentes de alimentos. Hay toda una serie de combinaciones de estrategias que caracterizan las diferentes culturas de distintas partes del mundo. Por eso paso ahora a tratar las más comunes e importantes de estas estrategias.

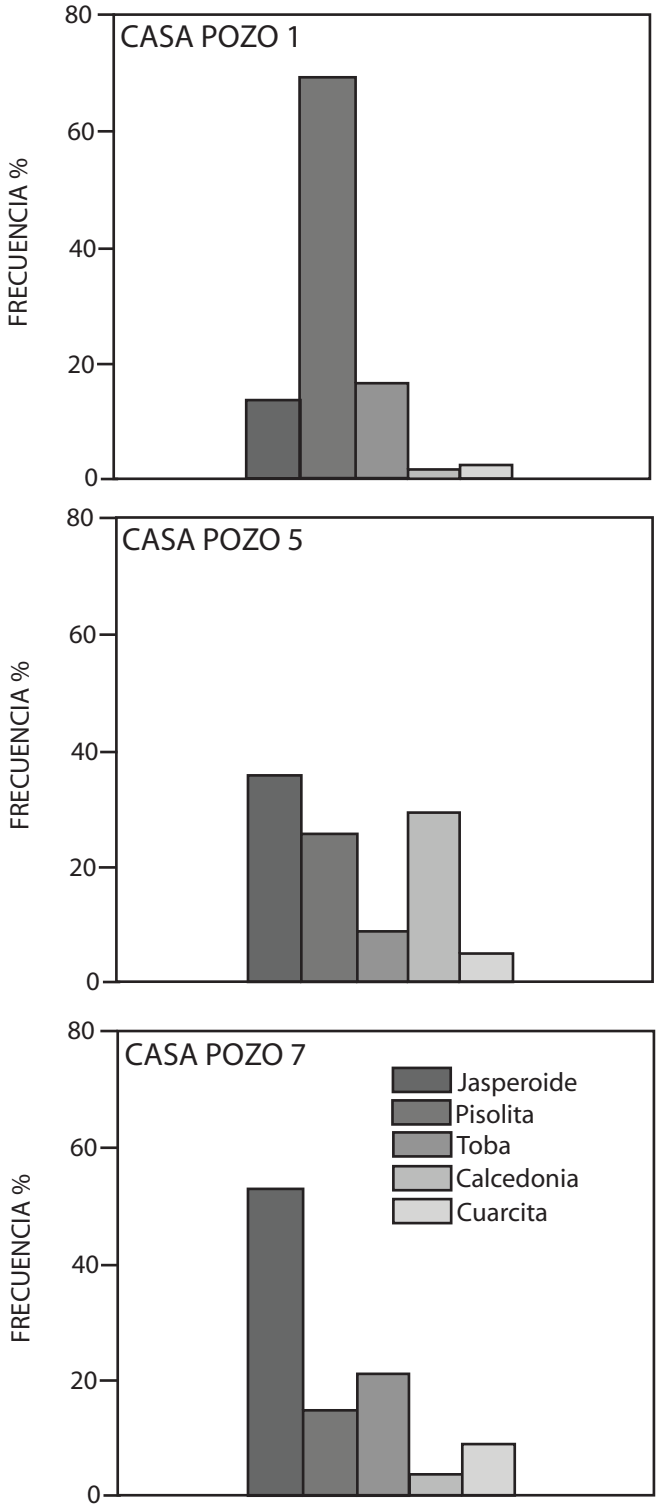


Figura 26. Histogramas de frecuencia de las diferentes materias primas líticas en las casas pozo. Cada casa pozo grande parece haber tenido acceso exclusivo a diferentes tipos de materias primas líticas. Esto se puede apreciar claramente en estos histogramas de frecuencias de los diferentes materiales de tres grandes casas pozo. Estas diferencias continúan a lo largo de toda la historia del depósito de cada estructura, indicando que la propiedad por parte de un grupo corporativo continuó a lo largo de mil o más años.

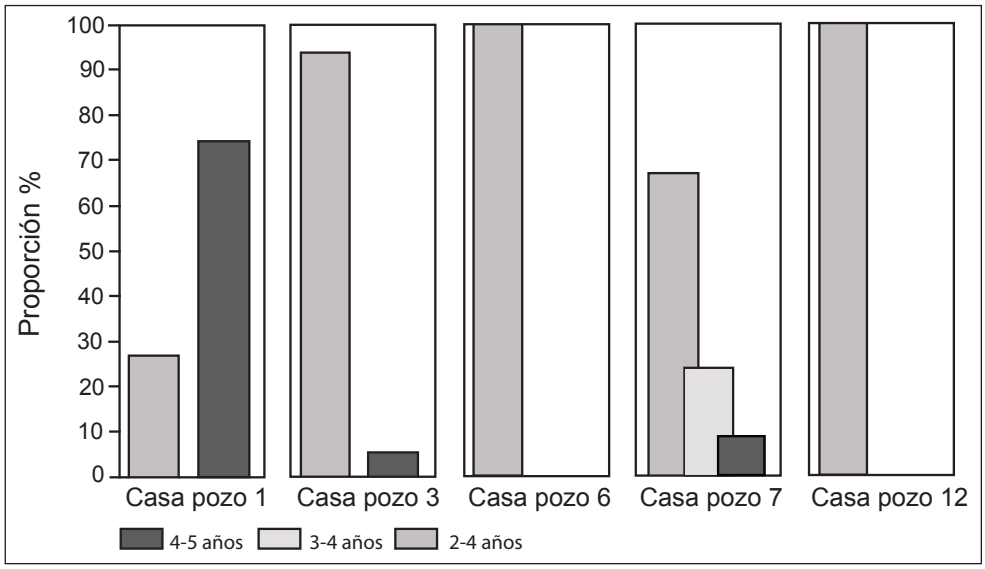


Figura 27. Las casas mayores de Keatley Creek tenían acceso a salmones mayores (3 a 6 años de edad) como muestra el histograma de edades de las vértebras de salmón de cada casa pozo. La casa pozo 1 y 7 son las más grandes que hemos analizado y probablemente tenían la propiedad sobre plataformas o rocas especiales desde las que se podían capturar salmones mayores. Las casas pozo 4 y 12 eran pequeñas residencias en las que sólo aparecían salmones de 2 años, probablemente capturados cerca de la orilla del río. La casa pozo 3 es una estructura de tamaño mediano.

Banquetes

Basándose en las tendencias primarias de compartir alimento para crear relaciones sociales, políticas o sexuales favorables, los *aggrandizer* pudieron haber descubierto en muchas partes del mundo que regalando alimento podían crear un grupo de apoyo que les respaldase en sus propósitos para otros tipos de comportamientos aparentemente inocuos o para cambiar los valores. Un cambio adicional que pudo fácilmente promoverse mediante la cooperación de un grupo, incluso pequeño, de *aggrandizers* pudo ser el compromiso de establecer intercambios recíprocos, en forma de invitaciones a banquetes pero especialmente en forma de regalos de comidas especialmente valoradas o de otros ítems también valiosos. No era necesario que toda la comunidad participase en este sistema de banquetes para que funcionase, de hecho al principio sólo debió estar involucrado un pequeño numero de personas. Pero las ventajas de participar debieron hacerse rápidamente evidentes para mucha gente, y los promotores de banquetes pudieron animar activamente a más personas a que participasen, persuadiéndolas o mediante regalos. Sin embargo, la aceptación de invitaciones y regalos podía ser un anzuelo que también implicaba un convenio, casi contractual, de reciprocidad obligatoria. Así, recibir regalos implicaba la obligación de producir por lo menos el suficiente excedente para devolver los regalos y corresponder a los banquetes. Este fue un elemento crítico para establecer «el principio de las deudas», así como para establecer una estructura de endeudamiento dentro de las comunidades que podía ser dominada y manipulada por aquellos que tenían mayor acceso a los alimentos y otros recursos. La estructura de deudas era esencial para presionar a los individuos para que aprobasen las peticiones de cambio de los *aggrandizer* y para crear redes cada vez más complejas de organización social y política, como ilustra tan bien el film de Andrew Strathern, *Ongka's Big Moka.*

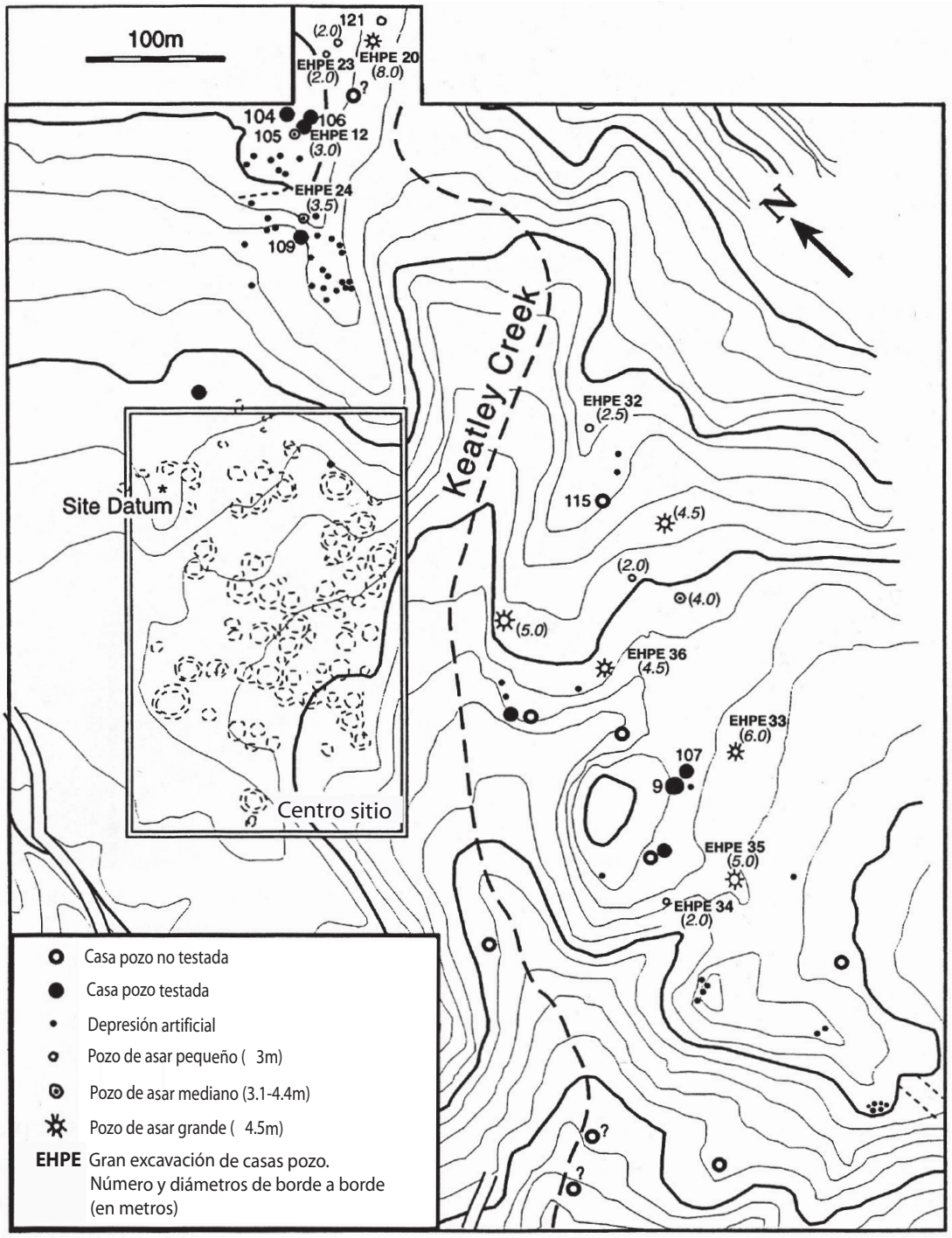


Figura 28. Los pozos de asado grandes de Keatley Creek se sitúan casi siempre en la periferia del sitio cerca de pequeñas estructuras que se interpretan actualmente como de carácter ritual. Estas pequeñas estructuras periféricas (estructuras 9 y 104-112) pueden haber sido las sedes de sociedades secretas, que suelen ser el lugar de celebración de grandes banquetes.

De igual forma, ofrecer banquetes a invitados bien valorados podía usarse para ayudar a establecer o consolidar relaciones importantes entre familiares o entre redes familiares, con familias que podían proporcionar esposas potenciales, con potenciales aliados militares, con potenciales aliados políticos o partidarios y con otros ricos, posibles socios del sistema de banquetes. También podían usarse los banquetes para anunciar un éxito

propio en los campos económico, social o político (especialmente exponiendo objetos de prestigio), así como para ayudar a organizar grupos de trabajo para emprender proyectos a gran escala tales como construir nuevas casas, retechar casas viejas, construir empalizadas para conducir la caza o incluso trabajos de minería, o para mover grandes piedras.

Así los banquetes proporcionaban un medio esencial para transformar excedentes de alimentos en importantes beneficios de supervivencia, reproducción y bienestar. Frente al éxito de los *aggrandizer* con sus banquetes, la gente que declinaba participar en los círculos de banquetes o consideraban el coste demasiado alto, pronto se encontraba sin aliados militares o al menos con aliados inferiores, con insuficiente respaldo político en los conflictos de la comunidad y con malísimas perspectivas de matrimonio para sus hijos. Una vez un *aggrandizer* agresivo abría la puerta al banquete, era muy difícil cerrarla mientras el recurso base pudiese mantener un excedente de producción. Y cuanto mayor fuese el potencial de excedente, mayor la magnitud de las deudas que podía crear y mayores las consecuencias de fallar en las obligaciones que comportaba el banquete. Así, las ventajas competitivas en defensa, reproducción y poder político proporcionadas por los banquetes creaban una fuerte presión constante para el incremento de la producción de alimentos.

Aunque los banquetes pueden ser difíciles de detectar arqueológicamente (hay una falta de testimonios arqueológicos de la existencia de banquetes en la Costa Noroeste), en *Keatley Creek* hemos sido afortunados al identificar bastantes consecuencias materiales de banquetes de relativamente gran escala, así como de banquetes al nivel del *households* (del tamaño de una corporación). Estos indicadores incluyen pozos para asar raíces de hasta tres metros cúbicos, alguno de hasta ocho metros de diámetro, capaces de procesar bastantes metros cúbicos de raíces (Hayden y Cousins, 2004). Estos pozos de asar estaban asociados espacialmente con estructuras rituales (que trataré más adelante), indicando que posiblemente eran utilizados en rituales (figura 28). Hay también cierto número de pozos de asar carne que sólo están en la zona de estructuras rituales (Hayden y Adams, 2004). Además, alguna de las grandes residencias corporativas contienen, o están muy próximas a, pozos de asar vegetales posiblemente utilizados para preparar cantidad de alimentos para los banquetes en las residencias corporativas. En éstas también hay zonas temoalteradas inusualmente grandes asociadas a unidades domésticas internas seleccionadas, indicando de nuevo, aparentemente, grandes fuegos no habituales utilizados en ocasiones especiales tales como banquetes o celebraciones rituales. La existencia de parafernalia de prestigio y ritual (especialmente restos de animales «poderosos», pero también cobre, cuentas de concha y huesos grabados) en estas mismas residencias corporativas y en lo que parecen las estructuras rituales, apoyan la idea de banquetes, ya que estos objetos de prestigio ritual eran mostrados al público expresamente durante los banquetes, como explicaremos seguidamente.

Bienes de prestigio

La creación de bienes de prestigio simultáneamente con los banquetes fue otra estrategia que, sugiero, usaron los *aggrandizers* para convertir el alimento en otros elementos más duraderos, así como para crear estructuras de deuda, asegurar la producción de excedentes y manipular la riqueza. En contraste con la tecnología práctica se utilizaban tecnologías de prestigio para resolver problemas socio-políticos (Hayden, 1998). Los bienes de prestigio están llenos de simbolismo y significado a muchos niveles, y el claro propósito

es gastar en su manufactura tanto excedente como sea posible, más que producir algo que sea lo más eficiente posible.

Muchas veces los bienes de prestigio no tienen ninguna función práctica ni utilitaria (como las joyas, esculturas y tatuajes). Antes de la aparición de cazadores-recolectores-complejos, los objetos de prestigio eran extremadamente escasos y dedicados a rituales comunales. Con la aparición de líderes ricos, en el Paleolítico Superior, en zonas favorecidas de Europa aparece una variedad de tecnologías de prestigio, desde cuentas de marfil a obras maestras del arte rupestre (Hayden, 2001, 2008). Estos objetos no fueron ya utilizados exclusivamente en contextos rituales comunales sino que, al principio del Paleolítico Superior, muchos estaban asociados a individuos y eran enterrados con ellos. Esto es el comienzo de lo que Johnson y Earle (1987) llaman «economía política» (frente a la economía de subsistencia).

Cuando los arqueólogos excavan los restos de sociedades pasadas que utilizaron objetos de prestigio ¿Cómo pueden interpretarse estos restos? Si observamos una amplia serie de sociedades transigualitarias, vemos que hay cinco roles clave para los que se utilizan más corrientemente los objetos de prestigio, y estos roles pueden utilizarse como guía para comprender la forma más probable de cómo los objetos de prestigio fueron utilizados entre las sociedades transigualitarias prehistóricas (Hayden, 1998). Los cinco roles mas normales que cumplen dichos objetos de prestigio son:

1º Como medio de transformar el excedente alimentario en otras formas materiales más duraderas y más transportables.

2º Utilizados como indicadores de la magnitud del propio excedente de producción y como muestra del éxito.

3º A muchos niveles se hicieron necesarios para validar cualquier compromiso político o social importante (especialmente matrimonios, acuerdos de paz, pactos de guerra, ascensión a posiciones de poder, asociaciones de comercio, pero también como muestra de respeto y alianza a todos los niveles de la *household*).

4º Puesto que los ítems de prestigio se hicieron críticos para el matrimonio y la supervivencia social, dar o prestar objetos de prestigio «creaba deudas» y una estructura de poder inherente. Y ya que las *households* competían por estas ventajas, era constante la presión para producir tanto como fuese posible y apropiarse de lo máximo posible. Como se resume en la película, *The International* (2009*)*: «si controlas las deudas, lo controlas todo».

5º Los ítems de prestigio eran también muy usados como sustitutos de la vida humana. En los matrimonios, en lugar de que las familias pidiesen una esposa a cambio de la esposa que proporcionaban, se pagaba en riqueza a la familia que proporcionaba la esposa. En la guerra o en litigios en lugar de pedir ojo por ojo o vida por vida, los objetos de prestigio permitían saldar un agravio de muerte con una compensación en riqueza.

Los objetos de prestigio seguramente eran utilizados muy a menudo en los banquetes para uno o más de los propósitos anteriores.

En *Keatley Creek* y en yacimientos cercanos contemporáneos, hay una amplia serie de objetos de prestigio. Los que se usaron más probablemente para ostentación y regalos en banquetes u otros rituales, incluyen: conchas de dentalium y cuentas discoidales de concha procedentes de la costa (a unos 300 kilómetros), brazaletes de concha, botones de

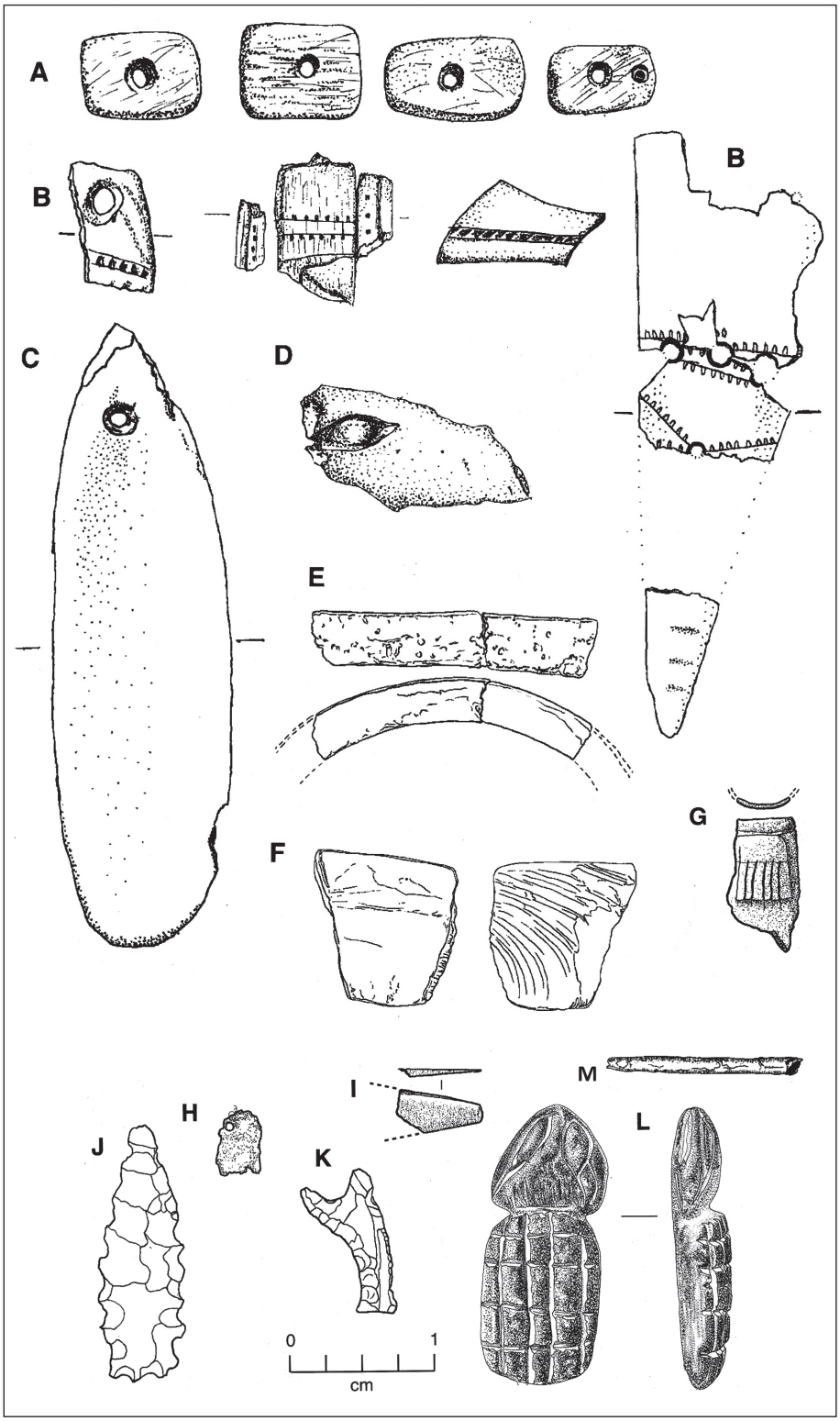


Figura 29. Estos son algunos de los objetos de prestigio hallados en Keatley Creek. Incluyen: A, B) joyería en hueso, C) bramadera, D) figuritas, E) brazaletes de concha, F) azuelas de concha, G) pipas de esteatita, H) laminilla de cobre perforada, I) instrumento afinado de nefrita, J) colgante tallado y serrado de nefrita, K) un fragmento lítico tallado excéntricamente, L) escultura en piedra, M) cuenta tubular de cobre, y muchos otros ítems similares.

hueso (aparentemente cosidos en la ropa como elementos decorativos de forma similar a las mantas decoradas con botones que conocemos etnográficamente), peines de hueso, pipas de esteatita, cuentas tubulares y plaquitas de cobre, pigmentos raros como el grafito, piezas planas de hueso decoradas (con perforaciones para colgarlas), huesos de alas de rapaces y colimbos, piezas de oso o de lobo y de asta aparentemente usadas en vestidos, esculturas zoomórficas de piedra o hueso. Raspadores y raederas corticales para el trabajo de la piel son un testimonio adicional de la producción de valiosas pieles de ante como las registradas etnográficamente (Tepper, 1987; Hayden, 1990) y éstas eran usadas, también sin duda, principalmente en rituales y banquetes. Otros objetos de prestigio, de propiedad personal, debían constituir también muestras de estatus y riqueza: hachuelas y cuchillos de nefrita, empuñadura de asta para palos cavadores, porras de hueso de ballena para el salmón, descortezadores de asta, peines de hueso, distintos colgantes de piedra tallada y de piedra pulida, manos de mortero de piedra pulida con cabezas zoomórficas, y bifaces finamente manufacturados (figura 29). Así pues, hay una notable diversidad de objetos de prestigio en *Keatley Creek* y sus alrededores. Los objetos eran importados a menudo desde cientos de kilómetros. Consecuentemente, parece ser que los objetos de prestigio jugaron un importante papel en la dinámica sociopolítica de las estrategias de los *aggrandizer* en *Keatley Creek*.

Inversiones en los niños

En muchas sociedades transigualitarias, controlar los matrimonios es clave para ganar más control y conseguir posiciones de poder más exclusivas. No solamente se debía pagar por las esposas (esto obligaba a los individuos solteros a producir u obtener las sumas requeridas) sino que las familias ambiciosas intentaban aumentar el valor de sus niños, invirtiendo en ellos un excedente de riqueza a través de una serie de banquetes y rituales durante los cuales se le daba riquezas al «padrino» o testigo y/o los niños y eran espléndidamente festejados, algo un poco parecido a las modernas fiestas de «presentación en sociedad». Cuando se producía el compromiso de matrimonio de estos niños se pedía un precio mucho más alto, debido al valor realzado del niño. En casos extremos sólo los individuos procedentes de las familias más ricas podían conseguir casarse entre ellos y, para los más ricos, frecuentemente las esposas sólo se podían encontrar en otras comunidades.

Desgraciadamente en *Keatley Creek* no se ha encontrado ningún enterramiento y mucho menos de niño. Sin embargo, en el cercano y contemporáneo yacimiento *Bell*, a sólo 5km de distancia, Amoud Stryd (1973, 1981) excavó un enterramiento de niño con 246 cuentas de dentalium, una figurita de asta con un motivo de hembra/serpiente de cascabel, un colgante de esteatita con una cara grabada, cinco piezas de una pipa de esteatita convertidas en colgantes, una escultura de un oso en arenisca de grano fino, un cristal de cuarzo y un peine de asta con la representación de dos pájaros. Esto es precisamente lo que uno puede esperar si el niño iba ser utilizado como inversión para futuros matrimonios e intercambios. De forma similar, Schulting (1995: 158) llegó a la conclusión que en la prehistoria, los niños, incluso lactantes, eran enterrados a menudo con objetos preciosos en todo el *Northwest Plateau*. Así pues, hay buenos indicadores, al menos en cuanto a riqueza, de que los matrimonios eran arreglados y que implicaban pagos importantes (creando deudas y poder en base a préstamos). Por todo el *Plateau* y específicamente en los alrededores de *Keatley Creek*, parece que los niños eran utilizados como inversión.

Tomando en cuenta todo lo anterior parece que esta estrategia de los *aggrandizer* está bien atestiguada en el Interior.

Acceso a lo sobrenatural

A fin de tener mejor control sobre la información política y asegurarse una sólida justificación para ejercer un poder corporal excesivo y adquirir cantidades desproporcionadas de riqueza, los *aggrandizer* a menudo intentaron limitar el acceso a lo sobrenatural y al poder espiritual que podía desprenderse de tales contactos. Elevar a sus propios antecesores a la categoría de espíritus poderosos capaces de otorgar riqueza fue una de las técnicas utilizada con ese objetivo. Otra técnica frecuente implicaba la creación de sociedades secretas en las cuales las personas situadas en el rango superior de la organización se comunicaban directamente con poderosas fuerzas espirituales. Sólo los ricos podían permitirse pagar los costes de iniciación para estas altas posiciones. Una tercera técnica fueron las jerarquías chamánicas, que demandaban un elevado coste en la formación necesaria para alcanzar lo mas alto de la jerarquía. Todas estas técnicas permitían a los que tenían acceso privilegiado a los poderosos espíritus sobrenaturales interpretar las necesidades y deseos de éstos espíritus para el resto de la comunidad y requerirle trabajo, producción y aporte de riqueza.

La fase más reciente de las excavaciones en *Keatley Creek* se ha centrado explícitamente en una serie de pequeñas estructuras situadas en zonas concretas, a 100-200 metros del centro del sitio (figura 28, ver también Hayden y Adams, 2004). Su situación aislada, su asociación espacial con grandes pozos de asado, sus raros hogares delimitados con piedras, sus excepcionales capacidades de almacenamiento, sus excepcionales conjuntos lítico y faunístico (incluyendo decoraciones de botones de hueso, dentalium, un cuchillo bifacial en forma de creciente, raros bifaces con cola en abanico, restos de rapaces, lobo, colimbos y perro), todo indica que eran algún tipo de estructuras especializadas. Por el momento la mejor candidatura para sus funciones es la de estructuras rituales. Dado su pequeño tamaño (por lo tanto para un grupo selecto) y su situación apartada, pienso que estas estructuras adquieren sentido como construcciones para rituales o banquetes de sociedades secretas. Etnográficamente tales sociedades eran prevalentes tanto en la cultura de las sociedades de la NWC como en las del Interior, alrededor de *Keatley Creek*. Esta parece ser la primera evidencia reconocida en el registro arqueológico regional del Noroeste, de estructuras rituales especializadas. Y estas estructuras se ajustan al modelo de ecología paleo-política de estrategias de *aggrandizer* que he definido anteriormente.

Otras estrategias

Todas las estrategias más corrientes de los *aggrandizer* que acabamos de explicar crean fuertes presiones sobre las otras *household* para producir más, adquirir más y ceder alguna parte de su producción a los que están a la cabeza de las distintas jerarquías de parentesco, políticas, de intercambio o rituales. Además de estas estrategias comunes, hay otras auxiliares o aparte que los *aggrandizer* han desarrollado a menudo pero que aquí sólo mencionaré (para más detalles ver Hayden, 2001). Algunas de éstas incluyen: provocar o calmar acciones de guerra en propio beneficio; crear multas y penalizaciones para una amplia gama de infracciones sociales o espirituales, y comprar la conformidad

de individuos recalcitrantes. Es difícil sino imposible, detectar alguna de estas estrategias en restos arqueológicos, especialmente las multas, la cooptación de la oposición y los efectos de algunos pagos, sin embargo otras estrategias, como las acciones de guerra, sí son susceptibles de verificación arqueológica.

Conclusiones

Así pues, desde mi punto de vista, es la motivación por aumentar los propios beneficios por parte de una pequeña parte de la población, de un extremo del espectro de los tipos de personalidad humana (*aggrandizer*), lo que ha creado el sistema de valores transigualitario (y más complejo): con propiedad privada, veneración de los antepasados, sociedades secretas, precio de la novia, banquetes... Este sistema está en el origen de desigualdades y jerarquías de poder abiertas y encubiertas. Además, las nuevas y poderosas presiones competitivas para adquirir beneficios continuamente impulsa a ciertos sectores de cada comunidad a encontrar nuevas formas de producir más y más eficazmente y a adquirir nuevas formas de riqueza y objetos de prestigio. Yo sostengo que esta presión explica el ritmo exponencial de cambio y crecimiento económico que han experimentado muchas partes del mundo desde los comienzos de los CR complejos —las primeras sociedades transigualitarias—. Así pues, no es accidental que aparezcan nuevas tecnologías entre los CR complejos mucho antes de que apareciesen en las comunidades agrícolas. El uso de metales, la alfarería, los objetos lacados, la joyería, la arquitectura monumental, las construcciones tumulares, las embarcaciones de mar abierto, la adquisición de materias raras a larga distancia (jade, obsidiana, lapislázuli, conchas marinas, galena, hojas de mica), la esclavitud, los poblados permanentes, «todas aparecieron primero en el contexto de CR complejos, no de agricultores».

Sin embargo, otra innovación ha sido tratada a menudo de forma completamente diferente. Desde mi punto de vista la domesticación de plantas y animales se ajusta al mismo patrón de desarrollo y puede atribuirse a las mismas fuerzas, especialmente a las relacionadas con los banquetes. Muchos otros arqueólogos prefieren ver la domesticación como un fenómeno separado, sin relación con el desarrollo de la complejidad social y la desigualdad. Smith (2001) y Zedder (2001), en particular, han sido críticos con tales modelos socio-políticos. De hecho la explicación favorita, corrientemente adoptada por la mayoría de los arqueólogos, para los orígenes de la domesticación parecen ser los modelos de presión de la población o presiones climáticas. Así como postular que el incremento de la producción de alimentos (la domesticación) se ha originado en zonas con excedente alimentario puede parecer ilógico (si la gente tiene excedentes, ¿por qué habría que desear producir más?), yo sugiero que no es mas ilógico que explicar los orígenes de la desigualdad y complejidad como el resultado de situaciones de producción de excedentes. De hecho, se puede argumentar de manera sólida que el origen de la complejidad social y el de la domesticación son fenómenos interrelacionados.

Desde esta perspectiva, es el uso competitivo del alimento por parte de los *aggrandizer* y sus partidarios lo que constituye una nueva fuerza, extraordinariamente poderosa, en la evolución cultural —una fuerza que hasta ese momento estaba ausente del panorama cultural—. Esta nueva fuerza competitiva creó una insaciable demanda de más alimentos, especialmente más alimentos de prestigio —un pozo sin fondo de demanda que impulsaba la competición por más riqueza, más esposas, más alimento y más poder—. Esta competencia por controlar el excedente material de riqueza ha continuado constituyendo

la base de todas las sociedades desde el establecimiento de los CR complejos, incluyendo las sociedades de la moderna era industrial. Yo creo que el registro arqueológico proporciona un fuerte apoyo para el modelo de banquetes aplicado a la domesticación. Tres zonas (el Levante, China, Japón) han sido especialmente bien investigadas (Hayden y Adams, 2004; Hayden, e. p.), y el registro arqueológico apoya ampliamente el modelo que he propuesto aquí.

Así, propongo que el marco de referencia de la ecológica paleo-política proporciona un modelo razonable para la evolución de la complejidad socio económica, la desigualdad e incluso la domesticación. El modelo está firmemente basado en observaciones etnográficas y arqueológicas, y veo que el ajuste entre el modelo y los datos es bastante bueno. Este enfoque del pasado ha explicado muchos aspectos del registro arqueológico, ha abierto muchas vías nuevas de investigación y estoy convencido de que proporcionará resultados muy productivos y estimulantes en la investigación de los años venideros, con muchas ideas innovadoras y nuevas conexiones teóricas.

Navegación y definición de territorios en la NWC. Un ejemplo Coast Salish

Michael Blake

Introducción

A lo largo de la NWC del Pacífico de Norteamérica, como en muchos entornos costeros de todo el mundo, es difícil imaginar que los pueblos pre-industriales fuesen capaces de poder llevar una vida exitosa sin el uso de una tecnología de navegación. Hoy, casi el 40 por ciento de la población mundial vive a menos de 100 kilómetros del océano (US. Geological Survey, 2009). Pero al mismo tiempo, es importante decirlo, pocas de estas personas salen al mar realmente y menos aún dependen de la recolección de recursos marinos para vivir. En contraste, los pueblos pre-industriales y pre-estatales que vivían a lo largo de las costas en tiempos antiguos, habían tenido casi todos contacto íntimo y continuo con el mar... aunque sólo fuera porque era el medio principal de transporte para personas y recursos. Pero, desde luego, el transporte no era la única razón por la que el mar era importante. También era la fuente principal de alimento para la mayoría de las gentes.

A lo largo de la NWC casi todos los asentamientos principales estaban situados a pocos centenares de metros (y normalmente a menos) de la línea de costa, en el océano, río o lago (Matson y Coupland, 1995). La principal forma de desplazamientos implicaba la navegación. El viaje a pie era una forma secundaria de movilidad. Muchos expertos han señalado esta dicotomía y sus consecuencias sobre la manera en que los pueblos costeros acceden y usan sus entornos. Pero pocos han contemplado el hecho de cómo esa movilidad acuática influía en la manera en la cual la gente definía sus territorios y se distribuía en el paisaje. El arqueólogo Ken Ames (2002) ha escrito recientemente un artículo muy estimulante en el que examina la importancia del «ir en barca» y cómo este modo de transporte debería tenerse en cuenta en nuestra manera de entender la naturaleza de las sociedades de la NWC, y especialmente sus estrategias de movilidad. Sostiene que nuestros modelos de movilidad de CR están generalmente sesgados hacia grupos pedestres —sociedades donde la principal forma de desplazamiento era ir a pie, por tierra, y la navegación era sólo secundaria—. Esto tiene un enorme impacto sobre nuestras ideas acerca de cómo *collectors* y *foragers* percibían y usaban el paisaje, de cómo definían sus territorios y de cómo distribuían sus asentamientos permanentes, campamentos temporales y otras áreas de actividad puntual.

Las diferencias entre transporte principalmente terrestre o transporte fundamentalmente acuático son trascendentales e influyen en el tamaño de los asentamientos, situación, patrones de interacción, tiempo y frecuencia de los viajes, el coste de transporte de personas y materiales y muchos más aspectos de la vida diaria y estacional. Quiero centrarme en un aspecto de este patrón de movilidad: el cómo las embarcaciones posibilitan

a la gente utilizar grandes territorios durante largos lapsos de tiempo, generando así una impronta arqueológica reconocible.

Más adelante examinaré la importancia de esta impronta para comprender cómo las comunidades aborígenes pueden estar hoy día en desventaja cuando tratan de fundamentar con pruebas sus reclamaciones de territorios tradicionales que están hoy en manos de gobiernos —tanto locales como nacionales—, y de intereses privados. Para las *Coast Salish First Nations* al Sur de la NWC del Canadá ha sido difícil presentar evidencias que los gobiernos Federal y Provincial encontrasen convincentes de que este pueblo había poseído, usado y defendido realmente los territorios que están reclamando. Es especialmente difícil cuando se está tratando de reclamar extensos territorios que incluyen recursos terrestres, lejos de las costas, donde suele haber poca evidencia arqueológica de uso y ocupación. Espero mostrar aquí que la eficiencia del transporte en barca hace que los territorios y recursos terrestres y marinos sean accesibles y defendibles al mismo tiempo que deja una impronta tanto más tenue cuanto más nos alejamos del litoral hacia el interior. La consecuencia es que, si tenemos en cuenta la tecnología de navegación y el patrón de movilidad que genera, podemos comprender mejor los antiguos patrones de asentamiento y uso de recursos en la NWC. Al mismo tiempo demostraremos que las señales de estos antiguos patrones tienen una resonancia especial en las luchas actuales de las *First Nations* para obtener el reconocimiento legal de sus derechos sobre sus recursos ancestrales y territorios terrestres y acuáticos.

Viajando por la costa

Hoy, viviendo como lo hacemos en una sociedad dominada por el automóvil, es a veces difícil de apreciar cuan importante era el transporte por agua hace sólo un siglo. Aún así, muchas partes de la NWC son solo accesibles por agua e incluso cerca de los grandes centros urbanos es necesario ir en barca para llegar a ciertos destinos. No es simplemente por el hecho de ser un entorno marítimo sino que el transporte por agua es especialmente efectivo y eficaz por las características del terreno y por la naturaleza de la topografía a lo largo de gran parte de la costa, desde Washington, en el sur, hasta Alaska en el norte. Hay dos aspectos del terreno de la NWC que hacen el viaje por tierra extremadamente difícil. Uno es el pronunciado relieve topográfico y otro la naturaleza accidentada de la costa con centenares de islas, bahías, fiordos, ríos, deltas y lagos. Para dar un ejemplo algo subjetivo, viajando desde la frontera USA-Canadá, 160 km al noroeste, pasando por Vancouver hacia la ciudad de Powell River, se deben cruzar cuatro ríos pequeños, además del Fraser, y los fiordos Burrard Inlet, Howe Sound y Jervis Inlet. Suponiendo que uno pueda cruzar los ríos pequeños y el Fraser, ya que no hay camino para rodearlos, el resto de la jornada puede hacerse a pie. Pero a costa de añadir 90 km al paseo, tomando una ruta por tierra firme a través de un terreno montañoso extremadamente escarpado, y debiendo cruzar varios ríos pequeños pero profundos. Actualmente, este viaje desde Vancouver a Powell River se hace normalmente en automóvil, pero se necesitan dos pases en ferry, uno de 17,6 y otro de 18 km, porque construir una carretera rodeando estas dos grandes ensenadas tiene un coste prohibitivo.

En el pasado la gente podía viajar en canoa a todos los principales asentamientos de la región y habría sido posible hacerlo con relativa rapidez dependiendo del tamaño de la canoa, el número de remeros por embarcación y por supuesto de las condiciones meteorológicas. Comparado con el viaje por tierra, el viaje en canoa tiene dos ventajas importantes. La primera es que puede realizarse casi siempre sin problemas, excepto en las semanas

más frías del invierno, cuando algunas bahías, los fondos de las ensenadas, ríos y lagos pueden llegar a helarse. La segunda es que el viaje en canoa permite transportar grandes cantidades de carga, mucho más que la que puede llevar una persona por tierra. Estas dos ventajas son la causa que, siempre que era posible, la gente prefiriera viajar en canoa tanto si era para una jornada larga como para un viaje corto.

Esto no quiere decir que los viajeros evitaran totalmente desplazarse por tierra. Al contrario, el viaje por tierra era constante en los desplazamientos por todo el territorio. Las embarcaciones no sólo permitían a la gente un movimiento fácil y eficaz alrededor y a través de masas de agua, sino que también permitía el rápido acceso a las cabeceras de caminos por los que la gente podía viajar a pie a lugares importantes tierra adentro. Es esta combinación de opciones de viaje la que hace tan eficaces los movimientos por la NWC: poder viajar al mismo tiempo en embarcación y a pie permitía a la gente tener acceso a territorios mucho más grandes de lo que hubiera sido posible con solo una de las dos formas de transporte. La importancia arqueológica de esta observación es que deberíamos esperar ver patrones de asentamiento y de uso del territorio muy diferentes de los que podríamos esperar de viajar sólo por agua o por tierra.

Como ha señalado Ames, la mayoría de los modelos arqueológicos de economías y estrategias de movilidad de CR se basan en ejemplos de pueblos de tierra firme de diferentes partes del mundo. Las expectativas sobre el tipo y localización de asentamientos, lugares de recolección y procesado de los recursos, tamaño de los grupos y características de los asentamientos nos vienen de ejemplos etnográficos bien conocidos de África, Australia y el interior de Norteamérica (Binford, 1980b). Los pueblos cazadores-recolectores-pescadores costeros rara vez se ajustan a estos modelos y, en consecuencia, no tenemos expectativas bien desarrolladas acerca de la naturaleza del registro arqueológico de tales pueblos costeros (Kelly, 1995b; Yesner, 1980). Además, puesto que los entornos y condiciones costeros varían tanto en todo el mundo, es improbable que modelos desarrollados en una región costera puedan ser especialmente útiles o aplicables para otras regiones. Por tanto, no solamente los modelos terrestres de movilidad tienen un valor limitado para conocer la historia de los patrones de asentamiento y usos del paisaje de la NWC, sino que los modelos derivados de otras culturas marítimas de cazadores-pescadores-recolectores también son de aplicabilidad limitada. Podemos ir más allá incluso y sugerir que las variabilidad en estructura y condiciones del entorno a lo largo de toda la NWC es tan grande como para que las estrategias de movilidad, patrones de organización territorial e interacción social y económica varíen también de manera equivalente.

Tecnología de embarcaciones en la NWC

El tipo dominante de embarcación en la NWC era la canoa monóxila (Ames y Maschner, 1999b; Suttles, 1990c). Talladas normalmente en madera de cedro rojo occidental (*Thuja plicata),* un árbol de madera blanda de crecimiento rápido que era abundante y podía trabajarse fácilmente. La principal ventaja para la construcción de embarcaciones es que este árbol crece hasta tamaños enormes (hasta 75 m de alto y 7 m de diámetro) y usualmente se encuentra cerca del borde del agua (Pojar y Mackinnon, 2004). El tamaño de las canoas puede ir desde embarcaciones para llevar un solo remero hasta barcas enormes que pueden llevar una tripulación de 30 o 40 remeros, además de aparejos, carga y pasajeros; pueden ser talladas con el casco de una sola pieza, y así son completamente impermeables.

Las canoas monóxilas se usaron a todo lo largo de la NWC y son descritas a menudo por los primeros visitantes europeos de la región. Las descripciones etnográficas de su construcción y uso son muy detalladas y nos proporcionan mucha información sobre su importancia en la vida diaria (véase varios capítulos en Suttles, 1990b). Los dibujos de finales del XVIII y fotografías de finales del XIX, nos muestran la importancia de las canoas: atestaban las playas frente a los poblados (por ejemplo, las expediciones de Alejandro Malaspina (David, 2001) y George Vancouver (Lamb, 1984). Pueden verse de todos los tamaños y de muchas formas, algunas están llenas de aparejos, otras llevan pasajeros y algunas están sencillamente fuera del agua a la espera (por ejemplo, Suttles, 1990a, fig. 13: 470).

La variación en tamaño y el grado de especialización que sugieren son una parte importante de la tecnología de transporte en la costa. La gente podía moverse sobre el agua para una enorme serie de tareas. Los viajes cortos y rápidos de un individuo podían hacerse en una canoa unipersonal. Los recorridos más largos podían hacerse con cualquier combinación de canoas grandes y pequeñas y podían implicar grandes flotas de embarcaciones. Quizás es esta flexibilidad la que proporciona una de las claves para comprender cómo podía la gente moverse por todo un territorio o extensión tradicional. A pie un individuo o un grupo podía viajar esencialmente a cualquier parte de su territorio, pero la cantidad de carga que podían transportar estaría siempre limitada por el peso que pudiese llevar cada persona (Ames, 2002: 39). La variedad del tamaño de las embarcaciones, por el contrario, permitiría a los individuos o a los grupos aumentar enormemente la cantidad de carga que podía ser transportada en cada viaje. Un único remero que no necesitase llevar mucha carga podía escoger una canoa más pequeña para un viaje corto. El mismo individuo podía usar una canoa más grande para llevar más mercancías y viajar a más distancia —multiplicando muchas veces la carga que un único individuo podía transportar a pie. Para que un viajero a pie pudiera transportar la misma cantidad de carga que uno usando canoa, él o ella tendrían que hacer varios viajes, aumentando mucho el tiempo invertido en desplazamientos.

Incluso podía ser imposible hacer a pie los recorridos a larga distancia que se realizaban en canoa para transportar grandes cantidades de materiales o alimentos, especialmente aquellos que sorteaban los terrenos difíciles o irregulares. Hay estudios que demuestran que existen unos límites para el transporte de alimentos (Drennan, 1984). Mas allá de estos límites, relativamente estrechos, los porteadores consumían el alimento que estaban transportando. Sin una tecnología de transporte como embarcaciones, carros o carretas tiradas por animales, es mas económico producir y procesar el alimento cerca de donde ha de ser consumido. Esta es la razón por la que en sistemas de transporte pedestre solamente se transportan cosas ligeras y valiosas mas allá de la distancia límite a partir de la cual se hace antieconómico mover grandes cantidades de alimento (Ames, 2002: 39-41).

Puesto que el viaje en canoa reduce el «coste» total de transporte, especialmente cuando el número de viajeros y la cantidad de carga aumenta, podemos esperar que el uso de territorios sea bastante diferente entre los pueblos cazadores-recolectores-pescadores con navegación frente a los pedestres. Este es un caso en que entorno y tecnología tienen una influencia directa sobre la organización territorial, especialmente en la distribución de asentamientos, sistemas de subsistencia y patrones de comercio e interacción. Con la navegación es posible para un pequeño número de personas mover grandes cantidades de materiales hacia los asentamientos y no es necesario trasladar los asentamientos hasta los recursos, como deben hacer los viajeros pedestres. Sin embargo, cuando los navegantes desean trasladar asentamientos pueden hacerlo de una forma mucho mejor que

lo que pueden hacer los viajeros de a pie —en algunos casos los viajeros acuáticos pueden trasladar personas, mercancías, alimentos, e incluso la propia casa desmontada de una sola vez.— (véase el relato de John Jewitt sobre su cautividad entre Nuu-chah-nulth en el Oeste de la costa de la isla de Vancouver durante los principios del siglo XIX (Jewitt, 1987).

Un ejemplo Coast Salish

El territorio del pueblo *Sechelt*, Coast Salish septentrionales, proporciona un buen ejemplo de cómo se define el territorio en función de su acceso al agua y por los tiempos de viaje marítimo y terrestre. El territorio *sechelt* está situado al este del estrecho de Georgia y abarca la península Sechelt, la ensenada Jervis y ensenadas e islas contiguas, y también zonas de tierra firme. Es una región caracterizada por una costa escarpada, ensenadas estrechas parecidas a fiordos, flanqueadas a menudo por laderas de montañas que se elevan abruptamente desde la orilla, y que están cerradas al Norte y al Este por cumbres coronadas de nieve. El límite oeste del territorio *sechelt* lo marca el mar abierto de los estrechos de Georgia y Malaspina, con sus muchas islas y amplia visibilidad hasta la isla de Vancouver. Los límites sur y oeste del territorio *sechelt* están marcados por la Nación *Squamish*, que ocupa la entrada de mar del Howe Sound, y los valles de los ríos adyacentes. El límite norte llega hasta el territorio de los pueblos *Sliammon*, los cuales a su vez se extienden al Noroeste hacia *Desolación Sound*. Estos tres grupos *Coast Salish* —*Sechelt*, *Squamish* y *Sliammon*— tienen territorios que se extienden hacia el interior más allá de las cabeceras de las ensenadas mayores, lagos y ríos que limitan por el Sur con los territorios de los pueblos *Salish Interior, Sta'at'imc*, y por el Norte con los pueblos *Tsilhqot'in*.

El territorio *sechelt* proporciona un buen ejemplo de cómo muchos pueblos de la NWC accedían a una amplia variedad de zonas ambientales que se extendían desde el océano relativamente abierto hasta las estrechas ensenadas, lagos y ríos que penetran profundamente en las zonas montañosas del interior. Un mapa topográfico (figura 30) muestra que la mayoría de los yacimientos arqueológicos registrados (los triángulos negros en la figura) está principalmente a lo largo de la costa frente al estrecho de Georgia. Además de éstos, hay muchos situados a lo largo de las entradas del mar, pero son relativamente pocos en relación a los que hay junto al estrecho de Georgia. Hay muy pocos yacimientos registrados que estén en tierra firme a más de unos pocos cientos de metros de la costa. Sin embargo, las historias orales demuestran, y los ancianos *sechelt* también hablan, del uso pasado y actual del interior, de zonas altas para cazar, recolectar plantas, captación de recursos minerales y búsqueda de los espíritus (Barnett, 1955; Kennedy y Bouchard, 1990; Peterson, 1990). Todo el territorio es accesible con una caminata de 10 a 20 km, calculada desde una orilla hasta la frontera del territorio (marcado con una línea continua en la figura 30). Sobre unas 50 mediciones desde puntos concretos a lo largo de la costa, el promedio de distancia caminada desde un punto de la costa o una orilla a la frontera es de unos 12 km.

Es posible estimar los tiempos de caminata en cuesta para caminantes entrenados en terrenos similares remitiéndonos a las estimaciones para las rutas de excursiones a pie populares de la NWC. Por ejemplo, una excursión a pie muy popular en North Vancouver es la llamada *Grouse Grind* (Resorts, 2009b). Tiene un desnivel de 853 m sobre una distancia de casi 3 km —una pendiente que corresponde al 56 por ciento, o aproximadamente 30º—. Más de 100.000 caminantes hacen anualmente esta excursión a la montaña, de

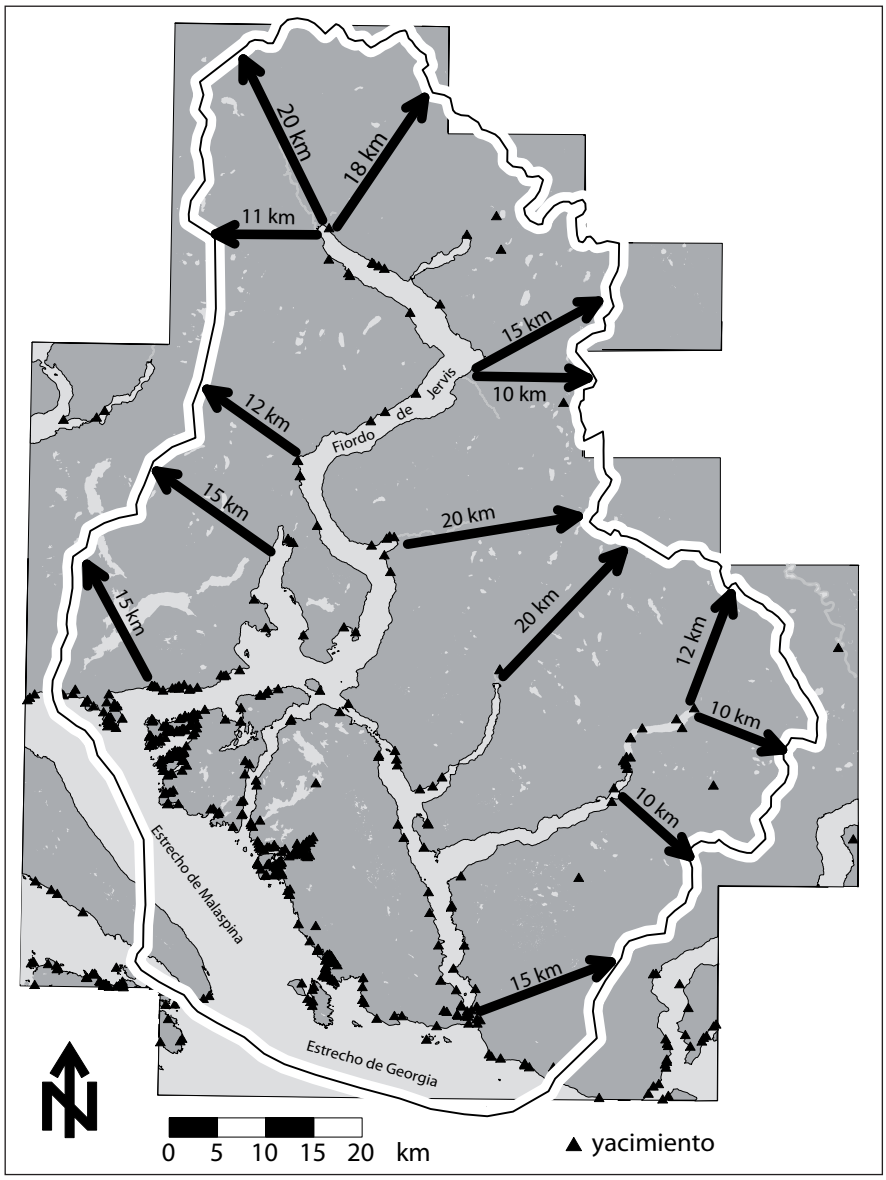


Figura 30. Territorio Sechelt mostrando un ejemplo de las distancias desde la costa hasta el límite del territorio indicado por la línea gruesa continua. Los triángulos indican sitios arqueológicos identificados. Las líneas negras gruesas indican la distancia de viaje de la costa a varios puntos.

manera que se conoce bien que el tiempo medio de todos los caminantes es de aproximadamente 1’5 horas. Si extrapolamos para una media de 12 km de caminata desde la costa a la frontera en el territorio *sechelt*, tenemos un tiempo promedio de viaje de 6 horas. Un trayecto de 18 km podría llevar 9 horas. Este tipo de estimación es revelador porque sugiere que el tiempo de acceso a casi cualquier parte del territorio *sechelt* desde la costa podría ser de un día de camino.

El viaje de vuelta sería probablemente mas rápido porque los viajeros irían, la mayor parte del tiempo, caminando cuesta abajo. Sin embargo, si la gente estaba cazando o recogiendo recursos en las montañas irían probablemente cargados, y quizás con una carga pesada, por eso podemos estimar para el viaje de vuelta aproximadamente el mismo tiempo que el de ida. Por lo tanto para la distancia media, un camino de 12 km,

podemos estimar que el viaje de ida y vuelta desde la costa al final del territorio llevaría aproximadamente 12 horas. Dividido en dos días sería un viaje placentero, con tiempo para recoger y procesar recursos y podría implicar en muchos casos acampar de noche en las montañas. Durante parte del año, la gente no dudaría en hacer excursiones más largas, dependiendo del tipo de actividad, de los materiales a recoger o de los recursos a ser cazados.



Figure 31. Distancias de viaje en canoa y a pie desde los poblados de la costa hasta el fondo de Narrows Inlet dentro del territorio Sechelt.

La gente que viajara hacia el interior desde la costa podría, desde luego, haber ido a pie. Sin embargo, ir al lugar en la costa desde donde comenzar el viaje a pie podría haber necesitado un viaje en barca desde el poblado o aldea permanente. Puesto que la mayoría (pero no todos) de estos poblados del territorio *sechelt* estaban situados en la parte exterior

de la costa —esto es, en las entradas de las ensenadas, cerca del estrecho de Georgia— viajar a los valles de las lejanas montañas en los límites del territorio requeriría primero un viaje bastante largo en canoa. Sabemos bastante sobre tiempos de viaje en canoa, dependiendo del tamaño de la canoa y del número de remeros. Ames (2002: 35) resume el tiempo de viaje (con un estado del mar en condiciones medias) como sigue: «1-2 horas en barca para 4 a 6 km. Para 20-30 km se necesitarían de 4 a 10 horas de ruta en un solo sentido. El radio de *foraging* de un asentamiento, dependiendo de las condiciones del mar, podía llegar a ser de hasta 30 km». Ames (2002: 30-31) también proporciona algunas velocidades promedio en distintas condiciones: con vientos y mareas favorables las canoas pueden viajar entre 6'5 y 4'4 km por hora. En condiciones más duras el viaje es mucho más lento: una media tan baja como 2'7 km/hora. Estos valores están calculados a partir de relatos históricos acerca de canoas monóxilas de cedro viajando durante largos periodos de tiempo en trayectos de entre 21 y 33 horas de duración.

Un viaje desde un poblado grande en la península Sechelt a la entrada de la ensenada Narrows, casi 40 km al norte, con las velocidades mencionadas, puede llevar tan poco como 6 horas o tantas como 15. De cualquier manera es un día de remar o menos, proporcionando muchas oportunidades a lo largo del camino para pescar, cazar y visitar a parientes y amigos. En condiciones favorables es ciertamente posible para una persona viajar sola o en grandes grupos desde la entrada de la península Sechelt hasta la frontera territorial en dos días: 40 km en canoa en un día y 20 km a pie en otro (figura 31). La vuelta puede hacerse en otros dos días, con un total de cuatro días de tiempo de viaje.

De esta manera podríamos analizar tiempos de viaje por todo el territorio, pero sería repetitivo. Principalmente, lo que vemos con este tipo de análisis es que, con uno o dos días de viaje en canoa combinado con un día de viaje terrestre, cualquier miembro de cualquier aldea *sechelt* puede subir a las montañas de la frontera del territorio *sechelt*. Además, y esto es muy importante para comprender la eficacia de esta forma combinada de viajes, la parte del viaje en canoa puede ampliarse hasta el máximo por todo el territorio, mientras que la parte del viaje terrestre siempre implicará sólo de 6 a 9 horas. Esto significa que los costes de transportar grandes cantidades de carga y/o personas pueden ser bajos aunque aumente la longitud del viaje porque el aumento en distancia recorrida está siempre en la parte del viaje realizada navegando. El máximo de parte terrestre del viaje permanece constante (entre 10 y 20 km con un promedio de 12 km).

Consecuencias para la distribución de asentamientos

En el territorio *sechelt* en particular y en la NWC en general, este patrón de viaje combinado de canoa y terrestre tiene varias consecuencias importantes para comprender la distribución en el territorio tanto de los asentamientos en general como de las áreas de actividad especializada. Volviendo a Ken Ames (2002), este autor señala una importante consecuencia del viaje por las vías de agua. El procesado en gran cantidad de materias brutas es probable que tuviese lugar en los asentamientos permanentes más que en los lugares de captación/recolección. Puesto que los costes del transporte eran tan bajos, es más fácil llevar los materiales obtenidos en el hinterland hasta el punto más cercano de la costa, cargarlos en la canoa, remar de vuelta al asentamiento y procesar allí, junto a las casas, toda la materia bruta, que transportar gran número de personas a lugares distantes para procesar y preparar los materiales y luego transportarlos de vuelta a el asentamiento residencial. Yo he comprobado esto muchas veces al recoger leña para el invierno para mi

cabaña. He visto que ir a buscar grandes troncos en la playa (alguno de varias toneladas de peso) y remolcarlos en mi kayak hasta la cabaña, vararlos con la marea alta y luego cortarlos en trozos, resulta mas fácil que talar un árbol a unos pocos cientos de metros de la leñera y arrastrarlo a mano por tierra hasta el tajo. Ames (2002: 41-42) usa el ejemplo arqueológico del yacimiento de *Cathlaptle* cerca de Portland, Oregón, donde las residencias estaban rodeadas de hornos conteniendo restos de raíces de *Camassia*, bellotas y avellanas. Él sostiene que, a diferencia de los CR terrestres del interior que tenían lugares de procesado cerca de los campos de *Camassia* en los que construían hornos para asar y secar las raíces y transportarlas de vuelta a sus poblados permanentes, la gente de *Cathlaptle* podía simplemente cosechar los bulbos, cargarlos en sus canoas y volver al poblado para hacer allí todo el procesado (Ames, 2002: 42).

El modelo general de transporte con navegación de Ames tiene importantes consecuencias para predecir la distribución de yacimientos arqueológicos en el paisaje. La primera consecuencia es que los yacimientos residenciales estarán probablemente localizados centralmente —centrados con respecto a las necesidades del transporte acuático—. A lo que quiero añadir que probablemente también estén anclados de forma bastante fija en esas localizaciones. Podemos esperar ver asentamientos más grandes y mayor densidad de asentamientos que entre los CR terrestres porque la gente es capaz de transportar recursos a los asentamientos —y porque de hecho la zona de captación se amplía por la eficiencia y eficacia del transporte en canoa de grandes cantidades de materiales—.

La segunda consecuencia del transporte con canoa es que debería haber relativamente pocas estructuras de procesamiento y de campamentos temporales o residencias semipermanentes lejos de la costa. En el territorio *sechelt*, por ejemplo, basándonos en las consecuencias del modelo de Ames, no deberíamos esperar evidencias arqueológicas más allá de pocos cientos de metros de la costa. Es posible que desplazándonos caminando a varias horas de distancia de la costa, existan muy pocas evidencias de estructuras permanentes (tales como grandes hornos). Quizás podríamos encontrar útiles de piedra tallada y de vez en cuando pequeños hogares de campamentos para pasar la noche. Estos tipos de yacimiento pueden cambiar fácilmente de situación de año en año y por lo tanto puede incluso ser imposible descubrirlos. Paradójicamente, podemos esperar un patrón de uso relativamente intensivo y frecuente de la mayor parte del territorio, y en cambio haber relativamente poca evidencia arqueológica de este uso repartida por el paisaje.

La tercera consecuencia del modelo de Ames es que los yacimientos residenciales de la costa contendrán una gama mucho mayor de materiales, incluyendo evidencias de procesado, fabricación y residuos, así como lapsos de ocupación anual más largos de los que se puede esperar ver en los asentamientos de tierra adentro para los CR terrestres. En comparación con los yacimientos residenciales terrestres o de CR de tierra adentro, en los yacimientos residenciales costeros esperaríamos encontrar conjuntos más completos con todo tipo de materiales. En otras palabras, puesto que probablemente habría habido menos procesamiento especializado de materias brutas en el interior del territorio, en los poblados y sus alrededores en cambio debería haber una mayor variedad de residuos y subproductos desechados. Los restos de fauna, tanto marina como terrestre, proporcionan un buen ejemplo. Los cazadores verosímilmente procesaban un animal en el lugar en que lo habían matado cuando viajaban a pie, y se llevaban a su lugar de residencia sólo lo que necesitaban. En cambio, cuando viajaban en canoa, podían llevar mucho más fácilmente el animal entero (o casi entero) al poblado, y allí trocearlo y procesarlo. En este escenario, las partes del esqueleto que CR terrestres habrían dejado en el lugar de caza, habrían sido desechadas en el poblado en el caso de CR litorales. El principio general

que podemos deducir de esto es que en los sistemas subsistenciales CR terrestres debe haber una distribución más homogénea de restos por todo el territorio, mientras que entre los cazadores-pescadores-recolectores «acuáticos» habría una distribución de restos en el paisaje mucho más irregular. En este último caso los yacimientos residenciales en la costa deben tener desproporcionadamente más restos y una mayor variedad de materiales que los yacimientos del interior, los cuales podrían aparecer relativamente desprovistos de útiles de procesado, de estructuras, y de residuos.

Estas expectativas son generales y pueden variar considerablemente dependiendo del tipo de actividades llevadas a cabo, y de las condiciones y las distancias de los viajes. Hay algunas excepciones importantes a las implicaciones expuestas arriba. Por ejemplo, la misma construcción de canoas puede tener lugar a gran distancia del poblado y de la costa, dependiendo de la ubicación de los cedros más adecuados para construirlas. Las canoas son talladas a menudo de árboles situados muy al interior y allí desbastadas para reducir su peso. Sólo después de un intenso trabajo de talla que puede llevar muchos días a un equipo de especialistas, la canoa casi acabada puede ser arrastrada desde el bosque hasta la costa. Desde allí es llevada al poblado para afinarla, terminar de darle la forma y el acabado. Por lo tanto este tipo de actividades como la construcción de canoas puede producir residuos en el lugar de acampada y de fabricación, lejos de la costa y del asentamiento residencial. Pero tales actividades puede que sólo tengan visibilidad en el registro arqueológico si se han dejado atrás útiles de piedra y restos de los campamentos temporales —especialmente hogares y residuos de comida—. El grueso del material que quedaría en el lugar serían virutas de madera, resultado de preparar y tallar el árbol, y éstas son perecederas y no dejarían después ningún rastro.

Patrones de desplazamientos costeros y reclamaciones de tierras actuales

Los tribunales del Canadá, tanto Provinciales como Federales, exigen evidencias de una continuidad en la ocupación y uso de un territorio y sus recursos para admitir una reclamación de propiedad, como por ejemplo en el Caso Delgamuukw (Hurley, 2000). La relativa facilidad y eficacia del viaje basado en canoas sobre territorios tan grandes como los que existen en la NWC, tiene el efecto paradójico de hacer difícil el encontrar evidencias arqueológicas del uso y ocupación del interior del país. La historia oral y la evidencia documental del uso y propiedad de la tierra se admiten en casos de reclamaciones de este tipo —pero a menudo estos registros no son suficientemente precisos sobre la naturaleza y alcance del uso y ocupación aborígenes, especialmente en épocas pre-coloniales—. La evidencia arqueológica puede ser muy específica porque muestra la prueba directa de una serie de actividades en lugares concretos del territorio— evidencia que puede ir desde restos de construcciones permanentes, procesado de recursos, cementerios, bienes de intercambio, actividades espirituales y sagradas y de defensa contra ataques externos— de hecho documenta todo el espectro completo de las vidas de las gentes durante generaciones. Pero, con la evidencia arqueológica el problema es identificar exactamente qué pueblo era el que dejó tras de sí los restos físicos: ¿fue el registro arqueológico creado por los antecesores de los que ocupan un territorio actualmente, o fue producido por algún otro grupo anterior que pudo no estar directamente relacionado con los ocupantes actuales? Esta es una pregunta especialmente difícil de contestar en casos en que la situación de los asentamientos ha cambiado con el tiempo y donde no hay continuidad espacial directa en la secuencia de los yacimientos arqueológicos de una región dada.

A lo largo de la NWC muchos asentamientos residenciales fueron ocupados durante siglos —y en algunos casos milenios— esto hace que la cuestión sobre la continuidad de la ocupación sea un problema idóneo para ser resuelto por la arqueología. Sin embargo, como hemos visto en el apartado anterior, el acceso a amplios territorios era relativamente fácil y frecuente desde los poblados permanentes, tanto por pequeños grupos como por comunidades enteras, pero estos viajes podían dejar pocos restos arqueológicos. Por el contrario, las pruebas del uso de todo el territorio podían haber ido a parar a los poblados permanentes, donde se puede esperar encontrar la evidencia de todos los materiales que fueron traídos desde lugares lejanos de captación y recolección.

Es la configuración geográfica de los territorios la que prueba claramente este patrón de uso y ocupación de la tierra. La duración máxima del viaje por tierra desde la orilla del mar a la frontera territorial es raramente mayor y usualmente menor de un día de camino. Incluso si el viaje en canoa, desde el poblado residencial al punto de la costa donde comienza el camino tierra adentro, es de una distancia de dos o más días a remo, ello no impide el uso del territorio interior porque con la canoa podían desplazarse muchas personas y materiales con relativamente poco esfuerzo. Este patrón de configuración territorial —máximo viaje en canoa y mínimo viaje a pie— se repite a todo lo largo de la NWC. Es un patrón relativamente estable que crea una «huella» arqueológica característica que se refleja en un patrón dual: depósito denso y complejo de materiales en los poblados permanentes de la costa y depositación de materiales de manera dispersa tierra adentro a lo largo del camino desde la costa.

La lógica de este patrón de asentamiento costero y estrategia de movilidad supone que la investigación arqueológica debería dirigirse en dos direcciones para ayudar a entender el largo plazo de ese patrón. Primero es necesario estudiar detalladamente toda la gama total de materiales en los yacimientos correspondientes a los poblados para determinar de dónde proceden. Esto implicará estrategias de recogida de grano fino para recuperar los restos de recursos terrestres que puede que no estén tan bien representados como los abundantes residuos de recursos marinos que dominan los yacimientos arqueológicos de la costa. Hay que prestar más atención a los tipos de rocas y minerales, especies animales, pájaros, y la amplia serie de plantas que fueron captadas en áreas de tierra adentro y traídas a los asentamientos permanentes para su procesado y uso. Muchos trabajos arqueológicos han empezado a prestar mayor atención a este tipo de cuestiones y el trabajo reciente de Lepofsky y sus colegas son un buen ejemplo de ello (Lepofsky y Lertzman, 2008; Lepofsky *et al.*, 2007). A menudo hemos prestado más atención al comercio a larga distancia que a la evidencia que tenemos del uso y transporte de recursos intra-territoriales. Con el objetivo de conocer el uso territorial en ambientes costeros, necesitamos desarrollar formas de seguir la pista de los materiales desde sus puntos de origen. Probablemente esto exigirá análisis precisos de su composición, análisis isotópicos y quizás análisis de ADN antiguo de las especies de plantas y animales que se recuperen (Cannon y Yang, 2006).

Segundo, necesitamos desarrollar estrategias de prospección y muestreo para descubrir los restos diseminados de actividades en el interior —actividades que probablemente serán casi invisibles comparadas con lo que normalmente esperamos encontrar en los asentamientos de CR terrestres—. Espero que allí habrá una redes de caminos —probablemente no bien conservados— que tendrán trazas de actividades, incluyendo instrumentos de piedra usados, diseminados a lo largo de esas vías. Pueden haber pocos grandes campamentos fuera de la línea de costa, pero tal vez haya algunos, especialmente a intervalos de un día de camino desde la costa. Dentro del terreno costero que generalmente es muy empinado, puede haber zonas abrigadas y llanas que, por estas características, pueden ha-

berse elegido una y otra vez para acampar y que pueden conservar restos de hogares, por ejemplo. Aunque tales lugares pueden no contener evidencias en cantidad del procesado de recursos —como sería esperable en el interior de la provincia donde los productos no pueden ser transportados fácilmente en canoa— sí puede haber alguna evidencia de mantenimiento y reparación de instrumentos, preparación de alimentos, y algún procesado de plantas y carnicería de animales. Además, en toda la NWC las historias orales hablan de gente que usaba frecuentemente las tierras altas del interior para buscar/relacionarse con los espíritus. Aunque tales yacimientos suelen ser efímeros, a lo mejor hay aún la posibilidad de encontrar alguna evidencia de las actividades que tuvieron lugar en ellos, tales como restos de acampada y quizás de mantenimiento y reparación de instrumentos.

Conclusiones

Como Kenneth Ames (2002: 19-20) ha indicado acertadamente:

> «... se habla mucho de la importancia de las 'tecnologías del transporte', pero raramente se investiga su importancia. Sin embargo, el simple acceso al transporte por agua puede tener un efecto importante sobre el tamaño y la estabilidad de la población (Batten, 1998). Esto implica que en la evolución de las estrategias de movilidad existió una interacción, entre el entorno y la tecnología, más compleja (e interesante) de lo que generalmente se le ha atribuido».

Como un intento constructivo basado en la sugerencia de Ames, he examinado la interacción de viaje por canoa y terrestre en un entorno caracterizado por profundas ensenadas rodeadas de terreno montañoso. A lo largo de la NWC de Norteamérica existen muchos de estos complejos de fiordos y sería útil examinar algunos para ver si comparten historias similares de asentamientos y organización territorial por parte de las *First Nations* que las habitan actualmente. En esos sistemas de entradas de mar el acceso a todas partes de la costa es fácil. Normalmente, en uno o dos días máximo a remo, la gente puede trasladarse desde los poblados permanentes de la costa a todas las partes del interior de los fiordos, y en algunos casos a las riberas de lagos y ríos. Desde allí se puede caminar hasta veinte kilómetros tierra adentro en un solo día. Con ello se asegura el acceso prácticamente a todas partes del territorio —primero con canoa y después a pie—. La «estructura» geográfica del sistema de ensenadas rodeadas de valles que permiten la penetración hasta las zonas elevadas con carenas y laderas que unen a su vez las áreas de montaña, combinada con la tecnología de transporte permite fácilmente el acceso a todo el territorio durante la mayor parte de los meses del año. El sistema de transporte permite además concentrar la mayoría de actividades en la costa, concretamente en los principales lugares residenciales en la costa exterior. Las regiones interiores del territorio han sido utilizadas intensamente aunque ha quedado poca evidencia material sobre el terreno. Esto es consecuencia del desplazamiento de los productos y actividades a los poblados principales.

Pienso que la principal evidencia arqueológica de este tipo de asentamientos y patrón de movilidad será básicamente visible de dos formas. Primero, la mayoría de los yacimientos se concentrarán cerca de la costa y muy pocos se situarán en el interior lejano, cada vez menos a medida que aumente la distancia de camino desde la costa. Segundo, la serie de materiales en los poblados permanentes reflejarán toda la serie de recursos que habrán sido captados en el interior y transportados, primero a pie y luego en canoa, hasta el poblado. Incluso en los yacimientos del interior, aunque escasas, habrá algunas concentraciones de útiles y productos de deshecho de las actividades que allí se realizaron.

En otras palabras, los yacimientos en la costa estarán sobre-representados en el registro arqueológico y los yacimientos del interior estarán infra-representados. Además, en los yacimientos correspondientes a los poblados, el registro material de las actividades será hiper-variado mientras que el registro material en el interior estará empobrecido y no reflejará toda la serie de actividades que tuvieron lugar allí.

Comprender las implicaciones de este patrón de transporte y movilidad ayudará a la Arqueología de la NWC a desarrollar modelos y métodos para interpretar mejor el registro. Como señala Ames, también nos ayudará a escapar de la tendencia a sobre-enfatizar los modelos de movilidad de CR que están basados en las sociedades terrestres, en las que el transporte en barca juega un papel mínimo. En su lugar debemos comenzar a desarrollar modelos más potentes de movilidad y patrones de asentamiento para cazadores-pescadores-recolectores que tengan en cuenta las implicaciones a nivel de inversión energética y los efectos de moverse en canoa.

Una consecuencia indirecta de esta perspectiva es su trascendencia en el actual dilema político y social que afrontan las comunidades de las *First Nations* de la NWC (especialmente en BC) que están luchando contra la resistencia del gobierno a reconocer sus reclamaciones de tierras. A menudo la prueba de peso para las *First Nations* es la demostración material histórica de la ocupación de la tierra. El modelo propuesto aquí sugiere que la ocupación del terreno no es un elemento necesario para el uso normal de las distintas tierras y recursos. El viaje en embarcación permite el uso constante de todo el territorio con un esfuerzo mínimo en la construcción de instalaciones permanentes sobre el terreno. Los poblados, por otra parte, mostrarán un uso intensivo y podrían aportar pruebas de la interacción y del uso de todo el territorio. Este uso intenso y a largo plazo de los poblados no debe entenderse como que su población estaba centrada y limitada al poblado y sus alrededores inmediatos. Fue mas bien al contrario: la ocupación intensa de los poblados permanentes fue posible porque la gente tenía acceso sin trabas a todas partes de sus territorios —acceso que era posible por el complejo y refinado desarrollo de la tecnología de sus embarcaciones—.

La sociedad contra la jefatura: organización y resistencia al poder en la guerra Coast Salish

Bill Angelbeck

Cuando Quimper en la expedición española entró en el estrecho Juan de Fuca del Noroeste de Norteamérica en 1790 AD, tuvo lugar el primer encuentro y fue el primero en documentar las vidas de los pueblos *Coast Salish*. Los expedicionarios los vieron distintos de los pueblos *Nuu-Chah-Nulth* de la costa oeste de la Isla de Vancouver, quienes tenían jefes muy poderosos como Maquinna, con control sobre grandes territorios, numerosas *households* o incluso aldeas. En contraste, Quimper resaltó que los *Coast Salish* «no reconocían jefe supremo» (Wagner, 1933: 131). En lugar de un jefe supremo, encontró muchos. Quimper también observó que los *Coast Salish* parecían ser más guerreros. En este trabajo voy a argumentar que, en efecto, estos dos rasgos pueden estar relacionados. Analizaré el desarrollo de la guerra en el pasado de los *Coast Salish* en términos de concentración de poder y resistencia al poder. Durante los últimos milenios, las élites intentaron consolidar su poder y a menudo tuvieron éxito. Pero los detentadores del poder encontraron resistencia, y en el caso *Coast Salish* ésta fue especialmente caracterizada por la guerra. Este será el núcleo de este capítulo. Para estudiar la guerra en el pasado, he recopilado datos de la arqueología regional, la etnografía, relatos orales y documentos históricos (Angelbeck, 2009). Para ordenar e interpretar estos datos he implementado un enfoque teórico apropiado para afrontar el estudio de las dinámicas de las sociedades sin formas institucionales de gobierno (o que «no reconocen jefe supremo»): la teoría anarquista. Encuentro que esta teoría no sólo es útil para una sociedad con heterarquía de jefes, sino también para evaluar la resistencia a la concentración de poder.

La principal fuente de datos arqueológicos para periodos de conflicto en la región procede de los yacimientos defensivos. La presencia de fortificaciones indica que la guerra era suficientemente importante como para justificar la construcción de tales defensas. Las fortificaciones defensivas son inusuales en sociedades cazadoras-recolectoras, que incluso rara vez construyen grandes complejos residenciales debido a su modo de vida nómada. Sin embargo los pueblos de la NWC capitalizaron el abundante capital natural del bosque lluvioso templado y muchos grupos se hicieron bastante ricos, posibilitando el almacenamiento de pescado, bayas y otros recursos que les permitieron asentamientos semipermanentes, concretamente en los poblados de invierno. *Households*, o incluso las familias de cada *household* se dispersaban hacia distintos campamentos estacionales dentro de sus territorios de pesca o caza. Durante los periodos de actividad bélica, estos CR también poseían y mantenían lugares fortificados y otros refugios defensivos y puestos de vigía (figura 32). Estos lugares defensivos fueron construídos principalmente durante dos periodos: el primero comenzó aproximadamente en 1.600AP y duró hasta aproximadamente 500AP, mientras el segundo periodo de construcción defensiva sucedió después

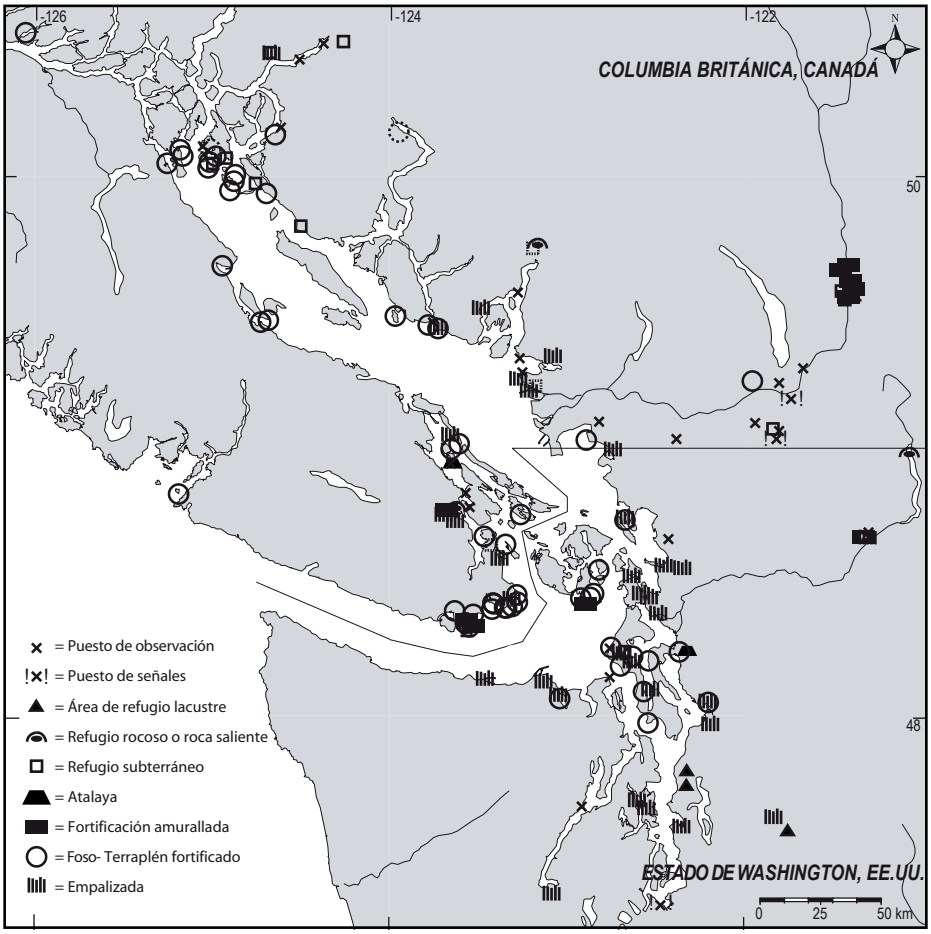


Figura 32. Sitios defensivos en el territorio Salish del Sur de BC y del NW del estado de Washington (EE. UU.).

del contacto, comenzando alrededor de 1.790 AD y hasta los años sesenta o posiblemente los ochenta del siglo diecinueve (por ejemplo, Gunther, 1927: 183-184).

Las culturas de la Costa Noroeste no sólo son inusuales por sus construcciones defensivas sino que su compleja organización sociopolítica también ha supuesto problemas para su análisis. Los antropólogos han encontrado problemas al tratar de encajar a estos grupos en modelos antropológicos generales de evolución sociopolítica. La perplejidad, como lo han expresado Matson y Coupland (1995: 29) surge porque esta área cultural «muestra una alta complejidad social, pero una baja complejidad política». Por esta razón las culturas de la NWC, y en particular la *Coast Salish*, han sido presentadas como excepciones a tales modelos evolutivos (por ejemplo, Fried, 1967; Service, 1975). Normalmente estos esquemas están concebidos como trayectorias, a menudo teleológicas, que conducen al Estado; es decir, estos modelos están basados en la centralización.

El patrón *Coast Salish* desafía el concepto de centralización. Suttles (1987b (1958): 6-7) describe la forma de la organización sociopolítica de los *Coast Salish* como «distinta a la de una pirámide»; la misma imagen que utiliza está inspirada en el antiguo Egipto donde los principales rasgos arqueológicos son un reflejo de su organización sociopolítica, el poder consolidado sobre una amplia base de esclavos, plebeyos, y luego élites, convergiendo hacia un solo punto de poder: el faraón. La organización sociopolítica de los *Coast Salish* era, en cambio, lo opuesto. Al decir «opuesto», no quiero significar que

su sociedad fuese igualitaria pues en ella había clases, desde élites a esclavos. En vez de esto, Suttles describe la organización sociopolítica *Coast Salish* como una forma de «pera invertida», donde hay más personas de las élites que plebeyos.

Para deshacer esta complicación de la organización sociopolítica *Coast Salish* —en la cual había más élites que plebeyos y una heterarquía de jefes poderosos en vez de un modelo orientado hacia un jefe supremo— se necesita un enfoque teórico que pueda asumir esta complejidad no centralizada. La teoría del anarquismo proporciona este marco. Da preeminencia a principios de organización sociopolítica que están basados en la autonomía individual que se expresa a través de una red descentralizada. Además los teóricos anarquistas sostienen que en las sociedades hay una tendencia, o principio explícito, de resistir a las concentraciones de poder. En el pasado de los *Coast Salish*, yo creo que la guerra jugó este papel durante determinados periodos. Primero, sin embargo, describiré la dinámica de la organización sociopolítica *Coast Salish* y luego el marco teórico del anarquismo que utilizaré para evaluar sus métodos de organización.

Autonomía, alianza y estatus en la organización sociopolítica Coast Salish

Antes de considerar la organización defensiva hemos de ver detalladamente ciertos aspectos de la organización sociopolítica *Coast Salish*, la naturaleza de las *households*, sus asociaciones con otras *households* y las ceremonias del *potlach* como medio para establecer relaciones entre ellas. Estos protocolos culturales también están en la base de la organización de alianzas y de la defensa.

Primero, *household* normalmente se refiere a las personas que viven bajo el mismo techo de una casa de tablas: varios grupos familiares relacionados. Cada *household* está internamente jerarquizada y dirigida por un jefe. La *household* funciona como una unidad primaria de producción. Para un jefe, las paredes de la *household* señalan en principio la extensión de su autoridad. Dado el reconocimiento de filiación bilateral hay un grado importante de libertad individual: pueden alinearse con la familia de su padre o la de su madre; esto no es así en otras zonas de la NWC donde la identidad de un individuo está a menudo fijada por linajes jerarquizados. Esta libertad individual fue considerada por Collins (1979) como la «estrategia Coast Salish» para aumentar la autonomía; lo cual significa que el funcionamiento de la *household* debe ser tal que el jefe ha de resultar beneficioso para sus miembros, en caso contrario éstos pueden abandonarla para unirse a otra.

Segundo, los poblados no eran organizaciones coherentes, podían considerarse clusters de *households*; como lo que Elmendorf (1960: 257-258) describe para los *Twana* de Puget Sound. Los poblados consistían en casas que eran «políticamente independientes y no afiliadas unas con otras y nunca mostraban una unidad de acción como *Twanas*». En algunos casos los «poblados» *Coast Salish* no ocupaban un solo lugar. Entre los grupos del estado de Washington «los poblados [….] podían extenderse algunas millas a lo largo del río con diferentes lugares de vivienda separados entre sí» (Collins, 1974: 15). Así pues, los grupos *Coast Salish* pueden identificarse como un poblado que se extiende a lo largo de muchos kilómetros, mientras que los arqueólogos identificarían cada concentración de casas como una localidad en sí misma. La independencia de las *households* es tan amplia como extensos los poblados en el paisaje.

Tercero, las *households* de los poblados a menudo mantenían fuertes alianzas con otras *households* de otros poblados; generalmente estas alianzas se establecían a través del matrimonio. Mientras que la mayoría de estas alianzas se hacían con *households* vecinas,

incluso del mismo poblado, las *households* de alto estatus trataban de establecer alianzas con las de poblados lejanos. En efecto, cuanto más lejano era el aliado más prestigio se asociaba a esta relación, y las *households* de alto estatus tenían como objetivo conseguir muchos lazos lejanos. La razón principal es que estas alianzas conllevaban derechos de acceso a territorios lejanos: por ejemplo, una *household* de un poblado en el delta del río podía desear lazos con una de río arriba para acceder a territorios de caza en las montañas, durante el verano, y podía querer también acceso a las playas con almejas o a lugares de pesca en las islas durante otras estaciones. Las familias de alto estatus podían desear celebrar una ceremonia de *potlatch* para exponer sus bienes y alimentos procedentes de tierras lejanas con el objetivo final de demostrar su riqueza y lazos sociales.

Cuarto, la ceremonía del *potlatch* era el método principal para establecer el alto estatus, fomentando las alianzas matrimoniales y proclamar el derecho o titularidad a un nombre o propiedad territorial, como una zona de pesca. Los *potlatch* eran costosos de realizar, podían durar muchos días, y la *household* debía dar festines y proporcionar regalos a mucha, mucha gente. Pero, en este proceso los asistentes eran también «testigos». Testimoniar era una parte crucial de las ceremonias del *potlatch* en la Coast Salish (Suttles 1987b: 7; Amoss, 1981: 239), como lo era en cualquier parte de la NWC (por ejemplo, Barnett, 1938; Rosman y Rubel, 1971). El *potlatch* era el reconocimiento público de la obtención de un determinado título, de la herencia de un nombre y de los derechos asociados a estos títulos; en efecto, como indica Barnett (1938: 357), era «el único medio posible» para tales reclamaciones. El *potlatch* era una manera de justificar el propio estatus y título y otras proclamas de autoridad. Al referirnos a la guerra es importante tener en cuenta los protocolos de las justificaciones que se realizan a través del *potlatch*, ya que después de una batalla podían reclamarse nuevas zonas con recursos y hacerse otras reclamaciones de títulos acompañadas de declaraciones públicas de derechos (del tipo «para que consten los hechos...») o porque se trataba de vengar agravios, o justificar posibles acciones ofensivas. La riqueza, que a menudo se obtenía en una batalla, era distribuída para ganar estatus simbólico mediante el regalo de bienes.

En suma, la dinámica sociopolítica *Coast Salish* implicaba un énfasis sobre la independencia de las *households*, conectadas a través de alianzas familiares con otros grupos con los que compartían el acceso a recursos. Esta conexión con aliados distantes evidencia una forma de identidad que a menudo conectaba más íntimamente a grupos lejanos que a otros grupos del mismo poblado, y conformaba el entramado de una red de identificación social que cubría toda la esfera de interacción de los *Coast Salish*. Por último, el *potlatch* era un mecanismo que establecía o mantenía el estatus relativo de unos grupos respecto a otros y justificaba las reclamaciones de un título o autoridad sobre un recurso dado. Para evaluar mejor esta dinámica sociopolítica, la teoría del anarquismo proporciona los principios que pueden utilizarse para dar cuenta de tales lazos de cooperación entre grupos (de alianzas de afinidades) que sin embargo permitían mantener la autonomía o independencia en las *households*.

Anarquismo como marco teórico para la complejidad Coast Salish

La teoría anarquista proporciona un marco de referencia para evaluar la naturaleza de la sociedad *Coast Salish* en el pasado. Los teóricos anarquistas ponen en primer plano los principios de organización de las sociedades que no dependen de un incremento de la centralización o de concentración de la autoridad, según los cuales las formas complejas

de organización se construyen de manera heterárquica mas que de manera centralizada jerárquica. El anarquismo es una teoría tan antigua como el marxismo y ha sido discutida, afinada y puesta en práctica desde hace muchas décadas. Es una teoría para organizar la sociedad sin un estado cobertor, que comparte con el marxismo el objetivo final del comunismo, aunque tienen diferentes métodos para alcanzar esta meta. A pesar de sus numerosos teóricos y de la crítica constructiva a la teoría marxista, el trabajo académico anarquista no está ni de lejos tan extendido en la academia como el marxismo, tal como subraya Graeber (2004). Sin embargo, por las mismas razones que el marxismo es útil para reflexionar sobre la dinámica de la organización política y social a nivel del Estado, yo creo que el anarquismo puede también proporcionar un marco teórico para analizar las relaciones sociales y la economía política de sociedades de pequeña escala a través del registro arqueológico. Aquí la premisa básica es que la teoría del anarquismo es útil para comprender las sociedades sin gobierno formal. La teoría del anarquismo tiene otras ventajas para los arqueólogos al estar basada en el materialismo y la práctica, por su concepto del poder y su enfoque hacia el individuo organizado con otros en una red de cooperación. Quizás la razón más convincente para explorar la teoría anarquista se basa en que tiene ciertas ventajas sobre el marxismo, en cuanto se refiere al estudio de sociedades de pequeña escala o sin estado. En el marxismo tales sociedades se han tratado como «sociedades precapitalistas» —una denominación que contiene en sí nociones de teleología hacia el capitalismo de los Estados—. La teoría marxista ha necesitado ser muy revisada y retocada por los antropólogos y arqueólogos para poder tener relevancia teórica en el estudio de las sociedades precapitalistas. El anarquismo, en cambio, se centra precisamente en la naturaleza de sistemas descentralizados de pequeña escala y por lo tanto es más apropiado para el estudio de sociedades sin autoridad política centralizada. Este es precisamente el caso de la *Coast Salish* que muestra una sociedad con numerosas expresiones de autoridad aunque de una forma heterárquica.

Los anarquistas han debatido cómo implementar sus principios básicos para la organización de la sociedad en sus movimientos, sindicatos y colectivos locales. Estos principios incluyen: expresión y autonomía individual y local, ayuda mutua, asociación voluntaria, toma común de decisiones, organización en red, descentralización (y resistencia activa a la centralización), y formas justificadas de autoridad. En lugar de un modelo rígido de organización social que debe ser impuesto de arriba a abajo, los anarquistas hacen hincapié en que estos principios básicos deben adaptarse a los contextos locales de una manera adecuada a las condiciones y circunstancias regionales. Seguidamente me centraré en algunos de estos elementos clave que constituyen el fundamento de la discusión posterior, con explicaciones de cómo se relacionan constituyendo un marco coherente de organización social. Para un tratamiento más extenso sobre la teoría del anarquismo como marco para el análisis arqueológico, ver Angelbeck (2009).

Primero hay un énfasis sobre la autonomía y la expresión individual y de grupo local. Esos principios sitúan la primacía en la libertad individual y tratan de promulgar otras prácticas y principios sociales para asegurar que la libertad individual y local se mantenga o incluso aumente. Aunque en este énfasis hay una vena libertaria, no se defiende la atomización social en la que cada persona sería dejada al cuidado de sí misma. Al contrario, hay también un fuerte empuje hacia las relaciones comunitarias, aunque éstas deben establecerse y continuarse a través de formas voluntarias de asociación y acuerdo comunitario. La auto-organización se refiere a la capacidad de los individuos para organizarse cooperativamente en grupos para tareas productivas u otras metas compartidas. De acuerdo con las nociones anarquistas no es necesaria ninguna autoridad central para

llevar a cabo cualquier empresa, sin importar a qué nivel. Para Kropotkin (1972 [1902]), nuestra evolución cultural confirma esto, ya que los humanos han sobrevivido y proliferado durante la mayor parte de su historia evolutiva en grupos sin gobierno formalizado. Los humanos, sin embargo, han sido siempre seres sociales. La mútua ayuda y las labores cooperativas son vistas por los anarquistas como el núcleo dinámico de la autoorganización de los grupos y para la vinculación de estos grupos corporativos locales constituyendo comunidades más grandes y redes regionales de interacción. De acuerdo con Bookchin (1991), las necesidades prácticas de los individuos en los grupos locales son el medio para la organización; es decir el principio de organización está basado en las necesidades materiales, sociales e individuales. Los medios para afrontar las necesidades comunes se consiguen mediante redes de cooperación autoorganizadas. Los reiterados acciones y compromisos de ayuda mútua conforman redes que vinculan individuos y grupos de muchas maneras no jerárquicas y de estructura descentralizada.

Mientras que la mútua ayuda y las alianzas son algo que los anarquistas apoyan, la concentración de autoridad es algo que detestan. Newman (2001) ha señalado que «la historia, para los anarquistas, es la lucha entre la humanidad y el poder». Está claro que en la mayor parte de la teoría anarquista la resistencia se dirige primero y principalmente contra el Estado y la centralización del control. Sin embargo, como arqueólogo, he estado interesado por cómo se ha aplicado el poder en todo tipo de sociedades, incluídas las sociedades de pequeña escala. La conexión es a pesar de todo clara. Proudhon, por ejemplo, señala que «todos los partidos sin excepción, en tanto que buscan el poder, son variedades del absolutismo» (Woodcock, 1962: 18). Así, desde una perspectiva anarquista, el poder autoritario en cualquier contexto debe encontrarse con alguna resistencia. En el contexto de sociedades sin Estado, el centro de interés cambia: de resistencia contra el Estado a resistencia contra la formación del Estado en sí. Aunque los anarquistas se oponen al poder autoritario, no rechazan la autoridad en sí misma. Bakunin (1970 [1871]/: 32) dice:

> «yo me inclino ante la autoridad de hombres especiales porque se me impone por mis propias razones. Por lo tanto no hay una autoridad fija y constante sino un continuo intercambio de autoridad y subordinación mutuo, temporal y sobre todo voluntario».

Esta noción de autoridad respetada y aceptada a causa de la especialización o mérito de un individuo en un campo específico, está presente en la sociedad *Coast Salish.* Smith (1940) describe que entre los *Puyallup-Nisqually* de Puget Sound a los guerreros o jefes de guerra se les daba poder sobre los poblados, aunque solamente durante episodios bélicos. Igualmente a los curanderos se les daba autoridad en tiempos de epidemia, o mala caza y otras desgracias. También, determinados jefes de *households* podían ser llamados para dirimir una disputa entre otras *households*; pero en estas situaciones el jefe elegido no ocupa una posición formal, sino simplemente es respetado por ambas partes y se le mira como si tuviese un fuerte poder espiritual que le ayuda a resolver las disputas (Miller, 2001: 149-150). En estos ejemplos del guerrero, el chamán o el jefe, el poder y asignación de autoridad tiene una amplitud limitada y un corto periodo de tiempo de aplicación. Más exactamente, el poder de la autoridad debe estar justificado por la situación. Esta noción de justificación también se aplica a las alianzas, una vez ha cesado la necesidad para la alianza, la unión se disuelve enseguida para volver a una mayor autonomía de los grupos locales.

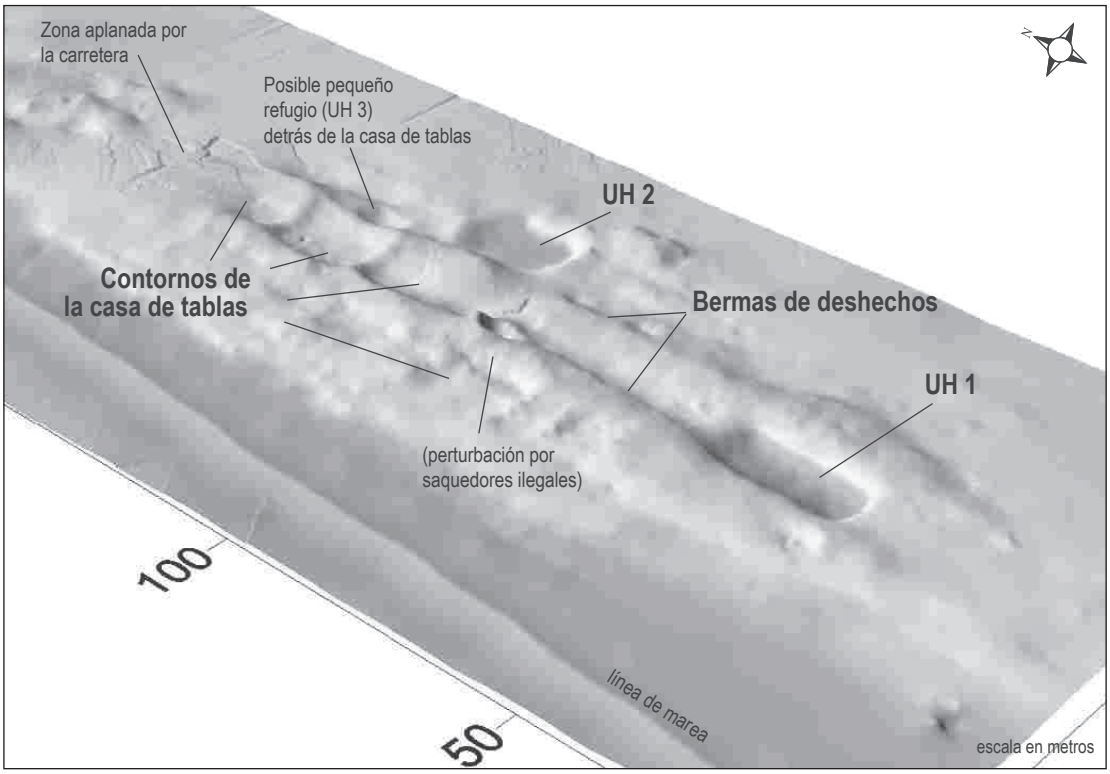


Figura 33. Mapa de la superficie del sitio Smelt Bay (EaSf-2) en la isla Cortes, BC, indicando los sitios de los refugios defensivos subterráneos.

Naturaleza anárquica de la organización defensiva de los Coast Salish

La organización de la defensa en la zona Coast Salish muestra la autonomía de las *households*, su asociación voluntaria en alianzas cooperativas y organización en forma de redes. Voy a describir, a nivel de espacio, las defensas de las *households* y luego las formas de organización a mayor escala incluyendo las redes de defensa regionales. La cronología de estos episodios de actividad bélica son también un buen indicio de su propósito, pienso que las guerras se generalizaban después de periodos en los que se incrementó la concentración de poder.

A escala espacial, la disposición de los lugares defensivos implementados por los *Coast Salish* indican el nivel de su organización. La forma de organización defensiva más pequeña y sencilla es el refugio subterráneo o «casa de combate» documentada etnográficamente por Barnett (1944; 1955: 54-56). Un jefe *saanich* las describe como pozos profundos en el suelo con aperturas pequeñas y ocultas, «pero internamente tan grandes como un refugio» (Lugrin, 1932). En las investigaciones que realicé en la bahia Smelt (EaSf-2) en Isla Cortes hacia el norte del Golfo de Georgia, documentamos la presencia de dos grandes refugios subterráneos (figura 33). Las casas de tablas típicas de los poblados costeros de la zona son casas de cedro construídas sobre superficies desbrozadas, no re-excavadas. Con el tiempo se van acumulando montículos de desechos en todo el perímetro exterior alrededor de cada casa. Estas depresiones concuerdan con la descripción proporcionada por Barnett, en la profundidad y por la forma rectangular, y eran adyacentes a las casas de tablas aun existentes. En una casa subterránea, la UH-1, no hay berma sobre-alzada entre la superficie de la depresión y la superficie de la casa de tablas

adyacente, mientras que otras paredes sí muestran los rebordes elevados consecuencia de su re-excavación. Esta zona probablemente representa la rampa, que describieron los informadores de Barnett, con su entrada oculta por plataformas deslizantes de madera en el borde exterior de la casa. La línea más importante de evidencia es, sin embargo, que los informadores de Barnett identificaron específicamente el extremo sudoeste de la Isla Cortes como una de las zonas caracterizadas por la existencia de estas construcciones. Esto convierte a los refugios de *Smelt Bay* en el primer ejemplo arqueológico bien documentado de tales características.

Para nuestra discusión, el hecho mas relevante es que estos refugios representan una defensa organizada y controlada por la *household*. La defensa en estas estructuras servía sólo a las necesidades de la *household* que la poseía. En efecto, el acceso a estos refugios era a través de la casa de tablas adyacente.[1] Esto parece estar de acuerdo con la importancia que concede Suttles a la *household* como unidad primaria en términos de organización de la defensa. Sin embargo una cosa se hace evidente al considerar el conjunto del poblado de *Smelt Bay*: no todas las casas tenían un refugio subterráneo. Hay indicaciones de Barnett (1944: 268) de que eran las familias de la élite las que podían permitirse los refugios, debido a que era necesaria una gran cantidad de trabajo e inversión en materiales que había que sumar a la considerable cantidad de trabajo requerida para construir y mantener una casa de tablas (por ejemplo, Ames *et al.*, 1992). Aquí surge una pregunta respecto a qué pasaba con las otras *households*, ya que no parece haber otro tipo de defensas en el asentamiento. Para tratar esta cuestión, debemos tener en cuenta el contexto regional del yacimiento.

En la zona de *Smelt Bay* hay numerosos fuertes con empalizada que rodean el yacimiento a una distancia de unos pocos kilómetros. Están generalmente situados sobre escarpes altos o crestas y las partes de sus perímetros que están menos protegidas por el relieve natural están rodeadas de profundos fosos y taludes empinados. En lo alto de los taludes y a lo largo del borde del precipicio, los sitios estaban protegidos con una empalizada. En las excavaciones de la fortificación en *Rebecca Spit* (EaSh-6), que está al oeste de *Smelt Bay* (Mitchell, 1968) se encontraron evidencias de la pared de la empalizada. Hay varios yacimientos fortificados que están situados cerca, en el perímetro de *Smelt Bay*, e incluyen casas subterráneas y bastantes sitios con foso y talud. Según Barnett (1944: 267), hay también casas subterráneas en la parte este de la Isla Cortes. Las fortificaciones con foso y talud en la zona de *Smelt Bay* incluyen el de *Manson's Landing* (EaSf-1) en el Norte (figura 34), dos en los extremos norte y sur de la isla Marina situada enfrente de la bahía, y tres en la isla Hernando al sudeste. Newcombe (sin fecha [ca. 1935]) también señala un sitio defensivo en Gorge Harbour. Además, en Whaletown hacia el noroeste, hay un sitio famoso por su asociación con un punto de atalaya (Kennedy y Bouchard, 1983: 155). Hay también atalayas y lugares defensivos localizados en puntos al norte y sur de isla Marina, que obstaculizan la visión de la parte central a poniente desde *Smelt Bay*. Estos puntos proporcionan unas buenas perspectivas sobre el Norte y Sur de la parte central del Golfo de Georgia.

Aunque hay varias fortificaciones de foso y talud cerca de *Smelt Bay*, el tamaño de cada una es relativamente pequeño en comparación con el tamaño del poblado de *Smelt Bay*. Éste muestra un mínimo de trece casas extendiéndose aproximadamente en una franja de 260 m de largo por 60 m de ancho, cubriendo un área de 15.600 m^2. Probablemente

[1] Los refugios subterráneos también pueden estar en otros lugares más distantes de los poblados residenciales. En estos sitios las entradas también están ocultas.

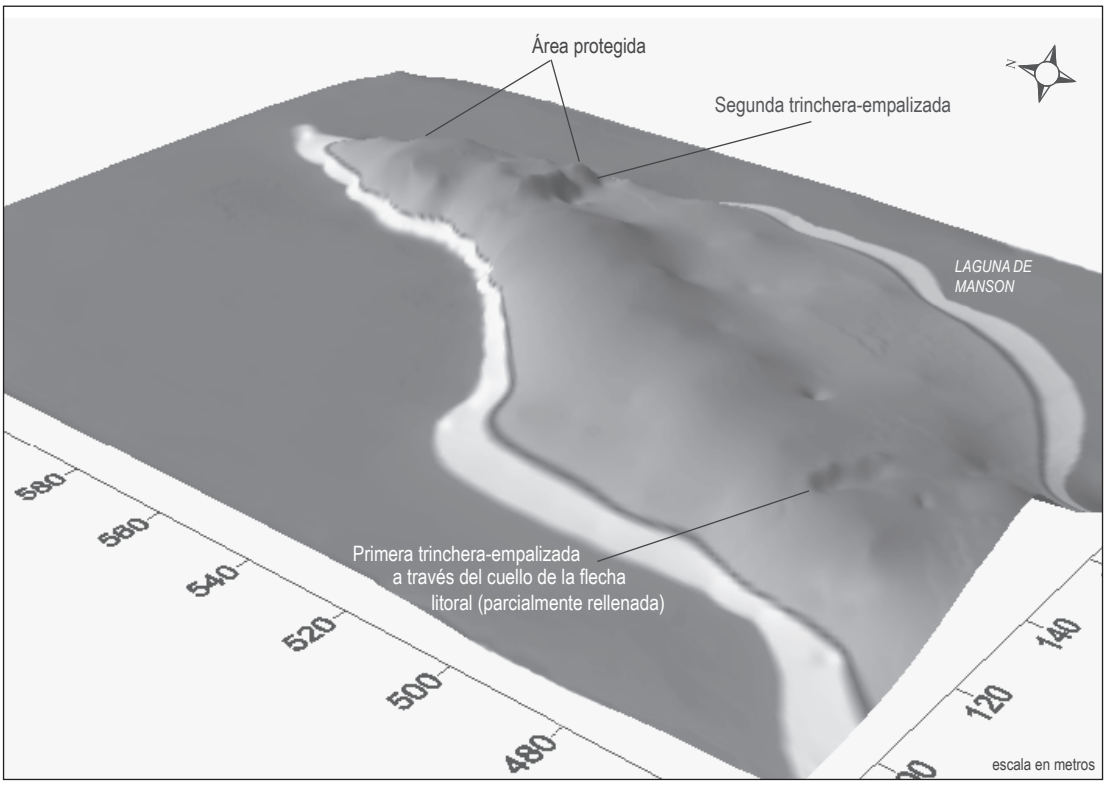


Figura 34. Sitio Manson's Landing (EaSf-1). Mapa de superficie de una fortificación con foso y terraplén en isla Cortés, BC.

habia incluso más casas, pero la evidencia arqueológica es difícil de recuperar o se ha destruído a causa del desarrollo de las décadas recientes, lo cual significa que el tamaño total de *Smelt Bay* pudo haber sido incluso mayor. Sin embargo, los yacimientos con foso y talud en la zona promedian 47,8 por 24 m o 1.273,4 m^2 (Angelbeck, 2009: 252-254). Es improbable que alguna de las fortificaciones fuese concebida especialmente para (o pudiese contener adecuadamente a) todos los habitantes de *Smelt Bay*, ya que las fortificaciones de foso-empalizada tienen menos del 10 por ciento del área total del poblado. Dado que probablemente estas fortificaciones sólo eran ocupadas cuando había amenazas o conflictos, un área reducida ya pudo haber sido suficiente para estancias cortas. Sin embargo, es más probable por el tamaño de estas fortificaciones que no estuvieran asociadas con el poblado como un todo sino a *households* aliadas. Las casas subterráneas muestran una superficie que sugiere una defensa a escala de una *household*, como UH-1 y UH-2 en *Smelt Bay* que promedian 11 por 19 m, o sea 203 m^2. El área promedio de los lugares fortificados cercanos, 1.273,4 m^2, sugiere de tres a cinco *households* aliadas en ellos, con quizás sólo dos *households* en *EaSg-1* en la isla Marina (325 m^2). El yacimiento más grande con foso y talud en la zona está tambien en la isla Hernando (DlSf-5), y es solamente de un quinto aproximadamente del área del poblado de *Smelt Bay*.

Hay una disparidad sustancial entre el tamaño del poblado de *Smelt Bay* y el tamaño promedio de los lugares defensivos en la zona. Hay dos interpretaciones posibles. O bien todos los habitantes del poblado podían retirarse a un refugio mucho más pequeño y hacerlo de manera poco confortable, aunque algunas fortificaciones, como *EaSg-1* con 325 m^2 en la isla Marina, son tan pequeñas que es muy improbable que la población total de *Smelt Bay* pudiera haberla ocupado. O, la otra posibilidad es que solamente unas pocas

households aliadas usaran estas fortificaciones de foso y talud. Esta última interpretación, de una defensa distribuida, está más de acuerdo con las formas de organización social de los *Coast Salish* —donde raramente se hacía algo a escala de poblado—. El tamaño de estas fortificaciones parece apropiado para agrupaciones de *households*.

Esto puede parecer un indicador de una ausencia de defensa a escala de poblado, en contraste con el punto de vista de Suttles. Sin embargo, considerando las tradiciones de la sociedad *Coast Salish* en cuanto a redes distribuidas de cooperación y alianza hemos de considerar los otros yacimientos de la zona para tener una visión adecuada del contexto. Dada la cantidad de yacimientos defensivos que existen en las cercanías de *Smelt Bay* y su adscripción cronológica general al Periodo Tardío, estos pequeños sitios defensivos formaban probablemente una red defensiva para la población de *Smelt Bay* y sus alrededores (figura 35). Esta interpretación es similar a la sugerida por Schaepe (2006) para la red de defensa del cañón del río Fraser, pero adecuada al entorno de la isla. Casi todos estos lugares defensivos mantienen una línea de contacto visual con otros, mientras que hay otros que son accesibles desde el yacimiento de *Smelt Bay*. Todos son más pequeños que *Smelt Bay*, cuya ventaja es tener una amplia panorámica sobre el mar. En este sitio hay además un par de *households* que han organizado sus propias defensas con refugios subterráneos ocultos. Con la red distribuida de defensas, la amplitud potencial de visibilidad aumenta mucho. En efecto, una red de sitios ocupados simultáneamente multiplica la extensión de la visibilidad mediante numerosas posiciones avanzadas y líneas de visibilidad ampliada con lugares de vigía, señales con hogueras y mensajeros, como bien describen las etnografías regionales (por ejemplo, Haeberlin y Gunther, 1930: 13; Stern, 1934: 101; Suttles, 1951: 322). Una red regional de varias defensas intercomunicadas indica una forma de coordinación y un poder de organización a escala regional.[2]

Un tipo de defensas descentralizado proporciona también muchas ventajas. Primero, una red de comunicaciones por toda la zona alrededor del poblado de *Smelt Bay* ayudaría a dar aviso de un ataque inminente desde muchas direcciones; esto daría tiempo a las *households* para prepararse frente al ataque. Además, una pronta detección de atacantes daría tiempo a las *households* a prepararse para la batalla y emprenderla en sus propios términos desde posiciones fortificadas. Segundo, una red descentralizada de defensa minimiza proporcionalmente la amenaza a cada *household* del poblado.[3] Dado que cada familia maneja en principio su propia defensa, bien sea en una casa subterránea o en un refugio defensivo en unión de otras pocas *households* aliadas, se dispersarían hacia sus estructuras defensivas cuando se enfrentaran a un ataque inminente. Así, los atacantes deberían dirigir sus esfuerzos a una fortificación defensiva, o a un nodo de la red defen-

[2] Durante el periodo post-contacto, las fortificaciones se construyeron a escala de organización de poblados. Eran empalizadas construídas alrededor del perímetro del poblado residencial. Aunque a menudo no eran construídas por el poblado como una unidad, sino construídas colectivamente por las *households* que eran capaces de contribuir a su construcción con recursos y trabajo. Cada *household* era la responsable de levantar una sección de la empalizada y mantenerla. Si una *household* decidía no contribuir o era incapaz de acumular los recursos y trabajo, su casa no se incluía en la empalizada (Suttles, 1951: 278; 1987b (1958): 5; Haeberlin y Gunther, 1930: 15, 58). Durante los ataques las casas fuera de la barricada podían ser más susceptibles de ser saqueadas y quemadas. La construcción de empalizadas proporcionaba ocasiones de cooperación mútua para compartir objetivos, pero también se contemplaba la autonomía de las *households* de no participar.

[3] Un relato indica cómo se practicaba la defensa distribuída después de llevar a cabo un ataque. El guerrero *nisqually*, Leschi, dirigió ataques contra los colonos de Seattle y alrededores en 1855 y esperaba prontas represalias. Él «aconsejó a los *Nisqually* dispersarse en pequeñas bandas por las montañas» (Curtis, 1970 [1913]: 18). El método de dispersarse en pequeñas bandas minimizaba la probabilidad de daño al grupo en su conjunto.

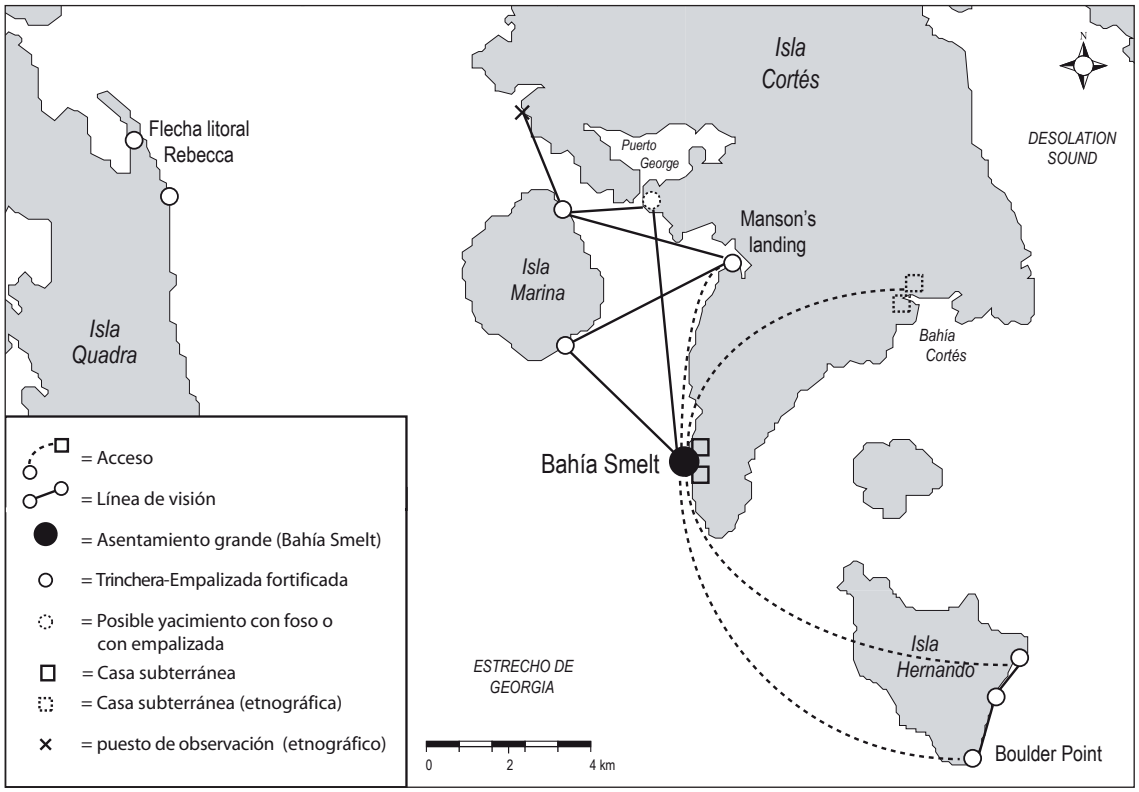


Figura 35. Red de sitios defensivos en la región de Smelt Bay.

siva —y sólo una parte de las familias del poblado sufrirían lo peor del ataque—. El que una fortificación en la red de defensa sufriese el grueso del ataque no significa que fuera ofrecida en sacrificio a los atacantes. Como grupo, ocupaban un determinado lugar fortificado, y existía además contacto visual con otras fortificaciones cercanas. Esto hacía posible que los guerreros de estos otros nodos acudieran en su ayuda, pudiendo flanquear a los atacantes desde otros lados, rodeándoles, o por lo menos desplazando el lugar de la batalla desde el fuerte hacia la costa o al mar. Esto podía mejorar su control sobre la situación de la batalla.

La existencia de varias escalas de defensa era también lo más apropiado para el tipo de conflictos que afrontan las familias *Coast Salish*. Los conflictos surgían a menudo entre grupos de *Coast Salish*, entre *households* (a causa de un asesinato o de haber recibido poco en un *potlach*), entre *households* aliadas por la intensificación de una enemistad heredada, y entre grupos regionales (por ejemplo, los *Cowichan* contra los *Klallam*, Carlson, 2001). Este modelo de defensa que se perfila a partir del patrón de asentamiento y líneas de contacto visual entre estos yacimientos del Período Tardío, es coherente también con la naturaleza anárquica de la organización sociopolítica *Coast Salish*, que mantiene la autonomía de las *households* aunque posibilitando la cooperación en redes de alianzas.

Una red regional es un gran sistema de alarma y defensa; aun así, hay evidencias de organizaciones de guerras a mayor escala entre los *Coast Salish*. Para estos casos necesitamos ir más allá del análisis regional y considerar los relatos que describen la batalla de Maple Bay, en la que grupos de *Coast Salish* participaron en una coalición a gran escala que incluía grupos del norte, centro y sur de Coast Salish, procedentes de todo el Golfo de Georgia y Puget Sound. Este caso nos sirve de ejemplo de cómo las *households* individuales se alinean y participan en empresas cooperativas a gran escala.

La batalla de Maple Bay sucedió probablemente a finales de los años treinta o cuarenta del siglo XIX. Antes de esta batalla, los *Coast Salish* convocaron un Consejo de guerra, invitando a jefes de todo el Golfo de Georgia y Puget Sound, para participar en un ataque a gran escala contra los *Lekwiltok*. En Maple Bay, los *Lekwiltok* fueron rodeados por varias facciones de grupos *Coast Salish* aliados en un ataque múltiple. Derrotados completamente, no quedaron supervivientes *Lekwiltok* o quedaron muy pocos, dependiendo del relato. Continuando los ataques, estos grupos aliados asaltaron los pueblos *Lekwiltok* en el norte y acabaron de forma definitiva el ciclo de ataques *Lekwiltok*-*Salish* que había durado décadas (Angelbeck, 2007: 276-277; 2009: 229-241; Angelbeck y Mclay, 2009).

Un aspecto interesante de los relatos de Maple Bay es que, de acuerdo a las diferentes fuentes, la decisión de reunir un Consejo de guerra tan grande salió de los *Cowichan*.[4] Justo antes, ellos habían hecho *razzias* y pillajes en poblados *Coast Salish* por todo Puget Sound encontrando a su regreso sus propios poblados devastados por los *Lekwiltok*, con muchos hombres masacrados, y mujeres y niños tomados como esclavos. Aún así decidieron llamar a otros grupos, incluyendo grupos de Puget Sound, donde ellos mismos acababan de hacer una incursión. Muchos grupos que eran enemigos reconocidos se aliaron en una coalición contra los *Lekwiltok*.

En realidad, las historias orales de esta batalla indican e ilustran un principio central de su organización social: los grupos *Coast Salish* actúan con gran autonomía, pero se organizan juntos en forma de grandes redes para hacer frente a ciertas necesidades. En ausencia de esas necesidades, o una vez han sido cubiertas, prevalece la autonomía local. Hay un dicho árabe que expresa este concepto: «soy yo contra mis hermanos; son mis hermanos y yo contra mis primos; y son nuestros primos, mis hermanos y yo contra el mundo» (Barfield, 2004: 266). Para hacer que este dicho se ajustase a la situación *Coast Salish* deberíamos añadir la categorías de *household* y el nivel de alianzas por matrimonio o *potlatch* entre *households*. Sin embargo, el principio es el mismo: primero, la autonomía, incluso el conflicto y la tensión, a escala más pequeña (hermano contra hermano) pero de abajo a arriba unidad para encarar e igualar (incluso superar), la escala de amenazas mayores. Además, esas unidades o alianzas temporales, durarían lo que durasen las condiciones que las generaron. Así como a los guerreros se les da el control de un poblado solamente mientras dura la batalla, las grandes alianzas se disuelven al cese de las hostilidades.

Estas escalas de alianzas van ampliándose desde la base, la *household*, de forma creciente hasta incluir grandes alianzas con otras *household* en el poblado, redes regionales y alianzas de afiliaciones lejanas. A cada escala de organización social le corresponde una manifestación material de un elemento defensivo identificable arqueológicamente: la defensa a escala de *household* está representada por la casa subterránea; las *households* aliadas o poblados cooperan en la construcción de fortificaciones; y los sitios defensivos forman parte de una red de defensas regional con atalayas, estaciones de señales y comunicación visual y accesos entre los fuertes. Las historias orales indican la existencia de alianzas a gran escala, como demostró la coalición para la batalla de Maple Bay.

Aunque las interpretaciones arqueológicas a menudo han hecho hincapié en la guerra intertribal, la etnografía, la etnohistoria y los relatos orales sugieren muchas más guerras

[4] Debo indicar que en un relato importante, algunos jefes asistentes al Consejo de guerra decidieron no participar, destacando entre otros el guerrero jefe Leschi de los *Nisqually* (Elmendorf, 1993: 145-146). De esta manera la batalla representa un momento de amplia unidad de *Coast Salish*, aunque no fue total, lo cual es otra manifestación de la autonomía de los grupos locales.

internas entre grupos *Coast Salish*. El registro arqueológico también indica la existencia de múltiples escalas de coordinación defensiva que pueden servir de protección contra pequeñas enemistades entre *households*, batallas entre grupos de *households* aliadas, o incluso guerras entre grupos regionales de *Coast Salish*. Este registro material requiere un marco interpretativo que sea coherente con el registro arqueológico pero también con la dinámica de la organización sociopolítica *Coast Salish* conocida etnográficamente.

Descentralización en la organización sociopolítica Coast Salish

Acabo de describir cómo la organización de defensa muestra un patrón en forma de red sobre el paisaje, e incluso redes de ataque y defensa coordinada. Sin embargo, no es suficiente describir simplemente el patrón, sino que es importante evaluar cómo se expresan (o se suprimen) estos principios de organización sociopolítica *Coast Salish* a través del tiempo. Como describe Proudhon (1861; Noland, 1970), y he señalado antes, la sociedad está llena de tensiones y facciones intentando consolidar su poder y otras facciones oponiéndose a tales esfuerzos. Voy a evaluar cuándo, a lo largo del último par de milenios de historia *Coast Salish*, las élites consolidaron el poder, lo que se marcaría en una desigualdad creciente. También trataré de reconocer las tendencias a limitar las concentraciones de poder; constatando los periodos en que la guerra fue más frecuente.

Para evaluar el desarrollo de la guerra, será necesario hacer una comparación con el desarrollo de la desigualdad social tal como se conoce a través de la historia cultural de la región. Revisando las teorías destacadas sobre origen de la complejidad social en la NWC, Matson (1992) determina que la base de la economía del almacenamiento de salmón comienza en la fase Locarno Beach (3.500 a 2.500AP) en la región del Golfo de Georgia, pero la evidencia de estratificación social y poblados de invierno sólo surgen más tarde, durante la fase Marpole (2.500 a 1.000AP). Este «patrón de la NWC desarrollado» continuó durante el siguiente periodo Golfo de Georgia o Periodo Tardío (1.000AP hasta el contacto). Sin embargo, el desarrollo de este patrón cultural general de estos cazadores-recolectores complejos, no fue un periodo continuado homogéneo sino que existen señales de discontinuidades.

Concretamente se produjeron una multitud de cambios desde el declive del Marpole al comienzo del Período Tardío, reflejando la adopción y puesta en marcha de otras prácticas (Thom, 1998). La tecnología *Coast Salish* de proyectiles cambió de arpones con dentado unilateral a arpones de punta móvil, propulsores y dardos cayeron en desuso a favor del arco y la flecha; decayó el uso de la piedra tallada a favor de la piedra pulida y aumentó el de los instrumentos y puntas de hueso; la sociedad *Coast Salish* dejó de enterrar a sus muertos en concheros y cambió a enterramientos en montículos y túmulos de piedras; y después de 1.000AP pasaron a sepultar sólo en estructuras no enterradas. Finalmente, el estilo artístico Marpole con su característica imaginería antropomórfica y zoomórfica, elaborada principalmente sobre cuencos de piedra, se hizo más «conservadora» como dice Thom (1998), con motivos geométricos angulares y lineales. Un patrón similar se repite en los estilos de cestería, lo cual según argumenta Bernick (Bernick, 1995) estaría indicando un declive en la especialización artesanal.

Durante la fase Marpole, la práctica de la deformación craneal, con la que se da forma al cráneo de las criaturas, fue solamente practicada entre un subconjunto de la población (Angelbeck y Grier, 2009; Angelbeck, 2009: 289-295). Esta característica parece haber servido como elemento de diferenciación dentro de estos grupos. Algunos arqueólogos, como Mitchell (1971: 54), Burley y Knüsel (1989), Matson y Coupland (1995: 215) opi-

nan que la introducción de la deformación craneal indica el comienzo de una estratificación de clases, un periodo de creciente desigualdad sociopolítica. Con este argumento podría admitirse que el desarrollo de la desigualdad continuó hasta el periodo colonial. Sin embargo, yo creo que la discontinuidad de todos estos cambios introducidos en el Período Tardío indican que había agitación contra la hegemonía de las élites Marpole.

Durante el periodo Marpole no hay señales de grandes guerras, lo que indicaría cierto grado de estabilidad. Los estilos artísticos (por ejemplo escultura sobre cuencos de piedra, los entramados de la cestería) y las prácticas indican costumbres e ideología ampliamente compartidas en toda la esfera de interacción *Coast Salish*, indicando una creciente homogenización cultural. También el comienzo de la deformación craneal introduce una señal de identificación que singulariza las diferencias dentro de la población —la deformación craneal es quizás el ejemplo más claro de singularización, puesto que imprime una señal de identidad indeleble sobre el cráneo de cada criatura—.

El Período Tardío presenta indicadores muy variados de que se trata de un periodo de fragmentación e inestabilidad. Este periodo está marcado además por la presencia de guerras. Después del periodo Marpole hay también disputas de identidad, según Thom (1995): las sepulturas elevadas permiten una mayor individualización de las tumbas, aunque ello estuviera acompañado, en parte, por un declive en la especialización artesanal (Borden, 1983: 158-159; Thom, 1998; Bernick, 1995). El contexto de la práctica de la deformación craneal también cambia, indicando una disolución de la singularización de las diferencias. Inicialmente, durante el periodo Marpole, la deformación era la característica de unas élites minoritarias, pero al final del Marpole, aproximadamente hacia 1.000AP, había más gente *Coast Salish* con deformación que sin ella, y hay indicadores de que los estilos de deformación craneal eran cada vez más variados (por ejemplo, Beattie 1980: 59). Esto es otro posible indicador de disputas de identidad. Puesto que más gentes llevaban un rasgo asociado con la élite, permite rastrear cronológicamente el desarrollo de la sociedad con una estructura en forma de «pera invertida» de Suttles (Angelbeck y Grier, 2009).

Las fechas radiocarbónicas de los lugares defensivos del Período Tardío terminan alrededor de 500AP, lo cual sugiere una disminución de la guerra. Durante este declive de la guerra hay indicadores de inmovilismo del poder de la élite, igual que durante el periodo Marpole. Schaepe (2009) ha señalado la aparición de jefes o *siyá: ms* en el valle del Fraser, que documenta a través del análisis del tamaño de las casas pozo. Determinó que las diferencias de tamaño en las casas aumentaba de forma importante alrededor del 550AP y que indicaban desigualdad social; estas desigualdades continuaron aumentando a lo largo del resto del Período Tardío, hasta el momento de contacto. Y el contacto fue seguido de otro periodo de guerra que duró un siglo. Otro estudio, de Matson (2003), compara los tamaños de las casas del último pre-contacto con los del periodo post-contacto, fundamentalmente en la zona Coast Salish. Determinó una reducción de la anchura de los compartimentos (identificables en la distancia entre vigas y portantes) en el interior de las casas: mientras que las del último pre-contacto, como en *Shingle Point* y *Ozette*, se alineaban entre 4 a 6 m de distancia entre sí, las casas del post-contacto (*Charles*, *Old Man*, *Sbabadid*) tenían distancias de 3 a 5 m, con la máxima concentración entre 3 a 4m. Matson (2003: 101) señala que los acontecimientos posteriores al contacto parecen haber afectado el tamaño de los compartimentos de las casas. Señalando a los «nuevos ricos» del comercio de pieles, Matson (2003: 101) dice que:

> «el comercio de pieles reforzó el papel de los líderes tradicionales, pero más tarde permitió a individuos sin título ganar poder y prestigio. ¿acaso no habrá sido esta la causa de la reducción del tamaño medio de las casas?»

Remarcando al «nuevo rico» es razonable, para ese análisis, que la presencia creciente de nuevos ricos haya tenido un efecto en cierto modo igualizador, refrenando las desigualdades.

Como muchos han reconocido, el periodo post-contacto introdujo nuevos instrumentos, recursos y vías hacia el enriquecimiento para las gentes de la NWC. Los objetos de metal y las armas de fuego tenían mayor eficacia y durabilidad que las herramientas tradicionales. Estos instrumentos y otros elementos se convirtieron en recursos en sí mismos como objetos de comercio y alteraron el valor tradicional de algunas cosas, tales como la nutria marina y las pieles de castor. Personas individuales fueron capaces de saltarse el método tradicional de adquisición de estatus, adquiriendo riqueza rápidamente a través de contactos externos en el comercio de pieles. El comercio de pieles proporcionó una fuente adicional de productos básicos para la gente de estatus inferior, al margen de los recursos antes controlados por las élites de alto estatus de la sociedad. En el interior, este tipo de comercio recortó la autoridad de jefes que adquirían riqueza con métodos tradicionales, aumentando su prestigio a través de su organización de la caza de caribúes. Respecto al interior de BC Bishop, (1983: 155) demostraba que el comercio de pieles permitió a los individuos tratar directamente con los fuertes, soslayando las redes tradicionales del comercio, limitando el poder de las élites. En la NWC el comercio de nutria marina, iniciado por Cook en 1778, espoleó el crecimiento de nuevas oportunidades económicas. Wike (1951: 92-93) dice que esta «prosperidad excepcional» fue instigada por la introducción de instrumentos de hierro, armas de fuego y un correspondiente aumento en las redadas de esclavos —una manera de aumentar más el propio potencial de trabajo. La expansión (y desestabilización) de nuevas economías parece haber sido un periodo liminar que permitió el surgimiento de muchos «contestatarios», tanto de la élite como de la no élite. Suttles (1987b (1957): 197) describió como el comercio de pieles quizás condujo a «causas internas de desorganización social»:

> «(El comercio de pieles) permitía a los cazadores y tramperos acumular riqueza más rapidamente que antes, y probablemente les posibilitó ascender socialmente a expensas de los propietarios herederos de localizaciones pesqueras y otros lugares productivos. Este aumento en la movilidad social pudo haber estimulado a otros a buscar otras fuentes de prestigio y autoridad».

Sin embargo el comercio de pieles por sí sólo no pudo causar todo este desorden. Como apunta Miller (2001: 77) el desarreglo pudo ser también resultado de las muchas muertes de personas de alto estatus por epidemias y *razzias*, cuya ausencia creó oportunidades para la ascensión de «gente nueva rica». Collins (1950: 157) subrayaba:

> «También aumentó la guerra entre poblados vecinos. Esto estaba relacionado con la ruptura de los controles sociales antiguos, que habían operado eficazmente para reducir los conflictos de este tipo. Con la debilitación del control de los viejos sobre los jóvenes, no pudieron refrenar por más tiempo las actuaciones agresivas...».

Algunos de los «nuevos ricos» buscaron nuevas vías de enriquecimiento a través de métodos productivos como la caza de castores; otros adoptaron métodos más destructivos como las *razzias*. Aunque se trata de contextos distintos parece haber algunos paralelismos entre este periodo de actividad bélica y el que hubo antes en la transición Marpole/Periodo Tardío. Ese primer periodo de guerra pudo también haber creado oportunidades a las no élites para buscar prestigio a traves de métodos alternativos, tales como romper el estatus jerárquico existente por la fuerza.

Mi propuesta para la región Coast Salish, es que los períodos de *razzias* y guerra son indicaciones importantes de cambios en la organización sociopolítica. La secuencia de

estos períodos marca una alternancia entre períodos de estabilidad y de inestabilidad, o períodos de incremento de poder de la élite seguidos por períodos de balcanización. Estos períodos contrastantes pueden verse también como expresiones de centralización opuesta a descentralización (por ejemplo, Friedman, 1998).

La naturaleza centrífuga de la guerra Coast Salish

La resistencia contra la concentración de poder y autoridad es un viejo principio para los anarquistas. Es tal su importancia, que Sebastián Faure proclamaba incluso que: «Cualquiera que niegue la autoridad y luche contra ella es un anarquista» (Woodcock, 1962: 11). Sus sentimientos son compartidos por otros pensadores anarquistas, aunque puedan discrepar en cómo debe conducirse esta lucha, con propuestas que van desde la desobediencia civil a la violencia. El pensamiento de lucha contra las concentraciones de poder es un principio anarquista de pensamiento y acción. Bajo una perspectiva anarquista, la guerra puede verse como un factor que contribuye a la descentralización, un ataque a la hegemonía de las élites en el periodo Marpole o *Siyá: m*. Si las élites estaban firmemente atrincheradas, creo que la guerra sirvió para fragmentar su posición en las redes de intercambio, permitiendo participar a otros. Clastres (1994) utiliza este argumento para los grupos sudamericanos, dice que la guerra era un acto que anulaba la centralización. La guerra no se produce por la fragmentación, más bien la provoca o, como dice Clastres (1994: 164) «la dispersión de grupos locales [...] por lo tanto no es la causa de la guerra sino su efecto, su objetivo específico». Él usó este concepto de la guerra como limitador de concentraciones de poder para explicar una dispersión, parecida a los efectos de escisión de grupos. Consecuentemente para Clastres, la guerra existe:

> «Para asegurar la continuidad de la dispersión, de la división, de la atomización de grupos. La guerra primitiva es el resultado de la aplicación de una **lógica centrífuga**, de una lógica de la separación que se manifiesta de vez en cuando en los conflictos armados. La guerra sirve para mantener cada comunidad en su independencia política» (Clastres, 1994: 164, el remarcado es del original).

La «lógica centrífuga» de los actos de guerra contra la «lógica centrípeta» del estado, o contra cualquier tipo de entidad hegemónica que trate de concentrar o institucionalizar el poder. Una concentración de poder es, por su propia definición, una dinámica centrípeta. Para Clastres (1987: 202), el nacimiento del estado es la gran «ruptura» («*coupure*»), un acontecimiento más significativo en la evolución humana que los desarrollos tecnológicos, el sedentarismo, la agricultura o el almacenamiento —que al fin y al cabo son simples prácticas, mientras que el estado es una formación política humana que institucionaliza el poder—. Gledhill (1994) considera la contribución de Clastres bastante importante, viéndola como una variante del concepto de sociedad opulenta original de Sahlins (1972; también Lee, 1988), que trastornó a la antropología económica. Clastres hizo algo similar demostrando la «opulencia política» de los cazadores-recolectores que a menudo eran más ricos, en cuanto a libertad individual y local, que los pueblos con jefaturas y estados más centralizados. Esto está quizás algo idealizado, pero aún así desafía las nociones etnocéntricas según las cuales las sociedades centralizadas occidentales son el perfecto parangón con el que comparar las otras.

Muchos han sostenido que la guerra es un punto clave en la formación de estados —que es una fuerza centralizadora o centrípeta—. Carneiro (1970) propone que la guerra unifica grupos dentro de territorios, en un modelo coercitivo de aparición del estado.

Según esto, a medida que las poblaciones fueron siendo circunscritas por otros grupos, su capacidad de escisión va siendo limitada —un grupo no puede simplemente desplazarse a otro territorio para evitar la jefatura o el estado—. Hay casos en que la guerra fue un modo de concentrar autoridad, sin embargo esto no es una ley general y tales declaraciones deben ser referidas a casos regionales, situaciones y circunstancias históricas específicas. En la región Coast Salish la guerra era una fuerza centrífuga, dispersando y redistribuyendo las concentraciones de poder. Los períodos de guerra sucedían a períodos de refuerzo del poder de la élite y esto permitía la reorganización de las élites y la creación de nuevas facciones de élites (figura 36). Los «nuevos ricos» que aparecieron después del contacto indican un periodo similar de atrincheramiento del poder que probablemente comenzó al disminuir la guerra del Período Tardío hacia el 500AP (Angelbeck, 2009: 261-262). También Schaepe (2009) ha documentado a través del análisis del tamaño de las casas pozo, la ascensión en 550AP de jefes o *siyá: ms* en el valle del Fraser.

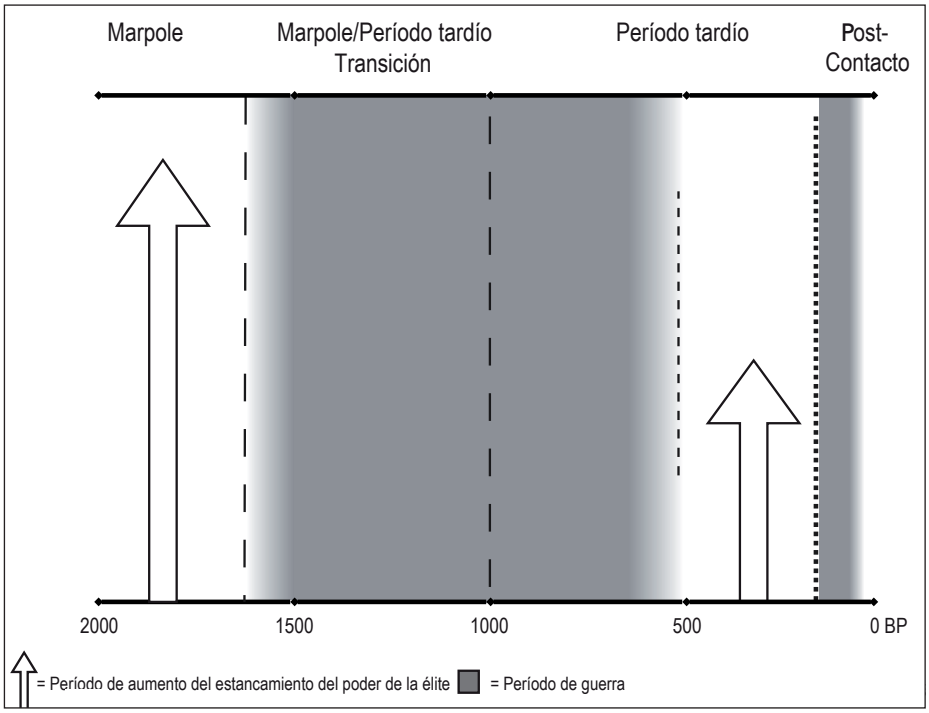


Figura 36. Esquema cronológico indicando las relaciones entre los periodos de guerra y los de incremento de la desigualdad social.

Los comienzos de ambos períodos de actividad bélica también se corresponden con la introducción de innovaciones tecnológicas en el armamento. Alrededor del 1.600AP el uso del arco y las flechas se comenzó a generalizar y después del contacto se adquirieron armas de fuego. Estos desarrollos no deben verse como un tipo de determinismo tecnológico, antes bien estas nuevas tecnologías ofrecían oportunidades y más poder a los individuos para desafiar a las estructuras de poder existentes. Con estas nuevas tecnologías fueron capaces de desplegar nuevas prácticas para los retos a que se enfrentaban, posibilitándoles una mayor consolidación de su autonomía.

Entre los cazadores-recolectores complejos, como dice Clastres (1987), la guerra puede servir para atomizar y mantener la autonomía, un freno al poder de un jefe que intenta obtener más riqueza y poder de lo que otros permiten. Esto es parecido a la explicación de

Helbling (1998) de cómo la creación de alianzas puede cambiar paradigmáticamente las dinámicas de un determinado ámbito social. Si un jefe intenta adquirir demasiado poder, sólo se requiere que otros dos (o más) jefes se alien para «despacharlo», quitarle su riqueza y anular su estatus. Un jefe que quisiera institucionalizar su poder de manera que le permitiera resistir tales amenazas, necesitaría una sólida red de jefes subordinados. En una región donde la consecución de estatus y prestigio es la meta de la mayoría de individuos, la subordinación a otro jefe sólo podría darse con la condición de aumentar su propio estatus. Un jefe superior en tales condiciones estaría presionado para aumentar la riqueza de los jefes subordinados. Por lo tanto, cuanto mayor sea el poder que uno trata de alcanzar, más difícil es mantenerlo.

Clastres (1987: 208-212) encontró entre los grupos sudamericanos a líderes que fueron capaces de alcanzar estatus mediante guerras. Lo consiguieron por su habilidad en organizar expediciones y alcanzar victorias. A estos jefes se les permitía seguir en sus posiciones superiores, en su aspiración de mayor prestigio y estatus en tanto consiguiesen riqueza para sus partidarios. Así pues, en tales condiciones, para todos los grupos el jefe no es más que «el instrumento adecuado para implementar lo que ellos quieren» (Clastres, 1987: 209-10). Una vez se han logrado sus objetivos, una demanda de ayuda para aumentar su poder por parte del jefe puede ser considerado como un exceso en su mandato, como una extensión de su autoridad más allá de lo que encuentran justificado los miembros de una *household* o un poblado. Utilizando términos nietzscheanos, Clastres (1987: 210) sostiene que un grupo autónomo «no permite que el deseo de prestigio sea remplazado por la voluntad de poder». Por lo tanto, entre cazadores-recolectores complejos, es demasiado difícil para un jefe institucionalizar su voluntad de poder. Tal es la fuerza de resistencia a tales medidas que Clastres (1987: 214) concluye (utilizando términos arcaicos) que «no es posible para el Estado surgir en una sociedad primitiva».

El esquema que he trazado tiene similitudes con el concepto de Blake y Clark (1999) del poder de los mecanismos de nivelación igualitaria. Blake y Clark señalan que para adquirir poder los «agrandadores» deben primero subvertir todos los mecanismos de control igualitario que mantienen la igualdad. De acuerdo con esto, los componentes clave (poder, riqueza, estatus) o motores de la desigualdad están presentes en todas las sociedades, incluso en las CR, pero una ideología o estrategia de igualitarismo es suficientemente eficaz como para mantener una igualdad superficial. El igualitarismo se mantiene en las sociedades CR a través de numerosos factores: necesidades de movilidad del grupo (reunión/dispersión estacional), infra-explotación (o disponibilidad extendida o creciente) de los recursos; ostracismo social o acusaciones de brujeria; organizaciones sociales transversales, etc. Estas prácticas normales hacen difícil para los «agrandadores» reclamar estatus o acumular riqueza. Hacer esto requiere suprimir o socavar estas costumbres casi del todo, pues cada uno de los mecanismos de nivelación es poderosamente eficaz. Estos mecanismos son, en términos de Clastres, fuerzas centrífugas.

Yo sostengo que una vez las sociedades están ya organizadas en rangos, como las de la región Coast Salish desde la fase de Locarno Beach (*ca*. 3.500AP), hay una dimensión adicional en los mecanismos de control social que son muy difíciles de superar para establecer una sociedad estratificada (*sensu* Fried, 1967). En definitiva entre los cazadores-recolectores complejos se permitieron y fomentaron las autoridades con justificación, sin embargo había mecanismos de resistencia contra los que persiguieran el poder más allá de su mandato. Clastres (1987) sostiene que estas fuerzas centrífugas fueron «incuestionablemente un medio eficaz para evitar el establecimiento de agrupaciones sociopolíticas que pudiesen incorporar a los grupos locales» y estas fuerzas fueron la forma fundamental de resistencia contra formas institucionales de gobierno (Clastres 1987: 213).

> «Se dice que la historia de los pueblos que tienen historia es la historia de la lucha de clases. Puede decirse con la misma veracidad que la historia de los pueblos sin historia es la historia de su lucha contra el Estado» (Clastres, 1987: 218).

Esta sentencia se puede aplicar no sólo al estado, sino a la centralización o concentración de autoridad. La guerra entre cazadores-recolectores complejos parece ajustarse a ello por completo —al menos para los *Coast Salish*—. Durante el Período Tardío hubo una disminución de las manifestaciones de las élites tal como habían aparecido en la fase Marpole. Las élites continuaban a niveles locales, sin embargo no en el mismo grado que durante la fase Marpole. El estatus continuaba manifestándose, por ejemplo, en la construcción de montículos de piedra y túmulos de piedra hasta 1.000AP —o incluso en la de lugares defensivos— pero no estaba tan consolidado como antes; era mucho mas flexible, exhibiendo mayor movilidad social. Después del contacto europeo, la guerra estalló otra vez por toda la región, y como resultado comprometió la emergencia de los *Siya: ms* que se había ido produciendo desde el 550AP hasta el momento de contacto. Décadas más tarde, cuando los etnógrafos documentaron sus modos de vida, la mayoría de la gente ya pertencía a las élites; desde aquel momento, las desigualdades sociales se habían reducido.

Un importante punto final es que la resistencia a una autoridad injustificada y la centralización del poder es un principio atestiguado por las historias orales *Coast Salish*. En especial, en un relato sobre cómo se trató el exceso de poder en el caso del encumbramiento de Slabebtikud, un líder religioso entre los *Upper Skagit* posterior al contacto europeo. La ceremonia del primer salmón era un rito celebrado normalmente por las *households* que compartían un terreno de pesca, cuando Slabebtikud pidió realizar el rito del primer salmón para todos los *Skagit*. Como anota Collins (1950: 340):

> «La autoridad en este país estaba anteriormente limitada al control de los ancianos sobre los jóvenes dentro de la familia, por lo que esta concentración de autoridad era una desviación significativa respecto a las antiguas costumbres. Este comportamiento de Slabebtikud levantó tanto resentimiento como los actos irresponsables de algunos líderes de guerra. La desaprobación de Slabebtikud se hizo finalmente tan fuerte como para causarle la muerte, pues miembros de una familia le tendieron una emboscada y lo asesinaron».

Conclusión

He pretendido demostrar que la teoría del anarquismo es útil para entender las sociedades sin gobiernos institucionales. Este es especialmente el caso de una sociedad como la *Coast Salish*, sin jerarquías centralizadas, jefaturas supremas o estados, ni el igualitarismo reforzado de muchas otras sociedades de pequeña escala o no estatales. De hecho, la sociedad *Coast Salish* presenta la inusual situación en que hay más nobles que plebeyos, o como dice Suttles es una sociedad en «pera invertida». El marco teórico del anarquismo permite una evaluación que abarca, no ignora, las complejidades de este tipo de sociedad. El anarquismo incorpora fácilmente las fuerzas opuestas presentes en la organización sociopolítica *Coast Salish*.

En la escala más pequeña, está la autonomía de los individuos que tienen la flexibilidad de alinearse en *households* de su elección, lo que es posible gracias al reconocimiento de la descendencia bilateral. Compiten con otros individuos y esperan unirse a grupos de *households* que les permita aumentar al máximo su riqueza. En cualquier momento los individuos pueden separarse y formar su propia *household* en otra parte si la riqueza y

sus partidarios se lo permiten, o pueden unirse a otra *household*. Esta situación hace que los jefes de *household* quieran asegurar beneficios para sus partidarios. Al mismo tiempo, sin embargo, los individuos participan de forma cooperativa como una unidad productiva y desearán que su jefe alcance tanto estatus como sea posible, pues el aumento en estatus del jefe aumenta potencialmente el suyo propio a través de la asociación. Aun así, la autonomía es primordial, e incluso dentro de las casas de tablas, las familias mantienen su propio hogar y las excavaciones arqueológicas de casas indican numerosos hogares de acuerdo con esa existencia de segmentos dentro de la *household*.

Más aún, cada *household* es autónoma y compite con otras *households*, tanto contra las de su propio poblado como con las de cualquier parte. Las *households* tienen también flexibilidad en cómo aliarse o asociarse con otras. Si surgen tensiones entre un par de *households* dentro de un poblado por ejemplo, una puede simplemente trasladarse a otro lugar. Esto sería solo una ampliación de su patrón típico de desplazamiento durante el año. Las gentes *Coast Salish* no se identifican sólo con un lugar sino que se sienten conectadas con numerosos lugares en el paisaje, a menudo a través de su titularidad — sitios a los que vuelven anualmente según la estación. De esta manera, el poblado «principal» de invierno era visto como un lugar donde congregarse con otras *household* para ceremonias de invierno, *potlachs* y danzas de los espíritus, mientras que la propia *household* podía mantener su autonomía. De esta manera, a lo largo del año, como grupo continuaban y compartían sus rondas estacionales en los territorios y se congregaban o dispersaban en numerosos lugares, desde los grandes poblados a los pequeños territorios de pesca familiares. Arqueológicamente, tales asentamientos se reflejan en una serie de yacimientos de distinta escala. Aquí, he mostrado cómo se constata esta escala organizativa en relación a la organización defensiva, desde los pequeños refugios de las *household* hasta las coaliciones a gran escala.

Mientras había competencia y tensión entre *households*, esta estructura sociopolítica las condujo a unirse con otras mediante alianzas familiares, y a desear que sus *households* aliadas aumentasen su estatus. Puesto que estaban enlazados a través de matrimonios y por parentesco, un aumento de estatus de uno de los aliados también aumentaba el capital social del otro.

La complejidad sociopolítica *Coast Salish* posibilitaba tanto la autonomía como la cooperación, alianzas individuales y colectivas con otras gentes. Además, estas redes de alianzas eran de formación heterárquica y pueden considerarse como una especie de poder «horizontal» más que de tipo jerárquico o «vertical». El poder conseguido mediante alianzas aumentaba con el tamaño a escala espacial y el alcance de la coalición.

El marco del anarquismo es también útil para estudiar otra fuerza opuesta: la que resistía a las concentraciones de poder. Mientras las alianzas podían formar grandes concentraciones de poder, como pasó durante la fase Marpole (de aproximadamente 2.400 a 1.600AP) y el periodo *Siyá: ms* en el valle del Fraser (*ca*. 550AP hasta el contacto), ambos períodos de creciente desigualdad social se encontraron finalmente con resistencias. Los períodos de guerras internas sirvieron finalmente para disminuir sobre todo las desigualdades sociales. El marco teórico permite arqueológicamente llegar a esa interpretación de resistencia, y las historias orales *Coast Salish* atestiguan esos principios de resistencia a la centralización de poder. Ferguson (1983) indica que el *potlach*, la famosa «institución total» (por ejemplo, Mauss y Weber, 2007 [1925]; Suttles, 1987c: 23), se fue convirtiendo en ceremonia ritual, precisamente debido a la prevalencia de la guerra en la NWC. Las alianzas creadas a través del *potlatch* ayudaban a evitar conflictos. En las alianzas entre grupos, se reforzaba el parentesco mediante matrimonios, pero las alianzas

del *potlatch* también ayudaban a desanimar conflictos mediante «exhibición de fuerza» estimulando las coaliciones. No es ninguna coincidencia que los ciclos de enemistades y guerras finalizaran con un *potlatch*. A menundo tales acontecimientos incluían el arreglo de matrimonios entre los antes enemigos, tal como ocurrió después de la batalla de Maple Bay (Thom, 2005: 262-263). Los *Cowichan* arreglaron matrimonios con *households Kwak waka'wakw Lekwiltok*, lo cual ayudó, por ejemplo, a afianzar el acceso a sus antiguos lugares de pesca en el norte.

Estas fuerzas opuestas que caracterizan la organización sociopolítica *Coast Salish* encajan bien con el concepto de sociedad de Proudhon (1861) (Noland, 1970: 293). Él sostiene que las sociedades nunca fueron coherentes, entes unificados, sino más bien estuvieron llenas de tensiones, hasta llegar incluso al conflicto. Más aún, estas tensiones no se expresan simplemente a través de alineamientos de clase, como han enfatizado en el marxismo, sino que lo hacen también a través de polaridades de género, edad, oficio, y otras formas de identidad y asociación. Es decir, alianza y conflicto existen en todos los ámbitos a distintas escalas. Las alianzas pueden ayudar a acrecentar el poder, pero también pueden usarse para resistirse al poder. A menudo puede parecer que los arqueólogos lamentan el declive de los «períodos de apogeo» en el registro arqueológico. Sin embargo, vistos a traves de la lente del anarquismo esos períodos son también a menudo picos de desigualdad social. Los declives o colapsos pueden representar ascensos en la autonomía de los individuos y de muchos grupos locales, utilizando el poder horizontal de las alianzas para derribar el poder vertical de las jerarquías centralizadas.

Probables pasados y posibles futuros: sobre la reconstrucción de cazadores-recolectores complejos de la NWC

Colin Grier

Cuestionando el núcleo de las narrativas

Las sociedades de la NWC han estado en el centro de los debates antropológicos relativos a cómo surge la complejidad y cómo aparece en las sociedades de pequeña escala. Esta cuestión ha sido tratada reiteradamente en la literatura arqueológica relativa a cazadores-recolectores complejos. La principal narrativa que se presenta en tales discusiones sigue típicamente los siguientes pasos: las gentes de la NWC existían en un entorno de abundancia; el núcleo de esta abundancia era el salmón anádromo; el salmón anádromo proporcionaba la base para una predecible y abundante economía, basada en el almacenamiento, que generaba un excedente constante; este excedente permitía la aparición de élites que promovían la desigualdad social a través de la manipulación de esta producción excedente. Esta desigualdad está relacionada con los *potlachs*, la propiedad de recursos, las impresionantes tradiciones artísticas, la esclavitud, las grandes casas y otras prácticas sociales características de «no cazadores-recolectores». En resumen, la abundancia ambiental y en especial el salmón anádromo constituyen las posibles condiciones que permiten surgir el «Patrón de la NWC desarrollado» (Matson y Coupland, 1995).

Desde luego esto simplifica excesivamente la situación de pre-contacto que los arqueólogos de la NWC están aun esforzándose en comprender. En muchos aspectos las relaciones entre las distintas prácticas sociales que constituyen la complejidad son a menudo generalizadas en exceso a nivel teórico o infravaloradas con los datos arqueológicos. Sin embargo, estas relaciones han sido utilizadas por especialistas de fuera de la región en busca de una teoría general sobre CR complejos. Este sería el caso de Feinman (1995) con su concepción de las culturas de la NWC como organizadas sobre una «base corporativa». Igualmente, Hayden (1995) describe las gentes de la NWC como comunidades de *gens*, con la formación de desigualdades socioeconómicas vinculada a un entorno que contiene unos recursos localizados que son óptimamente explotados por grupos corporativos. Aunque éstos son esfuerzos importantes para promover y ampliar los debates antropológicos, están basados en un registro arqueológico complejo que está inadecuadamente explorado, especialmente en mi propia área de investigación. Una pequeña cantidad de datos lleva sobre sus hombros una considerable carga interpretativa y unos pocos análisis clave conducen a amplias interpretaciones sobre la prehistoria de la NWC.

Una segunda narrativa, que aparece más en las discusiones entre arqueólogos de la NWC que en la literatura más general, es la del papel del salmón como factor conductor de la aparición de la complejidad social. Existen diferentes perspectivas de hasta qué punto el salmón fue clave para conformar los modos de vida de la NWC (por ejemplo

Cannon, 2001; Matson, 1992). Hace tiempo que se ha reconocido que otros recursos fueron también elementos críticos en las economías de la NWC, de diferentes maneras, a lo largo de todo el Holoceno (por ejemplo, Monks, 1987; Ames, 2006). Sin embargo, la explotación del salmón ha permanecido como elemento central de la ecuación. Esto no es sólo una cuestión empírica relacionada con la reconstrucción de las dietas del pasado sino también una cuestión teórica. Modelos para la aparición de desigualdades, propiedad de recursos, grandes *households* y otras prácticas sociales complejas, hacen asunciones basadas en el papel económico central del salmón y su naturaleza como recurso predecible y controlable. Analizar críticamente la importancia económica del salmón comporta consecuentemente también un toque de atención para examinar nuestros modelos teóricos y modificarlos en consecuencia.

Una tercera narrativa es la de las relaciones entre el impresionante registro etnográfico de la NWC y la interpretación arqueológica del más lejano pasado. Son los datos etnográficos de la región los que ilustran de manera más espectacular la notable complejidad de organización económica social y política de la gente de la NWC. Estos datos etnográficos han sido utilizados de una u otra forma en prácticamente todas las interpretaciones arqueológicas. Pero la investigación del registro arqueológico de la NWC a partir de las perspectivas del registro etnográfico ha limitado las posibles interpretaciones acerca de la organización del periodo del pre-contacto y ha reforzado el punto de vista de que la explotación del salmón es clave en el modo de vida en la NWC (Ames, 2004; Grier, 2007; Sassaman, 2004). Recientemente he expuesto mi perspectiva sobre el uso de datos etnográficos para la interpretación arqueológica (Grier, 2007), y remito al lector a ese trabajo para no tener que desarrollar aquí con detalle el mismo tema. Será suficiente con decir que las complejas relaciones entre los datos etnográficos y el registro arqueológico siguen siendo un tema clave a ser tratado, un punto que está implícito en la exposición que sigue.

En este artículo trato elementos de estas narrativas y un cierto número de cuestiones con ellas relacionadas acerca de la historia antigua de las gentes de la NWC. Evalúo algo críticamente pero espero que productivamente, unos cuantos aspectos problemáticos de la arqueología de la NWC, tal como están hoy. Espero identificar dónde las narrativas que proponemos han de reforzarse con nuevos datos, con una mejor articulación teórica de las relaciones más significativas, o quizás qué puntos deben ser abandonados completamente. Mi exposición está basada en mi propia investigación en la región costera del Golfo de Georgia en el sudoeste de la BC, porque es la región donde trabajo y que conozco mejor pero también porque muchas de las narrativas ofrecidas como explicación de las formas de vida pre-contacto de la NWC fueron articuladas por primera vez utilizando datos de esta región.

Modelos vigentes y cómo funcionan

La historia pre-contacto de la NWC se presenta a menudo como una progresión lineal hacia el florecimiento de las economías de almacenamiento del salmón, en la cual forrajeadores relativamente móviles basados en recursos terrestres, se transformaron en sedentarios, en grupos basados en poblados que dependían básicamente del almacenamiento de recursos marinos (Ames y 1983; Ames, 1996; Carlson, 1996; Coupland, 1996a; Coupland, 1996b; Croes y Hackenberger, 1988; Matson, 1992; Matson y Coupland, 1995). Las originales características de la vida política y social de la NWC tal como son descri-

tas etnográficamente, incluyendo grandes casas multifamiliares, marcadas diferencias en riqueza material, propiedad de recursos, estratificación en clases y esclavitud, siguieron en esta transición económica una progresión evolutiva. En muchos casos, el cambio se presenta como acumulativo hacia una complejidad creciente a lo largo del tiempo, sosteniendo que la complejidad se había «completado» aproximadamente hace 1.500 años AP en la mayoría de las zonas de la costa (Matson y Coupland, 1995: 303).

Las cinco especies de salmón del Pacífico que desovan en gran número durante períodos limitados en los ríos de la NWC han sido consideradas como el elemento clave para la intensificación económica que impulsó este proceso (Butler y Campbell, 2004; Kew, 1992; Matson, 1992; Mitchell y Donald, 1988; Price *et al.*, 1985). La productividad y predictibilidad de la captura del salmón a gran escala motivó amplios cambios hacia organizaciones más complejas social y políticamente, las cuales son consideradas como un resultado natural de la reorganización del trabajo productivo necesaria para explotar estos recursos de salmón limitados espacial y temporalmente (Ames, 1996b; Grier, 2001).

Por lo tanto el salmón ha gozado no solamente de una posición analítica central sino también de una primacía teórica en la reconstrucción de la prehistoria de la NWC. La imagen completa es explícitamente expresada por Matson y Coupland (1995) como la aparición del «patrón de la NWC desarrollado» (DNCP = *Developed Northwest Coast Pattern*), el cual propone que la serie de características descritas etnográficamente como modo de vida de la NWC (grandes grupos corporativos, almacenamiento intensivo de salmón, vida sedentaria en poblados y estratificación en clases) está conectada causalmente con la aparición, alrededor del 3.000AP, de la economía de almacenamiento del salmón, que actuó de catalizador principal, bien como respuesta a la presión demográfica (Croes y Hackenberger, 1988; Matson, 1992; Matson y Coupland, 1995) o como consecuencia de la competición económica por el estatus entre las élites ambiciosas (Ames, 1995; Coupland, 1988; Hayden, 1994, 1995; Matson, 1983, 1985).

Desde la perspectiva de la presión demográfica, el almacenamiento del salmón es visto en sí mismo como una expansión de prácticas de almacenamiento anteriores. En un modelo de simulación por computador producido por Croes y Hackenberger (1988) para el yacimiento *Hoko River*, en el noroeste del estado de Washington, se argumenta que las economías con almacenamiento comenzaron inicialmente con el almacenamiento de platija, por su mayor accesibilidad y disponibilidad multiestacional (Croes y Hackenberger, 1988: 76-77). La platija proporcionó un precedente organizativo para el almacenamiento del salmón, el cual ocupó su lugar cuando la productividad de la platija no pudo ya suministrar suficiente alimento para la población creciente. Buscando una causalidad última, el almacenamiento de platija se presenta como la respuesta a la incapacidad de las poblaciones crecientes para mantenerse durante los meses de invierno sólo en base a la recolección de moluscos. Esto sitúa el desequilibrio población-recursos como el motor principal de la larga secuencia evolutiva del Holoceno (Sassaman, 2004).

Esta perspectiva dominante es la que ha orientado amplias investigaciones arqueológicas y ha dirigido muchas interpretaciones de datos arqueológicos obtenidos en yacimientos costeros. Pero al mismo tiempo ha sido limitante. Un punto clave importante en este artículo es que los datos existentes revelan una trayectoria general de cambio mucho más dinámica y variada de lo que encierran estos puntos de vista dominantes (Ames y Maschner, 1999b; Ames 2004; Cannon, 1996b; Carlson, 2003). Pescas intensivas de salmón, economías con almacenamiento, desigualdades sociales, estatus alimentando la guerra, y economías de bienes de prestigio, han sido identificadas antes de la aparición del almacenamiento del salmón a gran escala, poniendo en duda los aspectos del modelo

de DNCP. Además están apareciendo datos, que expondré mas adelante, que no apuntan a un papel especial del almacenamiento del salmón en algunas regiones, y a un desarrollo muy posterior en otras (Butler y Campbell, 2004; Orchard, 2008).

Cada vez parece más claro que la perspectiva ecológico cultural que ha sido la posición central para las interpretaciones prehistóricas de la NWC, no da cuenta adecuadamente de la diversidad y complejidad de los modos de vida de la época pre-contacto en la costa, ni puede abarcar todas las cuestiones relevantes. Lo mismo puede decirse de los modelos derivados de la Etnografía. Las caracterizaciones del modo de vida del periodo histórico basadas fundamentalmente en el almacenamiento de salmón, proporcionan solamente «un modelo posible» para estructurar las investigaciones de los modos de vida en el pre-contacto.

Basadas en parte en tales observaciones han surgido dos posiciones críticas frente al modelo vigente de DNCP. Primero, la evidencia disponible sugiere que las adaptaciones marítimas centradas económicamente en el salmón existían mucho antes de unos 3.000AP, que es la fecha que propone el modelo de DNCP. El importante yacimiento de *Namu* en la costa central de la BC ha sido interpretado por Cannon (1991, 2003; Cannon y Yang, 2006) como un poblado pesquero del 9.000AP centrado en el salmón. También se encuentran conjuntos faunísticos dominados por el salmón en el Holoceno temprano en el yacimiento *Dalles Roadcut*, en el río Columbia (Butler, 1993; Butler y O'connor, 2004) y hay evidencias de explotación de salmón con uso de trampas en yacimientos del Periodo Temprano (aproximadamente 9.000AP) en *Haida Gwaii* (Mackie y Sumpter, 2005: 370). *Bear Cove*, en el norte de la isla de Vancouver, nos ofrece otra ventana a las economías de la NWC. Aquí el registro faunístico refleja una adaptación marítima de amplio espectro con énfasis en los mamíferos marinos (aunque no en salmón) tan tempranamente como hace 8.000AP (Carlson, 2003). Estos yacimientos sugieren una secuencia de prácticas económicas en el Holoceno Temprano diferente de la indicada por los proponentes del DNCP que retrasan ambas economías, la marítima y la centrada en el salmón, hasta el Holoceno Tardío (Croes y Hackenberger, 1988: 75).

Segundo, han salido a la luz evidencias significativas indicando que en distintas zonas de la costa hubo, mucho antes del 3.000AP, alguna forma de diferenciación social y de estatus. Por ejemplo, *Pender Canal* en las Islas del Golfo contiene enterramientos relativamente tempranos con elaborados ajuares de fecha tan temprana como 4.500AP (Carlson y Hobler, 1993; Carlson, 1996). Mirando a la costa norte también vemos evidencias tempranas, del Holoceno Medio, de diferenciación de estatus. En *Blue Jackets Creek*, en Haida Gwaii, los 25 individuos recuperados habían sido tratados de manera bastante diferente, algunos enterrados en posición sedente, otros con ajuar y cuatro espolvoreados con ocre rojo. Junto con la evidencia de huellas de bezote en los dientes, la diferenciación basada en el estatus es evidente en el contenido de las tumbas que han sido fechadas alrededor del 4.000AP (Fladmark *et al.*, 1990: 237; Matson y Coupland, 1995: 137-138). Sin embargo, es importante distinguir entre el desarrollo inicial de la diferenciación por estatus y los sistemas formalizados de estratificación social y élites que aparece después, alrededor del 2.000AP (Ames y Maschner, 1999; Burley, 1988; Burley y Knüsel, 1989; Thom, 1995). Esta distinción es señalada por Coupland (1988, 1996a, 1996b) quien ve la aparición de una élite incipiente en el contexto de la una gestión corporativa de emplazamientos para la obtención de recursos, pero señala que el estatus de jefatura surge mucho después, a través de control cada vez más explotador sobre los recursos y el trabajo.

Todavía es objeto de debate si la evidencia mortuoria del Holoceno Medio prueba una diferenciación simple de estatus o alguna clase de élite formal. Sin embargo, los datos que apuntan a cambios significativos en la organización social y política antes de lo postulado

por el modelo de DNCP están proporcionando munición a la argumentación que pretende desconectar el almacenamiento del salmón del cambio social. Por ejemplo, Maschner (1991) señala la guerra como un factor significativo en lo referido a prácticas sociales y al cambio. Su punto de vista resalta la importancia de los traumas esqueléticos y ornamentos de guerreros en los primitivos contextos mortuorios del norte de la Costa Noroeste (Ames y Maschner, 1999: 209-210; Macdonald y Cybulski, 2001). Ames (1983, 1985) ha sostenido que las reconfiguraciones sociales preceden a la explotación intensiva de salmón, diciendo que los cambios en la organización del trabajo productivo hacia formas más eficaces, más que surgir gracias a la explotación intensiva del salmón, en realidad la hacen posible.

La naturaleza variable de los patrones que se evidencian a lo largo de la costa ha provocado importantes debates sobre el proceso y la temporalización de la aparición de la complejidad y sobre la relación causal entre sus elementos constituyentes. En muchos aspectos los datos mismos se resisten a la generalización, a pesar de los intentos persistentes para identificar las causas subyacentes y producir explicaciones generales aplicables a esta región tan amplia e infraestudiada. Es importante subrayar que la mayoría de los grandes modelos permanecen sin probar o han sido insuficientemente probados con datos arqueológicos (por ejemplo, Croes y Hackenberger, 1988). En particular para las costas del sur y centro de la BC, los modelos han sido evaluados normalmente utilizando sólo unos pocos lugares arqueológicos a menudo muy separados en tiempo y espacio (por ejemplo, Carlson, 1996; Coupland, 1988, 1996a; Matson, 1992). Esto crea una situación en que las opiniones sobre el cambio a largo plazo varían espectacularmente dependiendo de los yacimientos considerados por cada investigador (comparar Cannon, 1996a, 2001 y Carlson, 1996 con Matson, 1992). Por ejemplo, el punto de vista de Matson (1992; Matson y Coupland, 1995) de que las adaptaciones costeras y la economía basada en almacenamiento de salmón aparecían relativamente tarde en el Holoceno, se apoya fundamentalmente sobre los datos de dos yacimientos, ambos excavados por él. *Glenrose Cannery* proporcionaba, desde el punto de vista de Matson, indicadores importantes de que las adaptaciones terrestres persistían hasta tan tarde como 5.000AP. Él descarta *Bear Cove* —una clara adaptación marina temprana— como una «variante costera estacional» de una adaptación sobre todo terrestre. El énfasis de Matson en una adaptación terrestre primitiva es consecuente con su opinión de que el primitivo poblamiento del Nuevo Mundo fue una migración de base terrestre (Matson y Coupland, 1995: 70-77).

Esta perspectiva puede compararse con la presentada por Carlson (1996) y Cannon (1991, 1996b, 2001, 2003) quienes se han centrado en los yacimientos de *Namu* y *Pender Canal*. Estos lugares proporcionan la base a sus argumentos de que las adaptaciones marítimas y centradas en el salmón, así como la complejidad social, son fenómenos relativamente tempranos, una opinión que concuerda bien con los argumentos de una migración inicial costera en la región de la NWC (Carlson, 1996; Erlandson *et al.*, 2007). Ames (1994) ha caracterizado generalmente estas opiniones competidoras como las cronologías «larga» y «corta» para el desarrollo de la complejidad en la NWC. Estas dos perspectivas representan las opiniones más importantes relativas a la prehistoria de la NWC y continúan siendo debatidas. Sin embargo, cada una hace hincapié en diferentes aspectos del registro y no está claro que los lugares concretos seleccionados para apoyar cada posición sean suficientemente representativos de la amplia variabilidad de trayectorias del cambio social. Además, los datos disponibles pueden apoyar ciertamente más de dos modelos para la aparición de la complejidad, y la falta de uniformidad entre las regiones anima a considerar que el proceso ha tenido lugar bajo condiciones locales más que a lo largo de

toda la amplitud de la costa. En lo que queda de este artículo, voy a tratar algunos indicadores de esto último que han surgido en el contexto de mi propia investigación en las Islas del Golfo del suroeste de BC.

Reformulando preguntas

En contraste con los modelos imperantes, los datos arqueológicos que he recogido a lo largo de las pasadas décadas en la zona de las Islas del Golfo del sudoeste de BC no apuntan hacia una especial focalización en la explotación del salmón en ningún periodo. Más bien sugieren trayectorias hacia la complejidad múltiples y potencialmente bastante locales, basadas en la intensificación de una amplia y variada gama de recursos. Estos datos han influido cada vez más en mis esfuerzos como especialista para intentar explicar cómo fue la organización de las sociedades pre-contacto de la NWC. Cada vez está más claro que los debates sobre el origen de la complejidad deberían avanzar orientándose hacia un enfoque multi-sitio para poder realizar una evaluación sistemática de los patrones económicos de cambio a largo plazo en áreas coherentes más localizadas, tales como las Islas del Golfo. Aunque se ha empezado a aplicar este enfoque en algunas zonas de la costa (por ejemplo, ver Orchard y Clark, 2005), sin embargo no son frecuentes las evaluaciones de modelos de cambio que hagan uso de la información procedente de múltiples yacimientos comparables. El objetivo de mi investigación actual es producir y evaluar tales patrones para el pre-contacto de las islas del Golfo, una región clave de la NWC. La hipótesis central de mi investigación actual, que describo en detalle más adelante, es que el cambio hacia la complejidad estuvo basado en un amplio espectro de intensificación, y que esta intensificación implica una importante dedicación, administración y manipulación de los ecosistemas marinos, costeros y terrestres, mucho más allá de lo que normalmente se reconoce para pueblos no agricultores.

La complejidad en sí misma es un concepto complejo (Chapman, 2003; Kim y Grier, 2006; Mcguire, 1983), y no puede sorprender que sus causas puedan ser múltiples e integradas en una variedad de campos de las prácticas humanas. Para mi propósito defino la complejidad como una diferenciación e interconexión creciente de las interacciones humanas en tres esferas: práctica económica, relaciones sociales y acción política. Con un constructo tan amplio, lo más adecuado es que consideremos también una amplia serie de posibles caminos para su desarrollo. También es crítico desarrollar una perspectiva que tenga en cuenta los contextos históricos y ecológicos locales que generan trayectorias dinámicas de prácticas, tradición y cambio (Cameron y Duff, 2008; Cannon, 2003; Pauketat, 2001, 2003).

Mi investigación en la región de las Islas del Golfo durante la última década también ha sido guiada por el reconocimiento de una variedad de escalas de análisis, incluyendo *households*, poblados, territorios locales y regiones, todas ellas consideradas críticas en la búsqueda de explicaciones para la aparición de la complejidad en el pre-contacto de la NWC (Ames, 1995, 2006; Ames y Maschner, 1999; Grier, 2003, 2006a). Este punto de vista va acompañado por un reconocimiento de las distintas escalas temporales relevantes para estos procesos de cambio (Ames, 1991; Cannon, 1996b; 2003; Grier, 2003, 2006c). Más adelante discutiré alguno de los datos que han aparecido en la última década, contextualizándolos en relación a los patrones de asentamiento, *households*, cronología y vías alternativas hacia la complejidad.

Investigaciones anteriores en las Islas del Golfo

Las Islas del Golfo y la amplia región del golfo de Georgia en que están situadas fueron objeto desde antiguo de investigaciones arqueológicas sobre la prehistoria de la NWC (figura 37). La secuencia histórica cultural de la región postulada inicialmente por Borden (1970) fue confirmada ampliamente a través de importantes excavaciones en el yacimiento *Montague Harbour* en la isla Galiano, y completada por Donald Mitchell en los 1960s (Mitchell, 1971). Esta «secuencia del delta del Fraser» ha sido afinada después a través del trabajo en otros yacimientos como *Helen Point* (McMurdo, 1974), *Pender Canal* (Carlson y Hobler, 1993) y *False Narrows* (Burley, 1988), conformando un marco temporal en el que organizar los yacimientos de las Islas del Golfo datados en los últimos 5.000 años.

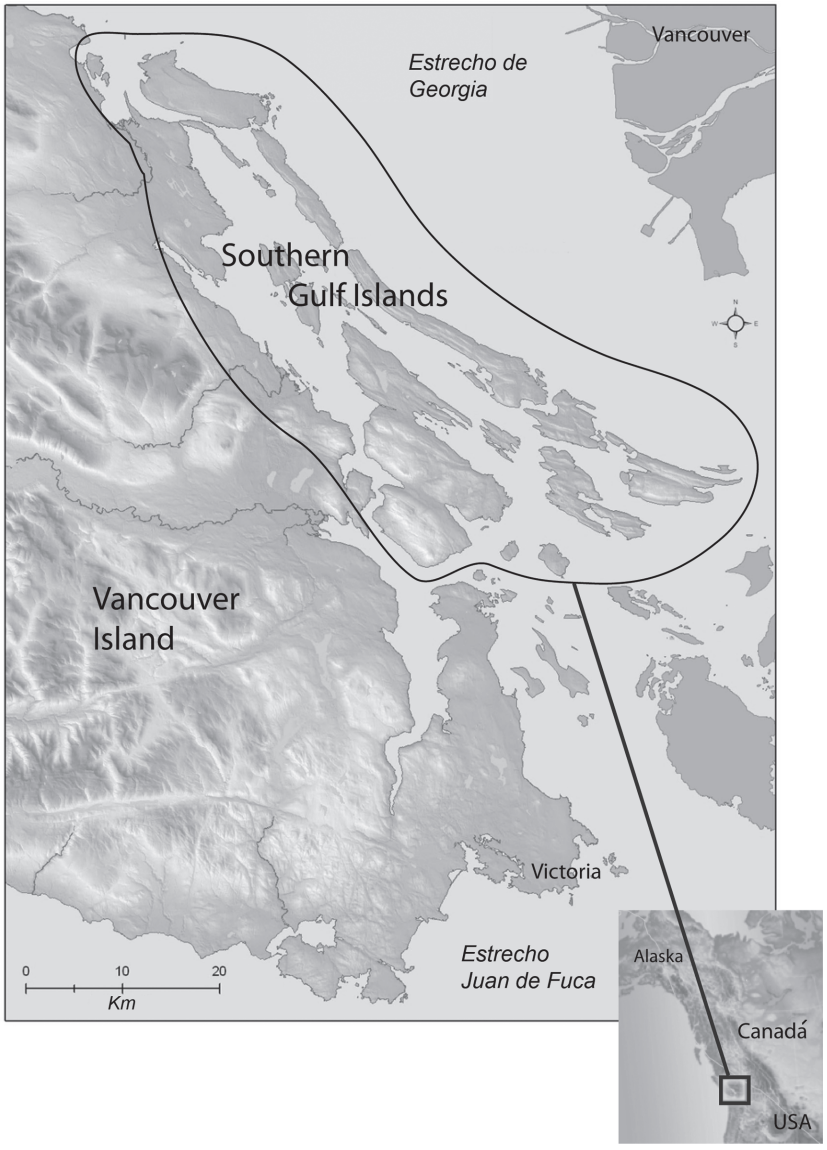


Figura 37. Las Islas del Sur del Golfo de Georgia y la costa adyacente de la Isla de Vancouver en el suroeste de la Columbia Británica, Canadá.

A pesar de su importancia clave en el desarrollo de cronologías para el pre-contacto en la NWC, existen sorprendentes hiatos en nuestros datos. Por ejemplo, se han construido modelos para el desarrollo de la complejidad en las Islas del Golfo sobre un relativo vacío de datos referentes a los procesos básicos de cambio económico (Driver, 1993). Merece destacarse, desafortunadamente, que las excavaciones de muchos de los yacimientos más importantes pocas veces han implicado la recogida de datos zooarqueológicos básicos. El yacimiento quizá más crítico para comprender el cambio cultural en las Islas del Golfo —*Montague Harbour*— no tiene datos faunísticos recogidos o analizados sistemáticamente. Lo mismo ocurre en el importante yacimiento de *False Narrows*, en la isla Gabriola, donde fueron identificadas plataformas de grandes casas de tablas de la fase Marpole (aproximadamente 1.500AP). En la exhaustiva y clásica revisión de Burley sobre el significado de la fase Marpole, no aparecen datos faunísticos. Esta situación sigue sin remediarse en la reciente revisión sistemática de la cultura histórica de Marpole (Clark, 2000), a pesar de que en la fase Marpole fue cuando se «alcanzó» la complejidad (Matson y Coupland, 1995).

Como consecuencia, esencialmente no se ha avanzado en la comprensión sobre cómo se relaciona la economía de los últimos cinco milenios en los yacimientos de las Islas del Golfo, con los cambios documentados en la cultura material, patrones de asentamiento y registro mortuorio. El yacimiento de *Pender Canal* es una excepción, con una tesina presentada sobre el conjunto faunístico (Hanson, 1991), pero solamente se ha tenido en cuenta para el detalle analítico el último componente (Hanson 1991, 1995). Se pueden encontrar datos faunísticos, en su mayoría listas de especies con una mínima cuantificación, por todas partes, aunque estos datos han sido recogidos principalmente a través de contratos privados más que mediante proyectos de investigación. Se podría avanzar mucho con una síntesis completa de estos datos, aunque su utilidad sería limitada al no poder comparar entre sí los proyectos dadas las diferencias en muestreo y en la metodología general (Hanson, 1991).

Dos yacimientos de las Islas del Golfo que son fundamentales en mi propio programa de investigación, *Shingle Point* (Matson *et al.*, 1999) y *Dionisio Point* (Grier, 2006a) han producido datos faunísticos que han sido estudiados en detalle. El análisis completo del conjunto faunístico de *Dionisio Point*, especialmente el procedente de la casa 2, la más intensamente excavada, está en curso (ver: Ewonus, 2006; Lukowski y Grier, 2009). El análisis de los huesos de perro encontrados se realizó como manera de medir indirectamente la dieta humana sin recurrir al análisis destructivo de huesos humanos. Los resultados de los análisis de isótopos estables de carbono y nitrógeno revelaron que el arenque era un componente significativo en la dieta de los perros en el poblado de *Dionisio Point* (Grier, 2006a). Este resultado sugiere que el arenque era consumido en grandes cantidades por los perros (y, por inferencia, por humanos) durante un periodo del año mucho más largo del de su máxima disponibilidad. Esto sugiere la posibilidad de una recogida intensiva, almacenamiento y posible comercio de este recurso, y también subraya la importancia de recursos distintos al salmón en la economía del poblado hace alrededor de 1.500 años.

El análisis del conjunto faunístico de una casa prehistórica tardía de *Shingle Point*, aunque con un objetivo limitado, apunta también al arenque como un recurso importante junto con una diversidad de pescados, mamíferos y aves. Matson (Matson *et al.*, 1999: 205) señala específicamente que el salmón está sorprendentemente infra-representado en relación a lo esperado para una gran casa familiar de tablas. Este patrón parece extenderse a los yacimientos de la Isla Valdés en general, donde los restos de salmón representan no más del 10 por ciento del conjunto de vertebrados en yacimientos de distinto tamaño

(McLay, 1999: 63). Estos análisis faunísticos ilustran la complejidad y diversidad de economías en las Islas del Golfo durante los dos últimos milenios. Esta diversidad es también bien evidente en los datos recuperados en *Deep Bay*, yacimiento en la periferia de la región del Golfo de Georgia. El conjunto faunístico de este sitio es notable porque pone de relieve la elevada inversión realizada en trampas intermareales para la captura de una amplia serie de organismos marinos, a lo largo de nada menos que 3.000 años (Monks, 1987).

Perspectivas sobre patrones de asentamiento, redes regionales y construcción de la cronología

Existe una escasez de datos parecida sobre los patrones de asentamiento de las Islas del Golfo. En el pasado se han realizado prospecciones de forma extensiva en la zona pero casi siempre ha sido de manera superficial (por ejemplo, Abbot, 1963; Cassidy *et al.*, 1974). Para obtener datos de mayor calidad, he realizado prospecciones extensivas en zonas costeras y de interior de varias islas (Galiano, Kuper, Valdes, Saltspring) del grupo meridional de las Islas del Golfo durante la pasada década (McLay, 1999; Grier, 2008, 2008). Se han obtenido más de 60 fechas radiocarbónicas para yacimientos concretos, principalmente de niveles basales de concheros (McLay y Grier, 2001, 2008). Estas dataciones proporcionan una cronología de grano grueso para conocer el momento de instalación de varios tipos de asentamientos en diferentes ecozonas costeras y del interior. Así han surgido algunas observaciones clave. La primera y principal es el reconocimiento de que son extremamente raros los yacimientos de antes del 5.000AP. Los yacimientos sobre flechas de arena (que trataré con detalle más adelante) están entre los más antiguos de las Islas del Golfo y corresponden al quinto milenio antes del presente. Sólo un pequeño numero de otros yacimientos son de antes del 5.000AP, principalmente *Helen Point* en la isla Mayne y *Pender Canal* en la isla Pender (Carlson y Hobler, 1993; Matson y Coupland, 1995). Curiosamente, los yacimientos en abrigos del interior son tan antiguos (y a veces más) como los de las flechas de arena, con fechas ligeramente anteriores a 5.000AP. Sin embargo, estos yacimientos no muestran evidencias de haber sido habitados intensivamente o por largo tiempo (Grier, 2008; McLay y Grier, 2001, 2008).

Estos estudios del patrón de asentamiento han revelado algunas tendencias importantes, a largo plazo, en la localización de los yacimientos en relación a los recursos. Por ejemplo, yacimientos que aparecen en lo que se conoce como pasos de marea —ambientes complejos de alta energía entre las islas— aparecen inicialmente en la fase Marpole (2.500 a 1.000AP). Esto corresponde al periodo durante el cual aparecen poblados de grandes casas de tablas en las Islas del Golfo, incluídas las documentadas en *False Narrows* (Burley, 1988) y *Dionisio Point* (Grier, 2003). Es también la época durante la cual aparecen evidencias significativas de desigualdades sociales hereditarias en el registro funerario representadas por deformaciones craneales y por la existencia de un tipo regional de enterramientos en túmulos (Arcas, 1999; Burley, 1988; Burley y Knüsel, 1989; Brown, 2003; Grier, 2001; Lepofsky *et al.*, 2000; Matson y Coupland, 1995; Thom, 1995). Esto sugiere una concordancia entre la diversificación de recursos y cambios en otros campos de las prácticas humanas, especialmente la organización sociopolítica. Como yo y otros hemos sostenido (Burley, 1980; Grier, 2003; Matson y Coupland, 1995), el periodo Marpole corresponde al periodo en el cual aparecen amplias redes regionales formalizadas entre élites de pares en el golfo de Georgia (ver también Brown, 1996; Hayden y Schulting, 1997;

Thom, 1995). Estos datos sobre el patrón de asentamiento sugieren que la complejidad en las Islas del Golfo va acompañada de la diversificación en la explotación de los recursos, no por una estricta especialización en el salmón. Aunque se necesita trabajar mucho más para establecer las relaciones temporales y causales entre estos elementos de la complejidad, la investigación previa apunta a que Marpole es un periodo de cambios económicos, sociales y políticos significativos.

La importancia de los estudios de *household* y comunidades

Un principio claro de la investigación sobre *household* en la NWC y en cualquier otro sitio ha sido que los cambios importantes en la organización socioeconómica se reflejan y es posible estudiarlos a través de cambios significativos en la organización de las *household* y las comunidades. El principal avance de mi propia investigación sobre *household* ha sido comprender el papel de las primeras grandes *households* como motor de los cambios económicos y sociopolíticos, y especialmente como *loci* del desarrollo de la desigualdad en las sociedades pre-contacto de la NWC. El yacimiento *Dionisio Point*, uno de los poblados más antiguos y mejor conservados en las Islas del Golfo, tiene cinco grandes casas largas multifamiliares que fueron ocupadas inicialmente hace unos 1.800 años (Grier, 2001; 2006b; 2006c) (figura 38). Las excavaciones han revelado una diferenciación económica y disparidades significativas de riqueza entre las múltiples familias residentes en una sola casa larga grande (Grier, 2001, 2003). Las *households* son vistas normalmente como unidades integradas que comparten, aunque los datos indican que existen disparidades importantes en su interior, sugiriendo que la desigualdad en las sociedades de la NWC surgen conjuntamente con la reconfiguración de algunas relaciones económicas muy básicas a nivel de *household*. Se han extraído conclusiones parecidas a partir de las casas pre-contacto excavadas en otras zonas de la costa, donde se ha visto la relación de la especialización económica y las diferencias de riqueza con los cambios fundamentales que acompañan la intensificación económica de las *households* y con un espectacular aumento en el tamaño de la *household* (Ames, 1996b, 2006; Ames *et al.*, 1992; Chatters, 1989; Coupland, 1988, 1996a, 1996b; Huelsbeck, 1994; Lepofsky *et al.*, 2000; Matson, 1996a; Samuels, 1989, 1991b, 2006).

Los datos de *household* de *Dionisio Point* muestran un curioso episodio concreto de reorganización en la zona de las Islas del Golfo durante los últimos 5.000 años, reflejado perfectamente en la formación de grandes *households* y comunidades hace casi 2.000 años (Ames, 1996b; Ames, 2006; Suttles, 1991). El poblado *Dionisio Point* de la fase Marpole parece haber sido conformado de una vez como un poblado de cinco casas más que por una expansión gradual a partir de una sola casa fundadora (Grier, 2001). Los componentes del poblado fueron ocupados solamente durante dos siglos y luego abandonados. La organización interna de la casa, tal como demuestra un patrón consistente de distribución de artefactos en varias zonas domésticas de la Casa 2, apunta hacia una organización estable en el tiempo (Grier, 2006c). Sin embargo el abandono del poblado después de dos centurias sugiere que las familias y comunidades Marpole no eran necesariamente estables a largo plazo, y que los cambios hacia la complejidad no deberían ser considerados como graduales y unidireccionales.

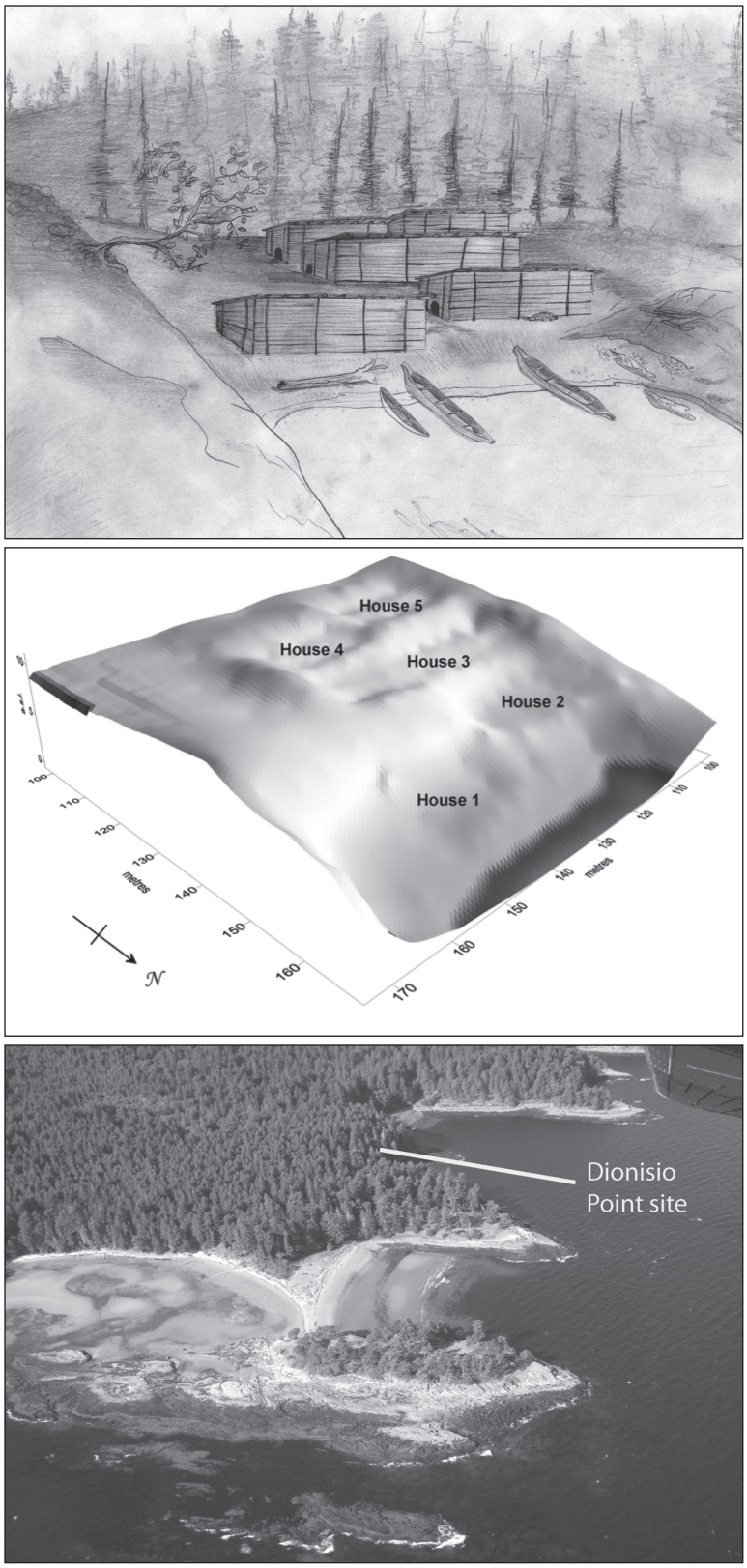


Figura 38. El yacimiento Dionisio Point en la Isla Galiano. Arriba: recreación de las cinco casas largas que se localizaron en el yacimiento. En el centro: mapa de la superficie de las plataformas de las casas tal y como se conservan hoy. Abajo: fotografía aérea mostrando la localización del yacimiento en el Norte de la Isla Galiano (comparar con la localización de Shingle Point en la figura 40). Para localizar el yacimiento en el contexto regional, ver figura 39.

Considerando el «largo plazo» en las Islas del Golfo: flechas litorales e intensificación del «amplio espectro»

Como he dicho antes, los datos existentes apuntan a una economía de amplio espectro como base para los modos de vida de las Islas del Golfo, al menos para los últimos escasos milenios. Aunque no es mi objetivo defender que el salmón no fuese importante en los cambios económicos y sociopolíticos de las Islas del Golfo. La región del Golfo de Georgia en la cual están situadas las Islas del Golfo, está dominada por el río Fraser (Burley, 1980; Grier, 2003; Mitchell, 1971). A tan solo 20 km de distancia por mar, el río Fraser y sus salmones fueron indudablemente un recurso importante para las gentes de las Islas del Golfo (Grier, 2003). Pero está claro que el salmón no representa la totalidad del cuadro. Las Islas del Golfo incluyen amplias zonas costeras con aguas marinas altamente productivas, y productividad terrestre (Grier, 2003; Mitchell, 1971: 40-44).

Los datos etnográficos y los arqueológicos atestiguan claramente que los grupos *Coast Salish* explotaban esta riqueza. Como he expuesto, los conjuntos arqueofaunísticos disponibles de los yacimientos de las Islas del Golfo ponen de manifiesto la importancia de una variedad de peces, moluscos y mamíferos tanto terrestres como marinos en las estrategias de subsistencia del pasado (Belcher y 1985; Ewonus, 2006; Grier 2006a; Hanson, 1991, 1995; Matson *et al.,* 1999; Monks, 1987). Los recursos vegetales también están siendo reconocidos ahora apropiadamente como críticos en las prácticas de subsistencia antiguas y recientes de las gentes de la NWC (Ames, 2005; Anderson, 2005; Duer, 2005; Gill, 2005). La región del Golfo de Georgia ofrece una diversidad de recursos vegetales que supera la que se encuentra más al norte (Jorgensen, 1980; Pojar y Mackinnon, 1994; Schalk, 1981; Turner y Peacock, 2005). Y rivaliza con la registrada en áreas tan al sur como California (Donald, 2003; Schalk, 1981). También se reconoce cada vez más que en las aguas de las Islas del Golfo había antiguos «jardines» de almejas que consisten en la colocación ordenada de rocas —tipo cercado— en la zona intermareal para aumentar la productividad de los moluscos (Williams, 2006). Se han encontrado evidencias de elaboradas tecnologías para trampas de peces en la zona intermareal destinadas a múltiples especies, como un intento sistemático de explotar la diversidad de los ecosistemas costeros de época precontacto, (por ejemplo, Monks, 1987, ver también Williams, 2006).

Con estos datos queda claro que los habitantes del Golfo de Georgia no sólo explotaban sino que se implicaban activamente, modificando y mejorando sus distintos ambientes locales para incrementar la productividad utilizando un amplio espectro de recursos terrestres y marítimos (Duer y Turner, 2005; Lepofsky *et al*., 2005a, 2005b). Tales prácticas estuvieron probablemente conectadas íntimamente con el desarrollo de los sistemas altamente estructurados, con derechos de acceso a los recursos y con propiedad privada, descritos para la *Coast Salish* y otras regiones de la costa del Pacífico, como discutiré más adelante (Anderson, 2005; Duer y Turner, 2005; Moss, 1993; Richardson, 1982; Suttles y Maud, 1987: 21).

Reconocer este tipo de prácticas subraya el hecho de que la complejidad en las Islas del Golfo se entiende mejor contemplándola como un proceso amplio que incluye una variedad de esferas de actividad económica. Ha llegado pues el momento de repensar a fondo los viejos modelos y ver con mayor precisión e históricamente los complejos patrones de los últimos cinco milenios de la NWC. Este proceso implicará, indudablemente, la construcción de una teoría substantiva, pero entre tanto no existen datos sistemáticos para valorar adecuadamente muchas de las actuales proposiciones para la prehistoria de la NWC. Hace falta un esfuerzo de recogida de datos de grano más fino y una reconstruc-

ción exhaustiva de la historia de los asentamientos para poder afrontar más directamente un fenómeno tan complejo como la aparición del liderazgo, desigualdad social y estratificación de clases en la NWC (Ames, 2006; Ames y Maschner, 1999; Coupland, 1988; Matson, 1983; Matson y Coupland, 1995).

Viendo la necesidad de una reconstrucción sistemática de la dinámica económica a largo plazo en el precontacto de la NWC, se han iniciado ahora investigaciones para evaluar la propuesta de que el desarrollo de la complejidad social en la región *Coast Salish* estaba basado en la intensificación de un amplio espectro de recursos terrestres, marinos y vegetales. Este proyecto actual se centra en varios yacimientos arqueológicos en las Islas del Golfo, incluyendo las importantes localidades arqueológicas de *Montague Harbour* (DfRu-013), *Dionisio Point* (DgRv-003), *Cardale Point* (DgRv-001), *Shingle Point* (DgRv-002), *Penelakut Spit* (DfRv-011) y *Pirates Cove* (DgRw-006). Estos yacimientos están situados a lo largo de 30 kilómetros del Canal Trincomali que incluye partes de la línea costera de las islas Valdes, Kuper, Saltspring y Galiano (figura 37).

Los trabajos de campo y los análisis realizados en los años recientes en algunos de estos yacimientos establecen que estos sitios ya estuvieron habitados hace 5.000 años, aproximadamente la misma época del primer asentamiento en las islas (Carlson y Hobler, 1993). Las fechas radiocarbónicas procedentes de varios contextos demuestran el uso continuado (aunque no necesariamente continuo) de estos lugares desde su primera ocupación (McLay y Grier, 2001; Grier, 2008). Constituyen algunos de los yacimientos más grandes de las Islas del Golfo, incluyendo grandes extensiones de gruesos y densos depósitos de concheros. Todos eran importantes lugares de ocupación intensiva y de larga duración en el momento del contacto con los europeos, y como grupo comprende el centro del asentamiento de los ancestrales *Hul'qumi'num* en las Islas del Golfo exteriores (Rozen, 1985; Thom, 2005).

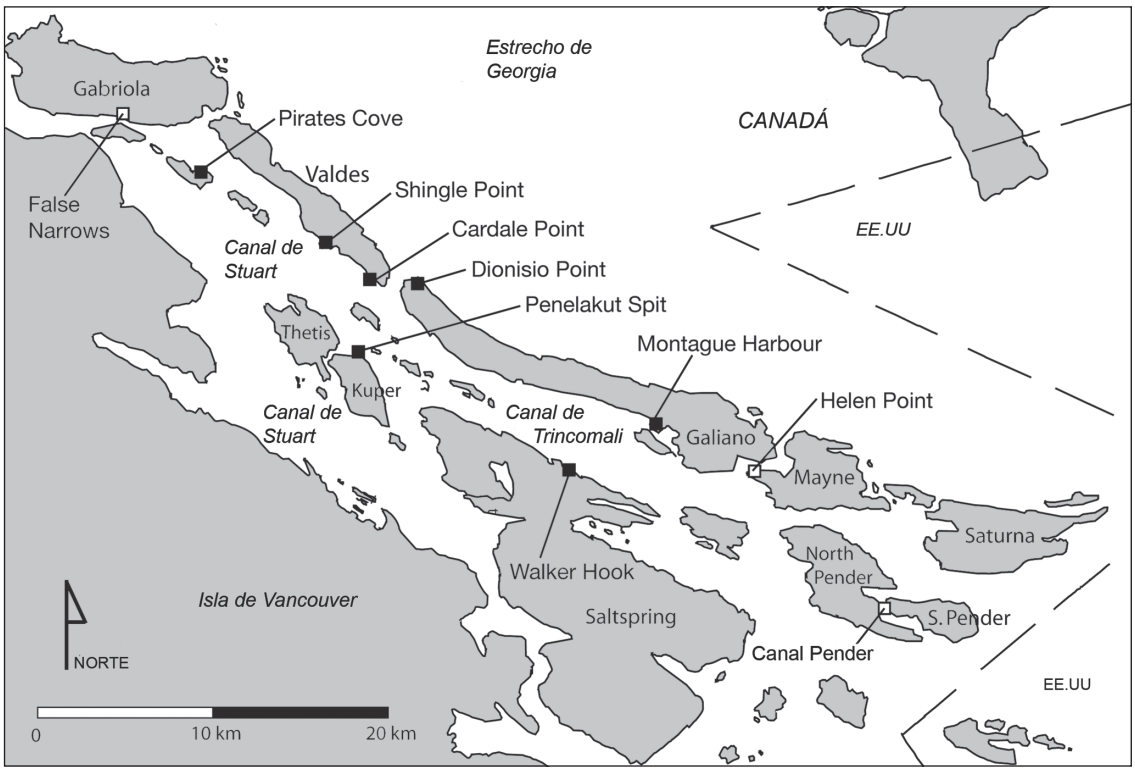


Figura 39. Localización de los yacimientos de los canales de Trincomali y Pylades, asentados sobre flechas litorales (cuadrados en negrita) y otros yacimientos citados en el texto (cuadrados sin relleno).

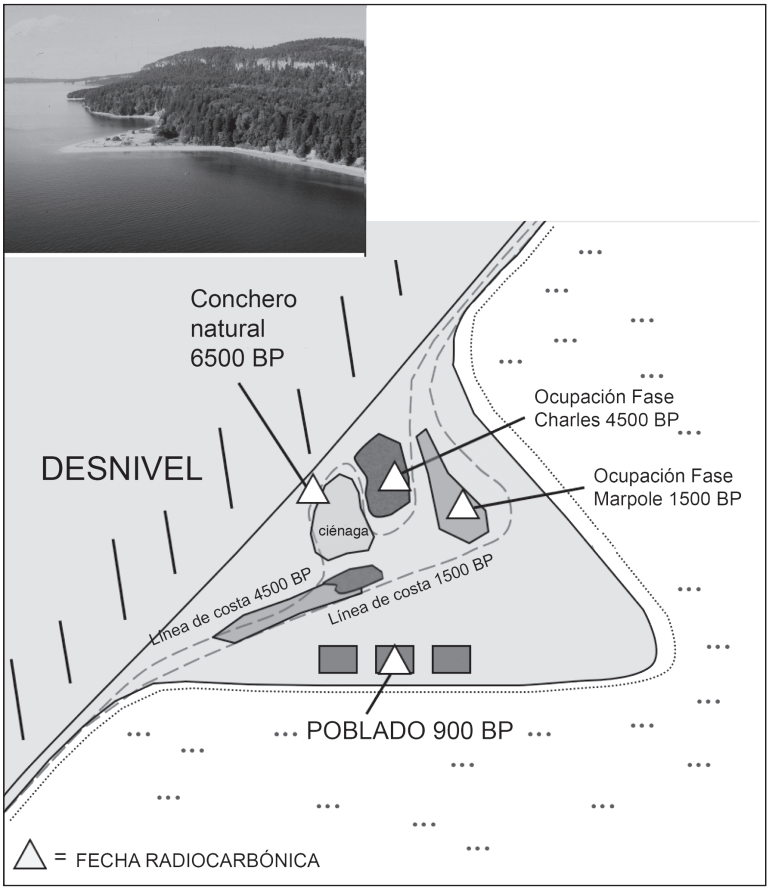


Figura 40. Ubicación de Shingle Point y componentes arqueológicos identificados hasta la fecha. Imagen insertada: fotografía aérea de la localización de la flecha litoral vista desde el Sur.

Los yacimientos también forman un grupo significativo por estar situados sobre flechas litorales, un tipo de terreno costero característico e importante consistente en dos playas de arena que se proyectan mar adentro encontrándose en un punto formando un triángulo (figura 39) (Finlayson, 2006: 83-85; Komar, 1976; Shipman, 2008). Estos sitios de barra son el hogar de recursos marinos, terrestres y vegetales abundantes y diversos. Durante cinco milenios estas barras de arena y los emplazamientos aborígenes se han desarrollado conjuntamente, y explorar esta co-evolución permitirá la reconstrucción del núcleo de prácticas económicas en las Islas del Golfo.

La importancia de las barras para los asentamientos *Hul'qumi'num* de larga duración está perfectamente ilustrada por los datos recogidos recientemente en *Shingle Point* en la Isla Valdés (Grier, 2008; Matson, 2003), un yacimiento que tipifica el modelo de barra (figura 40). *Shingle Point* comenzó antes de hace 6.500 años como una playa pequeña (McLay y Grier, 2008; Grier *et al.*, 2009). Pronto, la efímera ocupación humana allí se intensificó en consonancia con la expansión de la barra, que aumentó la longitud eficaz de la playa y por lo tanto la productividad intermareal (Mclay, 1999). Últimamente, *Shingle Point* fue hogar del gran poblado *Lyackson* de los *T'aat'ka* , que no fue abandonado hasta los 70s (Grier, 2007; Matson, 2003; Matson *et al.*, 1999; Rozen, 1985).

La exploración topográfica y el análisis preliminar del sedimento de la playa llevados a cabo en 2008 indican que el terreno de la barra ha aumentado continuamente de tamaño, y que sus dos playas han avanzado cubriendo la abrupta antigua línea de costa de la Isla

Valdés (ver también Matson *et al.*, 1999; Matson, 2003). La primera playa en la base del escarpado de la línea de costa original contiene restos del primer asentamiento documentado en la barra, fechado por radiocarbono en más de 4.000 años (Grier, 2008; McLay y Grier, 2001). Gracias al mapeo, las prospecciones de subsuelo, las calas dirigidas y las dataciones radiocarbónicas se han identificado playas más jóvenes y sus correspondientes asentamientos en toda la extensión de la barra. Las excavaciones intensivas en 2003 tuvieron como objetivo dos de estos componentes. Una ocupación en la fase Charles (fechada en 4.770 cal AP (Beta-151086)) presentó estructuras bien conservadas y depósitos de concheros. Un componente posterior de la fase Marpole (1.965 cal AP (Beta -151085)) consiste en un asentamiento y depósitos de procesado de moluscos. Las excavaciones más extensas dirigidas por R. G. Matson de la University of British Columbia en 1995 y 1996, descubrieron dos compartimientos de una serie de casas de tablas que formaban parte del poblado protohistórico de *T'aat'Ka* (Matson *et al.*, 1999; Matson, 2003). Los edificios del periodo histórico están en pie y son aun visibles los componentes así como un cementerio del siglo XIX del periodo de las misiones.

Así como en muchos contextos arqueológicos la complejidad del proceso de depositación oscurece y mezcla los depósitos de distintas fases, los asentamientos sobre flechas de arena siguen la progresión de las playas. Esto ha servido para separar espacialmente de manera sustancial los distintos componentes temporales, y permite seleccionar como objetivo y muestrear períodos de tiempo concretos de la historia de la ocupación. Otros sitios en barras de arena tienen parecidas historias de ocupación compleja y prolongada y pueden investigarse utilizando como modelo *Shingle Point*, adaptando las expectativas de organización espacial del yacimiento a las circunstancias locales. Estas investigaciones proporcionarán una base para evaluar los patrones en un conjunto de yacimientos de importancia similar, proporcionando la capacidad de evaluar la continuidad del patrón a largo plazo.

Uso, intensificación y manipulación de recursos vegetales

La particular naturaleza de los sitios en las flechas de arena ofrece una nueva e interesante oportunidad para estudiar el uso de las plantas durante el pre-contacto. Varios de estos yacimientos en la zona de estudio tienen rasgos característicos de antiguas zonas inundadas cerca de su base. Cuando las playas de dos flechas convergentes han progresado y han acabado uniéndose, el interior de la barra se ha convertido en una trampa eficaz para el agua dulce local que se drena de las tierras altas de la isla. Los sondeos para polen realizados en 2008 en *Shingle Point* indican una notable conservación de material vegetal en estas ciénagas de aguas estancadas, permitiendo la recuperación de polen fósil y materiales macrobotánicos, como carbón, que ilustran el papel de los recursos vegetales en la intensificación de amplio espectro que, según postulamos, tuvo lugar a lo largo de los últimos 5.000 años. Aunque actualmente se reconoce que se usó una amplia serie de recursos vegetales y que éstos constituyeron un componente crítico de las economías pasada y presente de la NWC, hasta ahora ha sido difícil recoger datos sustanciales en los contextos arqueológicos referentes a su uso (Ames, 2005).

Estas ciénagas, de las flechas de arena, eran probablemente los lugares donde se gestionó e intensificó el manejo de las plantas. Las ciénagas han actuado como trampas para el polen de las comunidades de plantas locales, incluyendo aquellas especies económicas potencialmente gestionadas por los humanos. La composicion (diversidad) de especies y

su abundancia relativa a lo largo del tiempo se mide en cada sitio a través de un muestreo de los sedimentos extraídos por columnas. La prevalencia de micro y macro carbones en estas muestras se usará para reconstruir la regularidad e intensidad de la quema antropogénica, considerada como la forma básica usada para mejorar el crecimiento de las plantas (Ames y Maschner, 1999: 142-143; Duer y Turner, 2005; Lepofsky *et al.*, 2005b). Un fechado obtenido recientemente sitúa de hecho el aumento de carbón en las muestras de sedimento alrededor de hace 4.500 años, contemporáneo pues del primer asentamiento conocido de *Shingle Point*, sugiriendo que la quema antropogénica de la barra de arena pudo haber sido habitual durante muchos milenios.

La diversidad del polen y la abundancia de carbón en el yacimiento, se han medido en relación a muestras de control de lugares anegados próximos al yacimiento (a entre 200 m y 1 km de distancia) y de sitios más lejanos, en lagos elevados y ciénagas (>1 km del yacimiento arqueológico). Las muestras de control lejanas nos caracterizan los depósitos naturales de polen y su estructura paleoecológica (comunidades de plantas, periodicidad del fuego) sin influencia antropogénica. Las muestras cercanas al yacimiento podrían señalar el componente natural predominante, pero pueden servir para identificar procesos de intensificación del asentamiento. Como se ha señalado (Lacourse *et al.*, 2007), las muestras cercanas al yacimiento pueden estar llenas de polen de cedro de la época de la construcción de poblados de casas largas, ya que este proceso implicaba cortar grandes cedros de las zonas de bosque adyacentes al poblado. Su análisis demuestra este patrón para el poblado *Ninstints* en Haida Gwaii, cuya construcción remonta a cerca de 1.000 años AP según datos arqueológicos independientes (ver también Acheson, 2005; Fedje y Mackie, 2005; Orchard, 2008). En este proyecto se van a buscar patrones similares, ya que resulta difícil determinar el momento de establecimiento del poblado por la ausencia en superficie de señales de antiguas casas.

Investigando la estructura de las pesquerías de salmón de la NWC

La importancia atribuida al uso del salmón en las antiguas interpretaciones de la prehistoria de la NWC, justifica la importancia que se ha dado a sus restos. Se consideró al salmón almacenado como el elemento esencial en que se basaba la existencia de los poblados sedentarios de invierno en la NWC. Sin embargo, son pocos los análisis zooarqueológicos de grano fino de casas en grandes poblados. Ciertamente el salmón está presente en muchos tipos de yacimientos arqueológicos, y resulta crítico para diferenciar en el registro arqueológico el uso incidental y el consumo fresco de salmón de su almacenamiento. Esto no ha sido una tarea fácil ni sencilla. Aunque una alta representación de vértebras en relación a las que tiene un pescado se ha utilizado como indicador de almacenamiento, esta medida está cargada de problemas de equifinalidad y sujeta a decisiones eventuales durante el procesado. Por ejemplo, para secar el salmón la columna vertebral puede dejarse o quitarse. También las partes de la cabeza pueden ser procesadas por su grasa, incluso cuando el salmón no se ha almacenado, creando una señal zooarqueológica semejante a la del almacenamiento. Más aún, la destrucción tafonómica dependiente de la densidad del hueso destruye preferentemente partes de la cabeza, sin tener nada que ver con el comportamiento humano (Butler, 1993; Butler y Chatters, 1994; Cannon, 1996b; Grier, 2006a).

Un enfoque útil ha sido mirar la composición del conjunto de salmón por especies. Algunas especies de salmón son menos grasientas que otras y más fáciles de secar, es-

pecialmente en el ambiente húmedo de la costa. Además, las cinco especies tienen diferentes épocas de desove y centrarse en las especies que desovan más tarde puede indicar una obtención enfocada al almacenamiento de invierno (Cannon y Yang, 2006). Conocer qué especies eran explotadas puede darnos la clave tanto para saber el momento como para conocer la intención de las pesquerías de salmón. Sin embargo es difícil identificar macroscópicamente los restos de salmón por especies. En la Universidad del Estado de Washington el Dr. Brian Kemp y yo hemos utilizado el análisis de ADN antiguo (aDNA) para determinar la especie de las vértebras de salmón y caracterizar así la estructura de la pesquería de salmón en *Dionisio Point*. Esto nos permitirá una estimación de la importancia relativa de las especies concretas en las comunidades del pasado con la finalidad última de evaluar los argumentos que relacionan los poblados grandes con el almacenamiento de salmón. Un enfoque similar es el de Cannon y Yang (2006) quienes sostienen que el yacimiento de *Namu* fue de hecho un poblado temprano con economía de almacenamiento de salmón hace más de 9.000 años.

Inversiones y mejora de las fuentes de recursos costeros y terrestres

El reconocimiento de que las antiguas poblaciones de la NWC utilizaban su territorio de forma compleja e intensiva ha provocado un cambio en nuestra manera de considerar el paisaje en el cual vivieron. Los concheros, en tanto que constituidos por residuos de consumo, se ven a menudo como simples montones de basura. Sin embargo, esos materiales podrían considerarse también como «relleno de construcción» por cuanto la situación de los desperdicios refleja decisiones deliberadas llevadas a cabo en relación con la organización espacial del asentamiento, como señala Blukis-Onat (1985; ver también Hayden y Cannon, 1983; Stein, 1992). Tenemos varias líneas de evidencia que sugieren una importante modificación antropogénica del mismo relieve de las flechas de arena y de los yacimientos. La primera es la depositación intencional de concheros en crestas naturales para elevarlas y acentuar la topografía específica. Los extensos concheros depositados en la base de la barra de arena en las oberturas de lo que eran lagunas intermareales someras (ver *Shingle Point* y *Montague Harbour*) sugieren que estas lagunas pudieron haber sido cerradas intencionadamente al océano para crear charcas de agua fresca y mejorar la productividad de las plantas (Duer, 2005). La segunda, las barras de arena naturales son terrenos dinámicos y sin embargo hemos identificado líneas de costa en *Shingle Point* que pueden haber permanecido estables durante muchas centurias y quizás milenios. Los habitantes del yacimiento podrían haber estabilizado las líneas de costa intencionalmente añadiendo materiales de desecho, especialmente si el nivel del mar se ha ido elevando a lo largo de los últimos milenios, como parece ser el caso en las Islas del Golfo.

Además, tenemos la construcción de un «jardín» de almejas intermareal de 200 metros, adyacente a la barra en *Shingle Point* que implicó añadir cientos de cantos rodados a una barra arenosa, lo cual indudablemente produjo a una mayor diversidad y abundancia de moluscos intermareales (Williams, 2006). Incluso más asombroso aún, es la construcción en época pre-contacto de un largo terraplén defensivo sobre el escarpado, inmediatamente detrás de la flecha litoral de *Cardale Point* (figura 37) que implicó movimientos de tierra y la remodelación del paisaje de la barra de arena a escala masiva (Angelbeck, 2009). Otros movimientos de tierras son evidentes en el poblado de *Dionisio Point*, donde hay un importante aterrazamiento de un desnivel de 10 metros para acomodar grandes casas largas. Estos importantes hallazgos remarcan el hecho de que las inversiones en

modificaciones del paisaje y en la mejora de los ecosistemas marino, costero y terrestre, durante el pre-contacto iban más allá de lo que actualmente se admite para pueblos no agricultores (Duer, 2005; Sassaman, 2005).

Propiedad de los recursos

La evidencia disponible muestra a los pueblos aborígenes pre-contacto como mucho más que simplemente forrajeando distintas zonas de recursos en un entorno de abundancia. Al contrario, modificaron durante milenios, activa y sustancialmente, el paisaje terrestre y marítimo en el que vivían, poniéndolo al servicio de sus estrategias de intensificación económica, sociales y políticas. ¿Cómo puede afectar este reconocimiento a nuestros modelos sobre la historia de largo plazo de los pueblos de la NWC y los espectaculares cambios que experimentaron durante el Holoceno?

Tenemos un ejemplo en cómo modelamos teóricamente los sistemas de propiedad de recursos que existían en la NWC. Una opinión corriente es que los cazadores-recolectores normalmente no tienen propiedad, más allá de circunstancias muy limitadas que implican la propiedad individual de pequeñas posesiones (por ejemplo, Cashdan, 1980; Lee, 1988). Incluso las piezas cazadas no son en principio propiedad de los cazadores sino más bien compartidas a través de una serie complicada de obligaciones recíprocas (Woodburn, 1982). Este no es el caso de los pueblos de la NWC según el registro etnográfico. Las descripciones etnográficas indican que las élites poseían muchos tipos de propiedades reales así como derechos y titularidad de localizaciones de pesca del salmón, parcelas productoras de bayas y tubérculos, criaderos de almejas, esclavos e incluso canciones e historias (Suttles, 1987c). La evidencia arqueológica, aunque tenue, atestigua alguna forma de propiedad de recursos o exclusividad en la época pre-contacto. Por ejemplo, en *Ozette*, en el estado de Washington, se ve que ciertas playas con una específica composición de moluscos eran utilizadas predominantemente por unas familias concretas (Samuels, 1991a, 2006). En *Keatley Creek* en BC interior, Hayden *et al.* (1996) han señalado el acceso limitado a áreas-fuente de materias primas líticas por parte de corporaciones familiares concretas durante más de un milenio.

De acuerdo con estos datos, las explicaciones para este sistema de propiedad altamente desarrollado se buscan hacia atrás en el tiempo, relacionando este sistema con los esfuerzos por el control a lugares con recursos. El control exclusivo de recursos también se unía al sistema de estratificación de clases y a una élite privilegiada que emergieron en la NWC. La estratificación en clases representa otro elemento raro de las sociedades de la NWC, pues la propiedad de recursos y la estratificación en clases han sido vistas como propias de las sociedades agrícolas, que tienen una relación con la tierra y con la propiedad muy diferente de la que tienen los cazadores-recolectores (Woodurn, 1982; Ingold, 1988).

¿Cómo empezaron a desarrollarse tales sistemas de propiedad de recursos? Los modelos existentes proponen que fue a través del control de las zonas con recursos, especialmente de las zonas de pesca del salmón. El salmón era un recurso controlable por su alta concentración en tiempo y espacio así como por su predictibilidad y abundancia. El control de las localizaciones de pesca de salmón ha sido señalado por Coupland (1988) como factor causal de la formación de los primeros poblados en el norte de la Costa Noroeste. Su argumento se centra en el poblado *Paul Mason,* en el río Nass. Este poblado estaba situado en Kitselas Canyon, el primer estrechamiento del río Nass formando un cañón defendible. En este poblado el tamaño de las casas era muy parecido, lo que sugirió

a Coupland que era esencialmente un gran grupo corporativo igualitario que se unía para defender un lugar de salmón crítico para su supervivencia.

El razonamiento de Matson (1985), centrado también en el salmón, es similar pero más razonado teóricamente. Según este modelo el salmón por ser abundante, predecible y localizado habría sido la fuente original de los sistemas tanto de propiedad como de desigualdad social. En su opinión, el salmón valía la pena de ser controlado y por lo tanto fue controlado. Finalmente, el control de localizaciones con productividad diferente produjo diferencias de riqueza que fomentaron la desigualdad social. Tales nociones están dentro de la teoría ecológica del comportamiento humano, que ve la territorialidad como una extensión de la defensa de los recursos, y la propiedad representa una forma más intensiva de territorialidad.

Este tipo de modelos ejemplifica cómo se prioriza el salmón en la teorías acerca del desarrollo de prácticas sociales e instituciones en la NWC. Sin embargo hay modelos alternativos que proponen un principio de desarrollo de los privilegios de propiedad proporcionales a la inversión que uno hace en infraestructuras que aumentan la productividad de los recursos. Se puede ver una conexión obvia con los argumentos que he presentado antes, en los que las prerrogativas de propiedad surgían de las inversiones hechas en el paisaje para diversificar y aumentar la productividad. Tal perspectiva explica mejor porqué en las sociedades de la NWC los derechos de propiedad y la propiedad se extienden a una variedad de recursos, no solamente a las áreas de salmón. Y también sugiere que cuando se incrementa la productividad de la infraestructura de recursos, su propiedad puede ser un campo de disputa, especialmente si muchos individuos y facciones han intervenido en la construcción del paisaje y mejora de la productividad de los recursos, que de otra forma serían considerados incontrolables o que no valdría la pena controlarlos.

Presento esta discusión preliminar de un «modelo de inversión» para explicar el desarrollo de amplios sistemas de propiedad de recursos por dos razones. Primera, porque ilustra eficazmente cómo podemos expandir y reconfigurar los tipos de modelos que utilizamos para dar cuenta del porqué de sistemas sociales bastante inusuales y complejos. Se necesitan diferentes perspectivas teóricas para asegurar que el registro arqueológico no se mete con calzador en unos pocos modelos o posicionamientos. Segunda, porque tiene más sentido en relación con los datos que han surgido en las Islas del Golfo, donde prácticas de gestión del paisaje tales como la quema antropogénica puede retrotraerse 4.500 años, y por lo tanto pueden justificarse alternativas a los modelos en los que el salmón dirige las prácticas sociales. Como señaló Donald Mitchell (1971) para la región del Golfo de Georgia hace más de 40 años, la diversidad de organizaciones económicas aborígenes aumenta a medida que uno se aleja del río Fraser, desde las economías basadas en el salmón en el mismo río a economías marinas diversificadas a medida que uno se mueve más lejos. Nuestros enfoques para explicar el registro arqueológico del Golfo de Georgia deben ser tan diversos como las estrategias de las gentes que lo habitaron.

Promocionando el papel de las comunidades aborígenes en la investigación de la NWC

El año 2008 fue el 150 aniversario de la provincia de BC, y está claro que aun hay que hacer mucho trabajo para que la historia de los pueblos aborígenes forme parte de la historia oficial del Canadá. Uno oye constantemente en Vancouver a los guías de turismo describir el «descubrimiento» de la zona en 1792, no conscientes para nada de la

existencia de la complejidad de los modos de vida en las Américas antes del contacto. Lo cual significa que los arqueólogos tienen cantidad de trabajo que hacer tanto «con», como «por» los pueblos de las *First Nations*.

Trabajando con las *First Nations* está claro que la responsabilidad de los arqueólogos para hacer que este trabajo sea relevante para los pueblos aborígenes es cada vez mayor. La mayoría de los grupos aborígenes con los que he trabajado tienen un profundo interés por su pasado, y lo ven como una hoja de ruta para construir un futuro sostenible. A veces ha sido un reto pero siempre ha resultado gratificante esforzarse por encontrar maneras en que nuestro interés colectivo por el pasado pueda traducirse en proyectos que produzcan tanto buenos datos arqueológicos como beneficios tangibles para las comunidades aborígenes.

Una manera en la que esto ha funcionado ha sido mediante la incorporación de participantes aborígenes en el trabajo de campo del proyecto. Esto proporciona una posibilidad de formación muy necesaria y apreciada por las gentes de las *First Nations*, que tienen oportunidades limitadas fuera de la reserva. Aunque no todos los participantes en el trabajo de campo continuarán en arqueología, personas concretas que han participado en mis proyectos de investigación se han sentido motivadas para continuar y lograr un nivel de educación superior. Esto requiere no tenerles simplemente para limpiar o manejar la pala, sino implicarlos en el tipo de cuestiones que hacen interesante la investigación arqueológica. Esta implicación significativa es un pequeño paso pero clave, y la participación activa continuada de individuos de las tribus *Hul'qumi'num* como asistentes de campo y enlaces es un componente importante de todos los proyectos que emprendo.

En lo que respecta al trabajo «para» las *First Nations*, los pueblos *Hul'qumi'num* de las Islas del Golfo están actualmente implicados en negociar tratados con Canadá y con BC para ultimar acuerdos que estipulen su acceso a los terrenos y recursos tradicionales. Los datos arqueológicos pueden ser útiles directa e indirectamente para establecer qué recursos económicos fueron críticos para sustentar las comunidades aborígenes en el pasado. Los datos generados por mi investigación y las reconstrucciones de los modos de vida pre-contacto han sido utilizados para establecer el contexto y la profundidad histórica en las discusiones del tratado. El compartir los datos con las *First Nations* es por lo tanto clave para cualquier proyecto, pues las investigaciones producirán una riqueza de datos adicionales acerca de su historia y modos de vida tradicionales. Estos datos pueden contribuir a resoluciones adecuadas de las viejas cuestiones legales pendientes que fueron apareciendo durante los dos últimos siglos de interacciones entre los pueblos aborígenes y los estados nación de Gran Bretaña y Canadá.

Otro tema de intereses compartidos en el que he podido establecer relaciones constructivas es el referido a la conservación del patrimonio. Una de las cuestiones claves que afectan a nuestra capacidad para reconstruir el pasado es la pérdida de muchos registros que consideramos críticos para avanzar en nuestros objetivos. He trabajado con las *First Nations* para establecer y comunicar la importancia arqueológica y cultural de los yacimientos arqueológicos a las Agencias Provincial y Federal. Cuando ambas partes reconocen esta importancia, se crea una necesidad imperativa de actuar para conservar del registro arqueológico. Sobre esto raramente existe desacuerdo.

No hay hoja de ruta ni recetario sobre cómo debe desarrollarse el proceso de consulta, colaboración y asociación con las *First Nations*. Antes bien, el proceso se ha de llevar a cabo sencillamente con la convicción de que la importancia de la participación de los pueblos aborígenes en la reconstrucción de sus historias no solamente debe ser reconocida sino enfatizada. Es con su participación y beneficio con lo que se pone de manifiesto la verdadera importancia de nuestra investigación (Grier y Shaver, 2008).

Repensando la subsistencia en la Costa Noroeste: el valor de la zooarqueología en las luchas contemporáneas por la pesca y otros recursos silvestres en Alaska

Madonna L. Moss

La «subsistencia» como concepto antropológico

Incluso antes de que se desarrollase la Antropología como disciplina, los pensadores europeos ya utilizaron la «subsistencia»[1] para clasificar a «los otros». Las etapas de evolución social basadas en la subsistencia datan por lo menos de mediados del siglo xviii. Como ha mostrado Pluciennik (2001: 741-742) «en las filosofías de la historia, los conceptos de propiedad y en la idea de mejora» subyace la idea de que los humanos progresan desde los cazadores salvajes a los pastores bárbaros, a los agricultores civilizados y finalmente a la Edad del comercio. La agricultura fue vista como la principal fuente de riqueza y los conflictos coloniales fueron en gran parte para apoderarse de la tierra y convertirla en propiedad. Hacer uso productivo de la tierra a través de la agricultura fue considerado tanto racional como moral, de aquí que la apropiación de las tierras en las Américas y en todas partes se convirtiese en un imperativo moral. Sin las invasiones coloniales la «fertilidad y abundancia» de las Américas no podía alcanzar el potencial que le habría sido dado por Dios, ya que la población indígena continuaba dejándola «sin gestión, ni mejora» (Pluciennik, 2001: 742). Desde Thomas Jefferson en adelante, la introducción de la agricultura fue considerada como «civilizar a los indios».

En el tratado *Ancient Society* (Morgan, 1985 [1877]) Lewis Henry Morgan identificaba siete «etapas étnicas» incluyendo los estadios bajo, medio y superior del salvajismo, estadios bajo, medio y superior de barbarismo, y civilización. Morgan identificaba también siete «constantes» de sociedad: Subsistencia, Gobierno, Lenguaje, Familia, Religión, Vida doméstica y Arquitectura y Propiedad. Morgan dedicaba un capítulo entero a las «sucesivas artes» de subsistencia; éstas eran «Subsistencia natural», «Subsistencia de pesca», «Subsistencia de farináceas» (cultivo de cereales), «Subsistencia de carne y leche» y «Subsistencia ilimitada a través de la agricultura». En tal esquema los cazadores eran totalmente dependientes de la naturaleza, mientras los agricultores tenían medios culturales —técnicos, sociales, mentales y morales— que los colocaban en una posición por encima de la naturaleza. El pensamiento de Morgan tuvo gran influencia durante el siglo xix y más acá —fue lectura obligada para todo el personal del Bureau of American Ethnology (Pluciennik, 2001: 466)—. Tal pensamiento impregnó la arqueología del

[1] La autora utiliza en este trabajo el término «subsistencia» en el sentido de la RAE «el conjunto de medios necesarios para el sustento (la conservación) de la vida humana», aunque el significado del término inglés que utiliza se puede extender también «al modo de adquirirlos». En este trabajo pues debe entenderse como referido a los modos de obtención de alimentos silvestres imprescindibles para el sustento (NdT).

momento a través de Worsae, de Mortillet y de Childe quienes trataron de correlacionar las edades tecnológicas, como el Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, con los estadios de subsistencia. Estas nociones de subsistencia influyeron en el desarrollo del concepto del modo de producción desarrollado por Engels en *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado,* y todo lo que siguió en el marxismo. Peake (1927) se basó en el uso de la subsistencia para distinguir las sociedades que eran «productoras» de las que eran «explotadoras» (Pluciennik, 2001: 749). Mientras los productores cultivaban alimentos o criaban animales domésticos, los explotadores cazaban animales y pájaros y recolectaban moluscos, nueces y bayas. Peake (1927: 21-22) escribió que los productores «han entrado en el camino de la civilización», mientras que los explotadores están «claramente incivilizados, aunque dudemos en llamarles bárbaros o salvajes».

Aunque Boas y sus discípulos se salieron de tales esquemas unilineales de evolución social a principios del siglo xx, la subsistencia permaneció como un rasgo cultural importante para comparaciones transculturales, en y entre áreas culturales. La importancia de la subsistencia fue revitalizada en el trabajo de los neoevolucionistas Leslie White y Julian Steward a mediados del siglo xx. Steward (1955: 37) muestra las actividades de subsistencia como el centro del núcleo cultural de las sociedades. El interés por la subsistencia y su contexto ecológico han sido utilizados para rehabilitar la evolución social.

El concepto «subsistencia» conlleva, pues, una gran carga de evoluciónismo social. Todavía hoy día, antropólog@s y arqueólog@s dedican un esfuerzo considerable en comparar y contrastar tipos de gente: estudiamos cazadores-recolectores y comparamos con las sociedades agricultoras; algun@s han reemplazado «cazadores-recolectores» por el término *«forager»*. En Arqueología se habla de la base subsistencial de una economía, del patrón de subsistencia que la gente adopta para obtener alimento y otras necesidades, o de sistemas de asentamiento-subsistencia que la gente desarrolla para el uso de la tierra y sus recursos. Much@s arqueólog@s se obsesionan acerca del origen de la agricultura y la domesticación, y la transición del forrajeo a la agricultura. Desgraciadamente, no siempre nos damos cuenta del orígen evolucionista-cultural, etnocéntrico o incluso, al decir de algun@s, racista, de estas construcciones antropólogicas. Esta cuestión es una premisa esencial para comprender parte del contexto subyacente en el concepto de subsistencia tal como es usado por l@s científic@s sociales. Pero en Alaska, «subsistencia» tiene un significado adicional.

Reglamentación de la subsistencia en Alaska[2]

En los Estados Unidos, tanto el Gobierno Federal como los gobiernos de cada uno de los 50 Estados tienen sus propias autoridades y jurisdicciones encargadas de la administración de recursos. En Alaska la subsistencia está reglamentada por leyes tanto federales como del Estado, dependiendo del estatus del terreno y del tipo de recursos en cuestión. Con el tiempo, las responsabilidades federales y del Estado han cambiado por batallas políticas que han tenido lugar en Washington, D.C., y en Juneau, la capital del Estado de

[2] Este apartado ha sido compilado a partir de la Federación de Nativos de Alaska (1998), (Case y Voluck, 2002; y United_Fishermen_of_Alaska, 2008). La Federación de Nativos de Alaska es la mayor organización Nativa de todo el Estado e incluye 178 poblados (tanto tribus federalmente reconocidas como corporaciones de poblados), 13 corporaciones regionales Nativas y 12 consorcios tribales regionales sin ánimo de lucro. La Unión de Pescadores de Alaska es una organización que cubre todo el Estado compuesta por 32 organizaciones pesqueras comerciales, así como miembros individuales y empresas.

Alsaka. Entre 1959 y 1978 la pesca y la caza eran libres para todas las personas residentes en Alaska con el lema de «quién primero llega, primero se sirve». Con el crecimiento de la población, los poblados nativos dependientes de este tipo de subsistencia tuvieron dificultades. En 1971, para facilitar la construcción del oleoducto Trans-Alaska, el Congreso aprobó la Alaska Native Claims Settlement Act. (ANSCA) cancelando «cualquier derecho de caza o pesca que pudiese existir» a cambio de casi 1 billón de dólares y 44 millones de acres de terreno. Aunque no se protegía explícitamente la subsistencia de los grupos nativos, un documento que acompañaba la ley establecía que los recursos de subsistencia en los territorios federales y estatales debían ser protegidos. Las comunidades nativas dieron muchos derechos de paso y otras concesiones para permitir la construcción del oleoducto. Lo hicieron a cambio de promesas de protección para su subsistencia. En 1978 el Estado de Alaska promulgó su primera ley de subsistencia, que obligaba a las Direcciones de Pesquerías y Caza a dar preferencia a los usos subsistenciales sobre los usos comerciales y deportivos.

En 1980, el Congreso de EE. UU. aprobó la Alaska National Interest Lands Conservation Act (ANILCA) que creaba nuevos refugios para la vida silvestre y tierras para recreo público. La ANILCA disponía que el Estado debía mantener la prioridad de la caza y pesca subsistenciales que permitiesen los usos y costumbres tradicionales para residentes rurales en las tierras federales, so pena de perder su poder de gestión sobre el uso de esos recursos de subsistencia. Aunque creamos que el ANILCA no otorga preferencias para la subsistencia basadas en la etnicidad, sí reconoce una diferencia entre la subsistencia de gente Nativa y no-Nativa. El ANILCA establece que la subsistencia es «esencial para la existencia física, económica, tradicional y cultural de las comunidades nativas, pero sólo para la existencia física, económica, tradicional y social de los no-nativos» (Wheeler y Thornton, 2005: 70). Esta es una distinción bastante sutil, que reserva las palabras «existencia cultural» sólo para los grupos nativos de Alaska

Entre 1981 y 1989 el Estado se esforzó en cumplir con el ANILCA, y algunas personas no-nativas de Alaska se hicieron vehementemente «anti-subsistencia». En 1986, el cuerpo legislativo de Alaska enmendó la ley del Estado para limitar los usos subsistenciales a los residentes de las zonas rurales, pero en 1989 la Corte Suprema del Estado encontró que la preferencia rural violaba la Constitución de Alaska. En este punto el Estado estaba claramente en desacuerdo con la ley federal ANILCA. Después de sesiones legislativas especiales y otros intentos fracasados, en 1990 el gobierno federal tomó partido de manera autoritaria a favor de la prioridad de la subsistencia en el territorio federal. En 1995 el *Ninth Circuit* de la Corte de Apelaciones de EE. UU. falló a favor que la prioridad del uso subsistencial del ANILCA se extendiera a los ríos, corrientes, lagos y otros conjuntos de agua dulce dentro de y adyacentes a los terrenos federales. Entre 1997 y 2001 fracasaron varios esfuerzos que trataban de hacer concordar la ley de pesquerías del Estado con la ANILCA, y el Gobierno Federal asumió la gestión de las pesquerías de subsistencia.

La gestión federal de los recursos subsistenciales es administrada por la Oficina de Gestión de Subsistencia (*Office of Subsistence Management*) en Anchorage y reglamentada por los seis miembros del Consejo Federal de Subsistencia (*Federal Subsistence Board*). El director del Consejo es nombrado por el Secretario de Interior de EE. UU. y los otros miembros del Consejo son los directores regionales de las agencias federales que administran más o menos el 60 por ciento de Alaska: el Servicio de Pesca y Animales Salvajes de EE. UU. (*U.S. Fish and Wildlife Service*), la Oficina de Administración del Territorio (*Bureau of Land Management*), el Servicio Nacional de Parques (*National Park Service*), la Oficina de Asuntos Indios (*Bureau of Indian Affairs*) y el Servicio de

Bosques USDA (*USDA Forest Service*). El proceso regulador federal comienza con una convocatoria anual de propuestas por parte del público en general. Las propuestas son revisadas en todo el Estado por diez Juntas Consultivas Regionales que consideran los cambios propuestos (figura 41). Los miembros de las Juntas Consultivas Regionales son residentes locales nombrados por las Secretarías de Interior y Agricultura. Una propuesta recomendada por una Junta Regional sólo puede ser rechazada por el Consejo Federal de Subsistencia si no está apoyada por una evidencia suficiente, si viola los principios de conservación de la fauna salvaje o perjudica a la subsistencia. Las Juntas Regionales se reunen dos veces al año, una en otoño para recomendar las propuestas de pesca y otra vez en invierno para recomendar las propuestas sobre fauna salvaje. Las propuestas son enviadas al Consejo Federal de Subsistencia que se reune en junta pública dos veces al año. Otras disposiciones legales que regulan la subsistencia son la *Marine Mammal Protection*

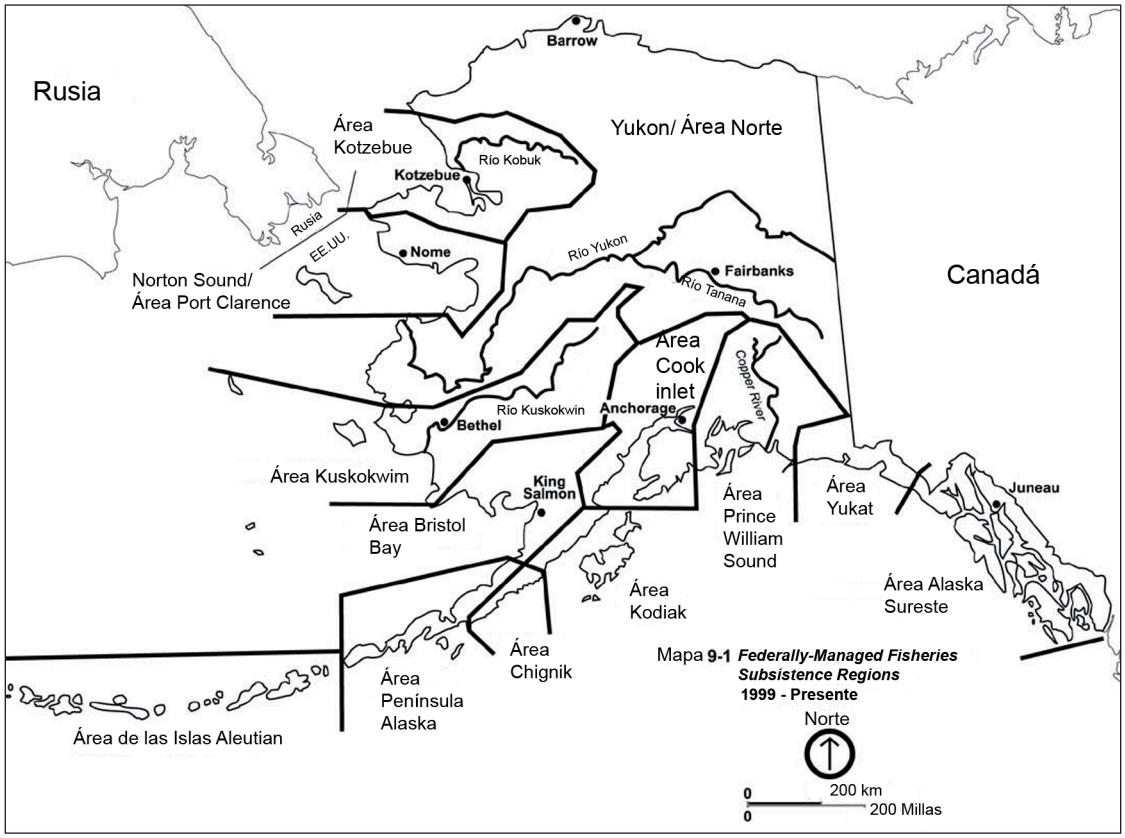


Figura 41. Mapa de las *Federal Subsistence Regions* de Alaska, extraído de *National Park Service*. Documento en red consultado en Julio de 2009 (http://www.nps.gov/history/history/online_books/norris1/chap9c.htm)

*Ac*t y la *Migratory Bird Act*. La pesca de subsistencia del halibut está además regulada por la Junta de Administración de Pesquerías del Pacífico Norte (*North Pacific Fisheries Management Council*). Además de considerar las propuestas de cambios de las regulaciones, determinar lo que son «costumbres y usos tradicionales» y decidir las designaciones de rural y no rural, el Consejo Federal de Subsistencia está autorizado a cerrar los territorios federales a usos de no subsistencia y a decidir las acciones necesarias para asegurar la subsistencia al margen del proceso de propuestas. En el año 2000 se inició el programa de

Supervisión de Recursos Pesqueros (*Fisheries Resource Monitoring Program*), multimillonario en dólares, como consecuencia de la asunción federal del control de las pesquerías de subsistencia (Wheeler y Craver, 2005: 15).

Mientras el gobierno federal administraba la subsistencia en los territorios federales, el gobierno del Estado de Alaska tenía un programa distinto para administrar la subsistencia en los territorios bajo su titularidad, alrededor del 40 por ciento de Alaska incluyendo la mayoría de las aguas marinas. Los dos programas difieren en quien puede acceder a los recursos subsistenciales, dónde se permite la actividad de explotación subsistencial, cómo se definen los usos y cómo se toman las decisiones. El Estado no permite la pesca y la caza de subsistencia en zonas de no-subsistencia alrededor de Anchorage, Fairbanks, Juneau, Ketchikan y Valdez.

Bajo la ley federal, los residentes rurales de Alaska tienen acceso prioritariario a los recursos de subsistencia. Los residentes rurales de Alaska, alrededor del 20 por ciento de la población, se definen como completamente alasquenses excepto los que viven en los alrededores de Anchorage, Fairbanks, Juneau, Ketchikan, Adak, Valdez, Wasilla, Palmer, Homer, Kenai y Soldotna. Bajo la ley del Estado todos los alasquenses son potencialmente elegibles para usar la prioridad de subsistencia.

La administración Estatal es dirigida por el Departamento de Caza y Pesca de Alaska (*Alaska Department of Fish and Game*), especialmente sus Divisiones de Subsistencia, Pesquerías Comerciales y Conservación de la Naturaleza. Bajo la administración del Estado una decisión sobre la subsistencia comienza por determinar qué proporción de un stock de pescado o de la población animal puede extraerse para la subsistencia para que sea compatible con el sostenimiento de la producción. El Consejo de Pesquerías o el Consejo de Caza determina entonces qué cantidad de la parte recolectable de la población es «razonablemente necesaria para usos de subsistencia». Entonces se dictan las regulaciones que proporcionen una «oportunidad razonable para usos de subsistencia».

Las regulaciones de la subsistencia del Estado de Alaska son elaboradas por el Consejo de Pesca y el Consejo de Caza, en sus reuniones anuales. Cada consejo está compuesto por siete ciudadanos nombrados por el Gobernador y confirmados por la Legislatura. Cada Consejo se reune varias veces al año para considerar las propuestas y emprender otras acciones. Los consejos tienen autoridad para cerrar o abrir las estaciones, fijar los límites de las cacerías y establecer los métodos y medios de captura. Determinan qué stocks de peces o qué población de caza suelen ser tradicionalmente destinados a la subsistencia. Los Consejos consideran las propuestas de subsistencia paralelamente a las propuestas de cambio para usos comerciales, deportivos y personales. Los Consejos Estatales reciben recomendaciones de unas 80 Juntas Consultivas Locales de todo el Estado. Las juntas son grupos «de base» que tienen como mínimo 15 miembros, cada uno elegido por su comunidad, región o jurisdicción.

Bajo el programa federal, los residentes rurales pueden pescar y cazar para la subsistencia en los territorios y aguas federales a menos que esté prohibido por normativas federales. Esta autorización general para la subsistencia queda reducida por resoluciones relacionadas con el uso «consuetudinario y tradicional», que limitan los usos subsistenciales de los stocks de peces y de las poblaciones de caza en un lugar determinado para un subgrupo concreto de residentes locales. El uso consuetudinario y tradicional se define como «un patrón de uso continuado, establecido desde antiguo, que incorpora creencias y costumbres que se han transmitido de generación en generación y que tiene un importante papel en la economía de la comunidad». Para determinar el uso consuetudinario y tradicional el Consejo federal considera ocho factores: un patrón de uso continuado desde

antiguo, utilización recurrente en determinadas estaciones, usos que implican métodos de recogida eficaces y económicos, sistemas de captura y usos relacionados con los del pasado y que son razonablemente accesibles a la comunidad, métodos tradicionales de gestión y conservación de los recursos, permitiendo algunos cambios relacionados con los avances tecnológicos, usos que implican la transmisión de las habilidades de captura, valores y saber popular de una generación a la siguiente, usos en los cuales las capturas son compartidas por una comunidad determinada, y usos que implican la dependencia de una amplia variedad de recursos y que proporcionan a una zona elementos culturales, económicos, sociales y nutricionales. No es obligatorio cumplir todos estos requisitos para que un uso sea declarado «consuetudinario y tradicional» por el Consejo federal de Subsistencia.

En la ley del Estado «consuetudinario y tradicional» se define como «la extracción, uso y dependencia de la pesca y caza no comercial, antigua y continuada en una zona concreta y el uso de sistemas para esta pesca o caza que hayan sido establecidos a lo largo de un periodo de tiempo razonable, teniendo en cuenta la disponibilidad de la pesca y caza». Bajo la ley del Estado los Consejos de Pesca y Caza establecen las existencias para un uso consuetudinario y tradicional, utilizando ocho criterios similares a los de la reglamentación federal. Bajo la regulación del Estado, deben reunirse los ocho criterios para aceptar que es un uso consuetudinario y tradicional. Luego el Estado establece la cantidad necesaria para dar una oportunidad razonable a la captura subsistencial de cada stock con esta designación de «consuetudinaria y tradicional».

La ley federal permite a los administradores de la subsistencia diferenciar entre los usuarios cuando las existencias de pesca o la población de caza no son suficientes para hacer frente la demanda. Para determinar la elegibilidad en estas circunstancias los reguladores consideran: 1) que esas poblaciones dependan de forma consuetudinaria y directa de esos recursos como base principal de su sustento, 2) residencia local, y 3) disponibilidad de recursos alternativos. Bajo la ley estatal, si la parte cosechable del stock de pesca o de la población de caza no es suficiente para todos los usuarios de la subsistencia, el Estado los diferencia basándose en: 1) dependencia consuetudinaria y directa del stock de pescado o de caza para el consumo humano, como base de la alimentación, y 2) capacidad del usuario para obtener alimentos si la «subsistencia» disminuye o se elimina. En el caso de incompatibilidad de las demandas o escasez, vemos que se reafirma la definición minimalista y marginal de subsistencia. Aún cuando las regulaciones han proliferado, los antropólogos Wheeler y Thornton (2005: 80) han observado que «... la cuestión de la subsistencia continua sin resolverse y es quizás el dilema público más controvertido y políticamente intratable que ha afrontado Alaska en su historia como Estado».

El trabajo de l@s antropólog@s culturales en la gestión de la subsistencia

L@s antropólog@s culturales han estado implicad@s en la investigación de la subsistencia en Alaska durante más de treinta años (Wheeler y Thornton, 2005). Aunque las regulaciones estatales destacan el uso rural más que el nativo o indígena, yo creo que la mayoría de investigaciones realizadas hasta ahora se concentran en el uso de recursos por pueblos indígenas. L@s antropólog@s culturales reconocen la subsistencia no sólo como un sistema económico, sino como un sistema cultural. Señalan que la subsistencia era y es fundamental para la identidad cultural, salud física y mental, supervivencia cultural y soberanía política. Aunque ni las leyes federales ni las del Estado definen explícitamen-

te subsistencia, Wheeler y Thornton (2005: 73-74) resaltan que subsistencia no debería ser meramente sinónimo de derechos de caza y pesca; sino que subsistencia es mucho más. Las leyes tampoco protegen lugares específicos, solamente «usos» por costumbre y tradicionales (Wheeler y Thornton, 2005: 76). Los paradigmas biológicos dominan aún la gestión de pesca y caza y raramente se tiene en cuenta el conocimiento ecológico tradicional (TEK según las siglas inglesas) (Wheeler y Thornton, 2005). El TEK combina conocimientos técnicos sobre la disponibilidad y la distribución de los recursos, asi como las estrategias de captura, pero también la información sobre la cosmovisión de los usuarios de la subsistencia. Presentar el TEK de manera que se vea como un repositorio de información útil es uno de los muchos retos de la investigación contemporánea (Wheeler y Craver, 2005).

Desde 1978, ha habido antropólog@s trabajando con la División de Subsistencia del Departamento de Pesca y Caza de Alaska para «documentar todos los aspectos de caza y pesca de subsistencia de manera que las disposiciones de las leyes federales y del Estado puedan ser implementadas» (Wheeler y Thornton, 2005: 74). L@s antropólog@s de la División de Subsistencia han estudiado más de 190 comunidades por todo el Estado. En 1994, R. J. Wolfe estimaba que los habitantes de Alaska extraían 53,5 millones de libras de recursos silvestres, con el 80 por ciento del total correspondiente a la captura rural (Iser, 2000). Del sudeste de Alaska, l@s antropólog@s de la División de Subsistencia han publicado 35 informes técnicos desde principios de los años 80. Antropólog@s culturales federales y estatales han empleado censos, entrevistas con informantes clave, recogido historias orales y colocado datos en sistemas GIS, intentando cuantificar la subsistencia (Callaway, 2001; Wheeler y Craver, 2005). Estos mismos investigadores han participado personalmente en actividades de subsistencia. Antropólog@s culturales federales están implicad@s en la recogida y análisis de datos utilizados en las Determinaciones de Uso Consuetudinario y Tradicional (C&T según siglas inglesas) que dan a residentes en una comunidad el estatus federal de usuarios cualificados de subsistencia rural (Mason y Cohen, 2001). Para obtener recursos de subsistencia de los parques nacionales, los residentes rurales deben obtener el permiso 13.44 (bajo la reglamentación del ANILCA) o ser miembro elegible para participar en la subsistencia de la llamada «zona residencial de parque». L@s antropólog@s del Servicio de Parques Nacionales también escriben informes y valoraciones etnográficas, y recopilan TEK para documentar la subsistencia.

Como hemos descrito en el apartado anterior, las leyes de Alaska y las federales regulan el acopio de alimentos silvestres para el consumo personal y familiar (Mason y Cohen, 2001). Bajo mi punto de vista, ésto sólo representa una intromisión en una forma de vida que tiene una antigüedad de más de 10.000 años. Hensel y Morrow (1998) cuentan que muchos cazadores y pescadores nativos de Alaska habían ignorado o no tenían en cuenta las reglamentaciones, que habían tratado simplemente de vivir sus vidas. En algunos casos la gente persistía en el incumplimiento de las leyes y reglamentos; en otros casos, las leyes y reglamentos encontraban resistencia activa. Aunque l@s investigador@s pueden haber buscado TEK, Hensel y Morrow (1998: 70) advierten que «descontextualizando partes del conocimiento local e incorporándolos como información en los informes científicos se falsean seriamente las perspectivas indígenas». Thornton (Thornton, 2001: 95) escribió que «las agencias tienden a considerar los TEK de manera codiciosa y colonizadora no muy distinta a la de los «cazadores de tesoros» del siglo XIX y principios del XX». Hensel y Morrow ven como las diferentes cosmovisiones llevan a los administradores y a nativos de Alaska a no entenderse; «para los biólogos la conservación se relaciona con las cifras de las poblaciones y su reproducción. Para *Yupiit* tradicionales tiene que ver con

el propio comportamiento humano». De esta manera, el propio discurso biológico, como por ejemplo el anuncio de que «no va a haber más peces disponibles» puede convertirse en una profecía auto-cumplida, afectando a los animales de los que dependen los *Yupiit* (Hensel y Morrow, 1998: 70). Los intentos de «co-administración» pueden ser bien intencionados pero existe una desigualdad de poder inherente en la relación entre directores y las comunidades nativas.

En el sudeste de Alaska, las talas de los antiguos bosques realizadas por las corporaciones nativas creadas bajo el ANCSA, han producido un grave impacto ecológico en la región que amenaza el uso subsistencial de peces y animales salvajes, e incluso directamente a la supervivencia de las propias poblaciones de animales salvajes (Dombrowski, 2007: 3).[3] Más de 275.000 acres de bosques van a talarse en las tierras corporativas que coinciden con los territorios de subsistencia usados por residentes de Hydaburg, Klawock, Craig y Kasaan (Dombrowski, 2007: 12). Dombrowski cree que los informes de antropólog@s culturales que trabajan para la División de Subsistencia de la ADFG subestiman sistemáticamente las cantidades capturadas por los usuarios más activos de estos recursos. Por ejemplo, mientras el estudio de George y Bosworth (1988) informaba que ninguna *household Angoon* cazaba más de 12 ciervos al año (el límite legal para una familia de dos adultos), los cazadores de ciervos con que trabajó Dombrowski, capturaban al menos 30-40 ciervos al año (Dombrowski, 2007: 16). Obviamente estos cazadores no van a informar de esas cifras a los investigadores de la ADFG; mientras l@s etnógraf@s van buscando las cifras reales, los agentes de la ADFG pueden arrestar, multar o confiscar el equipo a estos cazadores de ciervos. Aunque son precisamente estos cazadores de ciervos aquellos cuyas familias realmente dependen de estos recursos subsistenciales para su supervivencia, ya que su plena dedicación a la subsistencia les impide cualquier otro tipo de empleo regular. Al mismo tiempo, los cazadores y pescadores de subsistencia necesitan disponer de dinero en metálico —que normalmente entra a través del trabajo de otro miembro de la familia- para comprar combustible y mantener sus embarcaciones y demás equipamiento. Mientras para algunos la subsistencia es un «estilo de vida» para otros significa el puro «sustento» en el más marginal significado económico de la palabra. En palabras de Dombrowski (2007: 10):

> «los usuarios de la subsistencia en todos los poblados están actualmente atrapados entre la Escila de la disminución de recursos y la Caribdis de la intensificación de la desigualdad en el poblado —ambas empujándolos hacia una mayor dependencia de unos recursos de subsistencia en desaparición…».

Dombrowski sostiene que el ANCSA ha intensificado las desigualdades locales en las comunidades nativas en todo el sudeste de Alaska. Sugiere que l@s antropólog@s culturales no han entendido el importante papel que juegan «los alimentos indios» en las ceremonias y en los actos políticos contemporáneos. En estas grandes reuniones, estos alimentos son connotados como «nativos» y son revalorizados por su significado social y simbólico. Como escribe Dombrowski (2007: 13),

> «... los 'alimentos indios' llegan a verse como iconos de los modos de vida nativos, cualquier amenaza a su viabilidad se convierte, por extensión, en una amenaza a la comunidad que están connotando. De esta manera los alimentos nativos y las prácticas de subsistencia que los

[3] Dombrowski (2002) muestra como el cruce entre las políticas de la industria maderera y las de las corporaciones de ANSCA han dado como resultado el «premio» de los recursos a los grupos indígenas, que han sido así forzados a sobreexplotarlos.

> producen se transforman en un signo no sólo de la comunidad, sino de su potencial disolución, y de aquí la necesidad de una solidaridad mayor —incluso a través de las barreras económicas que separan los que suministran los alimentos y quienes patrocinan los acontecimientos en que se consumen».

Thorton (2001: 90) y otros han mostrado cómo los límites a la cantidad que puede cazar un individuo y otras regulaciones no se acomodan fácilmente a los aspectos comunales de subsistencia. Aun teniendo en cuenta que la subsistencia es de importancia crucial para la identidad cultural del clan, la salud física y psicológica, así como para el equilibrio espiritual (Langdon, 2000, 2006a, 2007; Monteith, 2008; Thornton, 1998, 2001; Worl, 2002), existen intereses contrapuestos entre grupos de indígenas que tampoco pueden pasarse por alto.

Gobernabilidad y tecnologías de Gobierno

Anderson (2001: 317) afirma que la gente nativa de Alaska está sujeta a más leyes federales, reglamentos, decisiones judiciales y fallos administrativos que cualquier otro grupo indígena de los Estados Unidos. Como hemos visto, pescar y cazar para subsistir en Alaska es meterse en una telaraña de leyes y reglamentos federales y estatales contradictorios y complejos. El trabajo de Laurajane Smith (2004) sobre teoría arqueológica y las políticas de patrimonio cultural puede ayudarnos a comprender los debates sobre subsistencia en Alaska. Smith muestra cómo la arqueología ha sido secuestrada por burócratas del gobierno y expertos irreflexivos que no acaban de darse cuenta del papel que juegan «gestionando» el «problema social» de las reclamaciones patrimoniales de las comunidades de descendientes. La bibliografía sobre gobernabilidad muestra cómo la «experiencia» —en este caso, el conocimiento antropológico— puede ser utilizada por los gobernantes para controlar y forzar, por ejemplo, una determinada forma de «gestionar» la subsistencia. El sistema de gestión de la subsistencia que se ha desarrollado en Alaska en los últimos treinta años es tremendamente complicado.

Desde los años en que viví en Alaska, desde 1978 cuando se aprobó la ley de subsistencia estatal hasta mediados de los ochenta, creía que comprendía bastante bien la subsistencia. No me daba cuenta de hasta qué punto se había complicado la historia de la subsistencia. Los medios institucionales que habían surgido para dictar y documentar la subsistencia evidenciaban hasta qué punto las tecnologías del poder habían conseguido controlar a los nativos de Alaska. La gestión de la subsistencia en Alaska —lo que Thornton (2001: 83) ha denominado la crisis de la subsistencia— tiene mucho que ver con raza y etnicidad. A pesar de todo el discurso sobre residentes rurales y usuarios «consuetudinarios y tradicionales», en realidad estas palabras han sido elegidas de forma deliberada con la intención de camuflar las diferencias raciales. En este discurso, l@s antropólog@s han jugado el papel de «mediadores»o «intérpretes» entre los gobiernos estatal y federal y las comunidades indígenas. Las necesidades gubernamentales de manejar el «problema social» de la subsistencia está muy ligado al desarrollo del discurso intelectual de la antropología. Las instituciones, leyes, reglamentos, políticas, procedimientos e informes son las vías del poder que han sido utilizadas para negar, controlar, limitar y restringir el más básico de los derechos humanos: el derecho de obtener alimento para uno mismo y su familia. Más aún, nuestro rol como antropólog@s profesionales, como productor@s de conocimiento técnico, racional —explícitamente des-politiza las luchas por la supervivencia—. ¿Se ha convertido la Antropología simplemente en otra tecnología del gobierno

utilizada para manejar un «problema social» y controlar a indígenas cazadores, pescadores y recolectores? Siguiendo la línea de pensamiento de Smith (2004:77) debemos preguntarnos: ¿son l@s antropólog@s sólo un tipo más de «agente regulador» con la función de recoger, registrar y comunicar información? ¿Es nuestro trabajo sólo otra forma de vigilancia y refuerzo? ¿Existen intereses en conflicto en la gestión de la pesca y vida salvajes (usuarios comerciales o recreativos, ambientalistas, biológos, etc.) tan poderosos que no hay salida del monstruoso laberinto en que se ha convertido la administración de la subsistencia?

Como ha dicho Korsmo (1994), los nativos de Alaska siguen reivindicando sus derechos sobre los recursos. Se han organizado en lobbies para cambiar la constitución estatal. Algunas corporaciones nativas han cerrado sus tierras a los no-miembros de la corporación en un intento de reservarse para ellas mismas parte de sus territorios de subsistencia. Representantes de las organizaciones nativas han entrado a formar parte de los Consejos y Comités regionales y estatales. Frente a la pérdida de territorio, el calentamiento global y la polución, la subsistencia seguirá siendo una causa por la que luchar. En momentos como éste, recuerdo a un amigo Tlingit que me dijo «sólo soy un pescador». Quisiera añadir que ser «sólo un pescador» en Alaska es un reto más formidable que en ningún otro lugar del mundo.

«Subsistencia» para los Tlingit: un modo de vida en su sentido más amplio

En 2003, Lillian Petershoare del Servicio de Bosques me solicitó que escribiese un nuevo prólogo para el libro *The Subsistence Lifeway of the Tlingit People* (Newton y Moss, 2005) del que soy coautora junto con el experto *tlingit* Richard Newton. Publicado por primera vez en 1984, era una compilación de información sobre subsistencia que Mr. Newton y yo habíamos recogido a través de entrevistas con veintitrés personas culturalmente *Tlingit*. Cuando el Servicio de Bosques quiso imprimir la tercera edición, Lillian, que trabajaba con Joanne Wiita de la Goldbelt Corporation y Don Bremner de la Junta Central de las Tribus indias *Tlingit* y *Haida* de Alaska se reunieron en Juneau con los «Ancianos» para que les aconsejaran. Escriben que éstos,

> «les comunicaron la pena que llevaban en sus corazones causada por el Servicio de Bosques y las maneras occidentales que intentaban minimizar lo sagrado de nuestras costumbres tradicionales. Como Tlingits, Haidas y Tsimshians creemos tener respeto por nuestros alimentos, por los animales y plantas que constituyen nuestro alimento y por las enseñanzas de nuestros mayores con respecto a recoger, preparar, compartir y comer nuestro alimento. Nuestro respeto por nuestro alimento se pone de manifiesto en los hermosos postes totémicos que nuestros antepasados Tlingit colocaron en los ríos para agradecer al salmón su retorno a sus lugares de nacimiento; en nuestros platos de banquete tan elaboradamente tallados; en las historias que enseñamos a nuestros jóvenes sobre las relaciones entre la gente Tlingit, Haida y Tsimshian y los animales que son el sostén de nuestra vida; y en nuestras canciones y danzas, como queda evidenciado cuando se sirven nuestras queridas bayas en el k̲oo.eex (fiesta conmemorativa). Todos los ancianos en esa primera reunión y también en las reuniones sucesivas, se oponían apasionadamente a tener que admitir que su forma de entender el alimento Tlingit se redujese a una palabra reglamentaria tal como «subsistencia» (Wiita *et al.*, 2005: viii).

Después de consultar con los miembros de la comunidad *Tlingit*, Nora y Richard Dauenhauer, el título del libro se cambió a *Haa at<u>x</u>aa Haa <u>K</u>usteeyi<u>x</u> Sitee,* cuya traducción es «nuestro alimento es nuestro modo de vida *Tlingit*». Esta experiencia demuestra

que mientras «subsistencia» sigue siendo un «grito de batalla» para mucha gente nativa de Alaska, tiene simultáneamente unas connotaciones peyorativas al expresar que luchan por lograr una existencia pobre, marginal y triste (Wheeler y Thornton, 2005: 70). Cambiando el título los miembros de la comunidad *Tlingit* estaban manifestando su profundo resentimiento por cómo su modo de vida había sido reglamentado, controlado y devaluado en las pasadas décadas. Debo resaltar que estoy de acuerdo en que la regulación de la subsistencia es un grave insulto a los modos de vida que habían demostrado ser sostenibles, no sólo durante centenares sino durante miles de años. Las amenazas a la subsistencia deben ser claramente reconocidas como amenazas a la supervivencia cultural de los *Tlingit* (Thornton, 1998). Así pues los *Tlingit*, recomendando el cambio del título del libro, estaban tratando de descolonizar su modo de subsistencia.

Para ayudar a descolonizar la subsistencia nosotr@s, antropólog@s y arqueólog@s, debemos reconsiderar el uso de términos como «cazadores-recolectores» o «forager» para la nación *Tlingit*. Las Primeras Naciones de la NWC eran (y son) sociedades productoras de alimentos. Aunque la pesca se subsume por convención en el término «cazadores-recolectores», la pesca fue y es de tal capital importancia para los pueblos del Pacífico Norte, que el término «cazadores-recolectores» omite lo principal. La *Tlingit* y otras sociedades de la costa del Pacífico practicaban muchos tipos diferentes de pesca, y los grupos sociales tenían control sobre territorios de pesca. No eran sólo pescadores sino administradores de recursos pesqueros. Capturaban con éxito una amplia serie de especies, pero su manejo y control del salmón eran especialmente significativos. La sociedad *Tlingit* dominaba las tecnologías del procesado y almacenamiento del pescado, lo que la llevó a acumular excedentes importantes. Era una sociedad productora de alimentos, aún cuando este término se reserve normalmente para las horticultoras o agrícolas.

Las claves de la producción *tlingit* de alimentos eran tanto la pesca como las tecnologías de almacenamiento del producto pescado. Invertían en infraestructuras —como la construcción de cientos de trampas de pesca de estacas de madera— y modificaban algunos aspectos de su entorno a fin de aumentar la producción pesquera. Administraban la captación de recursos por medio de sistemas de propiedad y control territorial, y reprimían el uso incontrolado de recursos mediante sistemas de relaciones sociales. Tribus, clanes y *households* controlaban temporalmente cuencas concretas, ríos con pesca y zonas costeras marinas. Langdon (2006b) ha documentado cómo las gentes *tlingit* también trasplantaban huevas de peces y modificaban las corrientes para mejorar el habitat de los peces. Gestionaban lo recolectado como un fideicomiso que habían establecido las antiguas relaciones respetuosas, no sólo con el territorio sino con las plantas y animales concretos con quienes compartían el mundo (Langdon, 2000; ver: Easton, 2008 y Nadasdy, 2003 para descripciones de las relaciones entre Dinehs y los alimentos animales en los territorios canadienses del Yukón).

Además del pescado, otras sociedades de la Costa Noroeste producían también excedentes de otros alimentos. *Makahs* y algunas comunidades *Nuu-chah-nult* procesaban grandes cantidades de aceite de ballena y de foca con las que comerciaban (Huelsbeck, 1988). *Kwakwaka'wakws, Coast Salish, Nuxalks, Nuu-chah-nulths* y *Haidas* cultivaban parcelas de anserina (*Potentilla* o *Argentina anserina* ssp. *Pacifica*) y *Trifolium wormskjoldii*, en huertas en los estuarios (Deur y Turner, 2005). Entre *Coast Salish* se trabajaban parcelas de camas (*Camassia*) y *Chinooks* intensificaron el uso del wapato (*Sagittaria latifolia*) en tierras pantanosas (Turner y Peacock, 2005; Darby, 2005). Los *Haida* cortaban selectivamente antiguos cedros y construían embarcaciones de altura que comerciaban con otros pueblos. Los grupos *tsimshian* en el bajo río Nass se especializaron en la

producción a gran escala de aceite del pez candela. *Kwakweka'wakws* del archipiélago Broughton practicaban la maricultura, construyendo y manteniendo viveros de almejas (Harper *et al.*, 2002). *Tlingits* cultivaban tabaco y patatas quizás incluso antes de su introducción por los comerciantes de pieles en el siglo XVIII (Moss, 2005). Yo sostengo que a las sociedades de la Costa Noroeste conocidas etnográficamente, y a muchas de sus antepasadas, sería mas apropiado considerarlas como sociedades pescadoras y productoras de alimentos y no como «cazadoras-recolectoras» o *foragers*. Aunque debemos tener cuidado en no cambiar simplemente una categoría antropológica pasada de moda por otra, sino tener plena conciencia del peso socio-evolutivo que tales tipologías comportan. Los datos arqueológicos que producimos representan también importantes archivos de información que pueden ayudar a la comprensión social de las cuestiones que se plantean en los conflictos actuales sobre la subsistencia.

Cómo pueden contribuir la arqueología y la zooarqueología

¿Cómo puede contribuir la arqueología a los esfuerzos de *Tlingits* y otros grupos nativos de Alaska para defender sus derechos a continuar sus relaciones recíprocas con los animales?[4] ¿Cómo puede la zooarqueología contribuir a mejorar la gestión de la pesca y de la fauna nativa?

El énfasis en la pesca del apartado anterior refleja mi experiencia como zooarqueóloga. Más del 85 por ciento de los conjuntos faunísticos en los yacimientos del sudeste de Alaska son huesos de ictiofauna y lo mismo sucede en toda la NWC. El pez de importancia cultural más reconocido es el salmón, pescado símbolo de la NWC. Las Primeras Naciones han utilizado el salmón en la NWC durante más de 7.000 años (Cannon y Yang, 2006), aunque después de unos pocos siglos de explotación euroamericana el salmón del Noroeste está actualmente amenazado de extinción (Montgomery, 2003). Se han identificado (Cannon *et al.*, sin fecha) bastantes estrategias organizativas diferentes usadas por grupos de la NWC para obtener y gestionar el salmón. Algunas implicaban la propiedad del recurso, tal como se ha demostrado en uno de los yacimientos de *Coffman Cove* (49-PET-067) al NE de la isla Prince of Wales en el Sudeste de Alaska (Moss, sin fecha (a)). El yacimiento tiene ocupaciones que datan de 5.000 cal AP, y está situado cerca de la desembocadura del Coffman Creek. Desde su primer componente más antiguo el conjunto faunístico está dominado por huesos de salmón. Hay huesos craneales y vértebras, indicando que el pez fue procesado *in situ*. La predominancia del salmón en el conjunto indica un grupo con derechos de propiedad sobre el río salmonero local durante un largo tiempo. Este ejemplo muestra que la propiedad y manejo de recursos no es sólo un patrón etnográfico sino que tiene una larguísima antigüedad en el país *tlingit*. Esta idea también es apoyada por la inversión de esfuerzo en infraestructuras de barreras de estacas y otras trampas de pesca mencionadas anteriormente.

Aunque a menudo las capturas se focalizaron en el salmón, los yacimientos de la región presentan abundancia de otros peces incluyendo el bacalao, el arenque, los peces de roca (género *Sebastodes*) y el halibut. Examinando recientemente los informes de 181 yacimientos del sudeste de Alaska vemos que sólo 28 fueron investigados con métodos apropiados como para documentar arenques pequeños (Moss *et al.*, sin fecha). De este

[4] Dejo a paleobotánicos considerar las plantas.

subconjunto, 22 (79 por ciento) contenían huesos de arenque, destacando el consumo continuado de este pescado en el pasado. Los primeros restos de arenque tienen más de 8.000 años de antigüedad en *Chuck Lake* en la isla Heceta, pero la mayoría de los registros datan de los últimos 4.000 años. Muchos antiguos poblados y aldeas *tlingit* están relacionados con importantes stocks históricos de arenques. Sabemos que el arenque es una de las especies indicadoras del ecosistema marino del Pacífico Norte, y que biólog@s y gestor@s tienen un conocimiento muy limitado de la dinámica a largo plazo y de la ecología de su población en la antigüedad. Como se ha sobrepescado en el siglo XX (Funk, 2009), es la arqueología la que puede proporcionar un cuadro más completo de su distribución espacial y de su abundancia en el sudeste de Alaska. Como en el caso de muchas especies, el arenque está siendo sido gestionado en condiciones de agotamiento que representan sólo una simple fracción de su abundancia y distribución históricas.

El salmón y el arenque han sido importantes especies comerciales durante décadas, pero la zooarqueología tiene el poder de revelar información sobre especies que pueden ser de menor importancia comercial. El bacalao del Pacífico abunda en *Hidden Falls, North Point, Killisnoo Picnicground Midden, Cape Addington* y en *Coffman Cove*. En una revisión reciente hallé 26 yacimientos con un mínimo de cien NISP (número de restos de especímenes identificados) de peces identificados por lo menos a nivel de familia, y de éstos, 12 yacimientos contenían abundantes restos de bacalao (Moss, sin fecha (b)). Los registros zooarqueológicos pueden usarse para trazar la distribución de especies en el pasado, como el bacalao del Pacífico que probablemente puede aumentar su importancia comercial y subsistencial al tiempo que otras especies declinan. El futuro trabajo analizando el ADN antiguo en huesos de peces —de arenque, salmón y bacalao— puede utilizarse para conocer mejor cuan representativo es el stock actual respecto al del pasado.

Podemos admitir que la abundancia de pescado y animales salvajes en el sudeste de Alaska ha variado durante los pasados varios miles de años. En cualquier lugar del mundo, la escasez de un recurso o la sobre-explotación de un taxón de peces conduce a «estrechar la red de pescar alimento» para capturarlos de tamaño más pequeño o especies menos óptimas (Reitz, 2004). En este momento no tenemos evidencia arqueológica de sobre-explotación de pesca o de animales salvajes en el sudeste de Alaska (ver Butler y Campbell, 2004, para un estudio de la NWC en general). Este es un hallazgo importante ¿pero cómo hacer que *Tlingits* y otros pueblos hagan los ajustes necesarios a los cambios experimentados en abundancia y distribución de los recursos?

Un estudio reciente de las focas demuestra cómo los cambios en una parte del Pacífico norte afectan a otros lugares. Estudios de esta clase demuestran también cómo los datos zooarqueológicos pueden producir información inédita e inesperada sobre biogeografía que es relevante para gestores de pesca y fauna. Mientras trabajábamos en el proyecto de Cape Addington nos sorprendimos al encontrar huesos de cachorro de oso marino ártico (*Callorhinus ursinus*). Puesto que la mayoría de estos lobos marinos finos nacen hoy en las islas Pribilof y los cachorros no nadan antes de tener cuatro meses, y puesto que las Pribilof están aproximadamente a 2.500 kilómetros de distancia de Cape Addington, nos preguntamos si sus restos corresponderían a animales en la emigración otoñal hacia el sur, a cachorros embarrancados, o si en el pasado habría habido una zona de cría más cerca de Cape Addington (Moss, 2004). Seguimos la investigación de este problema mediante estudios isotópicos y con ADN antiguo de los huesos de lobos marinos y fuimos capaces de confirmar que los restos de Cape Addington correspondían por lo menos a dos cachorros y dos ejemplares jóvenes de oso marino ártico (Moss *et al.*, 2006). Debido a las limitaciones de la información genética actual de este oso marino no logramos resultados

definitivos y fuimos incapaces de confirmar la presencia de un criadero de focas en el sudeste de Alaska. Pero nuestros resultados tampoco nos permiten rechazar esta hipótesis.

Entretanto, Gifford-González *et al*. (2005) causaron un revuelo entre biólog@s de mamíferos marinos porque encontraron abundantes restos del lobo marino fino ártico en yacimientos de California datados a mediados y finales del Holoceno. Gifford-González sugirió que en el pasado estos pinnípedos del norte habrían mantenido colonias de cría en California. Esta idea era tan radical que algun@s biólog@s la rechazaron firmemente, aunque varios trabajos (Lyman, 1988; Etnier, 2002 y Crockford *et al.*, 2002) apoyaban la idea de que esta especie tenía colonias de cría a lo largo de las costas de California, Oregón, Washington y Columbia Británica, además de otras localizaciones en Alaska, distintas a las Pribilot. Crockford y Frederick (2007) han sugerido que los lobos marinos finos del norte no pudieron criar en las islas Pribilot durante el máximo Neoglacial, que se supone ocurrió aproximadamente entre 3.500 y 2.500AP. Proponen que durante este periodo, el hielo invernal en el mar de Bering se extendía hasta más al sur de lo que lo hace hoy dia y que persistía más tiempo en verano, pudiendo haber bloqueado el acceso a las Pribilot en un momento crucial del ciclo reproductivo de la estos pinnípedos. Lo que l@s biólog@s habían creído un patrón estable de fidelidad del oso marino ártico a sus territorios de cría de las Pribilot (Gentry, 1998) resulta ser una consecuencia del calentamiento post-Neoglacial después de 2.500AP. Esto sugiere que los lobos marinos árticos son capaces de una notable flexibilidad de comportamiento desde la antigüedad, y ciertamente los pueblos del norte del Pacífico eran también igual de capaces de adaptarse. No fue hasta principios del siglo xx, con la caza industrial, que la especie empezó a estar amenazada. Conocer la historia antigua de estas especies que se adaptan no solamente al cambio ambiental sino a la presión de la caza, es crucial para entender cómo deben tratarse los pinnípedos actualmente.

Mi último ejemplo se refiere a las aves marinas. En la sociedad actual se puede pensar que el uso de aves marinas por parte de los nativos de Alaska es innecesario, después de todo en cualquier tienda de comestibles venden pollos y huevos. El estudio de las islas Forrester, sin embargo, muestra que recoger huevos y pájaros de este lugar es una práctica socio-cultural sumamente importante (Moss, 2007). En los conjuntos de restos procedentes de cinco yacimientos arqueológicos se identificaron once taxones de aves marinas. Aunque *Tlingits* y la gente *Haida Kaigani* y sus antepasados han estado capturando aves marinas durante la primavera y el verano en las islas Forrester durante al menos 1.600 años, las Forrester están ahora fuera de los límites de recolecta de huevos y caza de aves de los nativos por formar parte del Refugio de Fauna Marítima de Alaska. Una de las ironías es que mientras que ha sido ilegal para *Tlingits* y *Haida* capturar aves de las Forrester desde 1912, entre los años 1910 y hasta los años 1920, los biólogos estuvieron ocupados tiroteando aves y recogiendo cantidades de huevos para los museos, porque ésta era la forma de trabajar en ornitología en aquellos tiempos. Este caso es paralelo al de la comunidad *tlingit Huna*, quienes tradicionalmente recogían huevos de gaviota en las islas Marble, ahora situadas dentro del Parque Nacional de Glacier Bay. Hunn *et al.* (2003) documentan la manera tradicional en que *Huna* recolectaban los huevos: si los huevos se recogen adecuadamente en una época concreta, las gaviotas vuelven a poner, y el número de gaviotas supervivientes anuales no se reduce por la recogida de huevos. Aún cuando la gente *Huna* sigue teniendo prohibido recoger huevos de las islas Marble, l@s biólog@s pueden extraer huevos de gaviota (siguiendo protocolos *huna*) para probar la eficacia de esta práctica tradicional. A pesar de estas ironías, idealmente, la zooarqueología puede ayudar apoyando las reclamaciones de los pueblos nativos respecto a sus derechos sobre

los recursos y a calmar los miedos de administradores de la fauna salvaje respecto a las amenazas de un uso tradicional.

Conclusiones

La zooarqueología tiene un potencial tremendo para contribuir a un nuevo conocimiento sobre el uso que los pueblos nativos de Alaska han hecho del pescado y la fauna salvaje a lo largo de los tiempos. Esta perspectiva de profundidad en el tiempo es de crucial importancia porque documenta momentos anteriores a la disminución de peces y fauna salvaje provocada por la explotación industrial en el siglo xx. Sigue siendo cierto que gran parte de la investigación ecológica está basada en estudios de ámbito local y de duración relativamente corta, normalmente desde los años 50s. Muchas poblaciones de peces y fauna salvaje de Alaska están sufriendo aún los efectos acumulativos de la primera sobreexplotación. Pauly (1995) señalaba que los que hacen la política y los administradores de recursos basan muchas decisiones en observaciones recientes o en estadísticas históricas de capturas de sólo unas pocas décadas atrás (Erlandson y Rick, 2008: 1). Pauly denomina a esto *shifting baselines syndrome*.[5] Según ésto los gestores de las pesquerías utilizan datos históricos relativamente recientes para administrar las pesquerías sin darse cuenta de que estas líneas de mínima son una consecuencia de la drástica reducción que tuvo lugar. Las decisiones continúan tomándose sobre cantidades que no sólo habían ido «cambiando» sino que han ido retrocediendo.

La zooarqueología ha demostrado que los nativos de Alaska han capturado peces y fauna salvaje con éxito y de manera sostenible durante miles de años. Las investigaciones en *Coffman Cove* no sólo sugieren más de 4.000 años de uso del salmón sino más de 4.000 años de propiedad y gestión del recurso salmón. Esto ayuda a contradecir la idea de que el paisaje de Alaska ha sido una «naturaleza prístina» libre del impacto humano durante más de 12.000 años. El sudeste de Alaska ha sido un paisaje fuertemente humanizado durante milenios, y los peces y fauna salvaje del sudeste de Alaska se han adaptado a la actividad humana durante mucho tiempo. Los administradores de recursos no deberían esperar devolver los ecosistemas a un estado de equilibrio preindustrial; tal equilibrio puede no haber existido nunca. Los ecosistemas de Alaska han sido sistemas dinámicos en los cuales los humanos han jugado un rol principal durante milenios. Deberíamos también tener en cuenta cómo las sociedades conciben o no reconocen adecuadamente los impactos ambientales a los que se enfrentan, y cómo responden o se adaptan al cambio (Kirch, 2005: 432). La zooarqueología tiene la posibilidad de revelar información verdaderamente nueva sobre la historia de aprovechamiento de peces y fauna salvaje.

La palabra «subsistencia» continúa teniendo un transfondo racial en Alaska. Considerando su historia en antropología y la manera cómo ha sido usada la palabra para categorizar a «los otros» en un continuum social evolutivo, ¿deberíamos simplemente abandonar el término? Al menos un antropólogo cultural, Steve Langdon (2009, com. pers.) terminó de esta manera, evitando usar la palabra «subsistencia» por sus connotaciones. Algunas personas *tlingits* se ofenden por el uso reducionista del término «subsistencia» para categorizar su modo de vida y sus relaciones con los animales que consumen. Pero el debate

[5] Una teoría de conservación que postula que la percepción de la gente sobre el ambiente está determinada por lo que apreciamos hoy día directamente, sin tener en cuenta cómo eran las cosas en el pasado ni que éstas han cambiado.

sobre el término, subsistencia, va mucho más allá de si es un lenguaje políticamente correcto o no. La práctica y regulación de la subsistencia han sido institucionalizadas por los gobiernos del Estado y Federal en parte por los esfuerzos de antropólog@s. La subsistencia ha sido una fuente de trabajo creciente para antropólog@s que han jugado el papel de mediadores para ayudar a los gobiernos a manejar el «problema social» de la subsistencia. Desde esta perspectiva, l@s antropólog@s han sido cómplices en las maneras que el poder del Estado ha utilizado para negar, controlar, limitar y constreñir los derechos de los pueblos nativos de Alaska a obtener alimento.

Es hora ya que l@s antropólog@s, incluyendo a l@s arqueólog@s, reconozcamos nuestra posición privilegiada. Los estudios arqueólogicos pueden documentar las prácticas de subsistencia del pasado y las historias de la fauna salvaje desde la antigüedad, pero los resultados de nuestro trabajo deberían divulgarse ampliamente para que puedan ser usados por *Tlingits* y otros pueblos nativos de Alaska para hacer valer sus derechos. Debemos diseñar nuestro trabajo futuro para que rinda resultados que permitan tratar positivamente los conflictos de pesca y fauna salvaje. Debemos repensar no sólo el concepto de subsistencia, sino reconsiderar el papel que nuestra disciplina ha jugado y sigue jugando en la burocratización de la subsistencia. Sinceramente espero que podamos trabajar para conseguir que se reconozca el uso prudente que los grupos *Tlingit* hacen de los recursos animales, y ayudar a otros trabajando hacia una reducción de la burocracia que abruma a *Tlingits* y otros pueblos nativos de Alaska en su acceso a los animales que consumen.

Agradecimientos

La versión original de este artículo fue presentada durante el almuerzo oficial de la reunión anual de la Asociación Antropológica de Alaska en Juneau en marzo de 2009. Doy las gracias a Dan Monteith por la invitación y agradezco a Dan, Erika Hill y Dawn Bieldison por los arreglos logísticos. Mi agradecimiento a Lillian Petershoare que mantuvo una serie de reuniones en las que miembros de la comunidad tlingit revaluaron *The Subsistence Lifeway* y cambiaron su título por *Haa Ar<u>x</u>aayi Haa <u>K</u>usteeyi<u>x</u> Site*. Estos miembros de la comunidad me ayudaron a entender perspectivas alternativas de la subsistencia, aunque no tengo la pretensión de hablar por ellos. Estoy enormemente agradecida a Diane Gifford-González y Randall McGuire por sus comentarios a una primera versión de este artículo y a Lynn Meskell por facilitar esta revisión. Sus esfuerzos han mejorado los mios. Doy las gracias a Jordi Estévez y a Assumpció Vila por su gentil invitación a participar en su proyecto de libro y por su paciencia en esperar este capítulo.

Dedico este artículo a todos los estudiantes que me han ayudado a analizar restos de fauna y moluscos de Alaska en los últimos veinticinco años.

El factor marginado en CR: de la tierra del fuego a la Costa Noroeste

Assumpció Vila y Jordi Estévez

Semejanzas y diferencias entre los procesos históricos en TdF y en la NWC

Como hemos expuesto en la Introducción, la comparación de los procesos que en los dos extremos geográficos de la costa pacífica americana resultaron en sociedades CR contemporáneas divergentes partiendo de semejanzas muy aparentes en cuanto al ambiente, puede ser una vía para entender las características intrínsecas y las causas fundamentales del cambio en sociedades con este tipo de estrategia de subsistencia.

A pesar de características internas muy diversas tanto en la NWC como en la franja que va de Chiloé a Cabo de Hornos, hay unos denominadores comunes en las poblaciones pre-contacto de cada región que ha permitido proponer (Ames y Maschner, 1999; Matson y Coupland, 1995) el «patrón de la NWC» en el norte o el de los «canoeros magallánico-fueguinos» en el Sur.

Es muy probable que los procesos que acabaron en esas realidades modernas tuvieran en origen particularidades locales concretas en cada una de las dos regiones, pero finalmente condujeron a esa serie de caracteres comunes que han permitido las dos generalizaciones señaladas.

Desde una perspectiva no sistémica sino dialéctica, que admite las contradicciones internas, se pueden proponer modelos explicativos generales que asuman los modelos locales, incluyendo sus tendencias generales y sus contradicciones particulares.

Aún teniendo en cuenta las limitaciones del registro arqueológico actual en ambas zonas, puede verse una serie de paralelismos y de diferencias entre lo que ya conocemos de la costa más meridional del Pacífico americano y lo de la NWC.[1] Después de un análisis comparativo pueden formularse concatenaciones de hipótesis explicativas que podrían ser tenidas en cuenta para orientar y ser contrastadas en las investigaciones arqueológicas futuras.

En ambos extremos geográficos, TdF y la NWC central, hay una evolución más o menos paralela hasta un cierto momento a partir del cual las direcciones de sus desarrollos

[1] La zona mejor conocida arqueológicamente es la costa norte de la parte oriental del Canal Beagle (Orquera y Piana, 1999). Sus bahías, así como la costa norte de la Isla Navarino, constituyen una de las zonas mejores para vivir de toda la costa sur pacífica, juntamente con la zona occidental de Magallanes y la isla de Chiloé. Estas dos últimas también han sido objeto de proyectos arqueológicos aunque son menos conocidas en detalle (Ocampo y Rivas, 2005; Massone y Prieto, 2004). Entre medio existen todavía pocos trabajos, especialmente desde que se interrumpiera la labor inicial de F.Bate. Así descrita, se podría decir que la situación en cuanto a la arqueología es similar a la de la NWC por cuanto los sitios aparecen concentrados en ciertos puntos, donde ha habido mayor densidad de trabajos arqueológicos. Sin embargo en la NWC hay muchas más investigación y excavaciones, como corresponde a un territorio donde, sólo en la parte de BC, existen tres grandes universidades.

empiezan a divergir, continuando separadamente hasta llegar (otra vez en ambas zonas) al colapso producido por la intromisión y asentamiento de gentes de origen europeo.

Vamos a reseguir en un somero repaso comparativo esas trayectorias históricas desde el principio, según la evidencia arqueológica existente en la actualidad.

En esas dos grandes regiones los primeros asentamientos documentados corresponden al momento inicial de la última deglaciación.

En el norte de los canales chilenos hay una presencia humana perfectamente documentada que se remonta a 13.000AP (Dillehay, 1989, 1997); en Magallanes las dataciones más antiguas van de 12.380 a 9.595 AP (Massone y Prieto, 2004) lo cual es parecido a lo documentado en la NWC. En esta costa el máximo glacial se alcanzó hace 15.600AP. Enseguida empieza la deglaciación, que se completa en algunas partes ya en el 13.000AP (Locher, 2006). Al igual que en la zona de Magallanes hay señales de grandes desagües súbitos de lagos glaciares (Blaise *et al.*, 1990; Blais-Stevens *et al.*, 2003). En los extremos occidentales no cubiertos por el hielo hay evidencias de presencia humana, aunque tenues, antes del 12.000AP: en la isla Orcas (especialmente en Ayer Pond) en las Islas San Juan, en el karst de las islas Queen Charlotte o en la Isla de Vancouver por ejemplo en Pellucidar Cave (Fedje, 2003; Fedje y Mathewes, 2005; Fedje *et al.*, 2008) o Port Eliza Cave (Al-suwaidi, 2005; Ward *et al.*, 2003; Wilson *et al.*, 2009).

En ambos extremos del Pacífico los pobladores pre-holocenos explotaron las faunas extintas. En el extremo sur, después de un intrigante hiato asociado tal vez a ciertos eventos catastróficos alrededor del 9.000AP, los trazos fundamentales del medio ambiente comienzan a establecerse y estabilizarse, con la apertura del estrecho de Magallanes. La fauna explotada en los sitios posteriores conocidos, ya en el Holoceno, es semejante a la actual y básicamente terrestre, aunque los yacimientos estén cerca de la costa actual (*Ponsonby* capa D: Legoupil, 2003; Primer Componente de *Túnel I*: Orquera y Piana, 1999; *Marazzi*: Laming-Emperaire *et al.*, 1972). Todos ellos parecen representar incursiones de cazadores terrestres, sin especialización notoria en el ambiente litoral (Orquera y Piana, 2006).

Algunos de los yacimientos más antiguos en las costas en ambas regiones comparten ciertas características: tanto *Túnel I* (Tierra del Fuego) como *Namu* en la costa central, *Glenrose* en el delta del Fraser, *Gbto23* en Prince Rupert y *Bear Cove* en el norte de la isla de Vancouver documentan un primer momento de ocupación en el que no existe una explotación intensiva de moluscos, y no parece haber tampoco una especialización en un tipo determinado de recurso. Esos yacimientos norteños son también parecidos a *Túnel I* en que sus niveles más antiguos son sedimentos grasientos de color oscuro y sin registro de recolección de moluscos —aunque en la NWC existen más evidencias de pesca y aprovechamiento de animales marinos—.[2] Tampoco en las islas San Juan del Golfo de Georgia parece existir recolección de moluscos a principios del Holoceno (Stein, 2000).

No es aquí el lugar de discutir cuándo y dónde se produce en la región meridional el giro hacia los recursos litorales (Legoupil, 1985-1986; Legoupil, 1994; , Orquera y Piana, 2006; San Román *et al.*, 2002). No hay consenso para esa cuestión ni datos suficientes

[2] En *Namu* se documentó explotación de recursos marinos especialmente del salmón rosado y mamíferos marinos pero sin consumo de mariscos. Algunos autores (por ejemplo, Cannon, 2001) han especulado sobre una posible pesca masiva, conservación y almacenamiento del salmón desde el 5.000AP sin otras pruebas que la abundancia de pescado en sitios como *Namu* o la ubicación de sitios como *Milliken*. Pero lo que se interpretó como un precoz consumo intensivo de salmón y una estrategia especializada, puede ser interpretado igualmente como una explotación del recurso estacionalmente más abundante dentro de una estrategia oportunista (ver las diferencias entre Matson y Grier en este mismo volumen).

aún. No es relevante para nuestro propósito aquí saber si se desarrolla más al norte y desciende por el bosque de kelp (Erlandson *et al.*, 2007) o si se produce primero en los lagos periglaciares para conectarse con la costa en la zona de Chiloé o si es una tendencia general que se desarrolla independientemente en Chiloé/Reloncavi, y en el Occidente meridional de Magallanes (Rivas y Ocampo, en prensa 2006).

En Chiloé, Rivas y Ocampo sitúan esa primera evidencia en *Puente Quilo 1* (con fechas de 6.750AP) y *Chepu 005* (con fechas de 6.800AP). En Magallanes tenemos fechas muy similares para la explotación litoral más antigua en *Punta Sta. Ana* (6.810 ± 70 sobre conchas), *Englefield* (6.100 ± 110) y *Bahía Colorada* (con 5.900 ± 70 sobre conchas) (Legoupil y Fontugne, 1997). Y, a 1.500 km de Chiloé, en TdF también se documenta la explotación más antigua de recursos litorales (Orquera y Piana, 1987): en el sitio *Túnel I* comienza en 6,470±100AP, después de un hiato de unos 200 años que sigue a un episodio volcánico (datado después de 6.980±110AP), en *Imiwaia* (con una datación de 6.490±120AP sobre conchas y otra de 6.048±111 AP sobre carbón), en *Sitio 136 Áridos Guerrico* (6.495 ± 60AP obtenida sobre restos malacológicos y sin calibrar) y en *Caleta Segura* (5.635±70AP, según Ocampo y Rivas, 2000). Estas dataciones son muy similares a las más antiguas de más al sur, en *Seno Grandi 1* (6.160 ±100AP y 6.120 ±80AP según Legoupil (Legoupil y Fontugne, 1997).

En los sitios costeros documentados la subsistencia fue a partir de esos momentos dependiente de la explotación de los recursos litorales, concretamente de la caza de pinnípedos y la pesca, complementada con la caza de aves y de algún artiodáctilo terrestre y la recogida de crustáceos, frutos y hongos. Pero, por lo menos en la costa del Canal Beagle de TdF, el componente básico y crítico de mantenimiento cotidiano fue la recolección de mejillones (Estévez y Vila, 1995, 1998; Juan Muns, 1992).

También en la NWC la recolección de moluscos comenzó o se incrementó espectacularmente hacia el 5.000AP en *Namu*, el 4.500AP en *Glenrose* o tal vez hacia 5.500AP en *Dupont Southwest Site* en Puget Sound (Wessen, 1988). La recolección de moluscos fue pues una tendencia general evidente en los yacimientos desde el Golfo de Georgia hasta Namu. Esto ha sido interpretado en la NWC como el resultado de una intensificación en la explotación del medio (Ames y Maschner, 1999) o en todo caso como una posibilidad para el mantenimiento de una población creciente (Croes y Hackenberger, 1988). El giro hacia la recogida de moluscos coincide también en la NWC con una rápida multiplicación de los sitios (ver Grier en este volumen). Es interesante resaltar que el molusco más recolectado en ambas lejanas costas era el mejillón, que aparece en las zonas intermareales y cuya recolección es muy productiva (teniendo en cuenta la relación fuerza de trabajo/producto obtenido).

El inicio de la explotación dirigida claramente a los recursos litorales va unida a la aparición de arpones y por tanto a una tecnología desarrollada para la pesca y caza en el agua, pero en un contexto de poca especialización, un patrón de explotación anual con una logística muy móvil, sin construcciones permanentes ni desigualdad social claramente establecida. Básicamente es el mismo patrón que se ha descrito para TdF, sólo que allí se ha considerado como una adaptación exitosa (Orquera y Piana, 1999: 89) en forma de especialización en una explotación —no especializada— del amplio espectro de recursos litorales (Estévez y Vila, 2006)

Según los autores argentinos Orquera y Piana, ese paquete adaptativo se habría mantenido básicamente estable a lo largo de toda la secuencia hasta la llegada de los europeos, con cambios menores, como por ejemplo en la morfología de los arpones o la desaparición de la decoración en estos instrumentos y en los utensilios de hueso en general.

Esa es también, como hemos visto, la opinión de una parte de autores canadienses para la NWC. Para ellos el poblamiento y las estrategias básicas de subsistencia se consolidan a partir de ese momento de ajuste a los recursos litorales locales (por ejemplo, Carlson y Dalla Bona, 1996; Fladmark *et al.*, 1990; Ham *et al.*, 1986...), incidiendo más en la caza de mamíferos marinos en la costa exterior y en la pesca en las costas interiores y cursos bajos de los ríos.[3]

A pesar de estas opiniones y de una notable continuidad en la ocupación de algunos sitios, hay sin embargo hiatos importantes, crisis concretas y evidencias de reajustes.

En realidad en ninguna de las dos zonas se trató de una adaptación simple, fija y estable al ambiente desde el comienzo del Holoceno. En el registro arqueológico existen evidentes cambios e hiatos que demostrarían que hubo un intento de mantener la estabilidad dentro de un cierto balance dinámico, pero que no siempre fue posible conseguir ese objetivo con éxito. En las secuencias de los sitios arqueológicos con estratigrafía existen substituciones, picos y oscilaciones fuertes en las frecuencias de determinados recursos. También se pueden apreciar hiatos significativos en sitios concretos o incluso hiatos mucho más generales que afectan a toda una región (figura 42).

Algunos de esos hiatos habrá que relacionarlos con fenómenos naturales de cambio súbito. Igual que hay erupciones volcánicas prehistóricas documentadas en la zona del extremo sur, en la NWC hay también grandes eventos catastróficos cuya trascendencia no se ha evaluado. Así por ejemplo hay evidencia de una gran erupción del Mazama datada más o menos hacia el 7.000AP (Fryxell y Daugherty, 1963; Borden, 1975). Este fenómeno ha depositado cenizas encima de un estrato datado en 7.190AP en el yacimiento *Milliken* y también hay tefra del Mazama tapando estratos en los yacimientos de *Vermilion Lakes* y *Eclipse*, en el interior, en el Parque nacional de Banff (según Fedje, 1996). En muchos yacimientos hay una interrupción de 1.500 años, que puede durar por ejemplo hasta el 5.490AP en *Eayem*. Las consecuencias de esa erupción, según algún autor, habrían afectado incluso la costa (Bacon y Lanphere, 2006): en el sitio (DgRr 6) *Glenrose* (Matson, 1976) encima del nivel más antiguo de arena de playa fluvial que podría remontar a 8150±250AP hay un nivel de arcilla con cenizas que se ha atribuido a la erupción del Mazama (Borden, 1975).

En ambas costas existe documentación geológica así como histórica europea y nativa de otras catástrofes provocadas por eventos naturales como tsunamis, que podrían haber afectado gravemente a poblaciones ligadas económicamente al litoral (ver Atwater *et al.*, 1995; Darienzo y Peterson, 1990 para la NWC).

Ocampo y Rivas (2000) también atribuyen una clara anomalía en el patrón de asentamiento entre 1.000 y 800AP a alguna consecuencia causada por el cambio climático medieval.

A este respecto hay que considerar que, en efecto, unos sistemas dependientes de un recurso concreto como el mejillón, o incluso el salmón, pueden ser frágiles frente a cam-

[3] En el norte de la NWC el desarrollo difiere mínimamente: aunque el periodo antiguo es muy poco conocido, los pocos datos que hay parecen indicar que la primera ocupación holocena (posterior al 10.000AP) ya estaba orientada a la explotación de los recursos litorales (el yacimiento *Chuck Lake* en la isla Heceta datado en 8.200AP ya contenía depósitos de moluscos y restos de pescado según (Ackerman *et al.*, 1985; Ackerman *et al.*, 1989). Después de un hiato con poca documentación entre 6.000-5.500, hace unos 4.000 años comienza una expansión que, 1.000 años más tarde, pasa a ser una explotación intensiva de los recursos acuáticos con énfasis en la pesca (PET-205 Straight Creek Weir 3770+-80AP es la trampa para pescado más antigua) y hace 1.000 años resultará en una proliferación de fortificaciones (Moss y Erlandson, 1992; Moss y Erlandson, 1998).

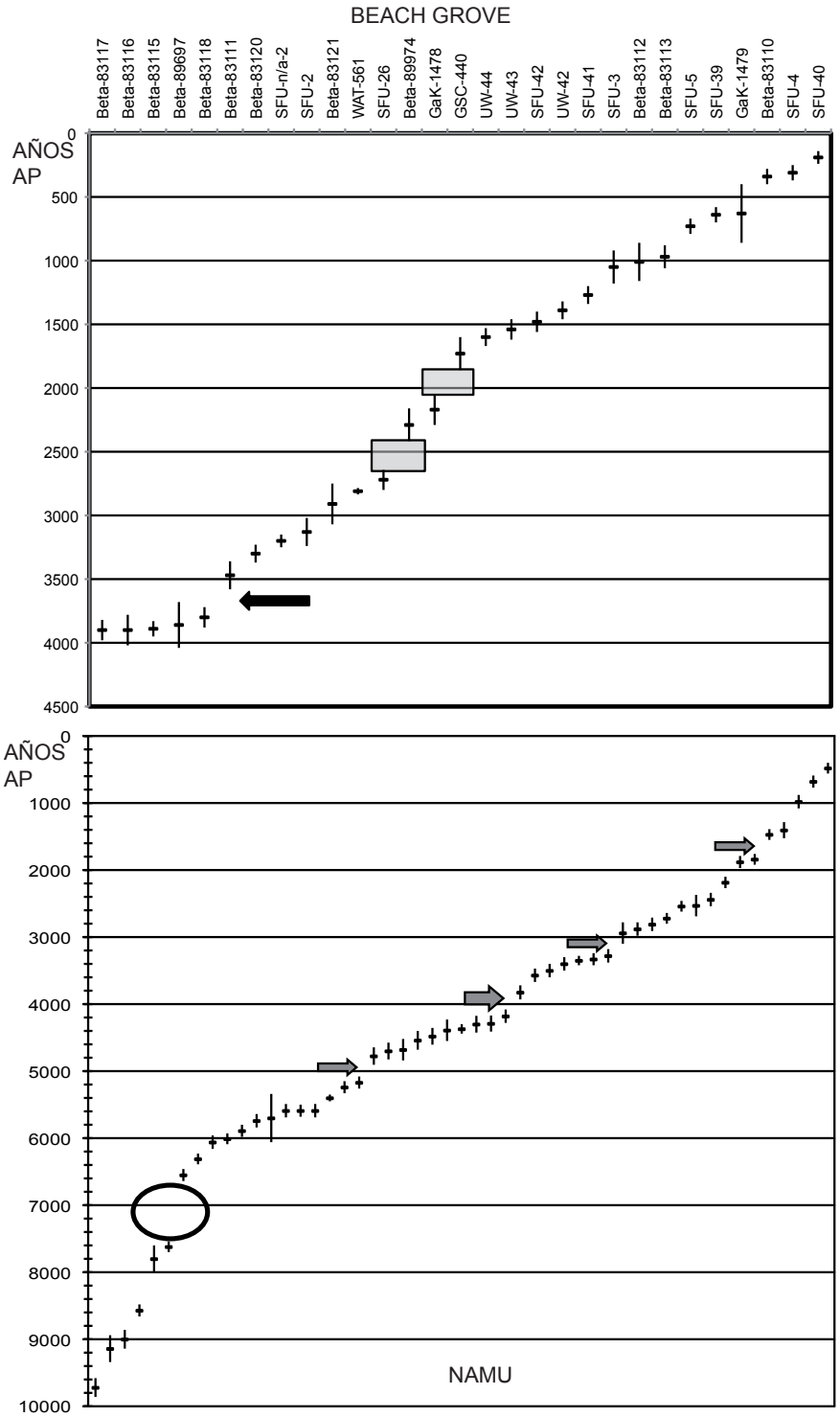


Figura 42. Series de dataciones radiocarbónicas de Beach Grove (arriba) y Namu (abajo), dos sitios clave de la NWC. Las flechas y círculo muestran puntos con hiatos significativos. Las rayitas marcan el margen de un sigma (datos de Carlson, 1996; Arcas, 1996; Matson 1980, 2008).

bios ambientales: cambios súbitos en la temperatura del mar, en el régimen o el curso de los ríos, o en la sedimentación y niveles de la línea de costa... Por tanto son elementos a tener en cuenta a la hora de evaluar estos hiatos en las secuencias de los sitios.

Al margen de esos posibles detonantes naturales de crisis en los recursos clave, el

problema crítico que pone el límite a esos sistemas, tal como propone el modelo de Hagenberg y Croes para la NWC y las conclusiones a las que llegamos en TdF, no está en recursos fundamentales como el lobo marino, la caza terrestre o la pesca (aunque sean los que proporcionen la mayor parte de las calorías). El problema está en el recurso fuelle: en la fácil disponibilidad y rápido agotamiento de los mejillones, que aunque aparezcan en grandes cantidades y sean fáciles de recolectar tienen una velocidad de reemplazo limitada, sobre todo si son sometidos a una explotación intensiva (Mannino y Thomas, 2002). El modelo de subsistencia alimentaria en amplias zonas de ambas costas americanas compartía ese tipo de recurso clave aunque estuviera complementado por mamíferos marinos y en general por la pesca, tanto en Tierra del Fuego como en la NWC.

En la secuencia de la zona sur hay hiatos marcados que no pueden, de momento, relacionarse con eventos naturales. El más significativo se sitúa algo antes del 5.000AP (figura 43). Para el norte de los canales chilenos este momento marcaría además un cambio importante. Se pasaría de una movilidad *collector* logística para un aprovechamiento cíclico de los recursos litorales, restringida a los canales septentrionales, a una estrategia con movilidad más acentuada y de mayor alcance de tipo residencial y aprovechamiento progresivamente más *forager* y generalizado de los recursos locales. Aunque este cambio se atribuye en parte a un cambio climático también se busca la causa en el aumento de población, de la información, de la experiencia acumulada, así como a presiones desde el norte (Rivas y Ocampo, en prensa 2006).

Sin embargo la ruptura más marcada (Gassiot y Estévez, 2006) y de interpretación controvertida, se produce entre 4.100 y 4.500AP representada entre otros, por el sitio *Lancha Packewaia* en el canal Beagle, datado en 4.215±305 AP (Piana y Orquera, 1999) y por *Ponsomby B* en el mar de Otway 4.580 ±70AP (Legoupil y Fontugue, 1997). En ese momento aparecen una serie de puntas bifaciales de manufactura tosca y de rocas no locales que caracterizan los instrumentos de producción, al tiempo que los mamíferos terrestres son más abundantemente consumidos que los pinnípedos (Morello *et al.*, 2002).

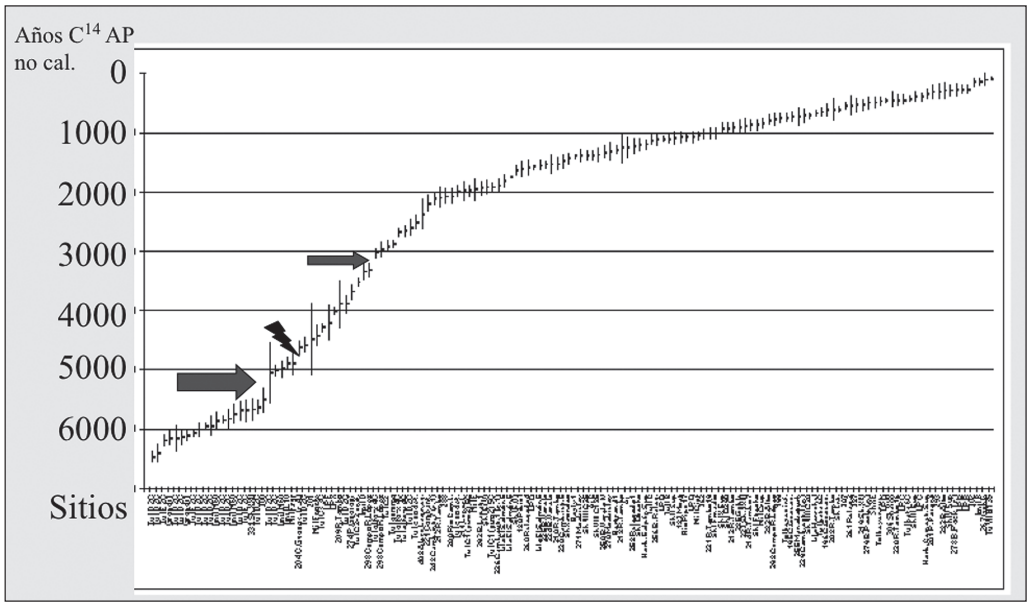


Figura 43. Dataciones radiocarbónicas de la costa Norte del Canal Beagle mostrando hiatos (flechas) y el cambio más significativo (rayo) en la secuencia (con añadido de datos de Orquera y Piana, 1999).

En la NWC por su parte, hay también hiatos en la mayoría de los sitios estratificados. Por ejemplo, Mitchell (1971: 64 y 65) marcaba un profundo hiato de dataciones radiocarbónicas entre 7.000AP y 3.200AP y otro de 500AD hasta >1.000AD en la secuencia de ocupación del Golfo de Georgia. En el sitio (DgRr 6) Glenrose Cannery (Matson, 1976) hay hiatos entre la datación más reciente de lo que se denomina fase Old Cordilleran (5.730±125AP) y los más antiguos de la fase St. Mungo (4.240±110AP). En este mismo yacimiento hay incluso otro entre la datación más reciente de esta fase última y la más antigua del siguiente estrato (2.310±105AP), que se hace corresponder ya a la fase Marpole. En el yacimiento más emblemático de la costa central, Namu, en una batería de 51 dataciones radiocarbónicas hay hiatos significativos alrededor del 5.000AP, entre el 4.180 y el 3.570AP (sólo una datación de 3.825AP), o nuevamente antes del 3.000AP (figura 42). Estos hiatos se pueden seguir en latitudes más altas: en Prince Rupert Harbour por ejemplo también existe entre 200 y 500AD y, en general, en el área del río Skeena se abandonan asentamientos entre el 1 AD y el 400 AD (Cybulski, 2001a).

La ruptura más marcada es evidente hacia el 3.500AP en la NWC e incluso en el altiplano. Hay un desfase cronológico respecto a TdF equivalente al retraso con que se instaló la estrategia de explotación de los moluscos en la NWC (más o menos 6.500AP en el Sur versus 5.000AP en el Norte).

Es sorprendente cómo las diferencias de ambiente tienen poca influencia en el desarrollo de las estrategias de captación de recursos, e incluso podríamos pensar que en el ritmo de desarrollo en las dos regiones. Es como si en la ecuación logística entre velocidad de reproducción de la población y capacidad de captación de recursos (que incluye las diferencias en la oferta y desarrollo de la tecnología de extracción), esta segunda parte de las variables tuviera una importancia mínima frente a la primera. En esta primera fase del desarrollo de la explotación de recursos litorales y de moluscos las diferencias en la oferta del medio parece no ser relevante: la ergología (canoas, arpones, puntas, cuchillos...) llega a soluciones extraordinariamente parecidas, la composición cualitativa de los recursos consumidos documentados (los animales) también es muy semejante... el lapso de tiempo hasta un primer colapso del sistema es muy parecido.

Es a partir de ese momento, de hace 3.500 años, que empieza una divergencia acelerada entre las dos zonas. En TdF después del 3.300AP las características básicas de los instrumentos y de las estrategias subsistenciales documentadas arqueológicamente son parecidas a las documentadas a la llegada de los europeos y sólo se incorporan, puede que hacia 2.600AP pero con seguridad en 1.400AP, algunos elementos nuevos como el arco y la flecha (Mameli *et al.*, 2003**).**

Aún admitiendo la posible interpretación —que discutiremos más abajo— de Ocampo y Rivas (Rivas y Ocampo, en prensa 2006) de cierto crecimiento demográfico sostenido en una parte de TdF, la población debió adoptar y mantener una serie de estrategias flexibles y variables que les permitían solventar las variaciones menores de recursos en espacio y tiempo (a corto plazo). Lo cierto es que a la llegada de los europeos existía un control social de la reproducción que mantenía un balance flexible entre la población y una oferta de recursos explotados. Para hacer frente a los potenciales aumentos demográficos debió resultar finalmente menos rupturista con la organización social y productiva previa establecer un sistema de disimetría y control de las mujeres (las responsables de la reproducción) como el documentado etnográficamente, que tratar de desarrollar nuevos medios de producción y de organización del trabajo que permitieran un incremento sustantivo de la capacidad extractiva (Vila y Ruiz, 2001). Ya que la fuente básica de calorías, los lobos marinos, procedía de lugares de reproducción que estaban muy fuera del alcance de la tecnología que habían desarrollado.

La permanencia de las estrategias de explotación de los recursos tan semejantes a las del 6.000AP, no se puede explicar sin ese control de la reproducción humana (Estévez y Gassiot, 2002).

Frente al mantenimiento de un cierto equilibrio y pocos cambios en TdF, en la NWC hay una dinámica de desarrollo en espiral. El conjunto de fauna consumida en sitios fueguinos como *Túnel VII* o *Lanashuaia* justo en la época del contacto (pescados, lobos marinos, cetáceos, artiodáctilos terrestres, aves marinas...) aunque específicamente menos variada, no difiere demasiado de la fauna de los sitios *St. Mungo*, de la de 45CA21-*Hoko River rockshelter* datada en 1.000AP o de la de *Ozette* de 250AP (Wessen, 1988). Un elemento que tienen en común *Túnel VII* y *Lanashuaia* con *Hoko River rockshelter*— especialmente en la parte superior de su secuencia— es la reducción del tamaño del mejillón medio consumido (Croes *et al.*, 2005: 113) respecto a las medias actuales (en Hoko River 1,5 cm, en Tierra del Fuego casi 2 cm), lo que se puede explicar por una presión recolectora constante en los tres sitios.

En la desembocadura del Fraser existe una diferencia entre la fauna de la fase St. Mungo y la de las fases posteriores focalizada precisamente en ese recurso clave: el mejillón y su importancia. Al final de la fase St. Mungo, hacia el 3.500AP, en la que el mejillón es el molusco más recolectado se produce un hiato importante y muy generalizado. Y en las fases siguientes (3.500AP-1.500AP) la recolección de este molusco es substituida por la de almejas. Este cambio se documenta en muchos sitios en el Golfo de Georgia: por ejemplo en Galiano (Mitchell, 1971), en las islas del Sur (Stein, 2000), Point Grey[4] (Coupland, 1991), en *Marpole*, en *St. Mungo* y en *Glenrose* (Matson, 1976) y también en el norte en Prince Rupert (Mitchell y Donald, 1988) y en el sur según Butler (Butler y Campbell, 2004) en *West Point*, *Hidden Falls* y Decatur Island. Un cambio tan extendido se ha atribuido a la transformación del litoral provocada por la estabilización de la línea de costa. pero no hay una sincronización global (por ejemplo es más reciente en *Hoko River rockshelter,* Croes *et al.*, 2005, o en *Qualicum River*, en Bernick, 1983) que permita atribuirlo fácilmente a una causa global como esa. Además en algunos sitios modernos, como en *Yuquot* (Clarke y Clarke, 1980) o en *Ozette* (Wessen, 1988) la nueva instalación de un asentamiento contiene al principio mayoritariamente mejillones que al cabo de algunos decenios son substituidos por otros moluscos.

En *Namu* (Carlson, 2003a), donde el consumo mayoritario de mejillón se había complementado con la pesca del salmón desde el 5.000AP, también hay una crisis hacia el 3.500AP que, en este caso, implica además una reducción de este pescado y una orientación hacia el pescado de roca, mamíferos marinos y aves acuáticas. Incluso mucho más al sur, en la costa de Sta. Bárbara en California vemos cómo se reduce drásticamente la recolección de mejillones y moluscos en general y se pasa a la explotación de un mosaico de recursos variados. Y aunque allí se atribuye el cambio a causas climáticas «y/o al aumento demográfico», en realidad los moluscos sólo se recuperaron después del contacto europeo, y se podría relacionar con la disminución catastrófica de la población californiana nativa (Erlandson y Moss, 1999). Esta sustitución se ha atribuido (Cannon, 1991entre

[4] *Point Grey* (cerca de la University of British Columbia) era un conchero grande, de más de 200 m de largo por 80 de ancho, que incluía enterramientos, en el que predominaba el mejillón sobre otras especies de bivalvos. Se interpretó como sitio permanente de final de invierno- primavera a principios de verano de pesca y procesado de arenques. Se consideró un ejemplo de sitio de la fase Marpole, pero no existen evidencias claras del «patrón NWC», ni dependencia del salmón, por lo que Coupland empezó a plantear que en realidad el patrón de la NWC se caracteriza por-una panoplia compleja de estrategias de explotación de diferentes recursos vinculados con los arenques y sus depredadores (como el propio salmón).

otros autores, ver Wessen, 1988) a la dinámica general de las líneas de costa y al avance de los deltas.

Sin embargo tanto Wessen (1988), que observa el mismo fenómeno en época de contacto en Ozette, como Botkin (1980) en California y antes King (1950) en el sitio *Cattle Point* en isla San Juan, lo atribuyen a factores culturales o de sobreexplotación. Más interesante es el trabajo de Croes y Hackenberger (1988) que han reproducido el fenómeno en base a modelos matemáticos que tienen en cuenta estrategias de forrajeo óptimo y que apuntan a problemas de sobreexplotación como causa principal. Según estos modelos el mejillón limita la población por su bajo índice de biomasa por m^2 y su lenta velocidad de substitución, y en cambio es un recurso deseable por su agregación y alta densidad. El mejillón sería el recurso crítico ya que es el alimento para el invierno, la estación con baja oferta de recursos. Cuando el salmón se almacenó como comida de reserva invernal se generó una alternativa que permitía sostener a 3 veces más gente que la recolección de marisco. El modelo encaja perfectamente con las expectativas que se generaban matemáticamente para el periodo anterior a 4.000AP según su modelo de crecimiento exponencial.

Todo lo anterior nos induce a pensar que aunque el detonante que desequilibró el sistema pudo ser una causa ambiental, en realidad fue la presión humana la que constituyó el elemento determinante, y sobre todo el factor de persistencia para este cambio. A partir de 3.500AP en gran parte de la NWC hay un giro hacia la recolección de moluscos de sustrato arenoso (almejas). En la zona del Golfo este cambio va acompañado de un énfasis en la pesca masiva y encontramos las primeras evidencias de conservación del salmón. La mayoría de los autores (Borden, 1970; Matson y Coupland, 1995) ven constituirse sólo mil o mil quinientos años después los rasgos que identifican el «patrón desarrollado de la NWC»: explotación intensiva con almacenamiento de salmones y otros pescados afines como arenques y pez candela, casas grandes de tablas y desigualdad social. Pero el que se hayan identificado esos elementos característicos de la época moderna hace 2.500 años no significa necesariamente que haya habido inmovilidad desde ese momento.

Tampoco en TdF, a pesar de mantenerse un cierto balance equilibrado puede decirse que haya habido una inmovilidad desde hace 3.500 años. Ocampo y Rivas (2000), de Chile, ven otros cambios significativos en la secuencia que no pueden atribuir a cambios ambientales. Para la margen sur del canal Beagle llegan a la conclusión que a partir del 100 AD y hasta época pre-contacto los yacimientos se caracterizan por sus grandes dimensiones tanto en cuanto al área que ocupan como al volumen y densidad de los depósitos antrópicos, alcanzando a veces cantidades de más de cien fondos de cabaña por yacimiento. Esta situación es interpretada no como un palimpsesto de ocupaciones sucesivas, tal como hacen los autores argentinos, sino como sitios de agrupación identificando así una dinámica que no corresponde a la organización social centrada en la familia nuclear que describieron los etnógrafos para la región del Beagle. En el trabajo citado sugieren que las condiciones especialmente favorables de la costa sur del Canal Beagle habrían propiciado la adopción de un patrón de asentamiento más permanente. El crecimiento demográfico habría detonado la concentración de un mayor número de individuos en asentamientos más prolongados aunque sin implicar un patrón de asentamiento semi-sedentario ni permanente, sino una alta movilidad en canoa para desplazamientos cortos con retorno cotidiano. Esta visión discrepa de la imagen etnográfica, que según esos autores sería la consecuencia de la caída demográfica y de la des-estructuración causada por los europeos antes de la existencia de un registro etnográfico. Esta tesis es interesante y plantea una posibilidad real, pero a nuestro entender es difícil de demostrar —y no se ha hecho todavía— la sincronía de las casas/fondos de cabaña de un mismo yacimiento.

En TdF también pudo haber existido una tendencia de cambio hacia otra dirección (un énfasis hacia recursos más pelágicos o hacia una explotación más intensiva de la pesca y un ajuste a los recursos localmente mas rentables) en los últimos tiempos, antes del contacto europeo, pero en todo caso esta tendencia habría sido aún muy poco marcada en el siglo XIX y puede ser un efecto del muestreo.

Finalmente, hay cambios documentados después de los primeros contactos y antes de las referencias de etnógrafos: uno es el abandono prácticamente total del arco, otro la aparición de arpones de gran tamaño en las colecciones etnográficas, que de haber sido funcionales (y no un objeto estrictamente para el intercambio) nos estarían indicando una tendencia a incrementar la orientación hacia la caza de cetáceos.

Tampoco en la NWC, a pesar de lo expresado por Borden en 1970, hay una estabilización a partir de los momentos del posible establecimiento del «patrón de la NWC». Hay cambios significativos desde la fase Marpole que demuestran que era efectivamente una sociedad en desarrollo continuo. Como ya adelantamos más arriba, en muchos sitios hay un intrigante lapso entre 1.700AP y 1.500AP, con un ostensible incremento de las estructuras de defensa y de las evidencias de conflictos armados,[5] un continuo cambio en la forma de los arpones, desaparece la escultura en piedra, hay un cambio sustantivo en los sistemas de enterramiento hacia el 1300 AD , momento a partir del cual en la zona costera ya no se entierra a la gente en concheros... (Cybulski *et al.*, 1992).

Ames (1991) y Maschner (1991) llegan a la conclusión común que aunque la zona norte y la sur presentan dinámicas algo distintas, en ambas el máximo de la población se había alcanzado hacia el 800-900AP, y que a partir de ahí se produjo una regresión. Según esos autores (Ames y Maschner, 1999) estas dinámicas responderían a que el cambio neoglacial afectó diferencialmente a ambas zonas y a que se habría producido una correlación entre momentos de aumento de población y desarrollos tecnológicos nuevos. Pero no se desprende lo mismo de una recolección de dataciones de la Costa de Oregón (Erlandson y Moss, 1999): el histograma de frecuencias en su figura 2 muestra un máximo de dataciones entre 250 y 500AP y un declive después de 250AP (coincidiendo con el contacto europeo). En esa gráfica también se puede apreciar un aumento desde los 3.500AP seguido de un bajón después del 1.700AP.

Reflexiones sobre las explicaciones del proceso histórico en la NWC

En la Introducción hemos visto que la Etnografía en la costa noroeste de América del Norte, igual que ocurre en Tierra del Fuego, no describe el proceso histórico que desembocó en la «sociedad etnográfica» que es el objeto de su investigación.

Se ha criticado (Butler, 2004) que muchos estudios arqueológicos han sido muy lastrados por la Etnología y especialmente por el énfasis hacia la cuestión del salmón (véase las alternativas en Matson *et al*., 2003; Monks, 1987; Croes, 1995; Matson, 1992; Grier en este volumen...). La Arqueología ha recurrido demasiadas veces a la analogía etnográfica en el momento de la interpretación final de un registro arqueológico supuestamente inocente y objetivo, en lugar de partir de un análisis crítico de la información etnográ-

[5] La curva de frecuencias de las dataciones de los fuertes es claramente asimétrica, lo que podría indicar un estallido brusco de conflictos hace unos 1.500 años, con una reducción paulatina de la construcción de fuertes a partir del máximo, hace aproximadamente 1.000 años (Moss y Erlandson, 1992; Erlandson y Moss, 1999) .

fica e incorporar los resultados de este análisis en la formulación de hipótesis iniciales arqueológicas, momento en el que se podría también formular propuestas de posibles indicadores arqueológicos.

Pero no es simplemente el abuso de analogías etnográficas parciales, muy criticado desde la teoría arqueológica y que supuestamente sólo son usadas de forma muy matizada, sino que algunos arqueólogos usaron para sus interpretaciones una imagen de las sociedades etnográficas homogeneizada, una sociedad resumen/síntesis con todos los rasgos principales supuestamente definitorios de esas sociedades «raras».

A veces lo que se ha pretendido, más que una explicación de los procesos que han conducido a la era actual, ha sido rastrear hacia el pasado el momento de aparición de ciertos elementos, aislados, característicos del «patrón NWC» y que supuestamente ya bastaban para definirla.

Tal como hemos expuesto en la Introducción y se ve en este volumen, las teorías para explicar el despegue del desarrollo de la NWC han sido variadas: desde las que podríamos denominar empíricas-espontáneas, macroeconómicas, microeconómicas, sociales hasta las idealistas. Sin embargo, en muy pocas ocasiones estas teorías han tenido en cuenta dos elementos que nos parecen cruciales para entender el devenir social:

— Primero, la sociedad no sólo afronta la necesidad de supervivencia (de producir alimentos y todo lo necesario para la supervivencia) sino que para producir deben existir human@s que previamente se han reproducido. Por lo tanto es esencial entender y partir de que las sociedades están formadas por hombres y mujeres. Estas dos clases de humanos tienen una posición de partida diferencial en la reproducción, que es modelada social e históricamente. Para producir debemos contar primero con una fuerza de trabajo que se construye a sí misma mediante relaciones «sociales» de reproducción, que en modo alguno son relaciones «naturales».[6] Las relaciones y las normas que las sociedades establecen para su reproducción (tanto biológica como la socialización de individuos y la propia reproducción de la organización social) no son una realidad natural, fija e inamovible, sino que se han ido transmitiendo, desarrollando y cambiando, «calibrándose» para mejorar la eficacia del control social. Las formas de relaciones sociales de reproducción que se han ido «produciendo» han tenido y tienen un efecto indudable sobre la capacidad de organización de la producción de los elementos necesarios para la supervivencia (alimentos, instrumentos y utensilios), y un impacto determinado sobre los objetos de trabajo (es decir sobre el medio del que se extraen los materiales necesarios). En definitiva la capacidad de producir está en función de la organización social de la reproducción (Estévez, 1979).

— Segundo, la influencia de la teoría de sistemas y la estadística clásica han estimulado modelos en los que un factor conduce a otro, en los que se dibujan unas flechas que unen causa y efecto. Aunque en algunos casos se diseñen efectos de retroalimentación o se utilicen ecuaciones logísticas y diferenciales, acaban siendo esquemas «planos». En otro trabajo (Estévez, 2005) hemos expuesto que en el desarrollo de las sociedades no se puede pensar en un solo factor sino en una coincidencia de factores y frecuencias, en un efecto de retroalimentación que desencadena saltos de estado (un comportamiento no lineal sino cuántico). Las consecuencias de estas causas se correlacionan con sus efectos que, a su vez, adquieren la categoría de nuevas causas. Los cambios no tienen por qué ser

[6] M. Harris y E. Ross escriben (1991: 45) quizás de manera un tanto ruda que «La idea de que durante la Prehistoria las poblaciones recolectoras humanas estaban reguladas únicamente por tasas 'naturales' de natalidad y mortalidad pertenece al basurero intelectual».

paulatinos sino que pueden ser abruptos. Para ello requieren una fuerza causal desencadenante, lo que se ha llamado un disparador, un amplificador/globalizador, y una fuente de persistencia (de movimiento continuado). Los cambios pequeños, a veces difíciles de detectar, pueden por encima de un determinado dintel forzar las condiciones generales produciendo un cambio que está por encima del efecto esperado. Una pequeña causa detonante provoca un cambio de estado muy por encima de lo previsible a partir de su reducida magnitud.

Es pues interesante distinguir primero entre «casualidad y causalidad», y dentro de esta última entre «causa dominante» (la que promueve el cambio en última instancia), «causa determinante» (que dirige y singulariza el cambio) y el «factor desencadenante» (que puede incluso no tener relación directa causal con las anteriores). Lo que en un momento puede ser una causa dominante puede pasar en otro momento o en otra escala temporal a transformarse en un factor desencadenante. La interacción de diferentes escalas temporales y la jerarquización de causas son básicas para comprender este tipo de dinámicas en las que interactúan diferentes cambios bruscos y fenómenos con diferente «longitud de onda».

A todo este diseño se le debería añadir el concepto dialéctico de «unidad de contrarios», para entender las relaciones dinámicas entre producción y reproducción (Estévez, 1979; Argelés *et al.*, 1995).

Existe finalmente una cuestión crucial en el panorama general de las historias de los extremos de la costa Pacífica. Desde nuestra óptica los ensayos de formulación de hipótesis o tesis más o menos «sostenibles» deben ser sometidos, como nuestra propia propuesta que expondremos a continuación, a una verificación estrictamente arqueológica y no a una búsqueda de ejemplos arqueológicos que muchas veces son ambiguos y se pueden emplear para demostrar tesis diferentes. Deben desarrollarse, comprobarse y aplicarse otros conceptos instrumentales teórico-metodológicos y prácticos distintos en mayor o menor grado a los habitualmente usados (que como se ha visto en la Introducción y en los capítulos precedentes son incapaces de desechar de manera completa unas hipótesis frente a otras).

En todo esto la situación no es demasiado distinta en Tierra del Fuego o la NWC. Ambas regiones presentan muchos elementos en común respecto a la construcción de teoría general acerca de las sociedades que aparentemente, en principio, no controlaban la reproducción de sus recursos alimentarios fundamentales. Existen en efecto una serie de contradicciones internas en los datos y en las teorías, y por descontado una falta de verificación práctica: un ejemplo sería el tema que hemos comentado de la sincronización de las unidades de ocupación. Las evidencias arqueológicas han sido interpretadas tanto en la NWC como en TdF a partir de la extrapolación de informaciones etnográficas «resumidas». Así en el caso de los sitios que presentan muchas concavidades en la superficie del terreno, la Etnografía ha hecho que la interpretación arqueológica se haga en sentidos opuestos: en la NWC se ha supuesto normalmente que los relieves observables corresponden a viviendas que son contemporáneas y por tanto son evidencia de los grandes poblados invernales descritos. En el otro caso, en TdF, las concavidades se han interpretado como un palimpsesto de cabañas ocupadas en momentos distintos. Estas ocupaciones se han supuesto cortas y correspondientes a cabañas aisladas y a visitas sucesivas porque las fuentes etnográficas hablan de ocupaciones breves por parte de unidades familiares que construyen cada vez su cabaña o que simplemente reconstruyen someramente una cabaña ya existente cuando, en sus desplazamientos, van a parar a algún sitio donde ellas u otras familias habían dejado en pie la infraestructura de una ocupación previa.

Aunque es posible que el registro arqueológico responda a las descripciones modernas, en ninguno de los dos casos ha sido probada la sincronía o diacronía estricta de las estructuras detectadas. El único sitio donde esto ha podido ser dilucidado de manera más

aproximada es *Ozette* ya que sus casas, que han sido excavadas, fueron sepultadas sincrónicamente por un deslizamiento de tierras (Samuels, 1989, 1991b, 2006).

Los poblados de la NWC de la época de contacto no eran en un sentido estricto permanentes ni corresponden a un patrón sedentario sino que reflejaban un nomadismo estacional: concentraciones estacionales —invernales— en un poblado de ubicación fija en el que se reunía un cierto número de *households* de tamaño variable en casas que se reconstruían sobre una estructura fija (ver la discusión en Angelbeck en este volumen) y dispersión en las otras épocas del año.

En TdF se podría haber interpretado arqueológicamente el yacimiento *Túnel VII* como una ocupación permanente, ya que hay indicadores de ocupación en todas las estaciones del año. En efecto, la estacionalidad (repetida o recurrente) de los sitios arqueológicos es difícil de establecer a menos que se extraigan unidades muy finas, se realice un análisis micromorfológico intensivo y que estos análisis permitan finalmente aislar episodios de desocupación, que permitan a su vez conocer la secuenciación y estacionalidad de los depósitos. La excavación de *Túnel VII* consiguió demostrar la dinámica de un patrón de ocupaciones cortas repetidas en estaciones distintas sucesivas (Estévez y Vila, 2006), lo cual finalmente era coherente con la información etnográfica, pero que no descarta aún la posibilidad de un poblado, con otras cabañas sincrónicas.

Existen suficientes elementos contradictorios entre las informaciones etnográficas y el registro arqueológico en ambas zonas como para justificar la necesidad de alternativas a esas imágenes y registros. Es necesario generar una nueva imagen crítica de los procesos de época etnográfica y buscar interpretaciones arqueológicas de la prehistoria mejor contrastadas. Para ello hay que replantear la generación de datos en Arqueología para conseguir la verificación práctica de una teoría general explicativa cada vez más coherente (Estévez y Vila, 1995; Vila, 2006, e.p.).

Unas premisas básicas

Como se desprende de nuestro posicionamiento inicial, el problema de las teorías explicativas (dejando al margen las que son puramente expositivas que sólo tratan de secuenciar diferentes elementos del registro) que hemos visto en la Introducción ha sido dar prioridad y protagonismo exclusivo a uno u otro polo, el económico de las estrategias de organización de la subsistencia o adaptativas o el de las estrategias de organización social, sin percatarse de que se trata de una sola y misma realidad dialéctica (una unidad de contrarios) en la cual a veces domina uno y determina el otro polo o viceversa.

A. Martindale (1999) pone otro toque de atención ante los intentos de explicación generales. Su tesis central es que, a pesar de la proposición de explicaciones rivales, estos modelos son más complementarios que contradictorios. Un corolario de esta tesis es que la NWC no representa una única trayectoria cultural, sino que se pueden identificar múltiples líneas de influencia. Sugiere que la rica base de datos etnográfica que existe para las culturas de esas costas ha creado una teleología en la que las sociedades post-contacto son el objetivo de las reconstrucciones arqueológicas. Opina que aunque la trayectoria entera de desarrollo muestra alguna continuidad, hay patrones significativos que no son explicables por medio de una explicación evolutiva unificada del desarrollo de la complejidad social. La complejidad social debería ser definida en conceptos separados de intensificación económica y asimetría social, y argumenta que la secuencia de la NWC demuestra que estos elementos se originan y operan independientemente.

Estaríamos de acuerdo en parte con esta crítica y, aunque pensamos que efectivamente una no deriva «inevitablemente» de la otra, consideramos sin embargo que la economía (entendida en un sentido restringido como la organización de las personas para producción de bienes) forma una unidad con la organización social (entendida como las relaciones que se establecen entre las personas para reproducirse y reproducir la sociedad, y en este caso éstas son asimétricas e incluyen tanto las relaciones de clase «verticales» como las «horizontales» —entre sexos—). Por tanto es a partir de este posicionamiento que hemos de entender cómo opera esa unidad en el desarrollo de las sociedades. Como hemos dicho antes, para nosotros el elemento dominante en las sociedades CR de estos momentos del Holoceno no es ya la producción sino la reproducción del sistema, y por tanto las diferencias de ambiente juegan un papel determinante sólo en última instancia.

No se podría entender el desarrollo de la NWC sin el salmón, el pez candela, el arenque o el halibut. Está claro que una biomasa como la de la NWC permite la existencia de una población humana numerosa «si» explota esos recursos «adecuadamente».[7]

Los ríos del Pacífico meridional chileno (el mayor, el Palena, tiene 240 km de recorrido y 819 m^3/s de caudal) son de corto recorrido y menor caudal y no tienen ni comparación con los de la NWC (el Columbia mide 2.000 km con un caudal de 7.500 m^3 a 300 km de la desembocadura, el Fraser con sus 1.370 km y 3.475 m^3, el Skeena 570 km y 2.157 m^3 o el Nass con 380 km 770 m^3). En Tierra del Fuego, el Olivia (su cuenca es de apenas 140 km^2), el Lapataia, el Remolino, el Cambaceres o el Varela son ríos de muy corto recorrido y caudal variable, y sin embargo hay una gran concentración de negativos de cabañas en su desembocadura, cuya apariencia podría ser explicada (como en Ocampo y Rivas, 2006) igual que se hace en la NWC como resultado de la existencia de grandes poblados con centenares de personas (a falta en ambas zonas, como hemos dicho, de verificación arqueológica estricta sobre la sincronía de las estructuras).

A pesar de la diferencia que supone la gran cantidad de biomasa que sube regularmente por los ríos, ésta no explica por si sola el desarrollo de la NWC. La pesca del salmón está documentada desde los yacimientos costeros más antiguos como *Namu* (hacia el 7.000AP) sin que existan pruebas inequívocas de una organización social semejante a la de la época de contacto ni tan sólo de conservación del salmón.

Lo importante no es lo que se come o produce. De hecho se puede cazar el salmón con garras y dientes y tendríamos una población de super-predadores como los osos, se puede pescar con anzuelo y arpón y tendríamos una población humana no demasiado distinta a la de Tierra del Fuego, y como de hecho la de la fase St. Mungo, o se puede pescar con grandes trampas y sistemas de pesca masivos y tendríamos la población que se documentaba a la llegada de los europeos, o finalmente se puede pescar industrialmente como hicieron las factorías anglo-canadienses.[8] Sin embargo esas diferentes maneras de obtener el recurso tienen implicaciones muy importantes a nivel de la organización social: sólo es posible un sistema como el que habían desarrollado las comunidades aborígenes de la NWC a condición de tener una importante concentración de fuerza de trabajo temporera especializada en la limpieza y en el procesado del pescado para su conservación. Pero además, dada la irregularidad de las migraciones salmoneras, se requiere también el

[7] No es posible mantener unos poblados Kung en el desierto del Namib como los de las desembocaduras del Fraser o del Skeena. Pero sin embargo fue posible construir una ciudad como Tombuctú junto al desierto del Sahara en base a un sistema económico centrado en las rutas de comercio trans-saharianas.

[8] Tanto los osos como los grupos aborígenes de la NWC hasta la época del contacto podrían dejar una señal arqueozoológica semejante a nivel de composición del conjunto de especies, que sólo un análisis de los caracteres tafonómicos puede discriminar fácilmente.

desarrollo de sistemas sociales de compensación y homogenización de la distribución. No puede darse por supuesto e inevitable un desarrollo social previo que por sí mismo impulsase espontáneamente esa intensificación de los sistemas de producción y la organización de la inversión de fuerza de trabajo que requiere.

Además, como remarcan repetidamente muchos autores, la NWC es muy extensa y variada en cuanto a la oferta de recursos y no toda la NWC basó su subsistencia en la pesca masiva y la conserva de salmones, porque no en toda la NWC se dan estos animales en cantidades suficientes. Así pues, debemos pensar en un sistema homeostático que redistribuye y compensa la abundancia puntual de recursos a gran escala. Ya hemos dicho en la Introducción que no creemos en la estanqueidad o la existencia de fronteras en las agrupaciones humanas nativas de la NWC. Por tanto aunque en las distintas regiones debieron enfrentar problemas y aprovechar ofertas distintas hubo ósmosis y los desarrollos en una zona afectaron desarrollos paralelos en las zonas colindantes.

Una gente móvil podría haber ido compensando las irregularidades de la oferta ambiental. Por tanto la hipótesis de las canoas como responsables parciales de la sedentarización es interesante (Blake en este volumen), pero de nuevo no es una explicación suficiente para la concentración de gente y la semi-sedentarización en la NWC. Los costes de acabar con los recursos locales forzarían a travesías demasiado frecuentes y cada vez mas largas si no existiese una concentración de recursos que la gente, además, conservaba y hacía acumulables. La prueba son nuevamente las agrupaciones canoeras fueguinas de época etnográfica. Constituidas por pequeños grupos reproductivos familiares se movían con mucha frecuencia cuando la leña o los bancos de moluscos estaban agotados. Hemos de repensar el proceso histórico, porque canoas están documentadas desde muy antiguo y en los dos extremos geográficos, pero no así la concentración de gente en poblados semi-sedentarios.

Las explicaciones estrictamente ecológicas y adaptativas no son una explicación suficiente. No explican por qué la gente de la NWC desarrolló los sistemas de conserva y no se quedaron en cambio con una explotación estable de moluscos complementados con la pesca y la caza de mamíferos marinos y algunos terrestres tal como hicieron las gentes fueguinas.

Se puede considerar por lo tanto que el crecimiento de la población gracias a la variedad de recursos y a la existencia de moluscos de fácil recolección y la masiva presencia de pescado estacional fueron las condiciones «dominantes» previamente existentes, pero la organización social del trabajo y de la reproducción de la mano de obra así como los sistemas sociales de redistribución fueron las condiciones «necesarias» que determinaron el desarrollo que se dio por ejemplo en la zona del golfo de Georgia a partir de la fase Marpole. Faltaría saber cual o cuales fueron los detonantes, o qué coincidencia de elementos produjeron el espectacular y rápido desarrollo a partir de la fase Locarno previa a la de Marpole. Tenemos indicios que apuntan hacia una serie de factores: el cambio en los recursos fuelle imprescindibles para el invierno, en concreto la baja en la recogida de mejillones sea provocada sólo por agotamiento debido a la sobre-explotación o detonada por cambios en las condiciones abióticas (el clima o estabilización de las líneas de costa y la sedimentación con arena de los deltas), y la aplicación de sistemas de pesca masiva junto con la implementación del almacenamiento (el modelo Croes y Hackenberger 1988; Croes, 1992 o Matson este volumen).[9]

[9] Sea porque este proceso se desarrolló en la costa o, como nos parece más probable (también Burley, 1980), en el interior donde el salmón era más fácilmente explotable y donde habría sido mas imprescindible su conservación para pasar el invierno, y esa práctica se extendiera a la costa en el momento de crisis.

Lo que parece bastante probable es la sincronización del fenómeno a lo largo de toda la costa y la rápida extensión o expansión de la población, con un claro incremento de evidencias de nuevos asentamientos por ejemplo desde las islas del Golfo de Georgia hasta el sur de Alaska. Esta expansión no habría sido posible sin una intensificación en la explotación de los recursos. Ahora bien, intensificación la entendemos en este caso como la extracción de una mayor cantidad de recursos. Esta puede gestionarse o bien a través de un aumento de eficiencia (por una mejor tecnología —las trampas de salmón, por ejemplo— o a través de una mejor organización de los procesos de producción) o bien incrementando la fuerza de trabajo invertida (y esto se podría haber realizado repartiendo equitativamente o alternativamente de forma desigual la mayor inversión de esfuerzo).

Dos apriorismos (no conscientes) sobre las relaciones hombres-mujeres

La discriminación de las mujeres

Si lo que pretendemos es explicar el proceso histórico que acabó en las sociedades nativas del momento del contacto con europeos, el primer objetivo sería generar una imagen crítica de estas sociedades de los primeros contactos más ajustada a la realidad. La experiencia de Tierra del Fuego nos ha dejado bien claro que uno de los sesgos más graves para conseguir esa imagen es el androcentrismo de las etnografías del siglo XIX. Este es un rasgo común en los dos casos, TdF y NWC: básicamente fueron hombres los que las escribieron, con informantes también predominantemente masculinos, enfocando los estudios en ese sentido de la misma manera, y alcanzando por ello resultados muy homogéneos incluso en sus diferencias. No existe información directa de mujeres sobre su situación y en ese sentido, en la práctica, poco importa el hecho que la información procediera prioritariamente de informantes masculinos o no. En el caso de M.Gusinde en TdF por ejemplo, muchas de las informaciones proceden de Nelly, la mujer de un hijo de misionero, pero ni a él le preocupa esta cuestión, ni a ella explicarle mucho al respecto. En suma, el registro existente muestra enseguida la subjetividad de las descripciones generales sobre la relación entre los hombres y mujeres en la sociedad y este sesgo queda claramente al descubierto en cualquier análisis libre de prejuicios de la información etnográfica y de los comentarios que se vierten al margen.

Lo que hacen algunos de los primeros antropólogos y viajeros varios que describieron la vida cotidiana de esas sociedades «extrañas» es comentar lo mal que se trataba en general a las mujeres, física y socialmente. Todas las descripciones etnográficas se refieren a «momentos» puntuales más o menos largos de la historia de esas sociedades y pocas pretenden buscar causas a estas situaciones en la propia historia anterior de esas mismas sociedades. Quizás por ello muchas de esas situaciones de desigualdad y presunta complementariedad laboral se solían justificar recurriendo a una inmutable biología que hacía a las mujeres más dispuestas a según que sentimientos e incapaces de según que trabajos. Aunque algunos autores llegan a reconocer que la diferencia fue aprovechada en detrimento de las mujeres, ambas sociedades, la nativa americana y la euro-americana, compartían la posición secundaria y subordinada de la mujer y en consecuencia universalizan y naturalizan esa situación. Así, no preocupó demasiado explicar esa realidad porque esas situaciones sólo eran matices o grados de una diferencia biológica-natural, que en aquellas sociedades se encontraba casi en estado puro.

Después otr@s antropólog@s más modernos, menos conformistas, pero tal vez con cierto deje de romanticismo en su visión de las sociedades «no industriales», nos han explicado que en realidad ambos sexos se complementaban, se querían y eran fundamentalmente buenos y que cada cual hacía «lo suyo». Y más modernamente se habla, normalmente a partir de informantes ya actuales, del poder oculto de las mujeres, un presunto poder paralelo junto con una vida también paralela que los informantes hombres habrían desconocido o las mujeres habrían escondido a los etnógrafos y a sus informantes masculinos. Es decir que «aunque no lo sabemos» las mujeres «eran» mas libres y estaban mucho mejor que las «civilizadas» —(como si siempre fuera cuestión de dualidades o confrontación de situaciones «mujer nativa/mujer capitalista» (Fiske, 1881)—. En realidad no se trata de comparar entre mujeres de distintas sociedades sino entre las relaciones «hombre/mujer» de cada sociedad y en todo caso, si fuera posible hacerlo, en base a un índice objetivo de esa relación entre los dos sexos que pudiera ser luego comparado de una sociedad a otra.

En suma, la diferencia/discriminación/no equivalencia social entre mujeres y hombres no ha sido considerada un problema histórico, se da por supuesto que siempre ha sido así y que no hubo un momento original —producto social concreto— que merezca que averigüemos sus causas. La reproducción, entendida muchas veces de manera restrictiva sólo como embarazo y parto, ha sido asumida como natural, igual que lo sería la necesidad de alimentos (aunque en cambio sí se considera que la forma de conseguir alimentos —las estrategias subsistenciales— está en la base de la explicación del cambio histórico). Así, al considerar la reproducción como un hecho natural, su relación con la subsistencia no es considerada social ni causa primera de un tipo de sociedad concreta. Por eso la división sexual del trabajo no ha merecido mas atención que una pura descripción, con algunas excepciones procedentes básicamente del campo antropológico y del feminismo y de la antropología del género (por ejemplo, Amorós, 1985; Balme y Beck, 1995; Bertelsen *et al.*, 1987; Falcón, 1981; Kuhn y Stiner, 2006; Mathieu, 1985).

Nosotr@s partimos de que las sociedades humanas se construyen entre hombres y mujeres en relaciones especificas históricas que pueden conformar sociedades distintas, y de que las sociedades humanas son por definición «no naturales». Ninguna sociedad estudiada por la etnografía era primitiva y mucho menos prehistórica. En el punto concreto de la historia en que vemos a esas sociedades CR, tienen relaciones que provienen de largas trayectorias históricas a lo largo de las cuales mujeres y hombres, originalmente distintos en relación a la reproducción biológica, habían procurado sobrevivir con los recursos que sus conocimientos reconocían, con las técnicas que habían ido desarrollando y con la experiencia de organización acumulada durante miles de años. Esas relaciones entre mujeres y hombres para reproducirse produciendo estaban históricamente determinadas, conformándose a lo largo de crisis, desajustes y cambios. La diferente distribución de tareas en una y otra sociedad demuestra que el sexo no excluye un determinado trabajo; y lo elaborado de algunas relaciones llamadas de parentesco y determinadas actividades o prohibiciones sociales reflejan que las relaciones de reproducción no son un producto directo de un presunto instinto.

Frecuentemente se ha simplificado la división sexual del trabajo diciendo, por ejemplo, «los hombre cazaban y pescaban mientras que las mujeres recolectaban alimentos vegetales o mariscos intermareales». Evidentemente, el especificar sólo los procesos de captación de alimentos puede en algunos casos hacer que parezca que existe una igualdad o complementariedad.

Así puede explicarse que en el caso de TdF se de por sobre-entendido el igualitarismo de aquella sociedad simple, mientras que en la NWC sólo se enfatice la desigualdad de clases por la extraña existencia de esclavismo en una sociedad cazadora-recolectora.

Sin embargo la desigualdad entre hombres y mujeres queda completamente en evidencia sólo con que a los trabajos de extracción les añadamos los de preparación del alimento (en el caso de la NWC, precisamente el de limpieza y secado del salmón a cargo de las mujeres, la extracción del aceite del pez candela, la elaboración de las mezclas de aceites y bayas...). Aún quedaría mas patente si añadimos todas las tareas de elaboración de utensilios varios de materias primas animales y vegetales, además de las tareas de mantenimiento, y todavía más si no obviamos «por supuestas» todas las tareas vinculadas con la reproducción biológica y social.

Cualquier ejemplo valida la diferencia de trabajo invertido por los dos sexos y por tanto el valor diferencial de lo aportado: según Hill-Tout (1978a), las mujeres siciatl debían preparar toda la comida almacenable, confeccionar los innumerables elementos cotidianos de fibras vegetales (lo que requería una inversión extraordinaria de esfuerzo desde la obtención de la materia prima y su elaboración hasta su trenzado, tejido y acabado final) y por supuesto procesaban el pescado que era la tarea dentro de ese proceso de producción de alimentos que requería mayor esfuerzo.

La minoración de la aportación femenina tal como expone Moss (1993) propia de la estructuración original de las relaciones entre hombres y mujeres de las sociedades nativas de la NWC, se transmite sin cuestionamiento a las interpretaciones arqueológicas. Y así, la importancia trascendental de la recolección de moluscos, tarea predominantemente femenina por ejemplo entre Tinglits, era subjetivamente negada y rebajada en la consideración social nativa y también ahora en la evaluación paleo-económica arqueológica.

Para contrarrestar el peso de la evidencia de la existencia de discriminación alguien podría aducir la existencia de alguna mujer «principal» como prueba de la inexistencia de tal discriminación por motivos de sexo (Fiske, 1881). Esta excusa para negar la inequivalencia hombres-mujeres recurre a remarcar que hay alguna descripción en las que se da cuenta de que el poder pasó a la hija del jefe. Hay pocas dudas que en la época del contacto europeo existía una división horizontal en las sociedades de la NWC, pero una «princesa» no era equivalente a «un príncipe heredero»,[10] como pudieron notar ya los primeros navegantes españoles en sus relaciones con Macquina. También de nuevo en Hill-Tout encontramos otro ejemplo, cuando nos reproduce las genealogías siciatl. Cuando un jefe se queda sin hijos pasa la importancia política a su hija, que al casarse se la pasa inmediatamente a su marido (Hill-Tout, 1978a: 97).

Otra excusa para minorizar la existencia de discriminación es destacar que también existían mujeres con «poderes sobrenaturales» y por ello con mayor relevancia política. Pero incluso en estos casos hay una inferioridad de dichas mujeres sobresalientes. Por ejemplo entre hablantes salish se indica la existencia de tres tipos de shamanes: los doctores que curan enfermedades, los videntes y «las brujas». Las mujeres sólo podían pertenecer a este último tipo (Hill-Tout, 1978a: 100), a las que las leyendas no dejan precisamente bien paradas. También en Boas leemos: «hay dos clases de conjuradores o shamanes, la más alta es la de Squnä'am, la inferior la si'oua. La si'oua es generalmente una mujer»[11] (Boas, 1891: 580).

Es en los contenidos de los relatos de leyendas, creencias y cuentos morales donde se percibe perfectamente el constructo ideológico que justificaba esa desigualdad. Entre

[10] Del mismo modo que existen esas dos categorías en Arabia Saudita pero nadie puede negar que en ese país existe una terrible discriminación contra las mujeres.

[11] «There are two classes of conjurers or shaman, the higher order being that of the Squnä'am, the lower that of the si'oua. The si'oua is generally a woman».

los 22 mitos de TdF que Gusinde clasificó como «explicativos» destacan las conductas inadecuadas de la mujer. En cambio, no aparecen entre los mitos aludidos censuras comparables por la actitud de los hombres. Existen relatos en los que se destacan las habilidades de los hombres asociados a la producción, mientras que sólo hay relatos sobre mujeres en los que se las censura por no cumplir con sus trabajos adecuadamente. No se recoge ninguna excepción al respecto. La valorización social de lo producido se articula diferenciada sexualmente en la sociedad yámana. El adulterio femenino es la otra conducta fundamental a castigar. Una mujer debe convertirse en sujeto reproductor adscrito a una célula bajo dominio del varón. Esta articulación de las relaciones sociales es la que caracteriza a la sociedad yámana, organizada en parejas de hombre-mujer orientadas a la reproducción, con diferente valorización de unos y otras (Barceló *et al.*, 1994).

Igual que en TdF, también en el registro histórico y etnográfico de la NWC existen suficientes datos objetivos así como indicios indirectos que se detectan fácilmente, y descripciones que dejan bien palpable, incluso sin pretenderlo (por la propia inconsciencia o alienación del/de la informante), la existencia de tales relaciones de desigualdad, y más allá el grado de discriminación y de poder de sometimiento ejercido por los hombres sobre las mujeres. Incluso los españoles en Nootka que no percibieron claramente el sistema de clases (no ven claro que exista un jefe indiscutible y continuado), sí sospecharon que ciertas mujeres eran oprimidas y violentadas y sí se percatan de una clara desigualdad en el valor y el rol político de hombres y mujeres. Los datos de los españoles sobre la «prestación» de mujeres o la venta sobretodo de niñas (Monge y Olmo, 1991), los datos de los cautivos europeos (Jewitt, 1987) y finalmente muchas descripciones etnográficas abundan en este tema.

La no-equivalencia es evidente en los rituales de pubertad, verdadera puesta en escena institucional de la desigual división sexual de los roles. Aunque hay una gran variabilidad entre todos los de las diferentes agrupaciones, en general en todos se instruye a los hombre en la caza (en el esfuerzo y las privaciones asociados a esa actividad) y a no desear mujeres «ajenas» y a las mujeres, aparte de sus trabajos «propios», en la paciencia, en evitar la codicia y en la sumisión, además de abstenerse de comer la comida más usual (por ejemplo el salmón) en ciertos momentos de su ciclo vital.

Las llamadas historias y leyendas que se transmitían cotidianamente contienen gran cantidad de moralejas sobre el comportamiento considerado «adecuado» y sobre las penas que esperan a mujeres que se desvíen de las normas sociales establecidas (Boas *et al.*, 2002): hay moralejas con castigos para una variada panoplia de posibles acciones: para mujeres que se acuestan con desconocidos, para mujeres que rechazan a pretendientes por su fealdad, raptos de mujeres, venta y prostitución de mujeres para obtener beneficios, mujeres que son condenadas a vivir solas y alimentarse de mejillones, un recurso que habían de recoger ellas y considerado de escaso valor social (Pedraza, 2009).

La reproducción como algo natural

La mayor parte de las explicaciones en TdF y en la NWC se basan en la naturalidad del proceso de reproducción humana. Es la misma «naturaleza sabia» la que en las sociedades CR controlaba que no se tuvieran demasiados hijos mientras el desarrollo tecnológico (no natural) no avanzara, y es la misma naturaleza que después (con el sedentarismo) hace que la descendencia se multiplique o se desboque. Así, siguiendo postulados explicitados a partir de los años sesenta (Birdsell, 1968; Brightman, 1996; Kelly, 1995;

Hassan, 1981; Surovell, 2000; Sussman, 1972...), se argumenta que la oferta ambiental limita la supervivencia al mínimo de la oferta disponible o que las madres recolectoras nómadas no podrían transportar más de dos niñ@s a la vez y por tanto debían espaciar los nacimientos o proceder al infanticidio activo o pasivo, o bien que el amamantamiento prolongado reduce de manera efectiva los embarazos. Pero también plantean (por ejemplo Orquera, 2005) que estos problemas de desplazamiento o de escasez y precariedad de recursos se matizan en el caso de canoeros (ya que disponían de medios de transporte) y por tanto no habrían sido tan acusados permitiendo que no hubiera tanta restricción demográfica y que, por ejemplo, al final del siglo XIX la densidad de población en la región del Canal Beagle fuera sustancialmente más elevada que entre las sociedades CR vecinas de la Patagonia continental.

En el otro extremo se ha sugerido que siempre ha habido un estrés de crecimiento poblacional propio de la fertilidad de la especie humana, lo que ha estimulado a aprovechar inmediatamente los nuevos desarrollos tecnológicos que se fueron produciendo (ver Hayden, 1981 y este volumen). Así también para TdF se ha escrito que la invención de canoas y arpones habría supuesto la rápida expansión de «los canoeros» ya que podían aprovechar de forma más eficiente los recursos propios del litoral y por consiguiente efectuar una colonización exitosa y continuada (Orquera y Piana, 1987, 1999; Piana, 1984).

Los autores citados han argumentado que en poblaciones que se «hicieron» canoeras la estabilidad del ambiente, la gran disponibilidad de alimentos alternativos, la riqueza en proteínas y grasa de la dieta a base de moluscos y mamíferos marinos habrían favorecido la fertilidad de las mujeres y la fecundidad de la población. Pero la fecundidad se reduciría al aproximarse al techo demográfico de la capacidad sustentadora produciéndose por lo tanto una estabilización demográfica (Orquera y Piana, 2005).

Estamos de acuerdo con los diferentes autores que han defendido un crecimiento rápido y alta demografía en que el disponer de la recolección de mejillones como válvula de seguridad para un sistema de explotación de recursos litorales variados proporcionó una estabilidad que permitió un crecimiento inicial muy rápido de la población y el mantenimiento de una densidad de población relativamente elevada.

Sin embargo lo discutible de esas argumentaciones es ese «por supuesto», o naturalidad[12] del control de la fecundidad, que primero habría provocado un aumento incontrolado y después una reducción estabilizadora automática. Un primer problema en este tipo de afirmaciones consiste en que es difícil calcular una presunta «fecundidad natural» en humanas. Se ha especulado tanto sobre una potencialidad de un crecimiento del 3,4 por ciento (Martin, 1973) como de uno del 0,01 por ciento anual (Hassan, 1981). Lo cierto es que las analogías se realizan siempre sobre bases de «fecundidad dirigida» (un producto social e histórico que han desarrollado los diferentes grupos humanos). Por tanto estamos dependiendo siempre de cálculos teóricos sobre fertilidad potencial o fecundidad en función de resultados a posteriori de una combinación histórica de las diferentes variables (la oferta de recursos disponibles —siempre condicionada por la tecnología— y la demanda condicionada históricamente por las relaciones de reproducción establecidas).

Teniendo en cuenta como resultado a posteriori una población de 3.000 personas —que es el número estimado por diferentes viajeros y etnógrafos para la gente yámana— hicimos (Estévez y Gassiot, 2002) un cálculo teórico partiendo una hipotética población

[12] Como lo sería pretender un presunto auto-control natural de la población provocado por muertes por inanición, o invocar una presunta «naturaleza humana» que rechazaría innovaciones o aventuras cuyas ventajas no fueran muy evidentes.

inicial de sólo 30 personas con un remplazo generacional cada 25 años; y calculamos que para llegar a aquella población final, de promedio sólo una de cada más de 27 mujeres pudo tener más de dos hijas que alcanzaran la edad reproductiva. Esta cantidad nos pareció muy reducida respecto a la capacidad posible de reproducción humana (a la fertilidad potencial o a la supuesta fecundidad natural). La continuidad con pocos cambios de unas estrategias productivas sobre los mismos recursos durante más de 6.000 años, hasta la llegada de los europeos en TdF, son una prueba de la existencia de una gestión de las relaciones reproductivas que permitió en este caso un control restrictivo de la reproducción.[13] Una explotación continua de los bancos de moluscos como el mejillón no puede constituir una economía de crecimiento sustentable: en primer lugar porque los moluscos deben ser complementados o ser complemento de otro tipo de alimentos, y en segundo lugar porque tienen una velocidad de remplazo reducida. Por tanto o bien debió existir un estricto control limitante del crecimiento poblacional o bien se llegaría a un colapso de un sistema basado en el mejillón como recurso fuelle.

En ese sentido pues la evidencia de TdF coincide con las conclusiones del modelo de Croes y Hackenberber para la zona de la NWC que hubiera dependido de este tipo de moluscos.

Necesidad de control reproductivo

Como hemos explicado en otro trabajo (Estévez *et al.*, 1998), la división del trabajo en función del sexo, la desigualdad y la discriminación de las mujeres fueron desde nuestra perspectiva la consecuencia de una concreta e histórica gestión de las estrategias reproductivas para controlar la variable demográfica. La fertilidad potencial (por así decirlo, la «fecundabilidad») de la humana moderna hace que, en sociedades cazadoras-recolectoras con una tecnología eficiente como la que se documenta al menos a partir del último glacial máximo, las condiciones de rendimientos decrecientes se plantearan muy rápidamente: la reproducción biológica y social entró en contradicción con la gestión de las estrategias productivas.

Las oscilaciones en la cantidad de población no son una variable natural e independiente. Producción y reproducción constituyen una unidad y por tanto el potencial reproductivo humano presiona sobre el desarrollo de las fuerzas productivas en su conjunto. Eso es fácil de entender ya que la base *a priori* de la capacidad productiva es la fuerza de trabajo (la gente trabajadora), que ha debido ser previamente (re)producida. El potencial reproductivo no sólo estimula o va a remolque del desarrollo de la tecnología y de las estrategias productivas, sino que actúa también sobre las estrategias organizativas de la reproducción (sobre las relaciones sociales entre hombres y mujeres para re-producir la fuerza de trabajo) y así ha intentado ser controlado (en positivo o negativo) mediante

[13] Orquera y Piana (2005) para argumentar un poblamiento inicial muy rápido en la zona magallánico-fueguina recalcularon después, de forma parecida, unas ecuaciones para poblar en 6.000 años el área con las 3.000 personas que habrían encontrado los europeos partiendo de una población inicial de 100 personas. Calcularon un crecimiento teórico de 0,055 por ciento anual. Afirmaban que ese crecimiento, con ser poco, es superior a lo que se ha calculado para otros pueblos CR. Ambos autores calculan que con un crecimiento mínimo de un 0,5 por ciento anual se hubiera llegado a la cifra de 3.000 personas en sólo 680 años. Así, asumen también que muy probablemente hubo al final una reducción de la tasa de crecimiento poblacional que simulan dibujando una curva logística. En definitiva el resultado está implicando igualmente la necesidad de un freno en la reproducción.

estrategias sociales que han organizado la reproducción. Los procesos de reproducción humana dependen en última instancia de la exposición a la fecundación (frecuencia del coito). Esta variable, las relaciones entre sexos, está totalmente integrada y regulada socialmente en todas las sociedades conocidas.[14] El proceso, que integra relaciones sexuales, embarazo, parto y crianza no tiene una forma o mecanismo universal, como sería si fuera un proceso estrictamente biológico natural, sino que está manipulado (mediatizado) socialmente: existen medios de estímulo, regulación o presión, que pueden ir desde la aplicación de la fuerza física a la coacción ideológica, desde lo más simple a lo más sofisticado (Mathieu, 1985; Narotzky, 1995; Brightman, 1996…). Por lo tanto en todo intento de explicación global de cualquier proceso social, como los que nos ocupan en la NWC y TdF, hay que tener en cuenta cómo se articulan esas relaciones de reproducción (la generación de la propia fuerza de trabajo) que son la base a partir de la cual podrá desarrollarse y entenderse cualquier otro tipo de relación.

Se puede decir en consecuencia que, dentro de estos mecanismos, la división del trabajo en función del sexo puede ser utilizada tanto para estimular (generando dependencias) como para restringir la regularidad y frecuencia de las relaciones entre hombres y mujeres. Pero, más allá de influir directamente sobre la fecundabilidad, esta división del trabajo permite separar conceptualmente el producto del trabajo por sexos y por tanto valorizarlos independientemente. En otros escritos (Grup Devara, 2006) hemos argumentado ya cómo se otorga un valor subjetivo diferencial a estos trabajos y a sus productos, cómo esta diferencia de valor se transfiere a sus protagonistas y cómo todo este proceso se convierte en un mecanismo en las sociedades CR para el control de las mujeres para, de este modo, (auto)controlar la producción de hij@s. El control de la reproducción tiene un coste para las mujeres (principal factor reproductivo) y no es un elemento que aquellas sociedades puedan dejar abierto a la iniciativa individual o al arbitrio exclusivo de nadie (al contrario de Hayden, 1981).

Dado el carácter de unidad dialéctica entre los dos elementos (producción/reproducción), no existe un sistema en equilibrio sino unas relaciones de contradicción dialéctica entre producción y reproducción. Estas relaciones entre los dos términos pueden ir desde una contradicción no antagónica, pasando por la irracionalidad en ciertos aspectos (que llevarían al surgimiento del antagonismo dentro de la unidad de contrarios), hasta la completa oposición que desembocaría en el fin del sistema como tal (su paso a otro estadio) o incluso al colapso de la propia sociedad.

En estas sociedades CR, las relaciones que regulan la reproducción dominan sobre las relaciones de producción. Así las relaciones de propiedad (acceso diferencial a los medios de producción como se propone por ejemplo para la NWC) no son más que la expresión jurídica de las relaciones de producción, que están dominadas por las relaciones de reproducción las cuales han generado una determinada fuerza de trabajo (cantidad de gente), elemento base sobre el que se construye la sociedad y se generan las necesidades de producción.

Este dominio de la reproducción sobre el sistema global queda patente en el momento post-contacto en las sociedades de TdF y de la NWC: las sociedades americanas nativas no colapsaron por problemas técnicos o porque no pudieran generar los elementos subsistenciales que necesitaban, sino porque no pudieron hacer frente a las pérdidas de vidas que causó el contacto europeo. Y después, por su inferioridad numérica provocada por la

[14] En realidad podríamos decir que ese carácter social ya está incluso presente en los primates superiores, en los que algunas etólogas han visto unos complejos juegos de relaciones, alianzas sociales... que implican una verdadera organización social de la reproducción más que una relación individual macho/hembra (Haraway, 1989).

menor eficiencia reproductiva («la eficiencia debe buscarse en la relación entre las nuevas vidas integradas constantemente al sistema y el volumen de población que se consigue con ellas», «El determinante principal de la eficiencia reproductiva es la duración de las vidas», MacInnes y Pérez Díaz, 2008) respecto a las mujeres no nativas, las cuales estaban mejor inmunizadas frente a las enfermedades, gozaban de un mayor nivel económico y, consecuentemente, de mejor sanidad además de estar integradas en un sistema ideológico enfocado al estímulo de la reproducción favorecido por políticas concretas.[15]

En la NWC independientemente de la cantidad de población pre-contacto (tema controvertido),[16] las enfermedades y el cambio de vida en general provocaron una debacle entre las poblaciones indígenas que no ha podido ser evaluada en forma unívoca debido a estos problemas. A pesar de ello, la recuperación constatada en la segunda parte del siglo XX demuestra la capacidad real de duplicar la población en pocas generaciones. Como un ejemplo se puede citar que antes de las grandes epidemias podía haber habido más de 20.000 Coast Salish, y al final del siglo XIX eran ya menos de 7.000. En cambio, en 1980 se han recuperado hasta llegar a unos 16.000 (Suttles, 1990a). Lo mismo se puede constatar para Tsimshian: entre 1835 y 1885 quedan menos de la mitad del recuento inicial, pero en 1980 son ya más del doble de ese número mínimo (Halpin y Seguin, 1990a).

Eso sugiere que, por pura matemática, tuvieron que existir también en la NWC estrategias de gestión de la reproducción durante toda la prehistoria.[17] Lo interesante es compararlas con la dinámica yámana de la cual debieron evidentemente diferir a partir de algún momento, ya que con los datos de que se dispone actualmente para la NWC, a la llegada de los europeos había efectivamente mucha más densidad de población que en TdF (a pesar de que ésta ya era alta densidad en relación a otras CR).

Por lo tanto siguiendo con la línea de nuestra propuesta, debemos explicar el desarrollo diferencial de las trayectorias históricas en la NWC y TdF, desde la perspectiva de la contradicción producción/reproducción y de una gestión diferente de la reproducción a lo largo de los dos procesos históricos divergentes.

Los autores que proponen un control natural o automático de la reproducción deberían explicar porqué ese control no habría funcionado de la misma forma en uno u otro lugar. Aquellos otros que propugnan una presión constante de la reproducción sobre el desarrollo tecnológico y consecuentemente sobre la organización social deberían igualmente explicar porqué en la sociedad yámana esa presión no llevó a desarrollar nuevas tecnologías, incluso más allá de lo que se produjo en la NWC donde la conservación del superabundante salmón supuso una posibilidad de cierto estancamiento tecnológico. Las propuestas sobre presuntas pulsiones individuales en el desarrollo económico-social deberían explicar porqué entre las poblaciones fueguinas no se dieron éstas o cómo fueron reprimidas efectivamente.

---

15 La evolución de la población en el noroeste de Oregón en relación a lo que se ha denominado la guerra de Roger River (el único conflicto armado de envergadura cercano a la NWC aparte de la guerra ruso-tinglit y los ataques de la Royal Navy a algunos poblados costeros) es un ejemplo claro: en 1839 la población blanca no superaba el centenar de personas, en 1824 entran las misiones, en 1847 al estallar el conflicto ya eran 4.000 europeos.

16 Kroeber 1939 calcula 0,30-0,75 habitantes/km^3 para el momento previo a la instalación europea (1840-1860) pero esta densidad ya pudo estar afectada por la viruela. Otros datos mas generales de 1803-1805 (a partir de Jewitt, 1815) permiten elevar esa cantidad a 1,5 km^3, casi el doble (Croes y Hackenberger, 1988).

17 A nivel incluso anecdótico, Hill-Tout da una información que ilustra la capacidad reproductiva y la efectividad de estrategias sociales de control de la reproducción, en este caso de la poliginia como medio de control negativo de la fecundidad: un jefe pudo tener hasta cinco hijos con una sola mujer, mientras que otro jefe con nueve mujeres sólo tuvo 10 hijos (Hill-Tout, 1978b: 97).

Propuesta explicativa alternativa: el cambio en la NWC desde la contradicción principal

Está claro que esta estrategia de gestión de la reproducción no produjo en la NWC el mismo efecto final que en Tierra del Fuego a pesar de tener unos puntos de partida que pudieron ser bastante parecidos en cuanto al tiempo y al tipo de recursos explotados inicialmente.

The weir, la trampa del salmón: el punto de inflexión

Tal vez en TdF si *Lancha Packewaia*, de hace 4000AP, representa una crisis, ésta no se resolvió de la misma forma que se resolvió en la NWC unos 500 años después. Como hemos comentado, las investigaciones arqueológicas nos indican repetidamente que en el área del Golfo de Georgia los mejillones dejan de ser hacia 3.500AP el recurso más recolectado a favor de especies de costa arenosa, sea por un cambio ambiental o por sobre-explotación tal como predice el modelo de Croes-Hackenberger y como parece indicar el posible estrés a que están sometidos estos moluscos en sitios como *Hoko River rockshelter* (Croes, 1992: 359). Si la variedad de recursos alternativos y el marisqueo de mejillones habían permitido relajar el control de la reproducción y por tanto hubo una expansión hasta alcanzar tasas de población relativamente altas, la disminución o desaparición de este molusco debió conllevar una crisis importante.

Frente a la sobre-explotación (o a una crisis detonada por factores ambientales) del recurso crítico, existían en la NWC diferentes alternativas intensificando la explotación de toda la panoplia de posibles recursos conocidos:

— Incidir en los moluscos de fondos arenosos habría implicado una inversión mayor de fuerza de trabajo porque son un recurso de menor rendimiento dado el mayor tiempo de trabajo necesario (requiere la recolección de cada ejemplar uno a uno). El cambio pues del mejillón a otro tipo de moluscos de más difícil captación redundaría en mayor carga de trabajo sobre «la parte de la sociedad» que se hiciera cargo de esta recolección, para conseguir una cantidad de producto equivalente.

— Paralelamente a ese cambio también se observa una tendencia hacia un tipo de organización más logística que implica énfasis en otro tipo de recursos (Butler y Campbell, 2004). Implementar la caza de cetáceos o incrementar la de pinnípedos exigía un previo desarrollo técnico necesario para su adquisición y conservación y debieron constituir un recurso limitado en las aguas interiores, donde no eran sobreabundantes o se podían agotar fácilmente, pero era una buena alternativa para las aguas exteriores (Huelsbeck, 1988).

— Incrementar la inversión en la gestión de vegetales en las zonas más adecuadas implicaba más fuerza de trabajo para: limpiar el bosque, desbrozar y cuidar los lugares de crecimiento de bayas, drenar o regar el terreno y proteger la cosecha contra competidores. Probablemente algún ensayo de este tipo es el que estaría documentado en el bajo Fraser, en el yacimiento descubierto al hacer el puente de Golden Ears en el que se hallaron indicios de tratamiento de la tierra junto a restos de palos cavadores para la horticultura de wapato datados en 3.600AP (Homan, 2008). No hay que olvidar que también existe un consenso sobre el cultivo (como mínimo) de tabaco en época precontacto. Pero se pudo

haber cultivado wapato, bellotas, salal, Perideridia, *Camassia,* Potentilla anserina y palustris, Trifolium wormskjoldii... (Deur y Turner, 2005 y Lepofsky y Lyons, 2003).[18]

— Desarrollar más la pesca era otra buena solución: peces de gran tamaño o en grandes bancos (migradores como el halibut*,* arenques, anádromos como el pez candela y los salmones, el bacalao del Pacífico...) ya se estaban consumiendo, eran uno de los recursos conocidos. Se disponía de la experiencia y técnicas necesarias para su extracción masiva: en *Glenrose Wet Site* (DgRr6) en BC se han datado 4 estacas de entre 5.300 y 4.420 cal AP. que se han interpretado —no sin discusión— como las trampas de captura de salmón más antiguas (Eldridge y Acheson, 1992). Pero las trampas documentadas se multiplican a partir de 3.500AP: en *Exchange Cove* hay otra datada en 3.450 cal AP y también aparecen en el sur de Alaska al menos hacia 3.200AP (Erlandson y Moss, 1999). El pescado tenía la ventaja de ser difícilmente sobre-explotable, en principio, con la tecnología existente.

Sistemas de pesca o acuicultura intensivos pudieron irse desarrollando paralelamente: estanques de mariscos, manipulación de las puestas de pescado - traslado de las huevas, construcción de «ponederos» para peces...[19]

Con muy poco incremento del trabajo extractivo (en principio el reservado a los hombres, según la división sexual del trabajo etnográfica) se podía multiplicar el pescado capturado. Además en un principio se percibiría que la pesca del salmón o de otros peces con la tecnología disponible no estaba sujeta a la misma contradicción principal que la recolección de moluscos (la que había llevado seguramente a una desvalorización del trabajo femenino como mecanismo de control del aumento de la población). Por el contrario, sería percibido fácilmente que a más inversión de trabajo más producto se obtenía. Así pues el control restrictivo de la reproducción pudo relajarse, ya que cuanta más mano de obra más producto potencial se podía obtener. Esta revalorización de la producción de seres humanos sin embargo no tuvo un correlato en la revalorización de sus productoras, no significó necesariamente una liberación para las mujeres sino todo lo contrario, un incremento del esfuerzo laboral y del reproductivo, de la presión y la sumisión previamente existentes.

Otro elemento a tener en cuenta respecto al salmón o a los peces anádromos era la enorme variabilidad en cuanto a la cantidad disponible a lo largo del año. Así un énfasis en el salmón pescado en primavera/verano/otoño exigiría al principio una dispersión hacia los mejores lugares de pesca, y también una dispersión en invierno hacia los lugares con recursos complementarios, como los bancos de almejas, alternativos al mejillón. Aprovechar el potencial de la sobreabundancia puntual del salmón, incluyendo un consumo pospuesto que pueda suplir la falta de mejillones como comida de invierno (según el modelo Hoko River), requiere dos cosas: la concentración de mano de obra en momentos y sitios muy concretos para procesar lo pescado, y el implemento de las necesarias técnicas de conservación y almacenamiento.[20]

---

18 En la actualidad hay iniciativas para re-evaluar estas prácticas hortícolas (ver Deur y Turner, 2005 y también Grier en este volumen) o de jardinería de bayas, que encajan bien con la familiaridad con que la población empezó a cultivar intensivamente las patatas para intercambiar con los europeos, y con los relatos recogidos por Boas en que se explica cómo cultivar (ver la Introducción). Si se comprobasen ese tipo de prácticas habría que analizar su alcance y el porque no dejaron un registro etnográfico equivalente a su importancia: re-dirección o escasez de la fuerza de trabajo femenina por el contacto europeo, sesgo androcéntrico, olvido intencional...

19 Corrales de pesca al estilo de los de la NWC estarían documentados también en la costa sur pacífica (Munita *et al.*, 2004)

20 Es interesante ver cómo una vez se desarrollaron las técnicas de el almacenamiento, los poblados, en los que se reagrupa la gente una vez asegurado el procesado del pescado, no están precisamente en los sitios mejores para la pesca tradicional sino en las costas con buenas oportunidades de marisqueo o alternativa-

Según la división del trabajo establecida en toda la literatura etnográfica (De Laguna, 1964; Boas *et al.*, 2002; Kennedy y Bouchard, 1983; Krause, 1956; Suttles y Maud, 1987; Barnett, 1955; Garfield, 1966; Stewart, 1982, etc.), aceptada por toda la arqueológica (Morin, 2004) e imbricada en las leyendas recogidas por Boas (Boas *et al.*, 2002), la captura del salmón corría a cargo de los hombres, mientras que el procesado (limpieza, conservación y almacenamiento) fue trabajo de mujeres. En definitiva, el cambio de énfasis en los recursos alimentarios estaría señalando otra fuente de incremento notable del trabajo a cargo de las mujeres (lo que no necesariamente debe comportar un aumento correlativo del prestigio de las trabajadoras, sino que puede resolverse incluso en la dirección opuesta).

Varios autores han señalado ya (Schalk, 1977) que en la explotación masiva del salmón el problema es cómo procesar la gran cantidad de pescado potencialmente extraíble con técnicas masivas de pesca pasivas o activas, especialmente porque el periodo de subida por el río es muy corto y por lo tanto se requiere un gran input de energía muy concentrado en el tiempo. Los diferentes cálculos y estimaciones de cual debía ser ese esfuerzo pueden variar mucho, teniendo en cuenta que hay cinco especies de salmón, que pesan desde los 6,8 kg hasta 1 kg de media, y que no es lo mismo limpiar un pescado grande que 6 pequeños.

Podemos proponer un cálculo como ejemplo tomando los datos de requerimientos dietarios y una dependencia exclusiva en salmón (en Morin 2004 y Martindale 2006a). Considerando que un salmón mediano pesa 10 libras con 1.000 cal/libra y que el consumo calórico medio es de 2.500 cal/dia por persona, resultaría un consumo de 1 salmón diario por cada cuatro personas. Contando que una de esas cuatro personas fuese una mujer disponible para desarrollar exclusivamente un trabajo de limpieza, debería procesar la cantidad necesaria para todo el año en menos de siete días. Eso quiere decir un mínimo de 365/7=52 salmones diarios, lo que supone 52 salmones/8horas diarias= 6 salmones por hora por trabajadora (finalmente implica un salmón mediano cada diez minutos, sin parar). Con ello estaría proporcionando comida para un consumo de 400 kilos de pescado por persona e implicaría para cada trabajadora procesar entre medio millar a varios miles de pescados anualmente.[21]

Aunque esas cifras puedan bailar según las diferentes variables (Romanoff, 1992; Martindale, 2006; Morin, 2004) que empleemos, está claro que el número de trabajadoras es el factor limitante más importante si se dispone de una técnica de extracción masiva con dispositivos de pesca como redes y trampas fijas, porque el primer procesado debe hacerse además con rapidez sobre el pescado fresco. La demanda de trabajo femenino se incrementa mucho más aún si tenemos en cuenta que implicaba también el mantenimiento de los cuchillos, la preparación y mantenimiento de la infraestructura (hogares, secaderos...), etc.

Esta inversión de trabajo desigual no se aplicaba sólo a la captura del salmón sino también al procesado de arenques o del pez candela, cuya captura es más característica que la del salmón en algunas localizaciones de la costa. Esa última especie freza a principios de primavera y tiene una entrada masiva que sólo dura unas dos semanas. Los misioneros de mediados-finales del XIX relataban que una sola *household* podía capturar entre cinco

mente de caza de mamíferos marinos. Los asentamientos fase Marpole del Fraser, por ejemplo, cambian su sistema de gestión de los recursos pero se re-instalan sobre sitios antiguos de las fases Locarno o St. Mungo. En otros sitios como en el Skeena hay indicios de mayor estrés y conflictos que interfieren en esta misma dinámica.

[21] Datos que se aproximan a lo que describe también Hewes (Hewes, 1973).

y diez toneladas por temporada. El misionero William Duncan estimaba que un hombre podía extraer unos 600 pescados por hora. Y el trabajo de la mujer consistía en limpiarlos y ponerlos a secar o ahumar o en convertir toda esa masa en aceite. Existen descripciones muy gráficas de lo que ese trabajo representaba para la mujer (Boas y Tate, 1916: 44-45). Se calcula que una mujer destilaba una canoa llena de pescado al día, es decir que en una *household* con cinco o seis mujeres se podían producir entre 175 y 252 galones de aceite a las semana y se requería unas cuantas semanas para procesar la demanda de esa *household*. Pero además el aceite servía como conservante para mezclarlo con otros alimentos, como las bayas, todo lo cual era también trabajo de mujeres (Martindale, 2006a).

En definitiva, de todas las alternativas posibles frente a una crisis de los recursos fuelle, el énfasis en la pesca de salmones, arenques, pez candela... era, en principio, la alternativa menos costosa por cuanto no requería un gran desarrollo tecnológico nuevo ni un incremento espectacular del trabajo masculino. Además con los sistemas tradicionales se podían superar los problemas de rendimientos decrecientes sin que se percibiera un límite inmediato. El único problema era que todo lo capturado (que podía en teoría suplir la mayor parte de las necesidades alimentarias anuales) se debía procesar rápidamente, y que para ello se necesitaba un número importante de mano de obra femenina. Es decir, que una vez se hubo optado por el incremento de la pesca como alternativa económica se cerraría una especie de trampa de crecimiento demográfico acelerado y de intensificación del trabajo que recaía sobre las mujeres.

La hipótesis del «*iron chink*»

Como han señalado ya diferentes autores, la capacidad de procesar los pescados extraídos es el verdadero «cuello de botella» en la economía salmonera de los nativos americanos. Nosotros lo percibimos claramente también al conocer la historia de las factorías de pescado industriales. En realidad la pesca de salmón parecería no tener límite.[22] En el Fraser cada cuatro años había un año de especial abundancia en que se podía multiplicar por mil el número de pescados: en 1901 se pescaron 25 millones de salmones, 20 millones en 1905 y en 1913 mucho más de 38 millones (Lichatowich, 1999).

Con técnicas artesanas los salmones son más fáciles de atrapar y conservar río arriba, una vez que se han dispersado, pero también implica que en cada punto concreto la cantidad de salmón apresable varie y tenga fluctuaciones a las que hay que hacer frente. El grupo que opera en cada localización debe ser también limitado, lo cual asegura en general la reproducción del salmón. El sistema por lo tanto favorecía a los grupos de personas con acceso a los mejores lugares de pesca pero sobre todo también a los que pudieran movilizar mejor a la mano de obra necesaria para aprovechar esa sobre-abundancia puntual. No era, en principio ni prioritariamente, un problema de competencia territorial ya que un desarrollo tecnológico suplementario mínimo podía suplir las limitaciones de un sitio y permitir pasar a otro no explotado, y de hecho no se llegó a pescar de forma masiva en

[22] En realidad la gestión de este recurso también debe enfrentarse a ciertos límites y puntos críticos: como todo animal que se agrupa en grandes cantidades de individuos, puede ser víctima de epizootias, un cambio en la temperatura del mar o un obstáculo en el curso del río pueden ser catastróficos para su reproducción. Las voladuras del ferrocarril que perturbaron la corriente de río Fraser en el cañón de Hells Gates hizo que de los 12 millones de salmones que se calculó llegaron a fresar en 1901 se pasara en 1918 a tan solo 85.000 peces escapados de las redes en la cuenca del Fraser. De los 38 millones capturados en 1913, en 1917 después de la construcción del ferrocarril sólo volvieron 8 millones (Lichatowich, 1999).

las desembocaduras de los grandes ríos o en las rutas de aproximación marinas, como se hizo cuando se aplicó la tecnología europea.

Para poder incrementar su producción las industrias envasadoras salmoneras se encontraron con el mismo problema que las sociedades nativas: hacía falta superar ese embudo productivo del procesamiento del producto pescado. Para ello las factorías utilizaron mano de obra china y japonesa altamente especializada (un experto podía limpiar 2.000 salmones en una jornada de 10 horas trabajando con cuchillos de hierro y atestando sólo ocho tajos por animal), y aún así no podían rendir lo suficiente.[23] Después de numerosos intentos fallidos las empresas consiguieron mecanizar el proceso de descuartizamiento y limpieza con una máquina (figura 44) que denominaron popularmente «*iron chink*», (despectivamente —*chino*— de hierro) que permitió llevar la explotación hasta superar su dintel máximo.[24]

Esta aparente no limitación de la oferta ambiental frente a técnicas de captura masivas y de poco esfuerzo relativo, genera una nueva (sub)contradicción. El límite para la extracción de alimentos, y por lo tanto el embudo en la cadena productiva está, como hemos visto, en el procesado. Por tanto se necesitarían más mujeres para incrementar la producción. En estas circunstancias se incrementaría y generaría una espiral de incremento geométrico de la demanda.

Un hijo varón en realidad no sería tan necesario cómo una niña pues no solucionaría el embudo productivo, sin embargo como hombre, y por tradición, estaría socialmente sobrevalorado y eventualmente podría suplir más mano de obra enrolándose en grupos organizados de rapiña y robo de mujeres. En este contexto de sobre-valoración masculina incrementada, lo más rentable para hacer frente a las necesidades crecientes sería capturar mujeres porque las mujeres capturadas no necesitarían entrenamiento suplementario para convertirse en buena mano de obra. Secundariamente, sería interesante capturar niñas y niños, y sólo circunstancialmente hombres, a los que habría que desvalorizar para poder tratar como complemento laboral del trabajo de las mujeres (Donald, 1984, 2001; De Laguna, 1972; Kennedy y Bouchard, 1983). L@s esclav@s convertid@s en «desechables» podían llegado el caso de escasez, ser sacrificad@s, cambiad@s... La ventaja añadida de tener esclavas es que si el suplemento de recursos funcionaba bien podían reproducir además mano de obra suplementaria.

Las niñas especialmente podían considerarse siempre como capital acumulable, que puede ser amortizable a corto plazo (las esclavas) o a más largo plazo como convertible (hijas casaderas). La mujer además de reproductora, se transformaría ahora en medio de trabajo y capital acumulable e invertible (es algo semejante a lo que puede ocurrir en sociedades agrícolas).

La saturación del sistema, de los espacios ocupables, sería un problema menor a condición de que se equilibraran (tal como se propone en la explicación de Suttles) re-

[23] No se han analizado las huellas de uso de los cuchillos de piedra pulidos que se atribuyen al procesado de pescado. Pero los experimentos de réplica (Morin, 2004) demuestran que no eran demasiado efectivos en esa tarea. Debían complementarse con instrumentos más afilados para poder realizar el primer corte y era necesario reafilarlos y puliéndolos con mucha frecuencia.

[24] Se decía que una sola de estas máquinas podía sustituir a 50 trabajadores. Fue desarrollada por Edmund A. Smith por iniciativa de F. E. Barlow, superintendente de la factoría envasadora Chilkaten y fue utilizada a partir de 1903. En el primer ensayo definitivo limpió 22.000 pescados en nueve horas. Una vez superado el obstáculo de la lentitud en el procesado, la pesca masiva devastó las poblaciones de salmón (una sola red operada por sólo seis personas extraía la misma cantidad de salmón que 150 canoas con 300 personas operando con redes artesanales horizontales). La ventaja añadida es que la máquina, durante el prolongado periodo de inactividad de la factoría no necesitaba sueldo, comida, ni casa.



Figura 44. Propaganda de principios del siglo XX sobre la máquina popularmente llamada «Iron Chink» utilizada en las industrias conserveras para limpiar y trocear el salmón automáticamente.

distribuyéndolas, las irregularidades anuales y locales de la disponibilidad de recursos. Las primeras se pueden reducir con el almacenamiento, pero el almacenamiento en sí mismo no implicaría necesariamente una diferencia significativa ni un salto organizativo. La inhomogeneidad local en la disponibilidad de pescado anual se puede solucionar con un sistema de reconversión del sobreproducto en bienes no perecederos, acumulables e

intercambiables a plazo o distancias más largas. Lo verdaderamente significativo es que no se produzca para consumir sino para almacenar, y que no se almacene para consumir sino para intercambiar. Esto significa la creación de redes sociales de intercambio, la gestión de la información sobre los ciclos de producción, también la intensificación de otro tipo de producciones, de recursos alternativos en zonas no salmoneras, el establecimiento paulatino de un sistema de intercambios consensuados, y paralelamente la intensificación de la violencia intra- e intergrupal.

Desde nuestro punto de vista es probable que ese sistema, liberado de la contradicción principal entre producción y reproducción, se transformara en un sistema expansivo (como hicieron los sistemas agrícolas) y acabara incorporando las sociedades vecinas. La liberación de la fuerza reproductiva es el factor dominante que subyace en las otras causas que determinaron o detonaron todos los desarrollos de la NWC. A pesar de la abundancia de recursos explotables con la tecnología disponible, eran sociedades sometidas a estrés socio-económico en el que la producción presionaba sobre la reproducción (y accesoriamente sobre la organización social para la captación de fuerza de trabajo). El paso de casas pequeñas a casas temporales grandes, permitía gestionar mejor la reproducción y la captación de la fuerza de trabajo, concentrarla y redistribuirla más adecuadamente, además de gestionar y reconvertir el sobreproducto.

Lo que pudo empezar en zonas como el curso del río Columbia, del Fraser y tal vez del sistema Nass/Skeena acabaría afectando a otras zonas vecinas en una escalada de la violencia, y la coerción extendida no sólo a las propias mujeres sino a otros segmentos de la población. Eso no sucedería de una forma paulatina, sino, al igual que la crisis previa del 3500AP, con momentos y factores externos detonantes (tal vez esa sería una explicación de los hiatos que se producen después del año 300AD o, si se llega a verificar la regresión que Ames y Maschner ven, en el 900AD). Como otros autores han sugerido (Martindale, 1999; Martindale y Marsden, 2003 o Grier en este volumen) no son fenómenos totalmente sincronizados aunque finalmente resulten relacionados.[25]

En algunos sitios del sur de la parte central de la NWC la presión sobre el medio se notaría según Butler (Butler y Campbell, 2004) en el aumento de la pesca de arenques a partir del 2.500AP y aún más después del 600AP. Tal vez esta dinámica impulsó otros elementos que se detectan en el registro arqueológico.[26] En cualquier caso otras estrategias de extracción de recursos que requerían y competían por la fuerza de trabajo femenina (maricultura y horticultura) y que habrían podido servir para incrementar aún más la intensificación, pudieron quedar marginadas o eliminadas rápidamente al menos en la época de contacto (por el descenso catastrófico de la población, por la demanda de más mano de obra y por la intensificación de la producción que ya exigían los acaparadores de poder y de elementos de lujo) (Deur y Turner, 2005).

La incidencia de los europeos en este punto no pudo sino intensificar estas tendencias: mayor demanda de mano de obra (desvalorizada), y de mujeres como valor de intercambio. Ahora ya no solo principalmente como generadoras de alimentos sino como mano de obra para la nueva demanda introducida: la elaboración de pieles, destino que debió empezar a competir con el primero de producción de alimentos. Si la mujer era la

[25] Por ejemplo en el río Columbia la población tal vez se incrementara en el 1.500AP (según Ames y Maschner, 1999).

[26] El aumento que notan en la frecuencia relativa de ciervos cazados es un fenómeno que en la prehistoria europea se explica como incremento de la explotación agrícola o como señal de la diferenciación social y acceso desigual a la caza mayor.

que curtía las pieles, entonces el comercio de las pieles incrementaría notablemente el trabajo femenino, especialmente en los grupos del interior que se dedicaban a proveer de pieles curtidas. Eso se vería en una demanda de mujeres (de esclavas entre los Alonquinos por ejemplo). No es extraño pues que se generara un tráfico de mujeres del sur a las tierras interiores del norte, donde se concentró en un segundo momento la producción de pieles para el mercado europeo.

Con la entrada en juego de los europeos la producción se redirigió completamente al intercambio. El sistema de valor subjetivo de productos cambió de forma esencial.

Posibilidades de verificación

Como venimos diciendo el déficit grave es arqueológico. Tal como manifestó Hayden, el problema de los orígenes de la desigualdad es fundamentalmente un problema arqueológico y debe ser resuelto con datos arqueológicos. Simplemente: no existen hoy día sociedades igualitarias en condiciones prístinas en proceso hacia sociedades no igualitarias (Hayden, 2001: 231-232). Observar sociedades contemporáneas no igualitarias es relevante para entender y modelizar cómo pueden haber sido las primeras sociedades no igualitarias pero los test de esos modelos deben hacerse con datos arqueológicos. Y dado que la evidencia arqueológica existente permite interpretaciones múltiples, variadas y contrarias es evidente que debemos repensar el registro arqueológico y el cómo conseguirlo. Si las relaciones sociales entre mujeres y hombres son lo importante hay que «arqueologizarlas», más allá de elucubrar más o menos brillantemente a partir de objetos y sus relaciones. En ese sentido pensamos que las investigaciones con enfoque etnoarqueológico pueden realmente producir avances en la ciencia arqueológica, por ejemplo poniendo a punto nuevos instrumentos metodológicos y sistemas de verificación y desambiguación del registro arqueológico.

Aunque hoy aún los indicios de división social y de la expropiación del trabajo de las mujeres en la NWC en épocas pre-contacto son escasos (mayor frecuencia de traumas bélicos en hombres...), en la fase post-Marpole tenemos algunos indicadores que señalan diferencias entre hombres y mujeres. Uno sería, por ejemplo, las diferencias en cuanto a la dieta: hombres y mujeres (Chisholm, 1986; Chisholm *et al.*, 1983 y Chisholm com. pers.) presentan una señal isotópica algo diferente, con una tendencia más terrestre para mujeres que para hombres en la costa, en general.[27] Cybulski (2001b) señala que en muchos lugares de la costa norte había una media mayor de enterramientos masculinos, lo que según él podría indicar prácticas de esclavismo femenino relacionadas con guerras durante el estadio medio y tal vez el estadio tardío. Según su cálculo, en los cementerios de Prince Rupert la proporción hombre/mujer era de 1,8: 1 y en el estrecho de Georgia 1,2: 1. Esta falta de mujeres o de consideración hacia las mujeres, como sujetos dignos de ser enterradas,[28] es un indicio muy interesante, y es atractivo relacionarlo con el hecho que el 40 por ciento de la gente inhumada en *Prince Rupert* y en *Namu* presenten trau-

[27] El análisis isotópico de un esqueleto femenino del interior del territorio presentaba mas dieta marina. Aunque es una sola muestra y podría ser un hecho casual es interesante pensar que podría estar indicando esa movilidad de mujeres de la costa hacia el interior (Chisholm, 1986: 118)

[28] En otro sitio (Vila *et al.*, 2006) hemos expuesto que en realidad en los rituales funerarios lo importante no es la persona fallecida, sino que se realizan para las personas vivas en función de la vinculación con el o la muerto. Una criatura enterrada con ajuar en sí misma no indica un estatus hereditario, en principio sólo es una demostración del poder de derrochar trabajo excedente de las personas responsables de la sepultura.

matismos (60 por ciento de los cuales se pueden atribuir a violencia) frente a sólo el 11 por ciento en el Golfo de Georgia. En el registro etnohistórico también hay datos muy interesantes: Boas (1916) señala una desproporción entre hijos varones y mujeres entre la gente tsimishian. Este desequilibrio se puede cuantificar, por ejemplo el censo de 1.845 para Kitselas (en el norte de BC) da para los dos poblados que todavía se ocupaban 197 personas: 82 hombres, 47 mujeres, 29 niños, 31 niñas y 5 esclavos. De estas cifras puede surgir la pregunta ¿Dónde están las niñas convertidas en mujeres?

Aunque el estado de nutrición de la población era en general bueno, se atribuye (Cybulski, 1992) la muerte de una mujer mayor (tumba 29) al hambre del final del invierno. La mayoría de las mujeres del cementerio de *Greenville*, junto al río Nass, tiene señales de haber llevado bezote. Este elemento se ha interpretado, en base a informaciones de época etnográfica, como señal del status social elevado de las mujeres adultas que lo llevaban. Sin embargo, existen otros ejemplos en sociedades etnográficas y prehistóricas en las que el uso del bezote no ha sido interpretado como señal de estatus o de existencia de diferencias sociales. Lo que en cambio sí señala ese dispositivo en el referente etnográfico de la zona no sólo era status sino la categoría social «mujer». Ese carácter femenino se establece en el periodo Locarno, justo cuando empezaría el desarrollo de la alternativa enfáticamente salmonera y la multiplicación y expansión de los asentamientos. Desde luego, como relatan los primeros viajeros europeos, no era precisamente un elemento que hiciera más fácil la vida a sus portadoras presuntamente «privilegiadas». Por otro lado hemos ya expuesto que el bezote, como puede pasar en el caso de otros objetos, cambia su contexto y por lo tanto también su significado social a lo largo de la secuencia de la NWC. Así pues no es un elemento que nos indique inequívocamente estatus social elevado sino que a partir del momento de despegue del proceso está indicando estatus «mujer». Otro ejemplo: en un trabajo realizado por Allaire (1997: 110) se nos muestra que en las casas o zonas ocupadas por personas comunes (no nobles) hay también objetos que se (pre) suponía indicadores de alto estatus.

La verificabilidad arqueológica de nuestra hipótesis general necesitará trabajos futuros importantes especialmente en la elaboración de categorías relacionales. Existen ya en la NWC proyectos y trabajos con los que compartir planteamientos pero, como han marcado repetidamente los autores canadienses y estadounidenses, faltan todavía estudios arqueológicos que puedan profundizar en la cuestión de la demografía en la Prehistoria. Y a nivel metodológico necesitamos formas de evaluar la representatividad de las muestras y superar los problemas tafonómicos. Algunos de los problemas de equifinalidad podrán resolverse mediante nuevas técnicas, como podría ser demostrar el carácter hereditario del estatus utilizando el ADN fósil. A su vez, los *wet sites* (Croes, 1976) y las técnicas de recuperación finas permitirán sin duda re-evaluar la posibilidad de la existencia en la prehistoria de horticultura. El análisis relacional de los instrumentos (su producción y uso), con los objetos producidos se deberán relacionar con sus confeccionadoras o las personas que los consumieron. Para realizar seguidamente el cálculo del valor real de los productos su distribución y consumo (dentro y fuera de la *household*).[29]

[29] Ya existen algunos análisis de patrones inter- e intra-asentamiento y de organización interna y comparativa de casas excavadas extensivamente (Coupland y Banning, 1996; Sobel *et al.*, 2006; y ver Grier y Hayden en este volumen). Estos han intentado demostrar los niveles de desigualdad social internos y externos en las *households*, unas diferencias en la intensidad de trabajo (de producción y mantenimiento), en los recursos y productos explotados y consumidos o en la intensidad de las diferentes actividades realizadas. El problema ha sido el carácter no relacional de las categorías analíticas empleadas y que, como hemos comentado, sólo se ha enfocado a la división vertical de rangos.

Conclusión

Pensamos, a diferencia de Hayden, que en unas sociedades originalmente igualitarias es difícil pensar que unas decisiones individuales puedan re-orientar unas normas diseñadas originalmente para la cooperación y para compartir lo necesario para la subsistencia.[30] No compartimos tampoco la antigua idea decimonónica de que exista una tendencia innata concreta de la naturaleza humana, bien ilustrada por la frase: «…no deja de ser interesante observar que la sana ansiedad y ambición de formar y perpetuar una familia, que se observan en la sociedad moderna también son factores en la vida de las razas salvajes…» (Hill-Tout, 1978a: 99). Estas ideas parecen resucitar en algunas de las corrientes de pensamiento actuales, con el riesgo de que al recurrir nuevamente a aquellos escritos iniciales esa proyección de preconcepciones decimonónicas a la interpretación de las sociedades nativas sea rescatada y, en un círculo vicioso, haga parecer real ese espejismo reafirmando las preconcepciones actuales.

Tampoco creemos que individuos marginales extraordinarios y malévolos, en estos contextos, consigan mediante conspiraciones someter a las mujeres primero y después a otros grupos de hombres. Recurrir a teorías conspirativas no es explicar, sino describir teleológicamente una realidad *a posteriori.* Habría que explicar después por qué existían y por qué lo hacían.

Pensamos que el control reproductivo, en relación dialéctica con la gestión de recursos alimentarios, es realmente el eje sobre el que pivota la continuidad de las comunidades humanas. Las normas sociales en estas condiciones se generan consensuada y espontáneamente, aunque puedan acabar siendo impuestas mediante la violencia física, la coacción social o simplemente la exclusión.

Las alternativas en realidad no se «escogen». En estas sociedades sus componentes fueron acumulando y pasándose, con mayor o menor fortuna, experiencias, y debieron hacer frente a las nuevas situaciones con este bagaje. Se trata de averiguar mediante qué mecanismos sociales unas sociedades orientadas a la complementariedad y a la norma de compartir se encaminaron, aunque tal vez no sin resistencias y sí con retrocesos a situaciones anteriores, hacia una organización social con una ideología de la competición y la desigualdad vertical. Situaciones inéditas no siempre habrán sido resueltas siguiendo unas reglas de maximización y rentabilización óptima de beneficios. La sociedades son consecuencia de su trayectoria histórica anterior y hasta la época científica difícilmente habrán podido calcular los efectos a largo plazo de sus actividades y obrar racionalmente en consecuencia.

La diferenciación social fue la consecuencia de unas estrategias de reproducción (la necesidad de mantener un control social de la reproducción, de organizar la reproducción mediante, entre otras cosas, reglas matrimoniales y sistemas de relaciones sexuales). Estas estrategias de reproducción no fueron un subproducto de una rentabilización biológica o mecánica derivada de las condiciones que impone el objeto de trabajo, sino que cumplieron la función básica de mantener un equilibrio entre fuerza de trabajo y recursos, que aseguraba la rentabilización y la sostenibilidad de aquellas sociedades CR.

---

30 Que una persona durante su vida adquiera mayor prestigio no la convierte tampoco automáticamente en más poderosa. «De la importancia al poder hay un gran paso» (Mathieu, 1987: 7). Otra concepción de la teoría de la selección natural es que ésta actúa a nivel de la especie y no de los individuos. No es necesariamente el individuo más egoísta o el más fuerte y poderoso el que más se reproduce. El altruismo a favor de los descendientes es también una poderosa fuerza selectiva.

La diferenciación social, que se impuso mediante la división sexual del trabajo, fue la base de la diferenciación económica —el acceso diferencial a los medios de producción y al consumo— y ésta a su vez ha sido la base sobre la que se fundamenta la desigualdad entre hombres y mujeres.

La introducción de la consideración de la división sexual en el análisis arqueológico debería cambiar la explicación: por ejemplo si matizamos en este sentido un argumento de Coupland (1988) podríamos decir que las guerras fueron introducidas para resolver una contradicción interna (el embudo productivo). Para ello necesitaron cautiv*a*s, esclav*a*s. Aunque en otros momentos posteriores pudieron tener diferentes motivaciones principales, las guerras en un primer momento no perseguirían establecer territorios privados, lo que se necesitaba puntualmente era más mano de obra (de poco valor subjetivo). Considerando el problema así globalmente podríamos superar el tener que recurrir al innatismo de presuntos «gourmets» o de «malas personas» para explicar el desarrollo de la NWC. La discriminación y la violencia contra las mujeres era algo ya pre-existente, un producto histórico, una forma de organización social económicamente racional (coherente) en el momento original de su desarrollo, como una de las formas de balancear los problemas de sobreexplotación y rendimientos decrecientes de ciertas estrategias de subsistencia basadas en la caza y recolección. Antes de existir hombres «disidentes» reacios a aceptar el dominio de grupos corporativos o grandes hombres, pudieron existir disidencias de mujeres frente a la discriminación, y en correspondencia sistemas sociales de coerción que luego pudieron ser simetrizados en la otra dirección: en la división vertical dentro del grupo y hacia afuera del grupo.

La organización de la reproducción social es el elemento ideológico que por su función (la continuación del orden social) debe ser más conservador que la organización de la producción que debe ser más dinámica para enfrentarse a las condiciones cambiantes y a las modificaciones del medio que ella misma introduce. Nos parece pues verosímil que aún cambiando las condiciones de la Contradicción principal, la situación de discriminación no se revirtiera sino que adoptara otra forma, otro nivel e incluso una persistencia económicamente irracional.[31]

[31] La explotación capitalista con la incorporación del trabajo masculino asalariado (con bajo valor subjetivo) al procesado del pescado produjo un rendimiento multiplicado en la explotación del mismo recurso.

ABSTRACTS

The Development of the Northwest Coast Culture Pattern

R.G. Matson

The Northwest Coast Culture is unique among ethnographic cultures and our current understanding of its development is presented as resulting from six major contributions. First, we now understand that while hunters and gatherers may have lived a life of relative ease they were under unceasing demographic pressure. Second, ideas from optimal foraging now let us understand why the inhabitants went from subsisting on large mammals to relying on small fish, and why early, very wide-spread and long lasting cultures were replaced by more regionally limited and shorter-lasting ones. Third, the combination of Binford's «foraging» and «collecting» adaptations with Schalk's argument that it is «storage» not procurement of salmon that is important are critical to undersanding the salmon storage economy underlying the Northwest Coast culture. Fourth, although salmon has long been seen as very important to the Northwest Coast, detailed, definitive presentations of how this works are few and recent. Fifth, the ownership of dense, predictable resources, i.e., salmon procurement locations, is now understood as leading to inherited status differences. The final contribution is linking the pieces together in a systematic fashion such as in the economic modelling by Croes and Hackenberger. I end by sketching how these contributions lead to the ethnographic Northwest Coast Culture.

The Emergence of Complex Hunters and Gatherers: A View from the Northwest Plateau

Brian Hayden

Anthropology has had a long history of viewing culture as a system or organic kind of entity, from Marx and Durkheim to Kroeber, to the integrated ecological perspective of Steward, to the systems theory perspectives of New Archaeologists, to the recent communitarian views of Saitta, McGuire, Smith, and others. I, too, began my research with such a perspective, and I still am persuaded that simple hunter/gatherers in harsh environments do enforce communitarian behavior in a self-regulating kind of cultural system. Sharing, in particular, is an essential element to maintain for group survival in these societies.

However, in attempting to apply this model of culture to prehistoric complex hunter/gatherers that I was studying at Keatley Creek in the Interior of British Columbia, I sought ethnographic confirmation that elites acted for the good of the community. I went to the Maya Highlands to see how this was typically achieved in village societies of comparable complexity to Keatley Creek. The results of this ethnoarchaeological research were exactly the opposite of what I expected. In times of crisis, village elites did not help other residents of the villages, but they ruthlessly exploited them. Other examples were evident

in the literature if one looked for them. Thus, while some aspects of all societies need to operate as integrated systems, it was clear that the emergence of elites as part of increasing social complexity involved destabilizing behaviors that did not follow the communitarian or system-regulating model.

I thus began to develop a model of emerging complexity more in line with the views of Gilman who viewed elites as essentially exploitative. In trying to understand how some individuals could acquire positions of power to exploit others, I recognized a number of different strategies that I was familiar with from my own ethnoarchaeological work and that were well documented in the literature. The vast majority of these strategies is based on--or could only be effective under--conditions of resource surpluses. Thus, my approach sought to determine how some ambitious individuals (which I termed «aggrandizers») used surplus resources to advance their own self-interests, achieve positions of power, and develop increasingly complex sociopolitical systems. I refer to this approach as «paleo-political ecology.»

The main premise of this approach is that surplus food production is predicated on abundant resources and an appropriate technology to acquire, process, and store those resources. This generally only seems to have occurred in the most favorable environments in conjunction with Mesolithic types of technology, although a few precocious Upper Paleolithic examples exist. Understanding conditions under which storage occurs is a particularly interesting problem due to the risks, losses, and extra energy involved in storing foods.

Another premise is that highly ambitious individuals occur in all large human populations, but that they are kept on very short leashes in simple hunting and gathering societies in harsh environments or with limited resource extraction potential due to simple technologies. On the other hand, when regular surpluses began to be produced, seemingly innocuous strategies and seemingly communitarian activities became tolerated that actually laid the foundations for inequality, exploitation, the centralization of power, and increasing complexity. These changes must have initially included the recognition of private property so that stored surpluses could be used effectively by individuals in other strategies. Another key strategy was the development of prestige goods used in specific contexts to create debts or acquire advantages. Other strategies in which both surplus food and prestige items were used involved acquiring marriage partners via payments (bride prices and dowries), investments in children at various life events to increase their value for marriage exchanges, the holding of obligatory reciprocal feasts, the establishment of dependency networks usually based on kinship and other allied groups, claims of restricted access to supernatural powers, the establishment of fines and penalties for a wide range of social or ritual transgressions, the manipulation of warfare, and probably a number of other strategies. Most of these strategies can be identified in the archaeological remains from Keatley Creek and surrounding contemporaneous sites, especially private ownership and stored surpluses, prestige items, child investments, feasting, and restricted access to the supernatural.

Due to the advantages that successful aggrandizers acquired when using these strategies (more wives, more children, more wealth, more allies, more ability to survive attacks or to be successful in warfare, more ability to survive famines or other disasters, more power to protect one's own interests in communities), community members increasingly began to support these strategies and obtain some of these benefits for themselves by allying themselves with the aggrandizers promoting the strategies. Thus, the spread of these types of behavior, while originating in the pursuit of self-interests was ultimately due to

their selective advantages that gradually encompassed large proportions of communities. Because the use of these strategies depended substantially on the production of surpluses, and because of competition between aggrandizers, I argue that powerful pressures were systematically created to increase production to the maximum possible limit. If one wanted to obtain the advantages being generated, one had to produce surpluses. These pressures to produce ever more, and to control ever more, continued to have destabilizing effects over the succeeding millennia, resulting in the domestication of plants and animals as well as an entire range of prestige technologies or technologies for preparing prestige foods. Thus, the initial appearance of pottery, the use of metals, slavery, permanent architecture, tailored buckskin or woven clothes, monumental structures, burial mounds, stone bowls, sedentism, ancestor worship, secret societies, and probably human sacrifice and slavery all occur *first* among complex hunter/gatherers rather than agriculturalists. All of these developments make sense primarily as part of aggrandizer strategies, especially feasting, prestige goods, and control of access to supernatural powers. Complexity involving these strategies also clearly appears prior to the domestication of plants and animals in most areas of the world. The paleo-political ecology approach to these issues is in stark contrast to the population pressure or climate change, or human behavioral ecology or communitarian approaches. It accounts for archaeological observations concerning the emergence of complexity and domestication in a comprehensive and believable fashion.

Water Travel and the Definition of Territories on the Northwest Coast: A Coast Salish Example

Michael Blake

The relationship between boat technology (canoes) and geography (rugged coastlines) has been an important factor in the history of Northwest Coast peoples since the first settlements appeared in the region more than 10,000 years ago. One aspect this relationship is the definition of territory: how people use a particular landscape and seascape, and by this I mean how people move themselves and their resources from place to place. Without watercraft the NWC environment would have been a very difficult one in which to travel and many abundant resources would have been all but inaccessible. Canoes permitted people to move themselves and their goods over long distances quickly and with relative ease. Territories were thus defined by waterways, shorelines, and the proximity of these to both maritime (including riverine and lacustrine) resources and to terrestrial resources. Travel times between permanent settlements and resource locations, using both water transport and foot travel were constrained by geographical conditions. Even though these conditions vary throughout the NWC, it is possible to see some consistent patterns in the layout of territories that existed in early in the colonial period and that continue to the present day. I examine the relationship between travel times (aquatic and terrestrial) and territory extents in the Coast Salish region of the NWC. The present-day territories of many self-defined Coast Salish groups suggest that the interplay between geography and transportation technology has played a significant role in the long-term histories of group differentiation, identity, and interaction. Finally, I explore the implications of this transportation technology and travel pattern for present-day First Nations who are struggling

to regain control of their territories from governments who tried to restrict land claims for the past century and a half.

Ken Ames (2002) recent paper examining the importance of «going by boat» details how the mode of transportation should be taken into account in our thinking about the nature of NWC societies, and especially, their mobility strategies. He argues that our models of hunter-gatherer mobility have generally been slanted towards terrestrial peoples-societies where the primary mode of transportation was by foot, on land, and aquatic travel was only secondary. This has an enormous impact on our thinking about how collectors and foragers both perceived and used the landscape, how they defined their territories and how they distributed their permanent settlements and more temporary camps and other activity areas. The differences between primary terrestrial transportation and primary aquatic transportation are far-reaching and they impact settlement sizes, locations, patterns of interaction, travel times and frequencies, the cost of transporting people and materials, and many more aspects of daily and seasonal life. Building on Ames' research, this chapter focuses on one aspect of this pattern: how boats enable people to use large territories over long spans of time while creating a minimal archaeological «footprint.»

I further explore the significance of this minimal footprint for understanding how present-day aboriginal communities may be at a disadvantage when trying to prove their claims to traditional territories that are now held by governments —both provincial and federal— and private interests. Coast Salish First Nations in Canada have struggled to accumulate enough evidence (archaeological and historical) to convince governments and courts of law that their ancestors had in fact possessed, used, occupied, and defended the territories they are currently claiming. This has been especially challenging when First Nations are trying to claim extensive territories that include terrestrial resources away from the coastlines because there is often little physical archaeological evidence of use and occupation. In this chapter I argue that it is the very efficiency of boat transportation that makes both marine and terrestrial territories and resources accessible and defensible while at the same time allowing for a relatively light «footprint» as one travels inland from the coast. By taking into account both boat technology and mobility practices we can better understand the long-term patterns of settlement and resource use on the Northwest Coast and at the same time show that the impacts of these ancient patterns reverberate in the present-day struggles of First Nations to gain legal recognition of their ancestral terrestrial and aquatic resources and territories.

Located on the northeast portion of the Strait of Georgia, the traditional territory of the northern Coast Salish Sechelt people provides a good example of how canoe technology impacts both maritime and terrestrial travel times and territorial occupation and use. The Sechelt accessed the wide range of environmental zones extending from the relatively open ocean to the narrow inlets, lakes, and rivers that penetrated deep into the inland mountainous zones. Most recorded archaeological sites (red triangles) are distributed primarily along the coast facing onto the Strait of Georgia. There are many sites located along the inlets, but these are relatively few compared with those on or nearby the Strait. Very few recorded sites are located more than a few hundred metres inland from the coast. However, the entire territory is accessible by means of a hike of between 10 and 20 km inland from the shoreline to the territorial boundary with the average hiking distance only about 12 km.

Using travel time data both for canoe and foot, I show that one or two days of canoe travel combined with one day of terrestrial travel puts any member of an outer coast Sechelt village high up in the mountains on the boundary of their traditional territory.

Furthermore, and this is very important for understanding the efficiency of this combined travel mode, the canoe portion of the trip can be expanded to the farthest reaches of the territory, while the terrestrial portion of the average trip will remain constant at approximately 6 to 9 hours. This means that the costs of transporting large quantities of goods and or people can remain low even as the trip length increases because the increases in distance travelled are normally on the water-borne part of the trip.

In the Sechelt territory in particular, and in the Northwest Coast in general, this pattern of combined canoe and terrestrial travel has several important implications for understanding both general settlement and specialized activity area distributions on the landscape. Ken Ames points out an important implication of water travel: bulk processing is likely to take place at permanent settlements rather that at the collection/harvesting site. Because transport costs are so low, it is easier to bring materials collected in the hinterlands to the nearest point on the shore, and then load them into a canoe, paddle back to the settlement, and then process the bulk materials in and around the houses, than it is to transport large numbers of people to distant locations to process and render materials and then transport them back to one's residence. Ames uses the archaeological example of the Cathlapotle site near Portland, Oregon where residences are surrounded by earth ovens containing the remains of camas roots, acorns, and hazelnuts. He argues that, unlike plant processing sites used by terrestrial (inland) hunter-gatherers who construct ovens near camas root beds and then roast and dry the roots for transport back to permanent villages, the people at Cathlapotle could simply harvest the roots, load them in their canoes, and return to the village to do all the processing (Ames 2002: 42).

Ames' general aquatic transport model has significant implications for predicting the distributions of archaeological sites on the landscape. His first implication is that residential sites are likely to be centrally located —central with respect to aquatic transportation requirements—. To that I would add they are also likely to be relatively permanently anchored to these central locations. We would expect to see larger settlements and denser packing of settlements than among terrestrial hunter-gatherers because people are able to transport resources to the settlements-in effect expanding the overall catchment area because of the efficiency and effectiveness of canoe transport of bulk materials.

The second implication of canoe transport is that there should be relatively few processing features and temporary campsites or semi-permanent residences away from the shore-line. In the Sechelt territory, for example, based on this implication of Ames' model, we should not expect to see many archaeologically visible features more than a few hundred metres from the shoreline. As we move several hours hiking distance way from the coast, there may be very few permanent features (such as large ovens), and we might only find scattered stone tools and occasional small-scale hearths for overnight camps. These types of sites could easily change location from year to year and so even these might be virtually impossible to discover. In other words, I would expect, ironically, a pattern of relatively intensive and frequent use of most of the territory, while at the same time there being relatively little evidence of the use distributed on the landscape in the form of archaeological remains.

The third implication of Ames' model is that residential sites on the coast will have a much greater range of materials including evidence of processing, manufacturing, and discard as well as longer yearly spans of occupation than we might expect to see in inland settlements for terrestrial hunter-gatherers. In comparison with terrestrial or inland hunter-gatherer residential sites we should expect to see more complete assemblages of all types of materials at coastal residential sites. In other words, because there is likely

to be less specialized processing of bulk materials in the hinterland, there should be a greater range of waste materials and by-products discarded in and around villages. Faunal remains, both marine and terrestrial, provide a good illustration of this. Hunters are likely to process a carcass at the kill site and bring back only what is needed to the residential site when they are travelling on foot. In contrast, when travelling by canoe, they may much more easily bring the complete (or nearly complete) animal back to the village and then butcher and process it there. In this scenario, skeletal parts that for terrestrial hunters would be left at the kill site, would, for aquatic hunters, be discarded at the village. The general principle we can derive from this is that in terrestrial hunter-gatherer settlement subsistence systems there should be a more homogeneous distribution of all material remains over the landscape, while among aquatic hunter-fisher-gatherers there should be a much more uneven distribution of material remains on the landscape. In this latter case, residential sites on the coast should have a disproportionately more remains and a greater range of materials than hinterland sites, which should appear to be relatively devoid of processing tools, features, and waste materials.

One further implication of this perspective is that it echoes through time to the present-day political and social dilemmas faced by First Nations communities along the Northwest Coast (especially in British Columbia) who are struggling against the government's resistance to recognize their land claims. Often the burden of proof for First Nations is the material or historical demonstration of land occupancy. The model proposed here suggests that occupancy need not necessarily be a part of ongoing and diverse land and resource use. Boat travel permits constant use of the entire territory with minimal effort in constructing permanent facilities in the hinterland. Villages, the other hand, show intense use and should have evidence of people's interactions with and use of their whole territories. This intense and long-term use of villages should not be taken to mean that a population was focussed on and restricted to the village and its immediate environs. Rather, the intense occupation of permanent villages was permitted precisely because people had unfettered access to their entire territories—access that was made possible by the intricate and exquisite development of boat technology.

Society Against the Chiefdom: Organizing and Resisting Power in Coast Salish Warfare

Bill Angelbeck

Northwest Coast cultures have long been an exception to general anthropological models. In this region, there were chiefs without chiefdoms, class stratification without state organization, and large, wealthy households in villages that were not centralized. This is particularly the case for the Coast Salish area, the focus for this study, as the power of their chiefs rarely extended beyond the household. When the Spanish Quimper expedition first documented the Coast Salish in 1790, they notably had remarked that «They recognize no superior chief». This indicated that, while there were certainly chiefs, there was no «paramount chief». Moreover, the majority of Coast Salish people were «upper class», a broad base from which chiefs could emerge. The ethnographer Wayne Suttles described their unique social organization as an «inverted pear» society in which elites outnumbered the

lower class and slaves. This represented the opposite of a pyramidal organization, where a single figurehead and a minority of elites rule over a greater base of lower class individuals. To understand this situation, in which there were a heterarchy of powerful chiefs and an «inverted pear» social organization, I employ a theoretical approach that is fitting for such settings that draws upon the theory of anarchism. Concepts in anarchist thought are appropriate for assessing the dynamics of societies without formal governments. For the Coast Salish, I intend to show that anarchism is especially capable for examining societies with a complex array of authorities and evaluating how they change through time. Warfare, I argue, served an important role in ensuring that single chiefs did not become predominant, while still allowing for contests of status and authority.

Anarchism, like Marxism, is a theory with a long history of debate that has sharpened its concepts and analytical approaches. Also, there have been many attempts to put its ideas into practice. Rather than providing a model formula for how societies should function, anarchist thinkers emphasize core principles and practices that should be adapted to local settings and historical circumstances. These practices would not be static but rather would be constantly renegotiated to adapt to the contingencies of new historical situations. These core principles of anarchism include: local and individual autonomy and expression, voluntary association, mutual aid, network forms of social organization, decentralization, justified authorities, and antiauthoritarianism.

For the Coast Salish area, I use these anarchist principles to assess the dynamics of their social organization, which is not egalitarian, nor centralized. Households are autonomous political units that are made up of several families and are internally hierarchical. While households live in proximity in villages, they are not politically centralized as households retain their autonomy and will even disperse separately for seasonal outings. Villages are not coherent polities in another important aspect: households and their chiefs vie for status. A primary way this is accomplished is through alliances with other households, typically through intermarriage ties. These relationships add social capital to each chief in the alliance but also allow one household to access to the other's resource areas. Therefore, the more elite households aim for alliances with distant chiefs, those that likely would have access to other types of resource areas-an island household, for instance, potentially could gain access to alpine resources, and vice versa. With such a dynamic, households that compose a village often could share stronger ties with those more distant than with those households adjacent. In this manner, social links form a network of relationships rather than an increasingly centralized political structure at the village level. These principles of local autonomy and network forms of organization are also apparent in how the Coast Salish organized their defenses.

The array of defensive sites implemented by the Coast Salish indicate a broad range of organizational scale. At the smallest scale is the underground refuge, documented ethnographically by Homer Barnett. Accordingly, these would have a deeply excavated floor basin and wooden beams to support a flat roof covered with earth. The surface of the house would be apparently be naturalized, matching the soil or vegetation of the surrounding environment. Entrances would be at the side and would be disguised as well. In excavations at the Smelt Bay (EaSf-2), I was able to document the presence of two large underground refuges. These were located behind or to the side of adjacent plankhouses. An important point is that these refuges represent a defense that was organized and controlled by the household. Defense within these structures served the needs only of the household that owned them; indeed, access to these refuges was through the adjacent plankhouse. It is apparent, however, that not every household at Smelt Bay had an underground re-

fuge, likely due to the amount of investments required for building one in addition to a plankhouse. Therefore, to evaluate the defenses for other households, the regional context of the site needs to be considered.

In the Smelt Bay area, there are numerous palisaded forts that surround the site within a range of a few kilometres. These are generally situated upon high bluffs or ridges and are girded with deep trenches and steep embankments along the sections of their perimeters that are the least naturally defensible. At the tops of the embankments and along the cliff edges, such a site would be protected with a palisade. While there are several trench-embankment fortifications near Smelt Bay, the size of each is small compared to the size of the village at Smelt Bay. It is unlikely that any particular fortification site was predominantly for (or could adequately contain) all of the villagers at Smelt Bay. I propose that the size of these fortifications is more likely associated not with the village as a whole, but instead represents the organization of a few allied households. Given the number of defensive sites in close proximity to Smelt Bay and their general Late Period contemporaneity, I argue that these smaller defensive sites form a network of defense for the population at Smelt Bay and surrounds. Such a model of defense not only seems apparent from the settlement pattern and lines of sight between these Late Period sites, but it is also consistent with the anarchic nature of Coast Salish sociopolitical organization. It would retain the autonomy of households, yet enable cooperation in allied networks for large-scale attacks. This would also be a more appropriate and flexible defensive strategy for the range of attacks the Coast Salish faced: attacks could come from huge parties of non-Salish raiders, which would involve the cooperation of multiple defensive outposts; or attacks, more commonly, could come in the form of feudal attacks from other Coast Salish groups-attacks directed not at the whole village but at a particular household and its allies. In such a scenario, smaller-scale defenses would be more appropriate, and they could cooperate from multiple vantage points in the landscape and seascape. Such defensive coordination is commonly described in the Coast Salish oral histories.

I next evaluate how these principles of Coast Salish sociopolitical organization were expressed (or suppressed) through time. As Proudhon (1861) described, societies are dense with tensions-factions continually will try to consolidate power and other factions will oppose such efforts. For the last couple millennia of Coast Salish history, I assess when elites consolidated power, marked by expressions of increasing inequality. Also, I try to recognize tendencies to limit concentrations of power. To evaluate such tendencies, I assessed the periods when warfare predominantly occurred relative to the development of social inequality in the region.

A stored salmon economy began during the Locarno Beach Phase (3,500 to 2,500 BP) in the Gulf of Georgia region, according to Matson, but that evidence of social stratification and large winter villages occurred only later, during the Marpole Phase (2,500 to 1,000 BP). This pattern continued during the following Gulf of Georgia or Late Period (1,000 BP to contact). A host of changes also occurred from the decline of Marpole to the beginning of the Late Period, reflecting the adoption and implementation of other practices. I focus here on the practice of cranial deformation, in which an infant's skull was shaped. During the Marpole period, cranial deformation was practiced among only a subset of the Marpole populations. This marker appears to have served as identification within those groups. Some archaeologists argued that the introduction of cranial deformation indicated the beginnings of class stratification, a period of increasing sociopolitical inequality. For these reasons, the development of inequality might be assumed to be continuous until the colonial period. However, I argue that the discontinuity of all these

changes introduced in the Late Period indicates that there was shake-up of the hegemony of Marpole elites. Initially, during Marpole a minority of elites bore the trait; however, by the end of Marpole, ca. 1000 BP, more Coast Salish people bear the trait than do not, and there are indications that the styles of deformation increasingly vary, likely indicating contests of identity. Since more people bear a trait associated with eliteness, this may chronologically track the development of Suttles' «inverted pear» society.

Radiocarbon dates at Late Period defensive sites end about 500 BP, which suggests that warfare decreased. During this decline of warfare, there are indications for the entrenchment of elite power, as during Marpole. Schaepe (2009) has argued for the rise of chiefs, or *siyá: ms,* in the Fraser Valley at this time. He determined that discrepancies in house sizes markedly increased about 550 BP and that these were indicators of social inequality; these inequities continued to increase throughout the rest of the Late Period until contact. With the onset of the fur trade, another period of warfare ensued and lasted for a century.

Taking an anarchist perspective, warfare can be seen as a factor contributing to decentralization, an attack on the hegemony of Coast Salish elites, for both the Marpole and late precontact periods. If the power of the elite classes were more entrenched during those periods, then I argue that warfare served to fragment their hold on exchange networks, allowing others to participate. Clastres made a similar point for South American groups, arguing that warfare was an act that negated concentrations of power. Warfare does not occur because of fragmentation; rather, it instigates fragmentation, or as Clastres (1994: 164) stated: «the dispersion of local groups ... is thus not the cause of war, but its effect, its specific goal». He saw warfare as having similar effects to the fissioning of foraging groups, which served limit and decentralize concentrations of power. For Clastres, warfare in small-scale or non-state societies serves «to maintain each community in its political independence.» The «centrifugal logic» of warfare acts against the «centripetal logic» of the state, or against any hegemonic entity trying to concentrate or institutionalize power; a concentration of power, is, by its very design, a centripetal dynamic. Applying it to the Coast Salish context, if one chief attempts to gain too much power, it only requires two or more other chiefs to ally and remove a powerful chief, sacking their wealth and status. To maintain power, a chief would have to institutionalize his position in a manner that would be resistant to such threats, requiring a solidified base of subordinate chiefs. In a region where the pursuit of status and prestige is a goal of most chiefly individuals, subordination to another chief would have to be under terms that would enhance their own status. Any «superior» chief in such conditions would increasingly come under pressure to enhance the wealth of subordinate chiefs. Therefore, the greater power one tries to attain, the more difficult it is to retain. Moreover, this notion of resistance to the centralization of power and unjustified authorities is also supported by Coast Salish oral histories.

Those opposed forces that characterize Coast Salish sociopolitical organization aptly meet the anarchist conception of society as dense with tensions, even to the point of conflict. Moreover, these strains were not expressed simply along lines of class, as Marxists have emphasized, but also were present across polarities of gender, age, skill, and other various forms of identification and association. Here, alliance and conflict exist at varying scales both spatially and temporally. Alliances help chiefs to grow in power, but they also can be used to resist concentrations of power. It depends on both the scope of analysis and temporal periods assessed. Moreover, the varying scales of allied organization manifest archaeologically at corresponding scales from household refuges to broad-scale coalitions, and large-scale alliances lasted only as long as needed to face the mutual threat

before returning to more local forms of autonomy. An anarchist framework is appropriate for such dynamics, where there complex displays of eliteness and a heterarchy, not hierarchy, of chiefs. I have hoped to show that the theory of anarchism provides useful analytical tools to assess how the principles and practices of noncentralized social organizations manifest archaeologically and how they change through time as relationships of authority and power are renegotiated.

Probable Pasts and Possible Futures: Issues in the Reconstruction of Complex Hunter Gatherers of the Northwest Coast

Colin Grier

Aboriginal Northwest Coast societies have been at the center of anthropological debates concerning how complexity arises and is manifest in small-scale societies. In most discussions, the primary narrative that is presented typically proceeds as follows: Northwest Coast peoples existed in an abundant environment; the core of this environmental abundance was anadromous salmon; anadromous salmon provided the basis for a predictable and abundant storage-based economy that generated a regular surplus; this surplus allowed elites to emerge who promoted social inequality through their manipulation of surplus production. This inequality is linked with potlaching, resource ownership, impressive art traditions, slavery, large households, and other distinctly «non hunter-gatherer» social practices. Of course this oversimplifies the precontact situation that Northwest Coast archaeologists are still grappling to understand. Yet, relationships amongst the various social practices that constitute Northwest Coast social complexity are often overgeneralized theoretically or under-evaluated with archaeological data.

In this paper I address elements of narratives of Northwest Cost prehistory and some issues these raise in relation to accurately portraying the long-term history of Northwest Coast peoples. I evaluate somewhat critically but hopefully productively a few problematic aspects of Northwest Coast archaeology as it stands today. I hope to identify where the narratives we promote require shoring up with new data, better theoretical articulation of critical relationships, or perhaps abandonment altogether. My discussion is grounded in my own research in the Gulf of Georgia region of coastal southwestern British Columbia, since this is the region where I work and know best, but also because many of the narratives offered as explanations for the precontact Northwest Coast lifeways were first articulated using data from this region.

The precontact history of the Northwest Coast has been often cast as a unilinear progression towards the florescence of salmon storage economies, in which relatively mobile and terrestrial-based foragers transition to sedentary, village-based groups with that relied heavily on the storage of riverine and marine resources. In contrast to the prevailing models, archaeological data I have gathered from the Gulf Islands region of southwestern British Columbia, Canada over the past decade indicate multiple and potentially quite local paths to complexity based on the intensification of a broad and varied suite of resources. The central hypothesis for this research is that change towards complexity was based on a broad spectrum intensification, and that this intensification involved significant engagement, management and manipulation of marine, coastal, and terrestrial ecosystems

well beyond that currently appreciated for non-agricultural peoples. Moreover, this broad-spectrum intensification was integral to shaping the trajectory of development of status systems and resource ownership.

Despite the central role of Gulf Islands archaeological data in shaping our understanding of cultural change on the precontact Northwest Coast, surprising gaps in those data exist. For example, models for the development of complexity in the Gulf Islands have emerged in a relative vacuum of data concerning basic economic processes of change. It is most remarkable and unfortunate that excavations at many major sites have rarely involved the collection of basic zooarchaeological data. In Burley's [then] thorough review of the nature and significance of the Marpole phase, essentially no faunal data appears. This situation remains unremedied in recent reworkings of Marpole culture history systematics. As a result, essentially no understanding has been gleaned of how the economics of the last five millennia in the Gulf Islands relate to the changes documented in material culture, settlement patterns and the dramatic social inequality evident in the mortuary record.

A key thrust of research on the Northwest Coast in the last two decades has concerned households, under the premise that major changes in socioeconomic organization are both reflected in and made possible through significant changes in household and community organization. Excavations at Dionisio Point have indicated that households, while usually viewed as integrated sharing units, had significant intrahousehold disparities, suggesting that inequality in Northwest Coast societies emerged in concert with the reconfiguration of some very basic household-level economic relations. Similar conclusions have been drawn for pre-contact houses excavated in other areas of the coast.

Villages such as Dionisio Point have been thought of as winter villages that were viable due primarily to their reliance on stored salmon processed at intensive levels during salmon runs. But salmon storage was clearly not the whole picture. Plant resources are also now appropriately being recognized as critical to the ancient and recent subsistence practices of Northwest Coast peoples. The Gulf of Georgia region offers a diversity of plant resources exceeding that found further north and rivaling that reported for areas to the south as far as California. Also increasingly recognized in Gulf Islands waters are ancient clam gardens, consisting of arrangements of rocks in the intertidal zone to enhance shellfish productivity. Evidence of elaborate precontact intertidal fish trapping technologies has come to light, targeting multiple species in a systematic attempt to exploit the diversity of coastal ecosystems.

Beyond pointing to the diversity of resources critical to Gulf of Georgia lifeways, these data indicate active engagement, modification, and enhancement of local environments to increase productivity across a spectrum of terrestrial, riverine and marine resources. Such practices were intimately connected with the development of highly structured systems of resource access rights and property ownership described for the Coast Salish and other regions of the Pacific coast.

My recent field research has been a pursuit of the archaeological data that are needed to illuminate these relationships and their temporal depth. Investigations conducted in recent years have focused on cuspate spit sites in Trincomali Channel in the southern Gulf Islands. Cuspate spits are a distinctive and important coastal landform consisting of two beaches meeting at an apex to form a triangle. These spit locations are home to abundant and diverse marine, terrestrial and plant resources. Archaeologically, these locations were initially inhabited as much as 5000 years ago, roughly the time of earliest known settlement in the islands. All were important, intensive and long-standing settlement locations

at the time of contact with Europeans, and as a group comprise the core of ancestral Hul'qumi'num settlement in the outer Gulf Islands. Over the last five millennia cuspate spit landforms and aboriginal settlement have clearly developed in concert, and charting this co-evolution will allow the reconstruction of economic practices in the Gulf Islands.

The significance of cuspate spits in relation to long-term Hul'qumi'num settlement is effectively illustrated by recent data collected at Shingle Point on Valdes Island, a site that typifies the cuspate spit pattern. Shingle Point started out as much as 6500 years ago as a small single beach. Early, ephemeral human occupation intensified in concert with the expansion of the spits, which increased effective beach length and thus intertidal productivity. Ultimately, Shingle Point was home to the large Lyackson village of T'aat'ka, which was abandoned only in the 1970s. Importantly, the prograding of the beaches at Shingle Point has served to spatially segregate to a substantial degree the various temporal components, and allows for targeting and sampling of specific time periods in the occupation history. Other cuspate spit locations have similarly complex and long-term occupation histories.

An interesting and novel opportunity to study precontact plant use is presented by the particular nature of cuspate spit locations. Several cuspate spits in the study area have long-standing bog features near their base. As the two beaches have graded seaward the interior of the spit has become an effective trap for local freshwater draining from the island uplands. The standing water in these bogs has acted as trap for pollen from local vegetation communities. As bogs were likely one key locus of human plant tending and intensification, the pollen record may include economic species potentially tended by humans. Species composition (diversity) and relative abundance is being measured «on-site» over time through sampling of extracted sediment core columns to assess the potential role of plant resources in the broad spectrum intensification posited to have occurred over the last 5000 years.

Beyond these aspects of landscape management, construction of a 200 m intertidal clam garden adjacent to the spit at Shingle Point involved the movement of hundreds of small cobbles and boulders to form an intertidal substrate that undoubtedly promoted a greater diversity and abundance of intertidal shellfish and other species. Even more strikingly, the construction of a large precontact defensive trench embankment earthwork on the bluff immediately behind Cardale Point involved movements of earth and re-shaping of landscape on a massive scale. Terraforming activities are also evident at the Dionisio Point village site, where significant terracing of a 10 m slope was carried out to accommodate large longhouses.

The evidence at hand paints a picture of precontact aboriginal peoples as much more than simply foraging within various resource zones in an abundant environment. Rather, they were actively and substantively modifying the land and seascape in which they lived in service of economic intensification and social and political strategies over millennia. How does recognition of this point affect our models for the long-term history of Northwest Coast peoples and the dramatic changes they have undergone over the Holocene?

One example can be seen in how we theoretically model systems of resource ownership that existed on the Northwest Coast. A common view is that hunter-gatherers typically lack property ownership beyond very limited circumstances involving personally owned small. Explanations for the highly developed system of ownership recorded among aboriginal Northwest Coast peoples focus on efforts to control resource locations, notably salmon fishing locations. Salmon are argued to be a controllable resource because they are highly clumped in time and space, as well as predictable and abundant. Such notions reference

human behavioural ecology theory, which sees territoriality as an outgrowth of defending resources, and where ownership represents a more intensive form of territoriality.

Alternatively, we might see the development of ownership privileges as proportional to the investment one makes in the infrastructure that enhances resource productivity. As such ownership prerogatives emerge as investments are made in the landscape to diversify and enhance productivity. Such a perspective better accounts for why property rights and ownership extended to a variety of resources, rather than just salmon locations, among Northwest Coast societies. It also suggests that as enhancement of resource infrastructure increased, ownership emerged as a contested domain, particularly if many individuals and factions had hands in constructing the landscape and enhancing the productivity of resources that would otherwise be viewed as uncontrollable or not worth controlling.

While alternatives to existing perspectives remain critical to explore, the final aspect of this paper is rightly concerned with the people we as Northwest Cost archaeologists study. The year 2008 marked the 150th anniversary of the Province of British Columbia, and it is clear that much work has yet to be done to make the history of aboriginal peoples part of the recognized history of Canada. To accomplish this, we as archaeologists must work diligently to bring the complexity and richness of aboriginal lifeways to the broader consciousness of non-aboriginal peoples.

In working with First Nations, it is clear that the onus is increasingly on archaeologists to make their work relevant to those people whose past we study. Most aboriginal groups, I have worked with, have a deep interest in their past, and see it as a roadmap to build a sustainable future. It has been at times challenging but always rewarding to work towards finding ways in which our collective interest in the past can be translated into projects that produce both good archaeological data and tangible benefits for aboriginal communities.

Re-Thinking Subsistence on the Northwest Coast: The Value of Zooarchaeology in Contemporary Struggles over Fish and Wildlife in Alaska

Madonna L. Moss

The term «subsistence» is routinely used by archaeologists to refer to how a group of people obtains basic food and shelter. In North America, the focus of most subsistence studies has been on how people acquire food, whereas studies of «shelter» focusing on dwellings, houses, other domestic architecture, village layout, etc., fall within the realm of spatial, household, or community archaeology. In zooarchaeological and paleoethnobotanical studies, the term «subsistence» is frequently used, and «subsistence» is also commonly used as an adjective, as in «subsistence strategies», «subsistence pattern», «subsistence economy» or «subsistence-settlement system». Reitz and Wing (Reitz y Wing, 1999, 2008: 28) state that «[s]ubsistence research requires study of both the biological needs that diets meet and the strategies by which humans procure dietary components.» They also state that «[s]ubsistence strategies are the target of most current zooarchaeological research» (Reitz y Wing, 1999, 2008: 28), although in 2008, they qualified this to say that [s]ubsistence strategies are the target of *much* research» (Reitz and Wing, 2008: 28; emphasis mine).

To speakers of English, «subsistence» is understood as the means of making a living. Despite its superficial simplicity, the term actually has multiple meanings in different contexts. For example, «subsistence» is often assumed to mean the bare minimum necessary to survive economically. For example, a subsistence economy is defined as one:

> «in which a group attempts to produce no more output per period than they must consume in that period in order to survive, but do not attempt to accumulate wealth or to transfer productivity from one period to the next. In such a system, a concept of wealth may not exist, and there is a reliance on renewal and reproduction within the natural environment. For this reason subsistence economies are often lauded by environmentalists who consider investment economies to be too much of a strain on the environment (Wikipedia, 2009)».

While the minimalism or marginality of subsistence is recognized as difficult and challenging, at the same time it can be valorized, as in the above quote in which a subsistence economy is praised for its low impact on the environment. Anything beyond the bare minimum is not really «subsistence» by these definitions. In this paper, I suggest that the pre-contact Tlingit and Haida economies —and possibly those of other Northwest Coast groups— were not merely «subsistence» economies. Members of these societies worked hard to acquire wealth, above and beyond what was necessary to merely survive. This is just one of many complications in debates over the varied meanings of «subsistence» and how the term is used today.

I recognize that the meanings attached to the English word, «subsistence,» and its use in Anglo-American archaeology may differ from the meaning of *subsistencia* (or an equivalent) in Spanish and its use in Spanish Archaeology or Latin American Archaeology. In Mexico, for example, I understand that «subsistence» generally refers to agriculture conducted by farmers who raise crops for their own use, not for sale at markets. My use in this paper is also narrowed by the fact that I will focus on use of animals by fishing, collecting, gathering, and hunting; I will not address plant use.

The term «subsistence» has an interesting history in anthropology and even more convoluted history in Alaska. Today, it is a term embraced by some Alaska Natives as denoting a lifestyle worthy of legal protection. It is a term rejected by other Alaska Natives because of pejorative connotations, some of which can be traced back to its 19th century usage by social scientists. Some people believe that subsistence is under threat in Alaska; others believe that fish and wildlife are under threat by subsistence uses. The specific threats to subsistence, or to fish and wildlife, are perceived differently in different communities.

In this paper, I deconstruct the term «subsistence» for the ultimate purpose of showing how received knowledge and conventional ways of thinking limit the impact archaeology can have in the modern world. I start by discussing the origins of the term «subsistence» in anthropology to show how the term is burdened with cultural evolutionary, ethnocentric, and racialist connotations that remain with us today. I then focus on subsistence in Alaska, where the term has been defined and re-defined in laws enacted by both the U.S. federal government and the State of Alaska, two entities that control different tracts of land and water. «Subsistence» in Alaska has been a site of considerable political struggle, between state and federal governments, between rural and urban communities, and between Alaska Natives and non-Native Alaskans. The laws, and the regulations that have been developed to institutionalize them, have evolved over the last 30+ years into a complex maze that Alaska Natives are forced to navigate. Many cultural anthropologists are now employed by state and federal governments, and they play key roles in the documentation,

legitimization, and bureaucratization of subsistence. Although cultural anthropologists have contributed to knowledge and management of subsistence, the work of archaeologists —and for the purposes of this paper, the work of zooarchaeologists— has heretofore not made a significant impact. Contemporary struggles over «subsistence» reflect both the colonialist history of the term and how anthropologists have mediated between Native and government interests. I then illustrate some of the diversity of perspectives on subsistence in Alaska Native communities and how archaeological perspectives on «subsistence» are too narrowly conceived to make much of a difference in contemporary struggles. «Rethinking subsistence» involves evaluating the results of our work in ways that can help bridge the gaps between Native and non-Native perspectives, and between fishers, hunters, collectors, and regulators.

Before now, zooarchaeology has not played much of a role in struggles over subsistence rights and uses. Yet zooarchaeology has enormous potential to build new knowledge about long term subsistence practices—knowledge that not only is of academic interest, but also can contribute substantially to better management of fish and wildlife. The long-term perspective of zooarchaeology is of crucial importance because it documents times before industrial depletion of fish and wildlife in the 20th century. It still remains true that much contemporary ecological research conducted by biologists is based on local field studies of relatively short duration, usually since the 1950s. Yet in the late 20th century and even today, many fish and wildlife populations in Alaska were and are still suffering the cumulative effects of earlier over-exploitation. Pauly (1995) pointed out that policy makers and resource managers base many decisions on recent observations or on historical catch statistics that may span just a few decades (Erlandson y Rick, 2008: 1). Pauly termed this the «shifting baselines syndrome,» where fisheries managers use a relatively recent historical baseline to manage fisheries without full recognition that the baseline itself is a consequence of drastic reductions having already occurred. Decisions continue to be made upon baselines that are not only «shifting,» but receding.

Zooarchaeology has demonstrated that Alaska Natives successfully and sustainably harvested fish and wildlife for thousands of years. For example, investigations at Coffman Cove suggest not just 4000+ years of salmon use, but over 4000 years of resource ownership and stewardship of salmon. This helps counter that idea that the landscape of Alaska has been a «pristine wilderness» free from human impacts for over 12,000 years. Southeast Alaska has been a strongly humanized landscape for millennia, and the fish and wildlife of southeast Alaska have been adapting to human activity for a very long time. Resource managers should not expect to return ecosystems to a state of pre-industrial equilibrium; such equilibrium may have never existed. Alaska ecosystems have been dynamic systems in which humans have played leading roles for millennia. We should also consider how societies conceived of or failed to recognize environmental impacts they faced, and how they responded or adapted to change (Kirch, 2005: 432). Zooarchaeology has the potential to reveal genuinely new information about the long-term histories of fish and wildlife.

In Alaska, state and federal governments tightly regulate «subsistence use» of animals by Alaska Natives. Anderson (Anderson, 2001: 317) claims that Alaska Natives are subject to more federal laws, regulations, court decisions, and administrative rulings than any other Indigenous group in the United States. As will be shown, subsistence use of fish and game in Alaska is tangled in a web of contradictory and complex state and federal legislation and regulation. The institutional structures that have metastasized with sub-

sistence regulation illustrate how technologies of government have re-structured people's lives and livelihoods. I argue that zooarchaeological research can help Alaska Natives assert their rights to continue to use resources as they have for thousands of years in an increasingly bureaucratic world. As will be shown, use of fish and wildlife is central to Alaska Natives' on-going struggles to retain their cultures and identities.

Subsistence is very much about race and the struggle of Alaska Natives to maintain their cultures in the face of global homogenization. This article points to ways archaeologists, especially zooarchaeologists, can re-evaluate our social roles and contribute to the de-colonization of subsistence.

The Excluded Factor in Hunter-fisher-gatherer: From Tierra del Fuego to the Northwest Coast.

Assumpció Vila & Jordi Estévez

The processes of social development at the geographical extremes of the American Pacific coast resulted in very different hunter-fisher-gatherer societies, despite the apparent environmental similarities. Comparing these two developments may be a way to understand the intrinsic features and fundamental causes of change in HFG societies. Staring from a non-systemic dialectical perspective that allows for internal contradictions in society, we seek to contribute to the formulation of a general explanatory model that embraces local models, including their general trends and specific contradictions.

Beginning with first human settlement, we present a brief comparative review of the historical trajectories of the North West Coast and Tierra del Fuego in order to expose the causes of their distinct outcomes. We will try to show when and why these developments diverge.

First we have to emphasize that human societies are composed of men and women in the context of specific historical relationships that create different types of societies, and that human societies are by definition «not natural.» No ethnographically known societies were primitive or prehistoric. At any specific moment of their history, these HG societies had long historical trajectories and well developed relationships between men and women that were the consequence of human experience accumulated over millennia: expertise and techniques they acquired by trying to manage the resources (that they recognized as useful) to survive and balancing their own reproduction. These gender relations necessary to reproduce society were historically determined from crises, disturbances and changes. The differences in the sexual division of labor between diverse societies proves that a persons sex does not preclude (or determine) certain jobs, and that the varied and sophisticated kinship relations, social interdictions and rules that control most activities reveal that relations of reproduction are not a direct consequence of some alleged instincts. The sexual division of labor is often simplified by saying, «men hunted and fished while women gathered plant foods or intertidal shellfish». By only specifying the food capture processes, it may appear that there is equality or complementarity in the in subsistence efforts. In fact, most the products require extensive processing (tasks that may be reserved to women as is the case in the NWC) before they can be finally consumed.

Most of the explanations for TdF and the NWC are based on an assumption that the process of human reproduction is natural: the number of children in HG societies is

controlled and restricted the by «Nature» before technological developments (which is of course not natural) and it is the same Nature that allows later societies (with a sedentary lifestyle) to multiply offspring geometrically. Thus, following explicit assumptions from the sixties, some scholars argue that the environment limits and adjusts population to a maximum carrying capacity, or that because nomadic HG mothers could not carry more than two children at a time they therefore had to space births or practice active or passive infanticide, or that prolonged breastfeeding effectively reduces pregnancies... But they also suggest that these problems of mobility or the insecurity and scarcity of resources and are lesser in the case of canoeists (who had a means of transport), and that therefore canoeists would have had fewer restrictions on reproduction than terrestrial inland HG. This should explain why population density in the Beagle Channel region was substantially higher than among neighboring HG societies of mainland Patagonia at the end of the nineteenth century.

Some scholars on the other theoretical extreme have suggested that the population increase is a factor always present (because of the natural fertility of the human species), and has stimulated to take immediately advantage of the new technological developments that were occurring.

We agree with the various authors who argue for rapid growth and high population densities in some coastal HG, because the exploitation of coastal resources, the varied sources and the supplies of mussels provide a safety valve. This produces a resource stability that initially allowed for very rapid population growth and for the attainment of a relatively high population density.

However arguments of «of course» or that invoke a natural fertility rate are questionable. How could a natural fertility rate have produced an uncontrolled population increase followed automatically by a stabilizing reduction in fertility? Fluctuation in population size is not a natural or independent variable. Production and reproduction form a unity and therefore human reproductive potential puts pressure on the development of the productive forces as a whole. But reproductive potential does not just stimulate or alternatively support the development of technology and production strategies, it also acts on strategies for the organization of reproduction (on the social relationships between men and women that re-produce the workforce). People tried to control this potential (in positive or negative ways) developing social strategies and techniques for organizing social relationships.

In all known societies, the relations between the sexes are fully interrelated and socially regulated. The process interrelating sex, pregnancy, childbirth and parenting has no universal form or mechanism, as we would expect if it were strictly a natural biological process, instead it is socially manipulated (mediated): there are social ways to encourage, to pressure or to regulate, reproduction that range from the application of physical force to ideological coercion, from the simple to the most sophisticated. Therefore any attempts to formulate an explanation for social processes, like those in the NWC and TdF, should consider how relations of reproduction are articulated. We have to know and understand how is the regeneration of the labor force structured, because this is the base on which the society is constructed and on which we have to develop explanations for any other relationships.

In these HG societies, the relations of reproduction dominate the relations of production. This dominance of reproduction over the whole system is illustrated in post-contact time TdF and NWC societies: aboriginal societies did not collapse because of technical problems or because they could not produce the food that they needed, but rather because

they could not replace the lives lost due to European contact. And afterwards, because of their numerical inferiority resulting from the reduced reproductive efficiency («efficiency should be described as the relationship between new lives constantly integrated into the system and population size that is achieved with them...» «The main determinant of the efficiency is the duration of reproductive lives»; MacInnes, 2008) of native women compared to non-native women. This difference is easy to understand because non-natives were resistant to common European diseases and because they lived at a higher economic level, and consequently had better health. They were also integrated in an ideological system that legitimated policies favoring reproduction.

However, the recovery of aboriginal populations during the second half of the twentieth century demonstrates their capacity to double their numbers in a few generations. This suggests, by pure mathematics, that strategies to manage reproduction must have existed throughout prehistory in the NWC as well as in TdF, regardless of the size of the pre-contact population. Thus, it is interesting to compare the dynamic management of the relationship between production and reproduction, in both places, and to note that at some point these processes evidently did began to diverge. Current data currently shows that at the arrival of Europeans the NWC was actually much more densely populated than was TdF (although there were high population densities relative to other HG of the extreme South). We seek to explain the diverging histories of the NWC and TdF based on the contradiction between production and reproduction and the different ways of managing reproduction in the two historical processes. We will explore why reproductive strategies did not have the same effect in TdF and the NWC, despite their having some similar starting points in terms of chronology and the types of resources they initially exploited.

If the variety of resources and the abundance of mussels allowed a relaxing of reproductive controls and thus achieving relatively high rates of population, then the reduction or disappearance of mussels (probably by over-exploitation or because of some environmental change) should have lead to a major crisis. The emphasis on fishing salmon, herring, candlefish (anadromous fishes)... was, in principle, the least costly alternative for the NWC because such fishing required neither major technological development nor a dramatic increase of male labor. In addition, using the traditional systems of capture allowed them to overcome the problems of diminishing returns without encountering any immediate limits. The only problem was that all the captures (which could theoretically supply the bulk of annual food needs) had to be processed quickly, and this processing required a significant quantity of female labor. In short, once they had opted for increasing fishing as an economic alternative, they fell into a trap of need an increasing female labor force, of intensifying work done by women and correspondingly a need for rapid population growth.

As different authors have already pointed out and as the history of the «iron chink» machine clearly demonstrates, the ability to process the fish captured was the true «bottleneck» in the salmon (anadromous fishing) economy. The system favored groups of people with access to the best fishing spots, but above all those groups that could better mobilize the necessary labor force to take advantage of their moments of over-abundance.

This apparently inexhaustible supply of fish, despite the traditional mass capture techniques and the relative slight effort invested in their capture, produced a new contradiction. The limit on the system shifted from the environment to processing capacity. But the more fish captured, the more «women's» labor that was needed. These circumstances would generate a spiraling geometric population increase: more demand provokes the need to increase production; this increased the population that again increased the demand and so on.

In this context, the most profitable way to meet growing labor needs would be for males to capture women because these women would not need additional training to become a profitable labor force. From our point of view, it is likely that this system, freed from the limits of the contradiction between production and reproduction typical for HG societies, transformed into an expansive system (as did the farming systems) and began to incorporate the neighboring societies. This release of reproductive force is the dominant factor underlying other causes for NWC development and it drove the evolution of NWC society.

In areas like the Columbia River, the Fraser River and perhaps the Nass/Skeena rivers, an expansive system would affect other neighboring areas through escalating violence and the widespread coercion not only of women but also of other segments of the population. This violence and coercion would also provoke counter-reactions.

With the entry of the Europeans, societies redirected the over-production to exchange, and to the increase of wealth and power for the old managers. The system of subjective value changed radically elaborating old tendencies including violence and a struggle to obtain (retain) a labor force and so on.

The major shortfall to understanding these processes is archaeological. As stated by Hayden, the problem of the origin of inequality is essentially an archaeological problem and should be solved with archaeological data. Since the existing archaeological evidence allows varied, multiple and opposed interpretations, it is clear that we must rethink the current archaeological record and plan on how to get a new one. If the social relations between women and men are the base line, then we need to define their archaeological dimensions in the relationships between archaeological data. In this sense, we believe the Ethno-archaeological approach can produce advances in archaeological science, by developing new methodological tools and verification systems and by overcoming the ambiguity of the archaeological record.

BIBLIOGRAFÍA

Abbot, D. (1963). *Report on the Archaeological Survey of Provincial Parks*. Report on file with the Archaeology Branch, Ministry of Tourism, Culture and the Arts, Victoria, B.C.
Aberle, D. F. (1959). «The Prophet Dance and Reactions to White Contact», *Southwestern Journal of Anthropology* 15 (2), 74-83.
Acheson, S. (2005). «Gwaii Haanas Settlement Archaeology». En D. W. Fedje, y R. W. Mathewes, *Haida Gwaii: Human History and Environment from the Time of Loon to the Time of the Iron People*, Vancouver, UBC Press, 303-336.
Ackerman, R. E. (1989). «Early subsistence patterns in southeastern Alaska». En B. V. Kennedy y G. M. Lemoine, *Diet and Subsistence: Current Archaeological Perspectives*, Calgary, The Archaeological Association of the University of Calgary, 189-197.
Ackerman, R. E.; Reid, K. C.; Gallison, J. D. y Roe, M. E. (1985). *Archaeology of Heceta Island: A Survey of 16 Timber Harvest Units in the Tongass National Forest, Southeastern Alaska*. Report No. 3. Pullman, Washington State University: Center for Northwest Anthropology.
Ackerman, R. E.; Reid, E. K. y James, G. (1989). *Hecata Island: An early maritime adaptation*. Pullman, Washington State University Press.
Adams, J. W. (1981a). «Recent Ethnology of the Northwest Coast», *Annual Review of Anthropology* 10, 361-392.
Adams, R. N. (1981b). «Natural selection, Energetics, and 'Cultural Materialism'», *Current Anthropology* 22 (6), 603-624.
Al-Suwaidi, M. H. M. H. H. (2005). *A multi-disciplinary study of Port Eliza cave sediments and their implications for human coastal migration.* Tesis MA. Sc. Simon Fraser University, Burnaby, B.C.
Alexander, D. (1992). «A Reconstruction of Prehistoric Land Use in the Mid-Fraser River Area Based on Ethnographic Data». En B. Hayden, *A Complex Culture of the British Columbia Plateau*, Vancouver, University of British Columbia Press, 99-176.
Allaire, L. (1997). «The Cultural Sequence of Gitaus: A Case of Prehistoric Acculturation». En G. F. Macdonald *et al., Skeena River prehistory*, Ottawa, National Museums of Canada, 21-52.
Ames, K. (1981). «The Evolution of Social Ranking on the Northwest Coast of North America», *American Antiquity* 46 (4), 789-805.
— (1983). «Towards a General Model of the Evolution of Ranking among Foragers». En R. J. Nash, *The Evolution of Maritime Cultures on the Northeast and Northwest Coasts of North America*, Burnaby, BC., Simon Fraser University, 173-184.
— (1985). «Hierarchies, stress and logistical strategies among hunter-gatherers in northwestern North America». En T. D. Price y J. A. Brown, *Prehistoric historic Hunter-Gatherers: the Emergence of Cultural Complexity*, Orlando, 155-180.
— (1991). «The archaeology of the longue duree: temporal and spatial scale in the evolution of social complexity on the southern Northwest Coast», *Antiquity* 65, 935-945.
— (1994). «The Northwest Coast: Complex hunter-gatherers, ecology, and social evolution», *Annual Reviews in Anthropology* 23, 209-229.
— (1995). «Chiefly Power and Household Production on the Northwest Coast». En T. D. Price y G. M. Feinman, *Foundations of social inequality*, New York, Plenum Press, 155-187.
— (1996). «Life in the Big House: Household Labor and Dwelling Size on the Northwest Coast». En G. Coupland y E. B. Banning, *People who lived in big houses: archaeological prespectives on large domestic structures*, Madison,Wi., Prehistory Press, 131-150.
— (2001). «The Archaeology of Slavery», *World Archaeology* 33 (1), 1-17.
— (2002). «Going by boat: the forager-collector continuum at sea». En B. Fitzhugh y J. Habu, *Beyond foraging and collecting: evolutionary change in hunter-gatherer settlement systems*, New York, Kluwer Academic- Plenum, 19-52.
— (2004). «Supposing Hunter-Gatherer Variability», *American Antiquity* 69 (2), 364-374.
— (2005). «Intensification of Food Production on the Northwest Coast and Elsewhere». En D. Deur y N. J. Turner, *Keeping It Living*, Vancouver, UBC Press, 67-100.
— (2006). «Thinking about Household Archaeology on the Northwest Coast». En E. A. Sobel *et al., Household Archaeology on the Northwest Coast*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, 16-36.
— (2007). «The Archaeology of Rank». En R. Bentley *et al., Handbook of Archaeological Theories*, Lanham, AltaMira Press, 487-513.
Ames, K. y Maschner, H. D. G. (1999a). *Peoples of the northwest coast : their archaeology and prehistory*. London, Thames & Hudson.

Ames, K. y Maschner, H. D. G. (1999b). *Peoples of the Northwest Coast: their archaeology and prehistory*. New York, Thames and Hudson.

Ames, K.; Raetz, D. F.; Hamilton, S. y McAfee, C. (1992). «Household Archaeology of a Southern Northwest Coast Plank House», *Journal of Field Archaeology* 19, 275-290.

Amoros, C. (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos.

Amoss, P. (1981). «Coast Salish Elders». En P. Amoss y S. Harrell, *Other Ways of Growing Old*, Stanford, California, Stanford University Press, 227-248.

Anderson, M. K. (2005). *Tending the Wild: Native American Knowledge and the Management of California's Resources*. Berkeley, University of California Press.

Anderson, R. T. (2001). «Book Review of Alaska Natives and America Laws» (2nd ed.) by David S. Case & David Avraham Voluck, *Alaska Law Review* XVIII, 317.

Angelbeck, B. (2007). «Conceptions of Coast Salish Warfare, Or Coast Salish Pacifism Reconsidered: Archaeology, Ethnohistory, and Ethnography». En B. G. Miller, *Be of Good Mind: Essays on the Coast Salish*, Vancouver, UBC Press, 260-283.

— (2009). *They Recognize No Superior Chief. Power, Practice, Anarchism, Warfare in the Coast Salish Past*. Tesis Doctorado. University of British Columbia, Vancouver.

Angelbeck, B. y Grier, C. (2009). *Anarchism and the Archaeology of Anarchic Societies: Alternatives to Centralization in the Central Northwest Coast* (manuscrito).

Angelbeck, B. y Mclay, E. (2009). *The Battle of Maple Bay: An Analysis of Oral Histories of a Postcontact Event* (manuscrito).

Anonymous (2009). «Summer Activities: Hiking Grouse Grind». (Grouse Mountain Resorts) En: http://www.grousemountain.com/Summer/summer-activities/vancouver-bc-hiking-trails-trips/grouse-grind.asp, [acceso en: 2009].

Arcas (1996). *Archaeological investigations at the Beach Grove Site.* Vancouver. Reports Archaeological Branch Permit 1995-016. ARCAS Consulting Archeologists.

— (1999). *Archaeological Investigations at Tsawwassen, B.C.* Vol. IV: Interpretation. Vancouver, ARCAS Consulting Archeologists.

Archer, C. I. (1994). *Los viajes de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, 1775 y 1779*. En: http: //derroteros.perucultural.org.pe/textos/juan.doc.

Archer, D. (2001). «Village Patterns and the Emergence of Ranked Society in the Prince Rupert Area». En J. Cybulksi, *Perspectives on Northern Northwest Coast Prehistory*, Ottawa, National Museum of Canada, 203-222.

Argelés, T.; Bonet, A.; Clemente, I.; Estévez, J.; Gibaja, J.; Lumbreras, L. G.; Piqué, R.; Rios, M.; Taulé, M. A.; Terradas, X.; Vila, A. y Wünsch, G. (1995). «Teoría para una praxis: Splendor realitatis», *Trabalhos de Antrop. e Etnol*. 35 (1), 501-507.

Arima, E. Y. (1991). *Between Ports Alberni and Renfrew: notes on West Coast peoples*. Mercury series, 121. Hull, Quebec, Canadian Ethnology Service.

Atwater, B. E.; Nelson, A. R.; Clague, J. J.; Carver, G. A.; K.Yamaguchi, D.; Bobrowsky, P. T.; Bourgeois, J.; Darienzo, M. E.; Grant, W. C.; Hemphill-Haley, E.; Kelsey, H. M.; Jacoby, G. C.; Nishenko, S. P.; Palmer, S. P.; Peterson, C. D. y Reinhm, M. A. (1995). «Summary of Coastal Geologic Evidence for Past Great Earthquakes al the Cascadia Subduction Zone», *Earthquake Spectra* 2, 1-18.

Averkieva, I. P. (1966). *Slavery among the indians of North America*. Moscow, URSS Academy of Sciences.

— (1971). «The Tlingit Indians». En E. B. Leacock y N. O. Lurie, *North American Indians in Historical perspective*, New York, Random House, 317-342.

Bacon, C. R. y Lanphere, M. A. (2006). «Eruptive history and geochronology of Mount Mazama and the Crater Lake region, Oregon», *Geological Society of America Bulletin* 118 (11-12), 1331-1359.

Bakunin, M. (1970 [1871]). *God and the State*. New York, Dover.

Balme, J. y Beck, W. (eds.) (1995). *Archaeology and Feminism. Views on the origins of the division of labour*. Gendered archaeology, Canberra, ANH Publications, Research School of Pacific and Asian Studies.

Bancroft, H. H. (1874). *The native races of the Pacific states of North America*. San Francisco, A. L. Bancroft & Co.

Barbeau, M. (1950). *Totem poles*. Ottawa, E. Cloutier, King's Printer.

Barceló, J.; Vila, A. y Argelés, T. (1994). «KIPA: A computer program to analize the social position of women in hunter-gatherer societies». En I. Johnson, *Methods in the mountains*, Sydney, Univ. Sydney, 165-172.

Barfield, T. J. (2004). «Problems in Establishing Legitimacy in Afghanistan», *Iranian Studies* 37 (2), 263–293.

Barnett, H. G. (1938). «The Nature of the Potlatch», *American Anthropologist* 40 (3), 349-358.

— (1939). *Gulf of Georgia Salish.* Berkeley, Calif., University of California press.

— (1944). «Underground Houses on the British Columbian Coast», *American Antiquity* 9 (3), 265–270.

Barnett, H. G. (1955). *The Coast Salish of British Columbia*. Studies in Anthropology, 4. Eugene, University of Oregon Monographs.
Bate, F. (1986). «El modo de producción cazador-recolector o la economía del salvajismo.», *Boletin de Antropología Americana* 13, 5-31.
Batten, D. C. (1998). «Transport and urban growth in preindustrial Europe: Implications for archaeology», *Human Ecology* 26 (3), 489-516.
Baumhoff, M. (1963). «Ecological determinants of aboriginal California populations», *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 49, 155-235.
Beattie, O. B. (1980). *An Analysis of Prehistoric Human Skeletal Material From the Gulf of Georgia Region of British Columbia*. Tesis PhD. Department of Archaeology, Simon Fraser University. Burnaby, B.C.
Belcher, W. R. (1985). «Shellfish Utilization among the Puget Sound Salish», *Northwest Anthropological Research Notes* 19 (1), 83-92.
Bernabeu, S. (1995). *Trillar los mares: la expedición descubridora de Bruno de Hezeta al Noroeste de América*. Madrid, CSIC-Fundación BBV.
Bernick, K. (1983). *A site catchment analysis of the Little Qualicum River site, DiSc 1: a wet site on the east coast of Vancouver Island, B.C.* Ottawa, National Museums of Canada.
— (1995). «Stylistic Characteristics of Basketry From Coast Salish Area Wet Sites». En K. Bernick, *Hidden Dimensions: the Cultural Significance of Wetland Archaeology*, Vancouver, B.C., UBC Press, 139-156.
Berry, K. (2000). «Prehistoric Salmon Utilization at the K3eatley Creek Site». En B. Hayden, *The Ancient Past of Keatley Creek*, Burnaby, B. C., Archaeology Press, 135-142.
Bertelsen, R.; Lillehammer, A. y Naess, I. E. (eds.) (1987). *Were They All Men?: An Examination of Sex Roles in Prehistoric Society*. Stavanger, Arkeologist museum i Stavanger.
Binford, L. R. (1980). «Willow smoke and dogs' tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation», *American Antiquity* 45 (1), 4-20.
Binford, L. R. y Binford, S. R. (1966). «A preliminary analysis of functional variability in the Mousterian of Levallois facies», *American Anthropologist* 68 (2), 238-295.
Birdsell, J. B. (1968). «Some Predictions for the Pleistocene based on equilibrium systems among recent hunter-gatherers». En R. Lee, y I. Devore, *Man the Hunter*, Chicago, Aldine Pub. Co., 229-240.
Bishop, C. A. (1983). «Limiting Access to Limited Goods: the Origins of Stratification in Interior British Columbia». En E. Tooker, *The Development of Political Organization in Native North America*, Washington, D.C., American Ethnological Society, 148-164.
Blaise, B.; Clague, J. J. y Mathewes, R. W. (1990). «Time of maximum Late Wisconsin glaciation, West Coast of Canada», *Quaternary Research* 34 (3 November), 282-295.
Blais-Stevens, A.; Clague, J. J.; Mathewes, R. W.; Hebda, R. J. y Bornhold, B. D. (2003). «Record of large, Late Pleistocene outburst floods preserved in Saanich Inlet sediments, Vancouver Island, Canada», *Quaternary Science Reviews* 22 (21-22), 2327-2334.
Blake, M. y Clark, J. E. (1999). «Emergence of Hereditary Inequality: the Case of Pacific Coastal Chiapas, Mexico». En M. Blake, *Pacific Latin America in Prehistory: the Evolution of Archaic and Formative Cultures*, 55–73. Pullman, Washington State University Press.
Blukis-Onat, A. (1985). «The Multifunction Use of Shellfish Remains: From Garbage to Community Engineering», *Nortwest Anthopological Research Notes* 19 (2), 201-207.
Blyth, G. Y. (1991). *Salmon canneries: British Columbia North Coast*. Lantzville (B.C.), Oolichan Books.
Boas, F. (1891). *Sagen aus Britisch-Columbien*. Berlin, A. Asher.
— (1902). *Tsimshian texts*. Bureau of American Ethnology 27. Washington, D.C., Smithsonian Institution.
Boas, F. y Tate, H. W. (1916). *Tsimshian mythology : based on texts recorded by Henry W. Tate.* Washington, Government Printing Office. The U.S. Bureau of Ethnology.
Boas, F.; Bouchard, R.; Kennedy, D. I. D. y Bertz, D. (2002). *Indian myths & legends from the North Pacific Coast of America: a translation of Franz Boas*. 1895 edition of *Indianische Sagen von der Nord-Pacifischen Küste Amerikas*. Vancouver, Talon Books.
Boehm, S. G. (1973). *Cultural and non-cultural variation in the artifact and faunal samples from the St. Mungo Cannery site, DgRr 2.* Tesis Master. University of Victoria, Victoria, B.C.
Bookchin, M. (1991). *The Ecology of Freedom: the Emergence and Dissolution of Hierarchy*. Montreal, Black Rose Books.
Borden, C. E. (1961). *Fraser River archaeological project*. Ottawa, Dept. of Northern Affairs and National Resources.
— (1970). «Culture history of the Fraser delta region: An outline». En R. L. Carlson, *Archaeology in B.C., New Discoveries*, Vancouver, B.C. Studies, 95-112.
— (1975). *Origins and development of early Northwest Coast culture to about 3000 B.C.* Mercury series 1. Ottawa, National Museum of Canada.
— (1979). «Peopling and Early Cultures of the Pacific Northwest», *Science, New Series* 203 (4384), 963-971.

Borden, C. E. (1983). «Prehistoric Art of the Lower Fraser Region». En R. L. Carlson, *Indian Art Traditions of the Northwest Coast*, 130-165. Burnaby, B.C., Archaeology Press, Simon Fraser University.

Botkin, S. (1980). «Effects of human exploitation on shellfish populations on Malibu Creek, California». En T. K. Earle y A. L. Christenson, *Modeling Change in Prehistoric Subsistence Economies*, New York, Academic Press, 121-139.

Boyd, R. T. (1985). *The introduction of infectious diseases among the Indians of the Pacific Northwest, 1774-1874*. Tesis Doctorado. University of Washington, Seattle.

— (1986). «Strategies of Indian burning in the Willamette Valley», *Canadian Journal of Anthropology* 5 (1), 65-86.

— (1990). «Demographic History: 1774-1874». En W. Suttles, *Handbook of North American Indians* 7, Washington DC, Smithsonian Insitution, 135-148.

Brightman, R. (1996). «The sexual division of foraging labor: biology, taboo and gender politics», *Comparative Studies in Society and History* 38 (4), 687-729.

Broderick, M. (1980). «Blood, Fat, Resin and Starch from Stone Tools». *13th Annual Meetings of the Canadian Archaeological Association*, .-Saskaton-

Brookfield, H. C. (1984). «Intensification Revisited», *Pacific Viewpoint* 25(1), 1-15.

Brown, D. (1996). «Historic and Ancient Social Interaction in the Halkomelem Culture Region of the Central Northwest Coast». *61st Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. New Orleans, L.A.

— (2003). «Shell Middens and Midden Burials in Southern Strait of Georgia Prehistory». En R. L. Carlson, *Archaeology of Coastal British Columbia: Essays in Honour of Philip M. Hobler*, Burnaby, BC., Archaeology Press, Simon Fraser University, 153-164.

Burch, E. S. y Ellanna, L. J. (eds.) (1994). *Key issues in hunter-gatherer research*. Oxford-England; Providence, Berg.

Burley, D. V. (1979). «The Marpole Site Reassessed: An Account of Excavations Conducted by Vancouver City College in 1973», *The Midden* 11 (4), 3-7.

— (1980). *Marpole: anthropological reconstructions of a prehistoric Northwest culture type. Burnaby, B.C.*, Dept. of Archaeology, Simon Fraser University.

— (1988). *Senewélets: culture history of the Nanaimo Coast Salish and the False Narrows Midden*. Victoria, Royal British Columbia Museum.

Burley, D. V. y Knüsel, C. (1989). «Burial Patterns and archaeological intepretation: Problems in the recognition of ranked society in the Coast Salish region». *Circumpacific Prehistory. Development of hunting-fishing-gathering maritime societies along the west coast of North America*, Pullman, Washington State University Press.

Butler, V. L. (1990). *Distinguishing natural from cultural salmonind deposits in Pacific Northwest*. Tesis PhD. University of Washington, Seattle.

— (1993). «Natural versus cultural Salmonid remains. Origins of the Dalles roadcut bones, Columbia River, Oregon, U.S.A», *Journal of Archaeological Science* 20, 1-24.

Butler, V. L. y Campbell, S. K. (2004). «Resource Intensification and Resource Depression in the Pacific Northwest of North America: A Zooarchaeological Review», *Journal of World Prehistory* 18 (4), 327-405.

Butler, V. L. y Chatters, J. C. (1994). «The role of bone density in structuring prehistoric salmon bone assemblages», *Journal of Archaeological Science* 21, 413-424.

Butler, V. L. y O'connor, J. E. (2004). «9000 years of salmon fishing on the Columbia River, North America», *Quaternary Research* 62, 1-8.

Callaway, D. G. (2001). «Methods used in Ethnographic Inquiry in Alaska.», *CRM: The journal of Heritage Stewardship* 5, 30-33.

Calvert, S. G. (1970). «The St. Mungo Cannery Site: A Preliminary Report». En R. L. Carlson, *Archaeology in B.C., New Discoveries*, 54-76.

Calvert, S. G. (1980). *A cultural analysis of faunal remains from three archaeological sites in Hesquiat Harbour, B.C.* Tesis PhD. UBC,Vancouver.

Cameron, A. (1981). *Daughters of Copper Woman*. Vancouver, Press Gang Publisher.

Cameron, C. M. y Duff, A. (2008). «History and Process in Village Formation: Context and Contrasts From The Northern Southwest», *American Antiquity* 73 (1), 29-57.

Campbell, J. (1983). *The Way of the Animal Powers*. Historical Atlas of World Mythology, vol. 1. San Francisco, Harper and Row.

Cannon, A. (1991). *The Economic Prehistory of Namu*. Report, 19. Burnaby, Simon Fraser University Archaeology Press.

— (1996a). «The Early Namu Archaeofauna». En R. L. Carlson y L. Dalla Bonna, *Early Human Occupation in British Columbia*, Vancouver, BC., UBC Press, 103-110.

— (1996b). «Scales of Variability in Northwest Salmon Fishing». En M. G. Plew, *Prehistoric Hunter-Gatherer Fishing Strategies*, Boise, Department of Anthropology, Boise State University, 25-39.

Cannon, A. (2000). «Settlement and Sea-Levels on the Central Coast of British Columbia: Evidence from Shell Midden Cores», *American Antiquity* 65 (1), 67-77.
— (2001). «Was salmon important in Northwest Coast Prehistory?». En S. C. Gerlach y M. S. Murray, E. *People and Wildlife in Northern North America: Essays in Honor of Dale Guthrie*, Oxford, Archaeopress, 178-187.
— (2003). «Long-term Continuity in Central Northwest Coast Settlement Patterns». En R. L. Carlson, *Archaeology of Coastal British Columbia: Essays in Honour of Professor Philip M. Hobler*, Burnaby, BC., Archaeology Press, Simon Fraser University, 1-12.
Cannon, A. y Yang, D. (2006). «Early Storage and Sedentism on the Pacific Northwest Coast: Ancient DNA Analysis of Salmon Remains from Namu, British Columbia», *American Antiquity* 71, 123-140.
Cannon, A.; Yang, D. Y. y Speller, C. F. (sin fecha) «Site-Specific Salmon Fisheries on the Central Coast of British Columbia». En M. L. Moss y A. Cannon, *The Archaeology of North Pacific Fisheries*, Fairbanks, University of Alaska Press (submitted).
Carlson, C. (1979). «The Early Component at the Bear Cove site, B.C.», *Canadian Journal of Archaeology* 3, 177-194.
— (2003a). «The Bear Cove Fauna and the Subsistence History of Northwest Coast Maritime Culture». En R. Carlson, *Archaeology of Coastal British Columbia: Essays in Honour of Professor Philip M. Hobler*, Burnaby, Archaeology Press, Simon Fraser University, 65-86.
Carlson, K. T. (2001). «Intercommunity Conflict». En K. T. Carlson, *A Sto: lo- Coast Salish Historical Atlas*, Vancouver, B.C., Douglas & McIntyre, 48-49.
Carlson, R. L. (1983). «Method and Theory in Northwest Cosat Archaeology». En R. J. Nash, *The evolution of maritime cultures on the northeast and the northwest coasts of America*, Burnaby, B.C., Dept. of Archaeology, Simon Fraser University, 27-39.
— (1996). «The Later Prehistory of British Columbia». En R. Carlson y L. Dalla Bona, *Early Human Occupation in British Columbia*, Vancouver, University of British Columbia Press, 215-226.
— (2003b). «Forward BC Archaeology Then and Now». En R. L. Carlson, *Archaeology Of Coastal British Columbia: Essays in Honour of Professor Philip M. Hobler*, VII-X. Burnaby, Archaeology Press, Simon Fraser University.
Carlson, R. L. y Dalla Bona, L. (eds.) (1996). *Early Human Occupation in British Columbia*. Vancouver, University of British Columbia Press.
Carlson, R. L. y Hobler, P. (1993). «The Pender Canal Excavations and the Development of Coast Salish Culture», *BC Studies* 99, 25-52.
Carneiro, R. L. (1970). «A Theory of the Origin of the State», *Science* 169, 733-738.
Carretero, L. (1990a). «El sistema de estratificación social en la costa Noroeste norteamericana a traves del proceso de aculturación, 1774-1921», *Revista Española de Antropología Americana* 20, 161-182.
Carretero, L. (ed.) (1990b). *John R. Jewitt, «Diario y Aventuras en Nootka»*. Madrid, Historia 16.
Case, D. S. y Voluck, D. A. (2002). *Alaska Natives and American Laws*. Fairbanks, University of Alaska Press.
Cashdan, E. (1980). «Egalitarianism among Hunters and Gatherers», *American Anthropologist* 82, 116-120.
Cassidy, S.; Cranny, M. y Murton, P. (1974). *Report of the Gulf Island Archaeological Survey.* Report on file with the Archaeology Branch. Ministry of Tourism, Culture and the Arts, Victoria, BC.
Chapman, R. (2003). *Archaeologies of Complexity*. New York, Routledge.
Chatters, J. C. (1989). «The Antiquity of Economic Differentiation within Households in the Puget Sound Region, Northwest Coast». En S. Maceachern *et al., Households and Communities*, Calgary, AB, The University of Calgary Archaeological Association, 168-178.
Chatters, J. C. y Prentiss, W. C. (2005). «A Darwinian macro-evolutionary perspective on the development of hunter-gatherer systems in Northwestern North America», *World Archaeology* 37 (1), 46-65.
Chisholm, B. (1986). *Reconstruction of Prehistoric diet in British Columbia using stable-carbon Isotopic analysis*. Tesis PhD. Simon Fraser University, Burnaby.
Chisholm, B.; Nelson, D. E. y Schwarcz, H. P. (1983). «Marine and terrestrial protein in prehistoric diets on the British Columbia coast», *Current Anthropology* 24, 396-398.
Chun, A. (1980). «Slavery as a mode of exchange among the Kwakiutl Indians of the Northwest Coast», *Chicago Anthropol. Exch* 8 (1), 4-29.
Clark, T. (2000). *Prehistoric Culture Change on Southern Vancouver Island: The applicability of current explanations of the Marpole transition*. Tesis Master. University of Victoria, Victoria, B.C.
Clastres, P. (1987). *Society Against the State: Essays in Political Anthropology*. New York, Zone Books.
— (1994). *Archeology of Violence*. New York, Semiotext(e).
Clutesi, G. (1968). *Son of raven, son of deer: fables of the Tse-shaht people*. Sidney, B.C., Gray's Publishing.
Codere, H. F. (1950). *Property: A Study of Kwakiutl Potlatching and Warfare, 1792-1930*. Monographs of the American Ethnological Society 18. New York, American Ethnological Society.

Codere, H. F. (1957). «Kwakiult society: rank without class», *American Anthropologist* 59, 473-486.
Cohen, M. (1977). *The Food Crisis in Prehistory*. New Haven, Yale University Press.
Collins, J. M. (1950). «Growth of Class Distinctions and Political Authority Among the Skagit Indians During the Contact Period», *American Anthropologist* 52, 331-342.
— (1974). *Valley of the Spirits: the Upper Skagit Indians of Western Washington*. Seattle, University of Washington Press.
— (1979). «Multilineal Descent: a Coast Salish Strategy». En R. Hinshaw, *Currents in Anthropology: Essays in Honor of Sol Tax*, New York, Mouton, 243-254.
Coupland, G. (1985). *Prehistoric cultural change at Kitselas Canyon*. Tesis Doctorado. University of British Columbia, Vancouver.
Coupland, G. (1988). *Prehistoric Change at Kitselas Canyon*. Ottawa, Canadian Museum of Civilization.
— (1991). «The Point Grey Site: A Marpole Spring Village Component», *Canadian Journal of Archaeology* 15, 73-96.
— (1996a). «The Evolution of Multi-Family Households on the Northwest Coast of North America». En G. Coupland y E. B. Banning, *People who lived in big houses: archaeological prespectives on large domestic structures*, Monographs in world archaeology 27, Madison, Wis., Prehistory Press. 121-130.
— (1996b). «This Old House: Cultural Complexity and Household Stability on the Northern Northwest Coast of North America». En J. E. Arnold, *Emergent Complexity: the evolution of intermediate societies*, 59-73. Ann Arbor, International Monographs in Prehistory.
— (1998). «Maritime Adaptation and the Evolution of the Developed Northwest Coast Pattern on the Central Northwest Coast», Artic Anthropology 35 (1), 35-56.
Coupland, G. y Banning, E. B. (eds.) (1996). *People who lived in big houses: archaeological perspectives on large domestic structures.* Monographs in world archaeology, Madison 27, Wis., Prehistory Press.
Coupland, G.; Martindale, A. R. C. y Marsden, S. (2001). «Does Resource Abundance Explain Local Group Rank Among the Coast Tsimshian?». En J. Cybulksky, *Perspectives in Northern Northwest Coast Prehistory*, Ottawa, National Museum of Canada, 221-248.
Cressman, L. S.; Cole, D. L.; Davis, W.; Newman, T. y Scheans, D. (1960). *Cultural Sequences at the Dalles, Oregon: A contribution to Pacific Northwest Prehistory*. Transactions of American Philosophy 50. Philadelphia, Transactions of American Philosophy.
Crockford, S. J. y Frederick, G. (2007). «Sea ice expansion in the Bering Sea during the Neoglacial: evidence from archaeozoology», *The Holocene* 17, 699-706.
Crockford, S. J. y Wigen, R. (2009). «The Fish». En R. G. Matson, *The Crescent Beach site and the place of the Locarno Beach phase*, Vancouver, 1-13 (http://www.arts.ubc.ca/Crescent_Beach_Book.11792.0.html).
Crockford, S. J. y Wigen, R. (1991). «Faunal Analysis Report: The fish from the 1989 and 1990 Excavations and Summary». En Matson, R. G. *et al., 1989 and 1990 Crescent Beach Excavations, Final Report*, Victoria, B.C, Archaeology Branch, 64-74.
Crockford, S. J.; Frederick, G. y Wigen, R. (2002). «The Cape Flattery fur seal: an extinct species of Callorhinus in the Eastern North Pacific?», *Canadian Journal of Archaeology* 26, 152-174.
Croes, D. R. (1976). *The Excavation of water saturated archaeological sites (wet sites) on the northwest coast of North America*. Mercury Series 50. Ottawa, National Museum of Man.
— (1992). «Exploring prehistoric subsistence change on the Northwest Coast». En Croes, D. R. *et al., Long-Term Subsistence Change in Prehistoric North America*, Greenwich, CT, JAl Press, 337-366.
Croes, D. R. (1995). *The Hoko River Archaeological Site Complex; The Wet/Dry site (45CA213), 3,000-1700 B.P.* Pullman, Washington State University Press.
Croes, D. R. y Hackenberger, S. (1988). «Hoko River archaeological complex: Modelling prehistoric Northwest Coast economic evolution». En L. I. Barry, *Prehistoric economies of the Pacific Northwest Coast*, Greenwich, Ct, JAI Press, 19-85.
Croes, D. R.; Stucki, B. y Wigen, R. (2005). *The Hoko River archaeological site complex : the rockshelter (45CA21), 1,000-100 B.P., Olympic Peninsula, Washington*. Pullman, Wash., Washington State University Press.
Curtis, E. S. (1970 [1913]). *The North American Indian: Salishan Tribes of the Coast; the Chimakum and the Quilliute; the Willapa*. The North American Indian 9. New York, Johnson Reprint Co.
Cybulski, J. S. (1994). «Culture Change, Demographic History, and Health and Disease on the Northwest Coast». En R. G. Miller y C. S. Larsen, *In the Wake of Contact: Biological Responses to Conquest*, New York, Wiley-Liss, 75-85.
— (2001a). «Human Biological Relationships for the Northern Northwest Coast». En J. S. Cybulski, *Perspectives on Northern Northwest Coast Prehistory*, Ottawa, Archaeological Survey of Canada. Canadian Museum of Civilization, 107-144.
— (ed.) (2001b). *Perspectives on northern Northwest Coast prehistory*. Mercury series Paper 160. Hull, Quebec, Canadian Museum of Civilization.

Cybulski, J. S.; Balkwill, D.; Young, G. S. y Sutherland, P. D. (1992). *A Greenville burial ground : human remains and mortuary elements in British Columbia Coast prehistory*. Mercury series 146. Hull, Canadian Museum of Civilization.

Darby, M. (2005). «The Intensification of Wapato (Sagittaria latifolia) by the Chinookan People of the Lower Columbia River». En D. Deur y N. J. Turner, *Keeping it Living: Traditions of Plant Use and Cultivation on the Northwest Coast of North America*, Seattle, University of Washington Press, 194-217.

Darienzo, M. E. y Peterson, C. D. (1990). «Episodic tectonic subsidence of late Holocene salt marshes, northern Oregon central Cascadia margin», *Tectonics* 9 (1), 1-22.

David, A. (ed.) (2001). *The Malaspina expedition, 1789-1794: journal of the voyage by Alejandro Malaspina*. London, The Hakluyt Society.

De Laguna, F. (1964). *Archeology of the Yakutat Bay area, Alaska*. Washington, U.S. Govt. Print. Off.

— (1972). *Under Mount Saint Elias: the history and culture of the Yakutat Tlingit*. Washington, Smithsonian Institution Press.

Dennis, E. F. (1928). *Slavery among the Indians in the Pacific Northwest*. Eugene, University of Oregon.

Dept. Arqueologia y Antropologia, Institució Milà i Fontanals CSIC, (eds.) (2006). *Etnoarqueología de la prehistoria: más allá de la analogía*. Treballs d'Etnoarqueologia, Madrid, CSIC.

Deur, D. y Turner, N. J. (2005). *Keeping it living: traditions of plant use and cultivation on the Northwest Coast of North America*. Seattle, University of Washington Press.

Dillehay, T. (ed.) (1989). *Monte Verde, A Late Pleistocene Settlement In Chile: Paleoenvironment and Site Context, 1*. Washington y London, Smithsonian Institution Press.

— (ed.) (1997). *Monte Verde, A Late Pleistocene Settlement in Chile: The Archaeological Context and Interpretation*, *2*. Washington y London, Smithsonian Institution Press.

Dobyns, H. (1966). «Estimating Aboriginal American Population. An Apraisal of Techniques with a New Hemispheric Estimate», *Current Anthropology* 7 (4), 395-415.

Dobyns, H. F.; Swagerty, W. R. (1983). *Their number become thinned, native American population dynamics in eastern North America*. Knoxville, University Press and Newberry Library Center.

Dombrowski, K. (2002). «The Practice of Indigenism and Alaska Native Timber Politics.», *American Anthropologist* 104 (4), 1062-1073.

— (2007). «Subsistence Livelihood, Native Identity and Internal Differentiation in Southeast Alaska», *Anthropologia* 49 (2), 1-25.

Donald, L. (1984). «The Slave Trade on the Northwest Coast of North America», *Economic Anthropology* 6, 121-158.

— (1985). «On the possibility of social class in societies based on extractive subsistence». En M. Thompson *et al., Status, Structure and Stratification: current archaeological reconstructions*, Calgary, Univ. of Calgary, 237-243.

— (2001). *Aboriginal Slavery on the Northwest Coast of North America*. Berkeley, University of California Press.

— (2003). «The Northwest Coast as a Study Area: Natural, Prehistoric and Ethnographic Issues». En R. G. Matson *et al., Emerging from the Mist: Studies in Northwest Coast Culture History*, 289-327. Vancouver, BC., UBC Press.

Donald, L. y Mitchell, D. H. (1975). «Some correlates of local group rank among the southern Kawkiutl», *Ethnology* 14, 325-346.

— (1994). «Nature and Culture on the Northwest Coast of North America; The case of Wakashan Salmon Resources». En B. Ernest, y L. Ellanna, *Key Issues in Hunter-Gatherer Research*, Providence, Berg Publishers, 95-117.

Drennan, R. D. (1984). «Long-distance transport costs in Pre-Hispanic Mesoamerica», *American Anthropologist* 86 (1), 105-112.

Driver, J. C. (1993). «Zooarchaeology in British Columbia», *BC Studies* 99, 77-105.

Drucker, P. (1939). «Rank,Wealth and Kinship in Nwcoast society», *American Anthropologist* 41 (1), 55-65.

Duer, D. (2005). «Tending the Garden, Making the Soil: Northwest Coast Estuarine Gardens as Engineered Environments». En D. Duer y N. J. Turner, *Keeping It Living: Traditions of Plant Use and Cultivation on the Northwest Coast of North America*, Vancouver, BC., UBC Press, 296-327.

Duer, D. y Turner, N. J. (2005). «Introduction: Reassessing Indigenous Resource Management, Reassessing the History of an Idea». En D. Duer y N. J. Turner, *Keeping It Living: Traditions of Plant Use and Cultivation on the Northwest Coast of North America*, Vancouver, BC., UBC Press, 3-34.

Duff, W. (1952). *The Upper Stalo Indians of the Fraser Valley, British Columbia.* Anthropology in British Columbia. Memoir 1. Victoria, British Columbia Provincial Museum, Dept. of Education.

— (1964). *Indian History of British Columbia. The impact of the white man*. Anthopology in British Columbia 5. Victoria, BC Dept. of Recreation and Conservation, Provincial Museum of Natural History and Anthropology.

Dyson Hudson, R. y Smith, E. (1978). «Human territoriality: An ecological assessment», *American Anthropologist* 80, 21-41.
Easton, N. A. (2008). «It's Hard Enough to Control Yourself; It's Ridiculous to Think You Can Control Animals': Competing Views on 'The Bush' in Contemporary Yukon», *The Northern Review* 29, 21-38.
Eldridge, M. y Acheson, S. (1992). «The Antiquity of Fish Weirs on the Southern Coast: A Response to Moss, Erlandson and Stuckenrath», *Canadian Journal of Archaeology* 16, 112-116.
Elmendorf, W. W. (1960). *The Structure of Twana Culture*. Pullman, Washington State University.
— (1993). *Twana Narratives: Native Historical Accounts of a Coast Salish Culture*. Vancouver, B.C, UBC Press.
Engels, F. (1986 [1884]). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Moscú, Editorial Progreso.
Erlandson, J. M. y Moss, M. L. (1999). «The Systematic Use of Radiocarbon Dating in Archaeological Surveys in Coastal and Other Erosional Environments», *American Antiquity* 64 (3), 431-443.
Erlandson, J. M. y Rick, T. C. (2008). «Archaeology, Marine Ecology, and Human Impacts on Marine Environments». En T. C. Rick y J. M. Erlandson, *Human Impacts on Ancient Marine Ecosystems: a Global Perspective*, Berkeley, University of California Press, 1-19.
Erlandson, J. M.; Graham, M. H.; Bourque, B. J.; Corbett, D.; Estes, J. A. y Steneck, R. S. (2007). «The Kelp Highway Hypothesis: Marine Ecology, the Coastal Migration Theory, and the Peopling of the Americas», *Journal of Island and Coastal Archaeology* 2, 161-174.
Estévez, J. y Vila, A. (1995). «Etnoarqueología: el nombre de la cosa». En A. Vila y J. Estévez, *Encuentros en los conchales fueguinos*, Bellaterra, CSIC-UAB, 17-23.
Estévez, J. (2005). *Catástrofes en Prehistoria*. Editorial Bellaterra, Barcelona.
— (1979). *La fauna del Pleistoceno catalán*. Tesis Doctorado. Universitat de Barcelona, Barcelona.
Estévez, J. (1980). «El aprovechamiento de los recursos faunísticos: Aproximación a la economía en el Paleolítico catalán», *Cypsela* III, 9-30.
Estévez, J. y Gassiot, E. (2002). «El cambio en sociedades cazadoras litorales», RAMPAS V, 43-85.
Estévez, J. y Vila, A. (eds.) (1995). Encuentros en los concheros fueguinos. Treballs d'Etnoarqueologia, 1. Bellaterra-Madrid, UAB-CSIC.
— (1998). «Tierra del Fuego, lugar de encuentros», *Revista de Arqueología Americana* 15, 187-219.
— (2006). «Variability in the lithic and faunal record through ten reoccupations of a xix century yamana hut.», *Journal of Anthropological Archaeology* 25 (4), 408-423.
— (2007). «Twenty years of ethnoarchaeological research in Tierra del Fuego: some thoughs for european shell middens archaeology». En N. Milner *et al., Shell Middens in Atlantic Europe*, Oxford, Oxbow, 183-195.
Estévez, J.; Vila, A.; Terradas, X.; Piqué, R.; Taulé, M.; Gibaja, J. y Ruiz, G. (1998). «Cazar o no cazar, ¿es ésta la cuestión?», *Boletín de Antropología Americana* 33, 5-24.
Etnier, M. A. (2002). *The effects of human hunting on northern fur seal (Callorhinus ursinus) migration and breeding distributions in the late Holocene*. Tesis Doctorado. University of Washington, Seattle.
Ewonus, P. A. (2006). *The Social Economy of a Northwest Coast Plank House in Perspective*. Tesis Master. McMaster University, Ontario.
Falcón, L. (1981). *La razón feminista*. Barcelona, Ed. Fontanella.
Fedje, D. M. (1996). «Early Human presence in Banff National Park». En R. L. Carlson y L. Dalla Bona, *Early Human Occupation in British Columbia*, Vancouver, UBC Press, 35-44.
— (2003). «Ancient Landscapes and Archaeology in Haida Gwaii and Hecate Strait». En R. L. Carlson, *Archaeology Of Coastal British Columbia: Essays in Honour of Professor Philip M. Hobler*, Burnaby, Archaeology Press, Simon Fraser University, 29-38.
Fedje, D. M. y Mackie, Q. (2005). «Overview of Culture History». En D. W. Fedje y R. W. Mathews, *Haida Gwaii: Human History and Environment from the Time of the Loon to the Time of the Iron People*, Vancouver, BC, UBC Press, 154-162.
Fedje, D. M. y Mathewes, R. W. (2005). *I Haida Gwaii, human history and environments from the time of Loon to the time of the Iron People*. Vancouver, Univ. of British Columbia Press.
Fedje, D. M.; Steffen, M.; D., M. y Wigen, R. (2008). «Karst Cave Investigations on the BC Coast: Windows on Pre-Holocene landscapes and Early Human History». *The 61st Annual Northwest Anthropological Conference*, 42. Victoria, B.C.,
Feinman, G. M. y (1995). «The Emergence of Inequality: A Focus on Strategies and Processes». En Price, T. D. y Feinman, G. M. *Foundations of Social Inequality*, New York, Plenum Press, 255-279.
Ferguson, R. B. (1983). «Warfare and Redistributive Exchange on the Northwest Coast». En E. Tooker, *The Development of Political Organization in Native North America*, Washington, D.C., American Ethnological Society, 133-147.
Finlayson, D. P. (2006). *The Geomorphology of Puget Sound Beaches*. Tesis Doctorado. University of Washington, Seattle.

Fisher, R. (1992). *Contact and conflict: Indian-European relations in British Columbia, 1774-1890*. Vancouver, B.C., University of British Columbia.
Fiske, J.-A. (1881). «Colonization and the Decline of Women's Status: The Tsimshian Case», *Feminist Studies* 17 (3), 509-535.
Fladmark, K. (1975). *A Paleoecological model for Northwest Coast Prehistory*. Mercury Series 43. Ottawa, National Museum of Man.
Fladmark, K. R.; Ames, K. M. y Sutherland, P. D. (1990). «Prehistory of the Northern Coast of British Columbia». En Suttles, W. *Handbook of North American Indians*, Washington, DC., Smithsonian Institution, 229-239.
Flannery, K. V. (1968). «Archaeological systems theory and early Mesoamerica». En B. Meggars, *Anthropological archaeology in the Americas*, Washington, D.C, Anthropological Society of Washington, 67-87.
Forde, D. (1966). *Hábitat, economía y sociedad : introducción geográfica a la etnología*. Barna, Oikos-Tau.
Freeman, L. G., JR. (1968). «A Theoretical Framework for Interpreting Archaeological Materials». En R. R. Lee y I. Devore, *Man the Hunter*, Chicago, Aldine, 262-267.
Fried, M. H. (1967). *The Evolution of Political Society: an Essay in Political Anthropology*. New York, Random House.
Friedman, J. (1998). «Transnationalization, Socio-Political Disorder, and Ethnification as Expressions of Declining Global Hegemony», *International Political Science Review* 19 (3), 233-250.
Fryxell, R. y Daugherty, R. D. (1963). *Late Glacial and Post GlacialGeological and Archaeological Chronology of the Columbia Plateau*. Reports of Investigations 23. Pullman, Laboratory of Anthropology, Washington State University.
Funk, F. (2009). «Assessing the Impacts of Historical Commercial Fisheries on Herring Stocks». *Sharing our Knowledge: a Conference of Tlingit Tribes and Clans*.- Juneau, Alaska
Garcia, M. T.; Kense, F. J. y Thompson, M. (eds.) (1985). Status, structure and stratification : current archaeological reconstructions : Proceedings of the Sixteenth Annual Conference. *16th Archaeological Association. Conference: 1983*, Calgary, The University of Calgary, Archaeological Association.
Garfield, V. E. (1939). *Tsimshian clan and society*. Seattle, Univ. of Washington.
— (1966). «The Tsimshian and their neighbors». En M. W. Smith, *The Tsimshian Indians and their Arts*, Seattle and London, University Of Washington Press, 2-70.
Garfield, V. E.; Miller, J. y Eastman, C. M. (1984). *The Tsimshian and their neighbors of the North Pacific coast.* Seattle, University of Washington Press.
Gassiot, E. y Estévez, J. (2006). «Last foragers in coastal environments: a comparative study: cantabrian Mesolithic, the Yámana of Tierra del Fuego and archaic foragers in Central America Coasts». En C. Grier, *et al., Beyond Affluent Foragers. Rethinking Hunter-Gatherer Complexity.* Proceedings of the 9th conference of the International Council of Archaeozoology, Durham, August 2002, Oxford, Oxbow Press, 90-105.
Gentry, R. L. (1998). *Behavior and Ecology of the Northern Fur Seal*. Princeton University Press.
George, G. D. y Bosworth, R. G. (1988). *Use of Fish and Wildlife by Residents of Angoon, Admiralty Island*, Alaska Technical Paper 159, Alaska Department of Fish and Game Subsistence Division Juneau.
Gibbon, G.E. y Ames K. M. (compil.) (1998). *Archaeology of prehistoric native America: an encyclopedia*. New York: Taylor & Francis Group.
Gifford-Gonzalez, D.; Newsome, S. D.; Koch, P. L.; Guilderson, T. P.; Snodgrass, J. J. y Burton, R. K. (2005). «Archaeofaunal Insights on Pinniped–Human Interactions in the Northeastern Pacific». En G. G. Monks, *The Exploitation and Cultural Importance of Sea Mammals*, Oxbow Books, 19-38.
Gill, S. J. (2005). «Botanical Remains from the Ozette Village Site (45CA24)». En D. L. Whelchel, *Ozette Archaeological Project Research Reports*, Pullman, WA., Department of Anthropology, Washington State University, 55-96.
Gilman, A. (1981). «The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe», *Current Anthropology* 22, 1-24.
Gledhill, J. (1994). *Power and Its Disguises: Anthropological Perspectives on Politics. Boulder*, Colorado, Pluto Press.
Graeber, D. (2004). *Fragments of an Anarchist Anthropology*. Chicago, Prickly Paradigm Press.
Grier, C. (2001). *The Social Economy of a Northwest Coast Plankhouse*. Tesis Doctorado. Arizona State University, Arizona.
Grier, C. (2003). «Dimensions of Regional Interaction in the Prehistoric Gulf of Georgia». En R. G. Matson *et al., Emerging from the Mist: Studies in Northwest Coast Culture History*, Vancouver, BC, UBC Press, 170-187.
— (2006a). «Affluence on the Prehistoric Northwest Coast of North America». En C. Grier, *et al. Beyond Affluent Foragers: Rethinking Hunter-Gatherer Complexity*, Oxford, Oxbow Books, 126-135.
— (2006c). «Temporality in Northwest Coast Households». En E. A. Sobel *et al., Household Archaeology on the Northwest Coast*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, 97-119.

Grier, C. (2007). «Consuming the Recent for Constructing the Ancient: The Role of Ethnography in Coast Salish Archaeological Interpretation». En B. G. Miller, *Be of Good Mind: Essays on the Coast Salish*, Vancouver, BC, UBC Press.

— (2008). «The Politics of Expansion: Settlement Change in the Southern Gulf Islands, British Columbia». *73rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. Vancouver, B.C.

Grier, C. y Shaver, L. (2008). «Working Together: The Role of Archaeologists and First Nations in Sorting Out Some Very Old Problems in British Columbia», *The SAA Archaeological Record* 8 (1), 33-35.

Grier, C.; Dolan, P. y Derr, K. M. (2009). «Managing Coastscapes: Long-term Processes of Settlement and Coastal Landform Development in the Gulf Islands of Southern British Columbia, Canada». *74th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. Atlanta, Georgia.

Grumet, R. S. (1975). «Changes in coast Tsimshian redistributive activities in the Fort Simpson region of British Columbia.1788-1862», *Ethnohistory* 22 (4), 294-318.

Grup-Devara (2006). «Análisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras recolectoras». En IMF, D.D. A.A., *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía*, Madrid, CSIC, 189-208.

Gunther, E. (1927). *Klallam ethnography*. Seattle, University of Washington Press.

Gunther, E. y Janish, J. R. (1973). *Ethnobotany of western Washington: the knowledge and use of Indigenous plants by native Americans*. Seattle y London, University of Washington Press.

Gusinde, M. (1937). *Die Yamana. Vom Leben und Denken der Wassernomaden am Kap Hoorn*. Mödling bei Wien, Verlag der Internationalen Zeitschrift «Anthropos».

Haeberlin, H. y Gunther, E. (1930). *The Indians of Puget Sound*. Seattle WA, University of Washington Press.

Halpin, M. M. (1973). *The tsimshian crest system: a study based on museum specimens and the Marius Barbeau and William Beynon field notes*. Tesis Doctorado. University of British Columbia, Vancouver.

Halpin, M. M. y Seguin, M. (1990). «Tsimshian peoples: Southern Tsimshian, Nishga and Gitsan». En W. Suttles, *Handbook of North American Indians*, Volume 7. Northwest Coast, Washington, Smithsonian Inst., 267-284.

Ham, L. C. (1976). «Analysis of shell samples from Glenrose». En R. G. Matson, *Glenrose Cannery Site*, Ottawa, National Museum of Man, 42-78.

— (1982). *Seasonality, shell midden layers, and Coast Salish subsistence activities at the Crescent Beach site, DgRr 1*. Tesis Doctorado. University of British Columbia, Vancouver.

Ham, L. C. y Irvine, C. M. (1976). «Techniques for determining seasonality of shell middens from marine mollusc», *Syesis* 8, 363-373.

Ham, L. C.; Yip, A.; Kullar, L. y Cannon, D. (1986). *The 1982/83 Archaeological Excavations at the St Mungo Site (DgRr 2)*, *North Delta, British Columbia.* Victoria, B.C, Heritage Conservation Branch.

Hanson, D. K. (1991). *Late Prehistoric Subsistence in the Straight of Georgia Region of the Northwest Coast.* Tesis Doctorado. Simon Fraser University, Burnaby.

— (1995). «Subsistence during the late prehistoric occupation of Pender Canal, British Columbia (DeRt-1)», *Canadian Journal of Archaeology* 19, 29-48.

Haraway, D. (1989). *Primate visions. Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*. New York, Routledge.

Hare, R. (1993). *Without Conscience*. New York, Guildord Press.

Harper, J. R.; Haggarty, J. y Morris, M. C. (2002). *Broughton Archipelago: Clam Terrace Survey*. Sidney, B.C., Coastal and Ocean Resources, Inc.

Hassan, F. A. (1981). *Demographic Archaeology*. New York, Academic Press.

Hayden, B. (1972). «Population Control Among Hunter/Gatherers», *World Archaeology* 4, 205-221.

— (1977). «Sticks and stones and ground-edge axes: The Upper Paleolithic in Southeast Asia». En Jack, A. *et al. Sundra and Sahul: Prehistoric studies in Southeast Asia*, *Melanesia and Australia*, New York, Academic Press, Inc., 73-109.

— (ed.) (1979). *Lithic use-wear analysis*. New York, Academic Press.

— (1981). «Research and Development in the Stone Age: Technological transitions among hunter-gatherers», *Current Anthropology* 22, 519-548.

— (1982). «Interaction Parameters and the Demise of Paleo-Indian Craftsmanship», *Plains Anthropologist* 27, 109-123.

— (1987). «Alliances and Ritual Ecstasy: Human Responses to Resource Stress», *Journal for the Scientific Study of Religion* 26, 81-91.

— (1989). «From Chopper to Celt: the evolution of reshapening techniques». En R. Torrence, *Time, Energy and Stone Tools*, Cambridge, Cambridge University Press, 7-16.

— (1990). «The Right Rub: Hide Working in High Ranking Households». En B. Graslund, *The Interpretative Possibilities of Microwear Studies*, Uppsala, Societas Archaeologica Upsaliensis, 89-102.

Hayden, B. (1993). *Archaeology: The Science of Once and Future Things*. New York, W. H. Freeman.
— (1994). «Competition, Labor, and Complex Hunter-Gatherers». En J. E. S. Burch y L. J. Ellanna, *Key Issues in Hunter-Gatherer Research*, Oxford, Berg, 223-239.
— (1995). «Pathways to power: Principles for creating socioeconomic inequalities». En D. Price y G. M. E. Feinman, *Foundations of Social Inequality*, New York, Plenum, 15-86.
— (1996). «Thresholds of Power in Emergent Complex Societies». En J. Arnold, *Emergent Complexity: The Evolution of Intermediate Societies*. Ann Arbor, Michigan, International Monographs in Prehistory, 50-58.
— (1998). «Practical and Prestige Technologies: The Evolution of Material Systems», *Journal of Archaeological Method and Theory* 5, 1-55.
— (2001). «Richman, Poorman, Beggarman, Chief: the dynamics of social inequality». En G. Feinman y T. Price, *Archaeology at the Millennium: A Sourcebook*, New York, Kliger Ac. Plenum Publishers, 231-272.
— (2003). *Shamans, Sorcerers, and Saints: The Prehistory of Religion*. Washington, DC, Smithsonian Institution Press.
— (2008). *L'Homme et l'Inégalité*. Paris, CNRS Editions.
— (en prensa) «Rice: The First Asian Luxury Food?». En G. B. A. M. Janowski, *Food and Culture in Southeast Asia*
Hayden, B. y Adams, R. (2004). «Ritual Structures in Transegalitarian Communities». En W. P. A. I. Kuijt, *Complex Hunter-Gatherers: Evolution and Organization of Prehistoric Communities on the Plateau of Northwestern North America* Salt Lake City, University of Utah Press, 84-102.
Hayden, B. y Cannon, A. (1983). «Where the Garbage Goes: Refuse Disposal in the Maya Highlands», *Journal of Anthropological Archaeology* 2, 117-163.
Hayden, B. y Cousins, S. M. (2004). «The Social Dimensions of Roasting Pits in a Winter Village Site». En W. P. A. I. Kuijt, *Complex Hunter-Gatherers: Evolution and Organization of Prehistoric Communities on the Plateau of Northwestern North America.* Salt Lake City, University of Utah Press, 140-154.
Hayden, B. y Gargett, R. (1990). «Big Man. Big Hean? A Mesoamerican View of the Emergence of Complex Society», *Ancient Mesoamerica* 1, 3-20.
Hayden, B. y Schulting, R. (1997). «The Plateau Interaction Sphere and Late Prehistoric Cultural Complexity», *American Antiquity* 62, 51-85.
Hayden, B.; Bakewell, E. y Gargett, R. (1996). «The World's Longest-lived Corporate Group: Lithic Analysis Reveals Prehistoric Social Organization Near Lillooet, British Columbia», *American Antiquity* 61, 341-356.
Helbling, J. (1998). «War and Peace in Societies Without Central Power: Theories and Perspectives». En T. Otto, *et al. Warfare and Society: Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Oakville, Connecticut, Aarhus University Press, 113-139.
Henderson, J. R. (1974). «Missionary Influences on the Haida Settlement and Subsistence Patterns, 1876-1920», *Ethnohistory* 21 (4), 303-316.
Hendon, J. A. (1996). «Archaeological Approaches to the Organization of Domestic Labor: Household Practice and Domestic Relations», *Annual Review of Anthropology* 25, 45-61.
Hensel, C. y Morrow, P. (1998). «Co-Management and Co-Optation: Alaska Native Participation in Regulatory Processes», *Cultural Survival Quarterly* 22 (3), 69-71.
Hewes, G. W. (1973). «Indian fisheries productivity in pre-contact times in the Pacific Salmon Area», *Northwest Anthropological Research Notes* 17, 133-155.
Hill-Tout, C. (1978a). *The Salish People: The Local Contribution of Charles Hill-Tout. IV: the Sechelt and the south-Eastern tribes of Vancouver island*. Vancouver, Talonbooks.
— (1978b). *The Salish People: The Local Contribution of Charles Hill-Tout. I: the Sahlish. the Sechelt and the south-Eastern tribes of Vancouver island*. Vancouver, Talonbooks.
Homan, A. T. (2008). «You say potato, I say potato: current investigations of the Katzie first Nation, wapato, and the Pitt Polder. BC. Canada». *61st Annual NW Anthropological Conference*. Victoria, B.C., Canada.
Huelsbeck, D. R. (1988). «The Surplus Economy of the Central Northwest Coast». En B. L. Isaac, *Research in Economic Anthropology*, Greenwich, CT, JAI Press, 149-177.
— (1994). «Mammals and Fish in the Subsistence Economy of Ozette». En S. R. Samuels, *Ozette Archaeological Project Research Reports*. Volume II: Fauna, Pullman, WA., Department of Anthropology, Washington State University, 19-91.
Hunn, E. S.; D. Johnson; P. Russell y Thornton, T. F. (2003). «Huna Tlingit Traditional Environmental Knowledge, Conservation, and Management of a 'Wilderness' Park», *Current Anthropology* 44 (4), 79-103.
Hurley, M. C. (2000). Aboriginal title: the Supreme Court of Canada decision in Delgamuukw v. British Columbia (http: //www.parl.gc.ca/information/library/prbpubs/bp459-e.htm).
Ingold, T. (1988). «Notes on the Foraging Mode of Production». En T. Ingold, *et al., Hunters and Gatherers: History, Evolution, and Social Change*, Oxford, Berg, 269-286.

Ingold, T.; Riches, D. y Woodburn, J. (1991). *Hunters and gatherers. History, evolution and social change*. New York Berg.

Isaac, B. L. (ed.) (1988). *Prehistoric economies of the Pacific Northwest coast*. Research in economic anthropology, Supplement 3. Greenwich, Conn., JAI Press.

Iser, I. F. S. A. E. R. (2000). *Trends in Alaska's People and Economy: Prepared for the Alaska 20/20 Partnership: Bringing Alaskans Together to Chart our Future.* University of Alaska, Anchorage.

Jewitt, J. R. (1987). *The Adventures and Sufferings of John R. Jewitt: Captive of Maquinna*. Seattle, University of Washington Press.

Johnson, A. y Earle, T. (1987). *The Evolution of Human Societies*. Stanford, Stanford University Press.

Jorgensen, G. G. (1980). *Western Indians*. San Francisco, W. H. Freeman.

Juan Muns, N. (1992). *La pesca com alternativa econòmica per als Yamana, nòmades canoers del Canal Beagle (Tierra del Fuego, Argentina)*. Tesis Doctorado. Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

Keen, S. D. (1979). *The growth rings of clam shells from two pentlatch middens as indicators of seasonal gathering*. Victoria, B.C., Archaeology Division, Heritage Conservation Branch.

Kelly, R. L. (1991). «Sedentism, sociopolitical inequality, and resource fluctualions». En S. Gregg, *Between Bands and States: Sedentarism, Subsistence and interaction in Small Scale Socielies*, Carbondale, S. Ill Univ. Press, 135-160.

— (1995a). *The foraging spectrum: diversity in hunter-gatherer lifeways*. Washington, D.C., Smithsonian Institution Press.

Kennedy, D. I. D. y Bouchard, R. T. (1990). «Northern Coast Salish». En W. Suttles, *Handbook of North American Indians*, Volume 7. Northwest Coast, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 441-452.

Kennedy, D. y Bouchard, R. (1983). *Sliammon Life, Sliammon Lands*. Vancouver, Talonbooks.

Kew, M. (1992). «Salmon availability, technology, and cultural adapation in the Fraser River watershed». En B. Hayden, A *Complex Culture of the British Columbia Plateau: Traditional Stll'atl'imx Resource Use*, Vancouver, University of British Columbia Press, 177-222.

Kim, J. y Grier, C. (2006). «Beyond Affluent Foragers». En C. Grier, *et al. Beyond Affluent Foragers: Rethinking Hunter-Gatherer Complexity*, Oxford, Oxbow Books, 192-200.

Kirch, P. V. (2005). «Archaeology and Global Change: the Holocene Record», *Annual Review of Environmental Resources* 30, 409-440.

Kobrinsky, V. H. (1975). «Dynamics of the Fort Rupert class struggle: Fighting with Property vertically revisited». En V. Serl y H. C. Taylor, *Papers in Honour of Harry Hawthorn*, Bellingham, West. Wash. State Coll., 32-59.

Komar, P. D. (1976). *Beach Processes and Sedimentation*. Englewood Cliffs, NJ., Prentice-Hall.

Korsmo, F. L. (1994). «The Alaska Natives. Minority Rights Group (ed). Polar Peoples: Self-Determination and Development». (http: //www.alaskool.org/projects/native_gov/ARTICLES/KORSMO/PolarPpls.htm#Subsistence), [acceso en: 2009].

Krause, A. (1956). *The Tlingit Indians. Results of a Trip to the Northwest Coast of America and the Bering Straits.* Seattle University of Washington Press.

Kroeber, A. (1939b). *Cultural and natural areas of native North America*. 32. Berkeley, California., University of California.

— (1939a). *Culture element distributions*. XI: Tribes surveyed. Berkeley, California, University of California Press.

Kropotkin, P. (1972 [1902]). *Mutual Aid, a Factor of Evolution*. New York, Garland Publishing.

Kuhn, S. L. y Stiner, M. C. (2006). «What's a Mother to Do? The division of Labor among neandertals and modern Humans in Eurasia», *Current Anthropology* 47 (6), 953-963.

Lacourse, T.; Mathewes, R. W. y Hebda, R. J. (2007). «Paeoecological Analyses of Lake Sediments Reveal Prehistoric Human Impact on Forests at Anthony Island UNESCO World Heritage Site, Queen Charlotte Islands (Haida Gwaii), Canada», *Quaternary Research* 68, 177-183.

Lamb, W. K. (ed.) (1984). *The Voyage of George Vancouver 1791 - 1795*. London, Hakluyt Society.

Laming-Emperaire, A.; Lavallée, D. y Humbert, R. (1972). «Le site de Marazzi en Terre de Feu», *Objects et Mondes* XII (2), 225-244.

Langdon, S. J. (2000). «Subsistence and Contemporary Tlingit Culture». En Hope, I. A. y T. F. Thornton, *Will the Time Ever Come? A Tlingit Source Book*, Fairbanks, Alaska Native Knowledge Network, 117-123.

— (2006a). «Tidal Pulse Fishing: Selective Traditional Tlingit Salmon Fishing Techniques on the West Coast of the Prince of Wales Archipelago». En C. R. Menzies, *Traditional Ecological Knowledge and Natural Resource Management*, Lincoln, University of Nebraska Press, 21-46.

— (2006b). *Traditional Knowledge and Harvesting of Salmon by Huna and Hinyaa Tlingit*. U.S. Fish and Wildlife Service, Office of Subsistence Management, Fisheries Resource Monitoring Program, Anchorage, AK.

Langdon, S. J. (2007). «Sustaining a Relationship: Inquiry into the Emergence of a Logic of Engagement with Salmon among the Southern Tlingits». En M. E. Harkin y D. R. Lewis, *Native Americans and the Environment: Perspectives on the Ecological Indian*, Lincoln, University of Nebraska Press, 233-273.

Larsen, C. S. y Ruff, C. B. (1994). «The Stresses of Conquest in Spanish Florida: Structural Adaptation and Change Before and After Contact». En C. S. Larsen y G. R. Milner, *In the wake of contact: biological responses to conquest*, New York, Wiley-Liss, 21-34.

Larson, L. L. y Lewarch, D. E. (1995). *The Archaeology of West Point, Seattle, Washington; 4,000 years of hunter-fisher- gatherer land use in southern Puget Sound*. Seattle, Larson Anthropological/Archaeological Services.

Lee, R. B. (1965). *Subsistence ecology of! Kung Bushman*. Tesis Doctorado. University of California, Berkeley.

— (1988). «Reflections on Primitive Communism». En T. Ingold *et al., Hunters and Gatherers*, Oxford, Berg, 252-268.

Lee, R. B. y De Vore, I. (1968). *Man the hunter*. Chicago, Aldine Publishing Company.

— (1976). *Kalahari Hunter-Gatherers; Studies of the! Kung San and Their Neigbors*. Cambridge, Harvard University Press.

Legoupil, D. (1985-1986). «Los indios de los archipiélagos de la Patagonia: un caso de adaptación a un ambiente adverso», *Anales del Instituto de la Patagonia* 16, 45-52.

— (1994). «El archipiélago del Cabo de Hornos y la Costa Sur de la Isla Navarino: Poblamiento y modelos económicos», *Anales del Instituto de la Patagonia* 22, 101-121.

— (2003). *Cazadores-recolectores de Ponsonby (Patagonia austral) y su paleoambiente desde VI al III milenio A.C. 31 tirada especial (Documentos)*. Punta Arenas, Magallania.

Legoupil, D. y Fontugne, M. (1997). «El Poblamiento Marítimo en los Archipiélagos de la Patagonia: núcleos antiguos y dispersión reciente», *Anales del Instituto de la Patagonia* 25, 75-87.

Lepofsky, D. y Lertzman, K. P. (2008). «Documenting ancient plant management in the Northwest of North America», *Botany* 86 (2), 129-145.

Lepofsky, D. y Lyons, N. (2003). «Modeling ancient plant use on the Northwest Coast: Towards an understanding of mobility and sedentism», *Journal of Archaeological Science* 30, 1357-1371.

Lepofsky, D.; Blake, M.; Brown, D.; Morrison, S.; Oakes, N. y Lyons, N. (2000). «The Archaeology of the Scowlitz Site, sw British Columbia», *Journal of Field Archaeology* 27, 391-416.

Lepofsky, D.; Lertzman, K.; Hallett, D. y Mathewes, R. (2005b). «Climate Change and Culture Change on the Southern Coast of British Columbia 2400-1200 B. P.: An Hypothesis», *American Antiquity* 70, 267-293.

Lepofsky, D.; Trost, T. y Morin, J. (2007). «Coast Salish interaction: A view from the inlets», *Canadian Journal of Archaeology* 31, 190-223.

Lichatowich, J. (1999). *Salmon without rivers: a history of the Pacific salmon crisis*. Washington, DC, Island Press.

Locher, P. K. (2006). *Time of change: late Pleistocene/early Holocene landscape transformation and human presence in southwest coastal British Columbia, Canada*. Tesis Master. Simon Fraser University, Burnaby.

Love, J. R. (1936). *Stone-Age Bushmen of To-Day*. London, Blackie & Son.

Lugrin, N. D. B. (1932). «Indian Saga: Heroic Tales From the Golden Age of the Indian's Supremacy on the West Coast», *Maclean's Magazine.* December: 15.

Lyman, R. L. (1988). «Seal and Sea Lion Hunting: a Zooarchaeological Study from the Southern Northwest Coast of North America», *Journal of Anthropological Archaeology* 8: 68-99.

Macdonaid, G. F. (1983). «Prehistoric art of the northern Northwest Coast». En R. L. Carlson, *Indian Art Traditions of the Northwest Coast*, Burnaby, B.C., Simon Fraser University Press, 99-120.

Macdonald, G. F. y Cybulski, J. S. (2001). «Introduction: The Prince Rupert Harbour Project». En J. S. Cybulski, *Perspectives on Northern Northwest Coast Prehistory*, Ottawa, Canadian Museum of Civilization, 1-23.

Macdonald, G. F. y Inglis, R. I. (1979). *Skeena River prehistory*. Mercury series 87. Ottawa, National Museums of Canada.

Maceachern, S.; Archer, D. J. W. y Garvin, R. D. (eds.) (1989). «Households and communities: Proceedings of the twenty-first annual conference of the Archaeological Association of the University of Calgary». *University of Calgary Archeological Association. Conference (21st: 1989)*. Calgary, University of Calgary Archeological Association.

Macinnes, J. y Pérez Díaz, J. (2008). «La tercera revolución de la modernidad: la reproductiva», *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* 122, 89-118.

Mackie, A. P. y Sumpter, I. D. (2005). «Shoreline Settlement Patterns in Gwaii Haanas during the Early and Late Holocene». En D. W. Fedje y R. W. Mathewes, *Haida Gwaii: Human History and Environment from the Time of the Loon to the Time of the Iron People*, Vancouver, B.C., UBC Press, 337-371.

Magne, M. y Matson, R. G. (2008). «Projectile Points of Central and Northern Interior British Columbia». En R. Carlson y M. Magne, *Projectile point sequences in Northwestern North America*, Burnaby, Archaeology Press, Simon Fraser University, 273-292.

Mameli, L.; Estévez, J. y Piana, E. L. (2003). «Deep impact: stones in bones». En X. Terradas, *Lithic tools in ethnoarchaeological contexts*,Oxford, Archaeopress, 9-19.

Mannino, M. A. y Thomas, K. D. (2002). «Depletion of a resource? The impact of prehistoric human foraging on intertidal mollusc communities and its significance for human settlement, mobility and dispersal», *World Archaeology* 33 (3), 452-474.

Marsden, S. (2001). «Defending the Mouth of the Skeena: Perspectives on Tsimshian Tlingit Relations». En J. Cybulski, *Perspectives on Northern Northwest Coast Prehistory*, Ottawa., Archaeological Survey of Canada,Canadian Museum of Civilization, 61-106.

Marshall, L. (1968). «Discussion». En R. Lee y I. Devore, *Man the Hunter*, 94. Chicago, Aldine Pub. Co.

Martin, P. S. (1973). «The discovery of America.», *Science* 179 (4077), 969-974.

Martindale, A. (1999). «Maritime Adaptations on the Northwest Coast», *Revista de Arqueología Americana* 10, 1-42.

— (2000). «Archaeological Stories of the Tsimshian: Change in the context of contact». En M. Boyd, *et al., The entangled past: integrating history and archaeology*, Calgary, Archaeological Association of the University of Calgary, 90-97.

— (2003). «A Hunter-gatherer Paramount Chiefdom: Tsimshian Developments through the Contact Period». En R. G. Matson *et al., Emerging from the Mist: Studies in Northwest Coast Culture History*, Vancouver, University of British Columbia Press, 12-50.

— (2006a). «Tsimshian Houses and Households through the Contact Period». En E. Sobel, *et al., Household Archaeology on the Northwest Coast*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory. 140-158.

— (2006b). «Methodological Issues in the Use of Tsimshian Oral Traditions (Adawx) in Archaeology», *Canadian Journal of Archaeology* 30, 159-193.

— (2007 (en prensa)). «Thresholds of Meaning: Voice, Time, and Epistemology in the Archaeological Consideration of NW Coast Art». En Ki-Ke-in *et al., The Construction of Northwest Coast Art: An Anthology*, Vancouver, UBC Press.

Martindale, A. y Marsden, S. (2003). «Defining the Middle Period (3500 BP to 1500 BP) in Tsimshian History through a Comparison of Archaeological and Oral Records», *BC Studies* 138, 13-50.

Maschner, H. (1991). «The emergence of cultural complexity on the northern Northwest Coast», *Antiquity* 65, 924-934.

Mason, R. y Cohen, J. (2001). «The Subsistence-Flavored Ethnography of the Alaska Region», *CRM: The journal of Heritage Stewardship* 5, 33-35.

Massone, M. y Prieto, A. (2004). «Evaluación de la modalidad cultural Fell 1 en Magallanes». *Revista de Antropología Chilena* 36 (supl. espec. t1), 303-315.

Mathieu, N. C. E. (1985). *L'arraisonnement des femmes. Essais en anthropologie des sexes*. Paris, Ecole Hautes Etudes en Sciences Sociales.

Matson, R. G. (1976). *The Glenrose Cannery Site*. Mercury Series 52. Ottawa, National Museum of Man.

— (1981). «Prehistoric subsistence patterns in the Fraser delta; The evidence from the Glenrose Cannery site». En K. Fladmark, *Fragments of the Past, British Columbia Archaeology in the 1970's*, B.C. Studies No. 48, 64-85.

— (1983). «Intensification and the development of cultural complexity: The Northwest versus the Northeast». En R. Nash, *The evolution of maritime cultures on the Northeast and Northwest Coasts of America*, Burnaby, Department of Archaeology Publication, Simon Fraser University, 125-148.

— (1985). «The relationship between sedentism and status inequalities among hunter- gatherers». En M. Thompson *et al., Status, Structure, and Stratifications: Current Archaeological Reconstructions*, Calgary, Archaeological Association of the University of Calgary, 245-252.

— (1988). «The Origins of the Plateau Pithouse Tradition - or the Selah springs Pattern 20 years later». *Paper presented at the Annual Meetings of the Canadian Archaeological Association*. Whistler, B.C.

— (1992). «The evolution of the Northwest Coast subsistence». En D. Croes *et al., Research in economic anthropology, Supp 6, Long-Term subsistence change in Prehistoric North America*, Greenwich, CT, JAI Press, Inc., 367-428.

— (1996a). «Households as Economic Organization: A comparison between Large Houses on the Northwest Coast and in the Southwest». En G. Coupland y E. Banning, *People Who Lived in Big Houses: Archaeological Perspectives on Large Domestic Structures*, Madison, Wisconsin, Prehistory Press, 107-120.

— (1996b). «The Old Cordillearn Component at the Glenrose Cannery Site». En R. Carlson y L. Dalla Bona, *Early Human Occupation in British Columbia*, Vancouver, University of British Columbia Press, 111-122.

Matson, R. G. (2003). «The Coast Salish House: Lessons from Shingle Point, Valdes Island, British Columbia». En R. G. Matson *et al., Emerging from the Mist: Studies in Northwest Coast Culture History*, Vancouver, UBC Press, 76-104.
— (2006). «The Coming of the Stored Salmon Economy to Crescent Beach, B.C.». *Paper delivered at the Canadian Archaeological Association Annual Meetings*, May 25, 2006, Toronto.
— (2009). «The Crescent Beach site and the Place of the Locarno Beach Phase» (http://www.arts.ubc.ca/Crescent_Beach_Book.11792.0.html)
Matson, R. G. y Coupland, G. (1995). *Prehistory of the Northwest Coast*. San Diego, Academic Press.
Matson, R. G.; Green, J. y Mclay, E. B. (1999). *Houses and Households in the Gulf of Georgia: Archaeological Investigations of Shingle Point (DgRv 2), Valdes Island, British Columbia* B.C. Archaeology Branch, Victoria, BC.
Matson, R. G. Ludowicz, D. y Boyd, W. (1980). *Excavations at Beach Grove in 1980.* Report on file, Heritage Conservation Branch, Victoria, B.C.
Matson, R. G.; Mackie, Q. y Coupland, G. (eds.) (2003). *Emerging from the Mist. Studies in Northwest Coast Culture History.* Vancouver, UBC Press.
Matson, R. G.; Pratt, H. y Rankin, L. (1991). *1989 and 1990 Crescent Beach Excavations, Final Report. Vancouver*. Archaeology Branch, Victoria, B.C. and Laboratory of Archaeology, University of British Columbia.
Maud, R. (1982). *A guide to B.C. Indian myth and legend : a short history of myth-collecting and a survey of published texts*. Vancouver, Talonbooks.
Mauss, M. y Weber, F. (2007). *Essai sur le don : forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. Paris, Presses universitaires de France.
Mcgeer-Appleby, G. (1961). *Tsawwassen legends*. Ladner, B.C., Dunning Press Ltd.
McGuire, R. (1983). «Breaking Down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity», *Advances in Archaeological Method and Theory* 6, 91-142.
Mcilwraith, T. F. (1948). *The Bella Coola Indians*. Toronto, University of Toronto Press.
McLay, E. B. (1999). *The Diversity of Northwest Coast Shell Middens: Late Pre-contact Settlement-Subsistence Patterns on Valdes Island, British Columbia*. Tesis Master. University of British Columbia, B.C.
McLay, E. B. y Grier, C. (2001). «No Project is an Island: Reconstructing Hul'qumi'num Settlement History on Valdes Island». *B.C. Archaeology Forum.* Simon Fraser University, Burnaby, BC.
— «The Antiquity and Diversity of Settlement Patterns on Valdes Island». *73rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. Vancouver, B.C.
McMillan, A. D. (1999). *Since the time of the transformers: the ancient heritage of the Nuu-Chah-nult, Ditidaht, and Makah*. Vancouver, UBC Press.
McMurdo, A. D. G. T. (1972). *A typological analysis of barbed bone and antler projectile points from the Northwest Coast.* Tesis Doctorado. Simon Fraser University, Burnaby, B.C.
McMurdo, J. D. (1974). *The Archaeology of Helen Point*. Tesis Master. Simon Fraser University, Burnaby, B.C.
Miller, B. G. (2001). *The Problem of Justice: Tradition and Law in the Coast Salish World*. Lincoln, University of Nebraska Press.
Mitchell, D. H. (1968). «Excavations At Two Trench Embankments in the Gulf of Georgia Region», *Syesis* 1 (1), 29-46.
— (1971). «Archaeology of the Gulf of Georgia Area: A Natural Region and its Cultural Types», *Syesis* 4 (Supplement 1)
— (1984). «Predatory Warfare, Social Status, and the North Pacific Slave Trade», *Ethnology* 23 (11), 39-48.
— (1985). «A demographic profile on NW Coast Slavery». En M. Thompson *et al., Status, Structure and Stratification: current archaeological reconstructions*, Calgary, Archaeological Assoc. of the Univ of Calgary, 227-236.
— (1990). «Prehistory of the coasts of southern British Columbia and northern Washington». En W. Suttles, *Handbook of North American Indians*, *Vol.* 7, *The Northwest Coast*, Washington, D.C, Smithsonian Institution Press, 340-358.
Mitchell, D. H. y Donald, L. (1985). «Some conomic aspects of the TIingit. Haida, and Tsimshian Slavery», *Economic Anthropology* 7, 19-35.
— (1988). «Archaeology and the Study of Northwest Coast Economies». En B. L. Isaac, *Prehistoric economies of the Pacific Northwest Coast*, Greenwich, CT., JAI Press, 293-351.
Mociño, J. M. y Lozoya, X. (1998). *Noticias de Nutka : manuscrito de 1793*. México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México.
Monge, F. (2002). *En la costa de la niebla. El paisaje y el discurso etnográfico ilustrado de la expedición Malaspina en el Pacífico*. Madrid, CSIC.
Monge, F. y Olmo, M. D. (1991). *Expediciones a la costa noroeste*. Madrid, Historia 16.
Monks, G. G. (1977). *Relationships between artifacts classes and resources remains at deep Bay, DiSe 7.* Tesis Doctorado. British Columbia University, Vancouver.

Monks, G. G. (1987). «Prey as bait: The Deep Bay example». *Canadian Journal of Archaeology* 11, 119-142.
Monteith, D. (2008). «Struggles for Autonomy and Subsistence: An Ethnohistory of Political Issues for Saxman, Alaska». *2008 annual meeting of the American Society for Ethnohistory*. Eugene, OR.
Montgomery, D. R. (2003). King *of Fish: the Thousand-Year Run of Salmon*. Boulder, Westview Press.
Morello, F.; Román, M. S. y Prieto, A. (2002). «Puntas de proyectil lanceoladas en Patagonia Meridional y Tierra del Fuego», *Anales del Instituto de la Patagonia* 30, 147-166.
Morgan, L. H. (1985 [1877]). *Ancient Society*. Tucson, University of Arizona Press.
Morin, J. (2004). «Cutting edges and salmon skin: Variation in salmon processing technology on the Northwest Coast», *Canadian Journal of Archaeology* 28 (2), 281-318.
Moss, M. L. (1993). «Shellfish, gender, and status on the Northwest Coast: Reconciling archeological, ethnographic, and ethnohistorical records of the Tlingit», *American Anthropologist* 95 (3), 631-652.
— (1998). «A comparative chronology of Northwest Coast fishing features». En K. Bernick, *Hidden Dimensions, Pacific Rim Archaeology and Wetland Archaeology Research Project, 180-198*. Vancouver, University of British Columbia Press,.
— (2004). *Archaeological investigation of Cape Addington rockshelter: human occupation of the rugged seacoast on the outer Prince of Wales archipelago, Alaska.* University of Oregon anthropological papers no. 63. Eugene, University of Oregon State Museum of Natural History.
— (2005). «Tlingit Horticulture: An Indigenous or Introduced Development?». En D. Deur, y N. J. Turner, *Keeping it Living: Traditions of Plant Use and Cultivation on the Northwest Coast of North America*, Seattle, University of Washington Press, 274-295.
— (2007). «Haida and Tlingit Use of Seabirds from the Forrester Islands, Southeast Alaska», *Journal of Ethnobiology* 27 (1), 28-45.
— (sin fecha (a)). «Cod and Salmon: a Tale of Two Assemblages from Coffman Cove, Alaska». En M. L. Moss y A. Cannon, *The Archaeology of North Pacific Fisheries*, Fairbanks, University of Alaska Press. (submitted).
— (sin fecha (b)). «Pacific Cod in Southeast Alaska: the «Cousin» of the Fish that Changed the World». En M. L. Moss y Cannon, A. *The Archaeology of North Pacific Fisheries*. Fairbanks, University of Alaska Press. (submitted).
Moss, M. L. y Erlandson, J. M. (1992). «Forts, Refuge Rocks, And Defensive Sites: The Antiquity Of Warfare Along The North Pacific Coast Of North America», *Artic Anthropology* 29 (2), 73-90.
Moss, M. L.; Butler, V. L. y Elder, J. T. (sin fecha). «Herring Bones in Southeast Alaskan Archaeological Sites: the Record of Tlingit Use of Yaaw (Pacific Herring, Clupea pallasii)». En M. L. Moss, y A. Cannon, *The Archaeology of North Pacific Fisheries.* Fairbanks, University of Alaska Press (submitted).
Moss, M. L.; Erlandson, J. M. y Stuckenrath, R. (1990). «Wood stake weirs and salmon fishing on the Northwest Coast: Evidence from southeast Alaska», *Canadian Journal of Archaeology* 14, 143-158.
Moss, M. L.; Yang, D. Y.; Newsome, S. D.; Speller, C. F.; Mckechnie, I.; Mcmillan, A. D.; Losey, R. J. y Koch, P. L. (2006). «Historical Ecology and Biogeography of North Pacific Pinnipeds: Isotopes and Ancient DNA from Three Archaeological Assemblages», *Journal of Island and Coastal Archaeology* 1 (2), 165-190.
Munita, D.; Álvarez, R. y Ocampo, C. (2004). «Corrales de piedra, pesca pasiva en la costa interior de Chiloé». *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 37, 61-74.
Nadasdy, P. (2003). *Hunters and Bureaucrats: Power, Knowledge, and Aboriginal-State Relations in the Southwest Yukon*. Vancouver, University of British Columbia Press.
Narotzky, S. (1995). *Mujer, mujeres, género: una aproximación crítica al estudio de las mujeres en las ciencias sociales*. Madrid, CSIC.
Nash, R. J. (1983). *The Evolution of maritime cultures on the Northeast and the Northwest coasts of America. Burnaby, B.C.*. Dept. of Archaeology, Simon Fraser University.
Newcombe, W. A. (fin fecha [ca. 1935]). *Notes on Indian Forts of the North West Coast*. (manuscrito)
Newman, S. (2001). *From Bakunin to Lacan: Anti-Authoritarianism and the Dislocation of Power*. Lanham, Maryland, Lexington Books.
Newton, R. G. y Moss, M. L. (2005). *Haa Atxaayi Haa Kusteeyix Sitee, Our Food is our Tlingit Way of Life: Excerpts of Oral Interviews* USDA Forest Service, Alaska Region, Juneau.
Noland, A. (1970). «Proudhon's Sociology of War», *American Journal of Economics and Sociology* 29 (3), 289-304.
Ocampo, C. y Rivas, P. (2000). «Nuevos fechados 14C de la costa norte de la isla Navarino, costa sur del canal Beagle, provincia Antártica chilena, región de Magallanes», *Anales del Instituto de la Patagonia* 28, 197-214.
— (2005). «El Poblamiento Marítimo de los Canales Occidentales de la Patagonia: Desde Chiloé hasta el Cabo de Hornos», En *Chile País Oceánico*. Santiago de Chile. Ocho Libros Editores, 57-69.
Orchard, T. J. (2008). «Late Holocene Fisheries in Gwaii Haanas: Species Composition, Trends in Abundance, and Environmental of Cultural Explanations». *73rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. Vancouver, B.C.

Orquera, L. A. (2005). «Mid-Holocene littoral adaptation at the southern end of South America», *Quaternary International* 132 (1), 107-115.
Orquera, L. A. y Piana, E. (2006). «El poblamiento inicial del área litoral sudamericana», *Magallania* 34 (2), 21-36.
Orquera, L. A. y Piana, E. L. (1987). «Human littoral adaptation in the Beagle Channel region: The maximum possible age». En J. Rabassa y K. Suguìo, *Quaternary of South America, XIIth INQUA International Congress, Ottawa, 31 july-9 august 1987*, Rotterdam, A. A. Balkema/Brookfield, 133-162.
— (1999). *Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina*). Buenos Aires, Publicaciones de la SAA.
Pauketat, T. (2001). «Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm», *Anthropological Theory* 1, 73-98.
— (2003). «The Economy of the Moment: Cultural Practices and Mississippian Chiefdoms». En G. M. Feinman y L. M. Nicholas, *Archaeological Perspectives on Political Economies*, Salt Lake City, University of Utah Press, 25-39.
Pauly, D. (1995). «Anecdotes on the Shifting Baseline Syndrome of Fisheries», Trends in Ecology and Evolution 10, 430.
Peake, H. (1927). «The Beginning of Civilization,» *Journal of the Royal Anthropological Institute* (O.S.) 57, 19-38.
Pedraza, D. (2009). *Propuesta de análisis de las representaciones ideacionales yamana y selknam en relación con la producción y reproducción social*. Tesis Trabajo Investigación 3er Ciclo. Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
Pegg, B.; Mason, A. y Wada, G. (2007). *Archaeological Mitigation of DkSb 30, Saltery Bay, B.C.* Report for Permit 2004-120. Report on file. Victoria, B.C, Archaeology Branch.
Percy, R. (1974). *The Prehistoric Cultural Sequence at Crescent Beach, British Columbia.* Tesis Master. Simon Fraser University, Burnaby.
Perry, A. (2004). «The Autocracy of Love and the Legitimacy of Empire: Intimacy, Power and Scandal in Nineteenth-Century Metlakahtlah», *Gender & History* 16 (2), 261-288.
Peterson, L. (1990). *Story of the Sechelt Nation*. Madeira Park, B.C., Harbour Publishing.
Piana, E. L. (1984). «Arrinconamiento o adaptación en Tierra del Fuego». En *Ensayos de Antropología Argentina (1984)*, Buenos Aires, Belgrano, 9-110.
Piana, E.; Tessone, A. y Zangrando, A. F. (2006). «Contextos mortuorios en la región del Canal Beagle ... del hallazgo fortuito a la búsqueda sistemática», *Magallania* 34 (1), 103-117.
Piana, E.; Vila, A.; Orquera, L. y Estévez , J. (1992). «Chronicles of Ona-Ashaga: Archaeology in the Beagle Channel», *Antiquity* 66 (252), 771-783.
Piqué, R.; Vila, A.; Berihuete, M.; Mameli, L.; Mensua, C.; Moreno, F.; Toselli, A.; Verdún, E. y Zurro, D. (2009). «El mito de la 'Edad de Piedra' y los recursos olvidados». En T. E. Mateu *et al., Mujeres y Arqueología. Nuevas Aportaciones desde el Materialismo Histórico*, Consejeria de Cultura, Junta de Andalucía, 58-103.
Pluciennik, M. (2001). «Archaeology, Anthropology and Subsistence», *Journal of the Royal Anthropological Institute* (N.S.) 7, 741-758.
Pojar, J. y Mackinnon, A. (1994). *Plants of Coastal British Columbia*. Vancouver, B.C., Lone Pine.
— (2004). *Plants of the Pacific Northwest Coast: Washington, Oregon, British Columbia, and Alaska*. Edmonton, Lone Pine Publishing.
Pratt, H. (1992). *The Charles Culture of the Gulf of Georgia*. Tesis Master. University of British Columbia, Vancouver.
Price, T. D. y Brown, J. A. (1985*). Prehistoric hunter-gatherers: the emergence of cultural complexity*. Orlando, Academic Press.
— (1985). «Aspects of Hunter-Gatherer Complexity». En T. D. Price y J. A. Brown, *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity*, New York, Academic Press, 3-20.
Proudhon, P.-J. (1861). *La Guerre et la Paix, Recherches sur la Principe et la Constitution du Droit des Gens*. Antony, Editions Tops.
Ramenofsky, A. F. (1987). *Vectors of death: the archaeology of European contact*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
Rankin, L. (2009). «The Shellfish». En R. G. Matson, *The Crescent Beach site and the Place of the Locarno Beach Phase*, Vancouver, 22-44 (http: //www.arts.ubc.ca/Crescent_Beach_Book.11792.0.html).
Reedy-Maschner, K. L. y Maschner, H. D. G. (1999). «Marauding Middlemen: Western Expansion and Violent Conflict in the Subarctic», *Ethnohistory* 46 (4), 703-743.
Reitz, E. J. (2004). «Fishing Down the Food Web: a Case Study from St. Augustine, Florida, USA», *American Antiquity* 69, 63-83.
Reitz, E. J. y Wing, E. S. (2008 [1999]). *Zooarchaeology* (1st edition) (2nd edition). Cambridge, Cambridge University Press.

Resorts (2009b). «Summer Activities: Hiking Grouse Grind». (Grouse Mountain Resorts). En: http://www.grousemountain.com/Summer/summer-activities/vancouver-bc-hiking-trails-trips/grouse-grind.asp, [acceso en 2009].

Richardson, A. (1982). «The Control of Productive Resources on the Northwest Coast of North America». En N. M. Williams y E. S. Hunn, *Resource Managers: North American and Australian Hunter-Gatherers*, Boulder, Westview Press, 93-112.

Rivas, P. y Ocampo, C. (en prensa 2006). «La adaptación humana al bosque en la Isla de Chiloé. Estrategias Adaptativas en el Litoral Septentrional de los Canales Patagónicos». *XVI Congreso de Arqueología Chilena. Simposio: Arqueología en Zonas Boscosas. Propuestas Metodológicas y Teóricas*. Tomé, Chile.

Romanoff, S. (1992). «Fraser Lillooet Fishing». En B. Hayden, *A Complex Culture of the British Columbia Plateau*, Vancouver, University of British Columbia Press, 222-265.

Rosenberg, M. (1998). «Territoriality and Sedentism in an Evolutionary Context», *Current Anthropology* 39, 653-682.

Rosman, A. y Rubel, P. G. (1971). *Feasting with mine enemy: rank and exchange among northwest coast societies*. New York, Columbia University Press.

Rousseau, J. (1979). «Stratification and chiefship: a comparison of Kwakiutl and Kayan». En D. Turner y G. Smith, *Challenging Anthropology*, Toronto, McGraw-Hill, 229-244.

Rozen, D. (1985). *Place-Names of the Island Halkomelem Indian People*. Tesis Master. University of British Columbia. Vancouver, B.C.

Ruyle, E. E. (1973). «Slavery, Surplus, and Stratification on the Northwest Coast: The Ethnoenergetics of an Incipient Stratification System», *Current Anthropology* 14 (5), 603-631.

Sahlins, M. D. (1968a). *Tribesmen*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.

— (1968b). «Discussion, 9b, Notes on the Original Affluent Society». En R. Lee y I. Devore, *Man the Hunter*, Chicago, Aldine Pub. Co., 85-89.

— (1972). *Stone Age Economics*. New York, Aldine De Gruyter Press.

Saitta, D. (1999). «Prestige, Agency, and Change in Middle-Range Societies». En J. Robb, *Material Symbols: Culture and Economy in Prehistory*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 135-149.

Saitta, D. y Keene, A. (1990). «Politics and Surplus Flow in Communal Societies». En Upham, S. *The Evolution of Political Systems: Socio-Politics in Small-Scale Sedentary Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 203-224.

Samuels, S. R. (1989). «Spatial Patterns in Ozette Longhouse Floor Middens». En S. Maceachern *et al., Households and communities : Proceedings of the twenty-first annual conference of the Archaeological Association of the University of Calgary*, Calgary, AB, The University of Calgary Archaeological Association, 143-156.

— (1991a). «Patterns in Ozette Floor Middens: Reflections of Social Units». En S. R. Samuels, *Ozette Archaeological Project Research Reports*, Pullman, WA., Department of Anthropology, Washington State University, 177-284.

— (1991b). *Ozette archaeological project research reports*. Pullman, Dept. of Anthropology, Washington State University.

— (2006). «Ozette Household Production». En E. Sobel *et al., Household Archaeology on the Northwest Coast*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, 200-232.

San Román, M.; Morello, F. y Prieto, A. (2002). «Nuevos antecedentes sobre la explotación de recursos faunísticos en el mar de Otway y canales adyacentes», *Anales Instituto Patagonia*, Serie Cs.Hs. 30, 147-154.

Sassaman, K. E. (2004). «Complex Hunter–Gatherers in Evolution and History: A North American Perspective», *Journal of Archaeological Research* 12 (3), 227-280.

— (2005). «Poverty Point as Structure, Event, Process», *Journal of Archaeological Method and Theory* 12 (4), 335-364.

Sawbridge, D. F. y Bell., M. A. M. (1972). «Vegetation and Soils of Shell Middens on the Coast of British Columbia.», *Ecology* 53 (5), 840-849.

Schaepe, D. (1998). *Recycling archaeology: analysis of material from the 1973 excavation of an ancient house at the Maurer site*. Tesis Master. Simon Fraser University, B.C.

— (2006). «Rock Fortifications: Archaeological Insights into Precontact Warfare and Sociopolitical Organization Among the Stó: Lo of the Lower Fraser River Canyon, B.C.», *American Antiquity* 71 (4), 671-706.

— (2009). *Pre-Colonial Stó: l-Coast Salish Community Organization: an Archaeological Study.* Vancouver, Department of Anthropology, University of British Columbia.

Schalk, R. (1977). «The structure of an anadromous fish Resource». En L. Binford, *For Theory Building in Archaeology*, New York, Academic Press, 207-249.

Schalk, R. F. (1981). «Land Use and Organizational Complexity among Foragers of Northwestern North America». En D. H. Thomas y S. Koyama, *Affluent Foragers*, Osaka, Japan, National Museum of Ethnology, 53-75.

Schrire, C. (1984). *Past and present in hunter gatherer studies*. Orlando, Academic Press.
Schulting, R. (1995). *Mortuary Variability and Status Differentiation on the Columbia Fraser Plateau*. Burnaby, Simon Fraser University.
Service, E. R. (1966). *The hunters*. Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
— (1975). *Origins of the State and Civilization: the Processes of Cultural Evolution*. New York, Norton.
Shipman, H. (2008). *A Geomorphic Classification of Puget Sound Nearshore Landforms*. Washington State Department of Ecology,
Smith, B. (2001). «The Transition to Food Production». En G. F. A. T. Price, *Archaeology at the Millennium*, New York, Kluwer Academic/Plenum Press, 199-230.
Smith, C. M. (2004a). *The social organization of production in three protohistoric Lower-Columbia River plank houses*. Tesis Doctorado. Simon Fraser University, Burnaby.
Smith, L. (2004b). *Archaeological Theory and the Politics of Cultural Heritage*. New York, Routledge.
Smith, M. W. (1940). *The Puyallup-Nisqually*. New York, Columbia University Press.
Sneed, P. (1971). «Of Salmon and Men: An investigation of ecological determinants and aborginal man in the Canadian Plateau». En A. Stryd y R. Smith, *Aboriginal man and environments on the plateau of Northwest America*, Calgary, University of Calgary Archaeological Association, 229-242.
Sobel, E. A.; Gahr, D. A. T. y Ames, K. M. (eds.) (2006). *Household archaeology on the Northwest Coast*. Ann Arbor, Mich., International Monographs in Prehistory.
Soffer (1989). «Storage, Sedentism and the Eurasian Paleolithic Record.», *Antiquity* 63, 719-732.
Speller, C.; Yang, D. y Hayden, B. (2005). «Ancient DNA Investigation of Prehistoric Salmon Resource Utilization at Keatley Creek, British Columbia, Canada», *Journal of Archaeological Science* 32, 1378-1389.
Steifel, S. K. (1985). *The Subsistence Economy of the Locarno Beach Culture (3300-2400 B.P).* Tesis Master. University of British Columbia, Vancouver.
Stein, J. K. (1992). «The Analysis of Shell Middens». En J. K. Stein, *Deciphering a Shell Midden*, New York, Academic Press, 1-24.
— (2000). *Exploring Coast Salish prehistory: the archaeology of San Juan Island. Seattle*. University of Washington Press/Burke Museum of Natural History and Culture.
Stern, B. J. y (1934). *The Lummi Indians of Northwest Washington*. New York, Columbia University Press.
Steward, J. D. (1955). *The Theory of Culture Change: The methodology of multilineal evolution*. Urbana, University of Illinois Press.
— (1968). «Causal Factors and Processes in the Evolution of Pre-farming Societies». En R. Lee y I. Devore, *Man the Hunter*, Chicago, Aldine Pub. Co., 321-334.
Stewart, H. (1982). *Indian fishing: early methods on the Northwest coast*. Vancouver, B.C., Douglas & McIntyre.
Strehlow, T. G. (1965). «Culture, Social Structure, and Environment in Aboriginal Central Australia». En R. Berndt, y C. Berndt, *Aboriginal Man in Australia*, Sydney, Angus and Robertson, 121-145.
Stryd, A. (1973). *The Later Prehistory of the Lillooet Area, British Columbia*. Tesis Doctorado. University of Calgary, Calgary.
— (1981). «Prehistoric Sculptures from the Lillooet Area of British Columbia.», *Datum* 6 (1), 9-15.
Surovell, T. (2000). «Early Paleoindian women, children, mobility, and fertility», *American Antiquity* 65, 493-508.
Sussman, R. W. (1972). «Child transport, family size, and increase in human population during the Neolithic». *Current Anthropology* 13 (2), 258-259.
Sutherland, P. D. (2001). «Revisiting an old concept: the North Coast Interaction Sphere». En J. S. Cybulski, *Perspectives on northern Northwest Coast prehistory*, Hull, Canadian Museum of Civilization.
Suttles, W. (1951). *Economic Life of the Coast Salish of Haro and Rosario Straits*. Tesis Doctorado. University of Washington, Seattle.
— (1968). «Coping with Abundance: Subsistence on the Northwest Coast». En R. Lee y I. Devore, *Man the Hunter*, Chicago, Aldine Pub. Co., 56-68.
— (1987b). «Private Knowledge, Morality, and Social Classes Among the Coast Salish». En W. Suttles, *Coast Salish Essays*, Seattle, University of Washington Press (Originally in the *American Anthropologist* 60, 497-507), 3-14.
— (1987c). «Affinal Ties, Subsistence, and Prestige among the Coast Salish». En W. Suttles, *Coast Salish Essays*, Seattle, University of Washington Press, 15-25.
— (1990a). «Central Coast Salish». En W. Suttles, *Handbook of North American Indians*, Volume 7. *Northwest Coast*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 453-475.
— (ed.) (1990b). *Handbook of North American Indians, Volume 7, The Northwest Coast*. Washington, Smithsonian Institution Press.
— (1990c). «Introduction». En W. Suttles, *Handbook of North American Indians, Volume 7. Northwest Coast*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 1-15.

Suttles, W. (1991). «The Shed-Roof House». En R. K. Wright, *A Time of Gathering: Native Heritage in Washington State*, Seattle, University of Washington Press, 212-222.
Suttles, W. y Maud, R. (1987). *Coast Salish essays*. Seattle, Talonbooks.
Swanton, J. R. (1905). *Haida texts and myths, Skidegate dialect.* Washington, Govt. Print. Off.
Tepper, L. H. (1987). *The Interior Salish tribes of British Columbia: a photographic collection*. Ottawa, Canadian Museum of Civilization.
Testart, A. (1982). *Les chasseurs- cueilleurs ou l'origine des inégalités.* Paris, Societé d'Ethnographie.
Testart, A.; Forbis, R. G.; Hayden, B.; Ingold, T.; Perlman, S. M.; Pokotylo, D. L.; Rowley-Conwy, P. y Stuart, D. E. (1982). «The Significance of Food Storage Among Hunter-Gatherers: Residence Patterns, Population Densities, and Social Inequalities [Comments and Reply]», *Current Anthropology* 23 (5), 523-537.
Thom, B. (1995). *The Dead and the Living: Burial Mounds and Cairns and the Development of Social Classes in the Gulf of Georgia Region*. Tesis Master. University of British Columbia, Vancouver.
— (1998). «The Marpole-Late Transition in the Gulf of Georgia Region», *The Midden* 30, 3-7.
— (2005). *Coast Salish Senses of Place: Dwelling, Meaning, Power, Property and Territory in the Coast Salish World.* Tesis Doctorado. McGill University, Montreal.
Thompson, G. (1978). *Prehistoric Settlement Changes in the Southern Northwest Coast: A functional approach.* Reports in Archaeology 5. Seattle, University of Washington.
Thornton, T. F. (1998). «Alaska Native Subsistence: a Matter of Cultural Survival», *Cultural Survival Quarterly* 23 (3), 29-34.
— (2001). «Subsistence in Northern Communities: Lessons from Alaska», *The Northern Review* 23, 82-102.
Truswell, A. S. y Hansen, J. (1976). «Medical Research among the !Kung. I». En R. Lee y I. Devore, *Kalahari Hunter-Gatherers; Studies of the !Kung San and Their Neigbors*, 166-194. Cambridge, Harvard University Press.
Turner, N. (1996). «Traditional Ecological Knowledge». En P. K. Schoonmaker *et al., The Rainforests of Home. Profile of a North American Bioregion*, Washington DC, Island Press. 275-298.
Turner, N. J. y Peacock, S. (2005). «Solving the Perennial Paradox: Ethnobotanical Evidence for Plant Resource Management on the Northwest Coast». En D. Duer y N. J. Turner, *Keeping It Living: Traditions of Plant Use and Cultivation on the Northwest Coast of North America*, Vancouver, BC, UBC Press, 101-150.
Underhill, R. M. y Beatty, W. W. (1945). *Indians of the Pacific Northwest*. Washington, Branch of Education,United States. Bureau of Indian Affairs.
United Fishermen of Alaska (2008). «Subsistence Management Information Informing Alaskans». En: http: //www.subsistmgtinfo.org/index.htm [acceso en: 2009].
USGS U.S. Geological Survey (2009). «U.S. Geological Survey Manual: Actual Subsistence Expenses». En: http: //www.usgs.gov/usgs-manual/340/340-8.html [acceso en: 2009].
Usher, J. (1974). *William Duncan of Metlakatla: a Victorian missionary in British Columbia*. Ottawa, National Museum of Man.
Van Kirk, S. (1999). *Many tender ties: women in fur-trade society, 1670-1870.* Winnipeg, Watson & Dwywer.
Vastokas, J. M. (1966). *Architecture of the Northwest Coast Indians of America*. Tesis Doctorado. Columbia University, New York.
Vila, A. (1985). *El Cingle Vermell: assentament de caçadors-recol.lectors del X^e^ mil.leni BP.* Barcelona, Dept. Cultura Generalitat de Catalunya.
— (1998). «Arqueologia per imperatiu etnogràfic», *Cota Zero* 14, 73-80.
— (2000). «Dadores de nombres/Dadores de identidad. Secuencia para Tierra del Fuego». En P. García y E. A. Jordán, *Estrategias de poder en América Latina*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 45-59.
— (2006). «Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica». En Dept. Arqueologia i Antropologia, IMF-CSIC. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, Madrid, CSIC, 61-76.
— (2007 e.p.). «¿Es posible obtener una muestra etnográfica para trabajar en arqueología prehistórica?». *Mesoamérica. Debates y perspectivas*. Colegio Michoacán. Zamora, México.-Colegio Michoacán.
Vila, A. y Estévez, J. (2002). «Sociedades fueguinas: ¿desapariciones inevitables?». En R. Piqué y M. Ventura, *América latina. Historia y Sociedad. Una visión interdisciplinaria*, Barcelona, ICCI-UAB, 107-117.
Vila, A. y Ruiz, G. (2001). «Información etnológica y análisis de la reproducción social: el caso yámana», *Revista Española de Antropología Americana*, 31, 275-291.
Vila, A. y Wúnsch, G. (1990). «Un pequeño paso antes del gran salto: buscando como preguntar (o investigación teórico-metodológica en Tierra del Fuego)», *Xàbiga* 6, 19-31.
Vila, A.; Casas, A. y Vicente, O. (2006). «Mischiuen III, un contexto funerario singular en el Canal Beagle (Tierra del Fuego)», *Revista Española de Antropología Americana* 36 (1), 47-61.
Vila, A.; Estévez, J. *et al.,* (2007). «Investigaciones etnoarqueológicas en Tierra del Fuego (1986-2006): reflexiones para la arqueología prehistórica europea», *Trabajos de Prehistoria* 64 (2), 37-53.

Wagner, H. R. (1933). *Spanish Explorations in the Strait of Juan De Fuca*. Santa Ana, California, Fine Arts Press.

Ward, B. C.; Wilsonb, M. C.; Nagorsenc, D. W.; Nelsond, D. E.; Driverd, J. C. y Wigene, R. J. (2003). «Port Eliza cave: North American West Coast interstadial environment and implications for human migrations», *Quaternary Science Reviews*, 22 (14 Junio), 1383-1388.

Warren, C. N. (1968). *The view from Wenas: A study in Plateau Prehistory*. Occasional Papers of the Idaho State University Museum 24. Idaho State University Museum.

Wells, O. N. (1965). *A vocabulary of native words in the Halkomelem language as used by the native people of the Lower Fraser Valley, B.C*. Sardis, B.C.

Wessen, G. (1988). «The Use of Shellfish resources on the Northwest coast: the view of Ozette». En Isaac, B. *Prehistoric economies of the Pacific Northwest Coast*, Greenwich, CT, JAI Press, 179-207.

Wheeler, P. y Craver, A. (2005). «Office of Subsistence Management and Issues and Challenges of Integrating TEK into Subsistence Fisheries Management», *Practicing Anthropology* 27 (1), 15-19.

Wheeler, P. y Thornton, T. (2005). «Subsistence Research in Alaska: a Thirty Year Retrospective», *Alaska Journal of Anthropology* 3 (1), 69-103.

White, L. (1959). *The Evolution of Culture: The development of Civilization to the fall of Rome*. New York, McGraw-Hill.

Wiessner, P. (1977). *Hxaro: A Regional System of Reciproctiy for Reducing Risk among the !Kung San.* Tesis Doctorado. University of Michigan, Ann Arbor.

— (1996). «Leveling the Hunter: Constraints on the Status Quest in Foraging Societies». En P. Wiessner y W. Schiefenhovel, *Food and the Status Quest*, New York, Berghahn Books, 171-192.

Wigen, R. (1980). *A Faunal Analysis of Two Middens on the East Coast of Vancouver Island.* Tesis Master. University of Victoria, Victoria, B.C.

Wigen, R. y Stucki, B. (1988). «Taphonomy and Stratigraphy in the interpretation of Economic Patterns at Hoko River Rockshelter». En B. L. Isaac, *Research in economic anthropology supplement 3: Prehistoric economies of the Pacific Northwest Coast*, Greenwich, Ct, JAI Press, 87-146.

Wiita, J.; Bremner, D. G. y Petershoare, L. (2005). *Acknowledgements to the Third Edition. In Haa Atxaayi Haa Kusteeyix Sitee, Our Food is our Tlingit Way of Life: Excerpts of Oral Interviews.* USDA Forest Service, Alaska Region, Juneau.

Wike, J. A. (1951). *The Effect of the Maritime Fur Trade on Northwest Coast Indian Society*. New York, Columbia University.

Wikipedia (2009). «Subsistence economy». En: http: //en.wikipedia.org/wiki/Subsistence_economy, [acceso en: 2009].

Williams, J. (2006). *Clam Gardens: Aboriginal Mariculture on Canadas West Coast*. Vancouver, New Star Books.

Wilmeth, R. (1978). *Canadian archaeological radiocarbon dates.* Ottawa, National Museums of Canada.

Wilson, M. C.; Kenady, S. M. y Schalk, R. F. (2009). «Late Pleistocene Bison antiquus from Orcas Island,Washington, and the biogeographic importance of an early postglacial land mammal dispersal corridor from the mainland to Vancouver Island», *Quaternary Research* 71, 41-61.

Wissler, F. C. (1917). *The Relationship of Nature to Man in Aboriginal America*. New York, McMurtrie.

Wood, J. J. y Matson, R. G. (1973). «Two models of sociocultural systems and their implications for the archaeological study of change». En C. Renfrew, *The Explanation of Culture Change*, London, Duckworth, 673-683.

Woodburn, J. (1982). «Egalitarian Societies», *Man* (New Series) 17, 431-451.

Woodcock, G. (1962). *Anarchism: a History of Libertarian Ideas and Movements*. Cleveland, Ohio, Meridian Books.

Worl, R. (2002). «Alaska Native Subsistence Cultures and Economy. Presented to the U.S. Senate Committee on Indian Affairs Oversight Hearing on Subsistence Hunting and Fishing in the State of Alaska. Washington, D.C». (En: http: //indian.senate.gov/2002hrgs/041702alaska/worl.PDF [acceso en: 2009].

Yengoyan, A. (1976). «Structure, Event, and Ecology in Aboriginal Australia». En N. Peterson, *Tribes and Boundaries in Australia*, Canberra, Australian Institute of Aboriginal Studies, 121-132.

Yesner, D. R. (1980). «Maritime hunter-gatherers: ecology and prehistory», *Current Anthropology* 21 (6), 727-750.

— (1993). «Assessing Impact of Early European Contact on Maritime H-G of the Subarctic/Subantarctic Regions». En R. W. Jamieson *et al., Culture and Environment: A Fragile Coexistence*, Calgary, Chacmool, University of Calgary, 61-75.

Zeder, M. (2001) «Feast or forage, the transition to agriculture in the Near East». *Annual meeting of the Society for American Archaeology*. New Orleans.

Zurro, D.; Briz, I.; Álvarez, M. y Vila, A. (2006 en prensa) «The integrity of social space: hunter-gatherers at the End of the World». *The Archaeology of Household*. Barcelona.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. La costa del Pacífico, mapa de la costa del extremo sur americano 9
Figura 2. Mapa de la Costa Noroeste (sobre un original de R.G. Matson) con la situación de los sitios mencionados en el libro 10
Figura 3. Cronología y acontecimientos destacados del contacto europeo 21
Figura 4. A) caída de la población En la zona entre Alberni y Renfrew, Isla de Vancover; B) secuencia del impacto de las enfermedades; C) porcentaje de pérdidas humanas en diferentes agrupaciones de la NWC a causa de la epidemia de viruela de 1862-1863 26
Figura 5. Cuadro cronológico de las principales fuentes etnográficas originales 29
Figura 6. Mapa con la nomenclatura de etnias. Extraído de Suttles (1990) incluyendo la nomenclatura de Muckle para las mismas agrupaciones (en itálica) 33
Figura 7. A) Mapa con la nomenclatura de algunas etnias. Extraído de Boas (ed.1990) comparada con B) el mapa de Mitchell (1971) para las agrupaciones Coast Salish 34
Figura 8. Divisones cronoculturales para la NWC según diferentes autores 46
Figura 9. Serie de dataciones radiocarbónicas de Scowlitz 48
Figura 10. Esquemas del proceso de la formación de sitios A) según Archer (2001) y B) según Coupland (1988, fig 5.5) 49
Figura 11. Esquema de la secuencia de relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Carlson (1996) 51
Figura 12. Esquema de las relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Burley (1980) 52
Figura 13. Esquema de la secuencia de relaciones entre los elementos que conformaron el patrón de la NWC según Croes y Hackenberger (1988) 53
Figura 14. Esquema de las relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Matson (1983) 54
Figura 15. Esquema de las relaciones entre los elementos y factores que conformaron el patrón de la NWC según Coupland (1988) 55
Figura 16. La Costa Noroeste y yacimientos seleccionados. 66
Figura 17. Sitios mencionados en la costa central de la Costa Noroeste 68
Figura 18. Huesos craneales de salmón en los componentes St. Mungo, Locarno y Marpole del yacimiento de Crescent Beach 72
Figura 19. Aldeas de casas pozo del altiplano. Nótese como estas aldeas están concentradas a lo largo de los ríos salmoneros conocidos. Las aldeas etnográficas están tomadas de Teit (1909) y Nelson (1973); el añadido de sitios arqueológicos extraído del inventario *B.C. Archaeological Site Files* (Matson, 1988) 75
Figura 20. Mejillones (*Mytilus trossulus*), percebes y bivalvos no determinados (*Veneridae*) en los componentes St. Mungo, Locarno y Marpole del yacimiento de Crescent Beach .. 81
Figura 21. Restos de pescado del componente St. Mungo en el sitio Crescent Beach, trinchera Norte 81
Figura 22. Planta de las casas pequeñas halladas en los componentes Locarno y Marpole temprano en el Golfo de Georgia 83
Figura 23. Sitio Paul Mason, en Kitselas Canyon, río Skeena, B.C. Es el poblado de invierno más antiguo conocido de la NWC (datado entre 3200-2700 AP. Según Coupland,1988:133) ... 84
Figura 24. Localización de Keatley Creek sobre el río Fraser en BC. Está cerca de la pesquería más rica en salmón de toda la cuenca interior de este río productor de salmones tan importante 93
Figura 25. Planta del centro del yacimiento y del piso de ocupación de la casa pozo 7 en Keatley Creek mostrando la localización de los hogares familiares individuales y los grandes silos de almacenamiento en esta gran casa 99
Figura 26. Histogramas de frecuencia de las diferentes materias primas líticas en las casas pozo 101

Figura 27. Las casas mayores de Keatley Creek tenían acceso a salmones mayores (3 a 6 años de edad) como muestra el histograma de edades de las vértebreas de salmón de cada casa pozo 102
Figura 28. Los pozos de asado grandes de Keatley Creek se sitúan casi siempre en la periferia del sitio cerca de pequeñas estructuras que se interpretan actualmente como de carácter ritual. Estas pequeñas estructuras periféricas (estructuras 9 y 104-112) pueden haber sido las sedes de sociedades secretas, que suelen ser el lugar de celebración de grandes banquetes 103
Figura 29. Estos son algunos de los objetos de prestigio hallados en Keatley Creek 106
Figura 30. Territorio Sechelt mostrando un ejemplo de las distancias desde la costa hasta el límite del territorio indicado por la línea gruesa continua 116
Figure 31. Distancias de viaje en canoa y a pie desde los poblados de la costa hasta el fondo de Narrows Inlet dento del territorio Sechelt 117
Figura 32. Sitios defensivos en el territorio Salish del Sur de BC y del NW del estado de Washington (EE. UU.) 126
Figura 33. Mapa de la superficie del sitio Smelt Bay (EaSf-2) en la isla Cortes, BC, indicando los sitios de los refugios defensivos subterráneos 131
Figura 34. Sitio Manson's Landing (EaSf-1). Mapa de superficie de una fortificación con foso y terraplén en isla Cortés, BC 133
Figura 35. Red de sitios defensivos en la región de Smelt Bay 135
Figura 36. Esquema cronológico indicando las relaciones entre los periodos de guerra y los de incremento de la desigualdad social 141
Figura 37. Las Islas del Sur del Golfo de Georgia y la costa adyacente de la Isla de Vancouver en el suroeste de la Columbia Británica, Canadá 153
Figura 38. El yacimiento Dionisio Point en la Isla Galiano 157
Figura 39. Localización de los yacimientos de los canales de Trincomali y Pylades, asentados sobre flechas litorales y otros yacimientos citados en el texto 159
Figura 40. Ubicación de Shingle Point y componentes arqueológicos identificados hasta la fecha 160
Figura 41. Mapa de las *Federal Subsistence Regions* de Alaska, extraído de *National Park Service* 170
Figura 42. Series de dataciones radiocarbónicas de Beach Grove y Namu, dos sitios clave de la NWC 187
Figura 43. Dataciones radiocarbónicas de la costa Norte del Canal Beagle mostrando hiatos y el cambio más significativo en la secuencia 188
Figura 44. Propaganda de principios del siglo XX sobre la máquina popularmente llamada «Iron Chink» utilizada en las industrias conserveras para limpiar y trocear el salmón automáticamente 211

AGRADECIMIENTOS

Debemos un agradecimiento especial a Segundo y Amelia por su ayuda con la traducción y su mecanografiado. Edgard Camaròs nos ha ayudado con nuestras figuras y con la traducción y pulido de las otras ilustraciones. Nines, como siempre, nos ha aconsejado y ha procurado mejorar la redacción de la Introducción.

Durante nuestra estancia en Vancouver, además de las personas mencionadas en la introducción, R. G. Matson, David Archer, Colin Grier, Andrew Martindale, Dana Lepofsky, Brian Hayden y Suzanne Villeneuve, nos ayudaron y tuvimos interesantes charlas con Patricia Ormerod, Brian Chisholm, David Burley, David Pokotylo, y en especial con Michael Blake, Derek Congram y sus familias.

Las gentes originales de la NWC nos invitaron a compartir actividades festivas y reivindicativas. A ellas nuestro reconocimiento y nuestra solidaridad.

También fue estimulante poder disfrutar en caminos, playas, en el mar y en casa de la compañía inolvidable de todos los animales totémicos de la NWC: osos, águilas, lobos, orcas... además de la de otros aparentemente más modestos, pero no menos importantes, como ciervos, ardillas, mapaches y, por supuesto, del cuervo, cuya representación decora nuestra cubierta.

ÍNDICE GENERAL

Introducción: el porqué de este libro y de nuestra ida a la Costa Noroeste 9
Jordi Estévez y Assumpció Vila

Por qué la Costa Noroeste 9
Cazadores-recolectores ¿típicos o atípicos? Situación en el contexto general de la antropología y la arqueología de CR 11
Qué hicimos en la NWC y qué hacemos en este libro 13
¿Es la contradicción principal una explicación válida? 14
Justificación del índice 15
Panorama general desde nuestra perspectiva de los rasgos más significativos de la antropología y la arqueología de la NWC 17
Antropología y el patrón NWC 18
Fuentes históricas (y etnográficas) 18
Los problemas propios del muestreo etnográfico 30
Algunas reflexiones (reservas) sobre la caracterización tradicional de los grupos de la NWC 32
Conclusión: balance, problemas y posibilidades del registro etno-histórico 42
La arqueología 43
Resumen de las principales explicaciones formuladas 50
Reflexión: estado de la contrastación arqueológica del «Patrón NWC» 58
Conclusiones 60

Los orígenes de la cultura de la Costa Noroeste 63
R. G. Matson

Contribuciones 64
En Norteamérica 65
La Costa Noroeste 70
Cómo se ensambla todo el conjunto 78
Para concluir 84

El surgimiento de cazadores-recolectores complejos. Una visión desde el Northwest Plateau 87
Brian Hayden

Introducción 87
Perspectivas comunitarias 87
Cazadores/recolectores complejos 89
Tecnología y recursos 94
Motivaciones individuales y sus estrategias 95
Los *aggrandizer* desarrollan muchas estrategias 98
Banquetes 102
Bienes de prestigio 104

Inversiones en los niños 107
Acceso a lo sobrenatural 108
Otras estrategias 108
Conclusiones 109

Navegación y definición de territorios en la NWC. Un ejemplo Coast Salish 111
Michael Blake

Introducción 111
Viajando por la costa 112
Tecnología de embarcaciones en la NWC 113
Un ejemplo Coast Salish 115
Consecuencias para la distribución de asentamientos 118
Patrones de desplazamientos costeros y reclamaciones de tierras actuales 120
Conclusiones 122

La sociedad contra la jefatura: organización y resistencia al poder en la guerra Coast Salish 125
Bill Angelbeck

Autonomía, alianza y estatus en la organización sociopolítica Coast Salish 127
Anarquismo como marco teórico para la complejidad Coast Salish 128
Naturaleza anárquica de la organización defensiva de los Coast Salish 131
Descentralización en la organización sociopolítica Coast Salish 137
La naturaleza centrífuga de la guerra Coast Salish 140
Conclusión 143

Probables pasados y posibles futuros: sobre la reconstrucción de cazadores-recolectores complejos de la NWC 147
Colin Grier

Cuestionando el núcleo de las narrativas 147
Modelos vigentes y cómo funcionan 148
Reformulando preguntas 152
Investigaciones anteriores en las Islas del Golfo 153
Perspectivas sobre patrones de asentamiento, redes regionales y construcción de la cronología 155
La importancia de los estudios de *household* y comunidades 156
Considerando el «largo plazo» en las Islas del Golfo: flechas litorales e intensificación del «amplio espectro» 158
Uso, intensificación y manipulación de recursos vegetales 161
Investigando la estructura de las pesquerías de salmón de la NWC 162
Inversiones y mejora de las fuentes de recursos costeros y terrestres 163
Propiedad de los recursos 164
Promocionando del papel de las comunidades aborígenes en la investigación de la NWC 165

Repensando la subsistencia en la costa noroeste: el valor de la zooarqueología en las luchas contemporáneas por la pesca y otros recursos silvestres en Alaska 167
MADONNA L. MOSS

La «subsistencia» como concepto antropológico 167
Reglamentación de la subsistencia en Alaska 168
El trabajo de l@s antropólog@s culturales en la gestión de la subsistencia 172
Gobernabilidad y tecnologías de Gobierno 175
«Subsistencia» para los Tlingit: un modo de vida en su sentido más amplio 176
Cómo pueden contribuir la arqueología y la zooarqueología 178
Conclusiones 181
Agradecimientos 182

El factor marginado en CR: de la Tierra del Fuego a la Costa Noroeste 183
ASSUMPCIÓ VILA y JORDI ESTÉVEZ

Semejanzas y diferencias entre los procesos históricos en TdF y en la NWC 183
Reflexiones sobre las explicaciones del proceso histórico en la NWC 192
Unas premisas básicas 195
Dos apriorismos (no conscientes) sobre las relaciones hombres-mujeres 198
La discriminación de las mujeres 198
La reproducción como algo natural 201
Necesidad de control reproductivo 203
Propuesta explicativa alternativa: el cambio en la NWC desde la contradicción principal 206
The weir, la trampa del salmón: el punto de inflexión 206
La hipótesis del «*iron chink*» 209
Posibilidades de verificación 213
Conclusión 215

ABSTRACTS

R.G. MATSON: The Development of the Northwest Coast Culture Pattern 219
BRIAN HAYDEN: The Emergence of Complex Hunters and Gatherers: A View from the Northwest Plateau 219
MICHAEL BLAKE: Water Travel and the Definition of Territories on the Northwest Coast: A Coast Salish Example 221
BILL ANGELBECK: Society Against the Chiefdom: Organizing and Resisting Power in Coast Salish Warfare 224
COLIN GRIER: Probable Pasts and Possible Futures: Issues in the Reconstruction of Complex Hunter Gatherers of the Northwest Coast 228
MADONNA L. MOSS: Re-Thinking Subsistence on the Northwest Coast: The Value of Zooarchaeology in Contemporary Struggles over Fish and Wildlife in Alaska 231
ASSUMPCIÓ VILA & JORDI ESTÉVEZ: The Excluded Factor in Hunter-fisher-gatherer: From Tierra del Fuego to the Northwest Coast 234

BIBLIOGRAFÍA 239

ÍNDICE DE FIGURAS 263

AGRADECIMIENTOS 267



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN

CSIC

ISBN: 978-84-00-09070-8

